

Luis Alberto Heiremans

Cuentos completos



RECOPILACIÓN Y PRÓLOGO:

Norma Alcamán Riffo

 **RiL**
editores

Luis Alberto Heiremans

Cuentos Completos

Recopilación y prólogo:
Norma Alcamán Riffó

 **RiL**
editores

Ch863 Heiremans Despouy, Luis Alberto
H Cuentos Completos / Luis Alberto Heiremans Despouy; prólogo: Norma Alcamán Ríffo. -- Santiago : RIL editores, 2005.

558 p. ; 23 cm.

ISBN: 956-284-418-8

1 CUENTOS CHILENOS. 2 LITERATURA CHILENA.



Este proyecto contó con el patrocinio de:



PATRIMONIO
CULTURAL DE CHILE



UAI
UNIVERSIDAD ADOLFO IBAÑEZ

© Copyright 2005, by Herederos de Luis Alberto Heiremans

ISBN 956-284-418-8

RIL® editores

Alfárez Real 1464

750-0960, Providencia

Santiago de Chile

Tel. (56-2) 2238100 – Fax 2254269

ril@rileditores.com / www.rileditores.com

Paraná 230, of. 12

Buenos Aires, Argentina

Tel. Fax. (54-11) 4373-0980 / 4373-2665 / 4373-4210

Composición e Impresión: RIL® editores

Diseño de portada: Cristián Silva L.

Impreso en Chile – Printed in Chile

Derechos reservados

Prólogo

por Norma Alarcón Riffe

Investigadora y Académica
Universidad del Bío-Bío

A mis padres,
Oscar Alcamán Alarcón y Eliana Riffe de Alcamán

Para Alfonso Heiremans

ES UNA INTERESANTE ADVERTENCIA EL HECHO de que, aun cuando Luis Alberto Heiremans ha sido reconocido en la calidad y profundidad, incluso en lo que ha escuchado el divulgado del todo, ya que de los cuarenta y tres cuentos que incluíamos en este volumen, muchos se encuentran dispersos. En vida, publicó tres libros de cuentos: *Los cuarenta años* (1956), que reunió diez cuentos inéditos; *Los dedos* (1967), nueve; y *Siete de un día*, con los que aparecieron en diversas publicaciones que hubo que rastrear. Algunos se habían perdido ya que, tal vez a causa de nuestra voluntariedad colectiva, esas obras se estaban perdiendo. De hecho, hubo una que resultó inabarcable: "El despertar" (1944). Cabe señalar también que este volumen está referido a lo publicado en lengua española, ya que en 1964 el autor escribió "The Swan" en Estados Unidos, cuento actualmente extraviado. De cualquier modo, por el arte publicado en otro idioma, por ejemplo justo a tiempo se evidencian también en el cuento "Estefanía" (1966) en el que se dispuso de un solo ejemplar de la revista *Proleg*, en donde se publicó originalmente, y estaba en proceso de destrucción; la última hoja se estaba haciendo polvo, literalmente. Si bien faltan algunas líneas, se incluyó en este libro porque de todas formas contribuye a conocer al mundo narrativo de Heiremans.

Algunos bien, centrándonos en los cuentos de Heiremans, podríamos aportar tres puntos de referencia para una mayor comprensión de su obra narrativa:

El primero es el misterio de la muerte, que cruza todas sus cuentos, desde la primera publicación a los doce años de edad. Efectivamente, en 1949 obtuvo el Primer Premio del Concurso Literario de la entonces comu-

Prólogo

por Norma Alcamán Riffó

Investigadora y Académica
Universidad Adolfo Ibáñez

-¿Dónde estamos? -preguntó.

-¿Quiénes?

-Nosotros.

-¿Que dónde estamos? En el laberinto de los otros, por supuesto.

Luis Alberto Heiremans

RESULTA INTERESANTE ADVERTIR EL HECHO de que, aun cuando Luis Alberto Heiremans ha sido reconocido en su calidad y profundidad, todavía no se lo haya estudiado ni divulgado del todo, ya que de los cuarenta y tres cuentos que incluimos en este volumen, muchos se encontraban dispersos. En vida, publicó tres libros de cuentos: *Los niños extraños* (1950), que reunía siete cuentos inéditos, *Los demás* (1952), nueve y *Seres de un día*, cuatro. El resto apareció en diversas publicaciones que hubo que rastrear. El rescate se hizo a tiempo ya que, tal vez a causa de nuestra volátil memoria colectiva, estas obras se estaban perdiendo. De hecho, hubo una que resultó inencontrable: "El despertar" (1942). Cabe señalar también que este volumen está referido a lo publicado en lengua española, ya que en 1964 el autor escribió "The swan" en Estados Unidos, cuento actualmente extraviado. De cualquier modo, fue el único publicado en otro idioma. Este rescate justo a tiempo se evidencia también en el cuento "Estefanía" (1945), en tanto se dispuso de un solo ejemplar de la revista *Prólogo*, en donde se publicó originalmente, y estaba en proceso de destrucción; la última hoja se estaba haciendo polvo, literalmente. Si bien faltan algunas líneas, se incluyó en este libro porque de todas formas contribuye a conocer el mundo narrativo de Heiremans.

Ahora bien, centrándonos en los cuentos de Heiremans, podríamos aportar tres puntos de referencia para una mayor comprensión de su obra narrativa.

El primero es el misterio de la muerte, que cruza todos sus cuentos, desde la primera publicación a los doce años de edad. Efectivamente, en 1940 obtuvo el Primer Premio del Concurso Literario de la entonces cono-

cida revista *Margarita*, con el cuento titulado, precisamente, "La muerte", donde dos personas ven morir su relación a través del fuego de la chimenea, que paralelamente se apaga de manera inexorable. Llama la atención en este caso, el hecho que a tan temprana edad escribiera un cuento tan contundente y simbólico a la vez, lo cual resulta un indicio claro de su precoz talento literario. Desde sus primeras creaciones, podemos advertir una mente lúcida y un espíritu sensible que se planteará las grandes interrogantes humanas a lo largo de sus veinticuatro años de creación. En este lapso, la muerte será abordada desde diferentes puntos de vista y adquirirá variados matices. En el cuento "El retorno" (1942), toma la forma de ausencia: la mujer de un pescador espera a su marido, que un día se llevó el mar. Desde ya, se advierte el juego presente/pasado, fantasía/realidad, tan característico del autor, junto con los motivos del amor, el desapego, el dolor humano, la espera y el símbolo del mar, que veremos más adelante. Esta mujer, para soportar cada día el vacío que deja la persona ausente, espera, y eso se transforma en el tema que da sentido y final al relato.

Otra forma que adquiere la muerte es la pérdida de una mascota entrañable. Tal es el caso de "El libro de la vida" (1946), donde el payaso del circo ve morir a su querido león... mientras la función continúa. Cuento sutil y emotivo, adquiere gran efecto en el lector por su cuidadoso trabajo de lenguaje y el manejo de los matices emocionales.

En "El cuadro negro" (1947), el narrador cruza la barrera de la muerte, de manera que el punto de vista adoptado no es "desde acá", sino más bien "desde allá", y nos la describe como un estado "tranquilizador, alado, casi dichoso", silencioso y permanente. El cuerpo se desmenuza, quedando el espíritu inasible, etéreo, libre. En "El cuento" (1947), se refiere a la muerte de las distintas etapas de la vida: la niñez, la juventud, la vida adulta. Aquí, la protagonista recuerda un amor que tuvo en su juventud y al cual todavía recuerda. Una vez más, se nos muestra el apego que producen los afectos, los recuerdos como una forma de mantener vivas las experiencias de vida, el dolor de la pérdida y la fugacidad de la alegría.

Así, cuento tras cuento, la muerte se va configurando como hilo conductor de la obra narrativa de Heiremans. A partir de ella, se va entretejiendo una compleja red de elementos que van conformando su concepto de la vida y su personal visión de mundo, con las más diversas dualidades: bien/mal, sonido/silencio, verdad/mentira, presente/pasado, presencia/ausencia, recuerdo/olvido, soledad/compañía, posesión/pérdida, permanencia/fugacidad, luz/sombras, fantasía/realidad, calidez/frialdad, distancia/cercanía, claridad/confusión, vacío/esperanza.

Poco a poco, también, se va incorporando el elemento maravilloso en estos cuentos. En "Fechas a recordar" (1948), un señor entra a una tienda

muy especial, donde encuentra algunos tejidos de seda extraordinarios. De pronto, descubre un letrero que dice "La puerta hacia". Entonces, una mano lo toma de la muñeca y lo hace avanzar... Aquí la muerte es vista como un misterio que se descubre por sí mismo y una revelación de otra realidad.

Otro elemento que va cohesionando la narrativa breve de nuestro autor, es la reelaboración de cuentos con el mismo nombre, que sirven como remisión a la hora de estudiarlos. Esto ocurre en tres casos: con "La muerte", escrito en 1940 y reescrito en 1952; luego, con "Estefanía", cuya primera versión es de 1945 y la segunda, "La señorita Estefanía", de 1952. Más tarde, publica "Los grandes destinos", en el año 1948, que con el mismo nombre reelabora en 1952. En estos tres casos, una misma trama es trabajada años después, lo que permite analizar el proceso creativo, la madurez en el dominio del lenguaje y la profundidad psicológica que van adquiriendo los personajes.

Volviendo al hilo conductor de los cuentos, vemos también que la muerte adquiere forma de suicidio en "La red" (1950). Narrado en primera persona por un médico, nos presenta el extraño caso de su paciente Graciela, una niña que juega con sus muñecas muertas. Inicia entonces el delicado trabajo de ganar su confianza para conversar. El proceso de descubrimiento de la causa de aquel extraño comportamiento, cómo va descifrando las claves en una atmósfera familiar irreal, con personajes enigmáticos y complejos que ocultan la verdad, la naturalidad y sencillez con que los niños enfrentan la muerte, en contraposición con los adultos que suelen tenerle terror (al punto que evitan mencionarla), todo esto resulta un trabajo notable. Dato tras dato, este médico va componiendo el cuadro familiar, una verdadera red, guiado por su intuición. Nos dice:

Graciela, tan frágil como era, había caído en una red. Todos, en el fondo, somos prisioneros de unos y carceleros de otros. Hay una red en la cual, irremediablemente, se cae. Permanecemos por siempre en ella y a la vez sujetamos en nuestras manos otra red que no está vacía. Y es como si necesitáramos esto, pues aquel que se libera, aquel que rompe sus alas al escapar, ve que no puede volar, que ni siquiera puede andar ya que no sabe cómo, y entonces, tarde o temprano, vuelve a encarcelarse. Él mismo lo sabe: extraña su red y al no hallarla, tejerá otra, encadenándose a seres y cosas. (...) Todos ellos habían tejido esa red en la cual se vio presa la niña. Y era yo el que debía destruir esa red. Quemarla, disolverla si fuese posible, hacerla nada y, al mismo tiempo, devolver ese ser a la vida, a la luz, al aire.

En "El secreto de Pedro Idel" (1952), la muerte es vista como el hecho que completa la vida, conformando un anillo perfecto. Pedro vive en una pensión. Un día, fallece en un hospital. Cuando van a la pieza para sacar sus cosas, descubren en unas cartas su secreto...

Otro matiz que adquiere este hilo conductor que estamos abordando, es la muerte de una etapa de la vida, como el necesario paso para la etapa siguiente. En "La estancia sorprendida" (1952), llega el mes de marzo y la familia regresa de unas largas vacaciones de verano en el campo. Los esposos advierten un comportamiento distinto en Bernardo, el hijo mayor, pero tienen muchos afanes para detenerse a ver algo más. Al entrar en la casa, el adolescente tiene una fuerte sensación de extrañamiento y comienza a reconocer las cosas:

Todo se le antojó hermoso. Había allí una belleza que solo podía gustar sin ninguna otra compañía. Comprendió por qué durante todas las vacaciones rehuyó la de sus hermanos y por qué, en las noches, se arrancaba al parque. Todo eso tenía que serle revelado, tal como hoy, en el silencio de un cuarto, consigo mismo.

Y eso también era hermoso.

Estuvo entonces frente a la belleza; más, descendió por su raíz hasta encontrar el brote de ella: y eso venía a ser la verdad.

El segundo punto de referencia, para una mayor comprensión de la creación narrativa de Heiremans, es el misterio de las relaciones humanas. ¿Qué nos une? ¿Por qué algunas personas nos resultan realmente fascinantes? ¿Cómo establecemos nuestros vínculos con los demás? ¿Cuáles son nuestras más recónditas motivaciones en el momento de relacionarnos con los otros? Estas son algunas de las preguntas que se nos plantean en estos cuentos y que el narrador busca dilucidar a través de sus personajes. En "La muerte" (1952), nos encontramos con un matrimonio donde él no gana lo suficiente, mientras ella admira a una amiga adinerada y gasta más allá de lo prudente para estar a su altura. El marido encuentra inútil vivir aparentando una situación que no se tiene. Ese enorme esfuerzo los desgasta y todo comienza a revelársele falso. La relación va enfriándose; simbólicamente, el fuego de la chimenea se va apagando... Frente a esta relación, nos encontramos con "El retorno" (1942), donde la protagonista tiene un lazo tan fuerte con su marido que ni la muerte logra separarla de él. ¿De qué depende que unas relaciones resulten y otras fracasen?

En "El patio vacío" (1948), se muestra cómo las relaciones humanas van cambiando con el tiempo. El protagonista es un destacado escritor que ha sido invitado a su pueblo natal para ser homenajeado. En la estación de trenes lo reciben el alcalde, la banda del Cuerpo de Bomberos, autoridades y todos los escolares de la localidad. Lo invitan a almorzar, lo hacen brindar repetidas veces y debe escuchar un discurso tras otro, presidir ceremonias, conversar y sonreír. Luego, lo llevan a la escuela donde estudió. A esta altura, ya nada le parece hermoso como cuando era niño. Las cosas han cambiado, sobre todo él. Luego, al visitar la sala de clases, busca su banco.

Lo encuentra y ve aún las iniciales que un día escribió: M.P., su primer amor. ¿Cómo estará ahora? ¿La verá? ¿Qué ocurrirá?

En "Un poema sin palabras" (1950), una niña de nueve años admira a Tamara, una gran bailarina, y sueña con ser como ella: rodeada de fantasía y *glamour*, un ser nacido del aire, "como una visión creada para todos y cada uno". La obsesionaba ese halo etéreo y sus movimientos que rozaban la perfección:

Hay en los niños o en los hombres niños sed de idolatría. Construyen ellos mismos las imágenes, las revisten con los caracteres más nobles que pueden idear y luego las veneran. Ante ellos se consideran insignificantes, muy insignificantes, mucho más insignificantes de lo que en realidad son. Con el transcurso del tiempo, los ídolos se van destruyendo. A veces sucede que un solo golpe los elimina; otras deteriorándose lentamente y no por ser más despiciosa, es menos íntegra o definitiva. Luego llega aquel instante cuando, no ya niños u hombres niños, sino hombres simplemente, deben darse cuenta que todos pisan en un mismo plano, pero aun entonces no atinan a explicarse si aquello significa que todos son ídolos o algo muy diferente.

Este texto, y sobre todo su final, demuestran que, en nuestras relaciones humanas, necesitamos personas que nos inspiren y hagan soñar, ya sea por su inteligencia, virtud, belleza, cultura, creatividad o algún otro talento desarrollado a un nivel superior a lo normal. Frecuentemente, depositamos nuestros sueños en otras personas. Esto es lo que ocurre también en "Los grandes destinos" (1948), donde un empleado de mediana edad, casado, con dos hijos y una vida mínima, monótona, viaja todos los días en micro a la oficina donde realiza un trabajo rutinario y sin mayores perspectivas. A pesar de esto, logra inventarse un espacio donde puede disfrutar de la vida: el trayecto del bus. Allí reflexiona y sueña. Reflexiona sobre la vida y la naturaleza humana: "Cada uno lleva un secreto dentro de sí; más aún, ese secreto se corporiza en otro ser que, fatalmente, uno debe encontrar". Este cuento, además de estar técnicamente muy bien logrado, nos transmite dos ideas muy propias de Heiremans: la primera es la necesidad de soñar que tenemos los seres humanos. Aquí, el señor Cordero, protagonista del relato, logra soportar su vida familiar y laboral gracias a que, en el trayecto de la micro, va soñando con la vida que llevan los otros pasajeros que cada mañana viajan con él. A una humilde modista que tiene un novio grosero y despreciable, le inventa un nombre, actividad y vida. Sueña con que es una sofisticada actriz, rodeada de elegancia, belleza y perfección. A otro pasajero, le adjudica la personalidad de un gran científico que investiga los secretos de la materia y la vida. A través de los otros, logra soñar y hacer de su vida algo mejor. En otras palabras, la imaginación, la fantasía, la ilusión y

los sueños suavizan, iluminan y elevan nuestra vida. La segunda idea, es que en esta existencia todos necesitamos de todos. Nos vamos construyendo a nosotros mismos en la relación con los demás y la obtención de nuestros anhelos está en los otros. En este sentido, podemos citar algunas reflexiones del protagonista: "Lo importante, se siente vivir en otra cosa, en una idea o en una persona". "(...) a mí sólo me resta, ya que no puedo sentirme prolongado ni en una ciencia, un arte o en mis hijos, creer en los demás". "Uno puede salvarse en el laberinto de los otros, conociendo su propia soledad entre los demás". "Sólo se ha salvado el que se encuentra a sí mismo en los otros". En este cuento, el sentido de la vida del señor Cordero está en los otros. Nos dice el narrador:

Quizás su secreto está repartido entre todos ellos. (...) Le reconforta pensar que un trozo de su secreto yace en cada uno de esos seres. Debe conocerlos a todos, para comprenderse a sí mismo. No hay duda, el secreto está en los demás, y por eso debe vivir en el laberinto que forman los otros. Esa red le es necesaria; sólo podrá huir a su soledad cuando se haya encontrado, disperso e invencible, en la trama que ellos tejieron.

Esta trama humana se hace más elaborada en "Teresa", "Eduardo", "Pablo" y "Maira", todos de 1960, cuentos de mayor extensión.

Un matiz distinto de las relaciones humanas nos revela "El primer complot" (1950), al abordar el tema de la lucha por el poder, a través de tres alumnos que ponen en jaque la autoridad de la profesora de historia, riéndose durante la clase. Como consecuencia de ello, son castigados. Al comienzo, se entristecen, luego sienten rabia y, finalmente, odio. Surge, entonces, la idea de vengarse...

Al relacionarnos con los demás, nos centramos mucho en conseguir nuestros objetivos, olvidando a veces que debemos tomar en consideración las consecuencias de nuestros actos. Tal es el caso de "Nereida" (1957), donde la señora Doris Mac Auliff viaja desde Chuquicamata hasta Antofagasta con su hija de ocho años para engañar a su marido con un médico, sin sospechar siquiera los efectos que ello tendrá en la pequeña. O también las consecuencias de la crueldad en el cuento "La mueca" (1950), donde los profesores y alumnos de un colegio no calculan qué tan hondo llegarán sus burlas hacia un compañero, al que apodan "Cara e' risa", y lo que este llegará a hacer.

En la complejidad de las relaciones humanas, entre luces y sombras, verdades y mentiras, Heiremans, además de abogar por la autenticidad, lo hace también por la tolerancia: "(...) resulta inútil luchar contra los demás: es mejor aceptarlos, gozarlos, extraer de ellos la comunión necesaria para la propia subsistencia" ("Los grandes destinos", versión de 1952).

Por último, el tercer punto de referencia es el misterio de la identidad chilena. Si bien esto se hace más evidente en su producción dramática, particularmente en la trilogía compuesta por “Versos de ciego”, “El Abandorado” y “El tony chico”, también está presente de algún modo en sus cuentos, donde aparece una galería de personajes caracterizadores de nuestra idiosincrasia, nuestras costumbres, oficios y formas de vida. Es así como nos encontramos con empleados fiscales, oficinistas que diariamente toman la micro para ir a trabajar, artistas, diplomáticos, viudas en decadencia económica que arriendan sus casas por habitaciones, profesionales como médicos y profesores, dueñas de casa, niños, pescadores, aristócratas arruinados, latifundistas, jóvenes estudiantes. En general, nos presenta una sociedad chilena rica en sentimientos, emociones y sueños, pero que no logra vivir en plenitud: la clase media-alta, por vivir presa del estatus; y la media-baja, por las limitaciones profesionales, cuyo efecto son las carencias económicas. Nos revela también una sociedad donde el nivel medio-bajo aspira a vivir como el medio-alto, mientras este imita a Europa, entre otras razones, porque posee una identidad más perfilada y una cultura más amplia. En “Eduardo” (1960), un diplomático chileno destinado en París señala:

La vida debe tener algo más que darnos, pero se necesitan siglos, ¿no es cierto?, siglos para que las cosas salgan desde adentro, para que vengan desde donde deben venir. Hay que tener algo antes, ¿no es cierto, Luis? Hay que ser el resultado de algo que ha pasado antes. Anoche (...) me puse a pensar en estas cosas. Y me di cuenta de que nosotros no estamos enclavados en nada, que no tenemos tradición ni pasado y por eso quizás vivimos muy sin razón.

Del espacio chileno, rescata el campo y la ciudad (Santiago y la provincia), el desierto del norte y las caletas de pescadores. El elemento recurrente del paisaje chileno será el mar, que eleva a la categoría de símbolo. Según Eduardo Cirlot, en su *Diccionario de símbolos* (Barcelona, Editorial Labor, 1988), es: “Agente transitivo y mediador entre lo no formal (aire, gases) y lo formal (tierra, sólido) y, analógicamente, entre la vida y la muerte. El mar, los océanos, se consideran así como la fuente de la vida, y el final de la misma. ‘Volver al mar’ es como ‘retornar a la madre’, morir”.

Esta visión de mundo de Heiremans, recibe influencias de la filosofía existencialista que predominaba en los escritores de mediados del siglo XX. Específicamente, adhiere a la corriente del existencialismo cristiano del filósofo francés Gabriel Marcel, como lo ha demostrado en sus estudios el profesor Eduardo Thomas de la Universidad de Chile, quien distingue tres aspectos relevantes donde se advierte la presencia del pensamiento de Marcel en Heiremans: a) el tener y ser, b) el mundo como misterio y c) el amor, la esperanza y la fidelidad.

En el tener y ser, la trama empuja a los personajes a situaciones donde deben optar entre uno u otro. Los primeros se vuelven prisioneros de las apariencias y de la posesión de bienes materiales, mientras que los que optan por el ser poseen un mayor grado de libertad y se comprometen con sentimientos más profundos. Logran llevar una vida más plena y auténtica. Esto conduce a una concepción de mundo determinada, según la elección.

En el segundo caso, si se ha preferido el tener, el mundo se verá "como problema" y si se optó por el ser, el mundo se verá "como misterio", abierto al verdadero amor y la trascendencia. Estos personajes intuyen la presencia de una realidad superior, espiritual. Es por esto que la obra de Heiremans adquiere carácter simbólico, ya que la manera de abordar el ámbito superior a esta realidad, a través de la palabra, es el recurso de los símbolos. Esta intuición de otra realidad puede causar una cierta angustia existencial en los personajes, pero a la vez les abre expectativas que logran llenar de sentido sus vidas. Resulta pertinente agregar que en la visión de mundo de Heiremans, adquiere importancia la intuición, en el sentido de conocimiento claro, recto e inmediato de verdades que penetran en el espíritu humano sin necesidad de razonamiento. Ello explica que sus personajes, aunque se encuentren preocupados, no se sienten extraviados, ya que la intuición opera como una suerte de presentimiento que los guía en una dirección determinada.

Y, en tercer lugar, el amor, la esperanza y la fidelidad, que se concretan en la relación con los demás. Si nos fundamos en el tener, las otras personas solo serán objetos para utilizar, piezas para mover como en un juego de ajedrez, para lograr un objetivo determinado, la mayoría de las veces egoísta. En cambio, si nos fundamos en el ser, se logra establecer un vínculo afectivo auténtico, es decir, se alcanzará el amor, que es el lazo más verdadero y duradero. Esto exige fidelidad y abre las puertas de la esperanza en el ser humano y en la vida, porque el amor es la gran fuente de salvación de nuestras frágiles existencias. Más allá de las circunstancias —que varían de persona en persona— esta vida consistiría en saber sufrir, saber relacionarse y saber amar.

En conclusión, ¿cómo leer a Heiremans? Como un escritor inteligente, profundo, culto en el más amplio sentido del término, un artista con dominio de su medio expresivo —el lenguaje— y en permanente búsqueda de respuestas en los misterios insondables del ser humano, que apela a una existencia basada en la autenticidad. Inspirado en la filosofía existencialista cristiana y entregado por completo a su arte, fue un gran buscador del sentido de las cosas, indagó en los misterios de la vida y en todo lo que tiene de bello, de bueno y verdadero.

Heiremans perteneció al tipo de seres humanos que elevan la vida, que hizo de la literatura un espacio para la comunión espiritual con los demás

—con nosotros— haciéndonos vislumbrar, en medio de este mundo en permanente lucha entre el bien y el mal, que se nos revela prosaico, engañoso y a veces caótico, un orden trascendente, puro, armónico y pleno. Y fue su creación literaria la que lo salvó del olvido. Las dieciocho obras de teatro, la única novela y los cuarenta y tres cuentos que legó a la cultura chilena, lograron que, a más de cuarenta años de su muerte, lo recordemos, leamos, estudiemos y valoremos. Agradecemos a Luis Alberto Heiremans el haber-nos dejado una obra consistente que superó la barrera de la muerte y esperamos que con este rescate de toda su obra, que es un patrimonio literario chileno, continúe vivo por muchos años más.

La historia de este libro

Este libro es la culminación de un exhaustivo trabajo de investigación que duró siete años, al cabo de los cuales se logró recuperar la obra completa de uno de los más destacados escritores de la literatura chilena.

En efecto, este proyecto se originó en enero de 1998 cuando —en la sala de estudio que tenía cuando vivía con mis padres en un hermoso y enorme departamento del barrio El Golf en Santiago— ordenando unos libros, me encontré con la trilogía de Heiremans. Abrí el libro al azar y vi una foto suya en primer plano. La observé unos segundos. Mi mirada se centró en la suya. Cerré el libro y me dije: tengo que recuperar su obra.

El primer paso era ubicar a su familia, para que apoyara mi idea y autorizara el trabajo. No sabía cómo hacerlo, pero la suerte, el azar o el destino hicieron que una tarde visitara a mi madre una de sus mejores amigas, la señora Verónica Tocornal. Conversando, le comenté mi proyecto. Me dijo que era amiga de la hermana del escritor, incluso las familias habían sido vecinas, de manera que nos podía presentar. Así fue: llamó a su amiga y nos reunimos en mi casa. Verme y creer en mí fue una misma cosa en la señora Techa, hecho que he valorado siempre. Luego, me derivó a su hermano, don Eugenio —considerado entre los cincuenta empresarios más importantes del país— con quien también congenié y aprobó mi proyecto. Entonces, me puse manos a la obra: comencé la ardua tarea de investigación buscando por cielo, mar y tierra las obras de Tito Heiremans. Pronto advertí que la labor era enorme, de manera que reuní a tres exalumnas mías con las cuales continuaba viéndome y nos invitábamos a toma té cada cierto tiempo: eran Constanza Giménez, Rebeca Errázuriz y Constanza Errázuriz. Les propuse ser ayudantes en este proyecto y aceptaron de inmediato. Más tarde, se incorporaron al equipo dos fotógrafas: Fernanda Larraín e Isabel Browne, también ex alumnas. Poco después, me llamó Eleonora

Finkelstein, de RIL editores, para apoyar mi proyecto, del cual se habían enterado.

De esta manera, trabajando en equipo coordinadamente, después de cuatro años de investigación, con el auspicio de la Fundación Luis Alberto Heiremans y publicado por RIL editores, junto con el patrocinio de la Corporación del Patrimonio Cultural de Chile y la Universidad Adolfo Ibáñez, vió la luz el libro *Teatro Completo de Luis Alberto Heiremans* (Santiago, RIL editores, 2002, 450 págs.), que reúne todas las obras dramáticas del autor. El lanzamiento se llevó a cabo en la Universidad Adolfo Ibáñez, mientras yo era Directora del Departamento de Literatura. La ceremonia fue presidida por el Rector, señor Andrés Benítez. La presentación estuvo a cargo de dos personas: la señora Lucía Santa Cruz, Directora del Instituto de Economía Política de la misma universidad a la vez que una de las mujeres más influyentes del país, que conoció a Tito Heiremans, y Héctor Noguera, considerado en actor “número uno” de Chile, amigo del dramaturgo, que protagonizó algunas de sus obras. El evento llegó más lejos de lo esperado, ya que asistió una cantidad de público mucho mayor a la capacidad de la sala y contó con la presencia de destacados representantes del mundo empresarial, cultural, diplomático, social e intelectual (estaban allí dos rectores de universidad, además de conocidos escritores y los Directores de la carrera de Literatura de la Universidad de Chile y Católica); también hubo numerosos alumnos y ex alumnos. La ceremonia fue cubierta por *El Mercurio*, *La Segunda*, revista *Ercilla* y revista *Caras*, que me pidió una entrevista exclusiva a la que dedicaron tres grandes páginas y, en el número siguiente, aparecieron fotos del lanzamiento en la sección “Vida social”. Posteriormente, el libro fue comentado en la *Revista de Libros*, Megavisión, UCV TV y radio El Conquistador.

Al año siguiente, relancé la única novela de Tito: *Puerta de salida* (Santiago, RIL editores, 2003, 270 págs.), cuya presentación –en la misma universidad– estuvo a cargo de la señora Marta Cruz-Coke, ex Directora de la Biblioteca Nacional, y el señor Enrique Lafourcade, escritor y columnista del diario *El Mercurio*, que también conocieron a Tito. Esta publicación contó con el apoyo de la Fundación Luis Alberto Heiremans, RIL editores, la universidad donde trabajo y la Corporación del Patrimonio Cultural de Chile. Junto con el lanzamiento, presenté la página web www.luisalberto-heiremans.cl, cuyo dominio, hosting, diseño y trabajo técnico financié con los derechos producidos por la venta del libro anterior, que tuvo muy buena acogida entre los lectores y elogiosos comentarios por parte de la exigente crítica literaria especializada. El perfil de este evento fue más discreto, ya que para entonces habían fallecido mi madre y la señora de don Eugenio, por lo que se optó por la máxima simplicidad y sobriedad para el

lanzamiento. Una vez más, difundieron este trabajo *El Mercurio*, *La Segunda* y revista *Caras*.

En el año 2004, siempre con RIL editores, publicamos *El tony chico*, en el marco de la colección “Cazadores de Historias”, pensada como un conjunto de lecturas complementarias de calidad para los estudiantes.

Ahora, tengo el enorme agrado de entregar a ustedes el libro *Cuentos Completos de Luis Alberto Heiremans* (Santiago, RIL editores, 2005), que cierra la trilogía que recupera la obra total de este destacado escritor chileno, deuda que el mundo intelectual y cultural tenía con él.

Esta edición

Los cuentos reunidos en este volumen, que constituyen la totalidad de la obra de Heiremans en este género, están ordenados de acuerdo con la fecha de su publicación y la transcripción se basó en las fuentes que siguen:

“La muerte” (versión de 1940), “El libro de la vida”, “El cuento”, “El eslabón de luz”, “Fechas a recordar”, “El patio vacío” y “Los grandes destinos” (versión de 1948) fueron publicados por la revista *Margarita*. “El retorno” apareció en la revista *Prólogo*, Nro. 1, y “Estefanía”, de 1945, en el Nro. 4 de la misma publicación. Este texto no se conserva completo, pues el único ejemplar de la revista del que se dispone está en pésimo estado de conservación. En este volumen, se incluye la mayor parte y se indica con (...) los fragmentos que no fue posible recuperar.

“El cuadro negro” y “El hombre de la carretela amarilla” fueron publicados por la revista *Zig-Zag*. “La muerte del viejo adolescente” apareció en revista *Atenea*, Nro. 341-342, e “Historia clínica” en el volumen Nro. 372. “La otra cabeza” pertenece a *Revista Literaria de la SECH*, Nro. 1, Santiago, 1958.

“La red”, “Sangre azul”, “Un poema sin palabras”, “El primer complot”, “Las sombras”, “La mueca” y “La pampa florecida” conformaron *Los niños extraños*, Santiago, Editorial Rapa Nui, 1950, 200 págs.

“La visita del sobrino”, “La primera mentira”, “El secreto de Pedro Idel”, “El gran silencio”, “La estancia sorprendida”, “La señorita Estefanía”, “La muerte”, “Una carta para Juanita” y “Los grandes destinos”, *Los demás*, Santiago, Editorial Nascimento, 1952, 243 págs.

En la *Antología del Nuevo Cuento Chileno* (de Enrique Lafourcade, Santiago, Editorial Zig-Zag, 1954) aparecieron “La novena luna” y “El cuerpo restante”, y en *El cuento de Pomaire* (Santiago, 1957) se encuentra “Nereida”. También compilado por Lafourcade, el volumen *Cuentos de la generación del '50* (Santiago, Editorial del Nuevo Extremo, 1959) incluyó el cuento “Miguelito”.

A *Seres de un día* (Santiago, Editorial Zig-Zag, 1960, 247 págs.) pertenecen “Teresa”, “Eduardo”, “Pablo” y “Maira”. En estos *Cuentos Completos* se incluye, además, la nota introductoria de Luis Alberto Heiremans a aquella publicación.

Finalmente, dos años después de su muerte y a modo de homenaje, Luis Domínguez reunió, bajo el título *Los mejores cuentos de Luis Alberto Heiremans* (Santiago, Editorial Zig-Zag, 1966), algunos textos inéditos hasta entonces. Se trata de: “El comienzo”, “El tony chico”, “Andrés y él mismo”, “La azalea” y “El recién llegado”.

Agradecimientos

A las siguientes personas:

A la Sra. Techa Heiremans Despouy, por creer en mí y en mi proyecto. También por su estrecha y permanente colaboración, además de amistad que desarrollamos en estos siete años de trabajo continuado.

A don Eugenio Heiremans Despouy, que también creyó en mí y en mi proyecto, apoyándome, ayudándome y alentándome a seguir hasta recuperar la obra completa de su hermano Luis Alberto.

A Cristina Larraín Heiremans, por su entusiasmo y el vivo interés con que seguía cada etapa del proyecto. Por su amistad y colaboración.

A dos profesores que dejaron huella en mi formación literaria: el Sr. Alfonso Cortés, que fue mi profesor de Castellano en las Monjas Inglesas de Reñaca y el Sr. Eduardo Thomas, Doctor en Literatura y Director del Departamento de Literatura de la Universidad de Chile, por darme a conocer durante sus clases la trilogía de Heiremans, hecho que después me llevó a realizar mi Tesis sobre este autor y, más tarde, a dedicar años a la investigación y rescate de su obra.

A mi equipo de ayudantes: Constanza Giménez, Rebeca Errázuriz y Constanza Errázuriz. También a María José Quintana, que colaboró en la creación de la página web www.luisalbertoheiremans.cl.

A las ex alumnas que me apoyaron en fotografía: Fernanda Larraín e Isabel Browne.

A Maureen Blackburn, Relacionadora Pública de la Universidad Adolfo Ibáñez, quien se encargó de las invitaciones, la sala y cóctel de los tres lanzamientos de este proyecto (2002, 2003 y 2005), con muy buenos resultados.

A la Sra. Lucía Santa Cruz, historiadora y Directora del Instituto de Economía Política de la Universidad Adolfo Ibáñez, y al actor Sr. Héctor Noguera, que presentaron el libro *Teatro Completo de Luis Alberto Heiremans* en el año 2002.

A la Sra. Marta Cruz-Coke, ex Directora de la Biblioteca Nacional y al escritor Sr. Enrique Lafourcade, que presentaron el libro *Puerta de salida* en el año 2003.

A las siguientes instituciones:

A la Fundación Luis Alberto Heiremans, que auspició y patrocinó este proyecto.

A RIL editores, en la persona de su editora general, Sra. Eleonora Finkelstein, por su amistad, apoyo y confianza en mi trabajo de investigación, durante todos estos años.

A la Corporación del Patrimonio Cultural de Chile, en la persona de su vicepresidenta, Sra. Cecilia García-Huidobro, por respaldar mi iniciativa de recuperar el patrimonio cultural chileno que significa la obra literaria de Luis Alberto Heiremans.

A la Asociación de Gestores Culturales de Chile –AdCultura–, en la persona de su Presidenta, Sra. Dina Rendic, que propuso en reunión de Directorio el patrocinio de este proyecto, obteniendo aprobación unánime.

A la Universidad Adolfo Ibáñez en la persona de su rector, Sr. Andrés Benítez, por su presencia en los lanzamientos de los libros y por autorizarme como Directora del Departamento de Literatura en el año 2003, para apoyar el estreno en Francia de la obra “*L’année répétée*” (“*El año repetido*”), de Heiremans, en el Théâtre Point d’Eau en la ciudad de Strasbourg, que fue interpretada en francés por la compañía “Les Gladiateurs”. Contó con el auspicio del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, la Embajada y el Consulado de Chile en Francia y el patrocinio del Departamento de Literatura de la Universidad Adolfo Ibáñez. Por primera y única vez en la historia de la Universidad, el Departamento de Literatura ha patrocinado un evento cultural en Europa y lo hizo precisamente cuando la U.A.I. celebraba sus 50 años de existencia.

Por último, a los medios de prensa que me han entrevistado y han estado presentes en todos los lanzamientos: *El Mercurio*, *La Segunda* y la revista *Caras*. Con sus apoyo, han colaborado en mi deseo de difundir la obra de Luis Alberto Heiremans.

La muerte

- 1940 -

Luis Alberto Heiremans

Cuentos Completos

Luis Heiremans

La muerte*

- 1940 -

-¡Calla!, exclamó ella al entrar. Sentáronse, entonces, ante la amplia chimenea de piedra gris y enmudecieron.

Ondas de fogosa incandescencia recorrían las brasas, haciéndolas parecer cuerpos móviles. Alternativamente, presentaban espacios de rojas sombras y de cegante brillantez anaranjada.

Las llamas lamían, con obstinada perseverancia, el tronco seco y calloso que se transformaba paulatinamente en párpados de ceniza grisácea o brasas luminosas, semejantes a llamas misteriosamente condensadas.

De vez en cuando, el fuego crepitaba, chirriaba saltando hacia arriba en lluvia de oro, chispa de efervescencia llameante, sonoras de ansias, verdaderos latigazos hirientes y secos.

Por su cara inferior los maderos presentaban una iluminación ígnea, casi transparente de amarilla fuerza.

Las llamas, en su zarabanda loca, trataban cada vez de agrandarse más, enrollándose, alargando sus efimeros velos en los cuales existían rostros verdes y azules que sombreaban la movilidad roja de la tela, con tinta de obscuridad.

Poco a poco, los maderos se deshicieron: en calor, en luz y no quedaron más que las cenizas, de un gris opaco por donde atravesaba, en angustiosa carrera, perseguida por quizás qué extraño enemigo, una llama, plumerito de poca luz, que esparcía polvo dorado sobre la superficie triste de las cenizas.

Después... nada: ni el áureo resplandor, ni el calor abrasador; solamente una lejana caricia tibia y un reposo grisáceo de muerte.

Entonces sus voces se alzaron agrias; como fuertes barreras contra la muerte.

Luis Manseire

* Premiado con \$20 por el Concurso de la revista Margarita, cuando el escritor tenía 12 años de edad.

El retorno

- 1942 -

Corina atravesó la calle antes de llegar a la esquina y siguió andando en dirección a la playa. Le disgustaba oír los comentarios que sobre ella y sus asuntos hacían esas dos mujeres que, tarde a tarde, esperaban su paso por aquella callejuela, única que comunicaba el pueblo con la caleta. Aun cuando la distancia que las separaba era mayor a la de otras veces, alcanzó a escuchar aquella cotidiana, superflua; pero hiriente conversación.

-Mira..., Corina va a la playa...

-Sí, como todas las tardes. La pobrecita todavía tiene esperanzas...

-¿Esperanzas? ¡No! No son meras ilusiones..., para ella... son realidades, cosas que deben pasar y pasarán. Sabe que Pedro Samuel volverá -luego agregó irónicamente-: ¿y volverá?... -La segunda ahogó una sonrisa.

Corina las miró fijamente, con ojos fríos y penetrantes, sedientos de venganza, brillantes de odio, muertos de impotencia. Le habría gustado gritarles, defenderse, decirles que Pedro Samuel volvería; pero..., ¿volvería? Para ella: sí.

Lo presentía, lo adivinaba en todas partes y en cada lugar, cada cosa era una afirmación a su retorno. En el horizonte percibía las velas de su barco; en la caleta, en las noches, veía entre sus sombras su velero con el nombre pintado en grandes letras rojas sobre la proa: "Corina"; alrededor de su talle sentía, en las tardes, su brazo musculoso; sobre su hombro, su mano morena y pesada, y en sus labios, los suyos impregnados de sal. Para ella volvería; pero para otros, para esas dos mujeres, para todos los habitantes del pueblo: no.

Pedro Samuel no había muerto, su barco no se hallaba en el fondo del mar, sino que había emprendido un largo viaje, por muchas semanas, meses quizás, aquel viaje que él tanto ansiaba y que algún día debía realizar; ahora, después de muchos años de espera, su deseo se había convertido en realidad. Pero... sus amigos decían: "¿Por qué no nos avisó que zarpaba a un largo viaje?". Y ella contestaba: "Tendría sus razones para ocultarlo".

Así, una, dos, tres semanas habían transcurrido y durante ellas, cada día, Corina iba a playa, junto a la caleta, a esperarlo, aguardar ese deseado retorno.

De lejos, Corina percibió el ruido que producía el mar al frotar la arena, aquel murmullo áspero que se oye cuando las olas explotan en una masa

burbujeante que se va extendiendo hacia la playa, como un manto transparente, bordado de encaje blanco.

Se recostó sobre el fino polvo dorado y hundió sus dedos en él, invadiéndola el calor que conservaba del día: un estremecimiento cálido y agradable recorrió su cuerpo, como una culebrilla traviesa.

Tras aquellas montañas explosivas el sol desaparecía lentamente. ¡Qué bello y extraño era el mar! Ejercía sobre ella una inmensa e incomprensible atracción. Hija de pescadores, criada en un ambiente marítimo, no podía experimentar otro sentimiento hacia él que admiración y obediencia. Era él quien la alimentaba y también él que hacía vivir a su familia, a Pedro Samuel. Cada vez que miraba aquella masa eternamente móvil, comprendía que la "Corina" había desaparecido aquella noche tras una inmensa ola, no podía estar en su fondo, como tampoco Pedro Samuel podía dormir en una gruta de coral, para siempre.

Las olas que azotaban la playa eran pequeñísimas y no le inspiraban respeto, sino tranquilidad. Con qué angustia recordaba esas inmensas moles, aquella noche del temporal; ese ruido sordo que producían al quebrarse estrepitosamente sobre la arena tensa, brillante como espejo. Todo el pueblo se había reunido con antorchas humeantes en la playa y trataba, en vano, de animar con sus gritos a los náufragos que, desesperados, luchaban contra el mar, momentáneamente enfurecido. Las antorchas sembraban el mar de fuego y las olas parecían llamas locas que se desgranaban en sartas de perlas rojas.

El salvamento era imposible; todo hombre penetraba en el mar, con una cuerda amarrada a la cintura, era arrojado contra las rocas cubiertas de musgo y algas.

Cuando Cristóbal, hermano menor de Pedro Samuel, logró atrapar una de las cuerdas que le arrojaban, el mar, fuera de sí, como una bestia a la que pretenden arrancarle su presa, se defendió agrandando aún más sus olas y cortando con ganas invisibles y desconocidas, la cuerda.

Fue imposible y los hombres decidieron abandonarlo todo. Minutos después el barco desaparecía... ¿dónde? Corina decía a un viaje; el pueblo, al fondo del mar.

Desesperada, Corina recordaba, había ido a preguntarle a Juan Salvador, el viejo lobo de mar, si volvería. Él era el único que había conservado la calma, el único que, en aquel momento, podía dar un hábil consejo, en certero pronóstico. Contestó:

— Hija, no sé si volverá. El mar es como una mujer, como tú; ama, tiene celos y cuando tiene algo que quiere, no lo da. ¿No viste cómo Cristóbal logró agarrar la cuerda?...

Pero ya no lo escuchaba y corrió hacia su casa, dejando sus huellas sobre la arena hirviente.

El agua había borrado sus marcas; aquellas tres semanas, el recuerdo de esa noche horrible. El tiempo había pasado y cada minuto era uno menos de espera y uno más para acrecentar su fe en aquel retorno.

El sol había desaparecido. La noche caía lentamente, sin precipitación. El aire estaba inmóvil: ni una leve brisa, ni el aletear de las hojas, solamente el gemido del mar, persistente, inagotable, para siempre.

Del cielo, ya oscuro, se descolgó una bruma densa y pegajosa que cubrió el mar de una capa vaporosa y rodeó la caleta, enrollando las redes y velas.

—Pedro Samuel —gimió Corina—, ven..., ven...

Una inmensa ola se replegó en un lomo voluptuoso y se quebró sordamente sobre la playa y, tras la espuma efervescente, apareció una vela muy blanca, casi luminosa.

“¿Quién podrá salir a pescar con una niebla tal?”, pensó Corina, “era arriesgarse inútilmente”. Pero..., no pudo ahogar un grito de sorpresa: ahí sobre el barco, junto a la vela, estaba Pedro Samuel... sí, era él, lo reconocía: alto, musculoso, la barba cayendo en una despreocupada cascada sobre su pecho, la cabeza envuelta en aquel gorro de lana azul que ella misma tejiera.

¡Había vuelto! Dentro de pocos instantes estaría junto a ella, sosteniéndola entre sus brazos fuertes y morenos, besándoles; ya sentía sobre sus labios aquel sabor salino, aquel indomable deseo de amar.

Había vuelto y ella no había esperado en vano; el deseado retorno era, por fin, realidad.

El barco se acercaba más y más y Corina ya percibía sobre la proa, escrito en grandes letras rojas, su nombre. Pedro Samuel llevó la mano a su boca y gritó:

—¡Corina!... ¡Corina!...

Era una voz lejana, desgarradora, pero acariciante, y Corina sintió que sus sienes palpitaban, que sus manos temblaban involuntariamente, que sus párpados caían, pesados, sobre sus ojos, que su ser se abandonaba al mar y a su amor.

El barco tomó la dirección de la caleta y Pedro Samuel plegó la vela. Ahí estaba él, el pescador, el desafiante aventurero, y ahí sus dos amantes: Corina, frágil, insignificante, y su rival, el mar, eternamente móvil y atraente, guardando siempre, en lo más profundo de él, nuevos sentimientos, extraños secretos.

—Pedro Samuel —bramó Corina, pero el mar ahogó su grito con una inmensa ola.

Desesperada, se levantó y penetró en el agua: la espuma le golpeó las pantorillas, algas pardas y brillantes se enrollaron alrededor de sus pies y el agua se arremolinó salvajemente, como tratando de detenerle el paso...

Corina venció: llegó junto al velero.

Pedro Samuel la tomó entre sus brazos y la alzó. Estaba solo. “¿Y su hermano Cristóbal?”, pensó Corina. Pero no preguntó; cerró los ojos y se abandonó a sus sentimientos. Él la abrazó, apretándola contra su cuerpo rudo, primitivo, sediento de amor.

Ella lo miró extrañada: su abrazo no era tan fuerte como antes; su beso, no tan potente, no tan dominante. Estaba pálido, muy pálido.

—Pedro Samuel, ¿qué tienes? Estás tan pálido, demacrado —murmuró Corina—. Pedro Samuel, ¿qué te pasa?... Pedro Samuel...

La miró fijamente, con ojos curiosamente tristes, y luego su figura empezó a desvanecerse, a desaparecer poco a poco entre sus brazos, como niebla, como humo que se lanza al espacio, y entonces vio que abrazaba la sombra. Triste, decepcionada, volvió a la playa: había sido vencida. Su rival, victorioso, bramaba a su espalda.

Estefanía

- 1945 -

Perdida tras el bosque, visible apenas el perfil de su techo rojo, junto a un estero, pegada contra las montañas macizas, de flancos inundados por una bruma pegajosa, pasiva en su detenida fuerza, se alzaba una casa.

Era grande, espaciosa. Un corredor estrecho desembocaba en un patio empedrado, en el centro del cual una fuente, filigrana de piedra, lanzaba su surtidor con fuerza. Grandes hortensias azuladas crecían en la húmeda sombra de los muros y rojas madreselvas trepaban, desdeñosas, enviando sus raíces a las grietas de las piedras.

Las piezas se abrían sobre este patio y estaban alineadas en grupos de a cinco por lado.

La casa parecía perdida, o más bien, escondida entre el follaje y un sendero se detenía ante ella, terminando su recorrido, como si aquellos muros tan blancos y aquel techo escarlata le ofrecieran un descanso, la morada ideal de donde nunca partiría.

Fue a esta casa donde, después que su marido se arruinó, vino a vivir la señora Fontanás.

El señor Fontanás no se había avenido nunca con su mujer y, a causa de esto, con el pretexto de arreglar sus embrollados negocios, permaneció en la ciudad.

Así fue como un día, aquel camino polvoriento vio pasar a los habitantes de la casa. Fue en un crepúsculo y el cielo, desprovisto de nubes, se había teñido de rojo, un rojo brillante y sedoso. Una bruma levemente arbolada cubría el valle, haciendo más difusos los contornos de los árboles y la nieve, en lo alto de las montañas, adquiría sucesivamente un tinte rojo intenso, un decadente rosa y, por último, un intenso violeta.

Manadas de animales se recogían en grupos, arrastrándose con paso cansado, apenas perceptible el movimiento de sus flancos, apresurando el paso solamente al oír el grito del arriero o al sentir el pinchazo agudo sobre sus lomos rendidos. Eran los bueyes, animales decepcionados, que miran la vida con ojos de enervante displicencia, resignados, pues son los que mejor la conocen.

La señora Fontanás, al verlos exclamó:

-¡Oh! ¡Qué animales tan tontos!...

Y el sendero sonrió para sí, pensando en la ignorancia.

Con la señora Fontanás llegaron sus hijas Leontina y María, muchachas de escasa edad, la señorita Estefanía, profesora de estas últimas y Edgardo Fontanás.

Edgardo nunca se preocupó del futuro: vivía solamente en el presente, disfrutándolo... viviéndolo. Contaba con veinte y cinco años de eterna juventud y ociosidad; desde chico había sido criado con la idea que era "hijo de ricos" y, por ser único varón, sus ambiciones eran ley. El más mínimo de sus caprichos era convertido con rapidez en realidad y, si acaso en algo se tardaban, todo se transformaba en un drama atroz, donde era él el mártir y principal personaje.

Sin embargo, Edgardo no era antipático. Alto, moreno, poseía esa simpatía del que se siente seguro. Su conversación...

(...)

Un pequeño estremecimiento recorrió el cuello de Estefanía y sus mejillas se tiñeron de rojo. Leontina y María rieron. La señora Fontanás miró sorprendida, con ojos inocentes, y preguntó:

—¿Al amanecer?... ¿y qué hacía a tan temprana hora, señorita?

—Yo... señora... nada —tartamudeó la infeliz y trató de ocultar su confusión tras el cristal de una copa, bebiendo aunque no tenía sed.

—¿Cómo que nada, señorita? —volvió a insistir Edgardo. Usted suspiraba; sí, suspiraba... ¿no se acuerda? Con tristeza, con abandono. Algún recuerdo... ¿quizás?— y marcó la palabra "recuerdo", envolviéndola en un alevoso tinte irónico, tan notorio, que hasta Lumilda, la empleada, sonrió.

Confundida, roja, sin saber qué hacer ni contestar, Estefanía improvisó una tocecita ficticia, escondiendo su rostro tras el pañuelo.

Edgardo no rió; permaneció provocantemente serio; pero sus hermanas estallaron en retumbantes carcajadas que resonaron a lo largo de la casa. La señora Fontanás, no dándose cuenta, siguió comiendo.

Una mezcla de rabia e impotencia llenó el alma de la profesora; un deseo de venganza, que veía de antemano frustrado, se anidó en lo más recóndito de su ser, y aquella noche lloró, a solas, sobre su lecho.

Desde ese día su vida fue un martirio. Al verla tan tímida e inocente, Edgardo aprovechó para lanzarle cada vez alguna frase de doble sentido y, siendo él listo e ingenioso, interpretaba, a alta voz, cualquiera opinión que Estefanía osara expresar; haciéndola parecer ridícula ante sus mismas pupilas, las cuales habían llegado a perderle todo respeto, transformándose las clases en jocosos actos, sin que ella pudiera mantener ninguna clase de orden.

Fue a quejarse donde la señora Fontanás; pero esta embebida en un libro de poesías que por aquellos días escribía, descubriéndose, según ella, repentinamente, una oculta vocación de poetisa, le dijo por toda respuesta, que más parecía pregunta:

—¿Señorita, qué rima con “nardo”?

Y Estefanía, dentro de su sorpresa, contestó pronunciando la palabra que, como una pesadilla, la perseguía:

—Edgardo.

—¡Oh! Sí, es cierto... ¡gracias! —y exclamó con pronunciaciones líricas:

*“¡Oh! Tú, ninfa de nardo,
ve en busca de Edgardo...”*

—¡Qué hermoso! ¿No es cierto?

La señorita Estefanía abandonó la habitación, confusa.

Todo fue de mal en peor. Edgardo se aferró de esta oportunidad para entretenerse y las chanzas cayeron, tupidas, sobre la espantosa timidez de la mujer.

Estefanía pensó en irse a la ciudad. ¿Pero partir no sería reconocerse vencida? Y ella era testaruda; sí, testaruda dentro de su impotente timidez y, además, poseía cierto orgullo, que ella misma había criado, que la hizo desistir de su propósito, diciendo: “No me vencerá... no me vencerá... nunca... jamás...”. Y esto se lo repetía constantemente a su conciencia, que por momentos era invadida por una súbita cobardía, tratando de infundirse valor ella misma, luchando contra aquella obsesión y martirio por medio de la indiferencia.

Los meses se arrastraron lentos, sin un cambio, en la persistente monotonía del campo, de aquellos paisajes estáticos, como aprisionados en la inmovilidad del lienzo de un cuadro.

Sin embargo, una mañana, Edgardo despertó tarde. Le dolía la cabeza y, como si tuviera inmensos pesos sobre los párpados, sus ojos permanecían cerrados. Estaba vestido, botado sobre la cama y no podía ejecutar el menor movimiento, pues sus extremidades estaban rígidas, tensas y cansadas.

Trató de levantarse y, tras grandes esfuerzos, llegó hasta la ventana y entreabrió sus cortinajes: lenguas de frescura lamieron su rostro y una brisa rebelde jugueteó entre sus cabellos. Haces de luz penetraron en la estancia, inundando de oro la vieja alfombra roja y haciendo precisos los menores contornos de los muebles. El valle se abría ante él como un mar refrescante, verde, vital.

Pero... ¿qué le había sucedido?

¿Dónde había estado la noche anterior?

No lo sabía.

Imágenes, recuerdos se mezclaron dentro de su cabeza, en una sola mancha gris, nebulosa, sin formas.

¿Dónde... dónde había estado?

Pensó. Trató de concentrarse entonces, como un punto de partida se acordó que el día anterior habían celebrado sus dieciséis años. Y a esa se fueron (...) otras: su madre, en la (...) colegio especial, había (...) botellas de vino, cubiertas de telarañas, que reposaban por más de un siglo en la alacena. Sí, (...) eran un vino suave, como...

(...)

El libro de la vida

- 1946 -

Griselda extendió su ropa recién lavada sobre las desnudas ramas de la higuera que se alzaba a pocos metros del sitio donde don Wilfredo había ordenado, el día anterior, que se levantara la carpa del circo.

-Parece un fantasma... con garras blancas -exclamó Samuel, el domador, mirando el árbol.

-No... -reflexionó Cristiana en voz alta; no..., más bien cruces cuajadas de palomas...

-O dedos con brotes de espuma -susurró Clarisa, la danzarina ecuestre.

Callaron, y se produjo aquel silencio profundo de compenetración íntima, de reflexión muda; pero el ladrido de un perro, que lamía sus flancos cerca de ellos, los activó nuevamente. Cristiana y Clarisa lavaban, y Samuel, sentado cerca de ellas, lustraba sus brillantes botas de cuero negro.

-Y para ti, Perico..., ¿qué representa?

Perico levantó sus ojos del pantalón absurdo que estaba remendando, y miró a Cristiana:

-¿Qué?...

-Ese árbol, esa higuera -repitió Cristiana-, ¿qué representa para ti?

Y miró con ojos vivaces, en los cuales centelleaban chispas de ingenio, a Clarisa y Samuel, como diciendo: "¡Escuchen! Esta contestación valdrá la pena". El payaso tornó sus ojos, alrededor de los cuales todavía sombreaba el cosmético de la noche anterior, y contempló el árbol.

- A mí... -reflexionó un instante; luego su mirada pareció extasiarse, inmovilizarse en el azul del espacio, sus manos se crisparon sobre el parche excéntrico y la aguja plateada hirió uno de sus dedos, pero él no pareció notarlos, ni ver el hilillo de sangre escarlata que se deslizaba suavemente hacia su uña-, a mí..., ninfas, seres etéreos que el destino condenó, por su eterna locura, a transformarse en árbol, en higuera que alzara constantemente sus manos implorando al cielo, manos de leñosos dedos.

Las tres personas lo miraron perplejas; él, Perico, había dicho eso; él, el atolondrado y bullicioso *clown*...

-¡Payaso! -exclamó Clarisa-. Te estás volviendo romántico...

Rugió el león a lo lejos; el tigre, despertándose, gruñó lánguidamente y alargó aún más su estriado cuerpo y luego siguió durmiendo.

–Perico –preguntó Samuel, con un oculto rasgo de ironía en la voz, dejando de frotar por un momento la bota reluciente que sostenía en su mano–, ¿dónde leíste eso?

–En el libro de la vida –respondió, simplemente.

Las dos mujeres se miraron y echáronse a reír, retorciendo sus bocas rojas como brasas que explotaran al azar.

–¡Oh..., payaso!... ¡oh!...

Él no contestó; mas, levantándose, marchó lentamente hacia la carpa, inmenso copo de nieve brotado sobre la esmeralda del campo. Tras ella se erguían, reunidas en escuálido abrazo, tres encinas que gritaban su desesperación; pero sus gemidos eran ahogados por el monótono correr de un estero cuyas aguas caían, despreocupadas, a una laguna, por medio de una cascada de nacarado aspecto.

Los acróbatas ensayaban en ese momento. Dos hombres y una mujer, los cuerpos ceñidos por mallas blancas, se lanzaban al espacio con la seguridad y displicencia de las aves.

–Uno, dos, tres –contaba uno de ellos en voz alta, marcando el ritmo del ejercicio–; uno, dos, tres.

Como balas de marfil perforaban el aire, terminando su atrevido vuelo en la barra de un trapecio o el arco de una argolla.

–Uno, dos, tres –contaba– pero su voz apenas se oía, pues sobre una tarima la banda del circo, con sus instrumentos de bronce, heridos de reflejos, sus chaquetas rojas que ya empezaban a ser blancas y sus sombreros altos, ornados de verdeantes plumas de algún gallo que sirvió una noche, hace ya muchos años, para celebrar un triunfo, ejecutaba aquel son imperecedero. Ronquido de trombón, chillido de corneta, martilleo de tambor y relampagueante choque de platillos se mezclaban en aquella melodía de compás marcado y que, dentro de sus frecuentes disonancias, dejaba entrever su contenido de dolor.

Perico sintió que lágrimas afluían a sus ojos. Desde chico aquella música lo hacía sufrir interiormente; le desgarraban su corazón aquellos eternos compases que hablaban de tristeza, de fracasos, de noches de lluvia, fangosas..., de luces, de sedas, de fingidas sonrisas, de cosméticos, de barnices, de brillo por el exterior y en el alma... nada: laguna de desesperación, abandono, vacío.

La carpa no presentaba ninguna diferencia con las de otros circos: los mismos pilares pintados de blanco que sostenían la armazón; sí, los mismos pilares, esqueleto leñoso de desesperante inmovilidad, de los cuales partían fuertes y ásperas sogas que se entretejían como telas de inmensas arañas. Allá, cerrando la entrada, esas cortinas de terciopelo –antes rojo, hoy rosado– que colgaban mustias de la esbelta barra dorada. Enmarcando estos cortinajes, una hilera de ampolletas multicolores que en las noches atraían

con su falsa luminosidad al público que revoloteaba ante ellas como las mariposas nocturnas que enlazaban en ronda de alas el farol que Griselda colgaba cada atardecer en la higuera, junto a su carromato rojo.

Los asientos habían sido pintados recientemente y mostraban, en el atrevimiento de su brillo, el mismo verde del campo donde se alzaba la carpa.

La tela, por milagro aun blanca, estaba estirada hasta su más amplia extensión y presentaba uno que otro jirón –burdamente remendado– por donde algún niño que no poseía dinero, pero sí un cuchillo, trató de penetrar una noche de función.

Rugió el león a lo lejos; trasladóse el aire con vibración de furor. El tigre despertó sobresaltado y se irguió, miró, curvó su lomo moreno rayado de negro y gimió; luego echándose, volvió a dormirse.

–Uno, dos, tres –contaba–. Uno, dos, tres.

Clarisa entró precipitadamente. Los pliegues de su falda caían con terquedad sobre sus ágiles piernas; sus manos retorcían aún la tela que hace un momento lavaba; sus pupilas grises expresaban el temor, la incertidumbre, el ansia y sus labios se congestionaban, se movían sin decir nada. Por fin, loca, exclamó:

–¡Don Wilfredo, Heliópalo está enfermo!...

Don Wilfredo no pareció comprender. Miró atónito, con ojos redondos como la perla que sujetaba su corbata de inmensos lunares verdes. Sus dedos colgaban flácidos a sus costados y el sombrero de copa se inclinó un poco hacia la derecha. La miró atontado, parecía no comprender. Clarisa, desesperada, explicó:

–Está tendido; no hay quién lo haga levantarse, y cada vez que alguien se acerca, gruñe.

De pronto don Wilfredo pareció despertar:

–Heliópalo –gritó.

Los acróbatas habían detenido el ensayo y bajaban por la escalera de cuerdas con la agilidad de simios blancos y extraños.

Don Wilfredo, seguido de Clarisa, corría ya hacia donde se perfilaba la mancha rojiza de los carromatos. Perico, afirmado contra un poste, miraba distraídamente; su reacción había sido más lenta. Chupaba, ahora, la sangre que bañaba, en lento correr, su uña.

–Perico –le gritó Juan, el cuidador de animales, que pasó corriendo junto a él con un balde lleno de agua–; ven..., Heliópalo está enfermo...

–¿Quién?

–¡Heliópalo! –y siguió corriendo.

El payaso lo miró, sacudió su cabeza; como en brochazos de lo palpable, la duda, el estupor, la horrible realidad se dibujaron en la tela de sus ojos. Luego lanzó un grito que tenía mucho de gemido:

—Heliópalo..., mi amigo...

Había algo de alma en sus palabras; jirones de verdad, de certidumbre; astillas de desesperación y luego de triste resignación.

—Mi amigo... —volvió a decir— y miró al cielo.

¿Qué buscaba? Calma, piedad, consuelo...

Y por tercera vez exclamó, pero ahora más dulcemente: —Mi amigo...

* * *

Ante la jaula roja, don Wilfredo se desesperaba:

—¡Oh!..., ¿qué hacer?... todas las entradas vendidas para esta noche y nuestra mayor atracción..., enfermo..., ¿qué hacer?

Surgió un murmullo de aprobación de la multitud que se aglomeraba extasiada en la contemplación de Heliópalo. El león estaba tendido en las planchas de madera que formaban el suelo de la jaula. Parecía cansado, su piel cobriza había perdido su sedoso brillo, lo mismo que de sus ojos había huido aquel rojo estupor. Su melena colgaba desgredada sobre su ancha frente, y sus patas, cojines carnosos, precedidas por las afiladas garras plateadas, parecían agotadas de sostener el macizo cuerpo. Perico también estaba ahí, junto a los metálicos barrotes, mirándolo.

¡Pobre amigo! Lo único que a él le quedaba, iba a morir. Su confidente, el que oyó sus quejas, la verdadera tristeza de su alma de hombre cómico, iba a desaparecer.

—Ya no hay quién se acerque —argumentaba Samuel—, está enfurecido; no hay manera de que ni siquiera tome agua.

Don Wilfredo se desesperaba; caminaba sin rumbo, a pasos cortos, secándose, con un pañuelo de vistosos colores, el sudor que inundaba su frente. Tosía y miraba en torno suyo, como tratando de encontrar una solución; pero solo encontraba el estupor, la tristeza y la indiferencia en los otros rostros.

—El balde —ordenó Perico, repentinamente—. ¡El balde!

—¿Para qué quieres el balde? preguntó —con cierto tinte irónico en la voz— Samuel.

Perico no respondió y arrancó el balde de las temblorosas manos de Juan.

—¿Qué vas a hacer, Perico? —interpeló don Wilfredo—. Perico..., detente...

Mas sabía que en su cerebro algo, quizás la codicia, le gritaba: “Déjalo; puede salvarte..., la noche..., plata... leones hay uno solo; payasos, muchos.” Y oyó el caer de las monedas: uno..., dos..., cien..., mil, como metálica catarata que no tiene fin, para siempre. Perico subió las gradas y abrió la

puerta de gruesos barrotes. El león se estremeció, un tiritón recorrió su cuerpo desde su melena hasta el plumero dorado en que terminaba su cola. Levantándose, rugió: las personas que contemplaban, retrocedieron; pero nadie habló ni aconsejó; mas Perico no marchó hacia atrás: penetró en la jaula. El animal bramó, encorvó su cuerpo, se arqueó e iba a saltar, cuando sonó la voz del payaso, recia, sin un temblor que revelase el miedo:

–Heliópalo..., mi amigo...

Instantáneamente el animal se sosegó y, dócil, se recostó. Perico fue hacia él y colocando el balde en el suelo, comenzó a acariciar la cabeza de la bestia. Deslizó sus dedos sobre la aceitosa piel con un gesto casi maternal y murmuró:

–Heliópalo, amigo..., ¿qué tienes?

Heliópalo lo miró con ojos dulces y lamió con su lengua blanquecina los dedos del *clown*.

–Heliópalo, sé que tienes sed. Toma... –y le presentó el agua.

El animal hundió su hocico en el líquido y bebió, bebió hasta saciarse y entonces se recostó, gimiendo a manera de agradecimiento. Juan lo contemplaba maravillado: ondas de incredulidad recorrían su cerebro, sin embargo, él lo había visto y si no confiaba en sus ojos... ¿en quién podría confiar? Miles de incongruentes preguntas rodaban por su comprensión, se enlazaban y giraban en con vertiginosa veracidad: ¿quién era Perico? ¿Existía en el payaso algún extraño poder? ¿Por qué le obedecían los animales? ¿Era, acaso, su voz suave un hipnótico raro? ¿Cómo había logrado que aquel animal bebiera, cuando ni el mismo Samuel, su amo, podía acercársele? Torbellinos de ideas, remolino de pensamientos que abandonó rápidamente por temor a la locura.

–¿Dónde aprendiste eso, en algún libro de chistes, quizás? –le preguntó Samuel, socarronamente, con opaco humor, tratando de humillarlo.

–No –respondió el *clown*–; en el libro de la vida.

–Amigo, quizás –murmuró el domador, vencido, como aferrándose inútilmente de la ironía y miró con sonrisa sardónica: un alargar de los labios, un levantamiento de las cejas a Cristiana; pero esta le contempló muy seria, con un resto de piedad, de dulzura en los ojos, el resto que la vida le había permitido conservar.

–Mi mejor amigo –respondió Perico– y se alejó.

–Magnífico, magnífico –exclamó don Wilfredo, y sus palabras acribillaron el silencio–; todo va bien: Heliópalo podrá trabajar esta noche...

–¡Trabajar! –chilló Cristiana, indignada–. Esa bestia está enferma.

–No..., no...

–El tigre puede actuar –reflexionó Griselda– y expuso su pensamiento con indiferencia.

—No..., está más enfermo que Heliópalo; además..., ¿no soy acaso, el que manda aquí?

Cristiana se calló y todos se retiraron, menos Juan, que miraba con ojos interrogantes al león, como si este le pudiera dar una explicación satisfactoria; mas el animal dormía, agitado, escalofríos febriles recorrían su lomo y gemía en sus sueños.

* * *

El circo se adornó de falso brillo, como vieja que pretende esconder sus arrugas bajo el resplandor de joyas baratas y la noche cayó; una noche cálida, sin estrellas. El aire estaba inmóvil, extasiado entre las nubes rojizas que presagiaban tempestad.

Los acróbatas terminaban su número en un arabesco inverosímil de cuerpos. Aplausos.

Don Wilfredo gritó:

—Samuel y Heliópalo...

—¿Va a actuar Heliópalo? —interpeló extrañado Federico.

—Sí —respondió con rabia don Wilfredo, y su palabra huasqueó el aire—, y no quiero comentarios.

Perico estaba listo, pues su número era el próximo. Alrededor de sus ojos brillaban dos círculos blancos como sombras oscuras; su boca presentaba la forma de un corazón, ridículamente perfecto, y sobre sus mejillas dos oídos rojos que le daban el aspecto de estarse riendo eternamente; una sonrisa que guardaba mucho de llanto. Encima de una peluca colorina se sostenía, con increíble estabilidad, un sombrerito puntiagudo, pequeñísimo. El pantalón amplio, muy amplio, estaba sembrado de parches variados. Los zapatos, exageradamente largos, eran de un cuero negro, brillante, y terminaban en estrecha punta, levantada hacia arriba. En su mano sujetaba un quitasol de lunares anaranjados, roto y desvencijado.

Se acercó a la jaula del Heliópalo en el mismo momento en que don Wilfredo, en medio de la pista, pregonaba:

—Señores, señores...

Perico miró al animal y le dijo, con voz que delataba al destino inexorable, que le indicaba claramente lo inevitable:

—Adiós, mi amigo..., adiós Heliópalo..., quizás algún día nos volveremos a encontrar.

El animal lo miró con ojos acariciantes, casi humanos: aun bajo aquel ridículo disfraz reconocía a Perico, su compañero.

—...el más grandioso espectáculo —proseguía don Wilfredo—, soberbia presentación. Verán ustedes al inimitable Samuel, el famoso domador, con

el rey de la selva, ejemplar único en el país, arrancado del mismo seno de África: Heliópalo...

Aplausos ahogados por redobles de tambores. Quemantes lágrimas subieron a los ojos del payaso y parecieron querer desbordarse; pero las retuvo y dijo:

—Ánimo..., ten confianza.

Y miró al cielo, como buscando entre las pesadas nubes que guardaban en sus entrañas su carga de humedad, algo o alguien que lo calmara; un poco, una palabra de consuelo.

Rechinaron las ruedas de la jaula al ser empujada por cuatro muchachos hacia la pista. Samuel ya estaba ahí; penetró momento antes y lo recibieron con una lluvia de frenéticos, casi histéricos aplausos. Las botas que con afán limpiara en la mañana ceñían sus pantorrillas. Amplia camisa de seda blanca y pantalón azul completaban su atavío. En su mano, recubierta por un guante blanco, llevaba un cimbreado látigo y sobre su cinturón se perfilaba la cache de un revólver.

Habían colocado alrededor de la pista una tela metálica que daba la impresión de jaula, quizá para prever una tragedia o, quizás, para atemorizar al público.

Samuel hizo una reverencia y abrió la puerta de la jaula. Heliópalo, levantándose, rugió, abrió sus fauces, mostrando sus colmillos afilados.

Estremecimiento, murmullo del público.

Luego, majestuosamente, en un ágil salto penetró en la pista. Samuel le lanzó un chicotazo displicente y el animal se alzó en dos patas con un gesto de cansancio, de agotamiento. Su piel había recobrado su antiguo brillo y ondas de eléctrica fluorescencia recorrían su rubio pelaje. Su melena enmarcaba su rostro indómito de ancha nariz y estirados ojos. Samuel ordenó:

—¡Eh... aquí! —cortó el aire de un latigazo—. ¡Sube!

Heliópalo obedeció y, subiendo pausadamente a la alta tarima, se sentó, extendiendo sus patas delanteras.

Silencio. Expectación.

Con silbante eco cayó la huasca y el domador gritó:

—¡Aquí, eh..., bajo!...

El león se estremeció, se estiró, sacudiendo su melena y volvió a sentarse.

—¡Bajo! —ordenó fieramente Samuel.

En elástica tirantez se irguió y saltó: las luces captaron momentáneamente su pelaje cobrizo y dibujaron extraños arabescos sobre él, amarillas figuras que atravesaron rápidas la seda de su piel y luego cayó, manojo de indóciles estremecimientos, sobre la arena con la cual se confundieron sus pelos.

Majestuosamente, aunque con un tinte de humillación en sus ojos, se levantó y se sacudió, espolvoreando granos de oro; pero cayó nuevamente.

—¡Eh..., levántate!...

Con esfuerzo lo hizo. Su piel estaba opaca; su lengua, como blanda esponja, pendía de su hocico entreabierto; su cola colgaba flácida al avanzar con inseguros pasos hacia el arco de fuego que amenazadoramente le señalaba Samuel:

—Salta...

Trató de rebelarse: tornó su cabeza y sus ojos adquirieron incandescencia de brasas; pero un latigazo cruel cayó sobre su flanco palpitante, donde gotas de sudor se enganchaban como perlas de plata. Se tendieron sus músculos; mas esta vez con agitada tirantez y partió con fuerza, pero torpemente.

El anillo mostraba su cabellera de llamas locas que revoloteaban como mariposas de luz alrededor del espacio arqueado; se retorcían, se agrandaban, extendían sus transparentes velos, en los cuales aparecían momentáneamente sombras azules y verdes que oscurecían la contorsión de la gasa anaranjada, como bruma de calor que se pegara a los contornos de la llama.

No alcanzó a pasar, sus patas chocaron unas con otras y su cabellera se inflamó, solo un instante, con el calor y el fuego... gruñó, gimió, bramó de dolor y entonces cayó sobre la arena, chamuscado, herido, masa de carnosidad opacidad recubierta por espesa humareda.

Los cuatro muchachos entraron precipitadamente y lo sacaron.

—¡Oh! ¿qué hacer? Nuestro mejor número... ¡Adiós plata, circo!... —gemía don Wilfredo.

Samuel, Cristiana y Clarisa, rodeados por los otros artistas, lo contemplaban con extrañeza; pero Griselda lo miraba indiferente: ni indignación ni otros sentimientos turbaban la oscuridad de sus pupilas, pupilas acostumbradas a la vida.

Solo, apoyado contra los cortinajes, Perico lloraba: dos lágrimas se deslizaban sobre sus mejillas, dejando una huella de frescura en la grasa de los cosméticos.

Un rayo curvó su eléctrico tronco de luz entre la espuma rosada de las nubes y, a los pocos segundos, el trueno rezongó a lo lejos.

Un vientecito jugó con las hojas, un vientecito cálido, húmedo y luego grandes goterones comenzaron a caer en inmensos intervalos sonoros.

El silencio extendió sus brazos escuálidos y rodeó el valle, soplando ceniza de muerte y mudos quejidos de desesperación; mas, don Wilfredo reaccionó:

—Próximo número... Perico a escena... ¡Payaso!

Él tomó su quitasol y entró con pasos arrastrados, perdido en la penumbra de su dolor. El público creyó que era una broma y, deseoso de explicarse, lo recibió con un rumor chancero y un carraspeo burlón. Él, al ver los rostros, dio su acostumbrado brinco, saludando.

—Sabrán ustedes, señores y señoras...

Pero su voz había perdido la viveza de antes.

El cuadro negro

- 1947 -

-¡Lo siento, Cristián -exclamó Claudio Junez al entrar al taller-: pero no aceptaron tu cuadro en el salón!

-No importa... no importa... -trató de parecer despreocupado, como quien acepta con sencillez una frase sin importancia: pero, en el fondo, le molestaba: era una afrenta a su talento, una burla a su personalidad.

-No creas que intento -continuó Claudio-: pero tu "Judith" es admirable... El otro asintió entre irónico y serio, tomándolo como una broma; pero, en realidad, halagado.

-La cadencia pálida de los subtonos, escalonados en aquella gama perfecta, realza el cuerpo, que parece brotar de algo extraño...

-¡Oh!, no, no es para tanto.

-Y luego..., ese color de la piel; ese tono anaranjado con algo verde...

Cristián escuchaba atento; pero preguntándose si los elogios de Claudio los debía tomar como tales o como la enumeración de todos sus errores, pues aquel hombre era, como pintor, un fracaso. No tenía la menor idea de cómo dibujar o colocar los colores y, aun cuando ya había estado estudiando durante varios años, nunca fue aceptada una de sus telas en el salón; sin embargo..., aquello no era una muestra de su mediocridad, porque algunas obras de pintores immortalizados ahora habían sido rechazadas... y, además, el jurado tenía fama de ser de una burguesía exagerada, de un mal gusto notorio -esto era lo que decían algunos jóvenes artistas al ver que ninguno de los cuadros que habían enviado figuraba en el catálogo-, e incluso era costumbre que tenían entre ellos la de exclamar cuando juzgaban algo malo:

-Eso está bueno para el salón...

Sin embargo, no tomando todo eso en cuenta, Claudio Junez no era un buen pintor y, aunque sabía muchos términos académicos, leyes de las proporciones, normas sobre la perspectiva, y datos a propósito de las sombras, estos no le servían al ponerlos en práctica.

-Es una lástima -finalizaba Claudio- que no hayan aceptado tu "Judith".

Cristián rió con un dejo amargo.

-Bueno....ya es hora de marcharse -exclamó, tomando su sombrero de anchas alas. Se dirigió a la puerta y, al abrirla, se volvió- Dime Cristián... ¿quién fue la modelo?

—Nadie —respondió, simplemente.

—¿Nadie? ¿Pero cómo? —prosiguió Claudio; sus ojos brillaban curiosos.

—En realidad, nadie. “Judith” fue una mujer de mi invención. No tuve modelo ni aun para el cuerpo. Es una composición; arranqué los rasgos de distintas personas, mezclándolos a mi antojo. Los ojos... la boca... aquella nariz... cada uno pertenece a una distinta mujer. ¿Sabes? No sé ni a quién pertenecen... quizás a alguien que ni siquiera conozco, alguien que algún día vi pasar por la calle... sí; cuando estaba sentado en el café..., ese rasgo absorbió mi atención; la boca de otra se me grabó en la mente; mi memoria captó los ojos de una tercera, y luego vago hacia la nariz de otra... fueron pedazos que fui conservando y que después evoqué, copié en la tela.

—Qué extraño...; pero, entonces, ¿por qué guarda el rostro esa concordancia, tan ambigua a causa de la mezcla de... modelos, si modelos se pueden llamar?...

—Es sencillo: al juntar todos esos rasgos le di una expresión de algo que nunca había visto y que realmente imaginé.

—¡Es verdad!... —exclamó Claudio, reflexivo—, el rostro de “Judith” es extraño:... no, no el rostro, sino la expresión:... tristeza..., sí quizás tristeza; pero en los ojos le danza un no sé qué de irónico, de burlón; mas... es seria y despectiva; sí, despreciativa.

—¿Crees tú?

—Sí, indudablemente. Como si fuera superior y mirara con indiferencia a las otras personas.

Cristián sonrió. Pobre Claudio. Tan servicial; ahora mismo, hablando, adulándolo, tratando de que pensara en otra cosa y no en el rechazo del salón. Pobre Claudio: era un buen amigo, con sus brazos largos, nerviosos, y su barba colorida, rala, ridícula. Un buen amigo: pero había momentos en que todos lo trataban mal, porque era una de esas personas que no saben cuándo están de más... y entonces alguien le decía sin rodeos, abiertamente:

—Ya. Claudio, está bueno... ándate.

Él no contestaba, retirándose tímido, un ansia de implorante perdón en sus ojos. Al día siguiente todos olvidaban el odioso suceso y Claudio radiante volvía nuevamente junto a sus “amigos”.

—Bueno me voy —continuó Claudio, como rogando a Cristián que le dijera que se quedara.

—Adiós —contestó el otro simplemente, pero luego reaccionó—: Gracias... —mas Claudio no le escuchó pues ya bajaba hacia la calle.

Cristián permaneció solo entre las cuatro paredes desnudas de su taller. Los cuadros, los dibujos, los estudios, en vez de estar colgados permanecían arrumbados en un rincón. Esa era su “casa”: frígida en el invierno;

calurosa en el verano. No era acogedora: aquellas tablas no irradiaban sino pesimismo y tristeza... y, luego, aquella mansarda enervante... y el desorden, las ropas botadas en el suelo, la cama deshecha; la mesa desvencijada cubierta de platos que conservaban aún restos de comida, cuchillos y tenedores rotos, y, predominando sobre todo esto, una botella de aguardiente barato...

Cristián tomó su sombrero y salió.

* * *

Por más que buscara en su corto pasado, Cristián no encontraba ni la sombra de un amor. Mujeres... sí, hubo mujeres. Aquella muchacha cándida de su pueblo natal, en la cual se refugió en su temprana edad asiéndose a ella como un náufrago a un leño, para salvarse de ese mar de hastío. Marcela, luego, su primera modelo, que vino a vivir con él y que, después de algunas semanas partió, dejando —como único recuerdo— un poco más de desorden, y entonces... pero amor, algo que durara, no hubo. En sus veinticuatro años, se contentaba con las atracciones intensas, los placeres rápidos y los abandonos furtivos; pero él mismo llegaba a veces a preguntarse si eso bastaría.

Claudio, siempre tan servicial, trajo al taller de Cristián la “Judith”. Fue dos días después de haber venido a darle la noticia, y esta vez el pintor no admitió conversación despidiéndose con un:

—Bueno... gracias...; adiós...

Había estado tendido la mayor parte del día sobre la cama, cansado, agotado de no hacer nada; mirando un punto lejano, invisible, sin siquiera pensar. Este último tiempo había sentido que esa sensación de hastío lo invadía. No era la reacción de alguna mala noticia —el rechazo de su cuadro no era causa primordial como para arrojarlo en el pesimismo—. Aún cuando al principio había dicho que no le importaba, no era así; pero luego llegó hasta abandonar el recuerdo de aquella idea. No había dibujado ni una línea en la última semana y no pensaba hacerlo; era una laxitud, un decaimiento, una impresión de niebla amortiguante sobre el cuerpo, de humo suave, delgado, volante... un abandono corporal y una falta de interés, de preocupación. Un ansia de dejar ir las cosas por los senderos que ellas mismas escogieran, arrastrándose levemente, rastreando. Y los ruidos mismos, los ruidos incesantes de la bulliciosa ciudad, parecían ahogarse en el espacio grisáceo, deprimente, y los objetos se diluían en una continuada bruma, casi blanca.

El cuadro reposaba, envuelto en sucios papeles, apoyado sobre una silla. Sin saber por qué, Cristián se incorporó, y yendo hacia donde estaba su

obra, rasgó los papeles con movimientos calmados, colocándolos luego sobre una mesa, contra la pared. Después, se acostó nuevamente.

La tarde declinaba. De la ventana, la luz huía en precipitaciones grises y un viento ahuyentaba los espesos nubarrones, dejando entrever un cielo blanquecino. Anunciando la noche, un par de frágiles estrellas parpadearon el borde de hinchados vértices de nubes y la sombra avanzó sembrando soplos oscuros.

El fondo del cuadro era negro, y de él brotaba la mujer en su plenitud de hembra. Cristián la observaba. El pelo cobrizo cayendo sobre los ojos brunos, que coronaban la nariz levemente aguileña y la boca carnosa, roja, de rictus extraño. Cristián la observaba. El cuello flexible, terminado por los hombros redondos, fuertes, satinados. Cristián la observaba. La curvatura apenas visible del vientre y, a sus lados, la línea sinuosa de las caderas, de donde se desprendían las piernas, torneadas y nerviosas. Cristián la observaba, y en su mirada nacía algo extraño, nuevo, tan sorprendente, que el tiempo se deslizaba con sus pies mullidos, a zancadas inmensas, y él permanecía en la misma posición, fijos sus ojos en el cuadro.

Lentamente, arrastrándose, curvando el camino, el silencio penetró en la estancia, plagando el aire de partículas quietas, hebras de sedosa calma inmovilizadas en las paredes, jirones de afelpados proyectos de ruidos: un todo inmenso de silencio extraño.

Y de pronto, exclamó:

-¡Te quiero!...

¿Te quiero? En un murmullo suave, que desflecó su cuerpo en astillas vibrantes y tibias. ¿Querer qué? ¿La figura de un cuadro?

Pero no tuvo tiempo de seguir pensando, pues su atención, su espíritu, él todo entero, lo tuvo que fijar en algo extraordinario: de la tela pintada de negro comenzó a brotar humo... espirales, cintas, fajas de humo color carne salían del cuerpo de la mujer y se iban reuniendo, formando una masa, sin forma al comienzo; pero que luego, curvándose aquí, estirándose allá, comenzó a asemejarse a un cuerpo... y seguía emanando niebla... una iluminación cálida se pegó alrededor de los muebles, y de la ventana surgían tañidos penetrantes, monótonos, voluptuosos, que persistían largo rato en el espacio. Cristián miraba asombrado, y de repente, al volver sus ojos al cuadro, vio que de este ya no quedaba sino un cuadrado negro y, en cambio, ante él, de pie sobre una taburete, estaba la figura, anudando uno de sus dedos en un gajo de cabello rojizo....

-Tú....tú....¿quién eres? -preguntó Cristián, y las palabras brotaban con dificultad.

-Una mujer.

Cristián se incorporó, interrogando nuevamente:

-¿De dónde vienes?

-¿De dónde? Acaso no me querías....

-¿Cómo te llamas?

-Judith fue el nombre que tú mismo me pusiste...

* * *

-Tus hombros... tus, hombros... satinados, firmes... brillaban a la luz, mostrando su redondez lasciva. Ansío estrujarlos entre mis manos, pero a ello se opone una fuerza, una fuerza extraña... incomprensible, y, en vez de mutilarlos, los acaricio... suavemente: así ¿ves? Deslizo mis dedos sobre la tersa seda que capta los reflejos, descomponiéndolos en voluptuosos imanes. ¡Oh! Te quiero matar..., acabar entre mis brazos, hundir tus sienes violáceas, beber tu sangre... pero tus hombros me retienen; aun siendo provocantes, asemejan barreras de pureza... ¡Oh! Azotarte, hacerte mía... toda mía. Quebrar tu cuello en un movimiento brusco..., pero ahí están ellos, tersos, morenos, húmedos. Al tocarlos, añoré tus labios, y al volver los míos para juntarlos, los veo ahí... quietos, enervantes, voluptuosos...y mis manos bajan en un paroxismo loco, avasallador... mas se detienen, rozándolos apenas, en un gesto tierno... Te amo... Te quiero... Judith, mordaría tus labios, traspasando tu carne...; pero ahí están ellos, atrayentes; sin embargo, observando como mudos testigos...y en un gesto extraño los cubro...; así ¿ves?

Cristián, de pie tras la silla donde se hallaba sentada Judith, hablaba, contemplándola.

El taller había cambiado en aquellas dos últimas semanas. Sí; dos semanas... dos semanas hacía ya que Judith y Cristián vivían juntos, y desde el primer día se había notado un cambio en la pieza. Ahora todo estaba limpio, ordenado: se entreveía el toque de una mujer. De las paredes pendían cuadros firmados por Cristián; la cama estaba hecha -habiendo sido recomendada ya la colcha-; sobre la mesa, un ramo de flores, y en un aparador, los platos arreglados en lotes simétricos. Cristián mismo se veía mas limpio, más cuidado de sí mismo. Los pantalones zurcidos, los zapatos con algo de brillo y la espesa barba negra concienzudamente recortada, le daban un aspecto más presentable.

En una esquina, el caballete, sosteniendo una tela recién comenzada, y en la ventana, algunos maceteros con vistosas rosas. Todo había evolucionado, y en ese cambio, la pieza perdía algo de su bohemia, de su vida. Pero Cristián estaba dichoso con este estado de las cosas. Amaba a Judith; sí: amaba ahora; por primera vez podía pronunciar la palabra con certeza. Y era el suyo un amor perverso, sanguinario, malévolo; ansiando destrozo y

muerte; pero... lo conseguía: Judith, a pesar de su exterior burgués, era voluptuosa. Su misma expresión equivoca –conservaba aún aquella del cuadro– era una atracción irresistible, dominante.

Cierto día Claudio, al encontrarlo por la calle, le preguntó:

–¿Es acaso cierto, Cristián, que estás viviendo con una mujer?

Y él, temeroso de que algún otro le arrancara su hembra, celoso, negó. Mas Claudio, no contento con eso, fue a su casa, pero Cristián no lo dejó entrar:

–Ya está bueno: terminemos. Ándate. Son mis asuntos propios..., ¿entiendes? Ándate y no vuelvas más.

Y aquel “ándate” fue definitivo. Claudio no volvió.

Las horas continuaron rodando sobre la pendiente del tiempo. Horas que se amontonaron en días y estos, en meses. Y cada día explotó como una ola nueva, redondeada, perfecta, que al atardecer se replegaba, vencida, con su carga de recuerdos. Y ola sucedió a ola; día persiguió a día. Pasó un año. “Naturaleza Muerta” fue aceptado en el salón; un cuadro muy simple, sin ningún interés, común.

–Tú eres mi invención –le dijo Cristián a Judith cierto día–. Yo te fabriqué, rasgo por rasgo: me perteneces. Hasta tu expresión es mía, la cualidad de tu mujer perfecta por lo menos para mí... un cuadro... un cuadro que yo dibujé..., de él surgiste para ser mía...y nadie sabe nuestro secreto.

–¿Dónde está aquel cuadro?

–¿El cuadro? Debe estar entre los otros... pero, dime Judith, ¿existes o eres una ilusión cristalizada solo para mí?

–Quisiera ver ese cuadro...

–Ante los ojos de los demás, eres o no...

–Cristián, el cuadro... –insistió.

–¡Oh!, sí... sí –se levantó y se fue hacia un rincón donde, arreglados con perfección, había varios bocetos y ensayos. Buscó, encontrando al fin– Aquí... aquí está... –y lo colocó sobre una mesa.

–¡Pero... Cristián –exclamó Judith–, ahí no hay ningún retrato!

En realidad, solo se veía una tela negra, brillante, espesa. Él la miró, sorprendido, recordando que así había quedado la noche del extraño nacimiento:

–Entonces, dime, Judith, ¿eres hecha de carne o eres solo pintura que se disolvería fácilmente?

Ella, volcando la cabeza hacia atrás en un movimiento despreocupado, comenzó a reír:

–¡Oh!... que eres tonto. Me haces reír con tus ideas disparatadas.

–Pero dime... dime, Judith...

–Escucha: he pensado algo. ¿Por qué no tratas de reproducir el cuadro? Te serviré de modelo.

—Sí..., sí, hagámoslo.

Rápidamente, sin perder un instante, Cristián arregló el caballete, su paleta y los pinceles, mientras la mujer, desnudándose, se acomodaba para la pose. Comenzó; mas al cabo de algunos momentos, dijo:

—Es curioso....

—¿Qué?

—Mira, la pintura no queda sobre la tela...ni la más mínima huella; todo se borra y persiste este color negro. Observa: es extraño —pasó el pincel, trazando una línea sinuosa; pero esta no quedó marcada en el fondo...; nada. Solamente un cuadrado negro—. ¿Ves? Voy a ensayar nuevamente —sin embargo, esta vez y las que siguieron no dieron otro resultado. Cambio de pintura, trazó...; nada. Por fin, cansado argumentó:

—Mañana haré otro intento..., veré; por hoy ya es bastante.

Durante todo el resto del día no pensó en el curioso incidente; pero al ir a acostarse, se presentó ante él un cuadrado negro...

* * *

—Toda la noche.... ¿me oyes? Toda la noche lo he visto, me ha perseguido. ¡Oh! Es horroroso. Cerraba los ojos y veía esa refundida negra, densa, interminable...; los volvía a abrir, y ahí estaba, desplegándose en sus continuos planos..., negros, opacos...; ahí estaba el cuadrado negro... y era un silencio sedoso el que lo acompañaba..., algo inmaterial... trataba de perforar la sombra, de localizarte; pero solo veía un cuadrado negro, inmenso, eterno, enloquecedor... ¡Oh! Qué martirio. Al comienzo creí que sería un sueño, una pesadilla; pero no..., estaba despierto, y lo que es peor, vivía, sentía... suplicio que no terminaba nunca, obsesionante visión que me perseguía acechándome... Traté de gritar; mas la oscuridad, la quietud, ese fondo negro, me oprimía, me estrujaba entre incorpóreas manos... y toda la noche, ¿me oyes?, toda la noche en un rodar de espanto y muerte... me parecía estar mirando un pozo sin fondo, una noria que se prolongara hasta las sombras, algo que no terminaría, perfectamente cuadrado y negro... negro. Suavidad satinada de humo me ahogaba y al tratar de gritar, solo quejidos mudos brotaban de mis labios, donde quedaban prendidos, apriisionados... no oía tu respiración, ni murmullo alguno: todo hundido en un hastiado silencio... y ante mí, recto, inmenso, sabiamente delineado, un cuadrado negro... negro ¿me oyes? Y eso toda la noche ¿entiendes? Toda la noche... —así explicaba Cristián a Judith los sufrimientos de aquellas largas horas. Ella no contestó; inmovilizada, parecía una escultura, o quizás, la figura de un cuadro.

Al volver de sus compras, Judith encontró al pintor sentado ante el cua-

dro, observándolo. En sus ojos rondaba una especie de búsqueda vana, hueca, sin sentido, que se revolvía en sí misma, viendo que no había objeto compresible que rastrear.

–Ven –le dijo–; ensayaremos nuevamente.

Paciente, la mujer adoptó la postura. Con fuerza, hundiendo casi el pincel, Cristián trazó...; pero nada, absolutamente nada: ni un punto, ni una sombra blanquecina sobre aquella extensión negra.

–¡Vuelven..., vuelven otra vez! –exclamó el artista, arrojando los pinceles–. Ahí..., ahí ¿ves? En ese rincón... –y estalló en una carcajada histérica, cascadante, que rebotó de pared a pared. Intermitente, alocada, brusca, al comienzo, la risa se fue suavizando, tranquilizando, hasta llegar al estremecimiento continuo, liso.

Deliró toda la tarde, y al desplomarse la noche, estuvo un poco más calmado. Judith seguía impasible; atendiéndolo, cuidándolo.

–Camina –murmuraba él– camina..., marca tus pasos con fuerza, araña el suelo con tus pies... haz cualquier cosa, pero ahuyenta este silencio que me oprime: esta oscuridad que agobia. ¿No lo ves? Allá, mira: se bambolea de lado a lado.... idanza! Sí; es el cuadrado negro que vuelve..., ronda..., aquí; no, ya se fue; pero vuelve..., vuelve... ¡vuelve! –se levantó desesperado.

Judith... dame un cuchillo..., pronto, rápido... al tenerlo en la mano, se abalanzó sobre el cuadrado, que estaba sobre una mesa, y lo enterró en el lienzo... con fuerza, rabioso, ávido...; pero la lámina no perforaba la tela; caía relampagueante, herida, por la luz, y parecía chocar contra algo impenetrable, saltando hacia atrás...; ni un rajón, un una rasmilladura, nada...; solamente el cuadrado negro, luminoso, hondo como un abismo. Una y otra vez ensayó, brotando de su garganta sonidos inarticulados, bramidos de bestia, quejidos repugnantes.

Mientras la hoja zigzagueaba, dibujando estructuras deformes sobre el fondo oscuro, Judith, las manos cruzadas sobre la falda, observaba.

–Esto no puede ser... esto no puede ser –gritaba, al tomar un pedazo de papel llameante en su mano temblorosa.

Era extraño: la pintura parecía rechazar las llamas, que revoloteaban en abrazos grotescos. Sí; extraño...

Probó el hacha, un bastón, y por último, arañó con sus manos; pero todo fue inútil. Entonces, botándose sobre la cama, comenzó a sollozar como un niño.

* * *

Algo, alguien hablaba dentro de él. Voces extrañas, que se desplegaban en cavernosas resonancias, lo mudaban en un oleaje ruidoso.

Y luego aquella calma, aquel silencio, que brotaba de las sombras, extendiéndose en suaves sábanas que plagaban el espacio... ese silencio enervante, quieto, perceptible hasta en el más mínimo rincón; una intranquilidad surgida de la muerte, caminando hacia un ocaso.

Y volvía la voz, monótona, plañidera, excesivamente metódica. Murmurando... gritando... ¡Bramando! Exponía: aquella faz, ese antiguo pensamiento, una nueva idea, alguna proposición, diversas soluciones, incongruentes escenas, lo pasado...; sí, sobre todo lo pasado, recuerdos y más recuerdos..., enlazándose, anillándose, envolviéndose... y, mientras tanto, aquel cuadrado negro... siempre extático ante él.

Del mismo silencio, que pesaba sobre su cuerpo como una mortaja, surgían sonidos que se confundían a aquellas voces internas, mezclándose en una danza infernal, eterna; una orgía, un alarido, una mueca, un rasguño hiriente de luz, una máscara parlante... un estallido estrepitoso... y, después..., calma, silencio, quietud... De ahí, de ese alocado torbellino, surgió la idea, pura, cristalizada, perfecta.

Tactó: Judith dormía a su lado, callada. Del suelo brotaban espirales de humo grisáceo que, juntándose alrededor del cuadro, iluminaban la estancia.

Vio que en su mano aun sujetaba el cuchillo, y lo empuñó frenéticamente. Notas prolongadas, que temblaban en el aire, herían el silencio suavemente; pero, poco a poco, iban aumentando de tono... poco a poco... se inclinó hacia la mujer –el sonido crecía–; ahora la percibía claramente, los hombros brillantes y satinados –acorde, triturante y paralojizador–: los hombros..., ahí estaban; lascivos y potentes –la melodía aumentaba en su inestabilidad–; cerró los ojos... abriéndolos luego: aún conservaba su actitud defensiva; acobardó a la vista de los hombros –las notas decrecieron–; pero no, no: ahora era el momento –la música surgió, se desenvolvió, desmadejándose en surtidores sonoros–; hundió, hundió con fuerza...; chorros de sangre saltaron, rojos; la piel cedía sin ninguna resistencia y mutilaba los hombros, los despedazaba, los masacraba en un paroxismo tembloroso –¡un acorde infernal, teñido de sangre, potente y furioso explotó en cascadantes ecos!

* * *

Era extraño...; al encender la lámpara de gas, Cristián vio sobre la cama el cuerpo de Judith intacto. Ni una gota de sangre, ni un tajo, ni una herida. Estaba muerta eso sí; muerta, frígida, inmóvil; pero su rostro no ostentaba la expresión indiferente de la muerte...; no; al contrario, era toda vida. Tenía esa mezcla de seriedad e ironía que mostrara antes en el retrato, y su realidad espantaba.

Cristián la tomó en sus brazos acercándose hacia el cuadro a pasos lentos.

Al llegar ante él, el peso del cuerpo disminuyó, se hizo más liviano, lenta, lentamente, empezó a deshacerse. La piel, la carne se disolvían en una bruma rosada, que flotaba un instante y luego era absorbida por el cuadro negro... desmenuzación eterna de materia en espíritu...

De pronto el pintor se dio cuenta de que no sostenía nada en sus brazos... vacíos...; miró el cuadro...; ¡era incomprensible! La figura de la mujer se recortaba sobre el fondo oscuro, y ahí estaba: sensual, extática, tal como él la dibujara, rompiendo la continuidad del espacio negro.

Reinaba el silencio...; pero ahora no pesaba como un pétreo sudario; contrariamente, era un silencio tranquilizador, alado, casi dichoso.

El cuento

- 1947 -

Aquel extraño color gris que parecía emanar de todas las cosas, las hacía más frágiles. Entraba la noche. La tarde no llegó aureolada de sombras azules y reflejos de oro, sino que disuelta en brumas plomizas. Y los árboles del parque perdieron su verde espontaneidad tras mortajas de niebla, los caminos se esfumaron y el agua de la fuente de piedra pareció detenerse súbitamente.

¡Oh! con qué gran deleite la neblina se cobijó en los rincones más ocultos del viejo parque. Con qué alegría fue descubriendo aquellas extrañas flores que crecían pegadas a los muros y con qué dulzura acarició los pétalos, suavizando los rojos intensos o los hirientes verdes. Un calorcillo extraño se derramó sobre el ojo muerto del pozo y alegró sus aguas estancadas donde las raíces de plantas desconocidas se pudrían lentamente. En cambio, cuán tristes estaban los sauces con sus cabelleras trenzadas de bruma y las higueras de frágil esqueleto. Qué pesadumbre imponían las aguas inmóviles de los esteros y con qué laxitud las enredaderas trepaban por los muros de la casona.

Silencio. Más que silencio. Callaba el silencio.

Imperceptible, la bruma avanzaba lenta, muy lenta y se introducía por los amplios ventanales, llenando las habitaciones. Dentro, proseguían su deslizarse y la pieza era toda una danza de nieblas, cuajada de murmullos provocados por el suave roce.

Martina no sentía todos aquellos sentimientos a su alrededor. Ni siquiera veía la oscuridad que inundaba la estancia ahora que en la chimenea el fuego no era sino un puñado de cenizas. No lo notaba. Sus manos seguían deslizándose sobre la pálida tapicería, hábiles, como si conociesen de memoria lo que debían hacer. Eran finas sus manos, suaves y lánguidas; de ellas los movimientos brotaban como sombras de palomas que ansiaran emprender un vuelo. Se rozaban con delicadeza, parecían besarse y a veces los largos dedos se inmovilizaban por un instante, sorprendidos, conciliadores.

Martina bordaba, y en torno de ella el silencio tejía su jaula de felpas. Parecía que vagaba por otras tierras, que algo íntimo e inmenso hubiera huido de ella, dejando su cuerpo ahí, arrellenado en aquel sillón junto al fuego muerto.

Pero, de súbito, se estremeció. Con lentitud ajustó aún más el chal que ceñía sus hombros, hundiendo luego su mirada en la tapicería donde los tonos difusos se mezclaban haciéndose imposible la determinación de su complicado diseño. Eran blancos, terrosos, amarillos que se acercaban al gris y plomos suaves, tan suaves que se hacían translúcidos. Sin embargo, en una esquina había una mancha roja. ¿Una flor? ¿Un pétalo? Martina la contempló detenidamente. Estaba aún sin bordar; pero la intensidad de su color la hacía resaltar sobre la tela. ¿Una flor? ¿Un pétalo? Martina la acarició. Sentía que algo de ella penetraba por aquella mancha, algo... y sobre su piel caían como cien brisas tibias, envolviéndola, bañando su cuerpo de calidez. Era dulce. Aquel túnel rojo, mas no tan rojo como que fuera violento. Suavemente rojo. Lentamente rojo. ¡Oh, aquellas sombras que diluían el color! ¡Qué lástima!

Y nuevamente era la estancia fría, con una ventana abierta hacia el parque brumoso.

La noche entraba con lentitud.

Era el silencio. Y en silencios tan grandes como ese parece que los ruidos que van a romperlo son tímidos al comienzo, parece que la quietud no quiere darse cuenta de ellos. El silencio se engaña a sí mismo. Pero... los rápidos pasos se fueron acercando. Resonaban con fuerza. De pronto, la puerta se abrió impulsivamente. Martina levantó la vista sorprendida. Era Natacha.

—¡Qué frío hace aquí! —comentó la niña entrando—. ¿No lo sientes, tía Martina?

—Sí... no... no sé.

Natacha se rió agitando su cabellera rubia. Su risa ahuyentó lo que aún quedaba de silencio. La bruma corrió a cobijarse en el parque.

—Pero, tía Martina, ¡has dejado que se apagara el fuego!

Martina contempló con extrañeza las cenizas que se amontonaban en la chimenea, como si las viera por primera vez.

—Este..., yo...

—Este..., yo... —imitó Natacha— y corrió hacia la chimenea.

Martina sonrió. Pausadamente. Las arrugas en su frente se alisaron al mismo tiempo que los labios se entreabrían dejando ver unos dientes bellísimos.

En un instante, la chimenea resplandecía de llamas, que cubriendo las paredes de fugaces imágenes, invadían la estancia con algo de su dorada tibieza.

—¿Ves?... —comentó Natacha.

Martina asintió con la cabeza y dejó que la tapicería se deslizara a sus pies.

—Sí... —murmuró, luego, Martina—. Sí, así se está bien.

–Yo siempre estoy bien –exclamó, petulantemente, la niña.

–Yo..., no sé..., sí, quizás sí.

Martina parecía pensar en voz alta, como si hablase consigo misma.

Crepitaba el fuego en el hogar. Las llamas danzaban sobre los gruesos troncos erizándolos de banderillas de luz. Las cenizas renacían envueltas de rojo mientras el humo, pegado a las piedras, ascendía en espirales de plata.

*–Y en la postrera llama
que la noche adormece...*

–¿Qué dices, tía?

–Recitaba..., recitaba algo que oí hace tiempo.

–¿Cuando eras joven?... –preguntó, sin maldad, Natacha.

Martina rió:

–Sí..., sí... cuando era joven.

De vez en cuando, los troncos explotaban en gotas de fuego que describían órbitas de luz. Natacha lanzó sus zapatillas a un rincón y estiró sus pies ante el fuego, donde un movedizo color rosa los tiñó inmediatamente. Natacha sonreía.

–¡Oh, qué agradable! –exclamó-. Tía, ¿por qué no me cuentas una de esas historias que sabes?

–¿No te parece que ya estás un poco grande?

–¿Cómo? ¡Solo tengo diez años!

Martina la miró sorprendida; pero la niña no hizo el menor movimiento. Extraño... todos los niños sueñan con ser grandes a su edad, pensó Martina; sin embargo Natacha, con sus once años, solo aspira a ser más pequeña.

Recordaba que cierto día la niña le había preguntado si no conocía algo para no crecer, más bien algo para disimular su estatura. Y agregó, en su entusiasmada mezcla de ingenuidad y experiencia:

“Para que quepa en el corazón violeta de aquellas magnolias del jardín”.

–Por favor... –interrumpió sus pensamientos.

Martina la atrajo hacia sí y besó su frente. Se sentía vencida ante aquel delicioso gesto de su sobrina.

–Bien –le dijo-, y por tener “once” años, te contaré una historia de amor.

Natacha se sonrojó. No obstante, un resplandor inquisitivo estalló en sus ojos, y los labios se entreabrieron ansiosos.

–Había una vez... –comenzó Martina.

–...una niña –prosiguió Natacha.

–Sí, una niña. Bella, bella de juventud. Tenía el cabello negro como..., como el que yo tenía. Fíjate: entre los míos grises aún quedan algunos... –siguió un instante de quietud: Martina pareció extasiarse en la contempla-

ción de un horizonte lejano. Luego: esta niña..., de la cual te hablo, tenía unos grandes ojos..., azules; sí, azules, como...

-Como los tuyos -interrumpió Natacha.

-Sí, como los míos -enmudeció.

Tras los cristales teñidos de púrpura, el parque se hundía en sombras. Agonizaba silenciosamente, como gozoso de morir, pues sabía que con la luz resucitaría aún más bello.

-Entonces...

-Así era la niña. ¿Te habría gustado conocerla?

-Debe haber sido muy bella -murmuró Natacha, embelesada.

Los ojos de Martina se llenaron de lágrimas. Continuó:

-Sí. Por lo menos, todos así lo decían. Además, esta niña era muy feliz, muy feliz. Y tú sabes que la dicha añade un rasgo más a la hermosura.

Natacha asintió ansiosamente.

-La niña jugaba. Reía. Te mentiré si digo que alguien la vio llorar entonces. Cada año le traía una despreocupada alegría, y ella la gozaba, la vivía. Pasó el tiempo... y un día, un día que el sol rizaba de luz los esteros, un... príncipe extranjero, que viajaba por la comarca donde vivía la niña, acertó a verla...

Mi querida Natacha, bastó esa mirada para que ambos se enamoraran perdidamente. Ahora, este príncipe... ¿cómo lo imaginas?

-Alto, moreno; los ojos cuajados de luces.

-¡Pues, así era! -exclamó Martina, y las lágrimas bañaban sus mejillas-. Y se querían. ¡Ah, si supieras cómo se querían, mi Natacha! Algún día lo comprenderás. Sabrás lo que es sentir tu mano abandonada en otra; sabrás lo que es quedarse mirando unos ojos que te hablen más que cien labios; sabrás... -Martina se detuvo de pronto. Natacha la observaba atentamente, la mirada fija en ella. Martina enrojeció levemente-: luego lo sabrás.

No había viento, y sobre el parque el silencio se descolgaba como una mortaja.

-Las semanas transcurrieron; pero para ellos fue lo que el aleteo de una paloma. La fecha de boda ya se había fijado, y la casa hervía con los preparativos. La niña insistió en coser ella misma su traje de novia.

-¿Y cómo era aquel traje?

-Imagina cien arañas que hubiesen unido sus cien telas y que las gotas de rocío que en ellas había se convirtieran en perlas.

Siguió un largo silencio. El fuego comenzaba ya a apagarse y, desde el parque, las sombras invadían la estancia.

-Entonces...

-Entonces, importantes asuntos requirieron al príncipe en su país -¡oh, tan lejano!- y debió partir. Se despidieron.

Al hacerlo, algo como un presentimiento se debatía en el pecho de la

niña. Pensó en decirle que no fuera; pero luego enmudeció, tratando de aliviar la tristeza de su futuro esposo. Entonces él partió. Cuando abandonó la casa de la niña, las palomas revoloteaban entre los árboles aureoleándolos con sus alas de nieve. Se veía tan hermoso sobre su caballo negro. Negro como la noche.

Las lágrimas resbalaban ahora con facilidad, y en los ojos de Natacha había cierto resplandor acuoso. Sin embargo, la voz de Martina proseguía imperturbable:

—Dos días después..., dos días después de su partida, llegó la horrible noticia.

—¿Qué?

—Fue en la noche. El único servidor que acompañaba al príncipe llegó desfallecido a la casa. Fue en la noche. La niña daba las últimas puntadas a su traje de boda....

—¡El servidor! —gritó casi Natacha—. ¿Por qué? ¿por qué?

—El pobre hombre estaba agotado. Sin embargo, pudo contar lo que había sucedido: al atravesar el río, los caballos no soportaron el empuje de las aguas, que venían muy alborotadas, y se habían desplomado dejando a los jinetes a merced de las corrientes... él había podido nadar hasta la ribera; pero no vio a su amo... estuvo luego varias horas llamándolo...

Calló al instante, como ahogando algo que estrangulaba su garganta. Luego, continuó:

—Al oír esto, la niña cayó desmayada y la aguja que sostenía clavó uno de sus dedos. Otras dos gotas de sangre mancharon la tela del vestido...

Un gris de muerte invadió los rincones. Las brumas se asomaban a la ventana mientras que de los leños semiconsumidos brotaba el silencio en oleadas sucesivas. Lloraba la quietud. Inmovilidad de quietud. Una a una las lágrimas caían sobre la falda de Martina. No hacía el más mínimo esfuerzo por ahuyentarlas, las dejaba correr simplemente.

—Y la niña... —preguntó de súbito Natacha—. ¿Qué sucedió a la niña?

—Esperó. ¡Todavía espera!

Y una dulce sonrisa invadió el rostro de Martina. Traía rastros de esperanza. Traía la débil luz de un lejano horizonte. Luego, tomando la tapicería que yacía a sus pies, comenzó a bordar aquella mancha roja, ¿pétalo, flor?, que resaltaba sobre la monotonía de los otros tonos.

El eslabón de luz

- 1947 -

Las campanas

Lentamente, con dificultad, el sonido se dibujó en la sombra. No era sino un rumor distante. Muy distante. Pero luego se redondeó, completándose, para rodar sobre la noche como un anillo florecido de ecos.

Y campana respondió a campana. Sus voces se alzaron inseguras al comienzo. Y a ellas se unieron otras y otras y otras... hasta que aquel coro metálico, confuso y perfecto, pareció iluminar de súbito la oscuridad. En pleno aire se cerraban anillos, se formaban esferas, se completaban los círculos.

Y todas las campanas cantaban.

Fue la lucha entre sombra y luz de ruido. Fue la derrota de la penumbra. A lo lejos, campanillas de plata ofrecieron el tributo de su frágil tintineo. -

Pero la noche volvía..., volvía a atacar y, poco a poco, se fueron callando las campanas. Lentamente... tal como habían surgido. De los cuatro rincones de la ciudad brotó el eco, pálido, delgado. Y el silencio se desplomó con fuerza.

Navidad. Noche de Navidad.

Ana María y las campanas

Ana María se apoyaba con cansancio contra el muro. Aquello había sido demasiado... las campanas, todas esas campanas, multitudes. Como ángeles de hierro, como estatuas vivientes que agitasen alas de plomo, sí, grises, muy grises, todas aquellas campanas habían replicado en ella, en sus sienes, en la velocidad de sus venas... y ahora de súbito, sola en ese silencio de muerte, se sentía perdida.

Estaba cansada. Confusa, quizás. La sensación se hacía extraña. Por un momento todo había sido maravilloso. Como... como si hubiesen abierto un girón en el cielo y le permitieran mirar. ¿Mirar qué? No había visto nada; en ella todo fue sensaciones: olas luminosas que la recorrieron con delicadeza, flores de cristal que brotaban en sus manos tibias. ¡Ah, sí! En su boca florecían sonrisas volantes. Fue en aquel instante que le pareció

que el mundo lloraba y reía a la vez. Y ella, cómo se hermanaba con ese mundo.

Solo la quietud. Repleta del recuerdo. Se hacía palpable. El muro hería su espalda. De pronto, sentía la rudeza de la piedra. Pero no se apartó; había algo en aquel dolor que la fascinaba.

Cristóbal y las campanas

Había un gusto amargo en sus labios. Y, taconeando con fuerza, avanzaba en la noche.

Cristóbal no oyó las campanas. Solo las sombras de sus voces llegaron a él y se anudaron a su alrededor como alas temerosas de rozarlo. ¿Cómo bajar en la hondura de aquel pozo? El vacío se hacía noria ilimitada, canal subterráneo que giraba en un anillo sin comienzo ni término. Los sonidos retrocedieron espantados.

La corriente silenciosa. Sin un eco. Seguía el curso de aquellas aguas; se dejaba arrastrar sin oponer resistencia. Quizás se hallaría alguna solución en lo más profundo, allí donde las aguas desaparecieran... mas, ¿desaparecerían? Quizás no, quizás... mientras tan solo iba, iba hacia la noche.

La sangre corría negra por sus venas. Lentamente. Ya no ansiaba buscar la luz, buscar otra sangre. La soledad se había fijado en ella, la había hecho suya. Todo el horror de la soledad. Cristóbal pensó en las largas noches. Su cuarto repleto y, no obstante, vacío. La pregunta espontánea que escucha su propio eco como respuesta. Buscar, llegar hasta la más inmensa de las desesperaciones, buscar en un espejo algún gesto de comprensión y solo ver otros ojos también cuajados de lágrimas.

¿Por qué? Y sin embargo, no. No más preguntas, no atormentarse más. Seguir el curso del impulso más secreto, eso sí. Eso sí.

El anhelo

Ana María anhelaba algo. ¡Ah! sí, cuánto lo anhelaba. En este último tiempo el sentimiento se había hecho irresistible. Se sentía atraída hacia él, como si sus manos ansiasen atrapar ese algo sin conseguirlo jamás.

Pero ella estaba decidida. Su anhelo se realizaría. Era tan poca cosa. ¿Cómo, entonces? Pero...

Y ahí, ante ella, estaba lo que más deseaba. Se acercó a la vitrina. Por un momento, tanto resplandor la cegó: en todo sentido se entrecruzaban sartas de luces multicolores y los juguetes parecían llenos de ella. ¡Qué de colo-

res! De brillos. De suavidades. María miraba embelesada; el solo ver todo aquello la llenaba de dicha. Como si no existiese aquel cristal, como si al extender su mano pudiera tomar lo que quisiera. Y la noche se hacía menos oscura, amanecer casi.

Olvidó las campanas, todo lo que ellas dijeron, todo lo que la hicieron sentir. En aquel rincón estaba la muñeca, tan pequeña.

Desde que la vio, Ana María supo que algún día la tendría entre sus manos. ¿Pero cuándo? Eso no importaba. Algún día... lo único hermoso era la certeza.

—¿Sabes? —murmuró Ana María—. Hoy es Navidad. Dicen que hay un ángel en cada sombra, en cada luz.

¡Cuántas cosas no había contado en sus interminables conversaciones, todo... todo su mundo! Aquel que cada día presentaba sensaciones desconocidas. Una vez le confió a la muñeca: aun cuando soy más grande que tú, soy solo una niña.

Y su voz era alegre. ¡Cuántas cosas no le contó! Lo que había más allá de aquella calle, cómo la niebla que rodea a los faroles iluminan las noches, cómo los hilillos de agua corren por el borde de las acequias, cómo el humo se eleva en trenzas... todas las cosas que iba descubriendo cada día.

Pero hoy... por eso salió temprano. Quería vender todas esas violetas. Pobres ramos, mustios ya. Las flores habían perdido su lozanía y quebraban sus corolas con cansancio. Aún quedaban algunas en la caja. Tristes, como recuerdo de algo que fue bello. Por un momento pensó arrojarlas a la calle. ¡Que mueran solas!, se dijo. Pero luego contó las monedas que tintineaban en su bolsillo. Tres. Solo tres. ¡Ah! por qué sería tan inaccesible aquella cifra. Y, de pronto, pensó que no le importaba tanto tener a la muñeca entre sus manos como verla libre, fuera de esa vitrina, que se le antojaba como una cárcel. Sí; aquel era el verdadero motivo. Sólo ahora lo comprendía. Todo se hacía más simple... la impaciencia se justificaba por caminos menos caprichosos, la dicha adquiriría carácter de razón. Quizás ahora haga menos embriagadora, pero sí más real.

Entonces... ¿no sería hoy? Pero sí, debía ser. Así lo sentía, lo comprendía. Hoy. Hoy.

De súbito, las cortinas que limitaban el escaparate se entreabrieron para dejar pasar una mano. Ana María lo presintió, su vista siguió los movimientos lentos —¡oh! tan lentos— de aquella mano. La vio avanzar hacia la muñeca, tomarla y desaparecer luego.

—¡No! —gritó casi.

No era posible. La sangre se inmovilizó en sus venas y percibió cómo los segundos caían acompasadamente. No, no era posible. Todo parecía ha-

berse oscurecido de súbito. Poco a poco la sangre recobraba su antiguo ritmo, golpeando sus sienes.

El tiempo se hacía eterno, como si cada segundo girara una hora antes de caer.

Mas las cortinas volvieron a abrirse. La mano colocó la muñeca en su antiguo sitio. Ana María sonrió entre sus lágrimas. "Aquí, aquí", parecían murmurar sus labios. Miró las violetas. "Debo venderlas -se dijo-; pronto, rápido".

Era tarde, las luces se apagaban una a una. Las calles estaban desiertas. Ana María se dio vuelta hacia la oscuridad.

-¡Dios mío! Haz que se rompan todas las puertas, que no puedan volver a cerrar. Jamás... jamás.

La idea

Y porque era Navidad todos se habían retirado temprano a sus casas.

Cristóbal se detuvo ante una ventana iluminada. Una ronda de niños revoloteaba alrededor de un pino. ¡Qué hermoso árbol! Todo cuajado de luces, florecido de estrellas. En un rincón algunas personas se agrupaban. Reían. Los niños también reían. Cristóbal lo notaba en sus gestos; en sus movimientos. Mas no oía las risas... y la sensación se hacía insoportable. Saber que ahí hay voces y no poder escucharlas. Se sintió más solo que antes. Como un animal al que todos rehuyeran, al cual se le privase aún el sonido de las risas.

Siguió caminando rápido. Muy rápido. Parecía querer huir... de algo, de alguien. Y bajó en aquel, su pozo; mas el descenso se hacía difícil. La corriente se negaba a arrastrarlo y, de súbito, las aguas estaban rumoreantes de preguntas. Cada una había hallado una voz distinta.

¿Por qué? ¿Cómo? ¿Dónde? Y su propia voz surgió del caos:

-No... no

Mas... ¿dónde?

La respuesta se abocetó. Trazos leves, casi aéreos.

¿Dónde?

Avanzar por aquella oscuridad hasta que los pies no hallen camino.

¿Dónde? ¿Dónde? ¿Dónde?

Cerca... o quizás lejos. Tan próximo que se está tocando, que ya respira junto a uno.

-¿Dónde?

Caminando... caminando en la noche, hacia la noche.

El encuentro

Un hombre se había detenido en la esquina próxima. Era alto, de rasgos serenos y entre sus manos sujetaba un libro de tapas negras. Un farol cercano lo rodeaba de luz, haciéndolo parecer irreal. Como un inmenso insecto preso en un haz blanquecino. Comenzó a hablar: su tono era monótono y llevado a una altura exagerada. Las palabras se redondeaban en la noche, adquirirían un significado especial.

– Dicen que la estrella se unió a la sombra. En sus cinco brazos se arremolinó la suave oscuridad; pero no por eso se apagó la estrella... no, fue la sombra quien se iluminó.

Ana María lo miró embelesada. ¿A quién se dirigía? Quizás a las sombras, al aire; quizás a nadie. Estaba solo; bajo aquella luz desnuda.

Y Ana María comenzó a escuchar. Para ella, las frases se diseñaban extrañas. Como gotas de luz que fuesen iluminando rincones sombríos. ¡Quería devolver su libertad a la muñeca! Mas esa libertad, ¿la tuvo alguna vez? Y si no la ha poseído nunca, ¿la necesita acaso? Sí. Estaba segura. Ella se lo había dicho mil veces, cada vez que la miraba. Oía su grito silencioso cuando ella le contaba todas aquellas cosas, ese grito que decía: “Llévame contigo. Quiero verlas yo también”. Habría jurado que esto era la verdad.

Pero ya no escuchaba. Es curioso, se decía, cómo las calles desembocaban unas en otras. Forman una red, de la cual quizás no se pueda salir nunca. Recordaba que un día vio desde la altura de una colina varios canales. Sus cauces se entretejían semejando un inmenso árbol ¿o era malla de hilos finos? Mas, recordaba que en un punto todas las aguas se juntaban en un solo lecho.

¡Qué hermoso era aquel canal! Rumoreante. Pero se le ocurrió de pronto, que tal vez no era verdad que las aguas se juntaban, sino más bien que del ancho canal partían los otros más pequeños.

En la esquina, solo, tan solo, el hombre proseguía:

– Una palabra... aquella que encierra toda la ternura... solo aquella basta...

Todas estas calles se asemejan a esos canales, pensó María. Y allá, donde las sombras se hacían más espesas, creyó ver a alguien que avanzaba. Sí, ahora lo distinguía con claridad cuando pasaba bajo los faroles. Venía hacia ella... arregló los ramos de violetas con gesto rápido.

Cristóbal pasó junto al hombre sin oír su voz, sin notar su presencia siquiera. Había algo en el ruido de sus pasos que lo obsesionaba, un ritmo que se había apoderado de todo su ser. Tampoco escuchó las palabras de Ana María: la niña comenzó a caminar junto a él.

–¿Señor..., quisiera comprar unas violetas?

–No... no... –respondió sin saber lo que le preguntaban.

Ana María apretó con fuerza uno de los ramos.

—Entonces... entonces, me podría...

Cristóbal se detuvo. Como de una cuchillada, se rasgaron aquellas plumas. Allá, allá distante, muy distante entrevió una pupila de luz, algo que florecía en suavidad... y la voz —¿qué voz?— repetía: “la palabra... la palabra”. Se sintió atraído hacia aquel punto repleto de fulgores. Pero tan lejano.

—¿Qué? —su voz le parecía extraña—.

—Prestarme... —Ana María se mordió los labios—. Es poco. Quisiera completar una suma... quiero comprar aquella muñeca.

La voz de la niña descendió un murmullo. Cristóbal buscó el apoyo de uno de esos muros: ¿Dónde? ¿Hacia aquel horizonte? ¿Hacia aquella línea palpitante de resplandores?

—Hoy es Navidad.

—¿Navidad?

Las campanas lo cantaron.

—¿Las campanas...?

—Dicen que hay un ángel en cada sombra, en cada luz.

Corría un vientecillo a ras de tierra. Los faroles se perdían en manchas grisáceas hacia el término de la calle.

—Dime..., dime todo lo que quieres.

Y tomándola de la mano la arrastró hacia la tienda. Comenzaban a apagar las luces y entre los estantes circulaba una suave penumbra. Para Ana María solo el aroma de aquellas maderas era dicha.

Una cajita de música repetía incesante el mismo estribillo. Las notas eran livianas, se le antojaban gotas de agua cayendo sobre un cristal. ¡Ah! Poder aprisionar este momento entre las manos no dejarlo escapar jamás.

Cristóbal habló con el dependiente. Ana María siguió sus movimientos uno a uno. Lo vio acercarse a la vitrina, descorrer las pesadas cortinas y alcanzar...

Pero no... ¡no! —gritó Ana María al ver que le pasaban una muñeca inmensa coronada de estrellas—. Esa no...

Cristóbal la miró extrañado. Entonces la niña corrió hacia donde estaba la muñeca deseada y la estrechó contra su pecho.

—¿Ves? todo ha sucedido como lo quería, estaba tan segura de que sería así. Aquí... más cerca de mis labios como nunca te tuve antes... ¡Te irás! Te irás de esta prisión de cristales. No serás de nadie. Ni mía tampoco... serás, simplemente. Como... como yo. Iremos juntas más allá de estas calles, más allá de estas casas. Hoy veremos salir el sol.

A través de la puerta llegaba la voz: porque la vida brota en lo joven y va hacia lo prematuramente cansado...

—“La palabra... la palabra” —repitió Cristóbal.

La luz

Aún sentía sobre su mano aquellos labios. Le había besado. Al percibir el contacto –tibio, blando– retiró su mano sorprendido. Pero ella había huido ya, sus pasos se hicieron sombras entre las sombras.

Más la sensación persistía. Miró su mano... ¡Qué extraño! ¿Era ilusión? Una idea que de tanto presentarse se hizo por fin realidad. Ahí, sobre su mano, sí, sobre su mano, le pareció que esos labios habían quedado dibujados. Los veía diseñados en trazos luminosos.

Los acercó a sus propios labios.

Algo... calidez, luz... algo lo inundaba. Iba de su mano a su boca como la palpitante raíz de una fuente. Lo gustaba. Todas aquellas sombras se disolvían; las aguas de cien canales subterráneos se detenían ahítas de luz y el pozo se hacía antorcha... ahí entreveía el eslabón perfecto, único. Hacia él iba, atraído por sus reflejos. Y con qué precisión se completaba la cadena.

La voz del predicador se detuvo de pronto. Sorpresivamente. El silencio fue más profundo que antes.

Cristóbal tuvo frío. Introdujo las manos en los bolsillos, pero... ¿qué era aquello? Palpó algo frío, húmedo... se detuvo bajo un farol y miró... mas... ¿de dónde?... extraño... de dónde habían salido aquellas tres monedas y esos dos ramos de violetas ya muertas.

Fechas a recordar

- 1948 -

Fue un martes..., no, ahora lo recuerdo con precisión, fue el miércoles 27 de mayo de..., de un año cualquiera. El otoño había invadido de pronto toda la ciudad y, por primera vez, lo hacía con fuerza y locura. Rojos y sepias en los árboles y un algo de cansado arrastrándose por el aire, revoloteando entre las hojas que agonizaban en sus oros viejos. Era una tarde maravillosa, de cielo bajo, de tiempo detenido en torno a los seres, un tiempo petrificado y, a la vez, extrañamente vivo.

Abandoné temprano mi trabajo y, por no tener otra cosa que hacer, decidí vagar. Me interné entonces por todas esas calles que circundaban el edificio y que nunca antes había pensado siquiera explorar. Poco a poco me fui adentrando en esa red de aceras y callejas y casas. Presentía... como una expectación al hacerlo, como si supiera que algo iba a suceder; no sabía bien qué, algo... y mis pasos se hacían más livianos, casi alados.

La mayoría de los edificios eran grises. De piedra algunos, de cemento los otros y no se comprobaba vida en ellos. Por un momento imaginé un cementerio prehistórico, de grandes monstruos silenciosos, inmóviles, detenidos en el tiempo con la grandiosidad de las rocas. Los árboles que, de trecho en trecho, entorpecían la continuidad de la acera, estaban totalmente desnudos; ni siquiera se veían hojas caídas junto a las raíces. Quizás un vendaval... mas, de pronto, divisé al término de una de esas calles un árbol extraño. No sabría darle nombre, y lo que era aún más raro, lo que me hizo detenerme asombrado y desviar mis pasos hacia él, fue que estaba cubierto de hojas, un follaje todo rojo y amarillo, casi un oleaje de oros y bronce moribundos. Rápidamente, caminé hacia él y me detuve bajo su copa, que me acogió con la suavidad de una tarde. Extraño, pensé..., ¿por qué este árbol?... Mas no logré concluir mi pensamiento, pues mucho más atónito estuve al darme vuelta y ver ahí, flanqueada por dos inmensos edificios grises, una pequeña casa que...

Tratar de explicar la impresión que ella me produjo, sería inútil e imposible. Por lo tanto, ensayaré describirla -todo cuanto mi memoria ha retenido-, y así poder transmitir lo que entonces experimenté.

Ya dije que era una casa pequeña y que a derecha e izquierda se alzaban dos edificios inmensos y grises. Esto es de suma importancia, por el con-

traste que ello producía, y que fue, en un comienzo, lo que me impresionó con más fuerza. Aquella casa –lo adiviné de inmediato– era una tienda. Un inmenso escaparate ocupaba toda la fachada del piso bajo, dejando solo un espacio para la puerta. Mas, el segundo piso estaba pintado de un color extraño, algo así como el reflejo de un sol moribundo que se hubiese posado sobre aquel muro. La construcción íntegra transmitía una sensación de calidez e intimidad. El cristal mismo del escaparate era de un color rosa; por un momento pensé que el follaje de aquel árbol, al reflejarse sobre él, lo teñía de aquel tono; pero luego, al acercarme, pude comprobar que no era así. Era en realidad un cristal rosa.

–Pero..., ¿qué clase de tienda es esta? –no pude contenerme de preguntar.

Como era de esperar, no hubo ninguna respuesta. Entonces miré con mayor atención aquel escaparate...

Creo no mentir al asegurar que nunca antes había visto objetos tan maravillosos. Allí, en ese rincón, dos ángeles de bronce patinado por el tiempo; y luego, tres piezas de seda antigua: una color llama, otra dorada y la última de un extraño matiz anaranjado. Además vi una caja llena de lentejuelas rojas y otra con cuentas de vidrio opalescente. No sé..., pero por un momento imaginé haber hallado la raíz del otoño.

Dos o tres minutos –o quizás mucho más, no lo sé– permanecí fascinado ante todas aquellas cosas y luego, como buscando alguna explicación, alcé mi vista hasta el rótulo que colgaba sobre la puerta. Ahí, trazadas en inmensos caracteres rojos, leí las siguientes palabras: LA PUERTA HACIA. ¿Cómo?...

Pensé que tal vez no había leído correctamente y lo volví a hacer. Pero no..., solo esa frase trunca. ¿Quizás un olvido? No; aquello no era posible. ¿Cómo imaginar siquiera un olvido de ese tipo? Una excentricidad del dueño..., ¿quizás? Pero ya demasiado intrigado, decidí averiguar, y empujando la puerta, penetré en la casa.

El tintineo de una campanilla –casi silbido de viento– me llegó desde lejos y me encontré de pronto en una estancia toda de madera, con una gran chimenea al fondo. En ella vi arder un inmenso fuego, que proyectaba sobre los muros extrañas sombras móviles. Había además dos o tres estantes cargados de sedas y brocados; pero... lo que más me llamó la atención era que todas esas telas, su color, quiero decir, variaba dentro de una sola gama que, partiendo del amarillo, y luego de haber recorrido los rojos, iba a terminar en los tonos bronceos. Todo en esa pieza alternaba entre esos matices. Le comunicaba al ambiente un no sé qué de cálido y acogedor.

A los pocos segundos escuché unos pasos cortos y apareció en el rectángulo de una puerta que se abría en la pared izquierda una muchacha. Al

comienzo me pareció reconocerla. Pero luego..., no, no..., supe que nunca antes la había visto. Era delgada, de piel muy blanca, de inmensos ojos verdes. Lo que sobre todo me impresionó fue su cabello: nunca antes había visto un tono de rojo semejante. No era lo que corrientemente se llama una colorina, pues en aquellos cabellos no había ni un solo rastro de ese matiz zanahoria; no, más bien pudiera evocarse la caoba, un color oscuro y hasta cierto punto cansado.

–Buenas tardes –murmuré.

–Buenas tardes –respondió ella, y luego al avanzar–, ¿qué desea?

–Es decir..., yo..., este...

Y, de pronto, me supe torpe e idiota. Ni por un instante había pensado en eso... solo entré guiado por la curiosidad y ¿cómo explicarle aquello? Mas de pronto decidí:

–Verdaderamente es maravilloso todo esto.

–Sí –volvió a hablar la muchacha–, es muy hermoso.

–Pero, dígame... ¿qué significa aquel nombre?

–¿LA PUERTA HACIA?

–Sí.

–Y bien..., significa..., pues..., lo que se comprende...

–Pero..., parece faltar algo a la frase..., una palabra, quizás.

No respondió. En cambio, se acercó a uno de los estantes y comenzó a ordenar algunas telas.

–¿Le gustan estas sedas? –preguntó.

–Extraordinarias... antiguas, ¿verdad?

–No. Es mi padre quien las urde.

–Es un trabajo lento. Utiliza fórmulas muy antiguas, colorantes desconocidos hoy día.

–Pero...

–Le ruego no pregunte más. A mi padre no le gustaría. Guarda el más grande de los misterios...

Había extendido una de las piezas sobre el mesón. Una seda color oro, recorrida por reflejos cambiantes. No sé..., algo me impulsó a acercar mi mano a la tela. Instantáneamente sentí bajo mis dedos una suavidad nunca antes palpada. Y..., y así –idea repentina, disparatada– permanecer allí para siempre, acariciando aquella seda... pero algo, algo como un temor que no supe de dónde brotaba, me hizo retirar con presteza la mano. Miré a la muchacha y vi sus inmensas pupilas verdes fijas en mí, como si tratara de hipnotizarme.

–Sí, es hermosa –murmuré tras gigantescos esfuerzos, pues mi voz se negaba a surgir–. Pero yo, en realidad, no deseo comprar, yo... gracias y buenas tardes.

—¡Espere! —escuché su grito al momento que empujaba la puerta—. Voy a mostrarle algo realmente maravilloso.

Tal vez sus palabras, tal vez la forma como fueron dichas, su sonido o ritmo, quizás..., no sé; pero algo detuvo mi movimiento, algo me obligó a darme vuelta y caminar hacia ella.

Se acercó entonces a la puerta y llamó:

—¡Padre! padre... trae la seda aquella —y sus palabras me hicieron pensar en una revelación. “La seda aquella”. La frase irradiaba un algo de misterio que me fascinó.

Como un eco a su voz, escuché aquellos pasos que por momentos se hacían más fuertes y próximos. He de confesar que el sonido me aterró; una cadencia, un compás que hacía pensar... pero, de pronto, lo vi aparecer. Se detuvo ahí, en el rectángulo de la puerta y me miró con fuerza. Creo que palidecí bajo esa mirada. Transmitía una extraña fuerza, un dominio tal, que uno se sentía pequeño y sin carácter. En aquel minuto, ese hombre podría haber hecho de mí lo que se le antojase. Pero en cambio murmuró:

—Buenas tardes... —y tendió a su hija una pieza de género.

—Buenas tardes —contesté apenas al verlo desaparecer.

La tela que entonces extendió ante mí era algo tan maravilloso, que creo, aun cuando viva mil años más, no volveré nunca a ver otra... siquiera parecida. Era seda, sí..., y no lo era. Quizás un brocado; pero tampoco..., algo mucho más delicado, mucho más aéreo, sin ser irreal. Algo así como una llama súbitamente aprisionada, conservando los reflejos y la movilidad de ella.

—Es..., no sé..., tan distinto a todo... —y acerqué mis manos, acaricié la tela y ya no escuché sino la voz de esa muchacha.

—Pero dentro..., dentro hay tantas otras maravillas... ¿por qué no me sigue? Si usted las viera...; oros y brocados, reflejos de joyas y sombras... sígame..., sígame...

Sus palabras llegaban hasta mí con la suavidad de un oleaje. Una tras otra, despaciosamente, atrayéndome como un vértigo... ¡maravilloso!, y ansí hundirme entre ellas. Para siempre.

—Vamos..., sígame —murmuraba desde la puerta—.

Llegué junto a ella y me detuve. Ya no pensaba, no escuchaba sino esa voz que me atraía, impeliéndome a seguirla. Pero al trasponer esa puerta, me hallé de pronto en un pasadizo tan oscuro, que ni siquiera distinguía la silueta de la muchacha. Un terror me invadió súbitamente. Permanecí inmóvil, como paralizado. Y toda mi piel se erizó de espanto. En aquel instante sentí que una mano se cerraba con la fuerza de un grillete en torno a mi muñeca. Quise gritar, pero no brotó mi voz. Ansié zafarme, pero solo logré que esa mano se estrechase aún más. Entonces, no sé de dónde ni

cómo, sentí nacer en mí una fuerza irrefrenable... con un solo movimiento me liberé y corrí hacia fuera.

No me detuve sino al llegar a la esquina. Miré hacia atrás y..., ¡oh!, no, no era posible. Aquello..., aquel árbol todo cubierto de follaje había desaparecido, y en su lugar se alzaba otro, tan desnudo como los demás.

Pero no... ¿cómo? Quizás un fuerte viento barrió todas esas hojas mientras yo... pero no... di media vuelta y armándome de coraje retorné al lugar donde estaba la casa. Mas..., ahora, ¡ahora!, solo vi un terreno desocupado..., unos pocos metros de tierra flanqueados por dos inmensos edificios grises.

Luego..., ¿había imaginado todo aquello? No, no. Aquí estaban las huellas de esa mano, aún persistían tan rojas como antes alrededor de mi muñeca. Aquello no era imaginación. Y entonces...

Entonces comprendí. Y me alejé casi corriendo. Comprendí que nunca había estado tan próximo a una fecha. Y quizás no volvería a estarlo en mucho tiempo aún.

El patio vacío

- 1948 -

Todo aquello comenzaba a aburrirle. “No sé por qué acepté –se dijo–; la visita de un hombre célebre a su pueblo natal es siempre tediosa”.

Y volvía a encontrar la antigua calle, única, cortando en un solo tajo aquella aglomeración simétrica de casas, solo para morir luego en el rectángulo de la plaza. La alcaldía se alzaba allí y, frente a ella, la pequeña iglesia toda de piedra gris y como hundida entre los aromos. Al finalizar el invierno, de la noche a la mañana, los árboles amanecían florecidos de oro y la capilla desaparecía entonces entre las frondas, haciéndose más lejana, casi irreal.

Sin embargo, al volver a contemplar todo esto, nada le parecía tan hermoso como antes, cuando era niño. Y no obstante haber revivido todas estas cosas a través de sus novelas, ahora adivinaba en ellas algo extraño, algo distinto. Y por un momento ansió no haber vuelto.

Pero..., eran solo las tres de la tarde, y la visita debía prolongarse hasta ya bien avanzada la noche, cuando partiese el último tren. ¡Oh!, Dios mío; ¿cuántas horas aún? Y ya había recibido demasiados festejos. Primero, el recibimiento en la estación. Todos los escolares del pueblo reunidos en el andén, agitando banderillas, repitiendo su nombre y la palabra “Viva”, sin cesar. Junto a ellos, la banda del Cuerpo de Bomberos; el rojo de sus uniformes rivalizando con el bronce de los instrumentos. Y luego, gritos, banderas y muchos estandartes que casi desaparecían bajo frases de bienvenida. En un solo brochazo vio el sol hiriendo los metales de los cornos y trompetas. Por un momento se sintió perdido y extraño a todo aquello..., pero ya avanzaba hacia él un hombre bajo, más bien gordo, que ceñía su pecho con una banda tricolor y que, al instante, identificó como el alcalde. Este curioso personaje se empinó primero –parece un inmenso trompo, pensó el escritor–, y luego lo abrazó, gritándole al oído:

–¡Bienvenido!

Buscó entonces en sus bolsillos algo que al comienzo no pudo encontrar. Tuvo tiempo de palidecer antes que sus manos hallaran esa llave de oro que, simbólicamente, entregó al visitante. De inmediato, los escolares rompieron a cantar el Himno Nacional.

Luego fue el recorrido de la única calle. Lo hizo en un coche abierto, repartiendo saludos y sonrisas a derecha e izquierda. Por fin desembocó en

la plaza, en cuya glorieta aguardaba la banda del Cuerpo de Carabineros, que al instante sembró de disonancias el aire.

Siguió un largo almuerzo en la alcaldía. Uno a uno se sucedieron los platos y los vinos, con tal insistencia, que más de un comensal hubo de retirarse ayudado por otros. Pero al término..., ¡oh!, al término debieron caer de pronto en el horror de los brindis y de los discursos.

Habló el alcalde. En la precipitación de la llegada había extraviado el discurso y hubo de improvisar en su tartamudeado lenguaje durante una hora. Contestó el escritor, en dos o tres frases cariñosas y espirituales, que nadie comprendió, pero que todos aplaudieron. Creyó que con eso finalizaría la ceremonia. Pero no. No fue así. Con la misma monotonía que se habían sucedido los platos, uno tras otro surgieron los oradores. El cura, que celebró su visita con palabras tibias, pues había oído decir que sus novelas no siempre eran santas; luego el comandante de las tropas acantonadas en la región, que nunca había leído uno de sus libros —ni de ningún otro autor—, pero que sí sabía ofrecer un brindis; el director de la escuela, el latifundista más considerado de la zona, y el único intelectual del pueblo, que ese día, a diferencia de otros, adquiriría súbitamente una importancia enorme. Aun el alcalde lo había invitado a cenar la noche anterior, para conocer algo sobre la obra de su ilustre huésped.

Pero no. Ya aquello llegaba a su límite. No soportaría un instante más... se levantó con presteza y caminó hacia la ventana. Entreabrió las hojas y un aletazo de brisa acarició su rostro, devolviéndole algo de bienestar. Entonces vio la plaza. Desde lo alto, se destacaba simétrica y aburrida. ¿Dónde estaba aquel encanto de árboles rumoreantes y fuentes frescas que durante tanto tiempo había guardado en su recuerdo?

Mas, ya era hora de partir. Y el programa consultaba una visita a la escuela.

Experimentó una verdadera emoción al encontrarse, después de tantos años, frente al viejo edificio. Los muros descascarados, cubiertos a trechos de pintura amarilla; la puerta apoyada con cansancio sobre sus goznes y la plata de bronce siempre tan brillante, aun cuando el negro de las letras ya no era furiosamente negro como antes.

Se halló de pronto en el centro de aquel patio empedrado. Dos aromos trenzaban sus follajes en el centro y sus flores parecían iluminar los muros y los rincones. En una sola imagen..., recordó toda su infancia. Miles de detalles que había olvidado renacieron al contemplar este patio donde tanto vivió cuando pequeño. Volvió a verlo repleto de muchachos gritando, persiguiéndose, riendo. Recordó nombres también. Perico y Juanucho. ¿Qué se habrá hecho el Crespo? Recordaba que una vez...

Mas, ahora, el patio estaba vacío. Pesaba sobre él todo, aquella siesta de

día domingo. Algo en el silencio, en esta extraña quietud le hizo sentirse cansado y... muerto. Pero el alcalde continuaba agitándose junto a él:

—Entremos..., es preferible, ¿no le parece? El sol quema demasiado...

En las salas de clases reinaba esa misma humedad fresca de antes. “Algo del cántaro”, decía siempre su viejo profesor. ¿Qué sería de él?

—Dígame..., ¿usted recuerda a mi profesor? —¡Como no! —respondió el director, enjugándose el sudor con un amplio pañuelo escocés—. El pobre viejo... está casi ciego y un poco...

—¡Ciego!

—Sí. Además, un poquito —hizo el ademán de atornillar algo en su sien—. No lo recuerda usted.

El alcalde le lanzó una mirada furiosa. Cómo osaba el director decir eso a..., al huésped de honor.

—Usted comprende —murmuró el comandante, al mismo tiempo que esbozaba un gesto—, cuando llega la vejez...

El alcalde sonrió complacido. Todo había sido salvado. Realmente..., el comandante era un hombre hábil.

—Pero..., ¿por qué no vamos a ver su sala de clase? —la voz del alcalde interrumpió el silencio. En vano trataba de introducir cierta animación en el grupo.

Vio la pizarra colocada ahí, en el rincón de siempre; los pupitres alineados uno tras otro; el escritorio del profesor sobre una tarima... —¡oh!, recuerdo que cierta vez corrimos el mueble hasta el borde de esa tarima y cuando se sentó...—. La ventana enmarcaba uno de los aromos del patio. En primavera, una de sus ramas cargadas de oro venía a golpear los cristales.

—Aquel era mi pupitre —murmuró y se acercó a él. El olor a madera, a tinta lo inundó de pronto y, sin saber por qué, recordó un día, ¿martes o miércoles?, en que no había estudiado...

Y luego la cubierta de aquel banco..., miles de nombres y figuras talladas a cortaplumas se entrecruzaban sobre ella. Quizás..., persistiera aún algo de lo que él había escrito. Se inclinó y comenzó a recorrer con la vista las inscripciones. Y de pronto ahí, ahí en aquel rincón, vio un corazón tallado con delicadeza. Dentro de él, se anudaban dos iniciales..., y una de ellas era la suya. Sí, sí..., ahora recordaba. Recordaba aún esa tarde lluviosa cuando, aburrido con los problemas aritméticos, comenzó a trabajar en la talla de aquel corazón. ¡Oh! Cómo todo se hacía próximo. Casi ayer. Mas..., ¿quién era M.P.? ¿A quién pertenecerían esas otras iniciales? Pues...

—Es insoportable, ¿verdad? —el director de la escuela trataba de expiar su anterior falta—; estos actos de vandalismo... mire usted, estos destrozos.

Súbitamente estuvo ante él. ¡Margarita! Sí, sí..., Margarita... no recordaba su apellido, pero sí su nombre. Y su rostro. Lo vio hermoso, las trenzas

rubias y las pupilas hirvientes en chispas y vida. Margarita..., su primer amor, tal vez. Un gran amor, hecho de ternura y sentimiento, como lo es siempre en los niños.

Un día..., osó besar una de sus trenzas. Fue al regresar de la escuela. Iban solos por el sendero, y ella lo precedía. De pronto, sintió un ansia irrefrenable de acercar sus labios a aquella trenza y besarla. Las veía moverse acompasadamente, rubias, muy rubias, dos inmensas cintas verdes anudadas en los extremos. Y en el instante que le ayudó a atravesar el estero..., se acercó a ella y la besó ahí, en la nuca donde nacía la trenza. Margarita se dio vuelta hacia él. Lo miró asustada. Enrojeció y, luego, ambos estuvieron tan rojos como dos amapolas. Entonces la muchacha huyó a través del campo.

Solo eran dos niños. Después, después llegó el tiempo.

—...verdaderamente, es insoportable —aun cuando nadie escuchó la larga peroración del director, todos asintieron, porque el escritor, inconscientemente, lo había hecho.

¡Oh! La recordaba con tal precisión. En clase se sentaba tras ella. No escuchaba la voz del profesor..., ahí estaban esas trenzas rubias, como dos varas florecidas de aroma. Y debía mirarlas.

Pero..., quizás, quizás a ella la encontraría exacta, tal cual la recordaba. Las trenzas pesando sobre la espalda; sus ojos eternamente inquietos...

—Dígame, señor alcalde...

—¿Sí?... mi querido amigo —respondió este, palmoteándole la espalda.

—Usted recuerda que..., cuando yo era alumno de este establecimiento —lo dijo de adrede, para que se formara aquella sonrisa en los labios del director—, había una muchacha que..., que se llamaba Margarita...

—¿Margarita?

—¿Vive aún aquí?

—¿Margarita? Mar...

—Sí, rubia..., de inmensas trenzas rubia.

—¡Oh! Margarita Prás... —exclamó el cura.

—Pero Margarita Prás no es rubia —interrumpió el alcalde.

—Entonces lo era —replicó el cura—. Dos hermosas trenzas que le llegaban hasta la cintura...

—Sí, sí..., eso es.

—Pues..., se casó.

—¿Se casó? —lo dijo como si aquel pensamiento no hubiera cruzado jamás su mente, como algo inconcebible. Una muchacha..., ¡qué!, una niña de trenzas rubias, ¿cómo podía haberse casado?

—Sí, con el dueño del molino. Tienen seis o siete niños creo. Vive muy cerca de la escuela, ¿le gustaría ir a verla? Podríamos alcanzar antes de ir al regimiento, y...

—¡No! —gritó casi—. Es decir..., no creo que tenga tiempo. Mi tren parte en poco rato más.

—¿Cómo? —preguntó el alcalde—. Usted debe tomar el nocturno.

De pronto, había decidido partir. Inmediatamente. No podía aguardar un instante más. Era algo..., incontrolable. Casi un mandato.

—Pero no..., no... No podré quedarme hasta entonces. Creí que mi secretario les habría avisado —mintió abiertamente—. Debo estar en la ciudad antes de las nueve, un ..., un compromiso ineludible..., una conferencia.

—¡Pero! —gritó el alcalde, perdiendo el control—. Todo está arreglado para esta noche. Estarán las bandas y los militares y los bomberos, y... y habrá fuegos artificiales....

—¡Oh!, cuánto lo siento —interrumpió el visitante—. Creí que la habría... verdaderamente, lo siento...

Debía irse. Todo había sucedido con demasiada rapidez. El destrozo de aquellas cosas queridas a través del recuerdo era tan súbito, tan horrible..., que se hallaba confuso, sin saber qué pensar ni decir. Casi como un animal ante el precipicio, no comprendiendo, mirando el vacío..., y aguardando, aguardando... no lo podía soportar. No, no..., debía partir. Al instante. Retornar al ritmo de su vida y, si fuese posible, olvidar..., borrar de raíz este día de espanto.

Entonces el alcalde se dio vuelta hacia el militar. Su mirada fue de completa desesperación, como si dijera: “Vamos, vamos, señor comandante. Usted es el único que nos puede salvar ahora”.

El militar comprendió la inmensa responsabilidad que se abatía sobre él y juntó las cejas, como si reflexionara. De pronto, su rostro se iluminó y el alcalde dejó escapar entonces ese estruendoso suspiro que se había detenido en su garganta. ¡Oh!, ya estamos salvados...

—Quizás —comenzó el comandante—, quizás le gustaría ir a visitar a Margarita... Ella estaría encantada...

—¡No! —volvió a gritar—. No, no creo que tenga tiempo. Ya es demasiado tarde.

Sobre todo aquello. No, no soportaría volverla a ver. La imaginaba rubia, joven y delgada..., quizás la hallaría gorda, inmensa la cintura, sus seis o siete niños colgándose de sus faldas..., más vieja, indefinida y tediosa. ¡Nunca! Nunca volvería a verla...

Un gran desaliento cayó entonces sobre el grupo. Casi una tragedia. Y nadie osó hablar. Permanecieron junto a ese pupitre pensando en lo hermoso que todo podía haber sido..., cómo lo planearon y...

—Verdaderamente debo... —la voz del escritor fue como un aletazo.

—Bueno —suspiró el alcalde—. Qué le vamos a hacer...

Lo acompañaron a la estación. Estaba desierta. Uno que otro papel re-

voloteaba con cansancio sobre la vía. A lo lejos se anunció el tren y su pitazo fue como el sollozo que todos ahogaban. Luego el eco repitió el sonido. Loma tras loma, perdiéndose en quebradas. Vieron avanzar la locomotora con dificultad, como perezosa, detenerse junto a ellos, y suspirar largamente en vapores blancos.

Cuando nuevamente se puso en movimiento, todos amontonados en masa informe, pero encabezados por el alcalde, agitaron los pañuelos. Mas, ya no había fuerza en las manos, ni siquiera soplabla una brisa que hubiese podido inflar esos pañuelos. Así, permanecieron de pie en el andén, los brazos en alto, los pañuelos como tristes banderas a media asta.

Los grandes destinos*

- 1948 -

El señor Cordero tenía tres vidas y una existencia.

Ante todo, estaba su vida de hogar. La casa, de aspecto hostil, de maderas hinchadas por la lluvia y el tiempo, de muros descascarados y muebles adquiridos a plazo. Los habitantes de aquella casa parecían haber sido presos por el ambiente poco acogedor que allí reinaba. Así, sus dos hijos eran sucios y ariscos; y con solo mirar durante un instante el desaliñado rostro de su esposa, experimentaba el imperioso deseo de partir lejos, muy lejos.

Luego, su vida de oficina. Copiar eternas listas sobre papel cuadriculado que llevaba membrete de una notaría. Las hojas que tenía ante él, se iban alineando nombre tras nombre. Y así se arrastraban las horas: una a una..., ya no sabía cuántas. Pero en cada minuto de cada una de esas horas entraba a la oficina un nuevo cliente. Al escuchar el golpe de las puertas batientes, el señor Cordero levantaba con presura la vista; mas siempre lo aguardaba una desilusión. Todos aquellos seres eran semejantes. Monótonos quizás, aburridos y con el traje arrugado, muy parecidos a él. ¡Oh! si un día llegara alguien distinto: una mujer elegante o un hombre personal... pero no. Era aquel batallón de "muchachas prolongadas" -las llamaba él-, los cabellos descuidados, el traje sastre azul ya brillante y un eterno cartapacio bajo el brazo. Alternaban con los hombres, no se les diferenciaba mayormente, los hombres de rostro no afeitado, vestones arrugados en los codos, pantalones con rodilleras y todos, todos llevando sus dedos manchados de nicotina y un pesado olor a cigarrillo en torno. Aquel era su trabajo y aquella su vida de oficina. Constituía su segunda vida.

Pero la tercera... ¡oh!, la tercera era algo demasiado maravilloso. Era más que una vida, era la existencia gustada con profundidad, con presura y dicha a la vez. Algo así como un puente de luz que se tendiese entre sus otras dos vidas y que, al unir las, no hiciera sino separarlas más. Pues en eso, y aún sin saberlo, el señor Cordero había logrado una cierta perfección. Por medio de esta tercera vida pudo fraccionar su existencia hogareña de su trabajo y así gustar cada uno escasos placeres que, irremediamente, debían presentarse. Gustar esos placeres de forma independiente e íntegra,

* Premiado con \$3.000 por el Concurso de la revista Margarita.

sin que en aquel instante un disgusto de su trabajo viniera a entorpecer el curso de un goce familiar o viceversa. Y eso solo lo obtenía a través de aquella, su tercera vida. Era esta una existencia breve, pero repetida diariamente y en más extraño lugar. Era esta su vida de autobús.

Cada mañana a las 8:30 en punto, el señor Cordero aguardaba en la esquina más próxima a su casa el paso del autobús que debía llevarlo al centro de la ciudad. Vivía un poco lejos, en los suburbios, y el trayecto era bastante largo. Mayor dicha para el señor Cordero...

A las 8:33 exactamente divisaba la roja silueta del vehículo perdida entre las nieblas matinales en invierno o entre el polvo levantado por cien escobas hacendosas en los meses secos. Lo veía avanzar lentamente, haciéndose más y más nítida sus formas. Y, al mismo tiempo sentía renacer en él una alegría casi infantil, una impaciencia, una certeza.

Ya el autobús estaba cerca; percibía sus cromos y sus níqueles, y el letreiro que en grandes letras negras anunciaba el trayecto. Como de costumbre, el señor Cordero dibujaba un gesto leve alado con su mano derecha e inmediatamente —una respuesta brusca a una insinuación suave— se escuchaba el rechinar de los frenos, y la inmensa mole roja se detenía. Un paso, luego un salto, y ya estaba adentro. Pagaba y se dirigía al último asiento. ¡Ah! aquello era lo más importante. Debía ser el último asiento. Desde allí dominaba todos los demás. Y en esto radicaba la magnitud de aquel detalle... porque esta tercera vida del señor Cordero no era una de meditación y soledad; no, era una existencia de ensueño, de imaginación, rodeado por muchos otros personajes, conviviendo con ellos, hablándoles casi.

Sucedía que cada mañana el señor Cordero encontraba las mismas personas en el autobús. Nunca, jamás, notaba una ausencia. Allí permanecían todos reunidos durante el largo trayecto. Siempre ocupaban un determinado lugar, como si ya los puestos estuviesen asignados, inamoviblemente. Era esta toda la dicha que el señor Cordero recibía en compensación a sus otras tristezas. Y le bastaba, le bastaba grandemente, con gentes que nunca había conocido, que ni siquiera saludaba, era algo tan maravilloso, tan fuera de todo lo que antes había hecho o pretendido hacer, que la dicha lo embargaba con demasiada fuerza.

Porque este pequeño mundo, este mundo edificado dentro de un autobús con siete u ocho seres y él mismo, era mucho más inmenso y hermoso que cuanto hasta entonces había conocido.

Ante todo, aquellas siete u ocho —siete para ser exacto— personas que viajaban en el autobús, eran excepcionales. ¿Cómo es posible, se preguntó más de una vez el señor Cordero, que en un solo autobús se hayan reunido tantas personas interesantes? Pues por medio de la observación sobre todo, de la imaginación, el señor Cordero había ido modelando la personalidad

de sus compañeros. Realmente, estaba halagado..., nunca pensó viajar junto a tanta celebridad. Aquella muchacha, por ejemplo, aquella que va en el segundo asiento de la izquierda...

“Es hermosa y rubia. Creo que nunca he visto una muchacha más hermosa. En verano, el sol se enreda entre sus cabellos, confundiendo con ellos... ¡Oh!, es demasiado hermosa. Además su rostro es extraordinario... hay algo en los rasgos, algo de alerta y tenso. ¡La expresión de las personas inteligentes! Es delgada y fina, una distinción que se percibe desde lejos y, sin embargo, no es orgullosa. Ninguno de sus gestos delata lo altanero. Avanza entre las cosas simplemente. Lo hermoso la aureola; lo feo no parece tocarla. Es distinguida por naturaleza. Tiene que ser artista. ¡Ah! No pretendiendo que sea la primera actriz de la compañía, pero sí la dama joven. Por lo demás, no hay duda de que con el tiempo llegará a ser la primera actriz: irradia talento. Pero sin prisa, es aún tan joven. ¿Diecisiete? Dieciocho, quizás... una niña todavía; mas ya no una promesa, sino una realidad. Esta última frase parece ser la de un cronista teatral. Debí leerla en alguna parte. A mí nunca se me ocurren frases de este tipo. En cambio, a Pedro, mi cuñado..., pero no, no. Olvidemos al cuñado y lo que dice, y... todo.

Esa muchacha es una actriz. ¡Oh! El arte espléndido. Traducir los sentimientos, las emociones, todo lo que otros llevaron y vivieron. Recuerdo que cierta vez lloré ante una mujer que llamaban Berenice y aún no comprendo por qué. Me conmovió, era tan cierta, más que un ser humano. Y esta muchacha podrá encarnar aquella multitud de heroínas, pues también ella es real, posee esa realidad de lo soñado, tanto más exacta que...

¡Oh!, el sombrero que lleva es verdaderamente hermoso. Una plumita blanca se agita con liviandad sobre la toca gris. ¡Qué bello aquel matiz ceniciento junto a sus cabellos rubios! Es un sombrero que ha debido costar bastante. No es que sea ostentoso; ahí radica la elegancia, el refinamiento, la distinción. Radica en esa simplicidad perfecta.

Todo en ella es perfecto. Su talla y su rostro y sus cabellos; su voz debe ser perfecta. Y su nombre..., porque estoy seguro que el nombre que he ideado es el suyo. Tiene que ser. Sino... algún día creo que no podré resistir y le preguntaré. O tal vez, no; al pasar junto a ella, murmuraré: “Ifigenia... Ifigenia”..., y entonces... Pero en el fondo tengo la certeza de que se llama así. Ifigenia va con ella. Es un nombre dulce y lleno de suavidad. Ifigenia... Ifigenia...

“¡Juana! ¡Juana!”. Aún ahora, pensó la muchacha rubia que iba en el segundo asiento de la izquierda, aún ahora que estoy en el autobús, me parece escuchar la voz de mamá, llamándome: “¡Juana! ¡Juana!”. Creo que el grito ya se ha quedado pegado en mis oídos. “Juana, ¿por qué no preparas el desayuno?”; o bien: “Juana, olvidaste hacer tu cama... y la mía, Juana

querida". Como si una no trabajara. Como si una no fuera quien mantiene la casa y... todo. Y luego, cuando ya estoy pronta a salir, cuando estoy atrasada y apenas voy a poder alcanzar el autobús, nuevamente: "¡Juana! ¡Juana!". ¡Ah, no!, pero no contesté. Ya es demasiado. Con toda seguridad, cuando regrese esta tarde, habrá un ambiente de tragedia. Estará en cama ya y no responderá. Pero..., ¡qué importa! Ya es suficiente; todo tiene su límite. No puedo continuar martirizándome la vida íntegra. Ya bastante hago con trabajar y mantenerla. No hay razón para que... voy a terminar porirme vivir sola. Le seguiré dando un tanto al mes, claro, es un deber; al fin y al cabo es mi madre. Prefiero vivir sola e ir a almorzar con ella los domingos. Tal como lo hace Marta. ¡Ella sí que ha solucionado su vida!

"Pero para eso tengo que encontrar otro trabajo. ¡Este de tomar puntos a las medias nunca me hará millonaria! Además, hay que pasar todo el día doblada en cuatro, con la vista fija...; ya comienzo a notar que no distingo las cosas con la claridad de antes. La otra tarde, sin ir más lejos, en el cine, demoré un buen cuarto de hora en acostumbrarme a las imágenes y, cuando lo logré, ya habían sucedido tantas cosas en la historia, que no pude comprender el resto. Dinero malgastado... creo que tendré que ir al oculista. Marta me recomendó uno el otro día. Pero dice que cobra un disparate por consulta, y si me receta anteojos...".

"No; la solución es encontrar otro trabajo. ¿Pero qué?... ¡Ay!, no tengo que olvidar de comprar agua oxigenada para teñirme el pelo. Es increíble lo poco que me ha durado esta vez. Ya comienzo a tener las raíces negras, y es horrible... por lo menos, debo presentarme presentable. Es un placer para una y una seguridad para el futuro. A los hombres les gusta que las mujeres sean cuidadas. A Jorge le gusta... pero es cierto que jamás volveré a verlo. Ni a hablar ni a pensar siquiera en él. Es demasiado grosero...; idedir que el otro día lo esperé durante media hora, y luego no llegó! Es grosero y despreciable y... no tiene para cuándo casarse. Un sueldo que no alcanzaría para comprar una aspirina, un puesto sin porvenir... hice bien en terminar con él definitivamente. Aun cuando representaba mi única puerta de escape los días domingo... y las tardes. Así, no tenía que permanecer en casa ni hacer compañía y tertulia a mamá y a mis dos tías que odio; salíamos...; pero ahora..., ahora creo que es preferible no verlo nunca más. ¡Nunca, nunca más! Lástima sí que no haya alcanzado a conocerme este sombrero nuevo. ¡Casi el sueldo de un mes! Y mamá tan poco comprensiva...; ni siquiera recuerda que una vez fue joven y le gustaron los sombreros. No; solo atina a poner el grito en el cielo y a decir que soy una hija desnaturalizada, que gasto el sueldo de un mes en un sombrero -y es tan bonito el sombrero, ¡qué quiere!; no pude resistir cuando lo vi en esa vitrina- y me olvido de su reumatismo y de sus salicilatos... ¡Juana! ¡Juana!...".

* * *

“Claro está —pensó el señor Cordero— que estas personas no son millonarias. Lejos de eso. El dinero no cuenta en este mundo del autobús. Parece perder toda importancia, hacerse detalle... aun yo, que jamás dejo de guiarme por él, calculando los billetes y los días que restan para el término del mes, aún yo olvido aquel tipo de preocupaciones en el instante que me hallo sentado aquí. ¡Oh!, en este lugar se respira un aire tan distinto, tan maravilloso”.

El pavimento de la calle por la cual avanzaban no estaba en muy buen estado, y el señor Cordero se sintió próximo a caer de su asiento cada vez que el vehículo no esquivaba uno de esos inmensos hoyos. Entonces agarró con fuerza la barra metálica que encuadraba el respaldo del asiento delantero. El metal estaba tibio y levemente pegajoso. En el primer momento trató de retirar sus manos instintivamente; pero luego se retuvo. “Debe ser una idea mía”, pensó. Era ridículo imaginar que había imperfecciones, ridículo...

“Por cierto, por cierto, continuó reflexionando, no se puede pretender que aquella joven actriz sea millonaria... los millonarios no se movilizan en autobuses; poseen automóviles, prolongadamente negros, que se deslizan, como aquel! con suavidad sobre el asfalto. Pero aquí son millonarios de otro tipo, son millonarios de espíritu. ¡Oh!, cuánto bienestar me produce esta frase millonarios de espíritu... por el momento, cuentan exclusivamente con el dinero que les permite vivir con decencia... pero, ¿y el sombrero de Ifigenia? ¡Ah!, sí, el sombrero de Ifi... ¡Claro! Cómo no lo había pensado antes. El otro día, martes o miércoles de la semana pasada, mi mujer, en su eterno cacareo telefónico, se lo decía a una amiga: ‘¡La suerte de las actrices! Siempre hay alguna modista que las viste gratis. Es una especie de propaganda... ¡Qué suerte!, ¿no? Y nosotras...’”.

Ustedes no poseen el rostro ni la figura de Ifigenia, se encolerizó el señor Cordero; pero luego se arrepintió: no, no..., olvidemos todo aquello, olvidemos mi mujer y...

“Decía que ellos poseen la fortuna en espíritu. Luego, quizás, llegarán a ser ricos; mas creo que nunca les preocupará mayormente el dinero. Tienen otras cosas por las cuales y para las cuales vivir. Tienen sus ideales... como aquel hombre, sí, aquel que siempre se ubica en el primer asiento de la derecha, delante de Ifigenia. Debo confesar que en un comienzo me fue muy costoso descubrir la personalidad de aquel hombre. Pero ahora..., la conozco íntegra; más aún, creo adivinar algo de su futuro”.

“Cuando le vi por primera vez, en la primavera del año pasado, me pareció un poco enigmático y extraño. Durante algunos días no armonizó

dentro del cuadro que formaban las otras personas. Es demasiado moreno para sentarse delante de la rubia Ifigenia, y no moreno de piel, no, es blanco, blanco en exceso, más bien de una palidez casi enfermiza, pero sus cabellos son negros, tan negros como sus bigotes, y aquel traje que le da un aire de lejanía y dignidad. No acerté, al comienzo, a comprenderle, y llegó a fastidiarme su presencia. Sin embargo, un día..., iqué dicha en un solo día!, adiviné. Esa mañana, cuando subí al autobús, miré el título del libro que sostenía entre sus manos. "Fisiología"...; pude deletrear aquellos inmensos caracteres de oro en la cubierta azul. Y entonces supe que era un hombre de ciencia. ¡Claro! todo se hacía repentinamente simple, preciso y lógico. Comprendía ahora su mirada distante; comprendía su actitud de reserva y sus manos cuidadas; comprendía todo, todo. Pues..., ¡era un hombre de ciencia! Médico, con toda seguridad. ¿Sobre qué trataba la fisiología? Pero no uno de aquellos médicos famosos que pasan por la vida con la consulta llena y solo dejan al morir una cuantiosa herencia; no, este era un hombre de ciencia, el sabio anónimo y silencioso, el que trabaja hasta el alba, encadenando la noche al amanecer, buscando sin cesar ese algo eterno... Al morir, con toda seguridad, sus herederos no hallarán dinero, sino una verdad, un descubrimiento, un plan que sirvió para aliviar en parte a la humanidad... ¡Un hombre de ciencia!"

¿Cómo él, el pobre señor Cordero, no iba a sentirse honrado de ir en el mismo autobús con tal personaje? Era demasiado y debía descansar por algunos instantes; interrumpir sus reflexiones, y descansar, descansar.

Ahora el autobús se internó por la ancha avenida bordada de castaños. Y era maravilloso.

* * *

"¡Al fin! Pensó el hombre vestido de negro, el del primer asiento de la derecha, al fin hemos salido de esa calle infame. ¡Estaría bueno que la pavimentaran! Si no..., si no creo que tendré que tomar otro autobús, uno que me lleve por otras calles. Mis riñones no soportan... No sé por qué, desde que el médico me descubrió esta enfermedad, parece que me duelen mucho más los riñones. ¿Qué será? ¡Oh!, si solo hubiese continuado mis estudios de medicina... además, despierto siempre cansado, como si no hubiese dormido. ¿Será que me estoy poniendo viejo? ¿O será solo el cansancio de esta vida, de la rutina? Sí, estoy seguro de que lo mismo debe suceder a toda la gente como yo. Cansarse así, de súbito. Que nada importe mayormente. Claro que están la mujer y los chiquillos. Pero estos últimos ya comienzan a crecer y a independizarse; después... apenas si me saludarán en la calle. Respecto a ella..., hace tiempo que comenzamos a alejarnos. Creo

que fue luego del nacimiento de Pancho, el segundo, o antes tal vez. Hemos permanecidos juntos por la costumbre, por los niños, por el cine del domingo en la tarde... eso es todo. No es porque Luisa y yo nos queramos. Ni siquiera hay cariño; solo esta rutina diaria, que hace sentirse más seguro junto a ella, sobre todo ahora que los riñones...

“Y luego, Luisa siempre ha sabido, no sé cómo, solucionar esas cuestiones de dinero. ¡Cuántas veces nos hemos visto sin un centavo y con más de una semana por delante para que finalice el mes! Pero ella siempre ha sabido arreglarse. Desespera tanto como yo; sí, es cierto..., inoches y noches en vela!...; mas nunca deja de hallar alguna solución. O es un discurso que convence al panadero, o es como uno de mis libros de medicina que debe ir a negociarse en los compra y venta. ¡Qué lástima! Me gustaba tener aquellos libros... no es que los fuera a leer, pero me recordaban esos dos años en la Escuela de Medicina y, además, se veían bien sobre la repisa, ahí, en el salón; le daban cierta importancia a la casa... No obstante, uno a uno han tenido que partir. El que más me dolió fue aquel con tapas azules. ‘Fisiología’, creo... ¿sobre qué trataría aquello?”

“Qué lejanos parecen esos años. Ya no recuerdo las incidencias ni los detalles. Y mis compañeros... ¿qué será de ellos? Hace cinco años me topé con el ‘Flaco’ Anzueta, mi mejor amigo de entonces. ¡Pobre ‘Flaco’! aunque ya no estaba flaco, sino obeso. Había logrado cursar todos los años y se recibió de médico. Pero no le iba muy bien. Tenía una consulta ínfima en un barrio pobre y varios otros puestos, que apenas le permitían mantener a la mujer y a los cinco chiquillos. Me pidió cien pesos prestados. ‘Te los devuelvo esta otra semana, viejito...’. ¡Pobre ‘Flaco’! Aun cuando ahora resulta ridículo decirle ‘Flaco’, ya que está tan gordo. ¿O habrá enflaquecido nuevamente? Porque, después de todo y a pesar de que han pasado cinco años, parece no haber llegado esa ‘otra semana’, y no lo he vuelto a ver”.

“Quizás..., quizás sea preferible que haya abandonado mis estudios. Si después de tantos años, hubiera llegado a ser lo que el ‘Flaco’ Anzueta, no sé... En cambio, ahora, ahora tengo este empleo..., claro que no es ideal, ni siquiera es entretenido. Pero, por lo menos, se descansa. Siempre se descansa en las oficinas fiscales; las horas corren lentamente. Se copia algo, se borra, se vuelve a copiar, y cuando se está borrando por segunda vez, ya es tiempo de ir a cobrar el sueldo. Y así mes desplaza a mes. Por cierto que no es mucho lo que gano; es bastante poco aun, considerando que debo mantener una casa, la mujer, y darles educación a los cinco chiquillos, que es el mínimo con que se les puede echar en la vida. En realidad, es bastante poco. Ni siquiera he podido juntar algunos ahorros, y así, tendré que seguir trabajando hasta que me jubilen. Y entonces, probablemente, moriré. Pues, no me explico por qué, pero siempre mueren los que acaban de jubilar en una oficina fiscal”.

“Claro que me habría gustado ser rico y ser dueño de un auto y... trajes nuevos. No tener que cargar con el luto de mi madre –murió hace ya dos años–, por no poder comprar otro terno. Este ya está tan viejo que, a mediodía bajo ese sol inmenso, estoy seguro de que los transeúntes utilizan mi espalda como espejo. Por supuesto que me habrá gustado tener dinero..., pero ahora estoy cansado y me duelen los riñones. Y ya nada me importa mayormente, salvo pensar que esta tarde voy a tener que pasa por esa misma calle llena de hoyos”.

* * *

El autobús se detuvo de pronto. Aquella esquina quedó encuadrada en la ventanilla del señor Cordero. Toda..., las dos calles que se encontraban en ángulo, el buzón rojo y el castaño y el muchacho. Ahí estaba él, como de costumbre. Alto, esbelto, de miembros ágiles, un mechón de cabellos cayéndole sobre la frente, como de costumbre. Un libro bajo el brazo y esa expresión inteligente en el rostro, como, como de costumbre.

De un solo salto estuvo dentro del vehículo y, luego de pagar, tomó colocación en el cuarto asiento de la izquierda, como de costumbre.

Pero era curioso..., todas estas cosas que sucedían día a día, en forma idéntica, jamás llegaban a ser monótonas. Cada mañana había algo, un detalle, un gesto, que variaba íntegramente el cuadro, lo remozaba, haciéndolo vibrar con nuevo interés. Ahora, por ejemplo, el muchacho tenía un libro de cubiertas rojas; ayer eran verdes... Solo eso bastaba para agregar un nuevo ángulo a su vida y a su futuro...

“Sí, pensó el señor Cordero, de todos mis acompañantes, no dudo que sea este el de más brillante porvenir. Es joven, es ambicioso y ya es un artista. Luego será el Artista, el que con su nombre llenará la generación actual. ¡Oh!, sí, sí..., me parece ver a este poeta en diez o quizás quince años...; es tan joven aún; no puede tener más de dieciséis o diecisiete...; pero con el tiempo, ¡oh!, lo veo coronado de laureles; su nombre encabezando, en inmensos caracteres, los titulares de todos los periódicos. Porque es ambicioso. Pero no lleva en sí esa torpe ambición de querer ganar dinero y ser famoso por él mismo, más que por lo que de él surja. No; su ambición va más allá de todo eso, echa alas y pierde pie en lo terreno, vuela hacia la eternidad. No persigue fines egoístas ni bienestar personal; va en busca de algo mucho más sencillo y mucho más fácil de encontrar; va tras eso que llaman belleza”.

“Quizás ahora solo la presiente; pero lleva el germen en sí, lleva la posibilidad de alcanzarla. Porque es inteligente y sabio. ¡Mira! Cada día aparece un nuevo libro entre sus manos y lo lee con fruición. Hay una sed en él,

un ansia de conocer y saberlo todo. Dicen –me decía mi primo Julio, que algo entiende en estas cosas– que los literatos buscan su cultura especialmente en los textos clásicos, que es allí donde se halla esa raíz de belleza. ¡Oh, si yo hubiera podido ser poeta!... Tal vez aquel acercarse a lo bello me habría hecho olvidar en parte la sordidez de lo que me rodea.... ¿Sordidez ha dicho? ¡Acordarse!, no pensar en aquello. Ahora estoy en el autobús”.

“Y ese muchacho será famoso. Es un consuelo..., es el consuelo de todos los que leen un párrafo o aun una frase del autor consagrado. Saber, saber que sin nosotros quizás nada hubiera sido. Como si fuésemos gestos, y el poeta, la voz que los tradujera. Estas tonterías que a veces se me ocurre imaginar... es preferible fijarse en aquel muchacho, adivinar su ansia, su inteligencia y su ambición. Ambición de los grandes, de lo espiritual y no de lo que el mundo puede ofrecer. Pero, ¿y esa corona de laureles? ¡Oh!, no le preocupará mayormente; llegar hasta la belleza es lo único que cuenta para él. A nosotros, tal vez..., a nosotros que solo miramos, nos importaría esa corona de laureles...”.

Los castaños desfilaron uno a uno por la ventanilla. Hasta desaparecer. Los reemplazaron carteles de vivos colores y puentes y fachadas sin sombra. Comenzaban a acercarse al centro de la ciudad.

“Yo lo llamo Cristián, continuó el señor Cordero, porque es nombre de poeta. Además, lleva en él algo de revelación y de promesa. Cristián... ¿qué haces, Cristián? Por el momento, estudia, observa y aguarda. Ha leído tanto, y ni una sola palabra pasa sin dejar su huella. Observa esta vida que circula en torno, pues comprende que de ella extraerá el sentido y el rumbo necesarios para lograr la verdad que es la belleza. Y aguarda, aguarda, porque sabe...”.

* * *

“Al ver el cadáver, el inspector...”, leyó el joven... a la izquierda, en el cuarto asiento. Luego dejó caer el libro sobre sus rodillas; por un instante elevó la vista clavándola allí, sobre el parabrisas.

“Por fin, pensó el muchacho, aparece un cadáver en esta historia”. Ya era tiempo. Sesenta y cinco páginas sin un muerto marcaba un límite, un límite que comenzaba a incomodarle. Ciertamente que los personajes eran interesantes y aquellas primeras sesenta y cinco páginas estaban dedicadas casi exclusivamente a descubrir los sujetos que luego actuarían en los otros capítulos. ¡Por lo menos así lo esperaba! No; positivamente, este *Crimen en el cuarto azul* era muy inferior al *Misterio de la garra roja*. ¡Y él, que lo había comprado por ser del mismo autor! Esto le enseñaría a no confiarse en nombres, sino en su propia intuición. Desde el momento que vio aquel

libro adivinó lo que sería. Ante todo, ese título *Crimen en el cuarto azul* en un volumen de cubiertas rojas, era algo que... que no ajustaba. ¿Por qué no azules? En ese caso todo llegaría a ser más comprensible. Pero no..., ahí estaba: *Crimen en el cuarto azul*, con tapas rojas”.

“Pero debo seguir leyendo. Prometí prestar este libro a Luchito. Es necesario que se lo preste a Luchito... va a hablarle al jefe, para que este me permita comenzar a trabajar como aprendiz. Porque este oficio de “niño para los mandados” en una peluquería de tanto movimiento como ‘La Osiris’ no es muy placentero. Hay que estar desplazándose para lado y lado, barrer los cabellos, cambiar las toallas, traer paños calientes y escobilla el terno de los clientes..., ¡y muchos ni siquiera dan una propina! Parece que no se dieran cuenta del desgaste que significa este trabajo. Además de todas estas cosas, hay que estar pronto a cumplir los deseos y mandatos de los señores peluqueros. Que irles a comprar cigarrillos, y cuando ya has regresado con el encargo, recuerdan que tampoco tienen fósforos; nueva carrera...; que salir escapando a las 12:00 a comprarles el periódico del mediodía; y en las tardes, la segunda edición. Y así... pero más vale estar en buenos términos con ellos, porque cualquier día lo ascienden a uno a aprendiz de peluquero y luego a peluquero y entonces es absolutamente necesario mantener buenas relaciones. Pues los peluqueros, al ir envejeciendo ceden parte de su clientela a sus compañeros. Dicen que entre los médicos sucede algo parecido”.

“En el fondo no es difícil lograr esto, basta con ser amable y obsequioso en demasía, escuchar los datos que reparten para las próximas carreras de caballo y admirar su gusto en la elección de corbatas. Es lo que yo he hecho con Luchito, y ya el método comienza a ser efectivo: prometió hablarle al jefe. Creo que, con esto, ya tengo mi porvenir asegurado. Porque, al fin y al cabo, uno debe ser ambicioso. No se puede permanecer toda la vida en calidad de ‘niño para los mandados’. Es necesario que trate de escalar y logre así obtener cierta garantía de seguridad para el futuro, para mi esposa—algún día tendré que casarme— y para... todo. Además, los peluqueros poseen cierta, y quizás mucha, influencia sobre la sociedad moderna. Yo he visto políticos que solo el día anterior se han destacado por una actuación subversiva, allegarse con timidez a Luchito y preguntarle suavemente: ‘¿A qué hora puedo volver, Luchito?’. Y el maestro se ha dado vuelta...—¡quién pudiese copiar ese desprecio en su mirada!— y ni siquiera les ha respondido. También he visto a peluqueros transmitir datos de personaje a personaje, ayudando en esta forma a solucionar la difícil situación por la cual dicen atraviesa el país. Y, en cuanto a carreras de caballo, no hay quién los supere. Tendré que comenzar a iniciarme en este deporte”.

“Pero respecto a mi porvenir..., voy muy bien encaminado. Desde el

primer momento le fui simpático a Luchito. Y ahora hasta me llama Timo... en realidad, mis padres me bautizaron con el nombre de Timoteo; pero como resultaba muy largo, decidieron acortarlo a Timo. Solo me llaman así mis familiares, y no sé cómo llegó a saberlo Luchito; sin embargo, me dice Timo... no es que yo prefiera Timo a Timoteo. Hallo que ambos son igualmente horribles y no acierto a comprender por qué mis padres se empeñaron sobre aquel nombre, salvo que, como mamá me explicó una vez, 'algún respeto y recuerdo hay que tenerles a los antepasados'. Parece que uno de mis abuelos, el que nunca conocí, llevaba ese nombre, y parece que entonces llamarse Timoteo era la más grande elegancia y distinción. Bueno, hoy día no lo es. A pesar de todo, uno debe conformarse. Decía que Timo no es mejor que Timoteo...; recuerdo que cierta vez en el consultorio de un médico —cuando estuve enfermo de los intestinos fue—, este me hizo comparecer ante él a las voces de '¡Que pase el joven con nombre de glándula!'. Aun no comprendo el chiste; pero alguien me dijo después que era una buena salida... no digo que yo prefiera Timo a Timoteo, no obstante me gusta que Luchito me llame Timo. Es tanto más familiar y, al oírlo nombrarme así, me siento tanto más seguro sobre mi futuro".

"...Debo concluir esta historia hoy día. Prometí prestársela a Luchito. Otro punto de contacto entre maestro y aprendiz: estas novelas policiales... no miento al decir que mi vida cambió por completo a partir del instante en que comencé a leer la primera de estas novelas. Fue como un descubrimiento... desde entonces asimilo dos o tres por semana. En esto se me va buena parte del sueldo. Pero, ¡qué importa! Más vale así y no que me lo arrebatase mi padre para irse a emborrachar los sábados. Además, son tan interesantes... estoy seguro de que, de no ser peluquero, hubiera escogido la carrera de detective".

Alzó el libro y comenzó a leer nuevamente. En pocos segundos solo vio, oyó creyó esa frase que temblaba ante sus ojos: "Al ver el cadáver, el inspector...".

* * *

¡Qué lástima! La parte céntrica de la ciudad ya estaba encima. Por todos lados lo rodeaban aquellos edificios altos, grises y aburridos. Aquí y allá, un escaparate saltaba de pronto ante uno, y eran como banderas en un desierto. Los árboles habían decidido desaparecer del todo y, en su lugar, se elevaban postes lisos, simétricos, equidistantes.

"¡Oh! Si uno pudiera atrapar los momentos, se dijo el señor Cordero; detenerlos y transformarlos en siempre". Sin embargo, todo debía proseguir el ritmo establecido. Así, el autobús se detendría luego y él se veía

obligado a bajar, caminar media cuadra hacia el norte, escalar tres pisos, sentarse frente al escritorio eterno y copiar, copiar nombre tras nombre en el papel cuadriculado. Y perdería aquel mundo, perdería las sensaciones y la alegría... ¡Ah!, pero mañana no tardaría en llegar y mañana todo volvería a encaminarse por idéntica ruta, las sensaciones y la alegría.

“¡Qué maravilloso debe ser no precisar esos mañanas! Quiero decir..., tener tras sí un pasado tan inmenso, que el solo sumergirse en los recuerdos baste para vivir feliz, sin siquiera pensar en el futuro. Porque el futuro es hermoso para la gente joven, es hermoso, por ejemplo, para aquel muchacho que en este momento devora los clásicos o para el hombre de ciencia que ve de antemano sus conjeturas e hipótesis desplegadas en los días por venir, y aún para Ifigenia, que sueña con el éxito y la consagración que llegarán, y para... para tantos otros, para todos los que viajan en este autobús”.

“No, no..., todos no. Olvidaba esa señora, aquella que detrás de Cristián y que hoy conversa con su compañera de asiento, otra mujer que no había visto antes. ¡Sin duda un nuevo habitante de este mundo! Pero esa señora..., no, la recién llegada; la otra, aquella de los cabellos ondeados y grises, ¡aquella sí!, no tiene un futuro ante ella, como yo... y no obstante, cuán diferentes somos... ella posee un inmenso pasado”.

“Amor, sin duda. ¿Qué otra cosa puede llenar los días idos?”.

“Impresiona como una mujer que ha tenido un gran amor. No sé, lo veo en su rostro, su rostro de expresión suavizada en lejanía, en sus cabellos y en sus manos tan cuidadas, en el traje negro, en el relicario que pende de su cabello. Lleva un sombrero indeterminado, dos flores casi mustias se tienden sobre el ala de paja negra. Pero no es ridículo ni pasado de moda; es..., es eterno, simplemente. Irradia la misma serenidad que ella como persona. Pues en esta señora habita una tranquilidad de siglos, algo que se hace envidiable y temido a la vez. Es esa vida en el pasado, aquel constante encuentro con los recuerdos. Para ella ya no es necesario imaginar ni esperar en el porvenir, posee demasiado con lo que ya ha sentido, gozado y sufrido tal vez. Porque, es curioso..., con el transcurso del tiempo, el dolor pierde el carácter de tal y llega a ser... la sensación de un recuerdo, algo que quizás hoy alcance a proporcionar dicha y no tristeza. Es la ventaja de lo pasado...”.

“¿Cómo fue el hombre que esta mujer amó? No, no quiero limitarlo en rasgos y coloraciones. Es preferible dejarlo así, un ser maravilloso, simplemente como ‘el hombre que esa mujer amó’. Y debió adorarlo. ¡Oh!, su expresión distante, sus ojos como vueltos hacia los comienzos, esa calma en sus gestos, una majestuosa indiferencia para con lo que hoy la rodea. Aun cuando conversa, sus palabras demoran en hacerse audibles, al igual que si antes de pronunciarlas las presentara ante ‘él’, aguardando su asentimiento, yendo cada segundo hasta la raíz de su amor”.

“Si yo..., si yo hubiese tenido un pasado. ¡Pero poseo este presente! Si; es cierto..., mas cuán peligroso es. Cada instante amenaza huir. En cambio, si tuviera un pasado... Ahí, junto, muy próximo, pronto a revivir en cualquier momento. Para mí y solo para mí. ¡Qué fácil debe ser vivir cuando se tiene un pasado! Ya en la vejez o por lo menos en estos años que caminan hacia ella, el futuro es incierto y poco tentador; el presente, esquivo..., cuando ni siquiera hay un pasado...”.

“Yo, que veo tras de mí la igualdad de los días, salvo... ¡Sí; es verdad!, salvo esta pequeña existencia en un mundo maravilloso. Pero es tan joven aún, no alcanza a representar un pasado. En cambio ella, la señora quiero decir, tiene la vida presa entre sus manos; la posee allí, corporizada en aquellos cubos de ensueño que vienen a ser los recuerdos”.

* * *

–Sí pues... –suspiró la señora de los cabellos grises–. Las cosas suelen ser así...

–¡Mi pobre Josefina! –respondió su acompañante.

–Te diré que no faltan momentos en que desearía abandonar todo y... desaparecer, no sé... Pero una es cristiana.

–¡Oh!, mi pobre Josefina –letanizó.

–Cuando no se ha tenido ni un solo momento de alegría –Josefina clavó su mirada en un futuro lejano– en toda la vida..., y se llega a vieja, pensando que, por fin, habrá siquiera un descanso...

–Pero entonces tu marido volvió...

–Sí, pues, hija. Volvió..., después de quince años. Después de todo lo que me hizo...

–Lo recuerdo, lo recuerdo... ¡Mi pobre Josefina! –y luego nuevamente estuvo curiosa–: pero dime, ¿por qué volvió?

–Tú sabes cómo son los hombres. Cuando se sienten viejos... y enfermos, siempre recuerdan a la esposa...

–¡Oh!... y después de todo lo que te hizo sufrir, tu lo recibiste, así...

–¿Qué querías que hiciera? Una es cristiana. No se puede negar a ayudar a un inválido...

–¡Inválido!

–Sí; ya ha tenido tres ataques de angina. Es como un inválido. No puede trabajar.

–Pero, entonces... ¿cómo viven? Tiene fortuna...

–¡Qué esperanza! Federico nunca tuvo un cinco en el bolsillo. Dinero que ganaba, dinero que gastaba... soy yo quien trabaja. Qué quieres –agregó, haciendo un gesto con los hombros–, una es cristiana...

—¡Pobre, pobre Josefina! ¡Eres una santa! ¿Y en qué trabajas?

—Pues, en lo que trabajaba antes. En esa fábrica de pasteles, ¿recuerdas? Es decir, no es una fábrica tal, sino... ¿cómo explicarte?, un negocio pequeño; una señora que perdió su fortuna y se ha puesto a hacer pasteles en su casa...

—Claro..., comprendo, algo así como...

—Yo le ayudo.

—¡Ah!

—Es un trabajo relativamente sencillo. Y ya estoy acostumbrada a él.

—¿Cómo?

—Hace quince años, cuando Federico... partió, se fue, en fin..., comencé a trabajar allí. No te diré que es un negocio donde se ganen millones, pero algo deja. Gracias a él, pude educar a los niños, colegio y...

—¡Cómo! —interrumpió de súbito la acompañante— tu marido no te daba una mesada...

—Nunca. Cuando se la pedí, amenazó quitarme a Federiquito... tenía derecho, ¿sabes? Y entonces desistí...

—¡Oh!, estas leyes, estas leyes. Siempre injustas.

—Pero terminé de educar a los niños. Y los ubiqué en la vida. Ahora les va bastante bien.

—¡Ah!, sí, ¿cómo está ese encanto de Chepita?

—Muy bien. Trabaja...

—Bueno, ¿y tus hijos no te ayudan?

—Apenas si les alcanza para ellos. No puedo exigirles... además, yo ya no trabajaba. Había juntado algunos ahorros y con eso pensaba vivir hasta..., bueno, hasta que sucediera lo que tiene que suceder.

—¡Claro! —gritó casi la acompañante, y luego enrojeció, al ver que había dicho algo que no debía.

—Pero entonces llegó Federico. Los ahorros se volaron rápidamente entre doctores y medicamentos. Y tuve que dedicarme a trabajar de nuevo...

—Eres una santa... a tu edad...

—Es cierto, ya no estoy joven. No es como antes. Todas envejecemos.

—Bueno, y él —pronunció la palabra con desprecio—, ¿no hace nada?

—El médico le recomendó descanso. No te negaré que al comienzo me costó bastante recibirlo de nuevo...

—¡Imagino!

—Después de todo lo que me hizo sufrir... hasta los mismos niños se opusieron.

—Claro, naturalmente.

—Pero no..., no pude. Al fin y al cabo, una es cristiana... No se puede cerrar la puerta a un enfermo, a un inválido.

—Pero, querida —murmuró la acompañante expresando, al fin, lo que

desde el comienzo había pensado decir, sin atreverse-, quizás no sea para tanto...

—El médico ha dicho que si se cuida, tiene reposo y tranquilidad, puede prolongarse indefinidamente —y por primera vez en toda la conversación, una ira, callada e intensa, suplantó aquella lánguida resignación al decir-: y se cuida bastante.

—Pobre, Josefina, tú que no has tenido una vida muy feliz, lo menos que podías esperar era una vejez tranquila, Y ahora... —como para distraerla de todos esos pensamientos, la acompañante comenzó parlotear-. ¿No sabes lo que le sucedió a Angélica?

—No...

—Fíjate que la pobre infeliz tuvo a uno de sus niños con...

* * *

Llegaban. Una cuadra más y el señor Cordero tendría que bajarse. Junto a él, la acera se deslizaba con presura, como si poseyese algún sentido, una meta. Es horrible...; pero todas esas cosas, las aceras, los postes y los edificios, comenzaban a encontrar una justificación. No podía decir en qué ni cómo y a pesar...

El autobús se acercó a la esquina y se detuvo. No restaba ya nada por hacer. El señor Cordero se alzó con lentitud y avanzó hacia la puerta. Ante ella, aguardó un instante y, dándose vuelta, envolvió en una última mirada de simpatía a todos sus compañeros.

Luego estuvo en la acera, y así, de súbito, lo asaltaron todos los ruidos de la ciudad. Era algo como una ola sonora que lo arrebatava. Por un momento creyó sentirse mal; no obstante fue solo una falsa alarma. Ya estuvo firme sobre sus piernas, uniéndose con fuerza al asfalto.

Y el autobús, ¿dónde estaría ahora? Dio media vuelta y alcanzó a divisar su silueta al término de la calle, desapareciendo entre los otros vehículos. Desapareciendo como un sueño.

La red

- 1950 -

Al entrar en la habitación donde la señora dijo que encontraríamos a Graciela, exclamé con sorpresa:

-Pero... ¿es aquí donde juega?

-Sí, doctor -respondió ella.

-Pero...

-Sh... después le explicaré.

¡Qué pieza tan extraña e inhospitalaria! Los muros de madera subían hasta perderse en un techo de sombras y de él, como brotando de la nada, bajaba una lámpara inmensa, de brazos retorcidos, semejante a una imagen de pesadilla. Había una sola ventana: la luz penetraba a través de los vidrios empavonados, haciéndose irreal. De súbito, no sé por qué, imaginé que una luz parecida a esta iba a ser la que nos rodearía después de muertos. Sin embargo, todo en esta habitación me fascinaba y repelía al mismo tiempo. Una cortina de terciopelo enmarcaba con pesantez la ventana. A lo largo de las murallas se alineaban sillones de respaldo alto, rígidos... como si en cualquier instante fuesen a moverse. Confieso que ante esta idea, retrocedí con no poco espanto y estuve a punto de caer, al tropezar con una escultura que no había visto en esa oscuridad. Por un momento tuve junto a mis ojos el rostro torturado de un ángel que trataba de extraer una daga clavada en su corazón. Quise dejar escapar un grito que cosquilleaba en mi garganta; pero me retuve.

-¡Oh! perdón -exclamé- qué torpe soy.

-Es una de las primeras obras de mi marido -explicó ella al detener con sus manos el peligroso balanceo de la estatua.

Entonces fue cuando mis ojos se fijaron en esa alfombra. Nunca había visto otra igual. Ocupaba gran parte de la estancia y, aun cuando conozco poco en esta materia, me di cuenta al instante que era una pieza de museo. Sobre un fondo claro -quizás lo único que no era oscuro en toda la pieza- se recortaban las formas de algunos animales en azul o pardo. Pero eran animales extraños: bueyes con alas desplegadas, tigres de pelaje violeta y algunos leones con cuernos. El todo comunicaba una sensación de misterio que para mí solo se hermanaba con el lejano país de donde seguramente provenía el tapiz.

Y entre todas esas bestias, vi avanzar unos zapatos negros. En aquel momento imaginé sería uno de aquellos animales que, desprendiéndose de la alfombra, adquiriría movimiento.

—Saluda al señor, querida —oí la voz de la madre.

—Buenos días.

—Buenos días —contesté inconscientemente, al mismo tiempo que estrechaba entre mis manos aquella que me ofrecía la niña. Lo frío de su piel me sobresaltó, parecíame haber tomado algún pez. La miré. Ella también fijó sus ojos en los míos. Juro que desde entonces nunca he tenido una impresión como aquella. Algo de esa mirada despertó en mí un estremecimiento de pavor y solté su mano al instante. Tenía las pupilas verdes; pero de un verde oscuro, casi inexplicable en su matiz. Quizás se relacionaba, aunque lejanamente, con aquel de esas aguas detenidas para siempre en la pileta del parque. Por algunos segundos no pude desviar mis ojos de los de ella. Conté esos segundos. Por fin, repetí:

—Buenos días. Graciela.

La niña volvió a su rincón. La madre pareció interrogarme con la vista.

—Déjenos solos, señora —dije. Después hablaremos.

Obedeció. Sentí el golpe, apenas perceptible, de la puerta al cerrarse.

—¿Dónde estás, Graciela? —pregunté— En esta oscuridad no te puedo ver.

—Aquí... en este rincón.

Me acerqué con cautela, miedoso de tropezar con algo.

—¿No podríamos abrir la ventana, encender la luz?...

—¡No!... Eso es... si a Ud. no le importa.

—No... ¿por qué ha de importarme? Espero que a ti tampoco te molestará verme llegar sobre el estómago...

Reí. Pero ella no hizo eco a mi risa. Me detuve molesto. Era tan ridículo este avance en la penumbra, como si ansiara cazar algún animal fabuloso sin hacer el menor ruido. Mas, poco a poco, me fui acostumbrando a todas esas sombras y pude ver. Graciela estaba arrodillada en el suelo y parecía ordenar algo en un mueble que hasta entonces no había visto. Al sentir que me acercaba, cerró con presteza las puertas del ropero y apoyó su espalda contra ellas.

—¿A qué juegas? —pregunté.

—A... a nada.

Y luego, viendo en el suelo una muñeca, continué.

—Ah... comprendo. Estás haciendo dormir las muñecas.

—No —dijo con tranquilidad— no están durmiendo. Están muertas.

Una fría velocidad que recorrió mis venas, me inmovilizó por un instante. Pero... ¿qué era lo que había dicho?... ¿Muertas? Tuve ansias de reír y, sin embargo, no; su expresión me paralizaba, me fascinaba casi.

—¿Cómo?

—Muertas—repitió.

Luego tomándome de la mano —su mano helada nuevamente me sobresaltó— me condujo hacia el mueble. Abrió las puertas con un gesto amplio, al mismo tiempo que decía:

—Ve... Aquí están todas. Muertas.

No pude creer lo que veía. Eran por lo menos diez cajas de cartón las que se alineaban en los diferentes estantes. En cada una, como cadáver en su ataúd, se hallaban otras tantas muñecas. Sobre los cuerpos, Graciela había colocado grandes cruces blancas y algunas flores, mustias ya. Un curioso olor brotaba del armario: flores marchitas, polvo, algo de brumas bajas, como siempre imaginé el aroma de la muerte.

—Pero... pero ¿qué es esto?

—Es un cementerio. Hoy día voy a enterrar esta —me dijo mientras alzaba entre sus manos la muñeca que entreví al llegar.

La miré. Una niña... no podía precisar qué edad tenía; pero era una niña. Antes de que pudiese decir palabra, ella exclamó:

—Venga. Usted me ayudará.

Sin saber cómo, me vi sujetando en una mano una vela encendida y en la otra un libro de tapas gruesas. Debe haber sido algo digno de verse. Si no hubiese sido tomado por sorpresa, de seguro me hubiera echado a reír.

Graciela llevó a cabo entonces varios ritos. En ellos descubrí rasgos exóticos que ella solo pudo intuir, pues eran demasiado desconocidos. Interpretaba una verdadera danza con sus manos. Me hizo pensar en algún culto profano. Sin embargo, contrastando con todo este ritual, su rostro ostentaba una expresión, mística, que se me antojó desarticulada en ese ambiente. Había entrecerrado los párpados, los labios se abrían con un dejo cansado, una gran paz suavizaba todos los relieves. La contemplé un instante aún y luego, arrojando el libro y el cirio al suelo, corrí hacia la ventana abriéndola de par en par...

La luz y el aire penetraron con demasiada fuerza. Sentí algo como un vahído; pero luego, reponiéndome, grité:

—Basta... ¡Basta!

Siguió un silencio desagradable. Hubiese podido escuchar los minutos que caían. Mas el llanto de Graciela lo rompió de pronto. Así, súbitamente. Entonces corrí hacia fuera. En el instante mismo que cerré esa puerta, comprendí que había cometido una torpeza. ¡Estúpido! más que estúpido, me enfurecí conmigo mismo.

Mira lo que has hecho: esa niña ya no tendrá confianza en ti; por un momento, demostró poseerla... Y te habría sido tan fácil acercarte a ella. Pero ahora lo has destruido todo, todo. Tendrás que volver a empezar. Y será mucho más difícil.

En la pieza contigua encontré a un sirviente que parecía espiar. Era el mismo que me abrió la puerta al llegar; pero entonces no me llamó mayormente la atención. En cambio ahora... Era un hombre alto, de cutis moreno. Su cabello muy negro rizábase en la nuca y en unas inmensas patillas que llegaban hasta el lóbulo de la oreja. Había algo como una sonrisa detenida para siempre sobre sus labios, una sonrisa que de inmediato me fue desagradable, casi repugnante. Pero lo que más resaltaba en su rostro eran unas inmensas pupilas oscuras, llenas de luces e ironía.

—¿Qué hace aquí? —le increpé con dureza.

—Nada, señor —respondió inclinándose respetuosamente.

—¿Cómo nada?

—Es decir... oí llorar a la niña, señor, y vine a ver que sucedía.

No pude contestar. Y el empleado quedó de pie ante mí, inmóvil, con esa sonrisa que, no sé por qué, imaginé era un gesto de triunfo.

Sin despedirme llegué hasta la puerta y salí a la calle.

* * *

Al comienzo todo sucedió como lo había imaginado. El formar nuevamente esa confianza, que en un principio brotó con tal facilidad, fue un trabajo lento. Primero no quiso verme y, aun cuando le traía gran cantidad de regalos, no agradecía, ni siquiera me saludaba. Por momentos pensé en declararme derrotado; pero algo, no sabía qué, me lo impedía, instándome a proseguir. Así transcurrieron algunos días, hasta que una mañana... Recuerdo que era uno de los últimos días de invierno. Fuera había un sol alegre, casi infantil. Pero al entrar en la estancia, me asaltó la misma sensación de angustia. Nada en ella delataba, aunque fuese lejana, la presencia de esa mañana maravillosa. No, todo estaba impregnado en aquel clima de siempre, la misma oscuridad. Le entregué el regalo que había comprado la tarde anterior. No sé por qué lo había hecho. Al verlo se me ocurrió adquirirlo. Era un juguete. Extraño: un inmenso insecto negro, con patas de alambre que se movían, como reptando, al agitarlo. Graciela lo recibió en silencio y luego, levantando esos ojos verdes hacia mí, dijo:

—¿Cómo lo supo?

Eran las primeras palabras que me dirigía desde la tarde aquella. Le sonreí; pero ella mantuvo su mirada indescifrable.

—¿Qué?

—Cómo supo lo que había soñado anoche.

—¿Anoche?

—Anoche y otras noches.

—¿Lo soñaste? ¿Qué soñaste?

—Algo.

Se retiró a su rincón. Pensé que el momento había llegado para hacer renacer esa antigua confianza. Es ahora, hoy, me dije. No sé por qué la palabra destino vino a mi mente. El encontrar ese juguete y comprarlo era destino. ¿O era una simple casualidad? Pero no... recordé que el día anterior experimenté una necesidad imperiosa de adquirirlo.

—Yo también sueño... a veces —confié.

Mas Graciela no respondió. Transcurría el tiempo. Quizás un cuarto de hora. Entonces, de pronto, la niña comenzó a hablar. Parecía no saber que yo estaba ahí, parecía enhebrar un largo monólogo solo para ella, como si diera voz a sus pensamientos, y así pudiese confirmar su veracidad, convencerse más bien:

—Era de noche. Sí, lo recuerdo... Todas esas sombras azules y aquel aire lleno de estrellas. Por un momento las oí hablar, escuché frases sueltas; pero yo las completaba mentalmente. Se me antojó que yo sabía lo que murmuraban. Era algo sobre una muerte... alguien había muerto. Recién... Su último suspiro aun no terminaba de caer en el pozo. ¿Qué pozo?

Las estrellas, esa luz de estrellas, fueron desapareciendo una a una. Todo quedó muy oscuro. Casi un tiempo de no ser, salvo esas ráfagas que me envolvían en silencio... Pero...

Enmudeció de súbito. Extrañado levanté la vista de una libreta donde había estado tomando algunas notas. No pude ver a Graciela. Imaginé se habría escondido en su rincón; pero repentinamente escuché su voz a mi espalda y me di vuelta con rapidez. Se hallaba sentada en el borde de un sillón inmenso y el alto respaldo encuadraba su cabeza como una gran ola nocturna.

—¿No ser? —pregunté— ¿Qué significa eso?

—Significa... no ser. No tiene otra explicación.

Otro día, en otro lugar, habría reído ante todas estas ocurrencias. Pero ahora no era posible.

Todo en esa habitación adquiriría relieves lúgubres, como los acentos en una tragedia y, lo que es más, en ella se tenía la sensación de que cualquier cosa podía suceder, aun la más disparatada, y no sorprendería a nadie.

—¿Es ese todo tu sueño?

—No... ¿Pero por qué he de contarle el resto?

—Porque lo quieres.

No contestó. Quizás mi frase había sido demasiado súbita. No lo sé. Quizás... Sin embargo a los pocos segundos comenzó a hablar.

—Eché a andar por un camino. Supe que a su término hallaría el nombre, sino la presencia del que había muerto. Y ansiaba conocerlo...

Anduve mucho. Cada paso demoraba una hora, así me lo decían las

agujas de ese inmenso reloj que giraban ante mí. Por fin me encontré en un lugar abierto, lleno de luz. Me acerqué cautelosamente y pude ver un inmenso insecto negro tendido en el suelo. Sus patas, muy delgadas, semejabán alambres. Sus ojos estaban abiertos y se fijaban en mí. ¡Qué mirada atroz! Parecía reprocharme, culparme... “Está muerto” algo, alguien murmuró junto a mí. Entonces comprendí.

—¿Comprendiste?

—Un batallón de abejas negras, con alas violetas, llegó en ese instante. Me miraron durante un segundo, se anudaron en enjambre y luego, acercándose, me tomaron de las manos al mismo tiempo que decían: “Serás la novia, serás la reina. Serás la novia de la muerte”. Dos de ellas trajeron mantos negros y me arrojaron con ellos. Otras, con zumbido de alas, aparecieron portando una corona como nunca antes había visto. Era de piedra negra; pero una hermosa piedra... como el agua que se escapa de las norias oscuras. La posaron sobre mi cabeza. Yo sonreía. “Ven”, me dijeron entonces y, empujándome, me hicieron tomar mi lugar junto al insecto negro, muy negro..

Tuve ansias de gritar, de inundar la pieza con luz y aire, de quemarla y arder yo junto con ella. Calma... calma me aconsejé en medio de mi nerviosidad, procede con calma.

—Ese insecto... ¿era parecido al que te traje?

—Igual.

Me levanté y salí de la pieza sin despedirme. Recuerdo que esa noche dormí con desasosiego. A la mañana siguiente, muy temprano, al alba casi, salí a caminar. Mis pensamientos hasta ahora confusos, comenzaron a ordenarse. Ante todo... Graciela. Ella, íntegra, me paralogizaba. Era la primera vez que me encontraba con un niño como este. Ciertamente que mi práctica no era muy dilatada, más aun sumamente reducida, prueba de esto eran mis súbitos impulsos y todas esas torpezas que cometí, sin embargo había conocido algunos ejemplos raros en mis tiempos de estudio y hospital. Pero nunca antes hallé a nadie como Graciela. Un niño preso de alguna obsesión no era muy común, pero tampoco era imposible. Yo, aun, había tenido que ver con dos o tres casos. Ese pequeño... ¿Eduardo no se llamaba? atormentado por su nodriza; recuerdo que temblaba al oír pronunciar su nombre. Y Paulina que quiso ser ángel. La recuerdo todavía... se desesperaba al no poder volar y en sus continuos ataques de histeria, me miraba con sus grandes ojos grises y decía: “Yo quisiera unas alas transparentes. Mañana volaré”. Y aquel día que por un descuido, la dejaron sola, trató de volar... Pobre Paulina... tu sueño era deliciosamente cómico y trágico.

Sí, ahora que uno pensaba, venían a la memoria muchos otros casos; pero todos llevaban en sí algo del niño. En ellos no se podía precisar con

exactitud si todos los síntomas eran estados anormales o si solo representaban ideas propias a los niños que, con el tiempo, irían desapareciendo. Porque los niños se asemejan por momentos a los locos. Ellos también descubren zonas de misterio; más aún, para ellos toda zona es misteriosa por ser nueva. Al ir las descubriendo, van sembrándolas de maravillas, todas cosas que ellos juntan y que en ese instante valen más que joyas. Pues los niños y los locos son, en el fondo, grandes poetas.

Mas con Graciela era diferente. Esa niña obsesionada por la idea de la muerte, que se complacía en ella, que no llegaba a atemorizarla sino más bien a fascinarla, era algo descabellado. Recordaba las expresiones de su rostro el día que me hizo participar en ese entierro guñolesco y ahora, cuando me contara su sueño, y cada una me parecía digna de un concienzudo estudio. Quizás como una sonrisa... o quizás no, como si sus sentidos estuviesen alertas, prontos a captar las más escondidas sensaciones. Quizás algo sádico... pero no, no... ¿qué podía saber de sadismo una criatura como esta? Aun cuando... Pero ¿acaso conocía ella toda la proyección de su mal? ¿Sabía acaso, en toda su magnitud, lo que era la muerte? ¿De dónde aprendió esas palabras "no ser"? Entonces... Me hallaba en una encrucijada. Si solo era una obsesión la suya, una obsesión de la muerte, ya había ideado un método con el cual estaba seguro lograría su total normalidad. Mas ¿qué sabía de ella? Quizás lo que hasta ahora pude comprobar no era sino una de muchas ramificaciones. Quizás ellas se entrelazaban. Quizás aquella no fuera el tronco principal. Quizás, quizás... la palabra misma evocaba la duda.

Mas dentro de toda esta confusión me propuse un plan: debía tratar de conocer la verdad sobre esa casa, el porqué de su ambiente lúgubre, ese sirviente que espiaba entre puertas, esa madre... la madre... nunca había logrado conversar con ella sino dos o tres palabras. Pensé que al hacerlo podría resolver algunas de mis incógnitas y decidí verla.

Dos días después, al llegar a la casa, contrariamente a mi costumbre, pedí ver a la señora. Me recibió en su pieza. Estaba un poco enferma y guardaba cama durante algunas semanas.

—¿Cómo está usted, señora? —pregunté al entrar.

—Más o menos, doctor. Pero... siéntese por favor.

Obedecí eligiendo una de aquellas sillas débiles que no hacen sino aumentar nuestra nerviosidad. No había otras en la pieza. Esa pieza... todo en ella era refinado y frágil. Más bien el dormitorio de una adolescente que el de una mujer casada. Al sentarme, la silla crujió y me supe torpe.

—Y... doctor ¿cómo va su paciente?

Escondió entre las ropas un novelón de tapas azules, al mismo tiempo que sonreía, como disculpándose. Luego, tomando una caja llena de chocolates y papeles multicolores, me ofreció:

—Quisiera...

—No, no... muchas gracias.

Ella tomó uno con precaución y lo mascó, deleitándose. Miré a mi alrededor: todo rosa. Cortinas transparentes, la cama muy ancha rodeada de volantes y ahí, en un rincón, una mesa cubierta de pomos y botellas.

—Usted sabe, señora —comencé— que en mi especialidad uno debe ser ayudado, no tan solo por el paciente sino...

—¿Qué ha sucedido? —gritó de pronto incorporándose— ¿Qué ha sucedido a Graciela?

—Nada, señora. Absolutamente nada. Tranquilícese.

—Entonces...

—Solo quiero hacerle algunas preguntas.

Pareció calmarse. Se hundió con suavidad en el lecho, como extrayendo de la sensación una alegría casi física.

—Debo hacer algunas preguntas personales; pero le ruego me conteste con la mayor confianza. Es por el bien de su hija.

—Diga, doctor. ..

—Su esposo...

—Está viajando en este momento. Es muy aventurero ¿sabe? Creo que no hay lugar de este mundo que no conozca —sonrió—. Ha recorrido...

—Sí, sí —interrumpí—. Pero la primera vez que vine creí oírle decir que era artista.

—¡Ah! sí el pobre Roberto, era un gran artista. Escultor ¿sabe? Un gran artista...

—¿Era?

Calló un instante y luego dijo en voz baja:

—Sí, el pobre murió cuando su obra no estaba aún terminada.

—¡Murió! —grité sin poder contenerme. ¿Era acaso loca esta mujer? ¿Era ella acaso la clave del mal de Graciela? Tan pronto me decía que su marido estaba viajando, tan pronto que estaba muerto. Todo en ella era equivoco, su personalidad misma. Por momentos parecía una mujer reflexiva; a otros, una coqueta incorregible.

La miré un instante como tratando de descifrar el enigma. Ella sostuvo mi mirada.

—Pero ¿no dijo que estaba viajando...?

—¡Ah! —sonrió levemente—. Veo el error en que ha caído. Pero es fácil explicarlo, doctor. He sido casada dos veces...

—¡Ah!

—Mi primer esposo fue Roberto... el artista. Mi segundo marido es el que está viajando.

—¡Ah! —repetí.

Su mano descendió hacia la caja de chocolates y la vi aletear sobre ellos, indecisa. Tocaba uno y otro con gesto leve, como gustándolos de antemano. Luego la vi posarse con la liviandad de una mariposa sobre una flor. Había escogido.

—Dígame, señora, Graciela es hija...

—Es hija de mi primer esposo.

—Sí. Y... dígame, su muerte...

—Murió súbitamente.

—¡Oh! Algún accidente de seguro. ¿Cómo... cómo fue?

—Murió —comenzó; pero luego se retuvo sin agregar otra palabra.

Supe que no hablaría más sobre aquello. Era inútil seguir preguntando. Y pensé: ¿Por qué me habría mandado llamar? Si ella misma trataba de entorpecer la obtención de datos con los cuales quizás lograría algún éxito, si todos parecían esconder algún misterio ¿por qué me había llamado entonces? Por qué era firmada por esta señora la carta que recibí un día pidiéndome viniese a su casa. Y sin embargo... Pero lejos de desalentarme, esto vigorizó mi entusiasmo. De pronto una idea surgió y la expresé en voz alta:

—¿Conserva usted algunas de las obras de su marido?

—Sí.

—¿Podría verlas?

Me miró extrañada:

—Naturalmente.

—Gracias.

Aquel mismo empleado, cuyo aspecto y actitud tanto me desagradaron el primer día, condujome a través de interminables escalas, a una pieza que supuse estaría en el piso más alto. Persistía en el rostro del sirviente esa sonrisa burlona y sus gestos eran tan obsequiosos como antes; pero durante todo el recorrido no me dirigió la palabra.

Debimos forzar un poco la puerta para poder entrar. Finalmente cedió. Avanzando hacia el ventanal que adiviné cubierto por espesos cortinajes, sentí la sensación de penetrar en algo que había muerto hacía ya mucho tiempo. Una atmósfera húmeda se pegaba a mis manos y a mi frente; respiraba un aire enviciado en polvo. No sé por qué el polvo se me antojó gris. Corrí los cortinajes con fuerza descubriendo el inmenso ventanal, cuyos vidrios patinados de tierra, no dejaban ver hacia fuera. Una luz de atardecer llenó la estancia y los rincones se hicieron aun más irreales.

—¿Aquí trabajaba el señor?

—Sí, doctor —murmuró el empleado. Me sobresalté al escuchar la palabra doctor. Era la primera vez que me llamaba de esta manera y presentí tal ironía en su voz que, enfurecido, me di vuelta. Pero el hombre no se movió.

Estaba ahí, de pie junto a la puerta, con aquella sonrisa prendida a los labios y esos ojos llenos de lucecillas. Quise increparlo, amenazarlo; mas luego pensé que quizás este personaje podría serme útil en mis averiguaciones y...

-¿Usted ya trabajaba en esta casa cuando murió el señor?

-Sí.

-¿Cómo era?

-Lo veíamos poco. Pasaba aquí la mayor parte del día.

-Pero... ¿él quería mucho a su hija?

-Mucho.

Era difícil hacerlo hablar. Dábame cuenta que aquel hombre sabía mucho más de lo que estaba dispuesto a decir. No atinaba a explicarme por qué. Sin embargo, insistí.

-El señor... ¿veía mucho a Graciela?

-Casi todo el día. Ella estaba siempre con él, aquí.

Miré el taller. Algunos muebles raros y hermosos. Dos o tres cuadros en los muros y todas esas esculturas. Algunas conservaban aún los lienzos con que él las envolvió, al no haber terminado su trabajo. Recordé que cierta vez un escultor amigo me confió su preferencia por las estatuas cubiertas con esos lienzos; sí, las prefería, aun al compararlas con la obra ya finalizada. Entonces consideré un poco exageradas sus palabras; pero ahora comprendía lo que quiso decir. Era verdad... poseían una belleza extraña; algo de inmaterial, de idea pura, solo la forma, la actitud recortada en el espacio. Esos lienzos de color terroso, hoy secos, otrora estuvieron húmedos y se pegaron al relieve con la suavidad de labios. Además, había otros trabajos concluidos o apenas trazados, abandonados luego. Comencé a detallarlos uno tras otro. Pero a los pocos minutos, pude comprobar que era solo una idea la que inspiraba, que atormentaba más bien al artista...

-Inspiración y tortura no son sino una misma cosa. Una guía a la otra hacia el acto de crear, de expresar algo que por un tiempo lo ha atormentado. Una vez dicho...

-¿Cómo? ¿Qué dice el señor? -había expresado, sin notarlo, mi pensamiento en voz alta y el empleado me interrogaba asustado.

-Nada -respondí.

Era extraño... la misma idea reproducíase en todas las esculturas. Eran solo diferentes manifestaciones de ella. Y con curiosidad y horror fui descubriendo la sensación de la muerte en todas esas obras. Aquí un ángel que sostenía una daga en su puño -reconocí el ancestro de aquel que vi el primer día en la pieza de Graciela-; allá unas manos sin vida... tan tranquilas y, junto a ellas, una adolescente que se apoyaba sobre una forma confusa, como atraída por ella. Una a una las fui observando. Aun descubrí las que

se ocultaban bajo los lienzos, aquellas otras perdidas en los rincones más oscuros. Y todas, todas trataban de expresar idéntica idea. Esa ansia de la muerte. Ese vértigo de su presencia. Solo bordeando las zonas del misterio, como temeroso de hallarlo de pronto; sin embargo con el anhelo de sentir su cercanía... Y retrocedí espantado.

* * *

Recorrí el antiguo parque durante el resto de la tarde y buena parte de la noche. Estaba seguro ahora de haber encontrado el origen del mal de Graciela. Ese padre obsesionado por la muerte, artista de talento, figura fascinante pero aterradora, que desarrolló un gran cariño para con su hija, fue el principal causante. Quizás el único. Aun cuando no, esa madre equivoca e insegura también había sido culpable. Ella no supo guiar, encauzar el cariño casi enfermizo que su hija profesó a aquel hombre. Mas, no supo darse cuenta de que su marido era un ser desequilibrado ¿No supo o no lo quiso saber?... Así, con uno o dos datos y con toda mi imaginación, fui componiendo el cuadro de sus vidas. Una verdadera red. Evocaba esas tardes en el taller. Graciela admiraba a su padre más que a cualquier otra persona en el mundo. Y todo lo que él dijo, lo que le explicó al incorporarlo a su obra, jamás lo había olvidado la pequeña. Y aun, si había olvidado las palabras, conservaba en cambio la sensación que ellas traen. Presentía esas largas conversaciones. Graciela en medio de todos esos seres atormentados, creados por la mano de su padre, viviendo sus vidas, sus muertes más bien, llena de éxtasis y de sensaciones desconocidas. Y luego, un día, el padre murió. Así, súbitamente. La esposa no quiso hablar sobre aquello. Suicidio con seguridad. De tanto rondar por esa zona, lo asaltó como un aletazo la locura y decidió morir. Graciela quedó sola. El taller en el piso alto se cerró para siempre. El cariño de su madre no logró llenar el vacío dejado por los caracteres verdaderamente enfermizos del otro amor. Se refugió entonces en ella misma, en sus recuerdos, en todas esas cosas que antes llenaron su vida. Y, al no conocer otra manera de expresarlas, lo hizo en sus juegos. ¡Sí, aquella debía ser la verdad! En un momento habíase hecho totalmente clara. Podía comprender esa obsesión. Ya no era un misterio ante el cual retrocedía confuso y angustiado, sino un cuadro clínico, casi una enfermedad que se hubiese estudiado en los textos, en esos lejanos días de la Escuela. Conocía sus causas, sus efectos y aun el método para combatirla.

Esto era muy sencillo. Lo había ideado casi desde el primer instante. Confiaba en él. Era solo fruto de mi intuición; pero en este último tiempo, y sobre todo en este caso particular, no había hecho otra cosa que confiarle en ella. En ella y en la suerte. Sino ¿cómo explicar esas maravillosas

ocurrencias de la compra del insecto, casi una revelación, y el querer ver las obras del escultor, hecho que derramó tanta luz sobre el asunto?

Esta obsesión de la muerte debía combatirse con la vida. Si su padre le había enseñado a vivir en la muerte, a bordear esa zona de misterio que atrae como un vértigo, era yo el que debía enseñarle a vivir en la vida. Hacerte conocer –¡oh! muy lentamente– todo lo que hay de hermoso en ella. Revelarle sus leyes, sus enigmas, en fin, toda su pureza y maravilla. Estaba convencido de que si guiaba mi método con tino y paciencia podría obtener la mejoría de Graciela. La niña había desarrollado una sensibilidad enfermiza en esos años; este continuo contacto con lo desconocido parecía haberla acrecentado y sabía que ese encuentro con las cosas de la vida no podría dejar de impresionarla. Mas debería ser en forma gradual, no quería volver a cometer una torpeza como la del primer día; todavía, supe que ahora no me era permitido cometer una torpeza.

Mi diagnóstico –si así puede llamarse– hecho, no quedaba otra cosa que proseguir con el método. Pero este plan no era del todo sencillo. La primera dificultad radicaba en el hecho de ser solo una idea. Me había propuesto combatir la muerte con la vida; mas, para realizar esto, no tenía ningún orden. No era cuestión de encadenar una serie de caminos que, fatalmente, me conducirían a una meta, pues lo cierto es que no había ideado ningún camino. Solo concebí una abstracción, pero la forma de realizarla me era desconocida. Sin embargo decidí dejar a la ocasión, más bien al tiempo, la facultad de guiarme. Me convencí de que sucesos –directa o indirectamente relacionados con mi idea– se presentarían a través de los días y me propuse aprovecharlos todos.

Mientras, me dije, seguiré con mis averiguaciones. Así fue como al día siguiente, interrogué al empleado cuando este vino a abrirme la puerta. Decidí interpellarlo así, de improviso, para no dejarle tiempo de reflexionar.

–Quisiera que me contestara algunas preguntas.

–Con todo gusto, doctor...

–Dígame –comencé– ¿cuánto tiempo hace que murió el señor?

–Dos años –contestó extrañado y antes que pudiese reaccionar, dije:

–¿Fue un suicidio?

Por un instante, solo por un instante, desapareció la sonrisa de sus labios; pero luego, lentamente, la vi reaparecer al mismo tiempo que exclamaba:

–¿Suicidio? ¡Oh! no, doctor. ¡Qué idea! El señor murió de un ataque cardíaco, súbitamente.

Me alejé con rapidez. Toda aquella escena me avergonzaba, sentíame inmensamente ridículo. Sin embargo, estaba seguro que ese hombre no me había dicho toda la verdad. Escondía algo. No supe precisar qué.

Un punto de mi teoría había fallado. Pero no por eso dejaba de ser menos cierta. El suicidio del padre, me dije, no ha sido sino una loca ocurrencia. En el fondo, no tiene tanta importancia... ¡Cuán ignorante fui al decir eso! Sólo meses después, vine a comprobar cómo todos los detalles, aun los más mínimos, poseían la más grande importancia.

Pasaron algunos días. Decidí entonces obtener con la señora que permitiese a Graciela alejarse por un tiempo de ese ambiente nefasto que la rodeaba. Fui a verla nuevamente. Esta vez me recibió en pie, es decir, arrellanada en un amplio sillón que más bien parecía lecho, un libro botado con negligencia sobre la piel que cubría sus piernas.

—¿Qué le parecieron las esculturas, doctor?

—Interesantes.

—Curioso... mi marido, mi segundo esposo, siempre les aplicaba la misma palabra —sonrió—. Ustedes los médicos son todos iguales.

—¿Su marido es médico?

—Sí... es médico; pero un médico viajero, aventurero —pareció divagar un momento—. Y ¿qué se le ofrece ahora, doctor?

—Desearía saber si usted se opone a que Graciela abandonase la ciudad por un tiempo.

La señora se incorporó de súbito:

—¿Por qué?

—Es por el ambiente de esta casa. Todo tan triste y oscuro. Esa misma pieza donde pasa...

—Ella lo ha querido así —me interrumpió—. Tiene una pieza de jugar; pero ella prefiere esa otra.

—¿Tiene?

—Sí. Es aquella, contestó, indicándome una puerta.

Me acerqué y al poner mi mano sobre la perilla, oí su voz:

—Perdóneme que no le acompañe. Este...

—Está bien. No se preocupe —respondí al mismo tiempo que abría la puerta.

Era una pieza muy hermosa. Quizás una de las más hermosas que haya visto. Los muros estaban pintados de un color azul; pero muy claro, casi celeste. Había algunos muebles y muchos juguetes en estantes que colgaban de las paredes. Enmarcando el amplio ventanal que miraba hacia un parque, pendían cortinas vaporosamente blancas, como nubes que hubiesen quedado presas en aquellas varillas de oro. Era una de esas piezas en las cuales uno parece escuchar una melodía lejana.

—¡Qué hermosa! —no pude contenerme de exclamar.

—¿No es cierto? —contestó la voz a mi espalda—. Sin embargo ella nunca quiere entrar.

—Prefiere esa otra, oscura y triste como usted dice. Dígame, doctor...

—Por el momento no puedo decirle nada, señora.

Me encaminé hacia el cuarto de Graciela. Al entrar, luego de algunos instantes para acostumbrarme a las sombras, la divisé en su rincón.

Estaba sentada en el suelo y tenía ante sí una enorme vasija. De ella extraía algo de vez en cuando para darle a una muñeca que reposaba en su falda.

—Buenas tardes —dijo al reconocermé.

—Buenas tardes —respondí—. ¿A qué juegas?

—Con mi muñeca.

—¿Le estás dando de comer? —pregunté, en realidad sin pensar lo que decía. Estaba un poco distraído; pero al escuchar su respuesta, me sobresalté:

—Es veneno.

—¡Veneno!

—Sí.

—¿Y qué es eso... veneno?

—Es un medicamento que se da a la gente y entonces mueren —contestó con naturalidad.

Nuevamente me sentí preso de espanto. Esa confusión que había en ella me desesperaba. Las palabras mismas de sus frases eran contradictorias. Pensar... muerte y medicamento. La una consecuencia de la otra.

—Pero... un medicamento no puede traer la muerte. Sirve para curar.

—Quizás... —luego agregó—. Pero esto es veneno.

—Y... ¿por qué no jugamos a otra cosa? —exclamé—. Por ejemplo, digamos que lo que hay en esa vasija no es veneno sino un brebaje encantado ¿sabes? uno de esos brebajes que utilizaban antes para enamorar... —reí de todas las idioteces que iba inventando a medida que hablaba—. Tú comprendes lo que es amor, ¿no es cierto?

—Sí. En mi sueño me llaman la novia de insecto muerto y yo estoy enamorada de él.

—El amor no puede existir hacia lo muerto —interrumpí con brusquedad, tratando de desviar su pensamiento—. Hacia ello se siente otra cosa: cariño tal vez. El amor es propio de lo que tiene vida, lo que se mueve, corre, canta, salta...

Bajó su cabeza y pareció no querer escucharme; pero yo estaba seguro que me oía.

—Jugaremos a que soy un príncipe y tú una princesa. Yo te daré a beber de ese líquido y desde ese instante tú deberás obedecermé. ¿Quieres?

No dijo no y al acercar a sus labios la cucharita que hallé en la vasija, los entreabrió.

—Bien. Ahora debes obedecer, porque yo soy tu señor y amo.

Al comienzo di algunas órdenes sin importancia, las que mi imaginación me fue dictando. No quería aparentar ninguna violencia. Así le pedí que cerrara la puerta del armario, que entreabriera un poco las cortinas, que anudase uno de los lazos de mi zapato y –con gran sorpresa mía– obedeció. Parecía gustar del juego, con el interés de alguien que lo hace por primera vez. Permanecí durante cinco minutos por lo menos impartiendo órdenes, hasta que decidí decir:

–Ahora debes seguirme. Iremos a otra parte, y tomándola de la mano, la conduje a la pieza de jugar. Al entrar sentí que ella trataba de deshacerse de mi mano y huir; pero rápidamente comencé a hablar–. Aquí viviremos de ahora en adelante. Esta habitación es más hermosa que la otra...

–Hay mucha luz...

–Es toda azul, como un cielo.

–No me gusta el cielo.

–Y todos esos juguetes nos harán reír. Tantos... ¡mira!

Pero Graciela desprendió con fuerza su mano de la mía y corrió hacia fuera. Cuando llegué a su antiguo cuarto, noté que la puerta estaba cerrada y que ella había corrido el cerrojo.

Mas, al día siguiente cuando volví, hallé a Graciela en la pieza azul.

–Buenos días –dijo.

–Buenos días –contesté y me guardé bien de preguntar cosa alguna.

* * *

Surgía ahora un nuevo detalle. ¿Qué tenía que ver el segundo esposo en todo esto? Era médico... ¿acaso él aconsejó llamarme? Pero ¿por qué? Además él estaba viajando, desde hacía ya bastante tiempo según pude dilucidar. Entonces... ¿Por qué la esposa se refería a él como algo dentro del pasado? Volvía a escuchar sus frases;... “mi segundo esposo siempre les aplicaba la misma palabra”. ¿Por qué?

Transcurrió quizás una semana. Graciela no intentó volver a la antigua pieza, permaneciendo en esta otra, toda luz y vida. A veces, me parecía más curioso observarme a mí mismo que a ella. Mi imaginación se hipertrofiaba por día, por hora casi, y de ella surgían las más disparatadas ideas. ¡Nunca supe cómo pude inventar tantos juegos! Tan diferentes todos... y sin embargo, tan semejantes en su fundamento, si es posible que un juego posea fundamento. Yo me ingenié para que todos estos lo tuvieran. Y así, a través de locuras, dando grandes vueltas, esquivando escollos, iba encaminándola hacia la vida. Poco a poco le fui mostrando sus maravillas, la fuerza que se escondía tras cada una de sus manifestaciones, la guiaba como quien lleva un ciego hacia una luz que le devolverá la luz.

Ahora todas esas enfermedades imaginarias que padecían sus muñecas –y hube de aceptar esos males, aun cuando ellos preludiaban la muerte, solo para robustecer el contraste– nunca finalizaban con el deceso del paciente y su entierro entre ritos extraños, sino que mejoraban y entonces organizábamos una fiesta para celebrar el acontecimiento. Aun hoy me veo sentado en aquellas sillitas rosas, en las cuales me sentía aprensado, tomando agua de unas tazas grandes como un dedal y diciendo: “¡Qué té tan exquisito!” a varias muñecas que Graciela había acomodado junto a la mesa...

¡Ah! si contase cuántas cosas hube de hacer. Tan pronto era un príncipe, romántico y hermoso, con un viejo sombrero de la señora sobre mi cabeza, como un feroz dragón que se arrastraba por el suelo echando humo por las fauces. Recuerdo el día que, encarnando a la Bella Durmiente, Graciela en su rol de príncipe me dio el beso que debía devolverme a la vida, recuerdo que en aquel momento hice un gesto –mitad sorpresa, mitad dicha– que entonces me pareció genial y que debió ser horriblemente ridículo.

Pero Graciela mejoraba. Era esto lo único importante. Lo demás no eran sino medios que me llevaban al fin, a ese fin que había ido modelando pacientemente, casi como un artífice, y cuyo éxito adivinaba próximo. Con lentitud fui limpiando esa mente de todas aquellas nieblas que la envolvían, podría decir que la traspuse a otra zona donde comenzó mi labor constructiva. Era... era como crear un nuevo ser. Al igual que hubiese concebido una vida, confundiendo en mí los dos sexos que se amalgamaban en una sola fuerza, sé que parecerá monstruoso lo que digo; pero aquella era mi manera de pensar entonces. Imaginé que, como hombre, era quizás el único que había podido experimentar en su propio cuerpo todos los sentimientos de la madre. La ternura, el ansia... en fin, esos sentimientos que nunca les son dados gustar al hombre; ni como hombre, ni como padre.

No puedo negar que entonces me sentí orgulloso. ¡Qué necio fui! Hoy que los años me dan una cierta perspectiva, comprendo que todo aquello no fue sino exaltación de mi juventud y, quizás, de mi escasa experiencia. Comprendo ahora que novelé mis sentimientos y, en el fondo, nada de lo que imaginé llegó a ser una realidad.

Sin embargo, antes de finalizar este relato, debo recordar aun otros hechos que, podría decir, fueron los que precipitaron el término de la historia.

Graciela profesaba a su madre un amor extraño. La quería... sí, eso sí; pero al mismo tiempo le temía. Al comienzo no atiné a comprender qué podía inspirarle miedo en esa mujer vana y contradictoria. Mas luego me di cuenta de que justamente esas dos cualidades –o defectos– eran los que fundamentaban el temor de la muchacha. Comprendí la relación que existía entre ellas: eran madre e hija, se querían; más que eso, diría que se respetaban, pues pude comprobar que entre ellas nunca hubo un momento

de naturalidad. Sobre todo por parte de la madre, parecía sentirse molesta al estar junto a Graciela y las caricias que le prodigaba eran ingrátas. Al verlas juntas —a veces, al llegar, las encontraba a las dos en la pieza celestina— notaba que se sentían extrañas; no sé por qué, se me antojaban dos visitas que, sin conocerse, llegaran juntas a la misma casa y, mientras tarda en aparecer el anfitrión, trataran de enhebrar conversaciones. A los pocos minutos de estar con ellas, yo también experimentaba la misma sensación. Las palabras parecían flotar un rato antes de caer; las sonrisas se helaban sobre los labios en gesto estereotipado. Y los tres permanecíamos mirándonos, sonriéndonos, sin querer sonreír. La señora, con una excusa cualquiera, huía entonces precipitadamente. Este sentimiento que descubrí entre madre e hija me hizo comprender con más claridad el problema de Graciela. Al morir su padre, la niña no encontró en esa mujer comprensión o ternura de madre, no era que no la quisiese, no; más bien la consideraba como la hija de una amiga a la cual se quiere en calidad “sobrina”. Por esto, la muchacha sintiéndose tan sola, no atinó sino a refugiarse en sus recuerdos, estampas casi como son los recuerdos de niñez, para vivir en ellos.

Y cito esto sólo ahora, pues yo también lo descubrí tardíamente y fue como una última comprobación de mis hipótesis que ya comenzaban a perder el carácter de tales.

Un día llegué a buscar a Graciela para ir a dar un paseo. Debía ser nuestro primer paseo y en él basaba mis más ardientes esperanzas. Estaba seguro de que el primer contacto de ese ser, acostumbrado a las sombras y a los cuartos lúgubres, con el aire y la luz debía, tenía que ser muy benéfico. Al llegar a la casa, hallé a madre e hija, sentada una frente a la otra, y en completo silencio.

—El doctor viene a buscarme para salir a dar un paseo.

—¿Sí? —sonrió.

—Sí.

El silencio se acumulaba.

—Bueno, debo irme... —dijo un ligero beso a Graciela y salió.

Nacía la primavera. En todas partes se adivinaba su fuerza escondida, próxima a explotar, como un grito que se pretende ahogar y que sin embargo escurre entre los dedos. Y acaso, si no se creía en esta potencia, extraña e incomprensible bastaba mirar en torno para convencerse. Las hojas brotaban apenas de las ramas; pero era tal su dureza, su verdor, que parecían querer desarrollarse de una sola vez. Y mientras avanzábamos por aquel parque, me iba invadiendo un ansia que se hacía irrefrenable, que me empujaba a correr, a gritar, a reír.

No sé lo que sucede en primavera. Pero ciertamente es extraño. Es una sensación que llega de improviso; no se forma a través de los últimos días del invierno hacia la primavera, sino que, de pronto, surge. Una mañana, al

despertar y mirar por la ventana, nos damos cuenta de que todo ha cambiado, nosotros mismos experimentamos una nueva vitalidad, como si quisiéramos comenzar otra vez nuestra vida.

Miré a Graciela. La muchacha parecía asombrada. Tanta luz, tanto sol la aturdíán. Pero sentí que su mano se hacía más tensa, como si una fuerza oculta estuviese próxima a expresarse.

—¿Te gusta? —pregunté.

No contestó.

—Es primavera... ¡es maravilloso como todo comienza a vivir! Como si el invierno no fuese sino un largo sueño. ¡Como si todo despertara de pronto, remozado y joven!

Su silencio no era alentador.

Nos internamos por una avenida de almendros. Sobre nosotros las copas de los árboles se entrecruzaban, temblorosas, albas; y el sol teñía una que otra flor de oro. Respiré con fruición. De pronto sentí que su mano abandonaba la mía. La miré sobresaltado y vi que corría hacia adelante. Súbitamente se detuvo junto a uno de los árboles y se extasió en la contemplación de algo que, desde donde yo estaba no pude distinguir. Al acercarme comprobé con curiosidad y temor —dos sentimientos que siempre hallaba en mí— la expresión de su rostro: estaba muy pálida y sus rasgos se marcaban con fuerza, los pómulos sobre todo sobresalían en esa piel como de cristal; sus ojos repletos de luz miraban con atención, fijos, con algo de macabro, de locura.

—¡Graciela! —grité.

Pero ella no respondió. Y entonces vi... ahí, en una zanja que como una canaleta bordeaba todos los almendros, vi el cadáver de un gato. Estaba descompuesto, deforme, terroso. Interminables hileras de hormigas lo recorrían en todo sentido, penetrando aun en sus órbitas donde, de sus ojos, solo restaba una pulpa gelatinosa.

—Está muerto —murmuró y su voz era extraña. Nunca he escuchado la voz de una poseída; pero imagino debe ser semejante a la de Graciela en aquel instante.

—Es horrible... —exclamé tratando de llevarla lejos de ahí.

—Déjeme —gritó con rabia, soltóse con un movimiento brusco— déjeme.

Debo decir que no supe qué hacer. Permanecí como un idiota, de pie, junto a la niña hasta que... le pegué. La bofetada resonó con estrépito. No sé por qué lo hice; al momento me arrepentí y mil pensamientos cruzaron mi mente en confusión. Graciela me miró y sus labios se entreabrieron como si fuese a decir algo; pero en cambio mordió su mano con fuerza.

Entonces me alejé. No podía soportar más aquello. Era superior a mis fuerzas, sobre todo aquí, en este parque, donde todo incitaba a actuar en forma diferente.

¡Qué tonto había sido! Desde el comienzo. Quizás era demasiado joven. Quizás nunca lograría obtener esa madurez ansiada. ¿Y cómo entonces todos esos años en el hospital? Creía haberme desempeñado correctamente; por lo menos así me lo dieron a comprender mis maestros. En aquellos años jamás tuve ni siquiera un esbozo de estas reacciones que, de pronto, me asaltaban. Sin embargo, me dije, allá todo era diferente. El clima mismo, esa sensación de continuidad silenciosa, parecía estar actuando constantemente sobre la voluntad. Dominándola. Los pasillos que se entretejían unos con otros, las salas idénticas —nombres diferentes para voces semejantes—, todos esos ojos que seguían el más mínimo de los movimientos, acababan por someter las reacciones. Pero acá, junto a Graciela, era distinto. Acá estaba en un parque o en su casa, entre alfombras y paredes de tonos cálidos, y la voluntad parecía ablandarse. El más ínfimo de los crujidos la hacía responder.

Pero... ¡pero Graciela me seguía! Sentí sus pasos tras los míos. Reaccioné. No debo ser tan estúpido, pensé, después de todo es mi paciente. No obstante seguí caminando, sin darme vuelta, hasta esperar que ella llegara junto a mí, me tomase de la mano y se uniera a mi paso. Y aun entonces no le hablé.

* * *

Este primer paseo que, en el fondo, podía llamar “mi gran fracaso”, pues cuando creía que la niña iba mejorando, cuando creía que todo el pasado habíase desvanecido, tuve que comprobar cuán errado estaba y cuán estériles habían sido aquellos meses, este primer paseo digo, no me desilusionó; muy al contrario, fue como un latigazo que me impulsara a proseguir.

Cada día estaba más convencido de no poseer la clave de este caso. Aquella que me permitiría conocer, trama a trama esta verdadera red que eran las vidas de esos seres. ¿A quién preguntarle? ¿A la señora? Mi última entrevista me convenció de la inutilidad de una nueva conversación. Ella no hablaría más. Como tampoco obtendría algo de ese sirviente que, me constaba, estaba mezclado en el asunto... ¿Pero dónde? ¿Cómo?

Al mirar hacia atrás, contemplaba cuántas veces estuve a punto de abandonar todo y, sin embargo, no lo había hecho. Algo en esa niña me impedía tomar esa decisión. No sé, una inmensa compasión quizás, un gran cariño. Porque comprendía que Graciela, tan frágil como era había caído en una red. Todos, en el fondo, somos prisioneros de unos y carceleros de otros. Hay una red en la cual, irremediabilmente, se cae. Permanecemos por siempre en ella y a la vez sujetamos en nuestras manos otra red que no está vacía. Y es como si necesitáramos esto, pues aquel que se libera, aquel

que rompe sus alas al escapar, ve que no puede volar, que ni siquiera puede andar ya que no sabe cómo, y entonces, tarde o temprano, vuelve a encarcelarse. Él mismo lo sabe: extraña su red y al no hallarla, tejerá otra, encadenándose a seres y cosas.

Repetimos las largas caminatas a través de los días siguientes. Esta primavera que maduraba lentamente fue una de mis principales ayudas en este caso. La época me brindaba, en su floración de vida, mil ejemplos con que ilustrar mis palabras. Los árboles que comenzaban a brotar, el sol, el aire limpio y sonoro que parecía germinar en pleno cielo. Recuerdo uno de esos paseos. Fue una mañana, apenas si la luz lograba traspasar los espesos follajes de los árboles y esa semioscuridad –sin embargo tan palpitante de vida– prestaba a la avenida un no sé qué de misterioso.

De pronto me detuve junto a un rosal todo empapado en rocío y, señalando una de las flores, comencé a hablar:

–Mira... ¿no es maravillosa? Sus hojas comienzan apenas a abrirse y aun... sí, ahí, mira... ya se divisa su seno todo rosa –confieso que al principio me era difícil enhebrar las frases; pero luego, mareado con mis propias palabras, a veces ridículamente poéticas, me entusiasmaba a tal punto, que por momentos me parecía estar escuchando a otra persona –Piensa: es una flor que recién nace. Ha estado encerrada en estas hojuelas verdes durante días y ahora, por primera vez, ve la luz, sus pétalos se extienden como perezosos... y sin embargo ¿sientes la fuerza que hay en ella?... Vive...

–Mire... –me interrumpió señalando algo en el suelo.

–¿Qué?

–Es un charco de agua. Cientos de hormigas se están ahogando. Es horroroso...

La miré. ¿Era posible? La dicha me invadió de súbito. Por primera vez se refería a aquello como algo horroroso. Quizás las alegrías despiertan siempre un fondo de maldad en nosotros... pero juro que si en aquel instante hubiese podido arrojar algo más grande que una hormiga en ese charco, para que se ahogase y ella repitiera lo anteriormente dicho, juro que lo hubiese hecho. Y luego agregó algo que aun hoy, tantos años después, lo considero como el más grande triunfo de este determinado caso. Dijo:

–¿Por qué no será todo como esta rosa? –y señaló la flor que nacía.

Quizás en aquel momento algo me instó a pensar en la mejoría completa. Aun cuando no. Creo que nunca me asaltó la idea con tal seguridad. Naturalmente que entonces pensé que había logrado el éxito; pero creo no mentir al afirmar que, para mí, la mejoría no era una realidad inquebrantable. Recuerdo... al volver a casa esa mañana, recuerdo haber sentido una gran felicidad, aquella que se experimenta tras haber realizado algo en forma satisfactoria. Y yo lo había logrado. Sí. Poco a poco había arrancado ese

ser de aquella obsesión y le había dado la vida. La vida, el goce de la luz y del aire puro. Era mi obra, casi una creación. Pero en todos estos pensamientos que se iban diseñando en mí, había algo de falso, como una nota que no se amalgama en el acorde. No sé... no puedo explicar lo que entonces sentí. Mas recuerdo que volví a pensar en aquella red. ¿Había logrado acaso sacarla de allí sin romper sus alas, sin dejar en ella ni siquiera un rastro de su pasado? Más aún... ¿había logrado sacarla? ¿Cómo saber si esa red que había en torno suyo era solo imaginada? No conocía en realidad ni el porqué, ni el cómo, ni el dónde. Pero... supongamos que el éxito hubiese coronado esta parte de mi trabajo: aun entonces... ¿estaba seguro de haber tejido a su alrededor aquella otra red, aquella que ansiaba urdir, esa red de vida?

El resto del día transcurrió sin otra incidencia; pero al ir a acostarme esa noche, me asaltó nuevamente la duda. ¿Acaso no estaba seguro de la mejoría de Graciela? Sí, pero... ¿Entonces? Pero... ¿Pero qué? No sé, quizás debería insistir. ¿Insistir? Sí, aun otra prueba, una que me hiciese ver que era cierto todo lo que creía. Pero ¿no me bastaban todas esas demostraciones que hube de presenciar en nuestros paseos y que culminaron con el incidente de la flor? Sí... naturalmente, pero... ¿Pero, pero? Todo aquello aconteció en un parque, en primavera. ¿Y? Es diferente la manera como reaccionan las personas en contacto con la vida. La vida la rodeaba con demasiada fuerza ahí. Era imposible sustraerse a su poder. ¿Qué quieres entonces? No sé... comprobar quizás. Ver si su obsesión ha desaparecido en realidad. Estar seguro. Saber. ¡Sí! saber si sus ideas conservan la misma orientación al rodearse de aquel ambiente en el cual vivía antes y en el cual debe seguir viviendo. ¿Cómo? Quiero decir... en esa casa, en esa pieza oscura, llegar a evocarle quizás el recuerdo de su padre. Aun eso. ¿Pero ya viste hoy día cómo reaccionaba. Para qué insistir? No sé... pero debo hacerlo... debo saber. Mañana... sí, mañana.

* * *

Al día siguiente la hallé sola en la pieza celeste.

—Estoy tan contenta —me dijo—. Inés está mucho mejor y Ana puede levantarse ya.

—¿De veras? —contesté distraído.

—Sí. Es este sol. ¿Saldremos hoy día? El parque debe...

—No —interrumpí— hoy día vamos a quedarnos aquí. Te voy a mostrar algo. La idea había fraguado en un insomnio que tuve junto con el despertar del alba. Llegó de pronto y se hizo irrevocable. Hube de obedecer.

—¿Qué cosa? —preguntó curiosa.

—Algo que no has visto hace mucho tiempo. Quizás ni te recuerdes.

Al salir de la pieza, nos encontramos con el empleado. Había recogido una muñeca del suelo y la observaba con ternura. Al mirarlo experimenté una extraña sensación, como si nunca antes lo hubiera visto. Pero al sentir nuestra proximidad, desapareció de su rostro esa expresión bondadosa, insinuándose la desesoperante sonrisa.

—¿Qué hace aquí? —no pude impedirme de preguntar.

—Recogía esta muñeca, doctor —y me miraba desafiante.

—Quisiera que me llevara nuevamente al taller.

El hombre tuvo un ligero sobresalto. Luego fijó sus ojos en Graciela.

—¿Al taller? —dijo.

—Sí.

—Un momento, por favor. Creo que la señora tiene las llaves.

—Usted las tenía la última vez —exclamé con violencia, un poco cansado de esta comedia que parecía representar.

—Sí... es cierto. Pero... pero se las devolví luego a la señora. Ella las tiene.

Desapareció rápidamente y solo después de algunos minutos volvió trayendo el manojito.

—Aquí están.

Lo seguimos a través de pasadizos oscuros y esas escaleras que parecían no tener fin. Graciela se apegó a mí y me tomó de la mano. Mientras ascendíamos, pensaba: ¿Quizás el golpe iba a ser demasiado fuerte? ¿Qué diría Graciela cuando se hallase, de repente, rodeada por todo eso con lo cual había vivido durante tantos años? ¿Habría logrado sobreponerse a las ideas de su padre, olvidarlas? Estaba asustado, quizás esta no era sino otra de mis torpezas; pero... quizás no. Y de pronto, las ideas ordenáronse y entonces, simplemente, comprendí. Supe que en pocos momentos más, conocería todos los secretos, todos aquellos que quisieron esconder. Comprendí que mi idea, fruto de un insomnio, no era errada, pues ahora vería la verdad, toda la verdad, y además sabría si Graciela había mejorado. O si podría mejorar.

Y ante nosotros se alzó la puerta. La vi aparecer como una imagen de pesadilla y frente a ella nos detuvimos los tres, sobrecogidos. El sirviente fue el primero en recuperarse y avanzó.

Luego de algunos segundos, la puerta se abrió enmarcando un rectángulo de sombras. Súbitamente, Graciela soltó mi mano. Le hablé:

—Graciela...

Pero ella no contestó. La miré entonces y pude ver que sus movimientos eran extraños, como si fuera una sonámbula la que penetraba en esa estancia. Casi en el mismo instante, llegó hasta mí ese aroma —casi sabor— que había sentido la vez primera.

Me di vuelta hacia el empleado; pero este se había retirado a un rincón

y me daba la espalda. Traté entonces de detener a Graciela; mas la niña ya se perdía entre las sombras que inundaban el cuarto. La vi desaparecer como tragada por ellas, como el replegar de una ola que reconquista lo que le pertenece y de súbito...

—¡Papá!

¿Cómo expresar el horror que experimenté al oír ese grito? Era desgarrador. Con algo de primitivo, casi de bestia. El dolor lo saturaba, lo hacía temblar en toda su inmensidad y desnudez.

Penetré a la pieza con prontitud. Presentía... no sé. Los primeros segundos no distinguí lo que sucedía, mas pronto, acostumbrándome a la oscuridad, vi a Graciela arrodillada en un rincón y, solo un murmullo al comienzo, escuché su voz:

—Papá... contesta... di algo... mírame... ¡Papá! ¿Qué? ¿Qué dices?

Y entonces —aun hoy día me estremezco de terror al recordarlo— oí otra voz que respondía. Era baja, muy baja, como si brotase de alguna fuente subterránea, borboteante. Pero era una voz maravillosa, una de aquellas voces que al escucharlas, uno ansía acercar su oído a los labios de donde emana para así sentir algo de su aterciopelada profundidad.

—Graciela... Has venido... Ansiaba que vinieras...

—Pero ¿qué tienes? —nuevamente hablaba la niña.

—He huido... recuerdas lo que te dije ayer... he huido.

Fue como si retrocediese en el tiempo. Lentamente. Deshojando meses, días. Solo una vez antes había experimentado aquello. Un verano, un verano cualquiera, cuando al atardecer me incliné sobre una noria y me pareció que algo salía de mí y penetraba en esas aguas, bajando, bajando, retrocediendo casi, hasta llegar... ¿Dónde?

—Pero... ¿por qué no sonríes? ¿No hablas?

—Siento algo como una pena dentro... una dulce pena.

—Papá...

—Dulce, dulcemente.

—Papá...

—¡Graciela! —el grito brotó de mi garganta irresistible.

La muchacha se irguió. Dándose vuelta, detuvo sus ojos en los míos.

—Graciela... —murmuré ahora.

Huyó al igual de un animalillo asustado. Mientras el eco de sus pasos se perdía entre los corredores, me acerqué al rincón para ver quién había allí... Pero... pero... ¡estaba vacío! Solo algunos lienzos botados al azar. Mas ¿y esa voz? Los pensamientos se arremolinaron con tal insistencia, que no pude fijar ninguno. Calma... calma... y aun llegué a exclamar en voz baja:

—Calma...

En aquel instante, escuché la voz del empleado tras de mí. Hablaba en

frases cortas, casi cortantes, como si quisiese dar realidad a toda esta escena que, por un momento, imaginé fuera una pesadilla.

—Fue hace dos años. Fue en esta pieza, en aquel rincón. Fue la niña Graciela que encontró al señor. El señor se había suicidado.

—Suicidado... —la palabra brotó con dificultad. Luego... mi teoría era acertada. Teoría... es decir, todo aquel cúmulo de fantasías que ideé eran la realidad. No podía creerlo. Y sin embargo... Todo, todo... todo menos una cosa, quizás la más importante, quizás la que me habría sido más útil. Sí, sí... solo aquello no lo había adivinado.

Entonces fue Graciela la que descubrió el cuerpo de su padre... ¡Ah! cómo todo se iluminaba de pronto. Había sido la niña la que halló ese cadáver, más que eso, la que presenció su agonía, que la vivió casi junto a ese hombre que ansiaba la muerte, entreviendo en ella una zona de inconcebibles sensaciones.

Todo, todo... salvo este pequeño detalle que en sí llevaba la más grande importancia. Pues ahora sabía que solo por este hecho, por la impresión que él había causado, el mal se arraigó con tal fuerza que se hizo por siempre real.

—Sí, señor.

—¿Y la niña?

—La niña no ha subido desde entonces. La señora no quiso.

—Naturalmente...

Naturalmente... el relato se completaba ahora, cerrándose como un anillo perfecto. Veía que todo lo que había hecho era, dentro de ciertos límites, inútil. Debería recomenzar. Mas qué importaba si a partir de hoy poseería la verdad. Ahora sé todo lo que sucedió, lo sé todo y sin embargó... ¿por qué sucedió?

—¿Por qué todo este secreto?

—Es un secreto.

—¿Quiere decir que nadie lo sabe?

—Nadie. Excepto la señora, su marido, yo... y la niña Graciela... que ya lo había olvidado...

—¿Olvidado? ¿Cree usted que uno olvida una cosa como esa?

—Quizás... Yo por un momento pude olvidarlo.

—¿Usted?

—Sí. Pero la señora no quiso que lo olvidase.

La última palabra se grabó en sus labios con la sonrisa característica. Sus ojos se fijaron en los míos y, no sé por qué, me fue imposible sostener esa mirada.

—Usted...

—Sí. Pero era por el bien de todos. Yo quise olvidar.

—¡Cállese! —exclamé con ímpetu, pero él no se inmutó.

—Ya sé que pensará que soy un cínico —continuó en el mismo tono— y

está en lo cierto. Pero desgraciadamente, no soy un cínico a secas. Pertenezco a esa triste raza de los cínicos tontos. No sé... hay algo en mí contra lo cual no puedo luchar. Es imposible. Es más fuerte que yo. Y eso ¿qué es? preguntará usted. Lo cierto es que ni yo mismo lo sé. Soy simplemente un cínico tonto o... lo que es aun más desastroso, un cínico bueno.

—¿Bueno?

—Sí. No supe sacar de este asunto lo que habría podido. ¡Imagínese! tenía la situación en mis manos... En aquel momento cualquier periódico habría pagado esta noticia a precio de oro y sin embargo... no lo hice. Es siempre ese algo que llevo dentro... Ahora mismo, sé que varias personas se interesarían por conocer el secreto, me gratificarían... y a pesar de todo, se lo cuento a usted...

En un instante, como algo que se ha adormecido en nuestro subconsciente y, de súbito renace con fuerza, recordé esa escena en que lo vi recoger la muñeca con ternura. Miré de repente en la profundidad de sus ojos y, traspasando aquella sonrisa, hallé algo, algo que por un momento se me antojó fuese bondad.

—Pero si fue un suicidio ¿qué podía temer la señora?

—El escándalo —repuso simplemente.

Y vi a esa mujer acorralada como una rata, temerosa, cobijándose en la profundidad de plumas y encajes. Escándalo... la palabra, al relacionarla con ella, adquiriría un significado intenso.

—¿Escándalo?

—La señora contrajo segundas nupcias poco después de...

—Y...

—Fue un suicidio; pero podría haberse pensado en otra cosa.

—No había pruebas.

—Nunca faltan pruebas: pedazos de conversaciones, frases, la misma niña que adoraba a su padre.

—Usted no habría sido capaz de hacer declarar a la niña contra su madre.

—No he dicho tal. Solo insinúo que podría haberse pensado en otra cosa —su expresión era nuevamente desagradable; luego agregó —Pero... fue un suicidio.

—¿No hubo investigación? Algo...

—El segundo esposo de la señora es médico. Él arregló todo. Si consigue el certificado de defunción, verá que ahí se habla de un ataque cardíaco... Y verá también, atestiguando esto, la firma del señor, es decir del segundo esposo de la señora.

—Pero ¿qué se temía en el escándalo? Fuera de...

—Se temía todo. Si se hubiese confesado el suicidio, aquello habría acarreado a una investigación y en ella se hubiesen conocido muchas cosas.

—¿Muchas cosas?

—Cuestiones de dinero. Las relaciones de la señora con el señor.

—Pero...

—Me refiero a su segundo esposo.

—Entonces, hubo relaciones entre ellos antes de la muerte del escultor.

—Ahí está toda la clave —repuso—. Casi me atrevería a decir que ahí reside también la clave del suicidio.

—Pero el señor era un ser desequilibrado. Yo mismo sospeché en un suicidio, aun cuando no conocía esto...

—Sí, el señor era un ser desequilibrado. Más que eso, el señor era un ser contradictorio entre las manos de un hombre muy hábil... como es el segundo esposo de la señora.

—¿Quiere decir que este lo dominaba?

—Quizás. Eran grandes amigos. Además, el señor ya vivía en un mundo que lindaba con la muerte, bastaba sólo un impulso...

—Luego... fue empujado al suicidio.

—Quizás... No sé. Quizás... quizás sorprendió o sospechó más bien la infidelidad de su esposa.

—¿La quería?

—No lo sé. No lo creo. Era extraño...

—Extraño y fascinante —exclamé y luego me arrepentí de haber dicho esto último.

—Fascinante —divagó—. Hay hombres que hacen las cosas más extrañas por los motivos más extraños...

—Pero entonces —desvié el tema— ellos son culpables del suicidio. Casi un crimen.

—Casi un crimen. Lo ve usted, todo esto hubiese aparecido en una investigación.

—Sí. Ahora comprendo. Pero, dígame, el señor, el segundo esposo quiero decir, fue él acaso quien decidió llamarme.

—No —respondió de inmediato—. El señor y la señora... usted sabe, esta clase de cosas no dura. Una vez que tienen el sendero despejado ven que no existe ningún interés en seguir caminando juntos, se dan cuenta que son los obstáculos los que fascinan; una vez solucionados estos ¿qué resta? El señor viaja; la señora... ya la vio usted. No sabe qué hacer; no sabe cómo reparar el mal que ha hecho.

—Entonces ¿fue ella quien me llamó?

No respondió. En cambio, lo vi retornar a su antigua personalidad, como quien viste otro traje, la sonrisa reapareció en sus labios y su voz volvió a hacerse cínica:

—Fue un suicidio. Pero, bajo las circunstancias, podría haberse pensado en otra cosa.

—Quiere decir que usted podría haber hecho pensar otra cosa.

—Naturalmente.

—Y que le pagaron para que no lo hiciera. Aun, para que no hablase de suicidio.

—Es una manera un poco cruda de decirlo.

—Cruda...

—Pero lo triste es —me cortó— que la señora no parece comprender...

Calló, el silencio se hizo más profundo. Con algo de revelación.

—O quizás no; quizás ella se ha dado cuenta de mi bondad —me miró y sonrió— ve que es innecesario seguir...

—Pagándole.

—No es esa exactamente la palabra que me gusta oír. ¿Cómo diríamos? Recompensar quizás, sí, más bien recompensar. La señora no es tonta ¿sabe? Y yo no soy más que un pobre hombre bueno que trata de ser cínico.

Rió. Sonrió más bien. Una sonrisa triste, lejana.

—Pero de todo esto algo he obtenido.

Ya no escuchaba. Este remolino de sentimientos desatados de pronto me confundía. Más aún, no me daba una perspectiva a través de la cual poder descifrar todos aquellos personajes que actuaron sobre Graciela. La madre, el escultor, este empleado y aun aquel segundo esposo que no conocía y que quizás jamás conocería, todos, todos ellos habían tejido esa red en la cual se vio presa la niña. Y era yo el que debía destruir aquella red. Quemarla, disolverla si fuese posible, hacerla nada y, al mismo tiempo, devolver ese ser a la vida, a la luz, al aire.

Cierto que aún no sabía cómo. Pero aquí, entre mis manos, estaba la verdad y con ella me sentía todopoderoso. Porque ni un detalle faltaba al relato, todo, todo lo que sucedió en esa casa me era conocido. Y me aprontaba a tejer otra red, íntegra de luces y resplandores. Una vez libre la niña de la primera, sus alas intactas, su voz recobrada, la rodearía con esta. Pues comprendía que no poseyendo esa prisión de vida la muchacha moriría. Y la clave radicaba en esto tan simple, en la red en que se cae.

Pero aun restaba una incógnita. ¿Por qué me habían llamado a esa casa? Quizás la madre... asustada, llena de remordimientos. Quizás, quizás el empleado, con su fondo de bondad, lo había exigido. Quizás... Estaba seguro que aquello no lo resolvería nunca. Como tampoco jamás sabría el misterio —¿tal vez una alucinación?— de esa voz que acababa de escuchar.

Bajé nuevamente y me dirigí a la pieza celeste. Pero estaba vacía. Entonces corrí a la otra estancia, aquella donde hallé a Graciela el primer día. Traté de entrar, mas la puerta se hallaba cerrada por dentro:

—Graciela... Graciela —murmuré.

Pero la niña no respondió. Sin embargo sentí movimientos dentro, esto

me tranquilizó. Comprendí que la escena del taller había sido demasiado para ella y decidí irme.

El empleado me esperaba en el pasillo y ceremoniosamente abrió la puerta.

-Volveré mañana -exclamé.

-Así lo espero, señor -respondió.

Sangre azul

- 1950 -

La casa de paredes de piedra gris se levanta sobre un montículo arenoso. Tras ella se enjambra un bosque de eucaliptus. No lejos e incansable, el mar acosa la playa.

* * *

El viento juguetea entre las hojas. Se hace irreal como si fuera la respiración de cien geniecillos que habitasen esos árboles. Por momentos parece soplar con más fuerza y entonces no se escucha con claridad la voz de la nodriza; pero luego decrece y todas esas palabras, un poco arrastradas y como perezosas, vuelven a perforar el silencio.

-... y el rey, este rey del cual te hablo, dueño de todas las tierras que puedas imaginar, no quería que su hija, la princesa... eh... ¡Margarita!, sí, Margarita, fuese la esposa del joven Pedro, pues este no tenía sangre azul...

-¿No tenía... qué no tenía? -interrumpió el pequeño Pablo. Sus grandes pupilas recorrieron desde esos anchos pies hasta aquel rostro bonachón, todo el cuerpo del aya. Por un instante se le ocurrió una inmensa montaña junto a la cual se acurrucara, pues el niño estaba sentado en el suelo y la mujer, sobre un banco. Y toda su prodigiosa sombra se derrumbaba sobre él como un ala desproporcionada.

-Sangre azul.

-¿Sangre azul? ¿Qué es sangre azul, Sebastiana?

-Es... es la sangre que tienen los reyes. Las reinas, los príncipes... Nosotros tenemos sangre roja; pero ellos... es diferente...

Como una chispa que brota de pronto junto a un reguero de pólvora, las palabras despertaron algo en el niño. ¿Qué era esto? Sangre azul... sangre roja. ¿Por qué? Y sin embargo...

-Entonces -comenzó Sebastiana- la princesa...

Pero Pablo ya no la escuchaba. Súbitamente perdió interés por el relato. Era extraño. Hasta ese momento lo había fascinado; pero ahora... ¡tenía tantas cosas en qué pensar! Ahí acostado sobre el pasto, se preguntó: ¿Por qué los reyes tenían sangre azul? ¿Acaso no eran seres humanos como él, como sus padres, como Sebastiana? Pero ¿y esa conversación que sus padres sostu-

vieran días atrás? La recordaba con precisión. Detalle a detalle. Había sido a la hora de sobremesa. Él se divertía en tirar migas a la botella que guardaba el vino. Su madre... sí, su madre dijo: "Es muy humano -al fin, y al cabo es un hombre. Por muchos títulos que tenga y por muy rey que sea, es un hombre". Él detuvo su juego y, sosteniendo todavía una miga áspera entre los dedos, preguntó: "¿Mamá, los reyes son como nosotros? Y las princesas ¿son como tú? ¿O tienen cabellos de oro, uñas de plata y pies de marfil?". Su madre no respondió; pero al mirar a su marido, una especie de sonrisa recorrió sus labios. ¿Por qué? ¿Algún secreto? ¿Cuál era ese secreto? ¿Cuál?

-¿Qué hacer? se preguntaba la princesa...-la voz de Sebastiana parecía hueca. Quizás un sonido que no halla su eco.

Pablo se levantó suavemente y dirigiéndose hacia un inmenso álamo, apoyó su cabeza sobre el tronco. Entre las callosidades vio una arañita, pequeña, frágil, que subía presurosa hacia el follaje. La tomó entre el pulgar y el índice y la apretó. Psst, saltó un hilillo de sangre. Miró sus dedos y vio que era viscosa, gris, pero no azul, azul...

Azul, azul, azul, el color danzaba ante sus ojos. Nieblas azules que giraban sin rumbo, como persiguiéndose, silenciosamente. Mil cintas de bruma anillándose, poco a poco formando esa esfera que rota y rota y rota... nada de pronto.

Todo ha desaparecido. Solo persiste esa claridad azulenca. Una luz que procede ¿de dónde? Extraño. Allá, lejos, dibujanse con rapidez algunas figuras. Trazos leves, casi esbozos. Y se acercan y se agrandan. Se les escucha venir aun cuando su paso es silencioso. Y se acercan, agrandan.

Ya son monstruosos. Ya están encima. No se les puede distinguir bien aún. Mas ahora sí: ve que no tienen ojos, no tienen boca. Son solo masas de algo que se estremece. Y son azules, intensamente azules. Ve también venir un tigre, aquel del pelaje sedoso con manchas violeta. Gruñe, ¿lo escuchas? ¡No, no! No se le puede oír, pues sus gruñidos son mudos. Pero gruñe, se sabe. Como también se sabe que araña los lomos de aquellos elefantes. Mas ¿de dónde surge esta claridad? ¡No, no! Ya se acerca el tigre y todos, todos esos elefantes. ¡No, no! ¡Ya están junto a él! Pero pasan, pasan y pasan. Siguen hacia ¿hacia dónde?

Y hay una gran claridad azul.

Música de silencio. Casi un presentimiento. En el largo camino aparece la interminable caravana. Doce esclavas morenas arrastran el carruaje. Hay miles de lunas celestes en el cielo.

Hay estrellas también, miles de estrellas. El carruaje es una concha de nácar. Música de silencio. Casi un presentimiento. En él se yergue la princesa. El viento agita sus cabellos de oro y... y tiene uñas de plata y pies de marfil! Cantos lejanos. Palabras que no tienen sentido, se hacen música de

silencio. Casi un presentimiento. El carruaje se ha detenido. Una de las sillas se acerca a la princesa y la hiere en el brazo con un alfiler de diamante. De la herida la sangre brota lentamente y la esclava la recibe en una copa de piedra. ¡Pero esa sangre es azul! Tan azul como el canto de un ave. Hay música de silencio. Casi un presentimiento. La copa está en el suelo, piedra sobre piedra, eco sobre eco. Y de ella parece brotar ese rumor, imágenes de palabras, un grito que... Es el humo, aquel humo azul que se trenza y se destrenza, que se abraza y se separa, que no ciñe sino brumas, otras brumas, hijas de esas mismas brumas. Y hay una gran claridad azul. Pero el hombre ha surgido. Es todo azul el también. Como un trozo de metal. Y su mirar es profundo al igual que viese a través de las cosas. Se acerca a la princesa. Rumores lejanos. Las nieblas espesan. Flota siempre ese algo blando en el aire; pero se multiplican las brumas, una tras otra, y giran, giran, giran...

—Pablo... ¡Pablo! ¡Pablo!

Despertó sobresaltado. Era la voz de Sebastiana a lo lejos.

Todo aquello... ¿era eso un sueño? Las preguntas se atropellaban. Pero ¿y esa princesa? ¿Aquel hombre? Él los había visto, ahí, junto a él. Si hubiese querido los podría haber tocado con sus manos. ¿Era entonces un sueño?

—¡Pablo!

* * *

La cena ya había concluido. Sobre la mesa revoloteaba una extraña desolación. Era como si todas esas cosas, servilletas retorcidas, copas a mitad llenas, cáscaras de frutas, fuesen ruinas de algo que existía hace un momento. Pablo pensó en una imagen que días atrás hallara en un libro tomado al azar. Representaba una ciudad arrasada por la tribu enemiga: solo quedaban algunos muros, semi escombros; aquí, allá, brotaban lentas columnas de humo y sobre todo aquello parecía desplomarse un gran silencio. Era el mismo silencio que presentía ahora. Algo cansado y muy distante. Casi presencia y no solo idea. Alzó sus ojos hacia el techo y allí, tan alta, vio la inmensa lámpara envuelta en su luz pálida.

Sebastiana apareció reclamándole para que fuese a dormir. Su presencia disolvió de golpe aquel extraño clima. Había algo en la mujer, tal vez una invencible vitalidad, que rompía todos los silencios. Pablo la miró y luego volvió sus ojos decepcionados hacia su madre:

—Mamá, ¿puedo salir un rato al parque?... Es temprano.

—Bueno, pero solo por un cuarto de hora... y sobre todo no te acerques al bosque ni a la playa. Sebastiana irá contigo.

La nodriza tuvo un gesto de desagrado y murmuró entre dientes. Luego, en voz alta:

—Espera... ya voy. Tengo que ir a buscar.

Pero Pablo no escuchaba ya. Corría hacia el jardín. Al llegar, un vientecillo helado le azotó el rostro; pero era solo una ligera brisa, pues las copas de los árboles estaban inmóviles. Tras ellas, se asomaba una luna inmensa.

Sin rumbo fijo, se dirigió al bosque. Un aroma azucarado lo invadió. Olor a naturaleza inactiva, abandonada, lánguida el de esos eucaliptus.

Fue tan súbita esta sensación que tuvo un corto vahído; pero luego, re-
puesto, siguió avanzando. Atravesó el bosque. Veía los gruesos troncos, las
hojas plateadas en la negrura. Luz de luna filtrábase entre las ramas, tami-
zada en su sedosidad. Echó a correr y bajo sus pies algo gemía como si el
bosque hubiese encontrado una voz.

La playa. Estrellas espejeaban sobre el mar sembrándolo de puntos lu-
minosos. Las olas acariciaban la arena. Pablo cayó de rodillas. Su mirada se
hundía allá, en el horizonte. Y las preguntas, nuevamente las preguntas,
comenzaron a acosarlo.

Las olas... ¿De dónde? ¿Hacia dónde? Mas aún ¿qué son las olas? Hasta
ese día solo las consideró como... como olas. Pero hoy comprendía que
ocultaban alguna razón. ¿Pero cuál? Esa razón que presentía, mas no logra-
ba hallar. ¿Por qué? ¿Por qué no había olas en el estanque cercano a la
casa? ¿Por qué aquellas aguas eran inmóviles? ¿Por qué agitadas estas?

Sobre la superficie inmensa, tan grande que la mirada no encuentra ja-
más su antigua huella, nace un pliegue, uno entre otros mil. Y comienza a
elevarse, alzándose en vaivén de brisa, hasta llegar a ser ola. Entonces, solo
entonces, arquease hacia atrás mostrando su vientre de plata. Luego... lue-
go es la belleza. Vibrante y viva. Pablo recordaba la frase que pronunciara
su tío, aquel tío lejano y misterioso que su padre llamó “soñador incorregi-
ble”: “en la noche, como un ala de sombra, la ola se despedaza presa de su
propio vértigo”. No comprendía bien el significado de todas las palabras;
pero el sonido era tan hermoso, dulce y a la vez enérgico. ¡Y eso era una
ola! Algo dulce y enérgico.

Era verdad. La ola se despedazaba. ¡Sí! despedázase y llega hasta noso-
tros, agua y espuma ya. Pablo hundió sus manos en la arena. Sintió la tibie-
za que ella conservaba y experimentó un inmenso bienestar.

Pero ¿por qué el estanque no tenía olas? ¡Ah si supiese el porqué de
todos aquellos por qué! ¿Dónde hallar la respuesta única y total? Aquella
que descifrara de una vez el enigma de las olas, del estanque... y de esa
sangre azul. Sangre azul... Es la de los reyes, había dicho Sebastiana. ¿De
los reyes? ¿Por qué? Acaso... acaso él no tendría sangre azul. La idea lo
saturó de pronto. ¡Quizás!

Miró su antebrazo. Y ahí sobre la piel tan blanca, vio dos o tres rayitas,
finas, muy finas, y azules... ¡azules! Un resplandor de luna bañaba el rostro

de Pablo y parecía que las estrellas hubiesen bajado hasta sus pupilas. Sentía una embriaguez. La dicha repetía en él su nota mantenida. Y una sonrisa danzaba sobre sus labios.

¡Tenía sangre azul! Y era la dicha. Como si sus venas se hubiesen iluminado. Como si por ellas se deslizase algo semejante a suavidad de luna o al ulular de una brisa.

Por un momento sintió que a su alrededor —mar, viento, noche— el mundo en fin, se detenía. Y era su pulso, tan rítmico y sonoro, el que arrastraba tras sí las cosas, activándolas nuevamente.

* * *

—Pablo... Pablooo...

La voz llegaba hasta él suavizada por el espacio. El viento había avanzado por la playa y enloquecía entre los eucaliptus. El cadencioso romper de las olas determinaba la noche.

Debía ser tarde. ¿Cuánto tiempo que estaba en la playa? No sabía. Horas quizás. Ese tiempo no había tenido sentido. Pero ahora, aquellos gritos. En la casa lo debían estar buscando. Se incorporó. Oía voces a lo lejos. La de Sebastiana. Corrió, atravesó el bosque. Ojalá su madre...

Sebastiana erraba entre los árboles. Al verlo, la mujer lo abrazó y comenzó a sollozar:

—¡Ay! Pablo, qué susto nos has... —pero luego, reaccionando, agregó enojada: —Vas a ver, tu padre está furioso, y no te defenderé esta vez.

No escuchó las frases ni los sangrientos castigos con que lo amenazaron. Todas aquellas palabras parecían no tocarlo. Sólo pensaba. ¡Soy un príncipe! y le habría gustado gritarlo, repetirlo mil veces en voz alta. Pero no, no era posible: todos hablaban al mismo tiempo y cada uno, a su manera, aliviaba su nerviosidad. De súbito, se produjo un breve silencio. Pablo, extendiendo su brazo, gritó lleno de entusiasmo:

—¡Soy príncipe!... Miren...

El padre enrojeció. Una cólera irrefrenable contrajo su rostro y de su boca brotó una sola palabra que cayó como una daga:

—¡Estúpido!

El silencio desplomóse sobre ellos. Solo al cabo de algunos segundos la madre lo rompió al decir:

—Ve a acostarte.

Sebastiana lo desvistió sin decir palabra. Los pensamientos perseguíanlo como palomas alocadas. Estaba excitado. Sus sienes latían aceleradas. Pero una gran dicha lo embargaba.

Ya en su cama, se durmió con prontitud.

Escuchaba susurros. Quedos, muy quedos. Venían de aquella niebla que parecía envolverlo.

—Eres príncipe —murmuraban.

—¡Tienes sangre azul!

Y luego otra voz:

—Mañana tendrás una corona...

—Y un manto borlado de armiño —agregaba una cuarta.

Brumas lo rodeaban. Extrañas... poseían luz. Solo veía su reflejo.

—Pero... ¿eres príncipe?

—¡Sí lo es!

—Muéstrame tu sangre...

—Tu sangre azul.

—Muéstrame.

—¡Muéstrame!

Mil dedos se cernían sobre él. Entre esas olas de vapor aparecía aquel hombre. Lo veía avanzar, todo azul. Como un trozo de metal. Y ya estaba encima de él. ¡No! No era posible y sin embargo, sí. Reconocía en él sus propios rasgos, sus pupilas inmensas, sus...

Despertó en la mitad de la noche. En viento afuera seguía rugiendo. Las ventanas estaban abiertas y las cortinas semejabán las alas de algún pájaro herido. Dentro, reinaba el silencio, interrumpido solo por la respiración acompasada de Sebastiana que ya dormía en la pieza vecina.

¡Era él entonces! Sentía su corazón golpear con fuerza. Un príncipe. Hasta la ventana llegaba la canción de las olas, lejana y misteriosa. Sí, las olas poseían una canción, también el viento y... aun su alegría había descubierto una voz.

Mas retomaba aquel torbellino de pensamientos. Ideas. Razones. Pre-sentimientos. Lo había llamado "estúpido" ¿por qué? ¿Acaso no había rayas azules sobre su brazo? ¿Acaso no era verdad que tenía sangre de reyes? ¿O quizás su padre ocultaba algo? Su origen...

Ahora todos dormían. Se sentía más dueño de sus actos. Y, no sabía por qué, la resolución se hizo un hecho. Una inmensa angustia lo saturó y solo pensó en saber. ¡Saber! La verdad. Toda. Palpar aquella, la raíz de todas las dudas que se escurría eternamente. ¡Saber! No importaba cuán cruel fuese lo que conociera.

Sus pies parecían no tocar el suelo. Bajaba por la inmensa escala de madera y en cada peldaño deteníase temeroso, escuchando. Finalmente, llegó al largo corredor donde se abrían todas las piezas del piso bajo. A través de los ventanales percibía la luna, los árboles que se agitaban al paso

del viento; sin embargo, no se oía el rumor de las hojas. Y había algo de macabro en aquel mudo aletear.

Entró al comedor. Hizo luz. La súbita claridad pareció acobardarlo. Pensó en volver a su estancia, volver a subir por aquella escala eterna, cobijarse en el lecho que aún debía estar tibio; pero vio aquel cuchillo olvidado sobre la mesa. Captaba la luz en su lama, la destrozaba.

¡Ah! qué fascinación. Se iba acercando lentamente. Y la idea adquiría sus contornos, se completaba, apareciendo en su desnuda perfección.

Con un movimiento rápido, empuñó el arma. Ya ni pensaba. Ante él todo era un inmenso vacío. Sus nervios se hacían tensos como... La hoja metálica cayo relampagueante sobre su muñeca. Implacable. Cruel.

Al comienzo no sintió reacción; pero luego un fuerte dolor, algo como una horrible llama que recorriese su cerebro, lo hizo desvanecerse. A los pocos segundos recobró sus sentidos. Entonces miró: la sangre brotaba en chorros intermitentes, una sangre espesa, de un color rojo. ¡Rojo! Tan roja... como solo la sangre puede serlo.

Llevó su brazo a la boca y un gusto cálido la invadió. Una inmensa laxitud distendió sus músculos y le pareció que una suavidad penetraba ¿o salía? de él. Dos lágrimas aparecieron en el borde de sus párpados. Eran pesadas. Como si contuviesen algo. Fueron resbalando lentamente por sus mejillas hasta caer.

Pablo se desplomó. Fue como si en esas dos lágrimas todos sus anhelos, su vida íntegra, hubiesen estado contenidos.

Pero lo más importante para la muchacha era que nadie excepto ella entrara al cuarto donde guardaba los retratos. A causa de esto, la elección se complicaba enormemente. La casa era estrecha, todas las habitaciones estaban ocupadas salvo este desván y aquel... el mero desaparecía ya bajo las escaleras. Y ¿y si rompiera los menos ridículos? Podría volver a besar los espejos con nuevos gratidos. No... no, aquello no era una solución. Sabía, sabía que jamás podría arrancar y destruir uno de aquellos retratos. Jamás. Era como pedirle que se comiera un dedo o una mano; tal vez más. Ella representaba su vida, su mundo en dadas. Todo un mundo lleno de fantasmas y de fantasmas evocados por Tamar. Un mundo, en fin.

Porque Tamar era una bailarina. Casi una diosa para la casa. Más bien un ser nacido del aire, en pleno aire, como una visión creada para todos y para uno. La muchacha vivía tan suya esa visión, más que cualquier otro objeto, que no le permitía, ni por supuesto traspasar su muro y gloria. ¡Sí! era esa. Su propio pensamiento, aquel cúmulo de ideas que bullía en su interior, súbitamente hecho real, palpable, vivo.

Y existía, acaso algo más maravilloso. ¡Pensar! todo lo que uno ha soñado durante cientos de días, todo lo que uno ha soñado en una instantánea

Un poema sin palabras

- 1950 -

Juana terminó de recortar aquel retrato del periódico y lo clavó en la pared, junto a los otros. Dejó entonces las tijeras sobre la mesita y contempló su obra.

Todo el muro. Íntegro. Todo cubierto por esos retratos. No quedaba un espacio, ni siquiera donde ensartar un alfiler. Tendré que decidir, pensó Juana, en cuál pared voy a colocar los otros retratos. Esta era ideal, el sol la inundaba al penetrar por la ventana opuesta; pero ya estaba completamente cubierta... Tendría que pensar en otro muro. ¿Pero cuál? Las decisiones eran siempre difíciles. Aun más, cuando concernían a Tamara. Sí, muy difíciles. Junto a Tamara debía haber sol y, por lo tanto, luz. Tenía que ser una muralla lisa, sin ningún otro cuadro o grabado que entorpeciera la continuidad, y además era necesario que estuviese en alguna pieza a la cual nadie sino ella pudiese entrar. ¡Imagina!

Un ser tan maravilloso como Tamara no podía estar expuesto a la sombra, ni al frío, ni a la vecindad de otras figuras.

Pero lo más importante para la muchacha era que nadie excepto ella entrase al cuarto donde guardaba los retratos. A causa de esto, la elección se dificultaba enormemente. La casa era estrecha, todas las habitaciones estaban ocupadas salvo este desván y aquí... el muro desaparecía ya bajo los recortes. Y ¿y si rompiese los menos nítidos? Podría volver a llenar los espacios con nuevos grabados. No... no, aquello no era una solución. Sabía, sentía que jamás podría arrancar y destrozarse uno de aquellos retratos. Jamás. Era como pedirle que se cortase un dedo o una mano; tal vez más. Ellos representaban su vida, su mundo sin duda. Todo un mundo lleno de fantasías y de imágenes evocadas por Tamara. Un sueño, en fin.

Porque Tamara era una bailarina. Casi una diosa para la niña. Más bien un ser nacido del aire, en pleno aire, como una visión creada para todos y cada uno. La muchacha sentía tan suya esa visión, más que cualquier otro objeto, como ella misma, su pensamiento trocado en ritmo y gracia. ¡Sí! eso era. Su propio pensamiento, aquel cúmulo de ideas que bullía en su interior, súbitamente hecho real, palpable casi.

Y existía acaso algo más maravilloso. ¡Pensar! todo lo que uno ha ideado durante cientos de días, todo lo que uno ha soñado en una inmensa

noche, todo, todo eso encarnado en un cuerpo que se puede ver, que se puede tocar, que se ansía seguir. Y tan hermoso como lo imaginado. ¡Oh Dios mío, si ella fuese la imagen de Tamara!...

Pero, ante todo, ella se llamaba Juana. ¡Cuánto más dulce era llamarse Tamara! ¡Tanto más identificado con la personalidad de bailarina. ¿Cómo podría ella llegar a ser una bailarina llamándose Juana? La sola palabra Tamara despertaba un raudal de imágenes. Llamarse Tamara significaba haber nacido de aire, tener la suavidad del aire, poder en cualquier instante reintegrarse al aire.

Y Juana imaginaba el nacimiento de Tamara. Había una cascada... de aire, toda blanca y nebulosa, que caía lenta sobre inmensas piedras grises. Aun el ruido era silencio en torno, aun esas guedejas de agua de aire se trenzaban sin murmurarse, despaciosamente.

Con idéntica lentitud veía formarse el cuerpo. Y Tamara nacía grande ya. Los pies, dos pequeñas alas, precedían las piernas y el talle y los hombros de donde se desprendían los brazos, agitándose, enlazándose. Junto a las manos cien luces deteníanse asombradas. Aquellas manos ¿ha producido el mundo algo más maravilloso? Pequeñas y finas, tan expresivas en sus gestos, que simulan poseer una voz y dialogan sin cesar.

Algo, alguien gritó desde las rocas:

—Eres Tamara... ¡Anda!

Y ya era movimiento. Vértigo o silencio deslizándose sobre las piedras, un ala echada al viento y a la brisa.

Así nació Tamara, pensaba Juana al contemplar todos los retratos de la bailarina. En ellos aparecía en cien actitudes, con cien trajes distintos. Tan pronto era una sílfide, toda tul y cristal, o una ninfa o el espíritu de un bosque, uno de aquellos que nacen a medianoche y mueren al amanecer. Para Juana esos retratos representaban lo máspreciado que jamás tuvo y Tamara constituía el único ser por el cual se hubiese dejado matar. Era tal su idolatría, que estaba segura que si algún día algo llegara a suceder a Tamara, ella, Juana, moriría al instante. Como si el mismo corazón palpitará en ambas.

Hay en los niños o en los hombres niños sed de idolatría. Construyen ellos mismos las imágenes, las revisten con los caracteres más nobles que pueden idear y luego las veneran. Ante ellos se consideran insignificantes, muy insignificantes, mucho más insignificantes de lo que en realidad son. Con el transcurso del tiempo, los ídolos se van destruyendo. A veces sucede que un solo golpe los elimina; otras deterióranse lentamente y no por ser su muerte más despaciosa, es menos íntegra o definitiva. Luego llega aquel instante cuando, no ya niños u hombres niños, sino hombres simplemente, deben darse cuenta que todos pisan en un mismo plano; pero aun

entonces no atinan a explicarse si aquello significa que todos son ídolos o algo muy diferente.

Pero aún no había decidido acerca de aquel muro. Aún no. Quizás... quizás mañana pensaría sobre aquello. Quizás mañana.

—¡Juana... Juana! —alguien gritaba desde abajo.

—¿Qué? contestó en sueños.

—Baja a comer... Hace horas que te busco... ¿Qué haces encerrada allá arriba? Todas las noches tengo... —la voz se iba apagando a medida que los pasos se alejaban.

Un último rayo de sol moría sobre las tijeras. Poco a poco las sombras inundaban el desván. Abríanse paso a través de los muebles y trastos que ahí se amontonaban. Por último, la oscuridad se pegó a los retratos y estos se esfumaron. Entonces sus labios se entreabrieron y murmuró:

—Hasta mañana, Tamara...

Luego salió cerrando la puerta tras de sí.

* * *

Una vez decidió escribirle. ¡Oh! Cuántas cosas ansiaba contar. Hablaría sobre ella y sobre su casa y sobre aquel mundo, completamente aislado, que creó en el desván. Le hablaría sobre aquellos retratos y al mismo tiempo le pediría uno en el cual hubiese escrito "A Juana, con todo cariño". Y luego la firma que era como un arpegio.

Se sentó entonces ante la mesa y cogió la pluma. De inmediato la asaltó el primer problema. ¿Cómo comenzar la carta? "Querida Tamara" tal vez... pero, al no conocerla, podría acaso llamarla por su nombre. Además la bailarina era ya una "persona grande" y ella solo una niña.

¿"Querida señora"... quizás?; mas no, no. Tamara no era una señora para ella.

Mordió la pluma; trazó tres círculos y cuatro líneas en el papel; volvió a morder la pluma.

Tomó la hoja y, rompiéndola, la arrojó en un cesto.

Pensó entonces en anotar "Querido aire". ¡Sí! Aquello era lo que deseaba expresar. "Querido aire". Escribió la frase y la contempló largo rato. Pero luego murmuró:

—No... no. No tiene sentido.

Y al mismo tiempo que destrozaba el papel, decidió no escribir la carta.

* * *

Vibraba el recuerdo de una cancioncita en el aire. Como el eco mantenido durante toda la tarde, de aquel organillo que disolvió la mañana. El sol se enhebraba ahora a esa melodía y la transfiguraba, haciéndola toda de oro y tibieza.

Juana estaba alegre. Ese algo que flotaba en la atmósfera se había apoderado de ella. Además el día siguiente era el de su cumpleaños. Cumplía nueve años. No era esto lo que la entusiasmaba. Nueve parecíase mucho a ocho y... también a siete. La misma cifra disfrazada con una o dos jorobas. El año próximo... ¡ah! el año próximo todo sería diferente, pues diez años era ya una importancia ¡Imagina! dos números puestos uno al lado del otro; sí, aquello ya era algo. Pero nueve... El año próximo se alegraría con su edad. Mas ahora también estaba dichosa, pues su madre ya le había anunciado la visita de su padrino.

Tío Damián, su padrino, era un hombre maravilloso. Lo veía muy de tarde en tarde, pero su presencia dejaba siempre un recuerdo vivo. Lo cierto es que tío Damián era alto, rubio, de ojos profundamente azules como dos pensamientos adormecidos bajo las cejas. Su voz... ¡Ah! su voz era suave, tanto como aquel manantial que se deshacía sobre arenas grises, allá, en el fondo del jardín. Oírlo hablar era revivir un sueño.

Aparecía una vez al año, la fecha del cumpleaños de Juana, y jamás, jamás había faltado.

Llegaba temprano, trayendo algunas golosinas; pero aquel no era el regalo, no, aquello era como... como un bosquejo de lo que vendría luego. Abrazaba a Juana, besaba con suavidad su frente como si en realidad depositara algo más que un beso y luego preguntaba:

—Dime Juanita

—¿Sí, padrino...?

—¿Has pensado lo que quieres este año?

Y ella podía escoger lo que se le antojase.

Estaba segura de obtenerlo. La primera vez que el tío Damián le hizo esta pregunta, no supo qué contestar. Permaneció como una tonta, el dedo en la boca, sin ocurrírsele nada. Pero ahora, es decir en los años subsiguientes, era muy distinto.

Pasaba los largos días del invierno pensando lo que pediría. Poco a poco, la idea se hacía una, hermosa, muy hermosa. Así, cuando su tío preguntaba:

—¿Has pensado lo que quieres este año?

—Sí, respondía en un grito, como algo que se ha contenido durante mucho tiempo.

Había algo de fantástico en este tío Damián. Casi como un genio o un mago que poseyera una varillita mágica. Solo necesitaba enumerar sus deseos y al instante aparecían ante ella, como surgidos del aire y del viento.

¿Qué pediré este año? se preguntó Juana al fin del otoño, cuando ya era tiempo de comenzar a preocuparse. ¿Qué pediré? Una muñeca quizás... aun cuando no, ya tengo una y si me regalan otra no querré tanto a Lucila. Y es necesario que quiera a Lucila. ¿Entonces qué? Un libro de imágenes, esa linterna mágica. Ninguna de estas ideas la entusiasmaba. No sabía qué pedir. Y fue entonces cuando descubrió a Tamara. Un día de vuelta de la escuela, pasó frente a un teatro y vio el retrato de Tamara. Permaneció como en un sueño... horas quizás, pues ya estaba oscuro cuando volvió a su casa y su madre le reprendió con dureza. Pero ¿qué importaba? Iba hablando consigo misma, una confidencia deliciosa, y los ruidos exteriores llegaban hasta ella como el ritmo de las olas que completa una conversación.

Había visto a Tamara. Primero en todos aquellos retratos y luego saliendo del teatro, un ramo de magnolias entre los brazos, acosada por hombres y mujeres que revoloteaban en torno. Juana la contempló desde lejos y sintió algo como una gran dicha, un ansia de murmurar, no de gritar:

—Soy Juana. Y te quiero mucho.

Así lo hizo; pero su voz se perdió entre esas otras. La bailarina siguió avanzando, una sonrisa de dulzura prendida a los labios, sin escuchar los gritos, como un ser que no perteneciera a este mundo, que hubiese nacido del aire, en pleno aire.

Cuando desapareció en el vehículo que la aguardaba, Juana se sintió de súbito sola entre aquella muchedumbre. Un instante aún, la mano de Tamara apareció en la ventanilla y esbozó un último adiós, al igual de una paloma que tratase de echar a volar.

Aquella noche, en su cama, Juana decidió no vivir sino para Tamara. Luego de haber tomado esta resolución, comenzó a sollozar dulcemente.

Al día siguiente, recortó todos los retratos de la bailarina que pudo hallar en los periódicos y los clavó en aquella pared del desván. Desde entonces esa habitación paso a llamarse “el cuarto de Tamara”... y también un poco suyo.

Naturalmente que no contó estas cosas ni a sus padres ni a sus hermanos. Ellos no habrían comprendido.

* * *

Comenzaba ya el invierno. Los días hacíanse más cortos y, por lo tanto, sus visitas al desván eran más breves. Pero en esas largas noches, en aquella habitación poblada por las respiraciones de sus hermanos y los alientos de mil otros seres inanimados que solo despiertan a esas horas, Juana pensaba. Pensaba en Támara, en ella, en el desván y en su tío que, no sabía por qué, siempre asociaba con la bailarina. Y entonces una noche comprendió. Era...

era como si algo o alguien impulsara su pensamiento por aquella ruta, murmurando en su oído.

—Pide a tu padrino que te lleve a ver a Tamara.

Y ya no hubo mayor problema. Aquel sería su regalo.

Así transcurrieron muchas semanas. Moría el invierno con lentitud y uno que otro árbol deperezábase, brotando sus hojas. Caía el tiempo y la figura del tío Damián hacía-se más próxima, esa figura que, como los personajes de leyenda, aparecía una vez al año para retirarse luego hacia... hacia lo lejano.

* * *

—¿Estás segura de querer eso?

—Sí, padrino...

—Quizás... una muñeca.

—No, padrino. Quisiera ir a ver a Tamara.

—Sea.

—¿De veras? ¿De veras... que me llevará?

El tío Damián sonrió.

—¡Oh! padrino... Gracias, gracias.

Rápidamente corrió hacia el desván. Al llegar, se apoyó contra la puerta y escuchó, una a una, las pulsaciones de su corazón. Era algo como la dicha, un ritmo de dicha, frenético, irreprimible. Como una melodía o quizás una sola nota que se repitiese a través de ese tiempo.

—Esta tarde, Tamara, esta tarde...

Era un día de nubes rotas. Por los jirones escurríase el sol, semejando el cielo todo un mosaico de gris y oro. La luz inundaba a manchones la estancia y, al avanzar, se tenía la sensación de hundirse en charcos de tibieza, surgiendo luego de ellos saturada de una vida palpitante y quieta.

—Esta tarde, Tamara. Hoy es mi cumpleaños y tú serás mi regalo.

Pero no todo podía ser dicha. Además del padrino solía venir tía Sara, hermana de su madre. Y Juana al asomarse al ventanuco del desván la vio avanzar por la calle. Caminaba, como siempre, a tranquitos cortos, casi un salto cada paso, lo que ocasionaba temblores en todo aquel hacinamiento de plumas y flores que traía sobre la cabeza. La observó y pudo distinguir esa infinidad de crespitos que brotaban bajo el sombrero y el eterno movimiento de sus labios y sus manos vacías, siempre vacías.

Tía Sara jamás le había regalado algo, aun cuando su madre decía que tal vez el día de su nacimiento; pero no estaba muy segura. Siempre la recibía con un:

—Querida... si hubiera sabido. Pero esta memoria... Deberían recordarle a una estas cosas. Inés —dirigíase a su hermana— ¿por qué no me recordaste?

Sin embargo, pensaba Juana, recordó que hoy hay un almuerzo mejor que los de otros días. Sino no habría venido.

Decididamente Juana no la quería. Tía Sara era desagradable por muchos motivos: hablaba sin cesar, un parloteo monótono, sólo interrumpido para tomar aliento y su voz era horriblemente chillona; además... gozaba de un apetito excelente. Luego de la relación detallada de todas sus dolencias, siempre concluía con la misma frase:

—Pero el doctor me ha dicho que no siga ¡absolutamente! ningún régimen... Solo medicamentos...

Y al mismo tiempo que extraía tubos y botellitas de su bolso, hacía desaparecer con rapidez el contenido de los platos. Juana la observaba enfurecida.

—Tuvo que venir —rezongó la niña—. El día no será tan bello...

* * *

Tía Sara era un ser lleno de frases preparadas de antemano. Luego que hubo dicho lo que todos aguardaban, comenzó el almuerzo.

Y tía Sara inició su peroración. Juana se preguntó cómo podía comer y hablar tanto a la vez. Los otros comensales siguieron el curso de su propio pensamiento, sin poner atención a lo que la mujer decía. Cuando de pronto, producíase un silencio, alguno exclamaba:

—Sí... —en un tono que no se decidía ni por la sorpresa ni el asentimiento ni la constatación. Tras él, proseguía el monólogo.

Después del café, tía Sara ofreció a su hermana ayudarle a levantar los platos y cubiertos; y aun comenzó a amontonar algunos; pero luego se embarcó en uno de aquellos diálogos individuales y, cuando hubo concluido, ya todo el servicio estaba lavado y guardado en el respectivo armario.

Era hora también de partir al teatro.

—¿Van al teatro? —inquirió tía Sara.

—Sí —contestó Damián— Llevo a Juanita a ver una bailarina...

—¡Voy con ustedes! —interrumpió —Sólo un instante... me peino...

Salió al mismo tiempo que hablaba. El rostro de la niña se ensombreció de súbito y una rabia sorda se apoderó de ella. El padrino lo notó:

—¿No quieres ir con tu tía?

—No.

—Entonces vámonos. Yo tampoco deseo ir con ella.

Misteriosamente, sonriendo ante el tácito acuerdo, ambos corrieron hacia la calle tomados de la mano. Al llegar a la esquina, oyeron los gritos de la mujer; pero ya estaban bastante lejos y podían muy bien pretextar que no los habían escuchado. En cuanto a por qué no aguardaron... ya tendrían tiempo de tramar alguna excusa.

* * *

Era un bosque. Los árboles, como imágenes en un sueño, cruzan sus follajes grisáceos determinando un remanso de sombra. Hay una melodía en el aire casi una canción, casi un poema al cual faltasen todas las palabras.

Entre los troncos, a segundos, aparecen muchachas vaporosamente blancas que se asoman solo para esconderse luego, tímidas. Pero ya una se ha aventurado y se adentra en el remanso umbroso. Otras la siguen y, enlazando sus manos, contornean una ronda.

Silencio. A lo lejos un arpa desgrana dos o tres notas. Vibran en la quietud, transfórmanse en quietud. Y es nuevamente el silencio.

Un lento murmurar de violines semeja una brisa y junto a la melodía avanza por el sendero una ilusión. Toda ella es un canto, una voz, sus movimientos armoniosos que dibujan el espacio. Hay algo en aquellos brazos que hace enmudecer y esas manos, en cambio, imágenes de otras manos nunca antes vistas, parecen hablarse, murmurar algo, frases que vierten en el tiempo y en el aire. Una nube se ha quedado prendida a su cuerpo y sobre su cabeza reposa una diminuta corona de plata.

Ya las otras muchachas se han arremolinado en torno a ella y juegan, ríen en silencio o se persiguen a través de los árboles, desapareciendo.

Ha quedado sola. Tres cornos repiten la misma nota en diferentes tonalidades y a destiempo. Son las flautas ahora las que trenzan su arpeggio a las arpas y a los violines. Hay un momento de indecisión; pero luego la melodía se dibuja tremolante.

Los brazos se estremecen en un movimiento casi imperceptible y luego comienzan a alzarse, aleteando, haciéndose melodía ellos también e incorporándose al ritmo como otros dos arpeggios.

Son las piernas ahora las que se desperezan. El pie juega sobre el suelo, palpa, busca. Y el brazo baja y revolotea sobre él, una mariposa sobre una flor.

Pero en el instante que la música brota plena, los brazos se abren como alas y, en un impulso de vida, surge el cuerpo y vuela a través del espacio.

Los pies apenas si tocan el suelo, parecen diseñar, limitando, toda la amplitud. Hay mil expresiones en el rostro, en el cuello, en las manos. Hay voces que nacen del aire, roces y susurros, toda una sinfonía. Tan pronto es aquí, tan pronto allá, con la liviandad de un pétalo, atravesar el aire, hacerse aire y nada, para luego resurgir allí, muy cerca o quizás lejos, lejos, al fondo del sendero, toda belleza y vida.

Era el vértigo y el ansia del vértigo. Sentirse atraído y desear esa sensación. Todo un tiempo de dicha realizada.

Ya volvían las otras muchachas. Y eran solo sombras junto a esta. Pues hay una luz en ella: brota a través de sus pupilas, se malgasta por sus manos, por sus pies que la transforman en círculos y trazos. Hay luz en ella

Pronto, pronto. La melodía va *in crescendo* y hay un acorde y otro y otro. Luego es el silencio.

Y cuando Damián miró a su sobrina, vio que tenía los ojos cerrados y dos pesadas lágrimas deslizábanse por sus mejillas.

* * *

—¿Quieres conocer a Tamara? —la voz del padrino llegó hasta ella a través de los aplausos y gritos.

—¿Cómo?

—El portero es amigo mío. Él podría llevarnos...

—Pero... pero...

—Tiene que ser ahora. Así alcanzarás a verla sola. Luego se inunda el camarín de personas que viene a pedir autógrafos y retratos. Vamos...

Mientras seguía a su tío, Juana tuvo tiempo de hacerse varias preguntas. Acaso... ¿acaso era verdad? Todo esto... casi un sueño y luego poder estar junto a Tamara, escuchar su voz. Pero ¿Tamara poseía acaso una voz? Ella era aire, un ser nacido del aire. A Juana nunca se le ocurrió pensar que la bailarina tuviese piel o venas o sangre que corriese por ellas. Entonces ¿habría una voz para expresar lo que sentía? ¿No era el movimiento suficiente? Nunca pensó que Tamara hablase. No le era necesario: sus ojos, sus gestos explicaban los porqué y los cómo. Mas aun aquellas manos. Ellas sí conocían una voz. Y era el eterno diálogo entre ambas.

—Dígame, padrino, Tamara... la señora bailarina quiero decir...

—¿Sí?

Pero Juana no completó su frase. Tío Damián no volvió a insistir, pues en aquel instante veía a su amigo.

—¡Hola, Pedro!

—¡Damián! Tú por acá...

—Sí. Te dije que algún día vendría...

—Comprendo. No hay quien resista la atracción de Tamara, eh...

—¡Ah! No, no es por ella. Quise traer a mi ahijada... saluda, Juanita... ella sí que está loca por Tamara. Dime, Pedro... ¿es posible que la lleves donde ella?

—Hoy... hoy no es un buen día ¿sabes? Está cansada, irritada. Creo que no recibirá al público.

—No importa que no le hable, sólo que la vea de cerca... —luego agregó en un murmullo—: Es su cumpleaños.

Aquello fue decisivo. Pedro tomó a la niña por la mano y dijo a su amigo:

—Espérame aquí. Es mejor.

Atravesaron largos corredores oscuros donde se amontonaban cajas y trozos de decorados. Una que otra lamparilla iluminaba el camino, presentando a los pasadizos un ambiente de misterio y recogimiento. De pronto llegaron al prosenio. Juana se vio rodeada por todos esos árboles; pero aquí... más próximos, no eran tan hermosos.

—Este es el bosque que viste recién —exclamó Pedro por decir algo.

Varios hombres desclavaban los árboles, transportándolos luego a una de las paredes donde permanecían en hileras. ¡Y Juana que los imaginó hundiendo raíces!

Aquel debía ser el telón. ¿Cómo? Ella lo había visto todo rojo y oro... y ahora era de un color gris y lleno de parches.

Pero atravesaron el escenario, siguieron avanzando por otros corredores, hasta llegar a un espacio cuadrangular alrededor del cual se alineaban numerosas puertas.

—Ahí está Tamara —exclamó el hombre señalando un grupo que se había reunido en el centro de aquel espacio.

Juana reconoció a Tamara. La bailarina conservaba aún el traje blanco y la niña pensó en todos aquellos retratos colgados en la pared del desván. Ciertamente que esos ojos sombríos que vio durante la representación desaparecían ahora bajo una pomada azulosa. Pero era la misma Tamara, su Tamara. Respirar junto a ella era palpar la dicha. Golpeaba en las sienes y en los pulsos. No habló. Más que eso, no escuchó nada, como si su atención se hubiese acumulado en sus pupilas y solo pudiera mirar, mirar todo aquello que ni siquiera había soñado.

Mas algo... algo rompía su ensoñación.

Una voz. Frases, palabras dispersas. Una voz monocorde y desagradablemente aguda, parecida a la de su tía Sara:

—Esto no lo puedo soportar... Es inconcebible. A mí, a Tamara...

Tamara... ¿Era aquella su voz? ¡No! no Dios mío. Mas veía moverse los labios de la bailarina y al unísono escuchaba esa voz. Ambas sensaciones sumaban una realidad. Pero no. Dios mío no, no puede ser, no tiene que ser...

Y, sin embargo, era. Juana creyó sentir que derribaban algo en torno suyo, o quizás más próximo, quizás dentro de ella.

—La orquesta es infame... son todos unas bestias, ni un instrumento está medianamente afinado. Y luego cada uno toca por su cuenta. Cómo pretender que los siga. Son animales, cerdos, eso es lo que son.

Animales... cerdos... ¡cómo ensuciaban sus labios aquellas palabras!

—Pero... —trató de intervenir un señor gordo y calvo.

—No hay peros. Esto es una porquería.

—Pero el público aplaude.

Las voces se acallaron de pronto. Tamara avanzó hacia el hombre; este retrocedió un poco asustado. Pero la voz de la bailarina, casi un grito ahora, lo inmovilizó.

—¿Qué dice? Que aplauden... ¿Cómo no han de aplaudir? Es Tamara la que baila, Tamara.

—Por supuesto.

—¡Ignorantes, estúpidos! Cancelaré mi contrato inmediatamente.

—Pero, madame, contrataré otra orquesta, haré ensayos. Todo, todo lo que usted quiera.

—Si fuera solo la orquesta. Pero, mire... mire este cuerpo de baile —gritó señalando dos o tres bailarinas que la rodeaban y que al sentirse aludidas se alejaron presurosas—. Mírelas usted... Ni siquiera saben caminar y pretenden hacerlas bailar. Todo esto es una porquería, nada más que una porquería...

Y luego añadió el toque definitivo:

—Naturalmente, uno que vive en zonas de espíritu, no debería tener que preocuparse de todas estas cosas. Uno es espíritu, aire.

Al escuchar esta palabra Juana se sobresaltó. Había dicho “aire” y por la forma como lo expresó, la niña supo que no provenía de él como siempre creyó, sino que había nacido... como ella misma, como todos.

A lo lejos, alguien afinaba un cello y las notas se diseñaban como otros tantos puñales.

—Es mejor que no nos acerquemos— expresó el hombre.

—No quiero acercarme.

Y, ahogando un sollozo, Juana echó a correr hacia fuera.

¡Pensar! Aquella era Tamara, su Tamara. Nacida del aire, en pleno aire imaginó antes y ahora... Era demasiado horrible.

Entonces... ¿qué restaba por hacer? Había como un vacío a su alrededor. Buscaba una razón sin poder hallarla. Tamara saturó en demasía todas sus horas. Y hoy...

—¿Y? —preguntó su tío cuando Juana estuvo junto a él— ¿La viste?

—Sí.

—¿Qué te pareció?

No hubo respuesta. Algo la obsesionaba, arrastrándola casi. Algo como un inmenso pensamiento. Porque ahora sabía que desde este instante faltaría siempre ese primer pulso en ella.

El primer complot

- 1950 -

Todo comenzó aquel día que rieron durante la clase. Ciertamente que no era gran pecado: cualquiera se hubiese reído. Pero ante los ojos de la señorita Justina, el hecho adquiría graves contornos; aun más, cuando sin confesar su dolor, tuvo que darse cuenta de que era de ella solamente de ella! que esos muchachos se reían...

No era de sus frases ni de la entonación de su voz ni de algún acento característico. Ella no había hablado desde que penetró en la sala. Así tuvo que aceptar finalmente que era su presencia la que despertaba esas risas. Repito que no era un gran pecado, y para convencerlos, miradla: alta, demasiado alta y demasiado delgada; un algo de pájaro extranjero en la actitud, como un avestruz nacida en un corral de gallinas, toda ella desproporcionada y fuera de lugar. Aquella era la impresión que se obtenía a primera vista; pero si la detallamos, se verán muchos otros rasgos, tanto más característicos cuanto más curiosos: sobre la nuca, una súbita florecencia de crespos de un color incierto, todos atados y dispuestos en la forma de una coronita; más abajo, unos ojuelos vivaces, por siempre en movimiento, inquisidores; la nariz, su rasgo más próximo al pájaro, huesuda y rectamente prolongada, luego una boca sin carácter y un mentón que no se halla. El cuello es, por sí solo, toda Justina: muy largo e indiscreto, incrustado de relieves que semejan cuerdas, tendidas a ratos, flojas a otros y todas mantenidas en posición por una cinta negra que se anuda en torno. Es en el cuello donde resalta con mayor evidencia la avanzada edad de la profesora, pues los otros rasgos se han quedado detenidos en el tiempo. Solo diremos que sus hombros son estrechos y que el resto del cuerpo ha olvidado el nombre de sus diferentes porciones desde hace ya muchos, muchos años y lo que estos no han alcanzado a borrar, lo logran todos esos chales y pliegues y cintas dispuestos con una coquetería de solterona. Por último, sus faldas son muy largas y estrechas, tan largas que llegan casi a los tobillos, dejando ver a penas unos zapatos de charol muy brillantes y de taco relativamente alto. Tendríamos su retrato exacto si agregamos que ese día, toda su tenida se armonizaba en diferentes tonos de verde, desde aquel que linda con el amarillo hasta el turquesa más insultante.

En realidad nadie podía enojarse con esos pobres niños. Ni aun con

aquel que exclamó: "Llegó la cacatúa", demostrando así poseer un alerta espíritu de síntesis. Pero la señorita Justina se enojó. Era esa furia que brotaba en ella cuando se sabía comentada, herida por las risas. Eligió entre esos rostros sonrientes, los tres que le parecieron más atrevidos y los hizo comparecer ante los otros:

—Esto ya es demasiado —exclamó—. Este curso es el que tiene la peor conducta en todo el colegio. Ya estoy cansada de quejarme al rector, desde ahora seré yo quien haga mi propia justicia. Ustedes tres se quedarán castigados después de clase.

—Pero, seño...

—Se quedarán castigados después de clase.

Volvieron a sus puestos la cabeza baja; pero en el fondo no tan miserables, pues aun restaba algo de la alegría que despertara en ellos la presencia de la señorita Justina. Mas, durante el recreo, mientras sus compañeros contaban a alumnos de otros cursos la incidencia, los tres trataron en vano de incorporarse a la algarazara general. Ya no estaban tan contentos. El castigo se hacía más real ahora y, por lo tanto, más angustioso. "Dos horas", se decía uno. "¿Qué no podría hacer en dos horas?", y otro se lamentaba: "Y justamente esta tarde que mi mamá me iba a llevar a esa juguetería...". No obstante las palabras de sus compañeros los alentaron. Los nombraban repetidamente en el relato, prestándoles caracteres de héroes del curso. Y ellos sintiéronse muy valientes y muy necesarios.

Otra cosa fue cuando sonó la última campana del día y que todos, algunos con rapidez, otros con ávida precipitación, abandonaron la escuela. Pronto los tres muchachos quedaron solos... y se vieron tan abandonados. Se miraron unos a otros y sonrieron para infundirse ánimo, diciéndose: "No es para tanto. Solo dos horas. Nos divertiremos mucho". Pero no se divertían. Ni siquiera hablaban, nada... Sentáronse en sus propios bancos y tuvieron la sensación de ser un poco criminales en esa soledad y ese silencio que los rodeaba.

Pronto llegó la señorita Justina y, subiendo a la tarima donde estaba su escritorio, les dijo:

—Ya he hablado con sus madres. Vendrán a buscarlos más tarde. Voy a repartir estas hojas —continuó al mismo tiempo que tomaba un alto de papeles— y ustedes deberán escribir doscientas veces la frase siguiente...

Un murmullo confundido recorrió los tres alumnos.

—¡Doscientas! —rezongó uno entre dientes para que pareciese que había sido otro el que hablaba.

—Sí —exclamó la señorita Justina—. Doscientas veces. Y... es poco, la ofensa merece... Pero no voy a discutir con ustedes. No tienen más que portarse bien. La frase es la siguiente: "No debo reírme por cualquier cosa durante

mi clase de historia, coma –gritó con su voz aguda– ni durante ninguna otra clase... punto”.

–¡Uff! –resopló uno.

–¿Eso es todo? –preguntó otro con ánimo irónico.

La señorita Justina lo inmovilizó con su mirada. Inmediatamente los muchachos comenzaron a trabajar, pues vieron que era inútil toda protesta. Al principio se oyó el raspar de las plumas a gran velocidad sobre el papel; pero poco a poco el entusiasmo decrecía... Hasta llegó a escucharse ese moscardón que revoloteaba junto a los cristales. La profesora pareció retornar de una ensoñación en la cual se había embarcado. Miró a los tres muchachos y, no sabía por qué, algo de ternura la inundó. Por un momento, sólo por un momento, creyó ser madre de esos niños, ansió llamarlos, instarlos a que se acercasen a ella y hundiesen sus cabecitas en su falda, para poder así acariciar esos cabellos que presentía tan suaves. Luego quiso decirles que no trabajaran más, que ella no quería castigarlos, que no sabía por qué lo había hecho, que corrieran a sus casas, rápido, rápido... Pero en cambio exclamó:

–¿Qué les sucede? ¿Por qué se detienen? No saldrán de aquí hasta que no hayan terminado esas líneas...

La tarde moría afuera. Las sombras lentamente se pegaban a los cristales, diluían contornos, construyendo la noche. Así con la misma lentitud que nacía esa oscuridad, fue brotando en el corazón de esos tres niños, el odio. Al comienzo no lo notaron; pero luego sintieron que las plumas se hundían con más fuerza en el papel, que las letras se diseñaban con rabia, que todas esas “s” semejabán espadas prestas a atacar. El sentimiento surgió simultáneamente en ellos y fue desarrollándose, adquiriendo cuerpo y potencia, hasta inundarlos.

De súbito, al alzar sus ojos, la señorita Justina vio ante ella esos tres rostros cuya expresión, aun cuando no la pudo definir, la atemorizó.

–¿Han concluido? –atinó a preguntar.

Pero ellos no respondieron. Nuevamente las manos dibujaron sobre el papel todas esas letras que llegaban a hacerse mecánicas. Una hora se escurreó lenta, muy lenta. De la tristeza los niños habían pasado a la rabia y de esta al odio, un odio inmenso, casi primitivo, con ese algo de salvaje que poseen los sentimientos de los niños.

Casi al unísono, los tres muchachos entregaron sus papeles y pidieron permiso para retirarse.

–Buenas noches –murmuró la señorita Justina, conciliadora.

No hubo respuesta y la mujer se sintió confundida, tal vez culpable.

Una vez fuera, se atropellaron para hablar:

–Debemos hacer algo...

-Esto ha sido demasiado.

-Debemos vengarnos...

-¿Vengarnos?

-Sí, vengarnos de la señorita Justina...

-La odio.

- ...de la señorita Justina y de todos, de todos.

Se supieron impotentes, llenos de aquel odio que los roía y, juro, que si hubiesen tenido una tea llameante a mano, hubieran prendido fuego al edificio.

Las madres, como tres símbolos de severidad, esperaban en el patio. Las cejas juntas, las manos cruzadas en la falda.

-Piensen algo -murmuró uno al separarse-. Algo que podamos hacer.

-Sí, sí, pensaremos.

* * *

Al día siguiente, se volvieron a encontrar. Cada uno calló el castigo que había padecido en casa, diciendo en cambio que su madre a penas si lo había reprendido. Era extraño... pero ahora que mediaba toda una noche, las cosas se miraban en otra forma. Ese odio había decrecido y el incidente se recordaba casi, casi con nostalgia. Claro es que no habían desarrollado, de la noche a la mañana, un súbito cariño para con la señorita Justina, lejos de eso; pero ya no la contemplaban con odio sino con la actitud diaria, ese desagrado un poco temeroso que inspiraba su presencia. Mas ninguno quiso confesar esto y los tres comenzaron a exponer sus proyectos.

Con las horas, el plan adquirió contornos decisivos. Harían volar el colegio. Sí, por los menos una parte, aquella situada bajo el escritorio de la señorita Justina.

Una vez que se produjo acuerdo sobre la idea central, procedieron a resolver los detalles. Primero había que tener una bomba.

-Eso es muy fácil -opinó el más entendido.

-¿Cómo? -preguntaron los otros.

Antes de responder, el poseedor del secreto se dio importancia. Arreglóse la corbata y al mismo tiempo que se alisaba el pelo, guiñó un ojo indicando misterio. Cuando volvió a hablar, lo hizo en un murmullo:

-Es fácil. Cada uno comprará algunos petardos y mañana los juntaremos todos...

-¿Pero?

-Momento. Desharemos estos petardos y echaré la pólvora de todos ellos en una caja especial que tengo en casa. Luego arreglaremos una mecha...

-¡Magnífico!

—Ni una palabra —recomendó el de la idea y volvió a guiñar un ojo.

—Pero... ¿y dónde colocaremos la bomba?

—Sí. ¿Dónde la colocaremos? —siempre había uno que repetía las preguntas, convenciendo a los otros de que era él el que primero las enunciaba.

El ingenioso volvió a tomar la palabra, explicando que en el edificio existía un espacio...

—Entre el suelo y el piso —dijo—. Es estrecho; pero uno de nosotros puede deslizarse por él, penetrando antes por una de esas ventanitas...

Referíase a unas ventanas a ras de suelo que se utilizaban para la ventilación. Y, justamente, junto a una de ellas estaba el escritorio de la señorita Justina.

Durante el resto del día no se volvieron a juntar. “Hay que evitar toda sospecha”, recomendó uno. Pero no por eso dejaron de hacerse algunos signos discretos, tocecitas dibujábanse de vez en cuando durante las clases con rasgos de misterio. Sin todos estos artificios, el juego no habría sido tan entretenido.

* * *

La bomba fue fabricada esa misma tarde. Uno de ellos había invitado a su casa a los otros dos. Inconscientemente, al mezclar la pólvora, al cerrar con cerote la caja, al introducir la mecha, iban copiando los gestos que hacían sus madres al preparar una torta.

Cuando alguien penetraba a la habitación donde trabajaban, escondían rápidamente todos los utensilios, pretendiendo que jugaban a otra cosa. En esos momentos, alguno siempre comenzaba a silbar.

Tarde ya, cuando era hora de despedirse, finalizó la fabricación. Entonces dos de ellos repartieron en sus bolsones los libros del tercero, para que así este pudiera introducir la bomba en el colegio sin llamar la atención. Luego se separaron con un cabalístico:

—Mañana, en el recreo de las once.

* * *

El recreo de las once era una especie de batalla campal entre los distintos cursos. Después de dos horas de inactividad física, los muchachos descargaban sus nervios lanzándose todo lo que estuviera a mano. A veces eran esos trapos embebidos en tiza que servían para limpiar las pizarras, a veces piedras o tinteros... o cualquier cosa. Lo cierto es que durante los veinte minutos que duraba el recreo, era muy peligroso adentrarse en esos patios arremolinados. Los profesores, ya un poco cansados, se retiraban a sus salas. Preferían cerrar un poco los ojos en vez de gritar tanto.

A causa de esto, a los tres compañeros no les fue difícil pasar desapercibidos en su actitud extraña y, sobre todo, en compañía de esa bomba que de por sí era llamativa. Pero para arribar a su meta, tenían que atravesar el “patio de los grandes”, esto es, donde los alumnos de los cursos superiores paseaban durante el recreo. Temían los muchachos que algo sucediera al intentar cruzarlo y así aconteció en realidad. Dos “grandes” les interceptaron el camino y uno de ellos exclamó:

—¿Qué llevan ahí? ¿Algo que se come?

—Esteee... no, señor.

Ya alargaba la mano para tomar la caja donde guardaban la bomba cuando otro “grande” se unió al grupo y preguntó:

—¿Alguno de ustedes tiene una hermana?

—¡Oh! sí, señor —contestó uno y fue como si lo alivianaran de un gran peso—. Yo tengo una hermana.

—Aha. ¿Y qué edad tiene?, interrogó otro.

—Dieciséis años.

—¡Señor! —agregó el grande, pegándole en la cabeza como para recordarle.

—Dieciséis años, señor —corrigió este, zalamero.

—Y... ¿y cómo es? ¿Tienes algún retrato?

—Sí, sí. Aquí tengo uno.

Los otros dos niños que conocían a la hermana de su amigo y que además poseían un sentido estético más desarrollado, trataron de detener esto que presentían rotundo; pero ya el otro le entregaba el retrato a uno de los “grandes”. El silbido admirativo que de antemano esbozaron los labios de este, se trocó de pronto en un gesto de disgusto cuando contempló el retrato y solo atinó a ordenar:

—¡Castigado a su sala durante el resto del recreo!

—Pero... ¿por qué?

—Por tener una hermana tan fea.

—Pero...

—¡Silencio!

Fue el momento que aprovecharon los tres niños para huir por el corredor. Los otros los persiguieron durante un trecho; pero luego, aburriéndose, abandonaron la persecución.

—Apurémonos —exclamó uno apareciendo de un oscuro rincón donde se había guarecido — la campana ya va a tocar.

En efecto, apenas si llegaron a su destino, irrumpió la campana.

—¡La campana!

—Hay que activarse —exclamó otro—. Debemos llevar a cabo nuestro plan antes de la segunda campana.

El reglamento del colegio estipulaba que, con el primer toque de campana, los alumnos volvieran a sus salas de clase y ahí esperarían la llegada del profesor que coincidía con el segundo repique. En esos minutos limitados por ambos tañidos, los profesores permanecían en sus escritorios; por lo tanto, los muchachos estaban seguros de hallar a la señorita Justina en el sitio planeado.

Rápidamente los niños comenzaron a trabajar. Uno de ellos se introdujo por el ventanuco y, reptando, colocó la bomba en un lugar sobre el cual era muy probable que se encontrase la silla y el escritorio de la profesora. Al estar de nuevo junto a sus compañeros, vio que la mecha era demasiado corta y que, desde el exterior, era casi imposible encenderla. Como el introducirse al agujero, atracar un fósforo encendido a la mecha y luego salir con presura, presentaba ciertos riesgos, decidieron —y en todo esto apenas si se escurrió un minuto— alargar la mecha.

Al instante, uno introdujo su mano al bolsillo, sacándola luego repleta de todas esas menudencias que los niños siempre guardan y que tarde o temprano, vienen a prestar ayuda: tres bolas de vidrio, un pedazo de pan, dos o tres papeles plateados y un cáñamo que fue el que entregó a su amigo. Este se introdujo por segunda vez a través de la pequeña ventana y en un instante lo hubo añadido y la bomba estuvo pronta.

Si todos los otros tramos se llevaron a cabo con precipitación, el encender el explosivo revistió la lentitud de un ritual. El fósforo chasqueó explotando luego en una burbuja de luz. Los tres muchachos alzaron los ojos hacia él —sus rostros se hicieron duros, casi místicos— y entonces siguieron los movimientos de esa mano coronada de fuego que, describiendo una órbita, se aproximó a la mecha. Lentamente, el fuego fue avanzando por el cáñamo hasta desaparecer en la oscuridad que remaba más allá de la ventana. Los niños se miraron como asustados y ninguno supo decir algo... Pero en aquel instante respondió la explosión. Su fuerza fue mayor de lo que ellos pudieron imaginar y el inmenso sonido se perdió a través de los corredores, serpenteando ecos. La segunda campana vibró entonces, la campana y las carcajadas de los amigos que se elevaron en espirales, deshaciendo todo aquel humo, yendo hacia la luz.

—Vamos, vamos a ver a la señorita Justina.

—Sí, sí. Inmenso susto se habrá llevado.

—¡Ja! ¡Ja!

—Vamos... vamos pronto.

Los tres corrieron hacia el interior del edificio. Allí reinaba gran confusión. Los maestros escapaban por los corredores, bandas de chiquillos planeaban a las voces de: “Nos atacan... inos atacan! Los enemigos nos atacan”. Y todos reían mucho. Solo los alumnos mayores pesaban la situación y con una expresión de temor en el rostro, vagaban sin saber qué hacer.

—¿Qué ha sucedido?

—¿De dónde?

—¿Qué produjo esa explosión?

Los muchachos seguían corriendo entre todas esas interrogantes. Y algo de triunfo había en ellos, sentíanse llenos de poder y autoridad. Pero al llegar a la sala de la señorita Justina, detuviéronse de súbito en el umbral, como quien retrocede ante un precipicio. La explosión había abierto un inmenso boquete en el centro de la habitación, a dos pasos de donde se hallaba el escritorio, y de él brotaba un humo espeso. Tan impenetrable era que al comienzo no les permitió ver lo que había sucedido; pero luego fueron distinguiendo la silueta de la profesora en un rincón. Estaba de pie, como cobijándose contra los muros. Una palidez enfermiza deshacía sus rasgos, de los cuales solo sus labios eran visibles por el temblor de que estaban presos. Sus manos palpaban el vestido verde todo manchado de tinta, como sin comprender.

Las sonrisas heláronse en los rostros de los niños. No se miraron, no se oyó un murmullo. Pero de súbito, los tres corrieron hacia la profesora y se abrazaron a su falda, sollozando. La mujer los cubrió con sus brazos y, entonces, comenzó a llorar dulcemente.

Las sombras

- 1950 -

Aquel rincón era el cuartel. Casi escondido por los techos que se cruzaban sobre él impidiendo el paso a la luz, se ensanchaba luego en una especie de agujero cavado en el muro. A las paredes húmedas se pegaban las telarañas y en las noches, cuando algún rayo de luna escurriase entre las tejas, el rincón se iluminaba de pronto, haciendo titilar las sedas. Entonces, adquiriría un carácter extraño: las gotas de agua provenientes de filtraciones cuajaban los muros con reflejos de diamante y nadie se habría sorprendido al hallar un cofre repleto de perlas y topacios allí. Sin embargo, durante el día, el sol no se filtraba entre rendijas y si lo hacía era solo para mostrar con mayor claridad lo sórdido del lugar.

Daniel capitaneaba la pandilla. Él mismo había escogido aquel rincón como cuartel y al hacerlo quiso tener un escondite donde se pudiese llegar prontamente conociendo el camino; donde a los enemigos les fuera difícil encontrarlos y donde pudiesen estar a salvo de la no tan importante, pero ¡ay! tanto más peligrosa persecución de sus madres.

Por lo menos una vez al día se reunía la banda de Daniel para discutir o planear futuros combates.

Eran ocho miembros. Sucios, un mechón tieso cayendo sobre el ojo derecho, parecían todos tallados a partir de un mismo molde. Sus reacciones eran idénticas también: aceptaban, sin críticas, las decisiones que tomara Daniel. Era este el único requisito exigido. Con el capitán no se podía, no se debía discutir. Pedro atestiguaba esto último. Una vez, solo una vez osó interponer su opinión y en aquel momento comprendió cuánta fuerza puede existir en unos puños.

Daniel se impuso desde un comienzo. Su mirada poseía una misteriosa dominancia y la forma de impartir las órdenes prestaba a su personalidad algo de altanero y vehemente. La seguridad de sí mismo parecía guiar sus actos, daba a sus palabras un matiz tal que era imposible desobedecerlas.

Mas, bajo este exterior de caudillo se escondía el verdadero Daniel. Sensible, tímido, contradictorio.

¿Con cuál de las dos personalidades surgiría Daniel, el hombre? Ambas lo llevaban tal vez hacia aquel diseño imborrable que vivía en él.

Daniel no era ajeno a todo esto y sentía ya la lucha que luego se desata-

ría. A veces, algo lo impulsaba a decir una palabra amable a su madre y sin saber por qué golpeaba luego a su hermano. Ciertas veces no respondía el saludo del almacenero. Un remordimiento lo perseguía hasta la noche. Iba entonces a casa de este y le rogaba lo disculpase. Cuando, perdonado ya, salía a la calle, se arrepentía de lo que acababa de hacer. Sentía rabia, odio. Tomando una piedra lanzábala contra una de las ventanas del almacén. Huía.

Sin embargo existía un ser ante el cual las dos personalidades de Daniel se mezclaban, haciéndose una. La timidez tomaba un carácter altanero; el orgullo, un tinte sumiso. Y el muchacho aparecía con su verdadero temperamento: inestable, indefinido aún.

Aquel ser era un gato. Su gato. Animal extraño... acaso esta reacción por parte de Daniel se debiera a la semejanza de caracteres. Y icosa curiosa! ante él, el muchacho era libre. Como si estuviese solo; pero una soledad en la cual se sentía comprendido.

Fluía del animal una majestuosidad inexplicable. En torno a él las cosas parecían más pequeñas. Su mirada displicente... la elasticidad de su paso... quizás. Lo cierto es que su sola presencia traducíase en seguridad. Mas ¿hasta dónde era verdadera? Un sentimiento -vergüenza, temor, timidez- lo dominaba. Escondíase al sentir la proximidad de las personas. Huía.

De esta afinidad surgió quizás el cariño que experimentaba para con el animal. No era sino un sentimiento condicionado por la sinceridad. El gato, por su parte, también lo quería. Pero a su modo: frío, silencioso, escurridizo. Daniel lo interpretaba como fidelidad, pues a sus inmensas pupilas no asomó jamás expresión alguna.

Hacía varios años que el animal le pertenecía. Era el botín de una de las primeras guerras callejeras y lo que al comienzo fue simplemente "masco-ta" de la banda, poco a poco transformóse en propiedad privada de Daniel. Nadie pensó siquiera en negarle el dominio. La idea de poseer algo influyó sobre el muchacho. Poder decir "mi" gato, sentir que era "suyo", despertó en él un sentimiento desconocido. Pareció encontrar de súbito una base, alzándose aún más sobre los otros.

Las reuniones de la pandilla se efectuaban en la mañana. "Por si había alguna novedad que comunicar", dispuso Daniel. Uno a uno iban reptando hacia el cuartel. Permanecían silenciosos. De vez en cuando, alguno bostezaba; pero todos estaban atentos a la llegada del capitán. No se sabía cómo este siempre era el último en aparecer. Al penetrar en el agujero no parecía que lo hiciese arrastrándose sobre su vientre sino de pie, sosteniendo en su mano algún cetro relumbrante. Para los otros muchachos los cajones se convertían en cortesanos y las basuras, en joyas. Todos abrían los ojos consternados y poniéndose de pie, saludaban:

–Buenos días, jefe.

Daniel contestaba con un corto movimiento de cabeza. Tras él, aparecía el gato.

–¿Qué hay de nuevo? –preguntaba Daniel, y entonces uno a uno iban contestando, en perfecto orden.

Cierto día, al llegar Daniel, reinaba gran agitación. Uno quiso hablar antes que él hiciera la pregunta de rigor; pero un “¡silencio!” del jefe lo hizo detenerse a tiempo.

Luego de las preliminares de ritual, Juan estalló:

–¿Sabes, Daniel? Ha llegado un circo.

–Lo sabía –mintió tranquilamente Daniel, mientras cien preguntas se atropellaban al borde de sus labios.

–¿Lo sabías? –repitió tristemente Juan.

–Sí.

Enmudecieron. Nadie se atrevía a interrumpir la quietud. Se adivinaba el golpeteo de los corazones. Por fin, Pedro preguntó:

–Y... ¿y no piensas ir?

–A menos que nos deslizáramos por debajo de la carpa durante la función...

–Bien sabes que eso es imposible –interrumpió Pedro– desde la última vez...

–... tienen todo vigilado– agregó un tercero.

Nuevamente callaron. Pesaba el silencio. Unos a otros se hacían señas como alentándose a decir algo; sin embargo nadie se atrevía a hablar. Daniel se enfureció:

–¡Bueno! y qué hay. ¿Por qué se quedan todos como una tropa de mujeres asustadas? ¿Por qué no dicen lo que ya han pensado?

–Nosotros... –comenzó Juan.

–Es decir, no todos –corrigió Gerardo y bajó los ojos.

–Nosotros... nosotros...

–¿Y qué? –gritó Daniel.

–Pensamos que hay un modo de conseguir...

–¿Cómo?

La voz de Pedro brotó desde la oscuridad. Hablaba rápidamente, sin respirar, sin detenerse:

–Vendiendo el gato. Bien sabes que en la Escuela pagan por ellos, los necesitan para unas pruebas...

–Cállate –cortó Daniel. Había palidecido y su mano temblorosa buscaba entre las sombras el cuerpo del animal.

–Pero Daniel –interpuso Juan– el animal nos per...

–Es mi gato.

—Sin embargo, lo obtuvimos entre todos —comentó Pedro. Una bofetada azotó su rostro. Daniel se había alzado. A mitad encogido, sostenía en sus manos el gato que se apelonaba con delicia. Una expresión extraña invadió su rostro. En sus ojos ardía el odio. Salvaje. Primitivo.

—¡Cobardes! —gritó— ¡cobardes! Entregar el animal así y porque sí— y ahora se dirigía a Pedro—. ¿No has pasado cerca de la Escuela, en las mañanas, cuando los doctores están haciendo sus experimentos... o qué sé yo cómo los llaman? ¿No has oído los aullidos que se escapan por las ventanas abiertas? ¿No has visto el humo que sale por la chimenea? Son gatos los que queman; gatos y perros y ratas. Han muerto de dolor. Dicen que a veces les cortan algo en el hocico para que no griten tanto y entonces se retuercen, se muerden ellos mismos. Se rasguñan... pero los dejan sufrir, los miran sufrir...

Enmudeció. Los muchachos permanecían como aturdidos en el rincón, de súbito oscuro e inhospitalario.

Daniel salió. Fuera, el sol lo azotó con fuerza. Apretando el gato contra su pecho, hasta sentir la tibieza del animal sobre su piel, echó a andar calle abajo.

Las casas tristes, grises. Charcos entre las piedras. Ah, aquellas paredes derruidas y sin embargo entre todo eso ¿qué era? Una sensación nueva, algo que nacía recién.

¡El circo! Ahí, en aquel pedazo de tierra donde apenas si se esbozaba lo verde. Reinaba una agitación cansada. Mientras algunos hombres desdoblaban la carpa, otros martilleaban sobre estacas que se hundían lentamente. Todo llevaba un ritmo en retardo. Aun aquellas mujeres que lavaban, perezosas. Solo los chiquillos revoloteaban como polillas.

Daniel soñaba. El gato se había deslizado hacia el suelo y huía por una callejuela.

Daniel soñaba. Algo extraño le hacía sentir una dicha desconocida. Como si mil luces se durmiesen en sus manos. Como si voces susurraran en torno a él... ronda alada...

La tierra ¿pero cómo? Se hacía súbitamente verde. Intensa. Y aquella carpa ¿de dónde? brotaba erizada de banderillas, aureolada con sartas de luces. Las mujeres —¡cuán hermosas eran!— abrían cofres fabulosos. Y dentro descubrían trajes magníficos. Relumbraban en la orgía de sus brillos y sus sedas. Recamados, cubiertos de pedrerías... y en sus reflejos había algo de la llama.

¡Mira! En ese rincón. Las jaulas todas de oro —sí, lo juro— dentro de las cuales se pasean animales extraños.

Los golpes eran más intensos. Uno, dos, tres. Un, dos, tres. Desgaraban aquel mundo. Y él no quería... No, no quería.

Se alejó.

No sabía por qué. Ni cómo. Era, simplemente. La resolución adquiría caracteres gigantescos. Iría al circo. Sí, estaba seguro. Debía ir.

Nuevamente eran esas casas chatas. La calle. Daniel luchaba contra la luz, buscaba aquella otra, falsa pero fascinante. Mas la realidad insistía. Una y otra vez.

Y ahí estaba su casa. Olía a tristeza.

En la pared, frente a la puerta, colgaba un calendario. La lámina representaba un circo: inmensa carpa erizada de banderolas y, rodeándola, jaulas que brillaban como si hubiesen sido de oro.

* * *

La tarde transcurría lenta. Daniel, sentado en unas gradas, la miraba entrar. Difícil... ¿Dónde conseguir el dinero? Él no tenía un céntimo. ¿Pedirlo a su madre?

Daniel presentía la escena.

—¿Para qué lo quieres?

—Para... este yo... es que el circo llegó y...

Los ojos de la madre. ¡Cómo les temía! En ellos los hechos se contraponían. Diseñábase una balanza perfecta: por una parte el momento; en la otra, los días que seguirían. Y se inclinaba, se inclinaba...

—No, Daniel, no es posible.

La certeza de que todo acontecería en esta forma lo hizo callar.

¿Y si juntasen el dinero necesario entre todos los miembros de la pandilla? Inútil. Todos estaban en idéntica condición. ¿Y... y si pidiesen una rebaja por ser tantos? No se la darían. Además en el caso que el empresario aceptase —¡en el caso!— con qué pagarían.

Y fue durante una hora aquel ritmo de altos y bajos.

Entonces pensó en su gato. No, rechazó la idea con espanto. No podía hacer "eso". Sin embargo, el animal... ¿se explicaría el porqué? ¿Comprendería acaso? ¡Ah! no. Era su gato. Lo quería... Mas debía ir. Ir. Ir. Ir. Ahogó el remordimiento. ¿Matarlo? No pensó siquiera. Dejar que solo cristalizara el deseo; aquella ansia que venía desnuda, plena, única.

Las sombras caían como manchas. Estampaban la calle de charcos sombríos. El sol aún persistía en ciertos trechos y era al pasar por ellos que Daniel sentía insinuarse algo dentro de él; pero... al entrar en aquellas zonas de oscuridad, todo desaparecía. Y era entonces la impetuosidad del deseo.

En el cuartel lo esperaban sus compañeros. Todos estaban tristes. Cuando entró Daniel cesaron algunas murmuraciones.

—¿Han visto mi gato? —preguntó.

Una esperanza iluminó los rostros.

—¿Lo vas a llevar a la Escuela?

—Les pregunto si lo han visto.

Un “no” silencioso se desparramó sobre las paredes.

—Entonces ayúdenme a buscarlo. Iremos esta noche.

La búsqueda comenzó al momento. Entre los muros, en los rincones más sombríos, en grietas y pozos, los muchachos se deslizaban con elasticidad. Ellos mismos parecían ocho gatos, y sus pupilas traspasaban la oscuridad, palpando casi.

Daniel sentía una pesantez en el pecho. Sus movimientos eran torpes. Ciertamente que la oscuridad amortiguaba sus pensamientos. Así, vacío, proseguía. Por fin, al fondo de un corredor, Daniel divisó la silueta del gato. Estaba arrinconado como si presintiera algo de lo que iba a suceder. Sus ojos lanzaban extrañas fosforescencias. Daniel se detuvo un instante. No se atrevió a hablar, no osaba respirar casi. Sus manos cayeron sobre el cuerpo sedoso y su movimiento fue involuntario, como obedeciendo a algún mandato ajeno a él mismo. El animal maulló.

—Pedro, Juan... —gritó Daniel— pronto... vengan...

—¿Dónde? —contestó una voz lejana.

—Aquí... aquí en el Corredor Negro.

En pocos momentos acudieron los otros muchachos y rodearon a Daniel. El gato se revolvía ahora entre las manos de su amo, rasguñándolo. Tenía un mirar de espanto y de su garganta brotaban maullidos ásperos.

—Toma, aquí hay un saco —exclamó uno.

Daniel tuvo un gesto de arrepentimiento. El gato trató de escapar; pero Pedro, tomándolo del cuello, lo arrojó dentro del saco.

* * *

Era curioso aquel grupo de muchachos. Iban cabizbajos. Sobre ellos gravitaba la tristeza. Daniel los precedía, llevando sobre su espalda el saco que se agitaba con rasgos macabros. Finalmente llegaron a la puerta del edificio, pero solo penetró Daniel. Recorrió los pasadizos grises —tan grises— donde las sombras avanzaban entre las columnas. Cada uno de sus pasos resonaba estrepitosamente. Lo herían.

Sentía cómo las patas del animal se hundían en su espalda. Parecía implorar. Por un momento dudó. Pero no, no debía pensar. Allá, al fondo, divisaba la oscuridad, un remanso. ¡Ah! hundirse en ella.

Esta era la puerta. Vidrios grises como espejos desvaídos y allí, coronándola, una placa con grandes letras azules. Golpeó. Los minutos caían sobre él con lentitud. Golpeó nuevamente. A su alrededor todo era simétrico, gris, triste. Cada arco, cada columna se compensaba con otra igual.

De pronto, decidió irse. Sí, se llevaría el animal lejos, muy lejos... Ya no importaba no ir al circo. Nada importaba sino tenerlo.

Algunos rayos de aquel sol que moría en el horizonte, rasgaban las nubes tiñéndolas de rojo. Y eran como senderos que se formaban en el cielo.

Daniel apretó el saco contra su pecho. Mío, mío, se repitió varias veces. Pero en ese momento la puerta se abrió. Tintinearón los cristales, algo de luz hirió los espejos muertos y entre ellos apareció Enrique.

Daniel lo conocía ya, y compartía con otros el espanto que producía el aspecto bestial de aquel hombre: chato más bien que bajo, los ojos se adivinaban brillantes a través de pelos y arrugas. Cojeaba al andar, los brazos parecían querer atrapar los tobillos, tan largos eran, y en sus manos se encontraban siempre rastros de sangre.

—¿Qué quieres? —preguntó; pero luego al ver el saco, sus rasgos se contrajeron en lo que podía ser una sonrisa. —¿Traes un gato? El doctor estaba pidiendo uno y no había. Dámelo... —se lo arrebató—. Espera aquí...

Daniel no había despegado los labios. Miraba ante él como perdido. Un cansancio inmenso lo invadía. La tarde, fuera, luchaba en vano.

Un ladrido desgarrador lo sobresaltó de súbito. Varios maullidos respondieron. Eran tímidos, con la suavidad de quejas. A ellos se unieron otros gritos, intermitentes, nerviosos o desesperados. Daniel se tapó los oídos con sus manos. ¡No, eso no! Mas los sonidos parecían filtrarse entre sus dedos. Poco a poco comenzó a distinguir contornos dentro de la pieza. Jaulas, hileras de jaulas dispuestas simétricamente y con horror vio animales dentro de ellas: ratas, gatos, algunos conejos. Los vio removerse, debatirse, mientras otros permanecían inmóviles, como vencidos. Daniel se sintió débil y por un momento pensó que iba a vomitar. Se dio vuelta rápidamente buscando aquellas sombras que arrojaba el muro de piedra.

Empujándolo hacia un lado, un muchacho penetró en el laboratorio.

—¡Enrique! —gritó.

—¿Qué hay? preguntó este apareciendo de pronto.

—Es el doctor... Quiere un trozo de hígado. Para una preparación. Rápido. Enrique rezongó por lo bajo. Se movía con lentitud, arrastrando los pies.

—Pronto —repitió el otro.

—No apures tanto —se exasperó Enrique— ¡Ah! Y dile al doctor que ya conseguí un gato...

—No, hoy ya no es necesario. Me encargó decirte que lo tuvieras pronto mañana a primera hora.

—Siempre apurando —comenzó Enrique...

Abrió luego una de las jaulas. Sus movimientos eran parsimoniosos y exasperantes. Sacó de ella un gato pardo.

—Este servirá —comentó consigo mismo—. Lo acaban de coser. Haré el tajo por la misma herida.

El animal se debatía entre sus manos. Enrique se enfureció y lanzando dos o tres palabras entre dientes, le aplicó varios golpes. El gato se abandonó entonces sin resistencia.

—Ayúdame aquí —dijo al otro— sujétale las patas.

Enrique empuñó un bisturí y lentamente, como si extrajera algún goce de aquella operación, abrió el vientre del animal. Este se retorció al sentir en su carne, sensible aún, el paso de aquel filo. No maullaba, mas en sus ojos se acumulaba ese sufrimiento y espanto.

—Ya está.

Separó luego los bordes de la herida e introdujo su mano entre las vísceras. Durante algunos instantes, hurgó. El hocico del animal se abría; pero de él no brotaba ningún sonido. Había algo de macabro en este grito mudo. Finalmente, Enrique extrajo una masa sanguinolenta que resbalaba entre sus dedos.

Rió:

—No lo podía encontrar. Tiene tal enredo dentro.

Siempre con el bisturí, cortó una lonja del órgano. El gato se encogió súbitamente... trató de huir; mas un golpe de Enrique lo inmovilizó.

—Toma —dijo al otro, entregándole el trozo. Luego, alzando el animal por las patas, lo arrojó a un canasto.

Daniel cayó sobre sus rodillas y, al escuchar el golpe, el hombre se dio vuelta.

—Ah... Eres tú —rió— Me había olvidado. ¿Qué te sucede? Nunca has visto estas cosas ¿eh? Espera, ya vuelvo. Daniel apenas si escuchó las palabras. Parecían venir de muy lejos.

—Toma —Enrique apareció de súbito y entregó el dinero.

El muchacho trató de hablar. Quería su gato, quería que se lo devolviesen. Mas las palabras no se formaban. Enrique miraba sus gestos con expresión burlona. Verdaderamente está loco, se dijo; luego, levantando los hombros, cerró la puerta.

La noche se proyectaba sobre las paredes. Cerca una gotera caía incesante. Y ese ruido se traducía en grito.

La desesperación se apoderó de Daniel. Debía recuperar el animal. Golpeó nuevamente. La figura de Enrique apareció enmarcada en luz. Se hacía más impresionante, como un monstruo acribillado por sombras y reflejos.

—¿Qué quieres?

—Don Enrique... yo... quisiera que... a ver si pudiese devolverme mi gato. Tome aquí está su dinero.

—Ándate —cortó— no molestes más.

Cerró la puerta. Los vidrios temblaron suavemente. Ya era la noche. Estaba solo, tan solo. Aquel murmullo de hojas. Tétrico. Y la gotera... Corrió hacia la calle.

Sus compañeros lo recibieron con un desagrado que solo osaba insinuarse:

—¿Por qué te demoraste tanto?

—Hace horas que te esperamos.

Pero al ver la expresión de Daniel, Juan le preguntó:

—¿Qué sucede? ¿Qué tienes?

El muchacho no respondió. Había terror en sus ojos y sus labios temblaban.

—Vamos entonces —interrumpió Pedro y su voz perforó el silencio— la función ya va a comenzar.

En efecto. Hasta ellos llegaban acordes confusos y, al término de la calle, la oscuridad era rota por una súbita florescencia de luz. Daniel se dejó arrastrar por los muchachos. No percibía los gritos ni la agitación a su alrededor. Manos que no podía precisar lo empujaban hacia aquella meta. Avanzaba como aturdido, impulsado por esas corrientes humanas que se agitan junto a él...

El gato... ¿Acaso su gato...? No. Pero él lo había visto con sus ojos. Había visto cómo se retorció el animal bajo el bisturí. ¡No! ¿De dónde provenía aquella música? Y los gritos... Ese gato estaba mudo... Pero este era su gato. ¿Le harían aquello a "su" gato? Tenía un vientre palpitante y gris y suave. Cubierto por un pelo, casi plumaje. Había escuchado. ¡El bisturí! Y la sangre. ¿Por qué no brotaba sangre de las heridas? ¿Por qué? Había escuchado cómo aullaban los animales; esos gritos desflecaban los músculos. ¡Qué asquerosas eran las manos de Enrique! Cortas, cuadradas, los dedos romos. Hurgaban entre las vísceras, revolviéndose en aquella gelatina rojiza. Resbalando. ¡No! No, no quiero que eso suceda a mi gato, no puede...

Hasta él no llegaban sino risas, las risas de Pedro, de Juan, de Gerardo. Nada veía. La música lo penetraba en su tristeza como agua que se desliza dulcemente en un estanque. Llenábalo.

Todo finalizó de pronto. Tal como había empezado.

—Vamos, Daniel —escuchó una voz junto a él— vamos que ya terminó. ¿Estás durmiendo?

La voz lo trajo a la realidad. Lo arrancó cruelmente de aquella zona extraña que lo rodeaba. Vio la carpa, inmensa, vacía. La pista embarrada y aquel silencio que caía como una mortaja.

Siguió a sus compañeros; pero pronto se separó de ellos.

—Hasta mañana —le gritó uno.

No contestó. Hundíase en las callejuelas, buscaba las sombras. Así anduvo buena parte de la noche.

Un haz de luz que brotaba de una ventana lo azotó. La decisión se cristalizó de golpe. Se hizo irrevocable. Y vino la dicha, una especie de liberación que lo impulsaba, abriendo caminos.

Echó a correr.

Un sudario de niebla envolvía el viejo edificio. Sus paredes se hacían irreales, como surgidas de un sueño. En torno el aire estaba inmóvil.

¡Dios mío, que hubiese alguna ventana abierta! Solo una... Daniel urgaba en la penumbra. ¿Era posible? Todas cerradas. Semejaban párpados muertos. Todas... Pero ahí. ¡Ahí!

La sangre pulsaba en sus sienes. Ciertamente estaba bastante alta, mas existía aquella saliente y ese tubo de desagüe, enmarcándola. Ascendería con facilidad. Sí. Rápidamente. Ante él desaparecieron las nieblas; no vio más que este rectángulo oscuro y profundo. Extraño, reía y lloraba a la vez.

Escaló con liviandad. Una fuerza desconocida brotaba en él. La dulce sensación. Ya sentía cómo aquella opresión menguaba, cómo la tranquilidad, sí, la tranquilidad volvía. Dios mío, si uno pudiese siempre reparar el mal una vez que se ha comprendido hasta dónde alcanza su profundidad.

Se aferró fuertemente al marco. Miró hacia abajo: sombra, sombras, como un pozo al cual no se le distinguiera fondo, y sin embargo, allá, a la derecha, se divisaban algunos perfiles de jaulas. ¿De dónde venía aquella luz? ¡Cuán grande era la distancia! Mas debía haber algún modo de bajar. Sus manos palparon tímidas; no distinguía los objetos a través de las tinieblas y sin embargo lo sabía. Ahí estaba su gato. Tan cerca. Tan lejos. Lo llamaba, susurraba su nombre y el murmullo deslizábase en el silencio, hacíase silencio. Pronto estaría junto a él: lo demás perdía su importancia. Lo tendría próximo a su pecho, sentiría su calorillo.

Un maullido asató la noche. La clavó. La hinchó de luz.

—Ya voy —murmuró el muchacho— espera...

En aquel instante, al mirar hacia la profundidad, lo asaltó el vértigo. Los muros giraron en torno y la oscuridad destiñó a un gris ceniza. Algo como un vacío lo inundó y se sintió débil, demasiado débil.

Los brazos describieron figuras grotescas al tratar de asirse. Como astas alocadas, presas en aquel rectángulo de noche.

Lentos al comienzo, hasta la ventana llegaban ruidos. Lentos, como si viniesen envueltos en algo de aquel silencio. Pero luego hubo aullidos de animales entre el tintinear de cristales. Parecían traer acentos de rebelión...

De pronto, un grito inmenso. Como una antorcha que iluminase súbitamente cien grutas oscuras.

Fue el sol. Al amanecer sorprendió la escena. Uno de sus rayos, impregnado en pereza, se movió lentamente de la ventana al suelo. Ante el descubrimiento, quedó paralizado.

Ahí, entre las jaulas rotas, un gato había juntado su cabeza a esa mano extrañamente blanca. Y, por primera vez, se adivinaba una expresión en aquellas pupilas hasta ahora insondables.

La maestra había sido una mujer muy buena. Aquella mañana que se despertó el alboroto de las clases estaba ya enferma y ya se sentía una existencia miserable. Toda esa atención que prestaban los alumnos no era para el profesor que despertaba la clase, sino más bien por el deseo de hablar en la clase del profesor: algún interés que despertaba que los permitiera dejar escapar esas cosas que, sin hacerle ningún tipo de gracia, les gustaban.

El maestro continuaba hablando y en la monotonía de su voz se advertía que el ambiente percibía el llamado movimiento.

—Entonces las brancas atacaron... atacaron... entonces... Juan! —esta violento— no se va.

—¿No me estoy riendo, señor?

—¡Cállate! Cállate! veces te he dicho de no contestar —el señor Fierbre siempre estaba cuando estaba enojado— insolente... —agregó luego como un pensamiento medio.

Había un murmullo alrededor de la sala, una ola sonora que recorrió los otros murmullos, pero finalmente en una carcajada leve.

Juan dejó caer su cabeza sobre el pecho.

—Dios mío! ¡Nuestro me se repitió la escena!

—No, no podía esperar todo "eso", otra vez. Y sin embargo... En esa sala violenta del profesor, las palabras hacían como espadas y, de un momento a otro, surgía el murmullo secreto de los otros alumnos. Todo eso parecía una algarabía en una sala de clases. Todo eso de cada día.

Habría querido poder volver a la escuela. Habría querido poder estar en casa, estender su cabeza en la cama de su madre y, en un momento, como lo hizo tantas veces cuando era niño y pequeño, haber querido llevarse en medio de ese mundo nuevo y grande, como era su mundo, por que Juan no era responsable de su vida.

Juan era completamente extraño a aquella manera que contrasta sus rasgos. Su boca, no sé si por un levantamiento o un repliegue de los labios o quizá por una posición especial de las comisuras, parecía mostrar constantemente una sonrisa. Y... ¿qué podía hacer el contra su propia "posición"?

Aun más, sus ojos conservaban un comportamiento alegre, vivo, que aten-

La mueca

– 1950 –

La atmósfera hacía más tensa cada minuto. Aquella campana que notificaría el término de las clases estaba próxima a tocar, y ya se sentía una excitación subterránea. Toda esa atención que prestaban los alumnos no era debida al interés que despertaba la clase, sino más bien por el deseo de hallar en la frase del profesor alguna interpretación equívoca, que les permitiese dejar escapar esas carcajadas que, sin razón alguna, se agolpaban tras los labios.

El maestro continuaba hablando y en la monotonía de su voz se adivinaba que él también percibía el callado movimiento:

–...entonces los franceses atacaron... atacaron... entonces... ¡Juan! –estalla violento– no se ría.

–Si no me estoy riendo, señor.

–¡Cállese! Cuántas veces te he dicho de no contestar –el señor Planece siempre tuteaba cuando estaba enojado– Insolente... –agregó luego como un pensamiento tardío.

Hubo un murmullo alrededor de la sala, una ola sonora que recorrió los otros alumnos, perdiéndose finalmente en una carcajada leve.

Juan dejó caer su cabeza sobre el pecho.

¡Dios mío! Nuevamente se repetiría la escena.

No, no podía soportar todo “eso”, otra vez. Y sin embargo... Era esa súbita violencia del profesor, las palabras herían como espadas y, en un eco inmediato, surgía el murmullo socarrón de los otros alumnos. Todo esto retomaba con idéntico ritmo en cada clase. Cada clase de cada día.

Habría querido poder estallar en sollozos. Habría querido correr hacia su casa, esconder su cabeza en la falda de su madre y ahí llorar en silencio, como lo hizo tantas veces cuando era más pequeño. Habría querido levantarse en medio de ese grupo hostil y gritarles, mostrarles su injusticia, porque Juan no era responsable de su risa.

Juan era completamente extraño a aquella mueca que contraía sus rasgos. Su boca, no sé si por un levantamiento o un replegar de los labios o quizás por una posición especial de las comisuras, parecía esbozar constantemente una sonrisa. Y... ¿qué podía hacer él contra su propia expresión?

Aun más. Sus ojos conservaban un chisporroteo alegre, vivo, que acen-

tuaba esa expresión. Se sentía vencido. Y lo que era aun peor, se sabía derrotado de antemano, antes que sucediesen las cosas, sin siquiera poder enfrentarlas.

De pronto, irrumpió la campana. El profesor trató de mantener orden; pero los muchachos demasiado exaltados conversaban todos al mismo tiempo, y los cómodos "¿Qué tareas hay para mañana?" se mezclaban a los inútiles "Busca en el horario" que, juntándose a los implorantes "¿Vas a salir esta tarde?" y a los mentirosos "No sé", formaban una confusa algarabía.

Súbitamente, como queriendo vengarse, un deseo que brotaba de su propia impotencia, el profesor gritó:

—Juan... ¡ven!

El niño arreglaba con tranquilidad sus libros. Aun pesaba sobre él la injusticia anterior y su rostro descolorido, tras la sonrisa característica, ostentaba un soplo de tristeza.

Al oír las palabras del señor Planece, los otros muchachos sosegarónse, enmudeciendo un instante, curiosos, expectantes. Con pasos lentos, el niño llegó junto al escritorio e inclinó su cabeza.

—Nuevamente te estabas riendo... ¿Eres tonto acaso? ¿No comprendes? ¡Deja de reír!

—¡Deja de reír!! ¿Qué hay de divertido? Date vuelta. Levanta tu cara... Mira a tus compañeros. Y ahora, ustedes, observen, fijarse bien. Aquí tienen un espécimen extraño: un idiota...

Las carcajadas rebotaron contra las paredes. Perversas y tan crueles. Y mientras los otros niños, entre risas y gritos, comenzaban otra vez a ordenar sus libros, Juan veía disolverse ante él la pieza. Como si se hiciera de niebla.

Poco a poco, los muchachos iban saliendo y no quedaba sino el eco imaginado de su bullicio. La calma trataba de destruirlo, pero era inútil... esa presencia se había arraigado con fuerza y en el centro de ella inmóvil como un insecto aprisionado entre hilos, Juan ya no osaba sino pensar. ¡Era injusto! Injusto y cruel ¿Por qué? ¿Qué había hecho para merecer esa humillación esas risas, esas palabras? Libres, las lágrimas resbalaban ahora por sus mejillas.

En el edificio reinaba ese silencio de ausencia. Todo ser viviente había huido. Solo don Pedro, el cuidador, vagaba por los corredores, las llaves tintineando en su bolsillo. Pero a él ya no se le consideraba humano. Había llegado a ser parte del mismo edificio, algo así como aquel árbol que surgía, raquíto, del centro del patio empedrado o aquel banco, allá, junto a la puerta.

Juan, tomando sus libros, se aprontó a salir. Sus pasos arrancaban a las tablas crujidos prolongados. Se le antojaban risitas burlonas.

En el aire, flotaba polvo de tiza arremolinándose en extraños arabescos que lo perseguían al igual que muecas. El árbol extendía sus ramas hacia él, señalándolo.

* * *

Dicen que los seres llevan la vida escrita en las palmas de las manos; pero más sencillo es descubrirla en el rostro. Una expresión revela un alma y es a través de los rasgos que los sentimientos se escapan, aun y a pesar de uno mismo. Toda faz es un espejo fiel, así la expresión de Juan era triste tras la sonrisa aquella.

* * *

Ya el heladero comenzaba a retirarse con paso cansado. Arrastraba su carrito de vivos colores. Ya el vendedor de golosinas había guardado su mercancía y plegaba su estante, cuando Juan apareció en la puerta del colegio. Sus ojos inspeccionaron la calle y luego echó a andar hacia su casa.

Risa... risa... risa... la palabra misma le era desagradable. Le parecía que sus tacones la repetían con monótona insistencia: son-risa... son-risa... Apuraba el paso: proseguía el repique de la palabra en un tono más rápido. Lo espaciaba: el sonido lo perseguía con lentitud enervante, como si bostezase.

Y nuevamente volvió la idea de injusticia. ¡Injusto! Sí, por cierto. Injusticia de los hombres, de la tierra, injusticia que lo dañaba, que lo hería. ¿Por qué? ¿Por qué debía ser él y no otro?

Del rectángulo de una ventana abierta, brotó una carcajada femenina. Amplia, se fue perdiendo con lentitud. Inmovilizó a Juan. Fue como un puño que le golpeará, un inmenso puño de hielo. Entonces estalló en sollozos. Echó a correr, desandando el camino recorrido y torció por otra calle.

Era tarde ya, y el sol apenas si teñía el techo de las casas. Los niños jugaban con sus trompos en las veredas y uno que otro volantín se estremecía con impotencia en las ramas de algún árbol. Un polvo sutil flotaba disolviendo en árido gris los objetos y, a lo lejos, el tren que pasaba hería el crepúsculo.

Juan, temeroso, avanzaba entre los niños. Cabizbajo, incoloro, trataba de pasar desapercibido, allegándose a los rincones sombríos o mezclándose con afectada despreocupación a los frenéticos grupos de muchachos. De súbito, al pasar junto a tres compañeros que discutían acaloradamente, uno de ellos, Pedro Estal, exclamó:

—¡Mira! Ahí va el "Cara 'e risa".

Y los otros comenzaron a gritar:

—“Cara ’e risa”, “Cara ’e risa”...

Pronto otros niños se unieron al trío y todas las voces surgieron reforzadas en una ola sonora, perfectamente clara en su bruma de multitud:

—“Cara ’e risa”, “Cara ’e risa”...

Juan dudó un instante. Sus labios se entreabrieron en un vano intento de hablar; pero luego huyó. Los niños lo siguieron gritando siempre.

A ellos se unieron otros y otros y otros... hasta formar una multitud, una masa compacta y móvil como una sola fuerza. Gritaban y en sus gargantas el apodo adquiría inusitados acentos:

—“Cara ’e risa”...

* * *

Un viento a ras de suelo comenzó a soplar, alzándose luego en ondas locas —los árboles gemían, las yerbas eran péndulos vibrantes—. Silbaba entre las rocas; bramaba en la montaña; pero dentro de la casa todo era recogimiento y tibio soplo de paz.

—Juan ¿no tienes hambre?

—No, mamá.

—¿Qué tienes? Estas tan callado... pareces triste. ¿Te sucede algo? Cuéntale a tu madre, hijo.

Juan reflexionó: ¿debería contarle a su madre? Aquella voz era dulce, incitaba a la confidencia... y aquella mano que acariciaba su cabeza, tan tierna. En un momento, pareció ceder y dijo:

—Es que... —pero luego se retuvo y continuó—: Es que he tenido un día muy pesado; preferiría irme a acostar.

—Anda, pues... —iqué voz tan melodiosa! Lágrimas pretendieron afluir a los ojos de Juan cuando rozó con sus labios la mejilla de su madre. ¿Por qué había huido a la confidencia? Era acaso la vergüenza de expresar sus sentimientos, el inmenso pudor que tenía para con lo suyo; o quizás... era el miedo a lo desconocido, el temor de que su madre se refiriera a sus “estúpidas ocurrencias” con un tono displicente. Los años... ¡cómo lo habían separado de ella!

Afuera, nubes negras se arremolinaban en el cielo y el viento temblaba, en cada átomo un estremecimiento distinto. Adentro, la calma persistía, la paz no parecía rota, las llamas danzaban con la misma fuerza en la chimenea; pero en la mente de la madre surgía una duda y en Juan se libraba una lucha, quizás de tristeza, quizás de arrepentimiento.

* * *

La noche se anunció espléndida. Un postrer vendaval barrió las oscuras nubes, desapareciendo luego en la nada. Reinó entonces un silencio plagado de grillos y sapos.

La casa dormía su sueño burgués; pero Juan, nervioso, afiebrado, decidió salir al campo. Sus pasos fueron demasiado leves, su precaución demasiado grande para que pudiese ser oído.

La luna parecía reír en el espacio. Reír... reír... ireír! Juan por segunda vez experimentó miedo. Quiso, como esa tarde, encerrarse en su pieza y llorar; los sollozos brotaban tan fácilmente de su garganta y las lágrimas lo habían aliviado. Pero volver... no, mil veces no. Terminar pronto, idear la forma de poder arrancar de su rostro aquella maldita sonrisa. Destrozarla como quien triza un pedazo de cristal. Sus dedos arañaban el aire, y sus pies, la tierra húmeda. Su cuerpo se inclinaba como un débil junco, preso de su propia sensibilidad. Sus ojos no eran sino dos sombras ante la oscuridad aun más inmensa de la noche. Todo él era solo una cuerda vibrante, un nervio tendido entre la tierra y el cielo.

Pero esa sonrisa... persistente, inamovible, eterna. Ese replegar de los labios, ese levantamiento de las mejillas, ese chisporroteo en los ojos...

Y mañana... se acobardaba ante el mañana.

El próximo día le traería la misma injusticia, la misma desesperación. Volverían las palabras bruscas del profesor y las risas de los compañeros; surgirían las lágrimas y el silencio, los gritos y los apodosos...

"Cara 'e risa"... "Cara 'e risa"... "Cara 'e risa"...

Tenía miedo. Miedo de actuar, de vivir; miedo de hablar, de reír de desempeñarse como los otros, pues en cualquier momento le podían arrojar en pleno rostro el hiriente apodo.

"Cara 'e risa"...

La luna rielaba de oro el estero murmurante. Las piedras brillaban a sus costados.

¡Súbitamente! la idea surgió completa, exacta irrevocable. Se acercó al riachuelo y hundió sus manos en la corriente. Hurgó, palpó la tibia arena hasta que sus dedos hallaron una piedra de aristas pronunciadas. La levantó como quien rescata un ídolo venerado y luego, con locura, nervioso, en movimientos rápidos, atropellándose, comenzó a arañar su rostro con ella... Tajeó, hirió, masacró... No sintió, al comienzo, dolor alguno; pero después un oleaje de fuego pareció recorrer sus rasgos. Ondas intermitentes los atravesaron, quemándolos, y comenzó a sollozar... Lloraba y hería... La sangre inundaba su boca entreabierta, se mezclaba con las lágrimas en una extraña síntesis salada e hirviente; sin embargo proseguía...

* * *

—¡Dígame, doctor! ¿Qué hay? ¿Es grave? Mi pobre Juan... mi pobrecito...
—Tranquilícese, señora. Su hijo está mejor: le aseguro que sí; está completamente fuera de peligro...

—¡Oh!

—Lo que no me explico es cómo pudo quedar su rostro en tal forma...

—Anoche, doctor, se fue a acostar temprano... sin embargo debe haber salido luego que nosotros estábamos durmiendo... pues esta mañana lo encontramos desmayado, cerca de la glorieta, junto al estero... Pobrecito... quizás debe haber subido al techo y de ahí, ha caído; pero lo curioso es que su ropa no está despedazada... Es curioso...

—Sin embargo, hay también algunas heridas en las piernas y en las manos...

—¡Que importan ahora las conjeturas! Está a salvo: eso es lo primordial.

—No obstante, señora, debo advertirle algo que le causará dolor...

—¿Qué, doctor? ¡Por Dios!...

—Oh, nada de tan horrible como usted cree, señora. Es... es que el niño quedará algo desfigurado...

—¡Ah!

—Pero no se asuste, he dicho "algo" y, en realidad, será poco, casi nada, claro está que no conservará la expresión que poseía antes del accidente: su rostro será distinto...

* * *

Cuando le sacaron los vendajes, no quiso contemplar inmediatamente su rostro. No sabía por qué... sentía dicha en esa espera, como ir acumulando una curiosidad que, al instante, se convertía en goce.

Ni siquiera pudo saber, a través de los gestos de los otros, cómo eran sus rasgos ahora. Todos caminaban por su pieza como autómatas, sin jamás esbozar la más mínima de las expresiones.

Lo que sí le parecía extraño era que su madre siempre andaba agitada y solo permanecía algunos instantes junto a él en las numerosas veces que penetraba en su habitación. Pero esto tampoco le importaba. Al contrario, prefería la soledad. En ella gustaba con mayor fuerza la dicha de esa espera. Y, por momentos, imaginaba nacer de nuevo.

* * *

El rayo clavó la mañana. Retumbó el trueno. No fue sino el preludio de la tempestad que estalló en la tarde; sin embargo, al anochecer, solo llovía, una lluvia lenta, mullida.

Y, de pronto, quiso saber. Era más que deseo, un ansia. Algo que no se

podía desobedecer y que surgía así, sin razón. No pensó en interrogarse sino en seguir ese impulso nacido quizás de dónde, encaminado quizás a dónde.

Pero su madre entró en aquel instante:

—¿Cómo estás, Juan?

—Bien, muy bien. Mamá... quisiera que me pasaras un espejo. Desearía...

—¡No! —gritó casi, y luego— todavía no. Mañana mejor... este... hoy ya hay poca luz.

Y salió rápidamente.

Pero el momento había llegado. Juan no podía aguardar más. Se levantó. Al avanzar lo hacía afirmándose en los muebles, como buscando apoyo. Así atravesó la pieza hasta llegar junto a esa mesa sobre la cual se hallaba el espejo. Lo tomó entre sus manos y cerró los ojos. En esa oscuridad que lo rodeaba, supo lo que era la dicha. Sí, ahora lo sabía... Para él se identificaba con esa gran paz que presentía. Casi un descanso. Y abrió sus ojos.

N—no... no... ¡no! no podía ser. Un grito de espanto surgió de su garganta y dejó caer el espejo que se rompió estrepitosamente.

N—no... ¡no podía ser! Quiso llorar, pero las lágrimas no afloraban ya a sus ojos. Dejó caer sus brazos con desaliento y aguardó, aguardó... no sabía qué. Porque era horroroso, sí horroroso. Y él lo había visto. Jamás podría olvidarlo. Él había visto su rostro reflejado en el óvalo del espejo y ya no era una sonrisa la que esbozaba sino una carcajada.

La pampa florecida

- 1950 -

Apenas si se anunciaba el alba cuando partieron de puerto y ahora el sol quemaba recto en este mediodía de infierno. El viaje amenazaba ser interminable.

Toda aquella soledad... Era angustiosa esta tierra sin límite. Ni un árbol, ni un arbusto cortaba su plana monotonía. Solo el cielo caía de pronto sobre ella, deteniéndola. Pero también el cielo tomaba aquel color blanquecino.

El trepidar del motor disolvía en parte ese silencio que se desplomaba como una mortaja sobre el automóvil. El vehículo avanzaba con lentitud, al igual de un insecto que reptase entre piedras. La conversación dentro de él había quedado suspendida: frases sin terminar que por fin se incluyen en la quietud, demasiado cansadas para enhebrarse. Y los ocupantes no hacían sino seguir con la vista la interminable línea del horizonte. Allá, a lo lejos.

* * *

Algo de esa tierra -¿tierra, arena o polvo?- los envolvía en silencio, como si aquel hombre y ese niño hubiesen sido dos muertos.

Y era la muerte en realidad la que se arrastraba junto a ellos. Una muerte, sin embargo, llena de vida. Ahí estaba ese calor espeso. Él lo atestiguaba. La muerte viene siempre envuelta en sombras, su presencia arroja en torno un círculo de frío; pero aquí se acompañaba de sol, de luz y trastornaba aún más. Era un contrasentido.

Algo sentían ellos de esa sensación. Sabían que rondaba a su alrededor. ¿Pero qué? El hombre, inmovilizado en una posición, guiaba. Sus manos anudábanse al volante y, por la fuerza, los nudillos se habían descolorado a un blanco y marmóreo. Eran extrañas aquellas manchas blancas en esas manos tan rojas. Semejaban los ojos de algún reptil. El niño quedó paralizado al mirarlos por primera vez. Y ahora no podía apartar su vista de ellos. Lo atraían... como ese día en que la profundidad de un precipicio pareció llamarlo. Aun cuando no. Quizás no. Era más bien una sensación nueva, enteramente nueva.

El ruido del motor se incorporó al silencio, se hizo silencio.

El hombre tosió. Quería romper esa tensión que palpitaba en el aire. No quería escucharla.

Nunca. Jamás. Entreabrió sus labios para hablar; pero no brotó ningún sonido. Volvió a toser.

—Primera... —y la palabra taladró la quietud—. ¿Primera vez que viene, don Javierito?

El reflejo del sol se deshacía sobre los metales del automóvil. Eran imágenes grotescas. Movedizas. Como frases rápidas que no se alcanzan a descifrar. El sol quemaba, hacíase fuego en cada partícula de ese aire detenido.

—Sí —contestó Javier.

—¡Ah!

Las manos del hombre se distendieron. De inmediato los nudillos se tiñeron de rojo. Javier apartó su vista rápidamente y volvió a contemplar el arco del horizonte.

El silencio ya no volvería. Habían arrojado una piedra en aquel charco.

—¿Mucho tiempo que no ve a su padre?

La pregunta sobresaltó a Javier. Le gustaba aquel silencio circundado por algo incomprensible y maravilloso. ¿Por qué aquel hombre lo rompía a cada instante?

—¿Cómo? —no había escuchado.

—Digo si hace tiempo que no ve a don Cristóbal.

—Un año... tal vez más. Desde que él llegó acá.

—Lástima que no haya podido venir a buscarlo él mismo.

Javier no contestó. Era la tercera vez que repetía eso. ¿O quizás la cuarta? No sabía. No le importaba. Solo quería que callase. Una sensación desconocida parecía adueñarse de su cuerpo. Como un cansancio, como un letargo. Los movimientos huían de sus manos... así, tan suavemente.

—¿Qué le parece la pampa? ¿Le gusta?

Otra vez. Otra vez. Oh, estaba cansado y sin embargo no. No lo estaba. No era cansancio sino otra cosa... Estaba seguro de que algo aleteaba junto a él, lo había sentido desde que entraron en la pampa, desde que hubieron abandonado las últimas casas del puerto.

—N-no sé. Quizás. Quizás... quizás si hubiese más árboles...

El hombre no le dejó terminar. Al comienzo lo miró con una expresión incrédula; pero al ver la seriedad del muchacho su risa brotó plena. Se estremecía como una mole de gelatina y el silencio se trizaba desordenadamente con sus carcajadas.

Javier sintió asco. Todo en aquel hombre era desmesurado, inmenso. Bajo la piel adivinaba los músculos hinchados, de un color rojo, como aquellos en las láminas de sus libros de estudio. Su risa misma era espesa.

—¿Cómo? —reía— algunos árboles...

Javier pensó que el solo mirarle hartaba.

Ansió terminar pronto aquel viaje. Todo giraba alrededor: la quietud asaetada, el temblor del motor, el sol... Ese algo maravilloso había huido.

—¡Ah! Dios mío... —exclamaba de vez en cuando el hombre mientras su risa decrecía paulatinamente—. Esto sí que es bueno...

El camino se extendía ante ellos como una larga pesadilla. Javier creía haberlo visto antes. Pero ¿dónde? Recordaba una mano... ¿Por qué una mano? Y ella le indicaba ese camino. Había querido distinguir los rasgos pero estos se perdían entre sombras, sólo veía aquella mano, como si produjese alguna fosforescencia. Y comenzó a andar. El camino era recto, tal como este; todos los colores eran iguales: sendero, lindes y cielo, tal como este... Mas, a medida que avanzaba, el horizonte se iba alejando. Era una noche extraña. ¿Por qué pensó noche; quizás era de día? En el silencio se presentían gritos; pero ahogados por felpas, por algo que parecía surgir de la tierra o quizás del tiempo, ese tiempo que se había detenido en un instante cualquiera...

De pronto se detuvieron. Bruscamente. Oyó un ruido lejano. Pensó en una hélice que gira en el vacío. Miró con sorpresa al hombre; pero este no contestó. A los pocos segundos algo estalló dentro del motor. En un movimiento instintivo, Javier se aferró a la puerta.

—Maldita... —murmuró el conductor entre dientes al ver surgir una columna de vapor— ¡Está hirviendo!

—¿Qué sucede? —exclamó Javier, algo asustado, al verse envuelto en aquellos humos espesos.

—Este maldito... —dejó la frase en suspenso. Con torpeza, bajó del vehículo y fue a revisar el motor. A los pocos momentos volvió:

—Menos mal que no estamos muy lejos.

—¿Lejos?

—De la Oficina —respondió exasperado—. Tendremos que caminar un poco.

—Un poco... —repitió Javier y, no sabía por qué, pronunció las palabras en un tono muy alto, como si quisiera hallar un eco.

* * *

No podía creer a sus ojos. Este patio tan fresco, rodeado de altas murellas blancas, donde la luz penetraba tamizada a través de frondosas enredaderas. ¿Era solo un sueño? Aquí, bajo sus pies, baldosas frías, casi heladas. Puso su mano sobre ellas y un inmenso bienestar lo embargó. Y allá... ¡allá! sobre aquella mesa. Cerró los ojos y los volvió a abrir. No, no era un sueño esa hilera de altos vasos, llenos de un líquido anaranjado. El perfume de la fruta llegó hasta él.

—Papá...—gritó Javier— si parece que les hubiese crecido musgo, tan fríos están, un musgo blanco... de escarcha —y pasaba las yemas de sus dedos sobre el cristal empañado.

Cristóbal rió, molesto.

—¿Y dónde fue que se detuvo el automóvil?

—Cerca, don Cristóbal. Más o menos a...

—Venga, Alejandro. Pasemos a mi despacho.

La conversación se fue apagando poco a poco. Javier quedó solo. Una leve brisa penetraba a través de las plantas. Inundaba el patio de resonancias. Javier tomó con cuidado uno de los vasos y lo acercó a sus labios. Los hundió lentamente en el líquido y permaneció gustándolo un momento, luego comenzó a beber con avidez.

* * *

Un inmenso abanico automático giraba sobre la mesa donde Cristóbal había reunido a varios amigos.

—¿Y tu hijo, Cristóbal?

—Llegó hoy día.

—¿No le veremos? —preguntó una de las mujeres. Rubia, delicada, tosió con suavidad antes de hablar.

—Luego vendrá.

Cristóbal bajó la vista. El diseño del mantel lo fascinaba. Todos aquellos hilos que se entrecruzaban formando extraños dibujos. Siguió el recorrido de una de las hebras, su dedo palpó con delicia la huella sinuosa... lenta, lentamente. Y, de pronto, las manos. Le pareció un mal sueño, algo enervante como la sensación de presentir el sabor de un licor sin siquiera haberlo probado antes. Las veía revolotear, enhebrarse, retomar a su antigua posición. Gesticulaban al igual que fuesen rostros y poseyeran una voz. Las manos de sus amigos... Algunas finas, delicadas, una red de venillas azules entretejiéndose en el dorso; otras, en cambio, eran anchas, de uñas recortadas con severidad. Siguió los movimientos de una escogida al azar ¿a quién pertenecía? La vio avanzar, ir hacia la copa llena de vino, alzarla, volverla a depositar, dibujar dos o tres imágenes en el aire, y luego... Cristóbal la miraba obsesionado. Parecía adivinar los diferentes gestos y esta sensación lo atormentaba. Como si él, algo dentro de él, influyera sobre aquella mano.

—¿Qué miras? —preguntó alguien.

—Nada.

Pero no podía apartar su vista de esas manos. Creyó estar en una jaula llena de pájaros alocados; agitaban sus alas, se golpeaban, se herían. Y sus propias manos comenzaron a sentirse presas de esa nerviosidad. La sangre

quemaba en ellas, las obligaba a moverse, tomar una miga, descuartizarla entre los dedos. La luz asaetaba el cristal de las copas, descomponíase en sus vértices. Y luego aquel enjambre de voces, cada vez más rápido, cada vez más fuerte.

—¿Terminó sus estudios? —interrogó un holandés mientras se enjugaba el sudor con la servilleta. Era gordo y pesado.

Don Cristóbal rió suavemente al contestar:

—No. Solo tiene once años.

—¡Qué lindo! —exclamó una señora que luego hundió sus ojos llorosos en un punto lejano.

—Cuando yo le conocí —comenzó Daniel y hacía girar en uno de sus dedos una esmeralda extrañamente engastada —hace ya dos años, creo... ¿Recuerdas, Cristóbal? Era algo soñador, enigmático. No era un niño como cualquier otro.

—Ha cambiado —interpuso manifiestamente molesto Cristóbal—. Todo es distinto ahora.

—Quizás...

—¡Un niño poeta! —la dama de ojos llorosos se perdía en sus fantasías.

—El poeta que clama esta tierra. —Daniel hablaba con un tinte irónico.

—Creí que tú eras el elegido.

Todos miraron a Mónica. La “bella” Mónica como la llamaban, no pareció sorprenderse.

Estaba acostumbrada a que todos la mirasen; sus palabras, más que sonidos, eran imágenes.

Y los hombres eran muy dados a contemplarlas.

—¿Poeta? —rió como despreocupado Cristóbal—. Poeta no. Un hombre... como yo, con los pies bien firmes en esta tierra.

—¿Y por qué no hombre y poeta a la vez? —nuevamente Mónica coqueteaba con las frases. Rió... De un movimiento rápido echó la cabeza hacia atrás agitando la cabellera. Sabía que todos los hombres recorrieron con la vista aquella línea suave de su cuello; todos menos su marido. Le sonrió. ¡Pobre viejo! Solo se preocupaba de comer, moviendo eternamente la cabeza, gesto casi imperceptible pero enervante. Le sonrió. El marido contestó apenas: masticaba con dificultad. Mónica volvió a sonreírle mientras bajo la mesa su mano buscaba la de Daniel.

—Pues...

Mas Javier entraba en aquel instante. La conversación pareció suspenderse y no se oyó sino el ruido que hacía el abanico al cortar el aire. Un leve rubor invadió el rostro del niño al ver que todas esas miradas se posaban sobre él. Saludó. Y, en medio de aquel silencio que comenzaba a hacerse insoportable, una voz sonó de pronto:

—Es el retrato de su madre.

—Mas bien lo encuentro parecido a mí — rectificó Cristóbal y tuvo, por un momento, el lejano recuerdo de su esposa, separada de él hacía años.

—Quizás —murmuró Daniel.

La conversación adquirió cierta intensidad. Hablaban sobre los parecidos. Alguien queriendo ser espiritual, dijo:

—Los parecidos son asunto complicado. Nadie está nunca de acuerdo. Algunos sonrieron por cortesía.

Poco, a poco las voces comenzaron a apagarse. Semejaba el ritmo del oleaje: por momentos adquiría una fuerza ensordecedora solo para retomar luego a una quietud de espera. La señora de los ojos llorosos cruzó las manos sobre su falda y lanzó un último suspiro. Pero la voz de Javier irrumpió de pronto:

—Dígame, señor...

El holandés, a quien se dirigía por estar sentado cerca de él, se dio vuelta hacia el muchacho. Una sonrisa benevolente trataba de diseñarse en sus mejillas bulbosas.

—Sí...

—Es cierto que en estas tierras se encierra una gran riqueza...

—Sí.

Los otros comensales lo miraron sorprendidos. Cristóbal fijó los ojos en su hijo como tratando de detener algo que presentía desastroso. Pero el niño continuó.

—¿Es cierto que... que aquello sirve para que las plantas crezcan más grandes y... y fuertes?

—Sí. Es una manera de definirlo —sonrió.

—Entonces... Entonces por qué no transforman todas estas tierras en un inmenso parque?

La mandíbula del holandés cayó pesadamente.

—Un parque —proseguía—. Grandes árboles y plantas y sombras...

No pudo terminar. El holandés comenzó a reír con estrépito. A él se unieron otras risas cada vez más fuertes, carcajadas, gritos casi.

—¿Cómo? ¿Cómo?—preguntaba entre suspiros y los otros parecían corearlo.

No es posible.

—Pero...

—Es demasiado divertido...

Como espadas se entrecruzaban las risas sobre la mesa. Parecían herirse, hacer sangrar sus metales. Sangre luminosa. Chorros de luz.

El abanico giraba, giraba.

Javier entró al despacho. Era una habitación desagradable, de paredes oscuras, débilmente iluminada por una lamparilla que había sobre el escritorio. Al penetrar, le pareció al muchacho que avanzaba por una gruta; pero no una hermosa gruta de piedra sino de madera, lisa, muy lisa, como un cajón.

—Te he llamado —sorpresivamente vio el rostro de su padre semiescondido por la pantalla verde de la lámpara— para conversar contigo.

Javier, en silencio, se sentó en el borde de un inmenso sillón. Por un momento pensó que el alto respaldo se desplomaría sobre él.

—He querido... —continuó Cristóbal y sintióse de súbito acobardado.

Javier siguió con su vista el interminable diseño de la alfombra. Sobre él, la inmensa lámpara, cuajada de retorcidos brazos, se sumía en la sombra. Semejaba una araña gigante que desde su oscura posición espiara.

—Sabes... no sé cómo decirte... es, es tan difícil.

—Decirme qué, papá.

—Yo... yo te envié al colegio para que cambiaras tu carácter. —Cristóbal presentía la torpeza de sus palabras, pero prosiguió. No... no es bueno que un hombre sea blando. Debe tener personalidad, saber imponer y...

Al ver la expresión de total confusión que se dibujaba en los rasgos de Javier, el padre titubeó un instante. Mas, como si tomase una repentina e irrevocable resolución, lo miró con firmeza y dijo:

—No vivimos en un sueño. Lo que ves son realidades. Tú transformas estas realidades, las transportas a tu propio mundo, donde llegan a ser... sombras, ensueños. Eso no está bien. Las cosas deben aceptarse como son, como han sido siempre...

Cristóbal no podía detenerse. Aquello, todo aquello, lo había mantenido escondido durante tanto tiempo que ahora que se entreabría la compuerta todos los problemas se agolpaban tratando de salir, de expresarse. Era una especie de desahogo. Sabía que para los once años de su hijo, la mitad de sus palabras serían perniciosas; pero no podía luchar contra aquel loco cauce.

Cristóbal veía que Javier era un niño; mas no sabía lo que es un niño. Y ahí radicaba su problema. No sabía que en todo niño existe una celda de fantasía, en algunos más desarrollada, en otros menos. El tiempo se encarga luego de moldear aquella porción de ensueño, trayendo a la realidad toda esa inocente poesía. Sólo el tiempo realiza esto. Pero mientras el niño permanece niño, seguirá soñando, seguirá viviendo en aquel mundo de imaginación donde los seres verdaderos se mezclan a los personajes de leyenda, donde la noche es día sin sol y el día una noche iluminada.

Y Cristóbal, que quizás no alcanzó a ser niño, no podía comprender a Javier.

—Que lo que pienses permanezca enclavado en la tierra y no eche alas para volar hacia arriba, hacia lugares extraños. Créeme, Javier, lo hago por tu bien. El hombre debe ser práctico, estar en contacto con la realidad. ¿Me comprendes, verdad?

El muchacho permaneció mudo.

—Me asustas, hijo. Qué será de ti cuando yo no esté...

—¡Papá!

Cristóbal suspiró. Estaba agotado. Por un momento cerró los ojos... Ansiaba sentir cómo el tiempo se escurría.

—Lo que sucedió esta noche, por ejemplo. Ya viste como todos mis amigos rieron. Ahora... no importa: eres un niño. Pero ¿y si nunca cambiaras?

—¿Lo de esta noche?

—Sí, aquella disparatada idea de formar un parque en la pampa. Una...

—¿Y por qué no?

Quiso guardar silencio; pero algo lo impulsaba a proseguir, a razonar con él.

—Bueno... aceptemos que en las tierras existe ese fertilizante, ese que tú decías... que ayuda al crecimiento de las plantas —buscaba palabras que fuesen sencillas—. Bien. Existe eso. ¿Pero de qué sirve si no hay una gota de agua?

—¿Agua?

—¿No viste las tierras reseca? La desolación... la aridez...

—Muchas veces —interrumpió Javier— hay fuentes escondidas. El agua corre.

Cristóbal ya no oía. Estaba cansado, cansado de hablar, de tratar de arreglar su vida tan destrozada, como quien junta los pedazos de un jarrón roto sabiendo que siempre faltará uno. Ya no le importaba lo que sucediese; por lo menos esta noche... mañana pensaría sobre todo aquello. Hoy se le antojaban estúpidas todas esas consideraciones. Absurdas. Además, estaba cansado, tan cansado.

* * *

Los crepúsculos eran extraños. La luz persistía largo rato al hacerse incierta. Toda una gama de violetas se sucedía encadenados y el horizonte se dibujaba como un trazo de luz desnuda. Corrían napas de viento a ras de tierra con un lejano silbido que anticipaba algo de misterioso, de irreal. Luego pampa y cielo tomaban el mismo color.

En esa hora equívoca, Javier se alejaba de la Oficina. Y repentinamente, al entrar en plena pampa, lo asaltaba aquella sensación que lo acompañara en su viaje desde el puerto. Sentía esa presencia —¿podía llamarla presencia?— que rondaba junto a él. La adivinaba alerta, como una sombra, como

un hálito que acechara. ¿Hálito? Y sin embargo no; no era hálito sino más bien silencio vivo.

A ratos se veía tan libre. Ahí, en medio de toda esta extensión. Sin límites. Sin barreras. ¡Cómo odiaba los tristes muros del colegio!... allá, en su pasado lejano. Odiaba la campana que dividía el tiempo, destrozando su continuidad. Odiaba esa reja por siempre cerrada y a través de la cual entreveía un paisaje que llegó a parecerle irreal tan bello era. Pero aquí... era diferente. Nadie estaba tras él; podía gustar las horas, minuto por minuto. Podía escuchar las pulsaciones de su sangre.

No obstante nunca se sentía completamente solo. Revoloteaba esa presencia.

La noche insinuábase por momentos. Algunos toques negros recorrían la tierra para perderse a lo lejos. Fue en aquella hora alucinante cuando Javier vio por primera vez a Raquel.

La llamaban la loca. Raquel, la loca. Todos en la Oficina la conocían y la consideraban como una distracción en esa monotonía de las largas horas. Decían que su locura databa del tiempo en que ella misma hubo de recoger los despojos del cuerpo de su marido, dispersados por la fuerza de una explosión rebelde; pero nadie lo aseguraba. Otros pretendían que ya era loca cuando se casó. Lo cierto es que la llamaban loca. Era un personaje curioso: alta, se cubría siempre con telas y velos negros que escondían su cuerpo y parte del rostro. Las personas mirábanla con compasión y respeto; solo algunos niños, ansiosos tal vez de vencer el temor que su presencia inspiraba, perseguíanla a veces arrojándole piedras y a las voces de:

—¡Ah! Loca... la loca...

Todos los atardeceres se le veía recorrer la pampa, sin rumbo fijo.

—Allá va Raquel... la loca —decía alguien y todos reían de sus ocurrencias.

Cuando Javier la divisó a lo lejos, no experimentó miedo. La observó mientras se acercaba, el viento moldeando los velos a su cuerpo. Su figura evocaba las más diversas imágenes y, no sabía por qué, Javier sintió la necesidad de expresarlas en voz alta:

—Una nube... una llama negra... un tallo ceñido por vientos oscuros.

Era fascinante. Como una idea dentro de un sueño. Se detuvo junto a él y guardó silencio. El muchacho murmuró:

—Yo...

—¿Qué?

—Nada.

Todos esos velos parecían las alas de pájaros fabulosos. Los veía revolotear alrededor del cuello, de la cintura, entrelazándose, huyendo. Y toda ella era tan misteriosa que, por un momento, Javier pensó que la noche misma surgía de ese ser.

Entonces Raquel comenzó a hablar. ¡Javier nunca había oído una voz tan maravillosa! Las palabras se hacían música; con la liviandad de palomas que echan a volar brotaban las frases. Aéreas. Suaves. Hablaba sobre cosas extrañas para Javier; hablaba sobre la noche, sobre las brisas... Su lenguaje semejaba aquel que descubriese un día en un libro que jamás volvió a encontrar. Y cada palabra, cada sonido despertaba una imagen.

—Amo las piedras... las joyas son frías. Solo las piedras tienen corazón.

Javier escuchaba en un trance. Poco a poco penetraba en zonas de fantasía, en un país de nieblas sedosas... lo aturdían y entre ese sueño veía charcos de luces, espesos, rumoreantes. Oía voces junto a él... tan próximas... y murmuraban algo, algo que no alcanzaba a escuchar, pero que sin embargo comprendía.

Paulatinamente se fue apagando la voz de Raquel. El silencio la ahogó en definitiva. Mas esa quietud poseía una voz.

—Me llaman la loca —dijo después de algunos minutos.

Javier no respondió.

La noche. Había llegado sorpresivamente. No se oyó el rumor de sus sombras. Algunas estrellas hirieron el cielo en desorden. Pero lo hicieron en silencio. Solo un vientecillo continuaba silbando.

—¡Loca! —rió— Raquel, la loca... Porque conozco los secretos de esta tierra. Todos... todos... Pero ellos solo me contestan con carcajadas. ¡Idiotas! No saben que solo yo conozco el secreto. Ríen como idiotas y me llaman loca... Yo sé, sé dónde está escondida la raíz del árbol...

—¿La raíz?

—Solo yo sé dónde brota la fuente más pura.

—¡La fuente! —gritó casi.

—Sí. Es tan cristalina y las piedras de su lecho son tan blancas que en ella no se ven imágenes.

—Entonces... ¿entonces hay agua?

—¿Si hay agua? Esa fuente es eterna. No se ha detenido nunca. No se detendrá jamás.

—Hay agua.

—Brota a borbotones.

—¡Hay agua!

—Es de plata. A veces, al mirarla, creo que es el ala de algún pájaro inmenso que se ha detenido en la tierra...

—¿Hay una laguna? —preguntó Javier y en su voz se mezclaban la dicha y el ansia.

—Más que una laguna: un mar, un mundo...

El agua se ha acumulado durante siglos.

—Dime, dime cuán grande es.

—Más que todo lo que puedas imaginar —la mirada de Raquel se perdía en el horizonte; ni una sola vez había vuelto sus ojos hacia Javier mientras hablaban—. Tan grande, que con sus aguas se podría inundar la pampa.

—... y cubrirla de árboles...

Era algo como una luz en la noche. Una súbita florescencia.

—Dime... ¿es cierto que el agua parece de plata?

* * *

¿Era el viento el que silbaba entre los muros?... Me llamo Javier... Me llamo Javier... Me llamo... Cómo avanzaban esas brumas. Todas esas brumas. Eran suaves... ¿Por qué sus manos se deshacían en brumas? Y sus pies... Tenía pies de niebla ¡Ah! El vértigo. Abro los ojos. Voy cayendo lenta, lentamente, como si el aire fuera espeso, como si retuviese mi caída. Pero voy cayendo en este pozo tan oscuro... Mas en las grietas hay luz, una luz extraña, reflejo de otra luz... ¿quizás? ¿Dónde estoy? Mis manos, se aferran a esa grieta. Un momento todavía... siento rondar junto a mí aquella presencia; está cerca, la siento respirar... No, no... Mas mi cuerpo se hace niebla y pasa por aquella grieta... Zonas indefinidas de claroscuro. La luz explota como una burbuja. Florece en cada átomo. No veo, no veo lo que hay a mi alrededor... Trazos corren por el aire, figuras se acercan y se alejan... no las puedo distinguir. ¿Son alas? Quizás mareas... Pero no ¡no! Son árboles, ahora se han detenido. Millares de árboles.

Tanto verde me aturde. Rumorea el viento en su follaje; lo veo mas no logro escucharlo. Es un murmullo mudo. Tan mudo. Y no había mirado hacia allá. Maravilloso... Todo cubierto de árboles, inmensos, gamas de colores: del gris al negro pasando por todos esos verdes. Tanto matiz me sofoca, la luz... Pero hay tibieza en mí, algo que semeja la dicha, fuerte y sana, al igual que un golpe de viento. El viento... El cielo se desploma sobre mí, pesado. Esta tierra, me parece reconocerla. Quizás... Sí, sí... es la pampa. Se ha inundado de árboles, de verde, de rumores suaves. Es esa pampa toda florecida...

Y entre los árboles avanza Raquel.

* * *

Se encontraron al amanecer.

Aún quedaba en la atmósfera algo de la noche. Su silencio, sus sombras. Raquel lo esperaba ya en el lugar indicado. Javier tuvo la sensación de que toda la oscuridad convergía hacia ella, tal como la tarde anterior creyó que surgía de su cuerpo.

—Sígueme —susurró Raquel—. Tenemos un largo camino que hacer.

Toda esta pampa cubierta de árboles. Al alba el sol brillaría en las hojas...

—¿Es muy lejos?

La mujer había echado a andar y no contestó. Javier la seguía. El polvo callaba el sonido de sus pasos, los hacía irreales, como si caminaran sobre brumas silenciosas.

Una promesa de sol se dibujaba con debilidad en el horizonte. Aquel horizonte que cada vez se hacía más lejano. En la mente de Javier brotó la idea de un juego que adoraba cuando pequeño: dos líneas separadas por cierta distancia movíanse conservando siempre la misma separación. No se alcanzaban nunca... Y sin embargo ¿por qué no habrían de encontrarse? Quizás sí... Pero todo daba vueltas en su cabeza.

Sintió frío.

* * *

Todo a su alrededor recordaba el calor. Las grietas que, como labios carcomidos, se entreabrían dejando ver profundidades vacías; la amplitud enervante en monótona coloración; un viento de fuego a ras de tierra, y ese cielo que caía al igual que una mortaja hirviente.

¿Dos horas? Quizás más; quizás menos. El tiempo comenzaba a perder su significado. No eran sino lapsos de silencio o de viento los que interrumpían la corriente inalterable.

Comenzó a sentir el revoloteo de ese algo misterioso junto a él. La sentía vibrar esa presencia. Y llegó a desear que se presentase ante él, fuera quien fuera. Pero que dejara de ser aire, idea, nada. No... nada no... ¡No!

* * *

Una nube se alargaba en el cielo. La veía tan blanca en medio de esa zona grisácea. ¿Era un cisne? ¿Una flor? O simplemente una nube.

Uno, dos... uno, dos... comenzaba a sentir los pies pesados, como si millares de seres desconocidos pero diminutos, de eso estaba seguro se aferrarán a sus tobillos. Uno, dos... ¿En qué pensar? ¿En los árboles que inundarían toda esa tierra? Sí... mas no sabía por qué, la idea ya no era tan vigorosa; en ella algo no concordaba. Quizás fuese una locura su proyecto... Mas no ¡no! Debía realizarse. Debía...

* * *

Esos velos que revoloteaban tras Raquel lo mareaban. Oía sus golpes secos, lejanos, como ecos de otros ruidos.

En ellos debía pensar. Recordaba las comparaciones que hizo la tarde anterior:

—Una nube... una llama negra... —repitió entre dientes.

Era curioso, pero ahora no podía imaginar esas cosas. Ahora solo veía velos... los velos de un traje... del traje de Raquel.

* * *

—Ahí —gritó de pronto la mujer y su brazo se extendía hacia el horizonte. Javier siguió la dirección indicada... sus ojos se llenaron de lágrimas. Las rodillas amenazaron doblarse, como si las piernas no pudiesen soportar el peso del cuerpo.

—Ahí —repitió Raquel.

Javier creyó no haber visto jamás algo tan hermoso. El lago era inmenso, más grande de lo que pudiese abarcar cualquier palabra. Y era todo de plata. Tal como Raquel lo describiera. Tuvo ansias de hundir sus labios en aquellas aguas. Las adivinaba frescas, llenas de estremecimientos.

¡Era verdad, entonces! Por un momento había dudado. No obstante era verdad. Lo sabía. Lo estaba viendo.

Como alas suaves rozáronlo las antiguas imágenes. Despertaban en él una dicha nunca antes experimentada. Lloraba en su dicha.

* * *

Recto. Muy recto. El sol caía a plomo.

—¿No llegaremos nunca?

Raquel se volvió con energía. Una mirada que nacía tras las pupilas inmovilizó al muchacho:

—¿Quieres volverte?

Continuaron.

* * *

Era una voz. Sí, estaba seguro. Ahora lo comprendía. Ese algo que rondaba a su alrededor era una voz. Insinuante... oía sus palabras con claridad. Lo requería. ¿A qué? ¿A dónde? Y en ese modular delicioso entreveía algo de mortífero. Pero no importaba... sabía qué era y eso solo... Quizás era la voz de las piedras. Quizás era la voz de la tierra. Esa voz de silencio.

* * *

—Raquel —murmuró, pero ella no contestaba.

Avanzar... paso tras paso... la vista perdida en las huellas de la mujer. Así... Uno, dos. Contar las piedras, las nubes, las piedras nuevamente.

Y de súbito tuvo un presentimiento. Levantó los ojos:

—¿Dónde? —gritó y su voz se desgajaba en la garganta—. Ha desaparecido...

Raquel se detuvo. En aquel instante la brisa murió y los velos cayeron a lo largo de su cuerpo como pétalos marchitos. Estaba inmóvil. Silenciosa.

Javier corrió hacia ella. La pregunta se detuvo entre sus labios y retrocedió espantado, pues ahora comprendía. Ahora veía la desolación a su alrededor, veía lo absurdo en su idea.

Así, de golpe, como una horrible revelación. Ahora todo adquiriría su verdadero esbozo, el trazo mismo perdía su silueta desvaída, haciéndose recto y potente en su color. Raquel ya no era esa voz surgida de la noche sino una pobre loca que lloraba silenciosamente junto a él.

Y todo era más comprensible; pero menos maravilloso.

La visita del sobrino

- 1952 -

Un río ancho y quieto corta en dos la ciudad donde vive tía María. Las ciudades con río son siempre hermosas. Hay en ellas algo distinto, en sus gentes y en lo que esconden. Por de pronto, ese trazo de agua nunca deja de estar presente en el pensamiento y vida de los moradores. Así, los sitios se encuentran a este o al otro lado del río, los puentes también son lugares de referencia, las citas se concuerdan junto a ellos. "¡Espérame aquí mismo mañana!". Todo llega a través del río, todo parte por él; nutre la ciudad con un pulso diferente que hoy se ha hecho imprescindible. ¿Cómo serían los domingos si no existiera el río? ¿Dónde ir? En cambio, él es una meta, es una manera de anclar ese día que se aguarda con impaciencia y, que una vez arribado, no se sabe cómo gastar. Pero si existe un río, hay tanto que ir a ver: lanchones y pequeños barcos que circulan perezosos entre las riberras, caminos por último, eternos a lado y lado, uno va por el estrecho pasaje que separa la tierra del agua. ¡Es distinto!

Pero, sobre todo, las ciudades con ríos son más hermosas que las otras, porque están abiertas al mar. Puede hallarse lejos, muy lejos, sin embargo un río irremediablemente debe encontrarlo. Y es aquel mar, distante, desconocido por muchos, el que recorre a contracorriente el río, renaciendo en la ciudad.

Baltasar miró con asombro todo eso. Era la primera ciudad europea que veía así, de golpe, a la luz del día. El puerto no contaba. Apenas quedó determinado en su memoria por una red de callejuelas sobre las que caía la noche y una llovizna. Para él que llegaba de tan lejos, esa ciudad era muy distinta a cuantas había conocido hasta entonces. Esta ciudad era Europa. ¡Por fin lo lograba! Él que durante tanto tiempo soñó con recorrer todo esto, lo encontraba hoy, en un mediodía, tras la ventanilla de un tren y en lo alto de una colina. Ciertamente que antes estuvo ahí con el pensamiento. En él, como en ningún otro de los Carrere, despertó la nostalgia de esas cosas desconocidas, pero familiares a través de la sangre. Cosas como el aire, la tierra, el agua primera que ahora se juntaban más allá del cristal de su ventana. Bastaba estirar la mano y las tendría. Dos generaciones de Carrere ya habían nacido en Chile; pero he aquí que un miembro de la familia escuchaba el llamado. Casi se podría creer en alguna raíz, en alguna huella inmortal.

Baltasar Carrere era joven. Apenas si había terminado sus estudios y este viaje llegaba a ser la recompensa que sus padres le ofrecían por haberlo hecho en forma brillante. Ciertamente que todo no fue tan fácil. En un comienzo, Julio Carrere no se decidía a dejarlo partir. La madre para quien Europa, es decir París, representaba el camino más corto y seguro que puede seguir un muchacho para *perderse*, era la fuerza contraria. Pero entonces Julio recordó a tía María.

Esta hermana de su padre, o sea tía abuela de Baltasar, no emigró a Sudamérica con el resto de la familia. Permaneció en Europa y de ella poco o nada se sabía, ya que al morir el abuelo, se perdió todo contacto íntimo. Emilio, el mayor de los Carrere, solía escribirle de vez en cuando para anunciarle los nacimientos, matrimonios y muertes que ocurrían dentro de la familia. Siempre adjuntaba a la carta una fotografía del evento, casi por tradición. Fuera de esto, los hijos del patriarca Carrere no tenían otras noticias de aquella tía lejana. Pero Julio Carrere la recordó:

—He tenido una idea que me parece muy buena —dijo a su esposa.

—¿Qué? —preguntó ésta, temerosa.

—Creo que es preferible dejarlo partir.

—¡Cómo!

—Sí, comprendo lo que le sucede al muchacho. A mí me pasó lo mismo a su edad. Entre nosotros se siente atado, se siente *niño* y la posibilidad de hacer un viaje significa algo así como una liberación. Creo que debemos darle esa oportunidad. Le hará bien. Le hace bien a los jóvenes estar solos, valerse por...

—Pero, Julio, ¿qué estás diciendo? Dejarlo partir... a todo eso —hizo un gesto con la mano—. Todavía recuerdo esa calle donde me llevaste en París...

—Pero hace siglos, Alicia. Fue en nuestra luna de miel.

—No tanto —contestó un poco picada—. Exactamente veintiún años. Y todavía recuerdo esa calle con mujeres en vitrina que te guiñaban.

—Pero...

—No, no dejaré que Baltasar se pierda. Es tan niño.

Julio interrumpió. Estaba diciendo:

—Irás y, tranquilízate, no será a París. ¿Recuerdas que tengo una tía en Lieja, tía María? Pues bien, le escribiré pidiéndole que lo aloje. Eso ya será un cierto freno. Desde allí podrá salir a viajar.

Todo se cumplió tal cual lo planearon.

Baltasar vio la ciudad desde una altura. El tren que lo conducía se detuvo un instante en la cima de una colina y él pudo contemplarla, allá abajo, inmóvil. La distinguió toda gris, erizada de chimeneas y espesa de humo; pero había montes que la rodeaban, como un anillo, montes de un verde

húmedo, el río reptando por su centro. Al dividirla, le prestaba cierto encanto de cosa detenida, pero viva.

Tía María no lo esperaba en la estación. Era lógico. Cómo iba a estar allí, si ella pensaba que Baltasar llegaría el diecisiete y hoy era dieciséis.

Fue lo que el muchacho se dijo al reunir sus maletas y despedir la docena de porteros que se habían agrupado en torno y de los cuales su nombre le recomendó desconfiar en todo sitio y el cualquier momento. El mismo le había escrito que llegaría al día siguiente; pero, queriendo sorprenderla, reestructuró su itinerario y adelantó la llegada. A Baltasar le gustaba sorprender a la gente, experimentaba la sensación de estar engañando al tiempo. Pero ahora, al verse solo, es decir, rodeado por esa horda de hombres de gorra roja y gestos grandilocuentes, lamentó haberlo hecho. Sin embargo decidió dominar la situación. Dejó su equipaje en custodia y abandonó el lugar.

Por suerte sabía cómo encontrar la casa. En una carta, su tía le explicó con todo detalle cómo hacerlo. Baltasar releó el párrafo: "En caso de que yo no alcance a llegar a la estación, lo que no es raro debido a la pésima locomoción, le incluyo un planito que le ayudará..."

Vista de cerca, la ciudad le gustó aún más. No sé, estaba impregnada de una atmósfera especial. Calles estrechas, húmedas y, en las esquinas, vendedores con sus canastos repletos de retamas. Un edificio imponente que, sin duda, era la alcaldía se alzaba frente a él. La fachada toda esculpida y, en torno, un jardín estrecho limitado por los rieles de tranvías. Nunca había visto una ciudad como ésta y sus ojos se llenaban con ella. La imaginaba en la noche. Misteriosa. Imaginaba los muelles del río, aquellos que entrevió al fondo de una callejuela, casi los de un puerto, inundados de marineros y mujeres. Por todas partes, bares con letreros luminosos, como en las novelas, música de pianitos mecánicos, una que otra sirena, de pronto, como un grito y la noche en todo eso, en todas las cosas, en todas las gentes.

¡Qué no sabría él cuando volviera a su país!

Se entretuvo tanto caminando de un lado para otro, que cuando llegó a la casa cuyo número correspondía al anotado en la carta, ya era media tarde. Se detuvo un momento frente a ella y la estudió. No era una casa grande; más aún, parecía estrechada entre sus vecinas. Cuatro pisos y en el segundo, que era el que ocupaba tía María según supo después, ya que arrendaba los otros, una ventana sobresalía transformándose en balcón. Era un extraño balcón cubierto por un techo, pintado de verde, una verdadera jaula de cristales. Daba la sensación de una pieza, muy pequeña, flotando ahí, entre tierra y cielo.

Baltasar tocó el timbre. Pasaron cinco minutos y nadie contestó. Se dijo: quizás el timbre esté descompuesto. Golpeó entonces y, de inmediato, la puerta más cercana se abrió de golpe. Apareció una mujer:

—¿A quién busca?

—A la señora María Carrere.

—Ha salido —contestó la vecina con voz dulce y melosa—. Hoy es miércoles y los miércoles siempre va a visitar a unas amigas.

—Ah... ¿volverá pronto?

—Siempre vuelve a las seis.

Tenía una larga hora y media por delante. De pronto, sintió calor, cansancio. Se habría sentado en la calzada si esa mujer no estuviese allí. La vecina no era joven. Más bien baja, de personalidad indiferente y cabellos entrecanos. Su rostro se hacía amable al sonreír; pero con una amabilidad un tanto forzada, rasgo que fue evidente cuando dijo:

—Yo soy arrendataria de la señora Carrere. Arriendo el primer piso.

Baltasar miró las dos puertas sin comprender. Ella explicó:

—Es que la casa tiene dos entradas.

—Ah...

—Pero, ¿por qué no entra? Puede esperarla en mi casa. Pase, pase usted. Debe estar cansado.

La mujer no lograba esconder esa curiosidad que subía hasta sus ojos y los transfiguraba. En su boca también estaba la pregunta, próxima a explotar, como una burbuja que ha vivido demasiado tiempo. ¿Quién era este joven que llegaba, así, sin mayores comentarios, cansado y con aspecto de extranjero? Todo eso se atropellaba al borde de sus labios; sin embargo exclamó:

—¡Adelante! Le prepararé una taza de café...

Pero Baltasar retrocedió instintivamente.

—Gracias... no. Volveré más tarde... eh... dejé mis maletas en la estación. Prefiero ir a buscarlas mientras tanto.

—Pero entre un ratito. Para descansar.

—No, muchas gracias, francamente prefiero ir a buscar mis maletas. Si no fuera mucha molestia...

—¡Sí!

—Le agradecería un vaso de agua.

—Por supuesto.

Rápidamente volvió con lo pedido. Sin explicarse por qué, Baltasar tomó el vaso con cierta desconfianza y aguardó algunos momentos antes de beber.

—¡Qué lástima que tenga que irse! Una taza de café le habría hecho mucho bien.

Baltasar bebió el agua de un sorbo, sin gustarla, sin sentirla, como quien cierra los ojos y se lanza en el precipicio. Después preguntó:

—¿Qué tranvía debo tomar para ir a la estación?

—El 87 o el 96. Pasan por esa esquina y...

—Gracias, gracias por todo. Hasta luego.

Y Baltasar echó a caminar en dirección al paradero. Pero no había recorrido media cuadra, cuando escuchó un grito a su espalda:

—¡Espere! Eh... señor, espere.

Se detuvo. La mujer corría tras él. Los pasos llegaban como un repique, menudos, agudizados, inquisidores.

—En caso... que llegue... —articuló jadeando— antes que usted... haya vuelto... ¿Quién debo decirle que preguntó por ella?

—Su sobrino de Sudamérica.

—¡Ah!

Algunas horas más tarde, cuando Baltasar volvió, de inmediato pudo darse cuenta de que reinaba gran agitación en la casa. En las ventanas había luces, la del primero estaba abierta y, desde allí, le sonreía la vecina.

—Ya llegó su tía.

—Gracias.

Como respuesta a su llamado, escuchó la precipitación de pasos despenándose escalera abajo. La puerta se abrió y tía María estuvo allí, con su mano sobre la perilla, detenida en el impulso. En un comienzo, el muchacho no logró articular palabra: el parecido de la mujer que tenía ante él con su abuelo era asombroso. Por un momento tuvo miedo; se creyó frente al fantasma. Se destacaba contra la escalera en semi penumbra, corpulenta, inmensa, con algo de dominante, tal como Baltasar recordaba a su abuelo. Vio la misma frente ancha coronada por cabellos blancos, las mismas manos fuertes, los mismos ojos de mirada decidida y, sobre el labio, el mismo bigote punzante que se vino a clavar tres veces en sus mejillas cuando la tía lo besó.

—¿Cómo está, tía?

—Yo te esperaba mañana.

Ya lo tuteaba y en su acento había un reproche. Estaba agitada, congestionado el rostro, las manos nerviosas.

—Yo te esperaba mañana —repitió—. Por lo menos en la carta de Julio...

—Sí, sí, es cierto. Debía llegar mañana; pero decidí adelantar el viaje y sorprenderla. Sólo pasé una noche en Amberes.

—No debías haberlo hecho.

La frase cayó como una mortaja sobre Baltasar. ¡Qué manera de recibirlo! Él, que imaginó toda clase de exclamaciones, gritos, revuelos, se estrellaba así contra su sentencia lapidaria. “No debías haberlo hecho...”. Eso le enseñaría a no confiar en los impulsos. Su tía, mientras tanto, permanecía inmóvil, tan callada como una roca, mirando a través de él, hacia la calle, como si buscase una solución. Ya en ese instante, Baltasar la supo inaccesible.

—Bueno —dijo por fin y todo parecía irremediable—, entra.

Sin agregar palabra, Baltasar cargó las maletas. La escalera era estrecha y el muchacho temía romper la pared con las aristas de las valijas. Aquella

ascensión fue un verdadero tormento. Por fin llegó al segundo piso y, precedido por tía María, entró al cuarto que debía ser suyo.

Más bien pequeño, había que bajar dos gradas para llegar a él. Adentro, sólo vio una cama ancha y alta, todavía deshecha, el velador y una cómoda con algo de féretro, sobre la cual descansaban un lavatorio y un jarro de porcelana blanca. La ventana se abría sobre un trozo de jardín y el muro de la casa contigua.

Baltasar, dejando las maletas en el suelo, dijo con entusiasmo:

—Instalado.

La mujer se dejó caer con desaliento sobre el borde del lecho.

—Si me hubieras avisado —exclamó— un algo, cualquier cosa...

—Pero si justamente quería sorprenderla.

—Hoy nada está listo. No tengo sábanas ni carne para la comida. El lechero dejó la cantidad que siempre acostumbra dejar, el gasfiter no ha terminado sus trabajos en la pieza de baño y ni siquiera tengo una torta—. Hablaba para sí, enumerando todo lo que debió estar pronto, lo que era imperioso que estuviese pronto, no tanto por él sino por el lecho de su llegada, por la tradición, lo establecido. Recorría esos detalles como quien los lee en la hoja de libreta donde los anotó. Después de algunos segundos, dijo:

—Tú debiste llegar mañana.

Baltasar se supo tonto cuando sonrió. ¿Qué más podía hacer? Esa franqueza era anonadante. Y sin embargo, ni por un momento, experimentó rencor. Tal como si a ella le fuese permitido decir esas cosas, expresarse en esa forma; en tía María, aquel lenguaje resultaba normal. Tal vez la razón de esto yacía en su aspecto, en ese cuerpo de huesos anchos y fornidas articulaciones, en la sensación de potencia, de dominio, de conquista que desplazaba al moverse. Era grotesco pretender que alguien como tía María hablase con voz suave, llevando las frases, a través de rodeos, hacia su meta. Ella debía decir las cosas tal cual.

Aquella primera noche fue un tanto trágica. Sin saber exactamente de qué, Baltasar se sintió culpable. Permaneció en su pieza ordenando y desordenando sus ropas, sin atreverse a explorar el resto del departamento. La cena se precipitó, la hora llegó demasiado pronto y tía María no tenía qué darle de comer. Por último se sentaron ante sendas tazas de café y tostadas hechas con pan añejo.

Baltasar, queriendo entablar una conversación, dijo:

—¡Qué simpática es su arrendataria del primero!

—¿Por qué?

La pregunta lo paralogizó; sin embargo quiso explicar:

—Cuando llegué esta tarde y... y usted no estaba, me ofreció, muy amablemente, hospitalidad e, incluso, insistió para que tomara una taza de café.

—Hm... —tía María se encogió de hombros—. Es uno de sus trucos.

—¿Trucos?

—Tiene especial cuidado en ser amable con todos los que vienen a verme. Sonrisas y tacitas de café, y esto y lo otro. ¡Hm! Pero hace más de un año que no me paga el arriendo.

—¡Cómo!

—Más de un año. Quise subirle el canon, era ridículo lo que pagaba, y ella se negó a aceptarlo. Recurrió a la justicia, consiguiendo envolverme en un pleito que ya dura trece meses. ¡Con qué ganas la echaría a la calle! Pero esto tampoco es posible, por lo menos hasta que termine el pleito. Es lo que dice mi abogado que, por cierto, es un idiota, ni mejor ni peor que los demás.

—¡Por Dios, tía!

—Claro que una no debe desearle el mal a nadie; pero...

El resto de la frase se hizo inaudible. Bebió un largo sorbo de café, ahogando el pensamiento.

—¿También arrienda los otros pisos, tía?

—Sí. En el tercero una pareja de recién casados y un señor solo en el cuarto.

—Y esos, ¿cómo son?

—No están mal. Tampoco son perfectos. Pero en comparación... ¿Terminaste el café? Bien, a la cama entonces.

Obedeció. Desde la puerta, se dio vuelta para desearle una buena noche, y entonces la vio ahí, la supo ahí, existente, real, palpable. Reconoció el torso de espaldas anchas y la impresión de invulnerabilidad. Un súbito recuerdo de infancia lo inundó: ese mismo rostro sobre el suyo, sonriendo. Pero, ¿cómo? Era la primera vez que se encontraban.

Durmió hasta muy avanzada la mañana. Tía María vino a despertarlo cuando el sol pálido comenzaba a manchar el jardín. Traía una bandeja con un desayuno fastuoso.

—Hoy día lo tomarás en cama. Desde mañana, tendrás que levantarte —y luego explicó—: no tengo empleada, solo una muchacha que viene los lunes y viernes para hacer un aseo a fondo.

—¡Pero, tía, esto es maravilloso!

—Ya te dije que hoy te esperaba.

De pronto, Baltasar supo que ya no entorpecía aquel orden. Se había integrado a él. ¡Por algo lo esperaban ese día! Y fue como si la casa súbitamente hallara su antiguo ritmo; a partir de este segundo, las cosas podían girar en rededor suyo, con él. Por fin Baltasar se sintió dentro de la casa.

—Bueno, hasta otro rato. Tengo que hacer varias compras. ¿Por qué no te vistes y vas a dar una vuelta por la ciudad? El 87 te deja frente a la estación,

el 96 también. Pero recuerda que el almuerzo se sirve a las doce y media, muy puntual-. Iba a salir, cuando el recuerdo la hizo volverse, un movimiento de la mano lo atrajo, como agarrándolo en pleno aire -. Y ya sabes que... bueno, *eso* está al fondo del pasillo.

Poco después, la escuchó bajar la escalera y un portazo le indicó que había partido. Saboreó el desayuno con tranquilidad. Era muy agradable permanecer ahí, mascando una tostada, estirándose entre las frazadas, ya que esa noche no hubo sábanas, porque la lavandera solo vendría hoy, hoy que lo esperaban. Pero no tenía mayor importancia. Las frazadas eran livianas, tibias y, entre ellas, su cuerpo reconquistaba la sensación de "primer día de vacaciones" que tantas veces experimentó cuando niño.

Un grito lo sobresaltó. Venía del piso superior y, tras él, escuchó unos pasitos martilleados en la escala y una voz que llamaba:

-¡Señora María! ¡Señora María!

-No está -contestó Baltasar desde su pieza-. Fue a hacer unas compras.

-¡Ay, qué voy a hacer!

Entreabriendo la puerta, Baltasar asomó la cabeza. Al pie de la escalera, descubrió una muchacha rubia, de cabellos despeinados, envuelta en una bata floreada. Todo en ella hacía pensar que acababa de abandonar el lecho: el desorden de sus ropas, esa mezcla de pereza y asombro en el rostro, la precipitación misma de sus movimientos, todo. Pero lo que más llamó la atención del muchacho fueron unos piecitos calzados por zapatillas demasiado grandes que, en todo momento, se independizaban de ellos, dejando ver los talones, redondos y perfectos.

-Y usted, ¿quién es? -gritó ajustándose, en un gesto instintivo, la bata al cuerpo.

-Baltasar Carrere, un sobrino de la señora María, un sobrino de Sudamérica... es decir, sobrino nieto.

-Sobrino de la señora María -lo dijo como algo que no podía suceder.

-Sí.

-¡Qué gracioso! -y de inmediato, presa de una coquetería espontánea, la mano subió hacia los cabellos, tratando de peinarlos-. Entonces por fin conozco en carne y hueso a uno de los modelos de esos retratos.

-¿Qué retratos?

-Los que hay en la salita. ¿No los ha visto? -y ante su gesto de negación, continuó-: Venga, venga a mostrarme cuál es usted.

Apenas tuvo tiempo de agarrar un sobretodo con que cubrirse, cuando ya la muchacha lo arrastraba hacia la pieza donde habían comido la noche anterior. Entonces, Baltasar no se fijó en los detalles, todo aconteció con tal rapidez; pero ahora, al entrar, se detuvo impresionado. Era una estancia más bien pequeña, llena de muebles. Hacia la izquierda, se prolongaba en

aquel balcón cerrado que él viera desde la calle. Al mirarla así, de golpe, se experimentaba una sensación de ahogo: cortinajes con borlas y festones caían en pliegues caprichosos; felpas, terciopelos oscuros y desteñidos; mesitas de patas delgadas, plantas de interior en macetas de loza, dos sillas enconchadas y, sobre un arrimo macizo, opalinas de formas grotescas, rosas y verdes; además, un motivo marino hecho de caracoles, recuerdo sin duda de algún viaje a la costa, y un espejo de marco tan labrado que nada sino él mismo podía reflejarse en su luna. Y en todo este cúmulo de objetos se adivinaba un orden irreductible. Era claro, existía un sitio para cada cosa. Pero lo que de inmediato resaltaba, era los muros, literalmente cubiertos de fotografías. Baltasar reconoció a toda su familia: los retratos de sus hermanos, de sus primos, incluso aquellos que él apenas conocía. Y luego, las ocasiones. Un grupo familiar que sonreía en hileras el día que se casó tío Ignacio; el bautizo de Panchito y la primera comunión de Ana, el rostro moreno de la muchacha emergiendo entre los tules y una cruz iluminada al fondo. Él también estaba ahí, vestido de marinero y con chasquillas.

—¿Cuál... cuál de ellos es usted?

—Este... —Baltasar no quiso delatarse—. Parece que yo no estoy.

—Entonces quiere decir que no es pariente, porque la señora María me ha dicho que... ¡ay! pero ya es tan tarde... yo todavía sin vestirme.

¿No sabe a qué hora va a volver la señora María?

—¿Puedo ayudarle?

Ella lo miró de pronto. Baltasar no pudo esquivar esos ojos que se detuvieron intensamente sobre él. Así ambos permanecieron inmóviles, mudos, mirándose con extrañeza y hondura, tal como si una nota que de repente hubiese sonado en el aire despertara en ellos dos un mismo eco. Él supo que ella era joven, muy joven y tal vez hermosa. Por lo menos poseía ese algo húmedo que tienen los animalitos recién nacidos. Baltasar bajó su vista.

—No, no me atrevo.

—Pero dígame.

—No... no me atrevo.

—Sí.

Volviéron a mirarse y esta vez rieron.

—Es... es una tontería.

—Pero dígala.

—Resulta que mi marido salió temprano... olvidé pedirle dinero... no tengo con qué hacer las compras para el almuerzo.

—¿Su marido!

—Sí, mi marido. ¿Le parece raro que tenga un marido?

—Nn... no.

—Soy la arrendataria del tercero. Como soy muy distraída, a menudo me sucede esto. Entonces acudo a la señora María, que es un ángel.

—Tal vez yo...

—Oh, no. No importa. Iremos a almorzar a cualquier parte.

—Pero yo tengo dinero. ¿Cuánto le hace falta?

Nuevamente ella lo miraba en los ojos, le sonreía con los ojos. Echó la cabeza hacia atrás, agitó los cabellos y la garganta se perfiló bajo la piel.

—Sería tan amable.

Le prestó la cantidad que ella le pedía y se sintió muy contento. Ella también parecía estarlo. Una vez que tuvo el dinero entre las manos, corrió, voló escalera arriba.

—¿Cómo se llama? —alcanzó a preguntarle Baltasar.

—Eva —respondió al desaparecer.

Resultó que Eva no se llamaba Eva sino Mariken. Pero a la muchacha siempre le había gustado más el otro nombre. Fue tía María quien se lo dijo a la hora de almuerzo. Estaban sentados en torno a la mesa, sobre la cual había un verdadero banquete. Tía María se preocupaba de sazonar la ensalada, lo hacía con mayonesa en vez de aceite según una vieja costumbre. Sus movimientos eran parsimoniosos, profundos, como presos en un sentido. Todo lo que ejecutaba, por lo demás, iba envuelto en algo necesario, casi trascendental. Así los gestos mínimos surgían transfigurados. Uno pensaba que eran imprescindibles.

—Así es que conociste a Mariken.

—Sí.

—¿Dónde?

—Aquí. Quería verla a usted, necesitaba que alguien le prestase plata...

—Y tú le prestaste. ¡Claro! Esa muchacha es incorregible. No acierto a comprender en qué gasta tanto dinero. A mí ya me tiene casi arruinada.

—¿Quiénes son? ¿Cómo es su marido? ¿Qué hacen?

—Ella no es mala muchacha, ¿sabes? Un poco alocada, eso es todo. Muy joven todavía. Vive en una constante agitación. Fuma demasiado, olvida todo, pasa las mañanas en cama escuchando la radio... pero no es mala muchacha.

Baltasar sorprendió en la voz de su tía un acento cariñoso. Se sorprendió. Aquello resultaba disonante en ella, tan maciza e inalterable. Quiso saber más:

—¿Y su marido?

—Federico es distinto.

—¿Por qué?

—Es distinto.

No hubo otra explicación. Por lo demás, la ensalada ya estaba pronta.

Pasó una semana. Baltasar quiso conocer la ciudad. Vagó por las calles y a lo largo del río. Descubrió capillas escondidas en plazas absurdamente pequeñas, capillas coronadas por campanarios tímidos, precedidas por jardincillos en los cuales una fuente tarareaba sin descanso; descubrió mercados que nacían, vivían con intensidad en las mañanas solo para languidecer a media tarde cuando el sol caía a plomo. Pero el sol nunca era muy intenso. Todo sucedía en medias tintas. Había nieblas y, tras ellas, luz. Sin embargo, Lieja no era lo que suelen llamar una ciudad gris, gris de neblina y de lloviznas, sino que estaba invadida por el humo de las fábricas que, hacia el este, erizaban el barrio de chimeneas, humo que se extendía, espesándose, hasta crear ese clima desvaído. El muchacho recorrió todo eso así como museo de recuerdos históricos y la galería de arte. Aún más, emprendió una excursión a un pueblecito cercano que guardaba en su iglesia un tríptico famoso.

Pero la casa lo fascinaba por sobre todo. Tía María reinaba allí como sobre una pequeña comarca. Cuatro pisos encasillados entre dos edificios, un balcón cubierto que le pertenecía y un jardín que, por derecho y por desgracia, correspondía a la del primero. Era todo lo que se poseía para ejercer su autoridad. No precisaba más.

Ante todo, estaba el orden. En su departamento cada cosa tenía un sitio asignado. La llave de la casa, por ejemplo, colgaba del segundo gancho, de izquierda a derecha, en la percha. Cuando salía, aislaba el departamento del resto de la casa, cerrando una puerta y guardaba esta llave en el segundo -todo era segundo, así resultaba más fácil recordar- cajón de la cómoda, bajo un periódico que estaba ahí desde el 4 de febrero de 1908. En el salón, los floreros tenían su lugar; incluso las flores, cuando las había, parecían predestinadas: las rosas en el vaso de cristal, los claveles en el de loza blanca. Los diarios y revistas se distribuían sobre la mesa que llenaba casi todo el balcón, "loggia", como la llamaba tía María. Las cosas menudas, las cartas por ejemplo, también encontraban ubicación dentro de la armonía general. Su sitio era el escritorio, bajo un pisapapeles en el cual tres violetas yacían aprisionadas en un goterón de vidrio. Por una parte, la leche debía encontrarse en el jarro cubierto con un lienzo húmedo en la segunda repisa del estante a la izquierda, según se entraba; así como el carbón no podía descubrirse sino al cerrar la puerta, ya que estaba disimulado tras ella. Un cajoncito y la escobilla pronta a dejar todo limpio cada vez que se sacaba combustible.

El dormitorio era su obra maestra. Al entreabrir las puertas, se hubiese dicho una vitrina. Sólo aquí se lograba la perfección. Todo estaba quieto,

paralizado, exacto; un orden que, de antemano, se sabía invulnerable. En el salón, a veces, solían suceder desgracias. Cosas mínimas es cierto, pero que bastaban para entorpecer la correlación del todo. Un sillón que misteriosamente cambiaba de lugar, un pétalo que caía sobre la alfombra. Pero en el dormitorio nada de esto podía suceder.

—Cuando uno vive en dos piezas —explicaba tía María— hay que tener orden. Pero era más que eso. Aquí se lindaba lo patológico. El ropero estricto, ancho y macizo, como un gran símbolo, tenía dos espejos en los cuales venían a reflejarse los otros muebles: la cama confortable, el velador con dos imágenes santas y la silla. A través de esas líneas rectas, planos lisos, muros sin molduras, se adivinaba la mano infatigable de tía María batallando contra el polvo y lo que dejan las moscas.

Baltasar lo supo después de algunos días. En cierta forma, él entorpecía ese orden. Por de pronto, el solo hecho de tener que abrir la habitación al fondo del corredor que, de costumbre, permanecía cerrada, ya era un disturbio. Además, cien pequeños detalles: los portazos, los atrasos involuntarios, los pies sobre los sillones, el tenderse en las camas antes que se alcanzaran a sacar las colchas, los saludos demasiado estruendosos, el canturreo al afeitarse; por fin, esa risa incesantemente palpable que, como un vientecillo, se introducía en todas partes, corriendo a través de las piezas, creando aquel clima de inestabilidad. Era otro pulso, otra voz, otra respiración dentro de la casa.

Y en todo aquello hubo algo que intrigó a Baltasar, algo que deseó conocer, algo que tal vez debía conocer.

Una noche, mientras comían, Baltasar escuchó música. No era el comienzo de una melodía, sino la súbita irrupción de un trozo que luego se prolongó en ritmo de trompetas y saxófonos. A los pocos segundos, unos pasos vinieron a unirse a la música. Parecieron introducirse en su compás y ambos sonidos fueron uno.

—¿Escucha, tía?

—¿Qué?

—Parece que están bailando arriba.

Tía María cerró los ojos como para concentrar la fuerza de sus sentidos en la audición.

—Sí —dijo—. Están bailando.

—¿Quiénes?

—Mariken y su marido.

—¿Tienen fiesta?

—No —y luego agregó sin mayor convencimiento—: ¡El pobre hombre!

Baltasar la miró extrañado. Ella sostuvo su mirada. Al fondo de sus ojos, el muchacho creyó entrever una expresión curiosa, tal vez una idea que la divertía.

-¿Por qué, tía?

-El pobre hombre -y acentuó el adjetivo, dándole quizás un sentido diferente-. Llega tan cansado de su trabajo y ella lo obliga a bailar.

-¿Todos los días?

-A menudo.

-¿Y a él le gusta?

-No sé. No lo creo.

-¿Por qué obedece entonces?

Tía María no respondió. Había debido una inmensa taza de café y se sirvió una segunda. Cuando Baltasar ya creía que no iba a contestar, dijo de pronto:

-Mariken es el tipo de muchacha a la cual no se le puede decir no.

Así terminó la cena. Baltasar ayudó a recoger los platos y las copas. También se ofreció para lavarlos; pero ella no quiso. Entonces volvió al salón y, sin tener otra cosa que hacer, se desplomó en un sofá. De inmediato, la música y los pasos lo inundaron como algo vivo. Se sintió fascinado, lleno de una excitación que por un instante lo volvió tenso, los nervios a flor de piel, absorbiendo ese ritmo que se abrió paso a través de su cuerpo como un río por su cauce. El compás sincopado se coló dentro de él, creando un nuevo pulso. Entonces, como si estuviese a punto de ahogarse, respiró con fuerza, bebió el aire que la estufa se había encargado de entibiar y que llegó a sus pulmones bajo la forma de una ola espesa y pegajosa. Todo esto no ayudó sino a acrecentar la sensación, y ahora echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos, todo su cuerpo estuvo atento a esa música mezclada a los pasos, a esos pasos que amenazaban rasgar las tablas, hundirse en ellas tal cual lo harían en la tierra blanda.

-¡Baltasar!

Su tía lo llamaba desde la cocina. En ese momento escuchó el ruido del agua que brotaba del grifo. Su rumor se superpuso al otro, lo destruyó.

-Ya voy.

-Anda a decirle a Mariken que se deje de bailar. Tengo mucho dolor de cabeza hoy día.

-¿A Mariken?

-Sí. ¡Anda pronto!

Nunca supo cómo subió la escalera. Un salto quizás. Lo cierto es que estuvo frente a la puerta y golpeó con suavidad. No hubo respuesta. No le oían sin duda. Volvió a golpear y esta vez una voz de hombre exclamó adentro:

-¿Quién será?

Baltasar sólo atinó a responder:

-Soy yo.

—¿Quién?

—Baltasar.

La puerta se abrió entonces y en el espacio, vio un rostro más bien delgado, de cabellos crespos y nariz insignificante. Dos ojuelos que lo miraban atentamente tras los lentes espesos.

—¿Sí?

—Este...

Mariken se acercó en ese instante. Estaba despeinada, agitada, eufórica.

—¡Baltasar Carrere! —gritó.

—Buenas noches.

—Es el sobrino de Sudamérica... sobre el cual te hablé.

—Encantado. Federico Kroizer, a sus órdenes.

—Mi esposo —contempló Mariken, riendo sin razón—. Pero pase, ¡adelante!

Lo atrajo hacia adentro. Era la primera vez que Baltasar entraba en ese cuarto. Una lámpara de luz difusa lo iluminaba apenas. Por eso sólo pudo distinguir los bultos de los muebles y una especie de sofá lleno de cojines pequeños. El radio seguía chillando y cuando el muchacho habló, hubo de hacerlo en un tono muy alto.

—Mi tía manda a decir... ella preferiría... si no les importa... que no bailaran más hoy día. Le duele mucho la cabeza.

—Por supuesto —dijo el marido y en su voz se escapó un suspiro de liberación. Se dirigió a la mesa donde estaba el transmisor, pero la palabra de Mariken lo detuvo:

—¡Espera!

Todo quedó inmovilizado durante un segundo. La música se eternizó en una nota de clarinete y ellos tres no osaron mirarse.

—Espera... —volvió a decir, pero ahora en un tono distinto—. Antes quisiera bailar con el señor Carrere. Por favor... siempre he soñado bailar con un sudamericano. En las películas bailan maravillosamente. ¿Quisiera?

—Yo...

—Pero, Mariken, la señora María mandó decir que le dolía la cabeza.

—Unos compases, nada más. Juro que dos o tres compases, nada más.

De pronto, sin saber cómo, Baltasar se supo entre los brazos de la mujer y sintió ese cuerpo pegarse al suyo como un labio. La música llegó hasta ellos, los penetró. Traía algo de embrujo, lo que hizo nacer todos esos movimientos que, buscando existencia, afloraban a través de los pies. Baltasar jamás había experimentado algo parecido. Aquel cuerpo, con la dureza del mármol, contra el suyo; las mejillas fuertes, intensamente juntas, como si quisieran aprisionar el tiempo ahí.

En un primer momento, se vio preso de vértigo; pero luego tuvo miedo, un miedo inexplicable, un inmenso miedo. Y, frente a la mujer, se puso a temblar.

—Tengo que irme... —murmuró y, desprendiéndose del abrazo, corrió hacia abajo.

No dijo buenas noches a su tía. Se encerró en la pieza, desvestióse con prontitud y se metió en la cama. Estaba muy nervioso.

Algo había, algo sucedía en la casa. No atinaba a explicarse qué. Y todo resulta tan difícil cuando uno comienza a pensar. Pero ahí algo había, una escondida razón, un sentido, ¡qué sé yo! Las cosas no pueden estar ordenadas porque sí, los seres en un sitio porque sí, los hechos y los días presos en un cierto ritmo porque sí. ¡Eso no existe! Nada es inútil. Sobre eso no lo engañarían. En la vida —le gustaba esa palabra de sonido tan entero— se crean ocasiones, se construyen momentos, es cierto; pero todos poseen un motivo. Y en esta casa, más que en cualquier otro sitio, él sentía, casi como una presencia, esa razón.

¿Pero cuál?

Tía María sin duda. Ella entre los otros, su permanencia entre los otros, debía tener un fundamento. Aunque solo fuera pelearse “con la del primero”. ¿En qué rato de ofuscamiento decidió arrendarle esas tres piezas? Y no obstante aquello podía ser el porqué de su vida, algo así como la encarnación de una protesta contra esa mujer que pagaba menos de lo que debía. Tal vez tía María no fuese más que el purgatorio, muy merecido por lo demás, de aquel personaje. El no hablarle y el hablar contra ella no era lo que justificaba el encuentro de esos dos seres. La una llegaba a ser algo así como un pequeño infierno, un pequeño infierno por adelantado, de la otra.

Quizás ella estuviese allí por Mariken solamente. Era innegable que entre su tía y la vecina del tercero existía un cierto parentesco, no ya sanguíneo o familiar, sino mucho más profundo. Al muchacho le fue fácil adivinar que ambas pertenecían a un misma casta, a la de las mujeres fuertes, las que construyen su vida cómo y dónde quieren. Sin duda, con los años, Mariken llegaría a ser como tía María e, inversamente, esta, cuando joven, debió parecerse a la recién casada. El mismo ímpetu, el ansia de sentirse viva, de escuchar sus gritos cuando gritaba, de percibir los rasguños sobre la piel y el ruido de sus risas, toda ella en fin comunicada como un vaso con la tierra. Por eso la comprendía. A pesar de hallarla y llamarla, floja, botarata, alocada, la comprendía, porque ella también fue floja, botarata y alocada. En otro tiempo, es cierto.

De esa comprensión surgía el cariño que le profesaba, un cariño, es verdad, a regañadientes, más sentido que expresado; pero que era indispensable para Mariken. Porque la muchacha necesitaba recibirlo, recibirlo de cualquiera. Precisaba verse rodeada por el pensamiento de alguien, sentir un afecto que la alentara, casi diría que la hiciese vivir. Para ella, amor,

cariño, afecto, el sentimiento mismo llegaba a ser la única atmósfera en la cual podía respirar. Y quizás todo este escenario había sido construido para que tía María le entregara su cariño inconsciente; para que Mariken, a su vez, lo recibiese con toda la inconsciencia de un deseo.

Pero ¿y los otros? ¿Todos los otros? ¿No entraban ellos también en el núcleo de esto que no lograba encerrar en una palabra? Federico Kroizer, por ejemplo... ¡Ah! No, Federico Kroizer era distinto. Él pertenecía a la raza de los esforzados, de los que trabajan más que los otros, pero que nunca surgen. Los que se levantan al alba y se sacrifican realizando horas extraordinarias, aquellos para quienes los días se arrastran con dificultad y cada fin de mes es una tortura. Los honestos, los que se desesperan si no tienen con qué cancelar las cuentas, los que prefieren privarse de cigarrillos antes que mentirle al panadero, los empeñosos fracasados, uno de ellos era Federico Kroizer. Tan distinto a Mariken. Y sin embargo era posible que todo estuviese donde estaba sólo para que existiera aquel departamento del tercero, para que los Kroizer lo arrendaran, para que Federico fuese esclavo en un empleo cualquiera, tratando de conseguir el dinero del alquiler. Era razón suficiente.

¿Y el otro? Sí, el otro, el arrendatario del cuarto. También él podía ser una finalidad. ¡Qué! ¿Esa sombra que resbalaba escalera abajo a las ocho de la mañana solo para volver a subir a las siete y media de la tarde, una sombra a la cual se decía buenos días y buenas tardes? ¿Y por qué no? Quizás la escalera, la casa, la calle no estuvieran ahí sino para que tía María contestara ese saludo.

Baltasar paseaba a lo largo del río. Quería pensar. Lo quería, lo quería, lo quería hasta la obstinación, porque era la única manera de huir del recuerdo de Mariken.

Pero ella esperaba allí.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

—Casi me atrevería a creer en el destino...

—¿Cómo?

—Que nos hayamos encontrado.

Baltasar enrojeció hasta la raíz de sus cabellos. Bajó los ojos, pisoteó la hierba, ¿qué podía hacer?

—Podría ser más galante.

—Yo...

—Claro, usted. Contestar algo, no sé. Hablé del destino.

—¡Ah! Sí, el destino.

La tarde penetraba en la ciudad y era la suya una invasión violenta que,

en pocos minutos, dejó todo inundado de sombras. Ciertamente el río yacía silencioso; pero ahora enmudeció y en aquella gran quietud que entonces sobrevino, hubo algo molesto, insoportable casi, que fue necesario romper.

—Es una suerte que nos hayamos encontrado, si no habría tenido que volver sola a casa. Detesto andar sola, sobre todo en la noche.

—Yo la acompañaré con mucho gusto.

—Así está mejor.

Le sonrió. Baltasar se sintió culpable y rehuyó esos ojos. ¡Ah, si pudiese encontrar algo que decir! Pero su pensamiento describía círculos. Todas las palabras huían. Por lo tanto, continuaron en silencio. Curioso, sus pasos no se mezclaban y eran dos ruidos distintos, un tanto asonantes, los que iban rompiendo el momento detenido. Atravesaron un puente y en la mitad del camino, la noche se desplomó sobre ellos, los hizo perderse el uno del otro, aun cuando permanecían juntos. Recorrieron numerosas callejuelas donde ya habían encendido los faroles. Las luces brillaban débilmente a través de la niebla. Se hubiera dicho halos suspendidos en el espacio, pequeños planetas extraviados bajo los cuales avanzaban Mariken y Baltasar, nunca antes tan extraños como ahora.

En un momento dado, él quiso hablar. Sin embargo, las palabras se detuvieron antes de llegar a sus labios. Sólo atinó a volverlas a tragar. Dañaron su garganta, tal vez eran palabras demasiado grandes.

Por fin llegaron a la casa. Como de costumbre, la señora del primero estaba asomada a su ventana. Los recibió con un guiño donde se confundía una amabilidad con mucho de falso, y la conspiración, con no poco de venganza.

Subieron juntos y, al llegar al segundo piso, la muchacha se dio vuelta hacia él. Una sonrisa, Baltasar la supo irónica, flotaba como un velo sobre su rostro.

—Gracias por el paseo —dijo Mariken—. Ha sido muy entretenido.

Y mientras ella siguió hacia su departamento con paso medido, escalón por escalón, como jamás lo había hecho antes, Baltasar tuvo la sensación, al borde ya de otro mundo, de que todavía era un niño.

Al día siguiente despertó temprano. Un cielo bajo y gris presagiaba la lluvia. Decidió no salir y cuando se hubo vestido, entró al salón.

Tía María, sentada en su sillón, desgranaba arvejas. Claro que todo había sido previsto: un delantal blanco, muy almidonado, protegía el vestido. Entre las rodillas sujetaba una fuente redonda donde iban cayendo las legumbres, mientras las cáscaras se amontonaban en el suelo, sobre un papel. Revestida y ayudada por estos elementos, la ocupación, dentro de su ritmo,

adquiría caracteres de acto inconsciente, lo que le permitía hablar al mismo tiempo.

—¿No vas a salir?

—No, tía. Me parece que va a llover.

—Seguramente.

Baltasar comenzó a recorrer con la vista todas las fotografías que tapizaban los muros y, de pronto, se detuvo ante una que no había visto antes. Una pareja de recién casados. La cámara los inmovilizó en la pose característica de esa época. El novio, pequeño y con algo ratonil, yacía sentado, el torso muy erguido, las piernas rígidas, sujetando un sombrero de copa en el brazo semidoblado; la novia, en cambio, se erguía junto a él, eclipsándolo. Era una mujer alta, maciza, de espaldas anchas. Sobre su peinado, la coronita de azahares tenía un no sé qué de absurdo.

—¿Quiénes son, tía?

—¿Qué?

—¿Quiénes son los de esta fotografía?

Sin alterar la cadencia de sus movimientos, tía María se dio vuelta.

—¡Ah! Somos nosotros.

—¡Nosotros!

—Octavio y yo.

—Pero, ¿quién es Octavio?

—Mi marido.

—¡Mi tío!

—Sí, tú no alcanzaste a conocerlo. Murió antes de tu nacimiento. Dos meses antes, porque tú naciste en agosto y él murió en junio, el 23 de junio.

El muchacho no supo qué decir. No tenía la menor idea de que fuese viuda. Nunca lo escuchó contar en su casa. Volvió a mirar la fotografía. Mentalmente se dijo: "tío Octavio" y le pareció divertida la unión de ambas palabras. Le habría gustado preguntar muchos otros detalles; pero como ella no dijo una palabra más, no se atrevió a insistir.

Esta nueva luz que caía sobre la mujer lo intrigó aún más. Debía pensar en todo eso, desentrañar el misterio; estudiar las frases, comparar los hechos, sacar conclusiones. Tenía que solucionar aquello. ¿Por qué, de súbito, tanta impaciencia por aclararlo todo? Ciertamente que allí había algo fascinante; pero ¿por qué la impaciencia? Tal vez en ello radicara el ansia de olvidar otros problemas. Tratar, al no removerlos, de que llegasen por sí solos a ser pasado, un pasado muerto ya y por siempre oculto.

Pero las ideas no se dejan engañar tan fácilmente. Pueden, sí, con fingida humildad, integrarse a un segundo plano; pero siempre están latentes, prontas a aflorar en un momento de ocio o en un sueño. Que el tiempo pase ¡qué importa!, ellas permanecen. Sin embargo, esa restitución hacia lo

inconsciente, significa un período de latencia, a veces la esperanza de que se ha llegado a perder, olvidar, desintegrar la idea aquella. Y para lograr eso, se trabaja, se recurre a ardides, se inventa y se borda sobre lo que en realidad no es tan importante. Así el pensamiento vagabundea en otras direcciones y, durante un tiempo, se cree ser feliz.

Era lo que hacía Baltasar.

Para descubrir esa verdad acerca de su tía y de los que vivían en la casa, decidió reconstruir un día, un día cualquiera, ya que todos se parecían. Se entregó con ímpetu al trabajo, poniendo en él toda la fuerza que por el momento, demasiado confuso aún, ansiaba desviar de su propia búsqueda. Su verdad, la suya y la de Mariken.

Y esto fue lo que obtuvo: tía María despertaba a las siete y media. No precisaba reloj; las cosas ya se habían hecho matemáticas. Se levantaba entonces, poníase la bata de franela, abría la ventana y los postigos, dejaba entrar el aire e, inconscientemente, lo aspiraba. Echando hacia atrás las sábanas del lecho para que se ventilara bien, se dirigía luego a la cocina, donde daba comienzo a la preparación de la primera taza de café del día. El café era un verdadero *leit-motiv* en su vida. Las ocupaciones más dispares se llevaban a cabo junto a una taza de café. Una preocupación, una molestia, el cansancio encontraban pronta solución si eran gustados al mismo tiempo que la bebida. Por lo demás, tía María era un artista para prepararlo: nunca demasiado negro, tampoco *desteñido*, ni áspero ni amargo. Poseía una fórmula para mezclar el grano y la chicorea, y este secreto lo guardaba celosamente. A las siete y media entonces alistaba su primera taza, la que iba bebiendo en sorbos cortos a medida que se lavaba y vestía. Así daban las nueve y, con la última campanada, salía del dormitorio y comenzaba a afanarse por el desayuno. A las nueve y media estaba pronto y disponía la mesa en el salón. Acostumbraba comer ahí. En una mesa limpia y ordenada, decía, todo parece mejor.

El resto de la mañana pasaba rápidamente. Un ligero plumero sobre los muebles, cuestión de hacer desaparecer el polvo, ordenar la cama y ya todo estaba pronto. Para el aseo a fondo, venía una muchacha dos veces por semana. Antes, nadie más que ella podía tocar sus floreros y sus cojines; pero ahora, los años se habían desplomado sobre sus energías y hubo de solicitar ayuda.

Siempre encontraba una u otra pequeña compra que hacer antes de mediodía. De paso, adquiría el periódico. Almorzaba a las doce y luego, sentándose en su sillón, ante la increíble taza de café, leía las noticias y dormitaba.

La tarde parecía un poco más larga. ¿Cómo ocuparla? Ya no le gustaba salir, salvo los miércoles que iba a visitar a unas amigas. Tampoco podía

tejer o bordar: la vista se disolvía cuando la fijaba en un punto. Además, nunca le gustaron esas labores. ¿Entonces?... entonces todo estaba en orden. Los platos limpios, el diario leído, las cartas contestadas. ¿Qué podía hacer? Parecía esperar. Nada más. Desde su sillón veía entrar la tarde, la sentía inundar el cuarto y, ahí, entre las sombras, seguía esperando.

En el invierno, a las cinco ya estaba oscuro. Se preparaba una cuarta taza de café y después... después volvía a sentarse, a aguardar. Por lo menos sobre su rostro se posaba toda la placidez, todo el abandono que encierra una espera.

Por fin, era la noche. Encendía algunas luces, volvía a sacar el mantel y el ramo de siemprevivas. Cenaba frugalmente: una ensalada, algún trozo de carne que hubiese sobrado del almuerzo y una taza de café. Una vez que las cosas estuviesen limpias y ordenadas, volvía a su sillón. Las manos cruzadas sobre la falda, los ojos quietos, dejaba pasar una hora. Luego, iba a acostarse.

Eso era todo. Por lo menos la apariencia de lo que sucedía. Pero Baltasar no quedaba satisfecho. Fuera de eso, había algo más. Estaba seguro. Un extraño sentido. Es cierto que la mujer vivía en relación con cosas del presente, fechas, frases, cartas de Sudamérica; mas él sabía que aquello no era lo verdadero. Tía María se interesaba en todo eso, por supuesto; pero sin gran convicción. Acontecía con ella lo del invitado que escucha la confidencia de su vecino de mesa, no porque lo apasione, sino por educación. Su vida real debía ser otra. Desprovista de apariencias, de cartas, de fotografía, de memoria; aun más, distante de esas mismas cosas, una vida que él percibía sin lograr aprisionarla en palabras. Tampoco era la soledad. Tía María jamás fue ni llegaría a ser una persona sola. Ella esperaba simplemente. Pero, ¿qué esperaba?

De pronto, Baltasar se supo ante el misterio. Ahí, en lo que aguardaba, yacía la solución. Por un instante su pulso se detuvo, aguzó los sentidos, permaneció ante el precipicio en el fondo del cual vivía el porqué. Pero ya estaba ciego de nuevo. Fue una clarividencia momentánea, la sensación de estar, durante un segundo, cara a cara con algo mucho más importante que todo lo demás. Y del momento, sólo aguardó su sombra; es decir, la evidencia de haber ido más allá que los otros en el breve lapso que separa un segundo de otro. No obstante, algo trajo de todo aquello. Supo que cuanto había imaginado antes era falso. La razón que perseguía no radicaba en los otros, no radicaba en la arrendataria del primero, ni en Mariken, ni en el vecino del cuarto piso, sino en tía María, en ella misma, en esa mujer que al fondo de una habitación llena de fotografías, esperaba.

Y tal como lo habían dicho, comenzó a llover. Fina, blandamente. Al muchacho le fascinaba contemplar la lluvia a través de las ventanas. Siempre le gustó, se sentía como protegido.

—¿Tía, puedo prender la estufa?

—Pero no hace frío.

—Lo sé, sin embargo es muy agradable tener fuego cuando llueve afuera. Estaba terminando de desgranar las arvejas y estas rodaban, duras y sonoras, dentro de la fuente:

—Si quieres... pero ten cuidado con el carbón. No ensucies todo.

Al salir de la pieza, se encontró con Mariken. La muchacha bajaba lentamente la escalera y su expresión era muy distinta a la de otros días, a la de siempre. Ahora el rostro se hacía grave bajo el capuchón del impermeable.

—Buenos días —dijo él.

—Buenos días —contestó sin mirarlo. Siguió bajando.

Baltasar corrió tras ella, la llamó:

—Mariken.

Pero en ese instante la muchacha cerraba la puerta. Baltasar se precipitó escalera abajo. En la calle, llovía siempre, la misma lluvia mullida que, en un minuto, lo empapó.

—¡Mariken! ¡Mariken! —gritó, pero ella no se detuvo. Baltasar corrió entonces y cuando estuvo a su lado, murmuró:

—Eva...

La palabra actuó como un encantamiento. Al escuchar su sonido, la muchacha se inmovilizó. Sobre ambos el tiempo vino a detenerse, con algo de magia, definitivo. Él vio su espalda, la vio moverse presa en aquella respiración. Entonces ella se dio vuelta, lo miró. Se miraron intensamente en los ojos, hundiéndose el uno en el otro, buscando sus propias imágenes.

La lluvia seguía cayendo en torno, más fuerte ahora, más sonora. Instintivos, alargaron las manos, buscándose. Un momento todavía, mientras los pulsos se aquietaban, mientras los ruidos del cuerpo llegaban a ser una sola voz que los impulsó, los empujó, los obligó a correr calle abajo, riendo como poseídos.

La lluvia mojaba sus rostros, pegaba los cabellos a las mejillas, a la frente; pero ellos seguían corriendo hacia la ciudad, rumbo al río.

Al volver a casa, descubrió a su tía sentada en el sillón de siempre.

—¿Qué te has hecho, Baltasar?

—Nada.

—Pero podías... ¡Cómo vienes! Estás empapado. ¿Saliste?

—Sí.

—Y no llevaste paraguas.

—No.

—Pero, ¿qué te pasa? Capaz que te enfermes. Anda a cambiarte ropa, rápido.

Mas él no podía moverse. Había en la pieza un ambiente extraño, detenido, imposible. Supo que ahí estaba esa explicación que él quería. ¿Dónde? La razón de su tía, de los otros, de la casa, todo. La presintió en ese momento y, sin lograr explicársela, tuvo miedo. ¡Ah! qué miedo tuvo. Retrocedió un paso y apenas pudo ahogar el grito que pugnaba por romper su garganta.

Entonces decidió partir. Claro que no podría hacerlo hasta unos días más; pero por lo menos tomó la resolución. Era la única salida. Todo esto había adquirido proporciones atemorizantes. Prefería huir. Dejar el pasado atrás, como un mal sueño.

Se durmió. Fue entonces, en aquella subconciencia cargada de impresiones y detalles, cuando los hechos se hicieron nítidos. Al despertar lo sabía todo; era una larga, lenta, definitiva fermentación lo que había ocurrido durante la noche. Las cosas hoy, bajo la luz, se alzaban tan obvias que dolía mirarlas.

Tenía que irse, porque sin llegar a confesárselo, él no quería vivir todo aquello. Un miedo desconocido, un miedo que surgía de la célula más escondida, inundándolo en un solo temblor, lo impulsaba a cerrar los ojos y a huir. ¡Ah! dejar atrás todo eso, desprenderse de ello como de una mortaja. Ser libre nuevamente, empezar sobre terreno virgen; pero no volver a sentir ese miedo, ese miedo atroz. Sin ahora pudiese regresar, regresar sin haberse vencido, regresar a las cosas primeras, a su madre por ejemplo, y llorar junto a ella como cuando pequeño, llorar, llorar, llorar hasta que el miedo no fuera ya nada. Ah, la dulce manera de resolver problemas. Pero no era posible. Ya había jugado con los hechos, ideando justificaciones de colegial para explicar la existencia de su tía, un verdadero malabarista de ocasión que se divierte con banderas que no importan y botellas que se pueden romper; mas ahora se daba cuenta por qué no es lícito hacer eso. Ahora sabía que las cosas suceden en realidad y, más grave aún, les suceden a seres que viven y mueren, sufren y en todo momento son sensibles a cualquier estímulo. Las cosas suceden, están ahí, no se las puede evitar.

Comunicó esta decisión a su tía. Ella no dijo palabra alguna, lo que confundió aún más al muchacho y, sin que se la pidieran, quiso dar una explicación:

—Creo que ya es tiempo que empiece a viajar, conozca otros países...

—Tienes razón.

Durante el resto de la mañana Baltasar se sintió solo. Habría querido subir a ver a Mariken; pero temía que su tía sospechara algo. Vagó entre su pieza y el salón, miró por centésima vez las fotografías, hojeó los periódicos. Por último, se ofreció para salir a hacer las compras. Con asombro vio que su tía aceptaba.

Las calles estaban húmedas. Ya no llovía; pero el tiempo era gris. Caminó lentamente y una vez que hubo llegado al almacén, decidió seguir hacia el centro de la ciudad. Estuvo vagabundeando por calles, sin mirar, sin pensar. Eso pareció descansar. Luego regresó.

Al acercarse al almacén, vio que Mariken estaba adentro. Ella no lo percibía, pues daba la espalda a la vitrina; así Baltasar pudo detenerse un instante y buscar la razón que explicara ese súbito dolor, dolor inlocalizable, que experimentó de pronto. Todo era inútil. Uno no podía hacerse tantas preguntas.

—Buenos días.

—¡Baltasar! ¿Dónde has estado toda la mañana?

—¿Por qué?

—Bajé a buscarte y...

—¿Qué te dijo mi tía?

—Nada.

En la tienda había ese olor mustio de las verduras. Se desplomaba sobre él, inminente. Miró a la muchacha: estaba despeinada y sucia. La imagen que conservaba, una imagen llena de lluvia, desapareció ante esta. Dos mujeres provistas de inmensas bolsas de cuero negro comenzaron a cotorrear en un rincón. El parloteo llenó la pequeña sala y ya no pudieron seguir murmurando.

—¿Por qué has venido?

—Tengo que hacer algunas compras.

—Creí que vendrías a buscarme.

Pronunció esta frase en un tono muy alto. La dueña interrumpió su contabilidad; las dos mujeres se detuvieron al borde de una nueva confidencia. Baltasar enrojeció y, a duras penas, logró mascullar:

—Podría darme... aquí tengo una lista.

—Un momento —cortó la dueña—. ¿No ve que estoy sumando? Siete, trece, veintiuno...

Sus dedos martilleaban el mesón a medida que caían las cifras. El ruido se hizo intensísimo, se mezcló a las voces de las mujeres. Ellos se miraron con desesperación.

Regresaron en silencio. Como por casualidad, la arrendataria del primero regaba las flores que se alineaban en el alfeizar de la ventana. Les sonrió con un guiño. Mariken se detuvo ante ella. Por un momento, Baltasar creyó que le iba a pegar. En cambio, habló, pero su voz era hiriente:

—Nos encontramos en el almacén —dijo.

Su padre le había recomendado: “Antes de partir, hazle alguna atención a tu tía”. Después de mucho pensar, decidió invitarla a cenar a algún establecimiento elegante. La mujer no tenía muchas ocasiones de salir. Quizás ver gente, comer cosas distintas, la distraería.

—¿Qué tal si saliéramos a comer, tía? Como una despedida...

—Bueno —fue tan rápida, tan cortante la respuesta que Baltasar llegó a preguntarse si ella no esperaba acaso esa invitación.

—Por ejemplo, mañana...

—¡Ah! no. Mañana no.

—¿Por qué, tía?

—Mucha precipitación. Más bien pasado mañana.

El muchacho se aprontaba a discutir. Quería irse al día subsiguiente, lo más pronto posible; pero comprendió que era inútil insistir. Para incluirse entre las otras, esa idea debía ser gustada, preparada, elaborada con anterioridad.

—Está bien. Iremos pasado mañana.

—Pasado mañana a las ocho —especificó. Con esto quedó clasificada en el tiempo. El sobrino pensó que ahora tal vez no valía la pena salir a comer, porque ya todo estaba casi vivido.

Baltasar quiso despedirse de algunas cosas. Siempre le había gustado decir adiós a los edificios, a los jardines, a las calles. Separarse de ellos, romper todas las amarras que sentía entre un espacio y él mismo. De todo esto extraía una dicha muda. Creía liberarse de los recuerdos. No pensaba más. Sin embargo, así como algo suyo, de su cuerpo, de su pensamiento, de él todo entero, iba quedando atado a las piedras y a las vigas, en idéntica forma esas cosas permanecían en él. Creaban otro Baltasar que nunca volvería a ser semejante al que ahora abandonaba. Pero el muchacho no sabía todo esto: él estaba convencido que despedirse es desprenderse, ser libre nuevamente. Jamás volveré a decirme que he estado aquí.

Por fin llegó al río. Durante un tiempo bastante largo permaneció acodado en el parapeto. No veía las aguas, pero el rumor se introdujo en él, lo llenó todo. Y mientras le decía adiós, el ruido se inmovilizó en su cuerpo, un eco del cual ya no podría sustraerse. Porque entonces, de monte a mar, el río le pertenecía. Tal como le había sucedido a otros.

Dejó llegar la tarde. ¿Por qué arribaba siempre junto al río? Se mantuvo ahí subyugado. El perfil de la ciudad llegó a borrarse. Todo fue negro. Ni luna, ni estrellas, nada en que detener la mirada: era el lugar más oscuro que había conocido.

Halló a su tía en la cocina. Se detuvo en la puerta y no pudo articular palabra. Pero la mujer habló:

—¿Sabes, Baltasar?

—¿Sí?

—Podríamos invitar a Mariken y a su marido pasado mañana.

—Sí.

—Estoy segura que a ella le encantaría salir a comer. La pobre muchacha no tiene muchas ocasiones para distraerse.

¡Mariken! Era ella la que dejaba en esa ciudad tan oscura. Mariken, la única palabra que lo tocó. Él la abandonaba.

—¿Qué te parece?

—¿Cómo?

—¿Por qué no escuchas? Resulta agotador repetir cada cosa.

—Perdón.

—Digo que podríamos invitar a los Kroizer a comer pasado mañana. Naturalmente, nos repartiremos los gastos.

—De ningún modo, yo invitaré. Por supuesto, que vengan los Kroizer; será muy simpático.

—Entonces les diremos que pasado mañana a las ocho, no ¡antes! que a las siete y media estén listos.

La comida, a su vez, estuvo pronta. Se sentaron uno frente al otro, como de costumbre. Había mantel limpio y un jarrón con flores de verdad. Tía María le sonrió:

—Esta es nuestra despedida.

Baltasar no volvió a ver a Mariken durante esos dos días. Un sinfín de pequeñas preocupaciones lo mantuvieron alejado de la casa. Los pasajes, decidir el itinerario de su viaje, comprar algunas cosas, todo eso lo ocupó, a él y su pensamiento.

Por fin llegó la noche en que debían salir a comer. A las siete y un cuarto, Baltasar estaba listo. Entró al salón y vio que las puertas del dormitorio de su tía permanecían cerradas. A través de ellas, gritó:

—¡Estoy listo, tía!

—Yo no. Todavía no son las siete y media.

Se sentó, pero al instante volvió a erguirse con espanto. Habíase dejado caer en el sillón que pertenecía a su tía e, inconscientemente, adoptaba la misma actitud de espera. El horror lo sacudió como un largo escalofrío. Quiso saber que vivía y buscó su pulso, habló para oír su voz, caminó de un lado a otro tocando las cosas. ¡Ah! si estas pudieran herirlo.

Ahora se tranquilizó. Todo respondía: el pulso era golpeado, la voz potente, sus piernas firmes. Se supo ahí. Eso bastaba.

Sin embargo, el terror del instante se prolongaba en él, no tan preciso ya, como si ese peligro que lo amenazó hubiera perdido su rostro, restando solo su presencia. Y esto era peor. Porque ahora la sensación hacíase indeterminada, vaga. No sabía cómo luchar contra ella.

La campanada de las siete y media. Con la exactitud del reloj, se abrieron las puertas y apareció tía María. Un abrigo negro la envolvía suavizan-

do la brusquedad de sus formas. Llevaba un sombrero inmenso, simple, macizo, del cual se desprendía un surtidor de plumas finas.

—Estoy lista.

Siguió un silencio embarazoso. Tía María se detuvo entre las dos piezas. Baltasar la miraba. Ambos permanecieron inmóviles durante algunos segundos, cara a cara, y no se reconocieron. No podían reconocerse: pertenecían a razas distintas. Aun cuando la misma sangre estaba en ellos dos, en uno y en otro había construido estructuras dispares. No se sabía a qué, a quién culpar. La latitud, el sexo, la edad, la época, la generación, ¡quién puede decirlo! No obstante, resultaba cruel que dos Carrere estuvieran ahí, frente a frente, sin reconocerse, como dos extraños.

Federico Kroizer llegó a romper aquel clima. Ya desde la puerta, se disculpaba:

—Perdónenme... me atrasé un poco.

Tía y sobrino lo miraron. El hombre parecía cansado. En su rostro se descubría la expresión de alguien que ha discutido durante mucho rato. Pero nadie preguntó nada. Después de un momento, tía María dijo:

—¿Mariken no viene?

—Está enferma.

—¡Enferma! —gritó Baltasar.

—Una jaqueca. No es gran cosa. Me pidió que la perdonaran. ¿Adónde vamos?

Por toda respuesta tía María se puso los guantes, dio una mirada en rededor y luego esperó que los otros salieran para cerrar la puerta. Guardó la llave en el segundo cajón de la cómoda y sólo al bajar la escalera, exclamó:

—Iremos al Tívoli. Ahí nadie roba a nadie... en mi tiempo por lo menos. Solíamos ir con tu tío Octavio... cuando vivía, naturalmente.

El Tívoli era uno de esos establecimientos náufragos de otra época. Grandes espejos en los muros, plantas de invernadero entre las mesas, sillones de felpa rojas, mucho oro. Uno imaginaba a tía María y a su esposo entrando allí hace muchos años. Ahora, el trío que formaban la mujer, Federico Kroizer y Baltasar disonaba con estrépito. Un mozo, que la casualidad o el patrón afanoso de darle "estilo" al establecimiento detuvo en el tiempo, con patillas y un delantal blanco y largo, los condujo a una mesa.

La cena fue desastrosa. Tía María no se quejó, pero el sobrino pudo comprobar, a través de las expresiones de su rostro, que nada estaba a su gusto. Sobre todo el café que sirvió un negro vestido de turco en tacitas no más grandes que un dedal. Federico Kroizer, muy nervioso, sonreía a destiempo e hizo ruidos al tomar la sopa. Lo aterraba la idea de tener que pagar y, por precaución, pidió los platos más baratos.

Un silencio glacial cayó sobre ellos. No hubo temas de conversación. A lo más encontraron palabras como “Gracias” o “¿Está bueno?” para romper la quietud. Por suerte que, semiescondida entre las plantas, una orquesta luchaba contra un destacamento de vales. Ello, por lo menos, pobló el comedor desierto.

Cuando Baltasar pidió la cuenta, Federico dejó escapar un suspiro largo y desabrochó el último botón de su chaleco. Después partieron.

—¿Cuándo se va usted? —preguntó Federico al llegar a casa.

—Mañana a primera hora.

—Ah, entonces Mariken no podrá despedirse...

—Le ruego que lo haga por mí.

—En su nombre —y alargando la mano, agregó—: ha sido un placer conocerle. Federico Kroizer siempre a sus órdenes. Espero que tenga muy buen viaje y... y gracias por la comida.

Tía y sobrino permanecieron al pie de la escalera mientras los pasos de Federico se perdían lentamente.

—Hasta mañana —dijo ella, por fin.

—No, tía. Despidámonos ahora. Mañana voy a partir muy temprano.

—No importa. Me levantaré. ¿A qué hora te vas?

Dijo algo imposible:

—A las seis, porque...

—Bien, a las cinco y media tendrás el desayuno listo.

—¡Pero cómo se le ocurre, tía! Tomaré en la estación.

—A las cinco y media estará pronto. Buenas noches.

—Pero, tía...

—Buenas noches, Baltasar.

Quedó solo. No supo si iba a poder ahogar ese grito que tembló en su garganta. Ah, si pudiese gritar, una vez, no más; pero fuerte, muy fuerte. Ahora decidió luchar contra ese miedo. La resolución traía algo de irrevocable, de divino, de hechizo al mismo tiempo. Asiéndose a la baranda de la escalera, cerró los ojos y se embriagó repitiendo: “Yo voy a luchar, yo voy a luchar, yo voy...”.

El tren se precipita a través del campo. ¡Que corra así hasta estrellarse! Deja tantas cosas de sí. Se deja a sí mismo, como una caparazón vacía. Las ruedas poseen un ritmo obsesionante, el tren todo entero va preso en él. Es una cadencia que se cuela por las venas, palpita en las sienes, como un nuevo pulso. ¡Por fin es libre! La sensación se hace intensa y poderosa, la sensación que logra al ir sentado entre personas extrañas, en un país desconocido, sabiendo que en cualquier momento, ahora, cuando le plazca, puede bajarse del tren en una estación indeterminada y perderse para

los otros. ¿No es esto lo que ellos llaman sentirse vivo? ¿Dueño exclusivo de sí mismo? Baltasar cree saber hacia dónde va.

Lo deja todo atrás: la casa, la calle, la ventana con flores. Se despoja de esas cosas como quien arroja lejos una vestidura inútil. Olvida, cree olvidar, los *segundos* cajones, perchas y repisas; olvida la arrendataria del primero cuyo nombre nunca conoció; olvida, cree olvidar, aquel secreto de su tía que permanece sin solución; olvida su miedo; olvida a Mariken, abandona a Mariken, cree olvidarla. En unos días más, se dice, no será sino una imagen en mi vida. La deja entre los otros, aquéllos que la harán vivir. Mariken necesita que alguien la llame para existir. Sólo logra ser a través de los demás. Él no, él es un hombre. Pero Mariken requiere un beso, una palabra, un contacto cualquiera para ponerse a vivir como una planta. Ya lo encontrará en los otros. La deja sin pena, sin ningún remordimiento. Y así la abandona, la olvida, cree olvidarla, tal cual deja la ciudad, el río, la tarde, los deja simplemente, como quien descarta una pesadilla. Ahora despierta y cree ver su cuerpo limpio. Se dice: por fin soy libre.

Pero Baltasar no recuerda que él mismo se despidió de la ciudad, de la tarde, del río, no recuerda que él mismo quedó en esas cosas. No piensa en eso, es demasiado pronto aún. Se siente libre porque parte y olvida. Ahora sí, ciegamente, quiere olvidar. Y sólo consigue creer que olvida. Ha estado, ha vivido entre esas cosas. Aquello basta para que nunca sea libre. El hombre va amarrándose a las estructuras que atraviesa y si él queda, si su recuerdo, su imagen illámese como quiera! sobrevive en los demás, con mayor razón estos permanecen en él.

Pero él no sabe todo eso y ello sí es importante. Lo único que cuenta. Escucha la fuerza en él, como un grito, imagina ser libre, todopoderoso. Baltasar decide: ahí radica lo esencial.

El tren también grita en la noche. Él es un grito, grito arrojado en la oscuridad, porque ya es tarde. Y Baltasar va en él.

La primera mentira

- 1952 -

Enrique tuvo la culpa. Fue él quien le regaló esa botella de perfume. No era una botella exactamente, sino una botellita tallada en el trozo vivo de cristal y colocada luego en un estuche de raso, lleno de cintas y encajes. Así explicado, parece de muy mal gusto, pero lo cierto es que cuanto se refiere a perfumes no puede considerarse dentro de la clasificación normal de gustos. Es distinto, un perfume lo soporta todo, incluso un nombre como "Apasionadamente", que era el que ese ostentaba en su etiqueta oro y plata. Y había sido Enrique, sí, Enrique Hidalgo, su marido, quien lo trajo.

Este detalle lo retrataba. Un día cualquiera se le ocurrió llevarle a su mujer un frasco de perfume y tuvo que comprar "Apasionadamente", el más caro de todos, y en el envase más lujoso. Porque bien pudo adquirirlo en la botella de simple vidrio, que no era fea y que sin duda le habría costado la mitad; pero Enrique nunca creyó en la eficacia de las pequeñas economías.

-Te educaron para príncipe -le decía ella.

-Te equivocas -respondía él-; me enseñaron desde chico lo que es la individualidad.

Y siempre sucedía así: cuando no le alcanzaba el dinero para comprar la novela en la edición de lujo o bien cuando no podía mandarse hacer su ropa sobremedida o adquirir el perfume en el envase más caro, prefería privarse de ellos. Y esto era lo que acontecía la mayor parte de las veces. Ya que a pesar de esa individualidad inculcada, de un cierto empuje juvenil y de una inteligencia ni asombrosa ni dormida, Enrique estaba sometido a un escalafón. Todo se reducía a antigüedad y no a méritos. Tal vez un día llegaría a ser jefe; por el momento era simple empleado.

Pero había esperanzas y eran jóvenes, había un futuro.

Sin embargo, cuán difícil resultaba para una pareja de recién casados alcanzar el fin de mes con un sueldo que llamaban vital, pero que en realidad era agonizante. Se veían mezclados en serias polémicas con el carnicero y el panadero a partir del día veinte. Promesas en un comienzo, sonrisas después, luego un timbre que uno pretende no haber escuchado, para terminar en un franco juego de escondite, como cuando niños. Pero todos los días primero de cada mes la situación se normaliza. Se puede, incluso, de-

jar de saludar a los proveedores y es en este tiempo de fingida bonanza cuando se acumulan fuerzas para enfrentar los otros días, los bravos.

Pero hay esperanzas y son jóvenes, hay un futuro.

Enrique tuvo la brillante idea, y la culpa. Le gustaba desencadenar emociones de vez en cuando. Aquello lo hacía sentirse más fuerte. Un gesto, una palabra, un detalle y había vencido al mundo; sólo por algunos segundos es cierto, pero era él quien triunfaba. Valía la pena arriesgarse. La sensación llegaba a ser embriagadora. Él, Enrique Hidalgo, un simple empleado, caminaba rumbo a su casa llevando entre sus manos el perfume más caro que pudo encontrar. Al entregárselo a su mujer, literalmente se hinchó de orgullo. Estuvo ahí, sin articular palabra, mirándola desde su altura, dichoso por fin. Ella, mientras tanto, desenvolvía sin comprender de qué se trataba hasta que palpó el cristal y, en el lugar mismo, se trastornó de gusto.

—¡Enrique! ¡Una locura! Pero...

Se encerró en su pieza. Cambió de vestido, trató de peinarse de un modo distinto y luego colocó tres gotas iay, no quería gastarlo! de "Apasionadamente" en sus sienes. Así alistó la cena y soñó que comían envueltos en la luz de candelabros.

La noche transcurrió sin otra alternativa que esa felicidad colándose lentamente entre ellos, sobre ellos, junto a ellos. Unidos, de espaldas sobre el lecho, sin haberse sacado las ropas, vieron amanecer.

Pero la mañana fue distinta. Enrique, como de costumbre, partió a su trabajo y ella trató de comenzar el aseo. Después de algunos minutos se dio cuenta de que era inútil. La escoba se le dormía entre las manos; la vista volaba a prenderse en la botellita de perfume que ella misma dejara sobre la chimenea, que no era chimenea, sino una estufa disfrazada. No podía alejarse de ahí, de ese cuarto, de la cercanía del perfume. Algo en él la fascinaba, algo que la impulsó a tomar el estuche, abrirlo, destapar la botella y aspirar el aroma, fuerte, fuerte, como si quisiera retenerlo para siempre en ella.

La visión no tardó en venir. Se supo en una sala grande, inmensa, exacta a la del sueño de todas; la percibió ahogada en lámparas, en sedas y terciopelos. El piso era un espejo. Entonces escuchó música, desgranándose en las arpas y revoloteando entre los rincones, tan alada como esa sensación que, arrebatándola, la hizo girar, girar, girar.

Todo aquello desencadenó un curioso sentimiento que se hundió como un diente en ella y la transformó.

Ese mediodía estuvo malhumorada, olvidó comprar pan y no contestó las preguntas que formulaba Enrique. Aquello nunca sería suyo. Ella misma había cerrado los caminos. Ella misma quemó las naves. Ahora nada podía, salvo ansiar que su marido partiera pronto al trabajo para volver a tomar esa botella de perfume, cerrar los ojos y aspirar con fuerza.

Así lo hizo apenas él se despidió. Volvió la visión y estuvo soñando largo rato, sólo para despertar luego y tener la certeza de que aquello sucedía entre los párpados y los ojos. ¿Valía la pena? No quiso contestarse.

Y sin embargo antes hubo esperanzas, eran jóvenes. Pensaron en un futuro.

Al hacer las camas, quiso romper esas sábanas de algodón. También deseó botar a la basura la escobilla de dientes, el jabón y el hisopo —en ese orden y no otro— que Enrique alineaba sobre la repisa. Ansió incendiar las piezas por último y arder ella entre las cosas.

En ese estado de ánimo recibió a Enrique. Discutieron por una insignificancia y en la noche no hubo reconciliación, porque ella se encerró en la pieza de baño con su frasco de perfume. Ahí permaneció hasta la mañana siguiente.

Pero ese día, al ir a recoger las tazas y platos sucios, se inmovilizó de pronto. Un rayo atravesó por sus ojos y se supo que había tomado una súbita decisión. Entró al dormitorio y, mirándose en el espejo que colgaba sobre la chimenea, de un solo golpe hizo volar lejos la botella de perfume. Experimentó un gran bienestar. Eso fue todo. Mas, al acercarse al sitio donde había caído el frasquito, comprobó que estaba intacto, ni la más leve trizadura en el cristal, nada. Y sobre él se inmovilizó por tercera vez.

Pasó el tiempo. Un segundo que perdía, y luego un minuto. Dejó transcurrir una hora. Aquello la retrasaría; pero no importaba. Al cabo de ese lapso, supo lo que debía hacer. A la hora de almuerzo, cuando su marido llegara, ella lo recibiría diciéndole:

—¿Sabes, Enrique? Sin quererlo, rompí el frasco de perfume.

Eso le diría. Sólo eso. Y las cosas recuperarían su antiguo ritmo. Por eso había esperanzas, porque eran jóvenes y porque había un futuro. Mientras tanto, ella, Laura se llamaba, recogió la botellita y corrió a guardarla en el rincón más escondido de su ropero y no el de ellos, para siempre.

El secreto de Pedro Idel

- 1952 -

Como siempre, la camioneta de la Asistencia Pública produjo gran revuelo en el barrio. Junto con escucharse su sirena, se abrieron puertas y ventanas. El vehículo se detuvo frente al N°587 de la calle Los Naranjos. Todos sabían que esa era la pensión de la señora Rosa Santana.

Dos enfermeros bajaron de la Ambulancia, penetrando con presteza en la casa. A los pocos minutos, volvieron a salir. En la camilla que alzaban entre ambos, había alguien.

Los curiosos alcanzaron a percibir unos zapatos negros y el resto del cuerpo escondido por una sábana. Los hombres actuaron con tal prontitud que no fue posible ver o preguntar cosa alguna. La camilla desapareció; tras ella, dos manos hábiles juntaron las puertas. El motor partió sin dificultad. La camioneta, como una sombra, dobló la esquina y se perdió.

Todos se miraron interrogantes. ¿Qué sucedería? Las puertas de la casa permanecían cerradas; adentro no se escuchaba el menor signo de vida. ¿Quién sería? Nadie osó preguntar. Preso en estas conjeturas, el grupo comenzó a esparcirse. Uno, y otro, y otro. Una reja que golpea. Una ventana que desaparece tras los postigos. Pronto, la calle volvió a quedar desierta.

-Aló, señorita... señorita, usted habla con Rosa... con Rosa Santana. Quisiera tener noticias de un enfermo... bueno, sí, espero... ¿cómo? ¿Me tiene que comunicar con otra sección? Va a ser la cuarta... está bien, sí, espero... gracias, señorita...

Rosa aprovechó para mirarse en el espejo. La pieza estaba oscura; pero ahí, tan cerca, distinguía su rostro en el óvalo del espejo. Sin soltar el fono, contempló su imagen inclinando ligeramente la cabeza hacia uno y otro lado. Arregló un crespo, alisó los cabellos en la nuca y volvió a examinarse.

-Aló, aló... sí, señorita. Usted habla con Rosa Santana. Quisiera tener noticias de Pedro Idel... sí, señorita... un enfermo que llevaron hace poco más de una hora... no, señorita, no soy pariente suya, no... ¿cómo? Ah, soy la dueña de la pensión donde él vive. ¿Cómo? ¿Que me tiene que comunicar con la sección correspondiente? Pero... bien, señorita, aguardaré.

En el espejo, su rostro era redondo; ella lo sabía. Se sabía toda redonda como trazada con un compás. Su figura irradiaba algo limpio y sano. Los

cabellos recogidos en una florescencia de crespos sobre la cabeza coronaban sus ojos vivaces, una nariz respingona y el mentón aguzado. Era generosa de cuerpo. En torno suyo, la vitalidad adquiría un significado.

—¡Rosita! —gritó de pronto—. Rosita, ven a esperar en el teléfono. Ya me aburrí.

La hija entró. Era una verdadera sombra de sí misma. En vez de caminar, parecía deslizarse entre los muebles. Tomó el auricular de manos de su madre y aguardó sin decir palabra.

Rosa revoloteaba mientras tanto. Arregló las dalias de papel en el florero sin agua; enderezó un cuadro; ordenó los chiches sobre la mesa. Le gustaba su salón. Muchas veces habría podido arrendarlo como una pieza más; pero a ella le gustaba su salón. “Un salón da cierta importancia a la casa”. Todo en él le gustaba, le gustaba tal cual: con la planta de sombra, los muebles pesados, los escupitines, dos hermosos escupitines de porcelana junto al sillón y los pañitos tejidos a crochet. Los había urdido uno a uno, pensando en cada abrazo, en cada respaldo de sofá, en su salón.

—¿Nada todavía?

—No, mamá.

—¡Ah! son insoportables en la Asistencia. Lo mandan a uno de sección en sección durante horas. Pero no cuelgues, Rosita. Quiero saber cómo sigue el pobre don Pedro.

De pronto, al pronunciar su nombre, recordó que debía ordenar la pieza. Se encaminó hacia ella. Al entrar vio la botellita en el suelo, el vaso roto.

Limpio ese líquido blanquizco y viscoso que se pegaba a las tablas, volvió a colocar el frasco sobre el velador. El cubrecama también estaba arrugado y sucio con la huella de sus zapatos. Tendría que lavarlo. ¡Pobre don Pedro!

Rosa tenía una curiosa manía: con el tiempo, llegaba a querer a sus huéspedes. Pedro Idel, por ejemplo, a don Pedro le profesaba un cariño casi maternal. Y sin embargo, ¿qué edad tendría el hombre? Cuarenta, cuarenta y tres años quizás: diez años más joven que ella. Claro que don Pedro parecía mayor. Siempre tan serio, tan respetuoso, tan vestido de negro. Durante los ocho meses jamás le había visto otra corbata que esa de riguroso luto. Y siempre tan cuidado, tan limpio.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Rosita gritaba desde lejos.

—¿Sí? ¿Qué sucede?

—Preguntan si don Pedro tiene parientes.

—¡Dios mío! ¿Qué le ha sucedido?

—Nada, mamá. Dicen que se lo han llevado al hospital y quieren saber si tiene parientes para avisarles.

—¿Parientes? No tengo la menor idea. ¿Y por qué no le preguntan a él mismo?

—Parece que sigue inconsciente.

—Déjales el número del teléfono. Que avisen para acá si hace falta algo. Mientras tanto voy a ver si encuentro alguna dirección entre sus cosas.

¿Parientes? Nunca antes pensó en eso. Por regla general, la vida de sus huéspedes comenzaba a interesarle desde el momento en que entraban a su casa. ¿Lo que habían hecho antes? No le preocupaba mayormente, siempre que tuvieran aspecto honrado. Porque Rosa se fiaba en las fisonomías. Otros tienen fe en un certificado de antecedentes o en una carta de recomendación. Rosa, en cambio, creía en los rostros. Múltiples veces su hija le escuchó decir: "Para mí sólo cuenta una explicación honesta". Por eso no sabía qué cosas escondían los demás en su pasado. ¿Don Pedro tenía parientes? Tal vez. Ella no los había visto.

Pero de pronto, mientras pensaba en Pedro, miles de frases, de gestos y detalles volvieron a su memoria. Frases, gestos y detalles que antes pasaron inadvertidos, ahora adquirirían un significado muy distinto. Se hacían importantes. Entonces lo supo: tras todo eso había algo, algo, extraño, misterioso, algo profundo que, sin conocer, ella comprendía.

Miró en torno suyo. Le pareció sentirse espiada; pero solo vio los muros desnudos del cuarto. Las cuatro paredes sin una fotografía, sin un recuerdo, nada. Como nunca antes, la pieza le transmitió su clima sórdido. ¡Quién podía vivir allí dentro! Ese cuarto necesitaba flores, plantas, algo con vida. Sobre el escritorio encontró varios sobres, hojas de papel, algunos sellos, dos plumas... ¡las cartas! Súbitamente las recordó y, sin saber por qué, ellas lograron cerrar el círculo de su pensamiento.

Desde el primer día... lo recordaba todo. Antes de preguntar si podía o no subir a su cuarto, antes de saludarla siquiera, Pedro Idel inquirió:

—¿Ha llegado alguna carta para mí?

—No.

Entonces por primera vez vio posarse sobre su rostro aquella expresión desilusionada que luego se le hizo tan familiar. El hombre tomó su maleta, una maleta pequeña de cartón simulando cuero amarrada con una correa gruesa, y siguió a Rosa escalera arriba. Pero volvió a detenerse en los primeros escalones:

—¡Y esas cartas que veo ahí!

—¿Cuáles?

—Esas, sobre la mesa.

—Ah, son para otros huéspedes.

—Oh...

Una vez que estuvo en su pieza, preguntó:

-¿Son muchos... los huéspedes?

-No. Dos más. Un estudiante que pasa en la calle todo el día y la señora Caicedo que rara vez sale de su pieza.

-¿Por qué?

-Es sorda.

Rosa, que de costumbre podía hablar durante horas sin tener nada que decir, "por el gusto de conversar", como explicaba ella, sentía ahora un ansia irrefrenable de partir. Ese hombre la intimidaba. Era la forma de mirarla. Nada irrespetuosos, no; pero había en sus ojos algo cansado, apaleado, que la irritaba. Ella no soportaba que la gente contemplara la vida con esa expresión. ¡Es necesario vivir la vida!, solía gritarle a Rosita, en cuyas pupilas descubría idéntica luz a la que ahora hallaba en las del nuevo arrendatario. Pero su hija... eso era distinto, la niña atravesaba una época difícil. Todas las muchachas deben sufrir ese cansancio súbito y desconocido. En cambio, él era un hombre hecho y derecho. Pero, en el fondo, se enojaba más en la palabra que en el pensamiento. Sin explicarse por qué, ese sujeto, Pedro Idel, su nuevo arrendatario, le inspiraba lástima.

Buscó entre los papeles. ¡Qué curioso el poder de la memoria! Trae los recuerdos intactos; uno podría cerrar los ojos y volver a hacer los gestos. Como sucedía con esas cartas... lo veía bajar cada mañana, ansioso, sin vestirse todavía, sin afeitarse, él que era tan cuidado de su persona:

-¿Llegó el correo, señora Rosa?

-Buenos días. Sí, sí llegó.

-¿Nada para mí?

-No.

-Ah... buenos días.

Y arrastraba los pies al subir. Extraño, jamás recibió una carta. La señora Caicedo mantenía una correspondencia nutrida, entre sordos es la manera más fácil de comunicarse, explicaba, Rosa a su hija. El estudiante, a su vez, se escribía con sus padres que vivían en el sur. Pero nadie recordaba a don Pedro. Ni una tarjeta, nada. Lo extraordinario de todo le asunto era que él insistía. No se conformaba con las palabras de la señora Rosa y pedía las cartas para revisarlas una por una. ¿Dé quién aguardaba noticias con tanta ansia? Durante un tiempo estas cosas mantuvieron intrigada a la señora Rosa. Cada mañana deseó que llegase la carta para poder descifrar en el reverso el nombre del remitente. Mas, como nada sucedía, pronto olvidó el asunto. La pregunta de Pedro Idel se hizo monótona:

-¿Llegó el correo, señora Rosa?

-No hay carta para usted, don Pedro.

Aún más rutinaria la respuesta. Lograba sí detener el impulso de Pedro en el descanso de la escalera, ahorrándole en esta forma parte del descenso.

Sin embargo, la personalidad de Pedro Idel no dejó de interesarla. Era hombre de costumbres ordenadas. Salía poco; nunca pasó una noche afuera. Cancelaba regularmente su cuenta. Esta corrección agradaba a Rosa, quien, cada comienzo de mes, debía luchar contra la sordera de la señora Caicedo y el vagabundeo, intensificado durante esos días, del estudiante. No, no podía quejarse; don Pedro era el arrendatario ideal. Jamás un reclamo, no molestaba ni hacía ruidos y, por sobre todo, pagaba con puntualidad. Pero si juzgaba las cosas con criterio imparcial, debía confesar algo. Un día lo halló conversando con Rosita. Eso no le gustó. ¿Por qué? Ni la conversación ni la actitud resultaban incorrectas. “Pero una nunca sabe por dónde falla el hombre”. No están de más las precauciones. Nunca están de más. Por lo tanto, prohibió a Rosita que hablara a solas con don Pedro o que entrara a su pieza cuando él estaba allí. La muchacha no comprendió el porqué; pero tampoco se opuso.

Volvió a mirar el cuarto. La espantó ahora. Lo supo frío, desnudo como una celda. Ella estaba acostumbrada a ver muros que desaparecían bajo multitudes de cuadritos; a ella le gustaban las habitaciones impregnadas de la persona que vivía allí; ella no lograba comprender esta sensación de cripta; tuvo miedo de hablar ya lo mejor había eco en ese cuarto tan pequeño! Ella siempre quiso piezas ahogadas en cosas, con mantelitos y floreros, nunca esta austeridad monacal. La cama en un rincón, el velador a su derecha, un reloj cuadrado sobre él, la mesa, la silla, el ropero simple y solemne... Rosa supo que al pasear su mirada sobre los muebles los estaba destruyendo.

Siguió buscando, pero antes que pudiese leer lo que decía en ese sobre, los pensamientos la atraparon. Había algo más que la asombraba con respecto a don Pedro: nunca lo vio con un amigo, ni con un conocido siquiera. Siempre llegaba y salía solo. Jamás nadie preguntó por él; jamás nadie dejó un recado para él. Si no fuera porque inquiriere con tanta insistencia por las cartas, uno llegaría a creer que no conoce una sola persona en toda la ciudad. Por eso la sorprendió la pregunta hace un rato... ¿tiene parientes? Parientes... ella no los había visto.

Inconscientemente leyó lo que había escrito en aquel sobre. Pero su atención vagaba todavía entre los pensamientos. Sin embargo, la frase despertó la realidad. ¿Qué? Ahí decía: “Señorita Flor de Espino”. Tal cual. ¡Qué nombre tan deschavetado! ¿Quién osaba llamarse Flor de Espino? Tendría que preguntárselo a don Pedro. ¡Extraordinario! ¡Flor de Espino! Era para morirse de risa y de curiosidad. Pero esta última ya la vería satisfecha. Interrogaría a don Pedro, porque “si tengo algo que decir, lo digo; si tengo algo que preguntar, lo pregunto”, sostenía casi como un lema. Los pensionistas ya se habían acostumbrado a esa franqueza. Hasta don Pedro. Recordó la escena...

Como resultaba un tanto cansador responder con negativas a las preguntas que, dos o tres veces en las veinticuatro horas, hacía Pedro Idel sobre la correspondencia, Rosa ideó un método que sin duda le ahorraría trabajo. Mandó a fabricar lo que ella llamó un mueble-casillero. Resultó ser una repisa con tres compartimientos, uno para cada huésped. En ellos distribuía las cartas y los mensajes. Se ahorran conversaciones y enojos inútiles, agregó Rosa.

La escena que ahora recordaba sucedió dos o tres días después que había colocado su famoso mueble-casillero. Una mañana sorprendió a don Pedro bajando por la escalera con los ojos cerrados. Avanzaba con dificultad, golpeándose contra los muros, amenazando caerse a cada paso. Sin embargo no alzaba los párpados. Una vez que estuvo ante el casillero, aguardó un instante todavía. Rosa nunca había visto una expresión como aquella. El rostro se hizo pálido, una vena comenzó a palpar en la sien, entreabrió los labios. La mujer creyó que se iba a desmayar y estaba pronta a socorrerlo, cuando Pedro lenta, lentamente entreabrió los ojos. Como de costumbre, su casillero estaba vacío. Entonces Rosa asistió a una transformación sorprendente: la vena cesó de latir, la boca endureció su gesto y una tristeza, una tristeza desgarradora, invadió la cara de Pedro Idel. Vencido, el hombre se dio vuelta y caminó hacia la escalera. Ello no pudo retenerse y dijo...

—¡Mamá!... llaman del hospital —la voz de su hija desde el piso bajo.

—¿Qué?

—Lla-man-del-hos-pi-tal...

Bajó rápidamente.

—Aló... sí, soy yo... sí, sí, aquí vive ¿Qué dice? No, no somos parientes: esta es una residencial, yo soy la dueña. No... no sé. He estado buscando entre sus cosas; pero no ha aparecido ninguna dirección... bien, seguiré buscando... diga no más... ¡Cómo! Sí... sí... sí, hace una hora, poco más... en el hospital hace una hora... pero... bien, bien, pasaré...

Colgó el fono. Se produjo un silencio muy hondo. En ese clima dijo:

—Murió.

—Don Pedro...

—Sí. Hace una hora, en el hospital. Ahora llamaban de la Asistencia. No pudieron salvarlo.

—Don Pedro... murió...

—Se agravó de repente.

El silencio se tornó más profundo. Una tarde prematura entró por las ventanas del salón. Rosa se sintió débil; por primera vez en su vida se sintió débil. Eso me sucede por ponerme a pensar como una tonta. Pero la reflexión no adquirió hondura, en cambio, tuvo un gesto hermoso: recogió

esas flores de papel y, con la brazada junto al pecho, subió a la pieza de Pedro. Una vez allí, las desparramó sobre el lecho.

¡Pobre hombre! Una voz repetía esa frase en su cerebro. Pobre hombre, todo en el cuarto se impregnaba de una extraña realidad ahora que lo sabía muerto. Estaba muerto. Aquellas dos palabras era lo único irreal todavía. Estar muerto. ¿Cómo? Estar muerto. ¿Dónde? ¿Hacia dónde van los muertos? Qué me pasa hoy día, exclamó Rosa, tanta tontera que se me viene a la cabeza. No obstante, resultaba imposible rechazar los pensamientos. Un hombre, Pedro, había muerto. Nada tuvo que ver en su vida, sin embargo esa muerte le afectaba. Ni cuando falleció su marido... ¡ah, pero entonces era una niña, Rosita acababa de nacer! La contestación brotó a pesar de ella misma ¿Y qué importancia puede tener? ¿Hay que ser vieja para comprender la muerte, para comprenderla como ella ahora? Acaso los jóvenes no saben, no imaginan, no se dan cuenta. Sí, es necesario ser vieja para penetrar en el sentido de esa muerte. ¡Cómo había cambiado la pieza con esas flores sobre el lecho! Alguien juraría que escucha risas... sí, es necesario ser vieja para comprender sin saber muy bien qué es lo que sucedió a Pedro. Nunca antes pensó en un ser así, es decir, en su vida como algo cerrado, definitivo, concluso. La muerte de Pedro completaba la vida de Pedro, ataba un cabo a otro cabo, resultando un anillo perfecto. ¿Qué palpitaba en su centro? ese... ese secreto que el instinto le obligaba a descubrir sin lograr, eso sí, descifrarlo. Un secreto en la vida de Pedro. Tal vez, al terminarse, todas las existencias escondían un secreto. ¡Se diría que entra más sol en esta pieza desde que las flores están sobre la cama! ¿Sol de dónde? Más vale no seguir pensando.

Distraída aún, Rosa se acercó a la mesa y reinició su búsqueda. Había varios recortes de periódicos. Una página entera, encabezada por un gran título: "Consultorio Sentimental". ¡Qué raro! Lo último que se le habría ocurrido encontrar entre las cosas de don Pedro. Uno de los párrafos estaba encerrado en un círculo de lápiz rojo. Leyó: "Señorita de 40 años, muy sola, culta y amiga de los buenos libros, busca caballero misma edad o mayor con quien corresponder. Escribir a Flor de Espino...". Bajo la página, encontró una carta: "Estimada Flor: Aun cuando no ha contestado a mi primera...". Y ahí se interrumpía. La pluma trazó tres o cuatro puntos tímidos tras la última palabra. Miró la fecha y vio que había sido escrita dos días antes. Ahora siguió buscando. Ya no podría detenerse. Ahí, entre esos papeles, se encontraba el secreto. Lo sabía tal cual uno siente, de pronto, que la tierra va a temblar. Era una sensación curiosa, casi animal, nada lograría hacerla retroceder. Ya no se trataba de violar los misterios de un muerto, de llevar la curiosidad hasta la indiscreción, sino de recuperar su tranquilidad, de *saber* sobre todo.

Descubrió otros recortes de diario, nuevas páginas de "Consultorio Sentimental" con algunos párrafos tachados y, junto a ellos, las palabras "No contestó" escritas con lápiz rojo. También había algunos avisos de propaganda, una pasta dentífrica, un nuevo desmanchador, y todos finalizaban diciendo: "Si desea recibir a vuelta de correo una muestra *absolutamente* gratis de nuestro producto, recorte el cupón adjunto y envíelo a la dirección indicada". Los cupones habían sido recortados.

Pero Rosa no se detuvo; buscaba siempre, afanosamente. Encontró otra carta. Mas, tan embebida como estaba en la búsqueda, solo tuvo tiempo para leer la primera frase: "Estimada Rosita" y siguió de largo. Al segundo se inmovilizó. ¿Cómo? Rosita... ¿acaso su hija? Entonces no eran infundadas sus sospechas, porque...

"Estimada Rosita:

"Sin duda esta carta la sorprenderá. Me lo he repetido muchas veces, así como muchas veces he arrojado al cesto las hojas apenas comenzadas; pero ahora he tomado una decisión y ella es explicarle por qué le escribo. Confío que usted sabrá comprender.

"Resulta difícil dar a conocer a una muchacha en qué consiste la soledad. La gente joven no tiene tiempo para sentirse sola. Pero los viejos, los viejos como yo, mi querida Rosita, bien sabemos lo que eso significa. Todos creen que son solitarios los que lo desean. De ahora en adelante podrá gritarles a esas personas lo ignorantes que son; nada saben; conocen la palabra, pero no su sentido... a veces se está solo a pesar de uno mismo. Hay seres que buscan la compañía de otros, la conversación de otros, el cariño de otros, sin lograrlo jamás. ¿Timidez? Quizás ¿Destino? Tal vez. Lo cierto es que aquello sucede. Se ansía hablar y la voz no obedece; hacer un gesto de ternura y la mano está inerte; comunicarse por fin y todas las puertas ya se han vuelto a cerrar: eso es estar solo. No obstante, hay algo peor aún. Es lo que yo llamo estar solo entre los demás. Es decir, si uno avanza sin compañía por un desierto, no resulta tan horrible, hasta cierto punto es natural; pero si uno se siente solo en una calle, entre la gente, cuando ellas hablan y gritan, entonces la sensación se torna insoportable. Seguramente usted jamás ha experimentado la angustia. Aquello nace muy adentro y no se sabe cómo llega a la garganta. Eso es lo atroz.

"Yo he vivido esa soledad entre los otros; no he hecho otra cosa desde hace mucho tiempo. No vaya a creer, Rosita, que no he tratado de solucionarla. He ensayado todos los medios, lo humanamente posible. La historia es larga, porque nació cuando era niño, hijo único por cierto de padres no muy jóvenes. Pero resultaría demasiado extenso que le contara todo eso. Bástele saber que busqué una salida; pero hasta hoy no la he podido hallar. ¿Timidez? me pregunto a veces. Quizás. Siempre digo la frase amable cuan-

do ya es tarde y las pocas personas de las cuales pude llegar a ser amigo, partieron antes que yo lograra explicarles el motivo de mi silencio. Me cuesta intimar con la gente. Me cuesta mucho.

“Así, buscando, llegué a esta casa. ¡Cuántas veces me he mudado con la secreta esperanza de hallar en la nueva pensión un fin para esta extraña soledad! En un comienzo las cosas no me parecieron mejores que en otra parte. La señora Rosa, su madre, es un ángel; pero un ángel que tiene su propia vida, sus propias preocupaciones y los demás la dejan indiferente. A la señora Caicedo y al estudiante no he logrado verlos aún. Este último pasa en la calle y en cuanto a la señora Caicedo, a pesar de que muchas veces he decidido ir a visitar a su pieza, nunca he llevado a cabo mis planes. ¿Qué podría decirle unas vez allí? ¿Cómo explicarle mi presencia? No, todo era igual hasta que conversé con usted hace un instante. ¿Recuerda? En el salón. Usted estaba leyendo, yo entré de repente y ambos nos asustamos en un comienzo. Pero después empezamos a hablar y parecía que nos hubiésemos conocido durante siglos. ¡Las palabras brotaban con tal facilidad! Créame, Rosita, nunca había conocido una dicha mayor. Por ejemplo, ahora veía cosas que antes nunca me llamaron la atención, cosas como el sol entrando por esa ventana, jugando sobre las plantas de sombra... y hasta se me ocurrió una idea, estúpida si usted quiere, pero que traduce mi estado de ánimo en ese momento. Me dije: ‘Cuando el sol toca esas hojas, las transforma en charol verde’. ¡Charol verde! Ha oído algo más absurdo. Y eso se prolongó hasta que entró su mamá. Después me vine a la pieza a escribirle esta carta. Nunca lograría expresar estas cosas, hablando quiero decir, y deseo que las conozca, porque creo que vamos a llegar a ser muy buenos amigos...”

Luego había dos líneas en blanco, otra fecha y la carta continuaba: “Hoy por fin he comprendido. En un comienzo no atiné a explicarme por qué me rehuía. Ahora sé que es su madre quien se lo ha ordenado. ¿Por qué? Supongo que esa razón, como tantas otras, no llegaré a conocerla.

“Me extrañó que, de pronto, contestara con monosílabos a mis preguntas y ya no me recibiera con esa sonrisa encantadora con que lo hizo el día aquel en el salón. Pensé que tal vez habría cometido alguna torpeza. Créame, si hubo tal torpeza fue absolutamente involuntaria. Yo solo le deseo el bien. ¡Quería llegar a ser su amigo! Pero no se puede luchar contra lo que acontece. Eso por lo menos ya lo he aprendido. El oponente sólo logra ser arrastrado. Dicen que uno lleva escrita su vida en la palma de las manos, y creo que los que eso afirman están en lo cierto.

“Como esta carta iba dirigida a usted, tengo que contarle todavía otro pequeño secreto. Esa misma soledad de la cual le hablé, me llevó a escribir cartas. Curioso, en ellas logro expresarme con mayor fluidez, no se atrope-

llan las palabras como al conversar. Escribí a uno y otro lado, contesté anuncios de periódicos, avisos comerciales, todo; pero jamás llegó una respuesta. Creo que no tengo suerte. Claro que estas cosas agravan la sensación aquella y una carta sin contestación se transforma en algo como una pequeña muerte. Por eso ansié esas cartas. No obstante, el cartero nunca trae cosa alguna para mí.

“Eso es todo. Ahora ya sabe el último de los secretos. No, no estoy bromeando. Al contrario. Pero usted, Rosita, no conocerá esta tristeza, porque esta será la primera carta, en toda mi vida, que no mandaré...”.

Otra interrupción, definitiva esta vez. Solo al término de la hoja esta frase borroneada con lápiz rojo: “Tal vez mañana”.

Rosa dejó caer la carta. ¿Por qué se sentía tan culpable? ¿De cuál oscura célula de su cuerpo nacía esto... esto que no podía llamar sino remordimiento? Por primera vez en toda su vida se supo atada a lo que vivía en torno, a los otros; extrañamente tuvo la revelación de que sus movimientos no eran solo suyos, sino que despertaban resonancias en los demás. La idea la paralizó: con un grito era capaz de matar a alguien. Pero no quería pensar. El recuerdo resultaba un refugio tanto más seguro. “Tal vez mañana”.

Mañana, esa mañana. Súbitamente la vio tal cual la descubriera desde la ventana de su pieza. Esa mañana hermosa, detenida sobre la calle. Ya estaba en ella. Tuvo ansias de cantar y como a ella nadie le impedía realizar sus deseos, cantó. La voz, lejos de ser perfecta, trepaba por los barrotes, escalaba muros, iba hacia arriba.

—Buenos días —le gritó don Pedro al mismo tiempo que ella lo escuchó precipitarse escalera abajo. Había dicha en la voz del hombre; esto la sorprendió. Antes de que alcanzara a contestar su saludo, el hombre atravesó la pieza, deteniéndose frente al casillero. Rosa vio una carta en el compartimiento que le pertenecía. Pedro la agarró.

—Oh...

—¿Qué hay, don Pedro?

—Es... es para la señora Caicedo.

—¡Tan distraída esta Rosita! Ella distribuyó el correo y sin duda se equivocó.

—Sí, se equivocó. Es para la señora Caicedo —repitió—. La vi desde arriba y pensé que...

Dejó la carta sobre una mesa. Cualquiera juraría que el mundo se nubló de pronto. Pedro empezó a subir lentamente, los brazos muertos, como un sonámbulo. Pero algunos segundos después, su paso aceleró el ritmo hasta que, al llegar al segundo piso, parecía correr. Entonces Rosa escuchó el portazo.

No volvió a verlo en el resto de la mañana. No le extrañó tampoco. Don

Pedro no acostumbraba salir antes de almuerzo. A mediodía, cuando entró a su pieza para hacer el aseo, lo encontró boca abajo sobre el lecho, la botellita y el vaso rotos en el suelo.

Su grito remeció la casa. Nadie podía escucharla: Rosita había salido y la señora Caicedo... bueno, la señora Caicedo no oiría ni los derrumbes del Juicio Final. Cuando pudo moverse, sólo atinó a correr al teléfono y llamar a la Asistencia.

Esa era la mañana. Esa era la mañana. Esa era la mañana. No quería pensar en otra cosa. Sintió frío, tenía las piernas acalambradas. Mañana, mañana, mañana seguiría buscando. ¡Mañana! Y la palabra le dio fuerzas para levantarse, llegar hasta la puerta. Al salir, la cerró tras de sí, aislando esa habitación del resto de la casa.

— Parecía que ha llorado toda la noche. El jardín está húmedo. —
Esa vez comprendió. Levantándose con prisa, corrió hacia la ventana. Ante ella, y por un momento, titubeó, no quiso descoser las cortinas. ¿Para qué? Y así, para luego decidir hacerle y el jardín, pegado como estaba a la ventana, trascedió abrochándose ante sus propios ojos en las innumerables florcitas y alfileritos de seda que le componían, hasta detenerse al pie del muro de adobe. Lo vio positivamente, refunado en un llanto, desahogado quizás. ¡Qué lástima! De seguro que ahora no vendría a tomar el té. Tanto preparativo inútil. Esto sí que era una molestia, una pérdida de tiempo, una... una cosa como llamarlos. Porque hacía una hora que Narda y ella tan solo se preocupaban de cocinar. Una hora pasada de la mañana a la noche, preparando tortas y gulashas para este famoso té. Además, había hecho abrir el salón grande, lo había hecho limpiar, cepillar. Nada excepto a la escoba o al plumero. No le molestaba, ni las patas de los muebles, ni los espejos. Aquello significaba un trabajo ordenado. Por una vez al año que se recibía a la familia, más una vez de todo tiempo y en orden. Así se oían los comentarios. Y ahora, esta mañana había...

— Cuando una persona piensa en ver a alguien puede acudir a un servicio por una u otra razón, según con la intención de que sea la hora de la vida. —
— ¿Qué dices, Narda? —
— Eh, nada. Tendré que irlos a buscar de nuevo, una vez, quizás.

— Miró el cielo: llovió y desordenada, no había la más leve esperanza de que acompañara. Llovería todo el día, así, lloviendo, y los recuerdos se harían insustentables. Y nunca tal vez volvería, pero Violeta y Eduardo...

— ¿Cómo éramos? preguntó Juana en el pasado. —
— Sé y nosotros dos sólo.

— Ojalá. Hay que decirle a Violeta y a Eduardo. Pero lo único, seremos así.

— Pero no Violeta y no Eduardo dijeron que venían.

El gran silencio

- 1952 -

¡Claro! Ese sábado tuvo que llover. Juanita lo supo al despertar, porque Nacha entró a su pieza y se lo dijo:

-Tía, tía, está lloviendo.

-¿Lloviendo? -repitió desde su lecho, sin entender muy bien el significado de la frase.

-Parece que ha llovido toda la noche. El jardín está inundado.

Entonces comprendió. Levantándose con presteza, corrió hacia la ventana. Ante ella, y por un momento, titubeó, no quiso descorrer las cortinas ¿Para qué? Ya sabía. Pero luego decidió hacerlo y el jardín, pegado como estaba a la ventana, retrocedió abocetándose ante sus propios ojos en los innumerables senderillos y almendros desnudos que lo componían, hasta detenerse al pie del muro de adobes. Lo vio paulatinamente, esfumado en esa llovizna, distanciado quizás. ¡Qué lástima! De seguro que ahora no vendrían a tomar el té. Tanto preparativo inútil. Esto sí que era una molestia, una pérdida de tiempo, una... ¡no sabía cómo llamarlo! Porque hacía tres días que Nacha y ella tan solo se preocupaban de cocinar. Tres días pasaron, de la mañana a la noche, preparando tortas y golosinas para este famoso té. Además, había hecho abrir el salón grande, lo había hecho encerar, soplar. Nada escapó a la escoba o al plumero. Ni las molduras, ni las patas de los muebles, ni los espejos. Aquello significaba un trabajo arduo. Por una vez al año que se recibe a la familia, más vale tenerlo todo limpio y en orden. Así se evitan los comentarios. Y ahora, esta maldita lluvia...

-Cuando una persona -pensó en voz alta- no puede acudir a un convite por una u otra causa, queda con la sensación de que no la han invitado.

-¿Qué dices, tía?

-Eh... nada. Tendré que invitarlos de nuevo, otra vez, quiero decir.

Miró el cielo: bajo y desordenado, no había la más leve esperanza de que escampara. Llovería todo el día, así, fatigosamente, y los caminos se harían intransitables. Ignacio tal vez viniera, pero Violeta y Eduardo...

-¿Cuántos éramos? -preguntó Juanita, en el pasado ya.

-Seis y nosotros dos, ocho.

-Ocho. Hay que descontar a Violeta y a Eduardo. Por lo tanto, seremos seis.

-Pero tía Violeta y tío Eduardo dijeron que vendrían.

-Sí, antes de la lluvia. Ahora, por nada en el mundo saldrán de su casa.
¿Cuántas tortas hay?

-Tres, tía. La de...

-Mucho. Tres tortas para seis personas. Guardaremos una.

-Pero tal vez tía Violeta y tío Eduardo vengan.

-Aguarda, dentro de algunos minutos llamarán para...

Y como un eco a sus palabras, se escuchó el tintineo del teléfono. La casa dormía aún.

Fue aquel sonido lo que la despertó con brusquedad. La luz entró por fin en la pieza de Juanita y el jardín se hizo palpable a través de los cristales. Ya era sábado.

-Ve a contestar, Nacha.

La sobrina se precipitó hacia afuera. Corría por la escalera. En ella hubo una vitalidad desconocida. Brotaba de su cuerpo, de sus gestos, de sus cabellos que todavía estaban despeinados. Semejó un trazo de luz que atravesara estancias, deshaciendo sombras, perfilando contornos, para ir a detenerse por fin ante el teléfono que seguía llamando.

-¿Aló? Sí, soy yo, tía Violeta...

Juanita, desde lo alto de la escalera, alcanzó a escuchar esa sola frase y se dirigió a la ropería. Sobre la mesa estaba el mantel de encajes y las ocho servilletas. Tomó dos y las iba a guardar en el armario, cuando apareció Nacha, quien, desde la puerta, gritó:

-¡Vienen!

-¿Violeta?

-Sí, llamó para decir que no se asustara, que ella y tío Eduardo vendrían de todos modos. Parece que tío Eduardo compró un auto.

-¡Un auto! Y cómo... a menos que se haya muerto Enrique Cortés. ¿Te dijo algo?

-No, tía.

-Eduardo... ¿un auto?

Llueve aún. Ahora se escucha caer la lluvia. Es un rumor distante, como un roce, lo llena todo, penetrando en la casa a través de los muros.

-Seremos ocho entonces -concluyó Juanita, y con la frase pareció cerrar la mañana.

Nacha se mostró incansable. Corría de un lado a otro, subía veinte veces la escalera si era necesario y siempre estuvo de excelente humor. Cada día se parece más a su madre, pensó Juanita. En ella renace toda la vitalidad y la fuerza que tuvo mi hermana, y mi cuñado. Porque ambos fueron jóvenes, murieron jóvenes, quedaron detenidos en el recuerdo como jóvenes. Ahora mismo, al pensar en ellos, los veía hermosos y decididos.

Una de las ventajas que presenta el hecho de no llegar a viejo. ¡Ah! se irguió con desagrado, quién me obliga a reflexionar sobre estas cosas. Durante el último tiempo, el pasado volvía con demasiada insistencia. Era un mal signo.

Estaban en el comedor. Ya desaparecía la mesa bajo el mantel de encajes. Se veía hermosa; por lo menos así lo pensó Nacha. Aún más, cuando ubicaron las tres tortas, las fuentes de alfajores, el servicio de plata labrada, las tazas de porcelana y, en una esquina, el garrafón de oporto para tío Ricardo que no soportaba el té. Dirigida por su tía, Nacha arregló los pliegues del mantel y dispuso ocho sillas en torno a la mesa.

—Anda a ver si llueve todavía, porque si no, quiero que vayas al jardín a buscar algunas flores. Creo que aún quedan rosas, esto es si Octavio no se las ha robado para venderlas.

Nacha se acercó a la ventana. Todavía llueve. Incesantemente. Parece que nunca se detendrá. Ahora hay una niebla fina entre los árboles y sobre ella, llueve.

—Sigue lloviendo —dijo Nacha.

—Entonces no importa. A propósito de Octavio, creo que vamos a tener que buscar otro jardinero. Este roba demasiado. Piensa que durante el verano...

—Iré a buscarlas de todos modos.

—No, te vas a resfriar.

—Me abrigaré bien y llevaré el paraguas.

Sin aguardar una respuesta, Nacha salió al jardín. No hacía frío, pero durante el rato que luchó para abrir el paraguas, el agua le mojó el rostro y sintió las gotas correr a lo largo de su cuello. Tuvo ansias de gritar, llamar a alguien, chapotear con fuerza en los charcos y sin embargo los fue sorteando uno a uno, agarrándose a los troncos húmedos de los árboles, hasta llegar al sitio donde su tía dijo que encontraría las rosas.

En efecto, ahí estaban. Las últimas rosas. Grandes y abiertas, cargadas de agua y sin aroma. Fue formando un ramo y luego, apretándolo contra su pecho, volvió a casa. Al cerrar la puerta, pensó que dejaba la lluvia afuera. Quédate ahí, en el jardín. Pero al darse vuelta hacia la estancia, volvió a escucharla en todas partes. Tal vez llovía adentro, tal vez llovía en ella.

¿A quién se le ocurre ponerse un vestido blanco en un día como este? había dicho su tía. Pero ella se lo pondría. Se lo pondría porque le gustaba el vestido; adoraba lo blanco y no tenía muchas ocasiones para ponerse un vestido blanco. No podía dejar escapar esta.

Al entreabrir las puertas del armario, nuevamente escuchó ese rumor. ¿Qué era aquello? Ahora la intrigó. Por un instante, permaneció inmóvil, atento el oído. Brotaba en ella, de eso no había duda, y era como una voz que hablase allí. Estaba nerviosa. Todos estos preparativos la habían excita-

do. Sin embargo, cerró los ojos y en el silencio que se produjo en torno, pudo oír el murmullo.

—¡Nacha! —la voz de su tía arribó desde muy lejos, hiriéndolo todo—. Me parece que ahí vienen Carmen y Ricardo.

Ricardo entró. Había una seguridad en él que lo traicionaba. Era esa actitud de quien se sabe insignificante y lucha contra ello. Los fracasados no tienen derecho a sentirse tan seguros, pensó Juanita. Pero Ricardo entró: a su alrededor se limitaron las cosas y él estuvo entre ellas.

—¿Cómo estás, Juanita? —saludó, mirándola apenas.

—Bien. ¿Y Carmen?

—Por ahí debe venir. Creo que tiene uno de sus eternos problemas con el paraguas.

Ese era Ricardo. Estando él al abrigo, los otros podían batallar con el paraguas, el paraguas que lo había protegido a él, los otros podían mojarse. Los otros, es decir, Carmen.

—Aquí estoy —era apenas una vocecita, tímida aún en las sílabas. Al darse vuelta, Juanita vio a la mujer de su hermano junto a la puerta, pequeña e incolora bajo el abrigo eterno.

—Carmen, ¡qué gusto de verte! —y era verdad, una verdad enraizada en la lástima.

—Lo rompí, Ricardo —murmuró Carmen, mostrando el paraguas que goteaba entre sus manos.

—Por supuesto —respondió él, sin mirarla—. Dije que sucedería... Qué hermosas rosas, Juanita. ¿Son del jardín?

—De mi jardín —Juanita apoyó sobre el posesivo. Su hermano tenía la maldita costumbre de referirse a su casa y a su propiedad como si fuesen bienes comunes. Después de todo, la partición había sido hecha y con justicia.

Ricardo se sentó en el sillón de felpa roja y, encendiendo un cigarrillo, no volvió a hablar. Carmen se despojó de su abrigo, pero lo guardó sobre los hombros.

—Es por el tiempo —se disculpó—. Bien sabes lo delicada que soy para los resfríos.

Desde su rincón, Ricardo lanzó un sonido. La esposa bajó los ojos. Juanita se supo entre ellos, tan extraños, como un puente imposible.

—¿Y Ricardito? —preguntó de pronto.

—Vendrá más tarde. Creo que con Ignacio. Fue a su casa a buscar algunos libros.

—¿Siempre estudiando?

—Sí.

Las cosas morían. La tarde moría, las palabras también. Ya no hubo

sobre qué hablar. Unas cuantas frases determinaban el paso del tiempo para aquellos seres. Eso era todo y los tres permanecieron sentados, ni muy próximos, ni muy lejanos, en silencio. Esperaban, ninguno supo qué. A los demás tal vez.

Nacha entró en ese momento. Toda de blanco, precipitadamente. No era hermosa, pero vibraba en ella la vida necesaria.

—¡Perdóñenme!

Saludó a Carmen y, al acercarse a Ricardo, este salió de su mutismo para decir:

—¡Cómo has cambiado! —se le encendieron los ojos y en un gesto usado atusó el bigote—. Acércate pare que te vea.

Apartó las cortinas y la luz penetró despaciosamente envolviendo a la muchacha. Ricardo le tomó ambas manos, la hizo girar, logrando que la falda se abriese como un remolino. Ella sonrió.

—Has cambiado mucho.

Nacha volvió a sonreír. Por fin alguien le decía: “¡Cómo has cambiado!” y no “¡Por Dios que has crecido!” Pensó que podría quedarse ahí una eternidad, girando sobre sí misma, sus manos en otras, escuchando esas palabras. Sobre todo cuando quien las pronunciaba era tío Ricardo, que tenía las sienes plateadas y un aroma a lavanda y tabaco muy suyo.

—¡Nacha! —la voz de Carmen se hizo súbitamente intensa, dura. Ricardo soltó sus manos en una reacción instintiva.

—¿Sí, tía?

—Deja... deja admirar tu vestido.

Las cortinas volvieron a cerrarse sobre el jardín envuelto en lluvia y la pieza se hizo sombría. Lluve, sí, llueve. El agua se ha acharcado en el camino frente a la casa. La lluvia al caer rompe esos espejos en círculos.

—¡Ahí vienen Ignacio y Ricardito!

Los vieron sortear con seriedad los riachuelos que formara la lluvia. Ignacio adelante, casi invisible bajo su paraguas y, tras él, Ricardito, cargado de libros. Cuando ya estuvieron junto a la puerta, se escuchó la tos de Ignacio, una tos preservada por inhalantes y bufandas, precediendo su aparición en la pieza.

—¿Cómo estás, Ignacio? —preguntó Juanita.

—Ya los ves —respondió.

—¿Resfriado?

—Como de costumbre.

—Pero no tienes mala cara —interpuso Carmen, con toda timidez.

—No estoy enfermo de la cara.

Ignacio hablaba en un tono apenas audible. Era necesario poner mucha atención para comprender lo que decía. Por lo demás, en él todo estaba

suavizado, diluido, esfumado. Temía los esfuerzos. Siempre lo dijo: ellos no logran sino exacerbar un dolor de cabeza o un pulso de por sí rápido. Debía mantenerse al *organismo*, término muy médico que para él era sinónimo de vulnerabilidad, en actitud de constante defensa. Jamás podrían imaginarse los otros la cantidad de peligros que acechan al cuerpo. Los otros nada sabían, no se preocupaban de estudiar esos problemas; pero él sí y, desde entonces, vivía aterrado por las legiones de bacterias, de parásitos, por los posibles traumatismos y complicaciones con los cuales, a cada instante, se enfrenta el hombre. No había sosiego y la única forma lógica de medicina era la prevención. Por eso tenía fe en las vacunas y en todo cuanto puede hacer el individuo para defenderse de contagios. De ahí también su teoría del mínimo esfuerzo, de la cual era ardiente defensor, aunque no muy buen ejemplo de su eficacia, ya que siempre estaba enfermo.

—Vinimos en taxi —exclamó Ricardito al entrar en la estancia y la palabra le llenaba la boca.

—¡En taxi! —coreó Ricardo.

—Sí, papá, en taxi —repitió el vocablo que, como ningún otro le daba la sensación más intensa de lujo.

—Tuvimos que tomar un taxi —explicó Ignacio— pues de otro modo no habría podido venir.

—Nosotros llegamos en autobús —confió Carmen y la mirada de su marido la paralizó en el límite de la última palabra.

—Mi estado gripal no me permite tomar autobuses en días de lluvia.

—¿Todavía te dura esa gripe?

—Es crónica.

Estornudó con estrépito y sólo después vino un pañuelo a poner en orden todo aquel desarreglo. Explicó:

—Me tendrán que perdonar, pero es malo estornudar delante de un pañuelo.

—¿Por qué?

—La inspiración que sigue al estornudo hace que aspiremos los microbios que acabamos de expulsar.

—¡Qué lástima, Ignacio, que no hayas sido médico!

—Tío Ignacio sabe mucho más que los médicos —irrumpió Ricardito—. Por lo menos, más que mis profesores.

Se sentaron. El tiempo se puso a pulsar en aquel reloj que había sobre la mesita. El sonido llegó a ellos. Se hizo suyo.

Encadenaron el pensamiento al tic tac rutinario y aguardaron. Pero Nacha lo eludió. Nacha estaba sentada en la banqueta, su falda blanca extendida sobre el mueble y brotaba a través de su actitud, un algo de invencible. Ella estaba sola entre todos los otros, sola y distanciada, escuchando ese rumor

que se ha prolongado como un eco. ¿Qué es aquello? Siente ansias de expresarlo, de gritarlo; quiere descorrer las cortinas, dejar entrar la luz, activarlo todo, ¡que llegue música por fin! y que esas gentes se pongan a bailar. Pero tío Ricardo fuma en su rincón y tío Ignacio, para rehuir el humo del cigarrillo, se ha ubicado en el ángulo opuesto y está silencioso. Tía Juanita tampoco habla. Permanece ahí, en su sillón, deseando que la tarde vuele, que llegue pronto la despedida y el momento de guardar su servicio de porcelana por cuya sobrevivencia tanto teme. Tía Carmen se ha refugiado en su propia sombra, no se le ve. ¿Y Ricardito? Lo busca entre los otros. No lo encuentra. ¿Qué se ha hecho? Y en ese instante lo descubre de pie junto a la ventana. ¡Él por lo menos se mueve! Hojea un libro y hay en su manera de entreabrir las páginas, de recorrerlas ávidamente con la vista, un rasgo que la fascina. ¿Qué halla Ricardito en ese libro? Los ojos se le agrandan en el mirar codicioso. Existe en él algo distinto, distinto a todos los demás. ¿Quién llegará a ser Ricardito?

—¿Qué edad tiene Ricardito? —pregunta su tía.

—Diecisiete años —contesta la madre.

—Un año más que Nacha —y luego el pensamiento la satura, obligándola a expresarlo—: son los únicos jóvenes que van quedando en esta familia de viejos.

Nacha ha mirado por la ventana: ve que llueve. Llueve, llueve, lloverá todo el día, y la noche. Solo entonces será agradable escucharla caer, en paz, en silencio, cuando comienza a quedarse dormida. Las voces de sus tíos se entretejen a su espalda. ¡Qué malla tan lacia forman! Con dificultad las palabras llegan hasta ella.

—Te debe ir muy bien en los negocios —más que pregunta, es una afirmación en la voz de Ricardo.

—¿A mí? —Ignacio parece sorprendido.

—Sí. El otro día leí que habías comprado una propiedad.

—Ojalá... —responde en su tono murmurado. Ignacio esconde. Juanita lo sabe. Desde pequeño ha tenido esa costumbre. Entonces escondía los juguetes que le regalaban para no tener que prestarlos. Ahora hace lo mismo con el dinero. Ignacio fue el único que invirtió su herencia en forma inteligente, logrando hacerla fructificar. Tiene fortuna y sin embargo vive como un lacayo, según el decir de Ricardo, entre sus enfermedades y su soledad, acumulando los intereses que recibe, sin darse ningún gusto. ¿Para qué? Es soltero, no tiene hijos. No hay razón que lo lleve a esos extremos. Violeta dice que cuando muera dejará estipulado en su testamento de que lo entierren con su plata. Pero Violeta exagera siempre.

—Bien sabes que las cosas nunca andan bien, sobre todo en este país donde uno vive en constante sobresalto por lo inestable del gobierno.

—Hm.

—¿Y lo tuyo?

—¿Lo mío? Perfectamente. Este año pienso comprarme un fundo...

—¿Qué les habrá pasado a Viola y a Eduardo? —interpone Carmen. No lo hizo de adrede, jamás pensó interrumpir a su marido; pero tantas veces ha escuchado hablar de ese fundo imaginario, que apenas oye cuando lo nombran.

—¡Cómo no ibas a interrumpir!

—Perdóname, Ricardo.

Nacha ha descubierto, ella no escucha, que hacia el oeste, el cielo se desgarró, dejando ver algunos trozos azules. Tal vez habrá sol después de todo. Pero no, bien lo dijo antes, lloverá hasta el día siguiente. Ahora es una garúa fina que, como bruma, se prende a las cosas y las deforma. Cierra lentamente los ojos: los árboles, la avenida, la casa del frente, todo desaparece. Al volverlos a abrir, algo se ha agregado al paisaje, no sabe bien qué en un comienzo; pero luego descubre aquel automóvil. Se ha detenido frente a la puerta. Nacha no imagina quién pueda ser, es tan raro que un vehículo se estacione ante su casa. Ve abrirse una de las puertas, aparece un paraguas que, de pronto, se redondea como inflado por el viento, y en ese instante comprende.

—¡Tía Violeta! —exclama con alborozo—. ¡Qué auto tan maravilloso!

Todos se agolparon en la ventana y Violeta, que ya había descendido, los saludó con un movimiento protector de la mano. Eduardo se demoraba en bajar. Cuando lo hizo, dio dos vueltas en torno del automóvil, cerciorándose de que las puertas y los vidrios estuvieran cerrados. De pronto recordó que no había sacado los limpiaparabrisas y, bajo la lluvia, los desprendió, volviendo a abrir una de las puertas, no le importaba mojarse, para guardarlos adentro. Una última inspección lo convenció de que todo estaba en orden. Ahora podía entrar.

La figura de Violeta inundó el salón, lo avasalló, lo venció. Hablaba a tres personas a la vez, sacudía las gotas de lluvia que habían quedado prendidas a la piel de su abrigo, exclamaba con entusiasmo ante el vestido de Nacha y por último besó a Juanita en la mejilla.

—¿Cómo está mi cuñadita?

¿Por qué no me llama Juanita o bien Juana simplemente? Le molesta que la nombre “cuñadita”, y Violeta nunca deja de hacerlo. Bien sabe que es la mujer de su hermano Eduardo, el benjamín de la familia, que ella educó como un hijo cuando murieron los padres. Si piensa que llamándola “cuñadita” establecerá límites, es decir, especifica “soy solo su cuñada y usted no tiene derechos sobre mí”, se equivoca. Ella siempre tendrá derechos sobre Eduardo y todo lo que le atañe.

—Bien, gracias. ¿Y qué es esa novedad?

—¿Qué novedad? Ah, el auto. Es... es una novedad.

Se encerró en una sonrisa enigmática. Para compensar el silencio, desarrolló una gran actividad. Desprendió velos de su sombrero, guardó los guantes en su cartera, agitó pulseras. Luego se dejó caer en un sillón y, no hallado en qué gastar esa vitalidad, suspiró como si acabara de realizar un esfuerzo proporcionado. La palabra sin embargo no tardó en aparecer. Se le vio trepando a lo largo de la garganta para estallar como una burbuja a nivel de los labios. Y habló, habló. Carmen escucha o por lo menos así parece.

Después de todo, Violeta ha llegado como un golpe de viento en ese salón quieto. Algo logra. Hay un removerse de cortinas, un desasosiego entre los demás y el clima se hace distinto. Sin embargo, a los pocos segundos, su parloteo pierde relieve y se integra a los otros silencios, como un silencio más.

—Nacha, ve a decir que sirvan el té.

En la puerta, casi se estrella con Eduardo.

—¡Hola, sobrina! ¿Dónde vas?

—A decir que sirvan el té.

—¿Cómo? ¿Somos los últimos?

—Sí.

—No veo por qué te extrañas... tal como te digo, Carmen —Violeta mantiene dos conversaciones a la vez—. Siempre estás atrasado y luego te haces el sorprendido... ni más, ni menos. Imagina, Carmen, ella se lo dijo todo...

Nacha, dándose vuelta, miró a su tío. Este se había detenido en el centro del salón donde su cuerpo se recortaba a contraluz sobre el ventanal. Eduardo no era bajo, pero junto a su mujer se veía escaso. Violeta planeaba sobre él como una inmensa sombra coloreada y bulliciosa, lo empequeñecía. Eduardo era calvo, tenía las espaldas redondas y los brazos cortos. Nada lo supo dibujado por una sola línea que, partiendo de la nuca, iba a amarrarse en los tobillos, todo él un trozo blando.

—Anda, Nacha... y ahora cuéntanos, Eduardo.

—¡El auto! Apostaría que hablaban del auto. ¿Qué tal les parece?

—¡Claro! —irrumpió Ricardo—. Murió Enrique Cortés. Cómo no lo había pensado antes.

—Mi tío está muy bien de salud —contestó Violeta, picada—. Mucho mejor que hace un mes, porque ahora consulta un doctor verdaderamente mara...

—Es una locura comprar un auto hoy en día —murmuró Ignacio.

—¿Por qué?

—La época es demasiado insegura. Nadie sabe quién andará en él mañana.

A esto Eduardo respondió:

—Está en muy buen estado. Cuatro neumáticos nuevos y casi siete kilómetros por litro.

—Siete kilómetros por libro —silbó Ricardito con admiración. Había cerrado el texto, desviando su atención hacia el automóvil. Él conocía todos los detalles: las marcas, el número de cilindros según el modelo, incluso podía reconocer el año del vehículo con solo mirar la “línea”, exclusividad reservada a los iniciados.

—Sí, siete kilómetros.

—Y además —agregó Violeta— se lo compramos a la señora Cross.

—¿La señora Cross?

—Tú no la conoces, cuñadita. Es una inglesa amiga nuestra. Una mujer muy esterilizada.

—Estilizada —corrigió Eduardo.

—¿Y cómo dije yo?

La carcajada de Ricardo llegó un poco tardía, pero llegó. No podía dejar escapar una ocasión como esa para manifestarle su desprecio. Juanita lo miró entonces. Lo vio estremecerse con exageración, recalcando el ridículo, desahogándose mientras Violeta enrojecía hasta la raíz de sus cabellos. ¿Por qué la odiaba hasta ese extremo? Comenzó a recorrer con la vista a sus hermanos y cuñadas que, al sentirse observados se inmovilizaban como estatuas. ¡Y esto es lo que llaman una familia! Esto era lo que sus padres habían formado. ¡Tiempo perdido! ¿Qué significaban los unos para los otros? Ellos que, cuando niños, jugaron a vivir juntos, por qué eran enemigos hoy. ¿Qué sucedía en la vida después de todo? ¿Cómo lograban los años romper afinidades, desgarrar sentimientos, introducir extraños dentro del núcleo de una familia para que destruyesen las últimas amarras? Puesto que ahora podía mirar fríamente a sus hermanos, incluso a Eduardo, y pensar en todas esas cosas, algo había sucedido. ¿Acaso ya no se reconocían?

Y sin embargo hoy, como todos los años, estaban juntos en ese salón que, cuando chicos, soñaban explorar, el salón grande.

Ella misma los había congregado. Nunca se explicó a qué obedecían estas reuniones anuales, un té de familia, donde todos llegaban a vaciar sus desencantos, a insultarse casi, reconociendo sus propias limitaciones y defectos, sin olvidar los ajenos. A pesar de todo, aquí estaban nuevamente reunidos por su llamado, por ella que detestaba verlos así, juntos; por ella cuya única satisfacción era decirse que mañana el asunto habría concluido, ¡hasta el próximo año! Entonces ¿por qué lo hacía? Le disgustaba este eterno actuar sin razones. Por más que tratara de ordenar su vida, siempre había detalles que se sustraían al mandato de la voluntad. La vencían. Pero en esto, en todo cuanto concerniese a la familia, existía algo más. Había allí un misterio. Sin esta explicación, uno no atinaba a comprender que estuviesen amarrados ¿por qué cosa, Dios mío? los unos a los otros.

No era por la sangre. No. Ella no creía en la sangre. Más bien por rasgos que emergían de otro tiempo, por sitios que habían visitado juntos, por cosas que realizaron en grupo, por los recuerdos que no afluían, pero que seguían viviendo dentro de ellos. Tal vez era el pasado quien los encadenaba. Ellos: Juanita, Ricardo, Ignacio, Eduardo y la madre de Nacha que había muerto. Ya era demasiado tarde para romper las cadenas: tendría que seguir invitándolos año tras año, y así hasta la muerte.

Nada sabía, nada comprendía, salvo quizás la presencia de algún misterio vibrando tras todo eso. Lo cierto es que eran prisioneros los unos de los otros. Por muy desmembrada que estuviese la familia, dividida, separada, extraña e irreconciliable, estaban encadenados. Es demasiado tarde, concluyó, y los viejos jamás lograremos ser libres.

Las puertas del comedor se abrieron de pronto descubriendo a Nacha que dijo:

—El té está servido.

—Dime qué contiene —preguntó Ignacio, inspeccionando el pedazo de torta que Juanita le ofrecía—. Tengo que cuidar mi hígado.

El hígado, pensó Ricardito, es el órgano más voluminoso del cuerpo; pesa 1,500 gramos en el cadáver. Sobre aquello lo habían interrogado esa mañana.

—No te puede hacer mal. Está hecha en la casa.

—¿Contiene huevos?

—Por supuesto. Todas las tortas tienen huevos.

—Gracias, entonces no —finalizó Ignacio, mientras con un gesto de ambas manos alejaba el plato.

Sobre el jardín llueve siempre. Nacha se siente liviana. ¡La mesa parece tan hermosa! Esa torta cubierta de merengue ha resultado tal como ella la soñó. Le da pena partirla. Le gustaría poder guardarla así, para siempre. Los comensales también están ubicados en el orden que ella ideó durante la pasada semana. Nacha se sienta entonces y espera. Espera que todo suceda. ¿Qué? Algo debe acontecer. Las cosas se programan y se realizan con algún fin. Se traza un plan, se construye una ocasión, se crea un ambiente para que exista un decorado donde *aquello* pueda expresarse. Así se atraen las circunstancias; esto llega a ser la red que se tiende para que ella caiga. Un té, toda reunión, no puede poseer otro objeto. Es una verdadera trampa para la vida. Y Nacha quiere sentirla; por lo tanto, algo debe acaecer. Mientras tanto, cualquier cosa canta y habla dentro de ella, a pesar del silencio de los otros, a pesar de los objetos que están en su sitio, las tazas en los platillos y las flores en el jarrón, a pesar de que ella no despega sus labios, escucha una voz dentro y es como si la lluvia le confiara una larga historia.

—Yo comeré un pedazo de esa torta —y Nacha vio una mano que indicaba la de merengue. Era tío Ricardo, tío Ricardo en el rincón reservado para él junto a la botella de oporto y el vaso no más grande que un dedal.

—Nacha, córtale un pedazo a tu tío.

La muchacha hundió el cuchillo con liviandad, como si temiera herir, y colocó el trozo en un plato.

—Aquí está —murmuró.

—Gracias —y Nacha enrojeció bajo la mirada de su tío. ¿Por qué? ¿Qué había en los ojos de aquel hombre? Los miró de pronto y ahora se sintió molesta al sorprenderlos detenidos sobre su cuerpo, sobre su busto más bien. Por lo demás, Violeta no descansaba. Era extraordinaria la forma en que esa mujer se daba a la palabra y a las tortas.

—¡Saben! —estalló. Pero nadie sabía; nadie quería saber. No obstante, Violeta se embarcó en su historia. Uno tenía la sensación de que la sangre corría demasiado rápida por sus venas, las palabras se atropellaban, chocaban, heríanse, reuniéndose en conglomerados que luego reventaban con la fuerza de olas. ¿Qué decía? Nadie lo supo. Su conversación llegaba en jirones. Tenía un rostro redondo, espeso; ojos pequeños y saltones, una boca recogida en trompa que jamás estaba quieta. Sus palabras, como entonces volvieron a integrarse en la quietud general. Ahora sí cayó el silencio, el gran silencio, profundo y sin solución. Nacha lo supo. Al mirar hacia fuera, comprobó que ya no llovía. Todo detenido en una súbita inmovilidad, el mundo que perdía un instante, paralizándose bajo el cielo gris, chato, imposible, que lo ahogaba. Fue un silencio tremendo, donde ni siquiera se escuchó un roce, ni el gesto del minuto que engrana con el próximo, ni la respiración, ni el simple pulsar de una gota de sangre en la arteria, nada. Todo estuvo fuera del tiempo. Porque existe un momento en el cual se realiza el gran silencio. Sucede tras el segundo latido, antes de que retorne el primero, entonces el corazón, y con él todo el cuerpo, naufraga en un remanso muerto que es el gran silencio. Nada vive en él, todo aguarda; pero es la suya una espera sublime, pues se sabe que pronto arribará el siguiente latido y todo volverá a encadenarse. En cambio ahora, las cosas, ellos, se habían detenido en ese gran silencio para siempre. Que nadie hablara y ahí permanecerían. Era un tiempo sin esperanza y Nacha lo sintió amenazando esa voz que llevaba dentro. No podía permitir que aquello aconteciera. ¡Ella debía realizar cosas! Los otros podían estar muertos, presos en ese silencio, satisfechos de que así fuese; pero ella no podía juntar las manos y enmudecer como sus tíos. Imperiosamente, debía ser.

Se sintió viva. Ahí, de pie junto a ese hombre, entre todos los otros, se sintió viva. La sangre pulsó con mayor fuerza en las sienes, se agarró a esa

voz que gritaba en ella, con desesperación, con ansia, con toda la energía que logró recoger. Estuvo sola, viviendo sola, como la primera célula que nació en el mundo. No le importaba. Suficiente compensación era tener los ojos abiertos y escucharse vivir.

Pero algo, alguien se movió también en aquel silencio. Hizo sonar un tenedor sobre su plato, hizo crujir una silla, carraspeó. Alguien, fuera de ella, vivía. Fue instintivo. Nacha lo buscó de inmediato. Siempre resultaba fascinante encontrar una voz que contestara o hiciera las preguntas. Sin sorpresa, verificó que era su primo Ricardito. Él también se despojaba de ese silencio como de una malla viscosa. Y ambos quisieron gritar, gritar, gritar, así, hasta el agotamiento, pero no lo hicieron. En cambio, se miraron y en aquella mirada confirmaron su existencia. Vivían, por cierto que vivían, y entre las cosas, fuera del gran silencio.

Extraño, sin que nadie se lo pidiese, Eduardo comenzó a hablar. Detallaba las ventajas de su automóvil. Aquel era su mundo, por lo menos hasta que comprar un modelo más reciente o cualquier otra cosa que se moviera, porque Eduardo necesitaba del dinamismo de las máquinas. Lástima que fuese cajero en un Banco. Pero hablaba mucho, un automóvil posee demasiados hornillos, pernos y conexiones que describir, y Violeta lo hizo callar.

—Basta, Eduardo, nos estás aburriendo.

Era cierto. Ya no llovía. La tarde se reflejaba gris en el espejo del comedor, empañándolo. Quizás, de ahora en adelante, no volverían a formarse imágenes en él. De seguro el sol moría tras las nubes. ¿Qué se habían hecho los jirones de cielo azul? No lo sabía. Desde el comedor no alcanzaba a percibir la línea del horizonte.

—¡Miren! Ya no llueve —exclamó Violeta, descubriéndolo recién.

—Es cierto, ya no llueve —repitió Juanita.

La voz de Carmen, como de costumbre, se alzó tímida:

—Ricardo... ¿no crees que ya has tomado bastante oporto?

—¡Y quién te manda a meterte en mis asuntos!

—Deja que haga lo que quiera —aconsejó Violeta—. No hay que preocuparse de los maridos. Es una raza de impotentes.

—Impertinentes, querida —corrigió Eduardo con tacto y esperanza.

—Esta vez no me he equivocado. Dije impotentes y sostengo impotentes.

Ricardo la miró. Ahí estaba su cuñada, desnuda. Desnuda de toda ropa, de toda envoltura, de su cuerpo incluso. La vio realmente desnuda y fue uno de los pocos instantes en que dos seres se encuentran. Entonces dijo:

—No hay que generalizar, Viola.

—Anda a buscar un vaso de agua a tu tío, Nacha —interpuso Juanita visiblemente molesta. Y una vez que la muchacha hubo salido—. Les ruego que se mida, Nacha tiene solo dieciséis años.

Ignacio permanecía ajeno a todo esto. Sacó de sus bolsillos una cantidad de tubos y botellitas, y ahora las disponía en un cierto orden sobre la mesa.

—¿Son remedios, tío? —preguntó Ricardito y ansiaba conocerlos todos, aprender sus fórmulas y nombre, era un verdadero vicio.

—Sí.

—¿Y por qué los ordena?

—Porque los medicamentos deben llegar al estómago en un cierto orden. No hay que contrariar la fisiología, sobrino. ¡Nunca! Es uno de los pilares de la medicina. Ya lo aprenderás.

Cuando la muchacha trajo el vaso de agua, los observó a todos desde la puerta. Se le antojaron titeres en torno a esa mesa sobre la cual solo quedaban restos. Las tortas destrozadas, la mantequilla blanda, el té tibio, todo pareció venir a su encuentro, todo eso que estaba roído en su base, que ya nunca volvería a ser lo de antes, la azotó en pleno rostro como una ola cansada. Sus tíos se dieron vuelta hacia ella y Nacha comprobó sus movimientos torpes, de autómatas; comprobó sus pequeñas risas, sus pequeñas palabras, las pequeñas intrigas, los raciocinios minúsculos. Ella se sintió crecer, crecer, crecer en ese silencio que nuevamente había caído sobre ellos y que, en último término, era lo único verdaderamente noble que habían logrado crear.

—Pasemos al salón —dijo Juanita.

Nacha entreabrió las puertas y retrocedió maravillada. Sobre la alfombra, cayendo desde la ventana, vio un rayo de sol. ¡Había sol entonces! Se acercó a los cristales y miró hacia el oeste. Allá se teñían de oro las nubes rotas y, sobre la tierra, se espolvoreaba esa luz.

—Ven —dijo entonces a Ricardito, obligándolo a seguirla hacia el jardín. Afuera los cogió la humedad y, en ella, se sintió débil. Pero el sol, pálido y apenas tibio por cierto, vino a su encuentro. Toda la tarde parecía haberse concentrado en ese segundo y embriagaba como un perfume. Los senderos estaban lisos, brillantes de barro. La lluvia y el sol habían hecho germinar multitudes de plantas en ellos. Hierbas extrañas, bastardas, enanas, que recién nacían y que ella escuchaba crecer. Tal como oía el rumor en ella, siempre fermentando y llenándola toda. Era suyo entonces, puesto que la lluvia había desaparecido y él persistía.

Nacha echó a caminar por el sendero. Su primo la seguía. Una vez que hubo llegado al lugar donde las hierbas crecían con mayor profusión, se detuvo entre ellas, sintiéndolas en torno a sus tobillos, dañada por las espinas, y comenzó a hablar, fuerte, fuerte, casi a gritos, como si quisiera herir con sus palabras, desgarrar algo o tal vez volver a nacer.

La estancia sorprendida

- 1952 -

Año tras año se repetía la misma escena. Al dar vuelta a la esquina, veían a toda la servidumbre aguardando en la puerta. Era la costumbre.

Fines de marzo y la familia regresaba del campo. Lo que llama unas largas vacaciones. ¡Casi cuatro meses! Y ahora se retornaba con agrado a la ciudad, con ansia de sentir un poco de bullicio tras aquel descanso prolongado en exceso. Todavía restaban algunos trámites aburridos que llevar a cabo, como la matrícula de los niños en el colegio, mandarles a hacer el uniforme; la insoportable, eterna y exasperante tarde en el centro a la caza de libros y cuadernos, y luego ¡hop! internos hasta las próximas vacaciones: solo entonces se abría la vida ante uno.

La casa les pareció inmensa desde la esquina. Decidirse a luchar nuevamente con los empleados, pensó la señora. No he pagado los intereses de la hipoteca, se dijo el señor. Pero la casa era hermosa, blanca y maciza contra un cielo azul intenso.

-Creo que no vamos a soportar este calor -se quejó la señora-. Es demasiado...

-Pero, Blanca -arguyó su esposo- estamos a fines de marzo.

-Este es un calor de enero.

-¡Ah!, miren dónde está la Domitila -exclamó de pronto el más joven de los tres niños.

En realidad, ahí estaba Domitila. También Rosa, Edelmira y Pedro, el jardinero. Se hallaban agrupados frente a la puerta, gesticulando con cansancio.

-¡Bernardo!

-¿Sí?

-¿Qué te pasa?

La voz de la señora pareció trizar algo en el silencio del coche. El muchacho, que había estado mirando por la ventanilla, se dio vuelta hacia su madre.

-Nada, mamá.

-Despierta, mira que ya llegamos.

-Bernardo estaba soñando... Bernardo estaba soñando -canturreó uno de los pequeños.

—Bernardo se acostó tarde anoche... —remedó el otro—. Bernardo.

Una sola mirada del muchacho bastó para inmovilizar a sus dos hermanos. Ambos inclinaron la cabeza, mirándose por lo bajo.

—¿Te acostaste tarde? —preguntó la madre.

—Sí... —respondió Bernardo tras una vacilación breve—. Salí un rato al parque.

—¿Al parque? ¿Qué fuiste a hacer al parque?

—Quería verlo todo una vez más.

Los esposos se miraron perplejos, volviendo luego los ojos hacia el mayor de sus tres hijos como si pudiesen sorprender en él la razón de su extraño comportamiento durante este último tiempo. Pero la madre estaba demasiado excitada para ver algo: las llegadas y las partidas siempre influían sobre su sistema nervioso y el padre, por supuesto, no descubrió cosa alguna.

—¡Llegamos! —anunció en ese instante uno de los niños. El coche se detuvo de pronto. Fue demasiado brusco: los ocupantes estuvieron a punto de caer de sus asientos, la señora alcanzó a detener con una mano todo aquel derrumbe de flores y velos sobre su cabeza.

—¡Tenga cuidado, Jorge!

—Es que... —el conductor siempre quedaba con la última palabra. Pero ya Domitila y Rosa abrían las puertas con gestos amplios, mientras Edelmira contentábase con gritar atrás. Pedro en cambio era tímido, lo habían mandado hacia poco del campo y aún conservaba una distancia respetuosa.

—¡Señora! A ver, a ver... ¡Ay! Bernardito que viene quemado...

—¿Cómo les ha ido, niñas? —exclamó la señora al descender del coche—. ¿Cómo está todo?

—Como usted lo dejó, señora.

—¿Me han cuidado bien la casa?

—¡Claro!

Tras estas frases de rigor, la señora se acercó a cada una de las empleadas, palmoteándoles la espalda en una especie de abrazo alado, menos que un saludo.

—A ver, Pedro... cómo te va, Pedro. A ver, ayúdale a Jorge a descargar algunas cosas que hemos traído del fundo.

Se produjo entonces un arremolinar de polleras y palabras en torno al coche. La maleta fue abierta y, peleándose, Domitila y Edelmira se encargaron de sacar los pollos, el pavo que se había mareado durante el camino y el cajón de fruta. En el intertanto, la señora se imponía de los sucesos ocurridos en su ausencia.

—Y el lechero... ¿vino todos los días?

—A veces no más.

—Cuando no, teníamos que ir al establo.

—Viera, señora —aspaventaba Edelmira— el robo que hubo...

—¿Dónde!

—... en la casa de la esquina, señora... fijese...

—¡Ah! Gracias a Dios. Dígame, Domitila, pagó...

Los dos pequeños revoloteaban en la vereda. Para librarse del calor que se desplomaba sobre ellos, solo pensaban en pelearse como insectos. De aquel corretear, de esos gritos, de la materia ígnea del sol se construía la tarde que, por momentos, alcanzaba la intensidad aguda de un acorde. En ella, emergió Bernardo. Su expresión fue de sorpresa. Estuvo desorientado, buscando algo, alguien donde allegarse. Se supo tan solo. Era extraño, pues volvía a su casa muy diferente a como había salido. Sucedieron tantas cosas... no, no es cierto, no aconteció nada nuevo salvo su cumpleaños, una torta con trece velas y algunos regalos. Y sin embargo su retorno era distinto. Él era distinto. Porque ahora se sentía solo. Ansió estar en el parque, otra vez en el parque del fundo, en el viejo parque, bajo los árboles.

De pronto descubrió aquel rectángulo de oscuridad que dejaba la puerta abierta. Se destacaba nítido y preciso sobre la fachada blanca de la casa. Era casi un llamado esa voz que se prolongaba en él a través de un eco nunca antes escuchado.

Al penetrar en la casa, tuvo la sensación de hacerlo en un lugar que durante mucho, mucho tiempo ha permanecido abandonado. Él vino a despertar ondas perniciosas para aquel silencio que se había detenido dentro de las piezas. Un silencio de aguas estancadas, positivamente inmóvil, sin la nota aguda que a veces posee la quietud. Además, los postigos se mantenían cerrados y la escasa luz que lograba introducirse por las rendijas se disolvía en la oscuridad de los rincones, se mezclaba con ella, creando esa atmósfera difusa, palpable, que uno hubiese podido tomar entre las manos. Bajo su influjo, todo se suavizaba. Las maderas y los mármoles; las líneas, cerrándose en círculos, destruían aristas y rudezas: las cosas emergían lisas, simples en medio de aquella frescura casi de noria que la oscuridad y el silencio habían hecho nacer.

Bernardo cerró los ojos, aspiró el aire. Por primera vez no experimentó aquella sensación de muerte inminente que de costumbre percibía al bajar los párpados. Ahora, aun en ese mundo extraño donde las sombras lo arrojaban, se sintió vivir lenta, angustiosamente. Hubo en su olfato la sospecha del perfume de violetas, un perfume lejano, como el de las flores que se guardan entre las páginas de un diccionario. Al volver a abrir los ojos las vio ahí, en el jarrón sobre el piano, mustias, y no las halló hermosas. Lo que su imaginación construyó en la oscuridad era mucho más bello.

Avanzó y su cuerpo se desplazaba a través de las piezas como si lo hiciera en un ambiente submarino. Era un lento vagar entre las cosas, sabiendo

a cada minuto que él era otro, muy distinto. Tendría que aprender a conocer todo de nuevo. Por fin se detuvo en el salón. Desde el techo, caía una masa blanca, la lámpara envuelta en el lienzo y, al mirar en torno, Bernardo vio que los muebles estaban cubiertos por fundas. Las telas claras arrojadas caprichosamente sobre los sillones y las mesas daban a estos el aspecto de estructuras amorfas, tal vez blandas. Y al instante comprendió: él había sorprendido esa pieza. Antes de que él entrara, algo sucedía ahí dentro y por eso ahora todo adquirió una apariencia de fingida naturalidad, aun cuando el sofá no estaba en su sitio y la mesa aquella se alzaba cerca de la puerta, siendo que su ubicación acostumbrada era el centro de la estancia. Entonces Bernardo retrocedió con una mezcla de terror y dicha. ¿Era posible? ¿Era posible que todas esas cosas vivieran? Quizás llegaran a moverse... sí, por un segundo creyó percibir un movimiento en esas masas que formaban los muebles bajo las fundas. Hubo un ruido casi inaudible y las telas se estremecieron como si una corriente de aire las hubiese atravesado. Bernardo estuvo a punto de gritar; pero el grito no brotó sino cuando, tras un estrépito, algo blando vino a golpear sus tobillos. De un salto se dio vuelta. A sus pies, encontró una alfombra, enrollada y envuelta en periódicos, que había rodado desde el lugar donde las otras estaban amontonadas. Su pulso ya se había hecho intenso y lo escuchaba en sus sienes, en la garganta, porque el pánico lo inundaba. ¡Estaba en una pieza llena de cosas vivas! No se atrevía a moverse por temor a tocar alguno de esos muebles que adivinaba viscosos y tibios. Ah, si alguien entrase, pronto. Pero, ¿quién? Entonces volvió a cerrar los ojos. Por segunda vez sorprendió el perfume, lo inhaló, lo gustó casi como un fruto. Entonces, a su vez, sorprendió su propia verdad. Su cuerpo también vivía: eso era lo distinto. El miedo desapareció, olvidó de golpe que estaba en una pieza llena de presencias y solo pudo entregarse al otro pensamiento. Su cuerpo vivía y la cabeza le daba vueltas tal cual si se hubiese embriagado. El pulso era mucho más fuerte que hace un rato, más formidable que ante el susto y ahora sí lo llenaba todo. ¡Uno podría ensordecir! Y este miedo era distinto: lo obligaba a hacerle frente. Por eso abrió los ojos y miró la pieza ante la cual hace un minuto solo atinó a gritar. Ahora la miró serenamente, cara a cara, porque ya era un hombre.

Todo se le antojó hermoso. Había allí una belleza que solo se podía gustar sin ninguna otra compañía. Comprendió por qué durante todas las vacaciones rehuyó la de sus hermanos y por qué, en las noches, se arrancaba al parque. Todo eso tenía que serle revelado, tal como hoy, en el silencio de un cuarto, consigo mismo.

Y esto también era hermoso.

Estuvo entonces frente a la belleza; más, descendió por su raíz hasta encontrar el brote de ella: y eso venía a ser la verdad.

Pero escuchó pasos. Una voz, la voz de su madre:

—¡Ay! Dios mío, Rosa... ¡Cómo está todo esto! Mire el polvo... menos mal que los muebles están con fundas, si no... pero, Rosa, ni siquiera han abierto los postigos. No se puede respirar aquí adentro...

Hasta él llegaron los ruidos. Forcejaban los postigos. El sol por fin penetró con fuerza, con demasiada fuerza. De una sola vez, se inundó la pieza con su luz. Los muebles se hicieron rígidos; a través del lienzo descubrió el esqueleto de la lámpara; todo volvió a ser real. Es decir, aquello que demoró cuatro meses en construirse fue destruido de golpe. Pero en el muchacho las cosas permanecieron.

La señorita Estefanía

- 1952 -

¡Ay! El dolor viene a clavarse como un aguijón en la base del cerebro. Trata de incorporarse; pero los muros, la puerta, el techo, la pieza entera gira en torno suyo. Cae nuevamente sobre el lecho y aun gran escalofrío lo recorre de pies a cabeza. ¡Ay! Tiene la boca seca y todo el cuerpo sensible como si recién lo hubieran apaleado.

¿Está herido acaso? Temeroso, palpa su rostro. Pero no encuentra rastro alguno. ¿Qué ha sucedido entonces? No recuerda. Si quiere pensar, de inmediato las ideas revolotean sin sentido; si quiere reconstruir lo pasado, solo consigue datos tontos como ser: el día anterior no hubo sol. Fue un día nublado. Le parece ver ese cielo gris.

Pero ahora... la pieza está demasiado oscura. Las cortinas, corridas; los postigos, cerrados. Por una grieta sin embargo logra colarse un rayo de sol y va a caer sobre la cama. ¡Odia el sol! Eso sí, lo sabe. Odia ese rayo detenido sobre sus pies. Odia el aire detenido dentro de la pieza; odia la pieza, odia... ¡ay! Una ola de agujas recorre su cabeza, lentamente, demora en morir. Mas, ¡qué diablos le ha sucedido!

Es necesario comenzar por lo más simple. Idea descabellada, recuerda la frase de uno de sus profesores: "La verdad se construye a través de los detalles, así como...". ¿Así, como qué? Lo ha olvidado. ¡Qué divertido! Pero cuando trata de reír, vuelve a enterrarse aquel aguijón en su cerebro y, al borde de la sonrisa, se detiene.

Veamos, se dice, me llamo Edgardo. Tengo veinticinco años, ¿o veinticuatro?, moreno, más bien alto... Pero ¿me llamo Edgardo en realidad?

Poner en marcha esa casa no fue tarea fácil. Todo estaba sucio y descuidado; aún más, algunas piezas yacían abandonadas desde hace mucho tiempo y en otras, se lograba descubrir sin mayor dificultad grietas en los muros o telarañas en los rincones. Por suerte pudieron contar con la ayuda de la señorita Estefanía; en caso contrario, Matilde Fontanás no habría sabido qué hacer.

Durante años nadie ocupó la casa, ni siquiera en los veranos. Preferían, o por los menos, Matilde prefería, ir a la costa. "Me aburre el campo, exclamaba, y sobre todo ese fundo que se le ocurrió comprar a Julio, tan alejado de la civilización, tan perdido en el tiempo y en el espacio". Sin embargo ahora estaban obligados a refugiarse ahí. En un mes, Julio Fontanás perdió toda su fortuna. Una fuerte especulación bastó para dejarlo, literalmente, en la calle, lleno de deudas y con una familia formada por cuatro persona-

jes inútiles. Hubo de liquidar la casa, rematar los muebles y los dos automóviles. Aquello sirvió para cancelar algunas deudas.

El remate constituyó un importante evento social. ¿A quién no le gusta espiar la forma en que otros viven y, sobre todo, compadecerse ante cada mueble que “la pobre Matilde” va a tener que perder? Sus amigas abrieron una suscripción para rematar un cuadro que “la pobre adoraba” y regalárselo. Eso fue todo lo que conservaron del mobiliario, una fuente de duraznos en un marco dorado.

Pero había otras deudas que pagar. Los amigos de Julio, por suscripción también, se encargaron de estas y así la familia Fontanás pudo conservar su fundo. La tierra es lo único seguro, dijo Julio y de inmediato organizó la partida de su familia. Irían a vivir al campo. Matilde saltó como una leona:

—No es posible. ¿Cómo pretendes que abandonemos nuestra vida?

—¿Qué vida?

—¿Cómo qué vida? La que llevamos aquí, mis amigas, nuestras relaciones, la situación social que debemos conservar. Leontina y María... Además estamos en julio. Nadie se va al campo en julio. ¿Quieres que todos se den cuenta?

—¿De qué?

—De... en fin que tú has perdido y...

—Pero, Matilde, ¿no has leído los diarios? No se habla de otra cosa. ¿No te das cuenta? He tenido una quiebra de...

—No necesito saberlo. No me interesa el dinero. Además, esas columnitas de números en los diarios... nunca las he podido comprender.

—¡Columnitas! Lo hemos perdido todo, Matilde. Hay que volver a empezar.

—¡Volver a empezar!

—Desde donde partimos. Quizás antes.

—Pero, Julio, ¿no puedes arreglar las cosas en otra forma? Charín me hablaba el otro día de préstamos y de hipo... hipo no sé cuánto. ¿No podrías solucionarlo en esa forma?

—¿Crees que ya no lo habría hecho? No, Matilde, a partir de hoy día, positivamente, tengo que empezar desde abajo. Cuando nos casamos era distinguido: ese fundo que heredé y lo que tú aportaste me sirvió para lanzar una candidatura de diputado. Una vez conseguido eso, las cosas marchan sobre rieles.

—Y bien, preséntate de nuevo.

—¿De nuevo? ¿Por la misma zona? ¿Estás loca? Ahí ya me conocen.

—En fin, yo no sé, pero alguna solución tiene que haber. No podemos dejar que Leontina y María se críen como dos salvajes en esas tierras perdidas en el espacio y en el tiempo.

—Para empezar, me irrita que digas esa frase idiota a cada momento. ¿De dónde diablitos la sacaste?

—No sé. La debo haber leído en alguna parte —y de pronto, su mirada se clavó en un punto lejano—. O tal vez se me ocurrió a mí...

—En cuanto a Leontina y María, no veo por qué dices que crecerán como salvajes.

—¡Imagínate! Solo tienen trece y catorce años. Perderán a todas sus amigas, no sabrán lo que es una fiesta ni vida social y cuando llegue el momento de casarse, porque supongo que deseas que se casen, sólo podrán hacerlo con algún vecino hediondo a vaca.

Julio se retuvo y la miró de pronto. La miró después de tantos años, hoy que ya se había acostumbrado a ese rostro. Chica, la supo también pequeña de espíritu. Decidida y determinante, con su vida trazada ante ella, dibujada por ella misma y por las diferentes amarras que la ataban a las cosas, su familia, su posición, el ocio y su misma calidad de mujer que, desde su nacimiento, le indicaba lo que podía y lo que no podía hacer. En ella, todo le molestaba. El cabello de color incierto recogido en rizados sobre la nuca, los ojos redondos, la nariz respingada que se hacía ridícula con la edad. Porque Matilde envejecía contra la corriente, con modas de otros tiempos y rizados sobre la nuca; envejecía entre sus amigas, para sus amigas: nunca le interesaron los hombres.

—Lo único que sé —estalló Julio— es que ustedes partirán.

—¿Ustedes?

—Sí, ustedes. Yo tendré que quedarme un tiempo más. Debo arreglar ciertos asuntos.

—Pero, Julio, entonces te esperaremos. No hay apuro. Nos iremos todos juntos.

—Ah ino!

—¿Por qué?

—Hay que entregar la casa antes del primero.

—Y tú, ¿dónde vas a vivir? ¿En las plazas?

—Sí, en las plazas.

—Te ruego, Julio, que no te pongas grosero.

—Pero, Matilde...

—Sobre todo después de lo que nos has hecho.

—¿Qué?

—¿Te parece poco? Destruir nuestras vidas... Irse a un lugar perdido en el espacio y...

—¡Matilde!

—Un lugar sin el menor recurso, donde viviremos enclaustradas hasta el fin de nuestros días, yo y las niñas.

—Y Edgardo.

—¿Cómo Edgardo?

—Edgardo. Edgardo se va con ustedes...

—Pero, Julio, no es posible...

—¿Por qué?

—Pero ¿qué te ha hecho el pobre muchacho? Contesta, Julio, ¿qué te ha hecho?

—Nada.

—¿Lo ves? Y por qué entonces pretendes enviarlo a ese lugar para que se pudra —se detuvo ante la palabra y la sopesó— sí, pudra su juventud. Comprendo que nos mandes a nosotros. Yo no soy joven; Leontina y María tienen la esperanza de volver en un tiempo más; pero Edgardo...

—¿Qué le pasa a Edgardo?

—Tiene veinticinco años.

—¿Y?

—Sería un crimen encerrarlo allá. Debe vivir, Julio. ¡Vivir! Está en la edad.

—No me parece que necesita vivir, con exclamativos como lo dices tú. No ha hecho otra cosa desde los diecisiete años.

—¡Julio!

—No ha hecho sino remoler, Matilde, y tú bien lo sabes. Creo que un cambio le sentará. Que vea otras cosas, que aprenda otras cosas. Y si ya es demasiado tarde, por lo menos le servirá de período de desintoxicación.

—Hablas de tu hijo como si fuera un... un perdido.

—Tengo la certeza de que lo es.

—Julio, te prohíbo... Me opondré hasta el final... hasta la muerte si es necesario.

Después de todo, Edgardo partió con los otros. En un comienzo quiso independizarse.

—Soy mayor de edad —le gritó a su padre, finalizando así una larga discusión. El señor Fontanás se limitó a esperar unos pocos días. Al cabo de ellos, Edgardo volvió a casa y se dispuso a preparar sus maletas. Era un hijo pródigo que regresaba cubierto de deudas y con todos los créditos cerrados. Matilde solo atinó a mirarlo con lástima.

Pero si se declaró vencida en lo concerniente a Edgardo, su actitud fue muy distinta cuando se trató de la educación de sus hijas.

—No permitiré —le dijo a su marido en una de las numerosas entrevistas que sostuvieron— que Leontina y María sean unas huasas. Quiero que mis hijas tengan la misma educación que tuve yo...

—Para lo que te ha...

—Eso es asunto mío. Y no te permito que seas grosero...

-Pero, Matilde...

-No insistas. Si supieras lo poco que me importan tus apreciaciones. Volviendo a lo otro, te tengo que advertir que no me iré al campo hasta que no hayas encontrado una solución.

-¿Qué propones?

-Tú eres el interesado. Yo no propongo nada, espero.

Encontró la solución que Matilde pedía en un periódico. Un pequeño aviso: "Señorita de buena familia, culta, se ofrece para dar lecciones a niñas o para acompañar enfermos. También aceptaría partir al campo. Escribir a E.M., casilla...". Julio se precipitó sobre esta posibilidad y escribió ese mismo día. En respuesta a su carta se presentó Estefanía Meril, señorita de buena familia, cuya cultura se presentía a través de su conversación un tanto rebuscada, delgada de cuerpo, corta de vista y aguda voz. Aceptó todas las condiciones, no tuvo exigencia alguna, por lo cual el señor Fontanás la contrató de inmediato.

-Matilde, ya encontré lo que necesitas.

-¿Qué?

-He encontrado una institutriz para que parta con ustedes al campo.

-¡Una institutriz!

-Sí, una dama de compañía, profesora, ¡qué sé yo! Lo cierto es que dará clases a las niñas. Es una señorita de buena familia.

-Pero, Julio, estás loco. ¿De dónde sacaste una institutriz?

-De un aviso.

-De un aviso de diario sin duda.

-Por supuesto.

-¿Quién te la recomendó?

-¿Cómo?... ¿Quién me la recomendó?

-Sí, quien te informó sobre su honradez, su eficiencia...

-Nadie. Es decir, en el periódico decía que era de buena familia.

-¡Julio! Tío Edgardo, nunca me consolaré de haber bautizado a nuestro hijo en su honor, también era de buena familia y eso no le impidió arrancarse con las joyas de la Memé. ¡Estás loco!

-Llámallo como quieras -dijo-. Locura o... lo cierto es que todo está finiquitado. Partirán a fines de semana.

-Supongo que tú pagarás esa... institutriz.

-Sí. No te preocupes.

-¡Ja! No te preocupes. Como si fuera poco con el mundo que nos has derrumbado encima. Pero antes de partir quiero tener una entrevista con esa...

-Señorita Estefanía Meril.

-¡Estefanía!

—Sí, Estefanía.

—Las niñas no podrán llamarla así. Se van a morir de la risa cuando lo sepan. Habrá que cambiarle nombre.

Matilde Fontanás tenía esa costumbre: cambiaba el nombre a sus empleados. “Nunca podré acordarme de Bienvenida; más bien te llamaremos Rosa” o si no “ya hay una Juana en la casa, no puede haber otra, se presta a enredos; habrá que pensar... Carmen, por ejemplo”. Y así rebautizaba con una liberalidad asombrosa.

No obstante, de su conversación con la nueva institutriz, emergió diciendo:

—Es la típica Estefanía. Creo que no será necesario cambiarle nombre.

Esto resultó ser cierto. Nadie que la viera con su maletín largo como único bagaje, toda de negro, una cinta atada en torno al cuello y un sombrero sin época sobre la cabeza, podría dudar que se llamaba Estefanía. Así la vieron llegar los de la casa. Se detuvo al pie de la escalera y con mirada miope descifró el número grabado en la plancha. Después extrajo de su bolso una libreta no más grande que un boleto de tranvía, la consultó, confrontó ambas cifras, asintió con la cabeza. Solo entonces tocó el timbre, mientras Leontina y María, que desde temprano espían su llegada, se ahogaban con sus risas en una de las ventanas.

Así, con la llegada de Estefanía, todo estuvo pronto. Al día siguiente partieron a “La Soledad”, nombre que Matilde había dado al fundo.

Ahora Edgardo está botado sobre un lecho. Esto sí es el final. Definitivamente terminó. Ahora Edgardo está botado sobre un lecho. Pero ¿qué ha sucedido? Solo sabe que una sensación atroz lo agarra por la nuca, que le duele el cuerpo, que la pieza está oscura.

No sabe más.

Edgardo Fontanás trata de hablar, llamar a alguien. ¿Quizás está en una prisión? ¡Ah! no, más vale no pensar.

Pero, a pesar de él mismo, los hechos apuntan, uno aquí, otro allá.

En un comienzo todos, salvo Edgardo que reposaba gran parte del día, estuvieron muy ocupados con el arreglo de la casa. Tuvieron que apalear alfombras, sacar telarañas de los rincones, pulir bronce que con el tiempo se habían vuelto opacos, incluso mohosos. Estefanía trabajaba con entusiasmo.

Matilde la observaba con cierta admiración mientras iba y venía entre las piezas, cargando cortinajes y cojines. Las muchachas, en cambio, seguían riéndose a sus espaldas. Por cierto que algo ocurrió el primer día y eso fue causa suficiente para que Leontina y María no le tuvieran el más mínimo de respeto. Ese algo fue Edgardo. Desde un comienzo, se rió de la institutriz. Era su entretenimiento, lo que hacía más llevaderas esas largas veladas. Así hizo llover sobre la mujer toda su ironía, jugó con ella, se entre-

tuvo a costa suya. Cualquier cosa, una entonación, una frase, una mirada de la profesora, resultaron un buen vehículo para hacer florecer su despiadado sarcasmo. Edgardo no estaba acostumbrado a respetar a los demás. Ellos no eran sino circunstancias para que él triunfara. Por hacer un juego de palabras, sacrificaba a su mejor amigo. Qué no haría entonces con la pobre Estefanía. Los otros, los que lo rodeaban, debían acatar sus caprichos, ya que él era fuerte. Siempre lo había sido. Aquella fuerza nacía de la rapidez de su pensamiento, de su frase hiriente. Con ellas, se alzaba sobre los que en torno rondaban. Edgardo siempre logró reírse antes, antes de que los otros se rieran de él. Ya que todo ser lleva en sí un punto vulnerable, la competencia radica en la ligereza con que se le descubre. Y Edgardo poseía aquel ojo avizor; por lo tanto, jamás conoció la sensación de impotencia que los otros, las personas como Estefanía, experimentan ante la burla. Una frase los paraliza, una sonrisa los deja mudos: ya nunca podrán conquistar. En el mundo de las palabras, la victoria es de aquel que ha vencido desde un comienzo. Tal como sucedía con Edgardo; él siempre lograría esa clase de triunfos y ello le daba confianza en sí mismo, seguridad, una cierta satisfacción que algunos llamaban insolencia.

Por otra parte, no se podía negar que fuese simpático. La sensación le era inherente. Bastaba verle entrar en una pieza para comprender que era así. Él no hacía el menor esfuerzo, naturalmente su voz y sus gestos iban ganando a los otros. Es verdad que su aspecto físico ayudaba: en él persistía algo del niño grande, armonioso, uno de esos seres que uno ansía proteger y ante los cuales todas las mujeres se descubren instintos maternos. Era encantador. Moreno, alto, de hombros anchos, en su rostro la juventud se abría como un espejo. Además, sus movimientos. Ellos lo distinguían. Uno en otro se iban engarzando son simplicidad, creando en torno suyo toda una atmósfera de líneas perfectas. Sus movimientos lo encerraban en una jaula espléndida.

Edgardo lo sabía. Estaba consciente de la fascinación que fluía de su persona, de la influencia de sus palabras, del acorde que despertaba su presencia en cualquier sitio. Y como nada podía perder, creó alrededor de sí mismo una fama de personaje. Sublimó su inteligencia en ironía: lo llamaron "agudo". Pasó a ser Edgardo Fontanás, "ese muchacho tan agudo". Con el tiempo, ello fue su carácter. No podía perderlo de la noche a la mañana, por eso aquí, en el campo, lo descargó sobre Estefanía. Al comienzo, la institutriz se sintió desorientada. Nunca antes la habían tratado así. Pero pronto, algo, su orgullo tal vez, se irguió dentro de ella y se parapetó tras un muro de silencio, mientras encontraba una mejor manera para hacerle frente.

Aquel silencio suyo, siempre lo tuvo en ella. Nació en el convento donde sus parientes la internaron a la muerte de sus padres. El silencio vivía

ahí, en los largos corredores, entre las religiosas de tocas inverosímiles, en esas tardes que demoraban en morir, defendidas por campanas. Nadie se lo enseñó: el silencio se incorporó a su personalidad, eso fue todo. No era posible eludirlo ya que esperaba tras cada puerta; pero si en las religiosas llegaba a ser obediencia, en ella adquiría cuerpo de rebelión, de grito.

Ese silencio la marcó en el pensionado. Después, cuando inició su vida de institutriz, repetidas veces recurrió a él. En vez de protestar por una injusticia, se escudaba en ese mutismo y se sabía fuerte, sola, individual. No pedía otra cosa.

Así, en las noches, cuando todos se sentaban a comer, Estefanía callaba y si alguna vez entreabría los labios, era para corregir la posición de las manos de Leontina o bien para decirle a Matilde que se mantuviese derecha. Edgardo, en cambio, hablaba sin cesar. Decía cualquier cosa. Su pensamiento iba y venía en arabescos absurdos, buscando el camino que lo condujera al punto vulnerable de la mujer. Por primera vez, Estefanía supo que su silencio no era suficiente. Este ataque continuo terminaría por derribarlo. Entonces pensó irse. Es inútil, se dijo, que continúe soportando esto. Nadie me obliga. Era cierto: nadie le impedía partir y sin embargo no lo hacía. ¿Por qué? Su decisión no pasaba más allá de las palabras.

Entonces comenzó a odiarlo. El sentimiento brotó con toda la fuerza de lo que recién nace. Lo odiaba; en las noches, antes de dormirse, pensaba en él y lo odiaba. Todo llegó hasta la obsesión. Cualquier cosa, un color, un sonido bastaba para evocarlo y entonces lo odiaba. A veces, mientras explicaba a las niñas lo que eran los coleópteros o las dinastías, sorprendía su pensamiento muy lejos, odiándolo. A la hora de comida, lo odiaba con mayor fanatismo. No lo miraba, apenas sí un saludo, eso era todo; pero cada segundo iba repitiendo: lo odio, lo odio... así aconteció un hecho bastante curioso.

Edgardo grita, grita, grita hasta el agotamiento. Pero su voz solo se oye en el sueño, pues cuando despierta, hay un gran silencio en torno. Nadie puede haber gritado en una quietud como esa: algo se removería aún. Por lo tanto, no ha gritado.

El dolor está siempre ahí, detenido como un aguijón. ¿Quién se atreverá a sacarlo? Alguien que entierre las uñas en su nuca y apriete... ¡Ay! no puede pensar.

Él es Edgardo. Bueno, eso lo sabe. Pero ¿qué ha sucedido? ¿Por qué está ahí?

Aguarda.

Matilde se aburría. No era extraordinario, todos se aburrían. De vez en cuando, ella solía leer algún libro, el libro que estaba de moda. Justamente ahora acababa de leer uno donde el autor, al dar consejos para ser popular, vivir cien años y no parecer viejo, decía que una de las principales causas de la aparición de arrugas, era el bostezo, y como este brotaba a través del aburrimiento, era forzoso no aburrirse. Matilde estaba de acuerdo con el

autor, ya que, desde su llegada a “La Soledad”, tenía verdaderos accesos de bostezos. Decidió tomar medidas. Una vez que finalizó la organización de la casa, se encontró ociosa y al borde de aburrirse, lo que equivalía a decir al borde de las arrugas. Por lo tanto, destinó una tarde a la reflexión, la llamó “tarde de las decisiones”. De ella extrajo la siguiente conclusión:

–Escribiré poesía. Cuando joven no lo hacía tan mal.

Matilde se lanzó con ardor al trabajo. Pasaba días enteros llenando cuartillas. Era curioso, nunca hubiera creído que tenía tanto que decir. En una carta a su amiga íntima, describía su arte en esta forma: “Es extraordinario, Charín, nunca pensé que pudiera escribir tanto. Mira, me basta con encontrar palabras que riman y hacer que terminen una frase cualquiera. Pienso publicar un libro”.

Pero una tarde se detuvo. No hallaba una palabra que rimara con “nardo”. Nardo... cardo... no, eran demasiadas flores. Batalló durante un cuarto de hora frente a la ventana que se abría sobre un crepúsculo rojo y negro de donde extraía su inspiración; pero todo fue inútil. Cuando ya estaba a punto de declarar vencida, la institutriz atravesó la pieza.

–Estefanía...

–Señora... –se detuvo en el hueco de la puerta.

–Dígame, conoce usted alguna palabra que rime con nardo.

–¡Edgardo! –soltó de pronto y la palabra era angustiosa, como retenida durante mucho tiempo.

–¡Magnífico! ¿Cómo no se me había ocurrido? Escuche –y recitó, de pie ante la ventana, una aureola de nubes rojas coronando su cabeza–. “¡Oh! Tú, ninfa del nardo; ve, anda a la busca de Edgardo”.

Estefanía abandonó la pieza con precipitación.

Recuerda un personaje. Entonces él no está solo en el mundo. Hace apenas dos minutos pensó que todos habían muerto y que él era el único que caminaba sobre el globo... Es divertido caminar sobre un globo; subir es más fácil; pero bajar resulta tan difícil.

Edgardo recuerda un personaje. Es una mujer vestida de raso gris. Todos dicen que es su madre; pero él acostumbra llamarla Matilde.

¡Matilde!

A veces Edgardo se sorprendía en cama cuando todavía no era noche. ¡La vida era tan aburrida! Se levantaba antes del amanecer. Era la única hora que *pasaba*, según su expresión. Le gustaba esa noche incierta de las primeras horas y luego, cuando salía el sol, las luces de súbito tan intensas, como si fuesen artificiales. El aire no se había embebido aún de ese olor a *montura sudada* que más tarde lo inundaba todo. Hasta entonces guardaba el aroma de asfalto húmedo y de cosa vivida que le recordaba el de las calles cuando, antes, volvía a casa en las cercanías del alba. Caminaba durante una

hora y luego retornaba a acostarse, cuidando eso sí de cerrar herméticamente los postigos. Que no se fuera a colar un rayo de ese sol que odiaba.

Despertaba a mediodía y bajaba a almorzar solo para recostarse después. Fumaba, a veces leía el periódico, el de Santiago por cierto.

En las tardes, salía a caballo. Hay que hacer algún ejercicio. Es necesario conservar el cuerpo ágil, los movimientos armoniosos; es necesario pensar en todas esas cosas antes de que uno comience a notar los trajes estrechos.

La noche por fin llegaba y era el momento más desesperante. Se reunían en el salón, una pieza atestada de muebles de cuero y de rincones sombríos. Matilde aprovechaba para leer en voz alta lo que había escrito durante el día. Leontina lograba realizar una verdadera disección del rondó en el piano desafinado. María, por su parte, lanzaba gritos cuando se pinchaba con la aguja, al internarse en ese bordado desde ya eterno. La institutriz no asistía a estas veladas y solo con el primer grito de la cocinera, que reemplazaba al gong que nadie oía, se le sentía bajar por la escalera y, al pie de ella, rígida, peinada, las manos limpias, la expresión austera, decir:

—Buenas noches.

Edgardo la recibía con demostraciones de intensa alegría. En realidad, ella llegaba a perturbar la monotonía. Eso era suficiente.

A pesar de todo, Edgardo no desesperaba. De algún lado vendría la salvación. Uno no puede estar condenado desde el comienzo: existen las posibilidades. De otro modo, sería demasiado injusto. Lo que sí lo angustiaba era el completo aislamiento en que se erguía "La Soledad". Ni vecinos, ni ciudades, nada. ¿De dónde llegaría entonces la buena nueva? ¿Su padre? No. Julio Fontanas ya había anunciado su pronto regreso. Engañándose a sí mismo, posponía su partida semana a semana; pero todo resultaba inútil: tarde o temprano se entregaría a su jaula. Nada podía esperar de él. Las cosas tendrían que decidirse a través de otros caminos. ¡Y caminos habría! De eso estaba seguro. Hasta ahora, nunca dejó de haberlos.

Matilde vestida de raso gris. "La verdad se construye a través de los detalles..."
¡Quién dijo eso! Alguien lo murmuró en su oído. Cierra los ojos, se da vuelta en la cama y mira...

Nadie.

Ahora el cuerpo le duele menos. Si ensayara levantarse. Trata de hacerlo; pero le parece que el suelo viene a estrellarse contra su rostro. Vuelve a desplomarse. Entonces, ¿no podrá erguirse nunca?

—Pasaré la vida sobre esta cama —dice en voz alta y los sonidos son extraños, buscan ecos. La garganta se le ha secado por completo. Si traga, escucha el ruido de dos lijas...

¿Dónde vio a su madre vestida de raso gris? ¡Ah! Si pudiera recordar.

Pero una mañana en que Edgardo, como de costumbre, salió de la casa antes del amanecer, sorprendió la siguiente escena:

Al cerrar con suavidad la puerta que daba al jardín, escuchó un suspiro. Son los goznes, se dijo, nunca los han aceitado. Pero en ese instante, se oyó un segundo suspiro. Más aún, un suspiro prolongado, como doliente. Miró en torno: nada, es decir, el jardín, perfecto en su inmovilidad. Todo estaba quieto, los árboles erguidos a contraluz sobre el cielo pálido, apenas diseñado y, al fondo del sendero, la estatua manchada de moho se presentía más bien, junto a la fuente muda. No era difícil darse cuenta de que todo aquello esperaba algo. Así, pronto, nació la luz.

Despertaban las cosas, los ruidos y el canto de un gallo que, de súbito, clavó la mañana. El suspiro que Edgardo escuchó ahora, lo sobresaltó. Tenía mucho de queja y no poco de entrega, de sumisión completa ante esa fuerza incontrolable que era la mañana. ¡Aquel suspiro venía de la casa! Su mirada trepó por el derrumbe de jazmines que caía desde el techo y allí, en la ventana que las flores no lograban esconder, descubrió a Estefanía.

La mujer parecía extasiada. Su figura se hacía aún más ridícula en aquel camisón blanco sobre el cual se destacaba, a la altura del hombro derecho, un gajo sin brillo en el que había trenzado sus cabellos. Suspiraba, suspiraba en la mañana.

Edgardo ahogó la carcajada y se escondió. Pero, a la hora de almuerzo, dijo de pronto:

—Nunca había visto un amanecer tan espléndido como el de hoy día.

—¿Un amanecer? —preguntó Matilde—. ¿Desde cuándo te dedicas a los amaneceres?

—Desde siempre. Ha pasado a ser una verdadera costumbre.

Estefanía estaba demasiado ocupada con aquella ala de pollo, reacia a todo cuchillo, para escuchar la conversación. Pero Edgardo insistió:

—Sin embargo, hoy hizo bastante frío. ¿No le parece, señorita?

—¿Cómo dice?

—Digo que hoy hubo un amanecer muy frío.

Y de golpe comprendió. Ahí estuvo sola, sola en ese comedor, entre los otros. Hasta el piso pareció huir bajo sus pies y todas las palabras perdieron su significado. ¡Nunca encontraría una para contestarle! El rubor encendió su rostro, ella lo sintió subiendo por las venas hasta la raíz de los cabellos. ¿Cómo esconderlo? Una tos, pretextar un ahogo y la copa de cristal que viene a disimularlo. Pero Leontina y María ya lo habían sorprendido, se golpearon con el codo y la risa nació en borbotones. Fue Matilde quien vino a destruir ese silencio:

—¿Qué le sucede, señorita? No comprendo una palabra de estos amaneceres... Amanecer, ¡qué hermosa palabra! —y la anotó mentalmente.

—¿A mí? Nada, señora... este yo...

—Yo la vi esta mañana.

Entonces era cierto. Ya no quedaba ni la sombra de una duda, él se lo estaba diciendo. Volvió a despertarse aquella ola de fuego en su rostro. Las manos quedaron paralizadas sobre el pollo. No había escapatoria posible. Y Edgardo, viéndola en el suelo, extremó su victoria:

—Yo la vi esta mañana, en camisa, suspirando frente al sol.

Las risas de Leontina y María irrumpieron por fin en el aire pesado del comedor. Vibraron en los cristales, precipitadas, creando ese vértigo en el cual Estefanía se vio presa de pronto como en un torbellino.

Esa noche lloró sobre su almohada. Lloró larga y desconsoladamente, ahogando los sollozos, ahogándose ella misma en todo aquello que subía hasta su garganta. ¿Era odio esa sensación que la dejaba vencida? Tal vez una nota que se repetía en ella con la mayor de las intensidades. Tomar un nervio, rasparlo, rasguñarlo, hacerlo chillar como una cuerda de violín: eso era lo que experimentaba. Miró las cosas en torno. Las paredes en su sitio, los muebles, la ventana y las cortinas. ¿Cómo era posible que los objetos continuaran, que el tiempo continuara, cuando ella estaba muriéndose sobre su lecho? Y sin embargo era así. Entonces cerró los ojos y se dejó llevar.

La verdad se construye a través de los detalles, la verdad... Como un estribillo, la frase vuelve, vuelve, vuelve.

¡Ay! cómo le duele la cabeza.

Pasaron varias semanas. Nada cambió en “La Soledad”. Matilde seguía escribiendo, y Edgardo tuvo que tomar una importante decisión: conservar o no el bigote. Ciertamente que no le reportaba sino molestias, que el afeitarse, que el cuidado... pero, por otra parte, su rostro perdía toda personalidad sin el bigote. No era posible correr ese riesgo. Cualquier día, cualquier cosa podía suceder. ¡Qué sabía él! Una alternativa en la cual no pensó, alguna solución insospechada, algo que viniera a resolver sus problemas, permitiéndole volver a Santiago. Eso estaba dentro de las probabilidades. Por lo tanto, no resultaba lógico correr un riesgo como el del bigote. Al fin y al cabo, un bigote demora más de quince días en crecer.

Mientras él seguía lentamente el curso de estos raciocinios, sus hermanas se veían envueltas en un nutrido horario de lecciones, ejercicios y prácticas que les aseguraría, cuando llegara el momento, medios para lograr hacer un matrimonio ventajoso. Era lo que Edgardo llamaba la *educación anzuelo*.

Ahora siente un gran cansancio. Algo inmenso se ha desplomado sobre él. Lo clava en el lecho: según parece irremediamente.

Ahora casi todas las cosas han sido dichas. Queda por descubrir la causa última y entonces todo se habrá cumplido, cerrado, amarrado como un anillo.

Ahora Edgardo cree girar en anillos.

Sin embargo se detiene el borde del precipicio. Aguarda ahí, el cuerpo tenso, los sentidos alerta y luego, como si se elevara sobre la punta de los pies, inspecciona el fondo de la quebrada.

Pasaba el tiempo y todos se aburrían. Por fin algo anunció en el calendario, algo que vendría a romper la monotonía. Resultó ser el cumpleaños de Leontina. Matilde decidió celebrarlo con una fiesta familiar. Al comienzo, lo planearon en secreto; pero luego Matilde decidió contarle a Leontina, ya que era muy difícil escondérselo. Así todos se precipitaron a organizar. Ponían tal pasión en llevar a cabo los preparativos, que por momentos se pensaba en náufragos aferrándose al último leño que flota. Cada uno, en cada minuto, descubría o ideaba algún nuevo detalle. Matilde, por ejemplo, decidió escribir un largo poema, "A la primavera de mi hija", que María se encargaría de recitar la noche de la fiesta. Las muchachas abrieron armarios que nunca nadie había tocado y encontraron un mantel, pesado como un cuerpo, dos candelabros que parecían de plata y un centro de mesa todo de espejos. Una tarde Edgardo, sacrificando su hora de ejercicio, bajó a la bodega y, cuál no sería su sorpresa, al hallar cinco botellas de etiquetas desteñidas que las arañas se habían encargado de esconder y que resultaron ser de una cosecha antiquísima.

Durante algunos días reinó cierto entusiasmo en "La Soledad". La noche de la fiesta se anunció borrascosa. Había una tempestad cerca. Se le palpaba en el aire, en lo tenso del silencio, en la actitud de los animales. Todo estaba electrizado.

Iluminaron como un faro la casa, abrieron las ventanas hacia el jardín y todos, en silencio, escucharon los grillos.

-¡Qué lindo está! -gritó Leontina, alborozada.

-Te ruego que cierres las ventanas -exclamó Edgardo-. No soporto ese aire...

-Pero Edgardo.

-Te digo que me hace mal.

-¿El aire puro del campo?

-Es alergia.

-Pero...

-Obedece, María. Por una noche, seamos una familia unida -moralizó Matilde-. Aunque no esté completa.

Las ventanas volvieron a cerrarse; sobre ellas, corrieron los gruesos cortinajes y la atmósfera se espesó a causa de todas las lámparas que habían encendido. En aquel momento, apareció Estefanía. La ocasión permitía a su coquetería un nudito de encaje blanco prendido al cuello.

-¡Qué lindo! -exclamó María-. Es lo más lindo que he visto.

Matilde se sintió ofendida. Nadie había notado su vestido de raso gris,

uno de los últimos que alcanzó a comprarse, y todos gritaban de entusiasmo ante un simple nudo de encaje. Contempló su imagen en el espejo. Se sonrió complacida.

—Vamos a comer —dijo y al pasar junto al espejo no volvió a mirarse en él.

La cena fue bastante animada. Hubo brindis y cantos, la recitación de María, un poco larga quizás, gritos y aplausos. Edgardo derrochó simpatía. Esa luz de las velas parecía encender en él un recuerdo de otros tiempos. Todo esto hacía nacer un burbujeo, como al beber champaña, y las ideas más absurdamente cómicas afluían sin interrupción. Relataba una y otra historia, guiñando los ojos, intencionado. Bromeó con desenvoltura y encanto hasta el punto que Estefanía se sorprendió de pronto sonriendo con una de sus frases. Si un hombre es capaz de coquetear, Edgardo lo hizo esa noche. Fue la suya una coquetería varonil, invencible y avasalladora, aprendida e innata a un mismo tiempo, que brotaba de esa encantadora vejez que llevan dentro de sí los hombres como Edgardo.

Renació el antiguo Edgardo, el otro, el de la ciudad. ¿Quién podría resistirle? Ante él rendíanse las empleadas de la tienda y las amigas de su madre; nadie era capaz de rehusarle un servicio. Bien lo decía él mismo: “Denme una noche, luz suave, tal vez música lejana y soy capaz de conseguir el mundo en préstamo”. Un mundo que derrocharía en un par de horas, con elegancia y sin que nadie se sorprendiera. Así lo vio Matilde ahora. ¡Era un absurdo tenerlo en el campo! Un crimen. Todo en su hijo le recordaba la ciudad, la precipitación, la verdadera vida. Y a través de la mesa, Matilde lo contempló, arrobada, le sonrió, olvidándose por algunos instantes de que era su hijo.

A la hora del café, sintieron la tempestad. La escucharon a través de las ventanas cerradas, lejana aún.

Pero pronto, los truenos se hicieron más cercanos y un relámpago los recortó de pronto, ellos y los muebles, en su luz verdiazul. Las mujeres decidieron ir a acostarse.

—¿Vienes, Edgardo?

—Suban ustedes primero. Yo apagaré las lámparas.

Un segundo relámpago impulsó a Leontina y María escalera arriba. El trueno las clavó en el descanso y, tras él, sus pasos se mezclaron a la lluvia que empezó a caer. Estefanía las siguió. Su paso era ágil, había algo de aéreo en su actitud, de exaltación, de juventud.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Entonces la mujer descubrió dónde radicaba la perfección de su hijo: era en la actitud. El cuerpo que ocupaba el espacio armoniosamente, los músculos ni tensos ni relajados, abandonada sí la mano junto a la copa, y ese aire que a intervalos regulares hinchaba su torso, todo yacía preso en el

perfecto acorde que llegaba a ser el momento. Unos versos subieron hasta sus labios:

*¡Oh!, tú, ninfa del nardo.
Ve, anda a la busca de Edgardo.*

Después, la tempestad estalló sobre la casa. El cielo entero se vació sobre ella. Nadie nunca creyó que todos se salvarían. Llovía sin cesar, y la lluvia iba cambiando el ritmo, haciendo cada minuto distinto al anterior y al que lo seguía. Rayos también, como latigazos súbitos, contraían el momento solo para descansar luego en el trueno, a veces lejano y distendido, otras tan próximo que uno hubiera pensado en un cañonazo imprevisto, sin eco. A ratos, un viento nacido quizás de dónde, soplaba sobre la lluvia y la destrozaba, la empujaba lejos en grandes paquetes, logrando hacerla vivir largo tiempo antes de su irrevocable muerte en la tierra. La noche se hizo ensordecedora.

Pero con el alba, antes del alba, todo empezó a enmudecer. Un último viento barrió los relámpagos; los truenos se dispersaron definitivamente. La lluvia primero fue garúa y después no fue nada. Un gran silencio cayó sobre la casa y, junto con traer el reposo, hizo nacer el pesar de que todo aquello hubiese concluido.

Han vuelto todos los personajes; ya no está solo. Y sin embargo todavía no sabe qué ha ocurrido.

Veamos:

Me llamo Edgardo, mi madre vestía un traje de raso gris anoche, ahora estoy solo en mi pieza, solo en mi pieza, porque los otros deben andar rondando en torno como lauchas, como lauchas, como lauchas.

Algo sabe: ya nunca saldrá de este hoyo.

—“La Soledad” es mi condena —dice en voz alta y se asusta con el timbre de sus palabras. Todos volverán a juntarse aquí, todos los otros, hasta su padre, y vivirán en comunidad. De eso está seguro.

Por centésima vez trata de incorporarse y, por centésima vez, vuelve el dolor en la nuca. Entonces desiste. Cae lentamente hacia atrás y decide permanecer así hasta su muerte.

Lo único que desea en tranquilidad.

Tampoco la logrará. Escucha golpecitos secos en la base de su cráneo, como si un pájaro estuviera picoteando el hueso. Más fuerte, cada vez más fuerte y a ellos se unen sonidos:

—Don Edgardo...

—¿Quién eres? —pregunta con voz cósmica.

—Soy yo, don Edgardo, la Juana.

—Juana...

—Le traigo una carta, don Edgardito.

Juana... ¡Juana! Abre bien los ojos. Claro: es ella, la empleada.

—¿Qué quieres? ¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?

Y antes de que logre contestarle el torrente de preguntas, él ya lo sabe. Está borracho o, por lo menos, despierta de una borrachera. Recuerda la noche anterior, el comienzo de la tempestad, las botellas de vino, eran como cinco... eso es todo.

—Una carta, don Edgardo.

—¿Llegó el correo?

—No. La señora Estefanía me dijo que se la trajera.

Estefanía... Estefanía... no acierta a ubicarla entre los hechos. Un vestido gris, de raso, y cinco botellas es todo lo que recuerda. Cinco botellas del vino más suave, terciopelo... ¡Ay! El estómago le arde de pronto como un fuego sofocado, alguien debe haberle obligado a tragarse una antorcha.

—Juana... Juana, tráeme un vaso de agua con bicarbonato.

Y mientras la muchacha corre a cumplir su encargo, Edgardo permanece ahí, sin moverse, sin pensar. Nadie va a morir, ni siquiera él.

Después de beber el agua con bicarbonato, se siente mejor, logra incorporarse en el lecho y ubicar las cosas en su justa ordenación.

—Aquí, sobre el velador, le dejo la carta.

—Antes de irte, abre los postigos.

La muchacha obedece. Una luz fuerte inunda la pieza: Edgardo se cubre el rostro con la almohada. Estefanía... Estefanía... ¡Ah! se yergue de súbito. Rasga el sobre, lo destroza, lo arroja lejos. Sus dedos se enredan en la carta y no logra desdoblarla.

“Edgardo (puedo llamarte así, ¿no es cierto?):

“Te quiero, te adoro. Quise ser la primera en saludarte. Buenos días, mi amor. Naturalmente, todo será un secreto entre nosotros dos. Hasta otro rato. Tuya para siempre,

Estefanía”.

El viento ha conseguido abrir las ventanas que Juana dejó mal cerradas. Así la mañana, húmeda y esponjada, mañana de sol después de una tempestad, mañana que reía afuera, puede entrar en la casa, en la pieza, en él y reír adentro.

La muerte

- 1952 -

-Cállate -dijo al entrar en la pieza y despidió la discusión con un gesto de la mano.

Estaba cansado. No quería seguir hablando, no le importaba. Era esa sensación que lo envolvía nuevamente y, ahora, en forma definitiva. Prefería sentirse atropellado, arrastrado, despedazado por esas palabras antes que hacerles frente. No podría, no hallaba frases ni argumentos ni explicaciones. Estaba cansado, eso era todo.

Pero Elvira permanecía ahí. Junto a la puerta, su cuerpo se destacó sin relieves, como esas figuras que sus hijos recortaban de las revistas. El no la veía, le daba la espalda, pero la supo en ese lugar y en esa actitud, más intensamente que si la mirara. Elvira no decía una sola palabra, obedecía. ¡Nadie, jamás, podría reprocharle no haber sido una esposa sumisa! Sin embargo, él sabía que las palabras pugnaban al borde de sus labios, que las frases no dichas, esas que la orden reprimió, se contenían y volvían al cerebro solo para perfeccionarse en su maldad y poder herir aún más. Él la escuchaba acezar... como un animal, pensó. Presentía su pecho subiendo y bajando entre los aburridos encajes, presentía las aletas de la nariz dilatadas, presentía todo el cuerpo tenso, pronto a saltar, a atacar, como un animal, volvió a decirse.

No obstante, se mantuvo mudo. No le importaba, no le importaba cosa alguna. ¡Que reventara el mundo como un globo si eso era el destino! Todo daba lo mismo. Dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo y avanzó.

Aquel era el salón, por lo menos ella siempre lo llamaba así. Trataba de imprimirle al apelativo la distinción de que carecía la pieza. ¡El salón! Un cuarto idiota, sin uso, puesto ahí para impresionar a los raros visitantes. Pero Elvira lo cuidaba, lo limpiaba, lo mimaba casi como a un niño. "Da cierto rango tener un salón", decía con su voz filuda.

¿La odiaba? De pronto se planteó la pregunta. ¿Era odio lo que sentía hacia su mujer? No, no sabía, no lo creía, estaba demasiado cansado para odiar.

Ahora todo le era igual.

Vio la lámpara de cristales colgando del techo. ¿Cristales? ¡Ja! Vidrios, trozos de vidrio apenas pulidos, opacos y espesos, que ni siquiera lograban refractar la luz. Pero... "Juanita Somer tiene una lámpara de cristales". ¡Juanita

Somer! Todo lo que ella poseía era necesario tenerlo también en esta casa, como si esa fuera la figura sobre la cual uno debía calcarse. Si Juanita compraba una lámpara de cristales, ellos debían adquirir una, aunque no fuese de cristales, aunque diera menos luz que la otra de simple bronce, porque... era necesario ver una lámpara de cristales colgando en el salón para que cuando Juanita condescendiese venir a tomar el té con ellos, Elvira pudiera decir: "¡Mire! Compramos una lámpara igual a la suya".

Pero más valía no pensar en todo eso. Ya no le importaba, no le importaba. ¿Por qué tenía que repetírselo entonces como un verso que se pretende aprender de memoria?

Miró el papel que cubría las murallas. Si algunas rosas, de las que formaban el diseño, se habían desteñido, reintegrándose al fondo de un color sucio, estaban muy bien disimuladas bajo el grabado que, con presteza, venía a esconder tal desastre. "¿Cuándo cambiaremos el papel del salón?", preguntaba Elvira sin cansancio y él ya no respondía. Por una parte, no tenía dinero, y por otra, lo hallaba inútil. De ahí a hacerle comprender ambas razones a su esposa... miró la alfombra, raída a trechos, escondida bajo los muebles y lo que ella daba en llamar "*bergere*, como la de Juanita Somer", aun cuando era un simple sillón. Lo miró todo, de una vez. Lo comprendió todo, como nunca antes. Ahora esas cosas se hacían insoportables, con ese algo de frágil y falso que poseen los decorados de papel, los muros que oscilan al abrirse una puerta. Lo supo: aquellos muebles morían. La lámpara perdería su brillo; Elvira se cansaría tal vez de frotarla día tras día. Dentro de poco, verían la trama de la alfombra y ya no habría muebles suficientes para esconderla. El papel, por último, esfumándose su diseño, les demostraría que ya nada era posible. Todo moría despaciosamente, como ellos, como él, que ya no sentía fuerzas para seguir luchando, como Elvira que, a cada momento, llegaba a ser más vieja y más pobre, mientras Juanita Somer brillaba en su salón Luis XV.

La chimenea también albergaba un fuego moribundo. Los troncos se derrumbaban en cenizas. No quedaba sino ese último resplandor, hecho de tibieza y silencio. Después, la piedra se tornaría fría, fría, fría bajo lo gris de las cenizas. Eso era su fuego, el fuego de ellos.

Y el hombre empezó a sentir algo que subía hacia su garganta. Tal vez nacía en su cuerpo, escondido, allí donde las ideas son más angustiosas y, trepando por las venas, lo obligaba a hablar. ¡No quería morir! No quería sentir la muerte en su vida, como una presencia más, como un pulso más, como una voz hecha de la nada. ¡Antes, despedazarse, repartirse como polvo en pleno aire! Se rebelaba y ahora ¡sí! todo era importante, nada resultaba despreciable. Tenía que luchar, debía hacerlo por él, aunque solo

fuese por él. Por lo menos, esa batalla le ahorraría la imagen de su propia desintegración.

Y se dio vuelta hacia Elvira. Su voz se alzó agria, como una fuerte barrera contra esa muerte.

Una carta para Juanita

- 1952 -

“Señora de cuarenta años, distinguida, culta, desea mantener correspondencia con caballero misma edad o mayor. Escribir a “Juanita”, casilla...”

25 de agosto.

Querida Juanita:

Me llamo Roberto Reinaldo y he decidido escribirle porque estoy muy solo. Nunca creí que se pudiera estar tan solo. Usted no puede imaginarse lo que es pasar una noche sin sueño en esta casa. Uno se sabe tan enteramente solo. Sin embargo, los autos siguen pasando afuera; escucho risas y voces de vez en cuando; oigo cómo vive la gente en la calle. Eso es lo más trágico. Porque sé que es inútil salir. Ya lo he intentando otras veces. No logro mezclarme con los otros. Estoy entre ellos y no puedo hablarles o responderles a tiempo. Me parece que toda comunicación se hubiera cortado. De ahí viene mi soledad.

Quizás usted no me creería si le digo que he llegado a las soluciones más disparatadas. Por ejemplo, frecuentar los bares y las fuentes de soda. Siempre he oído decir que es en aquellos lugares donde uno va a trabar amistades, a hablar con cualquiera sobre cualquier cosa. Todo ha resultado inútil. En los bares y en las fuentes de soda me siento más solo. Porque mientras los otros gritan, cantan a veces, yo me quedo mudo en mi rincón. Ganas no me hacen falta para gritar o cantar; pero las palabras no me nacen. Entonces todos me miran con odio o no me miran, lo que es peor, hasta que tengo irme. Lo más espantoso, Juanita, es sentirse solo entre los demás.

Desde que ella murió, icurioso, ella también se llamaba Juanita! no he logrado acercarme a nadie. Hay un foso inexplicable que me separa de todo. ¿Por qué?

Estas son las razones por las cuales decidí escribirle. Ojalá me contestara. Perdone, de todos modos, estas cosas que le he contado.

La saluda,

Roberto Reinaldo.

Puede escribirme a San Patricio 435.

29 de agosto.

Estimado Sr. Reinaldo:

Aun cuando su carta me pareció muy extraña y, dicho sea de paso, bastante poco noticiosa, he decidido darle preferencia entre innumerables otras que me han estado llegando durante estos últimos tres días. La razón por la cual he adoptado esta determinación, no se la puedo dar aún; tal vez más tarde.

Nada me dice sobre usted, su persona, lo que hace, en qué trabaja, cuáles son sus gustos, en fin, todos los detalles que realmente ayudan a conocer una persona. Veamos, ¿qué sé de usted? Bastante poco. Su nombre, Roberto Reinaldo, me hace pensar en un seudónimo de escritor, a pesar de que no logro recordar dónde lo he visto antes. ¿Ascendencia? Seguramente española con bastante lectura de autores franceses; pero es difícil decir... lo ve usted, cantidades de conjeturas que tal vez no me conducen a la verdad. Espero que aclarará estos puntos en otra carta, eso es, en el caso de que juzgue conveniente que mantengamos esta correspondencia.

Paso a enumerar ahora ciertos detalles con respecto a mi persona. Tengo cuarenta años como debió leerlo en el aviso del periódico y es mi verdadera edad. Siempre he considerado absurdo ese afán que tienen las mujeres de quitarse la edad. Mi madre, que en paz descanse y que, dicho sea de paso, era muy inteligente, siempre decía que la verdadera edad se lleva en el espíritu. ¡Qué gran verdad! Tengo, pues, cuarenta años; pero soy muy joven de espíritu, muy amplia de espíritu sobre todo. Mi familia se paralogiza ante mi tolerancia en los asuntos religiosos, porque, a pesar de que soy muy observante, creo que la verdadera doctrina de Cristo radica en eso, la tolerancia, un poder maravilloso para perdonar y aceptar lo que nos ha sido otorgado. Además, soy rubia, cuando muchacha lo era más; mi padre solía llamarme, con esa gracia tan suya, tan espiritual, tan original, "mi cabecita de oro". Los años han ido mezclando algunas hebras de plata a la trama dorada. Tengo los ojos azules, los rasgos finos y no soy ni alta ni baja, proporcionada solamente. Me gusta, ante todo, la discreción: jamás encontrará en mis vestidos algún detalle chillón u ostentoso, soy una de esas mujeres, como muy bien lo dijo el otro día uno de mis amigos, un hombre muy culto, a quien las exigencias materiales de la vida no le permitieron dar libre voz al poeta que lleva en sí, soy una de esas mujeres que "uno tiene que descubrir lentamente, como las grandes obras". La frase va entre comillas, porque no es mía y, en esta forma, mi modestia natural, espontánea y seria, no sufre.

La pasión más definitiva de mi vida es la lectura. ¡Ah, los libros! todo lo que tenga algo que ver con la literatura. Pero sobre esto le hablaré en otra ocasión, si es que la hay, como espero que la habrá.

Aguardando su respuesta, lo saluda atentamente,

Juanita.

30 de agosto.

Querida Juanita:

No sabe el gusto que me dio recibir su carta. La he leído varias veces. La casa ya no me parece tan sola. He comenzado a descubrir cientos de cosas que antes ni siquiera veía.

Por ejemplo, esta mañana. Al abrir la ventana, descubrí que todos los aromos de la ciudad habían florecido durante la noche. En el jardín de mi vecino hay dos. Al mirarlos, tuve la más absurda de las ideas; no sé si contársela... bueno: pensé estar mirando dos grandes olas, muy amarillas y muy grandes. Son de un color muy intenso y están en continuo movimiento. Juanita solía decir: "¡Mira cómo el viento se esconde entre las ramas!".

Es una suerte que nos hayamos conocido en agosto. Me gusta ese nombre. También me gusta cómo empieza, cómo corta el invierno. Pero tal vez la aburro con todas estas cosas.

Cuánto me gustaría poder conversar con usted. ¿No sería posible que nos encontráramos?

Escribame pronto, muy pronto.

La recuerda,

Roberto Reinaldo.

1° de septiembre.

Estimado señor Reinaldo:

Créame, lamento tener que tomar esta resolución, me refiero al hecho de verme obligada a poner punto final a esta correspondencia; pero en mi anterior carta le conté varios detalles personales, esperando que usted respondería con la misma confianza que yo deposité en su persona. Veo que me he equivocado. En su última carta, no solo no contesta a mis preguntas, sino que parece eludirlas. Lo siento, pero le ruego no seguir escribiéndome. Por favor, no insista.

Juanita

2 de septiembre.

¡Perdóneme, Juanita! Acabo de recibir su carta y no puede imaginarse lo desesperado que estoy. ¿Cómo poderle explicar que todo ha sido una tor-

peza? Créame. En ningún momento pretendí faltar a la confianza que usted depositó en mí. Lo comprendo y lo agradezco. Pero ese día sentí el impulso de escribirle lo que me pasaba por la cabeza. Era una forma de ser sincero. Jamás intenté eludir explicaciones. Tiene que creerme, Juanita, no sé qué haría si perdiera su amistad. Debe creerme. Para probárselo, he reunido al instante algunos datos sobre mí mismo. Aquí están.

Tengo cincuenta años, los cumplí hace algunos días. No sé con exactitud mi estatura. La última vez que me midieron fue cuando hice el servicio militar. En el carnet dice que tengo 1.70 metros; pero tal vez he crecido desde entonces. Soy más bien delgado, de cutis moreno, los ojos oscuros y el cabello escaso. Pero no me juzgue por esta descripción.

Cómo me gustaría que pudiéramos encontrarnos en algún lugar.

Me resulta muy difícil hablar sobre mí. Hay cosas que no me atrevo a decir por temor a defraudarla. Por ejemplo, no he leído mucho. Hasta ahora he llevado una vida... bueno, es mejor que le cuente cómo ha sido todo. Enviudé hace un año. Mi mujer, ella también se llamaba Juanita, murió a comienzos del verano. Yo la quería mucho. Nos habíamos acostumbrado a vivir juntos. Solos, el uno para el otro. Por eso no tenemos, tuvimos quiero decir, amigos. Nos aveníamos tanto que no los precisábamos. Nos gustaban las mismas cosas y jamás pensamos en interesarnos por algo que al otro, a su vez, no le interesara. Juanita era una mujer de carácter suave, siempre igual, creo no mentirle al decir que nunca tuvimos una discusión. Llevábamos una vida muy tranquila y muy llena. No teníamos tiempo para pensar en lo que estábamos haciendo. Solo sabíamos que éramos felices. Durante treinta años vivimos juntos, sin separarnos ni siquiera por un día, a lo más unas horas cuando yo debía hacer algún trámite en el Banco. Vivíamos bien, sin despilfarrar y, desde hace veinte años, yo ya no trabajo. Con lo que ahorré durante los primeros diez años y con lo que heredé de mi padre, nos bastaba. No tuvimos hijos y eso fue una lástima. Ansiábamos tenerlos y creo que los habríamos hecho muy felices; pero no los tuvimos. En vez de separarnos, aquello sirvió para estrechar aún más los lazos que existían entre Juanita y yo. Nos quisimos mucho.

Cuando ella murió, me encontré inmensamente solo. Ni amigos, ni parientes, nada. Lo cierto es que su muerte fue tan repentina que no alcancé a comprender, de una sola vez, todo el infierno que me esperaba. Después de algunas semanas, lo supe. Esta soledad, esta cosa desconocida y aterradora, era todo lo que quedaba en mi vida. También supe que nosotros éramos los únicos culpables, es decir, Juanita y yo. Porque nosotros habíamos arrasado, muerto, no sé cómo expresarlo, todo lo que había alrededor, ya que nada de eso nos importaba. Ese era el error, habíamos sido demasiado felices. Entonces el otro día, después de varios meses de vagar desorien-

tado, la encontré a usted, es decir, encontré su aviso. No puede imaginarse lo que significó para mí recibir su primera carta, Juanita. Tal vez por eso, por aquel estado de verdadera alegría, escribí esas cosas. Nuevamente le ruego que me perdone. Por favor, vuelva a escribirme. La recuerda y la recordará siempre.

Roberto Reinaldo

5 de septiembre.

Querido señor Reinaldo:

Como verá por las líneas que siguen, una de mis principales virtudes es ser lo que la gente comúnmente llama comprensiva. Acepto sus explicaciones y le ruego, a mi vez, que no volvamos a hablar más del asunto. Hechos bochornosos hay en todas las vidas y una mujer debe saber perdonar, porque está en ella el hacerlo, en su calidad de mujer, en su condición de mujer. Por lo tanto, olvidemos aquel malentendido.

La otra tarde pensé en usted. Estaba leyendo ese poema maravilloso que se llama "El tren expreso", ¿lo ha leído usted? y de pronto el héroe me trajo a la memoria algunas frases de sus cartas. ¡Qué gran poder sugestivo posee la literatura! Subrayé varios párrafos. Yo siempre subrayo al leer, ¿usted no? Un amigo de mi madre, un sacerdote muy culto y muy piadoso, me enseñó a subrayar; él decía que hacerlo le prestaba cierto rasgo de seriedad a la lectura y tenía toda la razón. Pero volvamos a lo otro: decía que el héroe de "El tren expreso" tiene mucho en común con usted. Su tristeza, me atrevería a llamarla, en un todo semejante a la que fluye del poema. Claro que guardando las distancias, usted tendrá que comprender. La de Campoamor linda con lo sublime, es tanto más vivida, más real, más profunda. ¡Qué terribles son los libros! A veces una página me arroja en una tristeza que puede prolongarse a través de los días, a pesar de mí misma. ¡Qué terribles son los libros y qué maravillosos!

Es solo entre sus páginas donde se sufre verdaderamente. Pero usted, Roberto (¿puedo llamarlo así?) no sabe lo que es eso, nosotros no sabemos, ya que nunca hemos sido personajes de novela. Entre los de carne y hueso, "de hueso duro y carne débil", como decía mi tío Estanislao con su humor chispeante, la tristeza es pasajera e intrascendente. Entre nosotros nada dura y los grandes sentimientos solo pueden encontrarse en los grandes héroes. Ellos viven; nosotros pasamos.

Acuérdese de mis palabras: en algunos meses más, usted habrá olvidado a Juanita, nadie es capaz de ser fiel a un recuerdo, y vivirá la vida de todos los mortales. Es cambio, el héroe de "El tren expreso" seguirá existiendo solo para guardar en él la imagen de esa mujer que nunca volvió a la cita.

Ahí radica la diferencia: mientras nosotros pasamos, ellos viven. Un ejemplo más cercano aún podría ser la forma en la cual yo he olvidado ya todo nuestro malentendido; nosotros tenemos ese don, el don de borrar con la palabra y la voluntad. Los personajes en cambio jamás logran hacerlo, por eso es que son más trascendentales.

Me parece haber dicho cosas muy importantes en esta carta. No sé si las comprendo todas. A veces me ocurre esto, escribir como guiada por una fuerza superior. No me juzgue orgullosa, bien sabe que no lo soy, como prueba está el hecho de que lo haya perdonado.

Créame que soy su amiga,

Juanita.

P.D. Para ser absolutamente sincera, debo confesarle que hace varios años que escribo poemas y pensamientos. Tal vez, algún día, me decida a enviarle alguno.

P.D. (2). Escríbame pronto.

7 de septiembre.

Juanita:

Qué agradable me resulta escribirle. Yo que antes era incapaz de garabatear dos líneas, me parece que ahora podría escribirle durante días y días. Sin embargo, Juanita, me gustaría tanto que nos conociéramos personalmente. Podríamos tomar té juntos un día y hablar sobre todas estas cosas. ¿Qué le parece?

Desgraciadamente, no he leído "El tren expreso". Usted parece saber tanto, que cuando leo sus cartas, me avergüenzo de mi ignorancia. Sin embargo, me consuelo pensando que tal vez junto a usted lograré aprender. Me gustaría poder hablar personalmente con usted respecto a eso que dice de los personajes. Yo no sé mucho. No he leído casi nada. Pero me parece que si las cosas que suceden en las novelas no hubieran ocurrido entre nosotros, nadie las podría haber escrito en los libros. Como digo, son solo ideas. No sé si me entiende. Lo que quiero decir es que si las personas de carne y hueso no existieran, los personajes de novela no podrían nacer. Claro que los escritores pueden inventar; pero después de todo, hay que partir de una base. Quizás me equivoco, Juanita, sin duda me equivoco. Por eso quiero que nos encontremos. Así usted podrá explicármelo.

Esperando su respuesta, piensa en usted,

Roberto.

13 de septiembre.

Estimado Roberto:

He estado muy ocupada últimamente, muchos papeles que ordenar, que corregir, y por eso no he podido contestarle. Ahora que por fin tengo un minutito, me apresuro a hacerlo.

Ante todo, debo decirle que acepto gustosa su invitación, ya que me he dado cuenta de que está usted muy equivocado. Por cierto que es un error todo lo que ha imaginado con respecto a las personas y a los personajes; pero, al mismo tiempo, veo en usted el deseo de enmendarse. ¡Enhorabuena! Descubro a través de las palabras, entre líneas, que tiene interés por la lectura, eso es importante; percibo que ansía aprender, eso es lo esencial. Todas estas consideraciones me han llevado a tomar una resolución; seremos amigos.

Si a usted le parece bien y siempre que no tenga algún impedimento, podríamos tomar una taza de té juntos el jueves, es decir, el día 17 de septiembre. Lo mejor sería que nos encontráramos en la puerta del Correo Central a las 5 P.M. He pensado en varios otros lugares; pero creo que este es el más apropiado.

Surge ahora una dificultad: ¿cómo reconocernos? También he hallado una solución que, aun cuando no se avenga con nuestras costumbres de hoy en día, es la más práctica y, también, la más encantadora. Llevaremos un distintivo. Usted, una flor roja en el ojal; sugiero una camelia, estamos en plena época de camelias y me gusta esa flor que, al decir de Margarita, no tiene aroma. Yo iré vestida de negro, con un pañuelo verde en la mano.

Si tuviera algún impedimento, le rogaría me lo hiciese saber lo más pronto posible.

Lo recuerda,

Juanita.

14 de septiembre.

Juanita, no sabe el placer que me produjo su carta. ¡Por fin nos conoceremos! Juanita, no puede imaginarse lo contento que estoy. Seré puntual y llevaré la camelia. Me la han prometido para el jueves. Hasta entonces, Juanita.

Roberto

17 de septiembre.

Roberto:

Le envío estas líneas por mano. Un impedimento, totalmente ajeno a mi voluntad ha surgido. Después le explicaré. Por lo tanto, no podré estar a las cinco en la puerta del Correo. Será mejor que usted venga a buscarme a mi casa, alrededor de las seis. La dirección es Romerales 657. ¡Ah! casi olvidaba decirle: pregunte por Genoveva Wachter, ése es mi nombre, ya que, como debe haberlo adivinado, Juanita no es sino un seudónimo que tomé, cierto que en honor de una amiga muy querida que murió hace ya muchos años, para firmar el aviso del periódico. Sin duda le sorprenderá el apellido Wachter. Es fácil explicar; soy chilena, pero de ascendencia europea. Mi abuelito vino del Viejo Mundo cuando mi padre todavía no había nacido. Hasta más tarde.

Genoveva Wachter.

(sin fecha)

Estimada señorita Wachter:

No sé qué ha sucedido. No puedo explicármelo. Estaba listo para acudir a nuestra cita cuando recibí su carta. De repente todo se desplomó. ¿Qué, Dios mío? No sabría decirlo. He permanecido horas en esta pieza con la sensación más extraña... no puedo verla; no me siento capaz para ello. Todo ha vuelto. La misma imposibilidad de antes, imposibilidad de comunicarme con los otros. Y sin embargo, cuando le escribía, todo parecía tan sencillo, tan evidente. Bastaba con que escribiera la palabra "Juanita" y la carta brotaba sola.

Perdóneme, no nos podemos ver hoy. No sé cuándo tampoco. Es como si se hubiera roto algún encanto. Ahora sé que en esta casa nadie podrá llamarse Juanita y nadie que no se llame Juanita podría vivir en ella.

No puedo explicarle más. Yo mismo no sé lo que escribo. Le ruego me excuse.

R. Reinaldo.

Los grandes destinos

- 1952 -

Da un portazo y esa vida queda atrás. ¡Es tan simple! Y sin embargo cuánto cuesta librarse de las amarras, de la red que ella ha tejido en torno suyo. Lo tiene cazado por sus debilidades, como ser las pantuflas o el diario o el postre de castañas. Pero ahora es la mañana, hermosa mañana de cielo azul, y ha dejado todo eso tras de sí.

El señor Cordero echa a andar por la acera. Son las ocho y treinta. Todavía le quedan tres minutos para llegar a la esquina. No es necesario correr. Como siempre, alcanzará el autobús. Lo esperará más bien, anhelante, igual que todos los días. Ahí está su otra vida; es decir, otra de sus tres vidas. Por que el señor Cordero tiene tres existencias. La que acaba de encerrar en una casa junto con el parloteo de su mujer y los gritos destemplados de Pablito y Mario, solo para volver a encontrarla exactamente a las siete de la tarde; la que lo espera en torno a un escritorio y a una ruma de papeles con membrete de notaría y, entre las dos, su vida de autobús.

El aire está limpio, lo respira a pleno pulmón. Se diría que su paso se hace más liviano. No hay duda que vivir en los suburbios tiene sus compensaciones. Esta, por ejemplo: el aire es más puro, los árboles lo filtran. O bien el hecho de poder cultivar un jardincito aun cuando Raquel haya tomado posesión de él, plantando hileras e hileras de lirios, que no soporta; aun cuando Mario decidía iniciar una crianza de gusanos de seda en el único árbol que hay. Ya no es posible descansar bajo su sombra. Pero, en fin, tiene un jardín. Otro de los beneficios que acarrea vivir lejos de la ciudad misma. Ciertamente que cada día, para llegar a su oficina, debe hacer un viaje de media hora; pero esa es su vida de autobús.

Llega a la esquina y espera. Son las ocho y treinta y tres. Ya no puede tardar. Hacia el este, la mañana se abre esplendorosa; la cordillera parece estar tan cerca que uno podría tocarla. Bastaría extender las manos. El señor Cordero descubre todo eso; ya ha olvidado lo demás. Tal vez, como un eco lejano, persiste la voz de Pablito que llora porque no quiere ir al colegio; pero de repente se confunde con la del agua que corre por la zanja y ya nada es importante.

Está solo. Mira a la derecha, a la izquierda: el camino también permanece desierto. Es claro, nadie sino él sube en esa esquina. El señor Cordero

está contento, le gusta encontrarse solo a esta hora. Así puede contar el sencillo y ordenar en la cartera los billetes que metió en su bolsillo. Al terminar este ritual, se siente aliviado, es como si estuviera en paz consigo mismo. Son las ocho y treinta y cinco minutos.

¡Allá viene! A pesar de que ha pasado tanto tiempo, la costumbre no ha logrado vencerlo. Cada vez que percibe el autobús, hoy como hace diez años atrás, tiembla de emoción ante la posibilidad de la aventura próxima. Todo lo que se mueve, los trenes, los aeroplanos, hasta los tranvías, despiertan en el señor Cordero esa sensación de lo desconocido. Por algo se nutrió de Julio Verne cuando era niño. Lo leyó íntegro, en una colección empastada que hace dos años legó a sus hijos sin mayor éxito, ya que ellos ni siquiera han hojeado las láminas.

Allá viene. Lo ve avanzar por la calle, abocetándose apenas su silueta roja que, por momentos, emerge del aire como un barco fantasma. Se acerca, se agranda y, por último, a la visión se agregan ruidos distantes, algo trepida. Hoy piensa: si encerraran un poco de viento en un tarro, sonaría igual. Ahora lo distingue con claridad, rojo, sin aliento, amarrado en sus propios níqueles, un letrero que anuncia el trayecto corona el todo. Por segunda vez se estremece; más que eso, hay una inestabilidad dentro de él, como un deseo que no se resolviera al permanecer quieto y anduviese vagabundeando. Tan pronto alcanza los labios y quiere expresarse por la palabra; tan pronto baja a las manos o a las piernas y se localiza en las rodillas, para ir, por último, a vivir muy adentro, ahí donde nació. Hace diez años que el señor Cordero no logra explicarse lo que eso significa. Como siempre, alza la mano, redondea una figura en el aire y, respondiendo a su gesto tímido, rechinan los frenos y el inmenso vehículo viene a detenerse como una montaña frente a él.

—Gracias... —le murmuran al chofer mientras paga y luego, sin mirar, sin respirar, sin pensar siquiera, corre a sentarse en el último asiento. Una vez instalado, contempla su mundo. Lentamente su mirada lo recorre, seguro de que nadie faltará.

Ahí están los veinte respaldos con orden y geometría. Él lo sabe. Ahí están las cabezas que busca, el sombrero que no puede faltar, las manos que ciñen la bufanda en torno al cuello. Él lo sabe. Su mundo es idéntico cada día y en él encuentra a los mismos habitantes. Él lo sabe y eso es lo que le gusta. El señor Cordero los observa y parece acariciarlos con la vista, una palmadita aquí, una sonrisa allá. Está de acuerdo; después de todo, cuesta tan poco estar de acuerdo consigo mismo. Basta encontrar a los otros, no hablarles; pero tampoco sentirse solo. ¿A qué equivale? Al importe de un pasaje y no hay más. El señor Cordero sonríe ante este pensamiento y, acomodándose, empieza a controlar si cada uno ocupa el sitio estipulado.

Veamos, en el segundo asiento a mano izquierda, Eurídice. ¿Está Eurídice? Ahí la descubre. ¡Que hermosa es! Nunca ha visto a una muchacha tan hermosa. Sobre todo en verano, cuando el sol que entra por la ventana se enreda en sus cabellos. Ya pronto será verano. Dicen que tendremos un verano muy caluroso. Menos mal, así habrá sol y podrá enredarse en los cabellos de Eurídice. Eu-rí-di-ce... ¿qué hay en ese nombre? Algo se prolonga en las vocales y lo hace resonar como un cuerno. A.E.I.O.U. Cuando Pablito recién entró al colegio solía deletrear en las tardes y entonces pronunciaba las vocales como él quisiera encontrarlas ahora en ese nombre. A.E.I.O.U.: la culpa la tienes tú. ¡Qué tonto! Todavía no hay sol. Julio es un mes de días cortos. Pero lo adivina detrás de las montañas. Dan ganas de estirar la mano, ya que están sumamente próximas, agarrar el sol y extraerlo como un corcho. ¡Tat! La luz se derramaría sobre los cabellos de Eurídice. ¡Qué frágiles! Uno diría que atraviesa las cosas sin que estas la toquen. Pasa a través de ellas. Carmen la llamaría un ser puro. Pero para qué mezclar a su cuñada en esta conversación. Ella no pertenece a este mundo, no puede comprender lo que aquí sucede. Ah, si uno lograra vivir en zonas distintas, planetas distintos, donde los personajes del uno no se mezclaran a los del otro. Tal vez en esa forma obtuviera una pequeñita felicidad en cada uno y, entre todos, formara una gran dicha. Dios mío, que cuesta pensar. ¿De dónde nació todo esto? De Carmen; ah, sí, de Eurídice. Claro, ella no la puede comprender. Eurídice es lo que no ha nacido todavía. Qué frase tan rara. Debo haberla leído en alguna parte, porque a mí no se me ocurren frases como esa. A mí primo sí, Pedro es tan ocurrente, como que en el diario lo han ascendido. Pero Carmen, Pedro, Raquel son nombres que desafinan en este autobús. Me parece que son pequeños seres, de vidas mínimas, sin importancia, y enrollados sobre sí mismos como caracoles. Eurídice, en cambio, es simple, hay algo grandioso en su simplicidad. Una vez antes, nunca después, creo haber experimentado la misma sensación que siento ante ella. Fue en un sueño, yo entraba en un edificio de paredes lisas, de piedra me parece, donde gritaba una gran voz. Tiene que ser una reina. Claro que tiene que ser una reina de mentira, ya que hoy las otras no existen. El día que murió Quelita, yo estaba leyendo un cuento sobre un princesa. Quelita me preguntó: "Papá, ¿de qué color tiene los ojos la princesa?". Y antes de que pudiera contestarle, ella ya había cerrado los suyos. ¿De qué color tiene los ojos, Eurídice? Hay un color, un color, un color... Raquel debe haberse enojado, porque le cerré la puerta en las narices. Pero lo cierto es que ya no soporto sus historias de empleadas. Esta tarde la encontraré amurrada. Eurídice, Eurídice, ¿por qué no se da vuelta y me sonríe una vez, una sola vez? Yo creo que usted es una reina. Cualquier cosa que haga, lo hará como una reina.

Ah, si no hubiera vendido esas dos parcelas en Apoquindo que me dejó mi padre. Hoy sería millonario y podría transformar a Quelita en una reina, tal como Eurídice. Eso es si Quelita no se hubiera muerto. ¿Qué era eso, morirse? ¿Partir? ¿Irse dónde? ¿Dónde pueden emigrar los seres como Eurídice o los proyectos de lo que uno sueña como a Quelita? Si yo lo supiera, seguiría ese camino ¡Las tonterías que estoy pensando! Ya me imagino cómo se reiría Raquel si me escuchara. La odio. No, no quise decir eso. Dios mío, que no vaya a suceder una desgracia en la casa. ¿Dejé la llave del califont bien cerrada? ¡Eurídice! Por qué no nos bajamos en la esquina, ahora que el autobús se ha detenido. Mire, echemos a andar por esta calle, sin descansar, sin hablarnos, mirándonos apenas, hasta encontrar una casa sin puertas y con telarañas, como la de la película de anoche. Entremos, dicen que no es difícil encontrar el camino de la cocina. Una vez allí, será tan fácil abrir la llave del gas. Me han dicho que uno muere lentamente, en un sueño, durmiendo con profundidad. ¡Vamos, Eurídice! Si tuviera que escoger alguien con quien morir, sería usted. Ya es tarde. El autobús se ha vuelto a poner en marcha. Se pierde la calle y la posibilidad de encontrar esa casa. Siempre sucede eso y, en el fondo, sería tan fácil cumplir los proyectos. Bastaría bajarse y romper un boleto. Ya es tarde, Eurídice. ¡Hm! Qué tonterías invento e invento e invento. Me parece estarla viendo entre sus cosas, todas frágiles, cristales y muros claros. Me gusta pensar que alguien pueda vivir así. Me reconforta. Yo siempre lo soñé para Quelita. Recuerdo el día en que descubrí el nombre Eurídice. Lo vi escrito en un cartel de teatro. Grandes letras rojas sobre un fondo blanco. Yo las habría preferido grises. Pero Eurídice es usted. ¿Qué hace en el día? Vaga por las calles, mira lo que es hermoso, se entretiene en comprar objetos sin importancia que, entre sus manos, se transforman. Y por qué siempre viaja en el autobús. Quizás usted sea mi secreto. Hm, en el colegio Patricio me decía que cada uno lleva un secreto dentro de sí; más aún, que ese secreto se corporiza en otro ser que, fatalmente, uno debe encontrar. Que a veces se pasa junto a él sin verle, a veces uno le conversa y después sigue su camino sin comprender. Pero la posibilidad de hallarlo es un hecho. Patricio también decía que unirse a ese ser para siempre significa haber descubierto la dicha. ¿Qué se ha hecho? ¿Dónde está Patricio? Declararse vencido no es la dicha, no puede serlo. Temo que no la hayas encontrado todavía. En cambio, usted, Eurídice, podría ser mi secreto. ¿Por qué no me mira? O es muy temprano... Eurídice, Eurídice.

Juana, Juana. Todavía escucho la voz de mamá. Juana, claro Juana hoy que está enojada, si no sería Juanita. "Por favor Juanita, súbeme el desayuno. Amanecí tan cansada". Como si yo no tuviera derecho a estar cansada.

Yo que trabajo, que tengo que mantener la casa. Ah, este grito idiota se ha quedado revoloteando en mis oídos. Juana, Juana. Tuve que hacerme la sorda; en caso contrario, habría gritado cuanta cosa me pasara por la cabeza. Ya estoy harta. Ve que uno está atrasada, que tiene que pescar el autobús de las ocho y treinta, que todavía no he tomado el desayuno, y dale, dale... Pero no le contesté. Con toda seguridad, esta tarde al volver, la encontraré encerrada en su pieza. No bajará a comer y durante tres días no me dirigirá la palabra. Ya presiento ese clima de tragedia. ¿Cuánto tiempo más seré capaz de soportar todo eso? Y cómo me gustaría vivir sola, en el centro. No tener que tomar ese maldito autobús que me cripa los nervios. Bastante duro me resulta trabajar y mantenerla; pero es mi deber. Si viviera sola, le daría un tanto al mes y asunto concluido. Ya me imagino la cara de tía Gaby. No, estoy condenada a seguir sufriendo los mismos martirios. Ah, pero las discusiones se terminaron. No puedo agriarme la vida porque a ella se le ocurre tener un carácter difícil. "Ten paciencia hijita. Ha tenido una vida tan difícil. Ha sufrido tanto", me dice tía Gaby. ¿Y yo? ¿Acaso no la he tenido igualmente difícil? Y peor. Ella no tuvo que trabajar cuando joven. Ella fue joven. Todavía guarda las fotos de los bailes y fiestas. Yo nunca he ido a un baile. Ni iré. ¿Quién podría convidarme? Fuera de mis compañeras de trabajo y uno que otro primo, de los pobres se entiende, no conozco a nadie. La rama acaudalada de la familia nos ha olvidado. Bastó la muerte de mi padre y el hecho de que mi madre siguiera recibiendo un subsidio, para que se hicieran los desentendidos. ¡Y en el fondo no me importa un comino! ¡Al diablo los bailes! ¡Al diablo las fiestas! Si por lo menos tuviera una vida normal. Es todo lo que pido. Me enerva la forma en que me mira ese viejo. Todos los días me devora con los ojos. Si cree que va a conseguir algo, está muy equivocado. Si Jorge no consiguió nada, imagínate tú, pobre viejo, si tienes esperanzas. Jorge es un idiota. Se cree irresistible, piensa que cualquier mujer tiene la obligación de acostarse con él. Pero conmigo le salió el tiro por la culata. O matrimonio o nada. El matrimonio sería una solución. Por lo menos podría irme de la casa. Mamá tendría que partir donde la tía Gaby y todo se arreglaría. ¿Pero dónde? Gladys hablaba como una Biblia el otro día: "Los maridos escasean cada vez más". Es cierto. Allá en el taller, de cinco que somos, solo una está de novia. Y para casarse, tiene rato. Claro que todo lo malo viene de ese maldito taller. Si pudiera encontrar otro trabajo, las cosas empezarían a solucionarse. Eso de pasarse el día tomando puntos a las medias resulta insoportable. Además, es pésimo para la vista. Yo ya lo he notado. El sábado, cuando fuimos al biógrafo con Gladys, demoré una buena media hora en ver las imágenes con claridad y cuando ya pude hacerlo, habían sucedido tantas cosas, que no comprendí una letra de lo que vino después. Dinero malgastado. Claro

que las películas tienen la culpa de todo. Una cree que en la vida no se pasa más allá de los besos y después terminan todos, los domingos en la tarde, queriendo llevarla a una a un hotel. Pero Jorge se equivocó medio a medio. ¡Ja! La cara que puso cuando yo me negué a entrar en ese sucucho infecto de la calle San Antonio. Después de todo, tiene que comprender que una es una señorita. Si ese viejo sigue mirándome, voy a darme vuelta y hacerle algún gesto con las manos. Gladys dice que es lo que surte mejor efecto. Una vez ella iba en un carro y lo hizo; dice que en el próximo paradero, el viejo se bajó, lacre de vergüenza. Y pensar que tuve tantas esperanzas con respecto a Jorge. En verano, los domingos, no tenía que escuchar las latas a tía Gaby, porque salíamos a la costa. Íbamos a Cartagena o a Santo Domingo que es tanto más distinguido. Lo pasábamos muy bien. Recuerdo cuando volvíamos en el tren atestado, muy juntos, conversando despacio. Claro que al llegar a casa, con lo que una demora en la estación hasta acá, mamá ya había tenido tiempo para fabricar su drama. Juana, Juana. Pero ahora... Voy a tener que ir al oculista. ¡Qué espanto tener que ponerse anteojos! Pero más vale prevenir. Gladys me recomendó un oculista que dice que es muy bueno y, además, muy buenmozo. Pero creo que cobra un disparate. Tendré que pedirle un adelanto a la señora Ester y, como es un ogro, no me lo dará. En fin, nada se pierde con probar. Ah, qué tontería no haberle contestado a mamá. Así me habría ahorrado una tragedia. Voy a traerle cualquier cosa del centro. Aunque no, es tonto que me deje dominar así. Una debe tener su orgullo. Próxima vez que me dé vuelta y el viejo me esté mirando... Juana, Juana. Pero es absurdo. Todavía escucho la voz de mamá. Juana, Juana. Ay, Dios mío, tener que volver a todo eso. A los reumatismos, a los quejidos, a los salicilatos. ¿Y dónde voy? A hundirme en ese taller insalubre, hediondo. Menos mal que está Gladys. Después de todo, si Jorge me hubiera dicho las cosas en otra forma... Pero no. Sin embargo, era tan agradable volver, apoyada contra él de Cartagena. Ah, por qué no podrá vivir una como en las películas. Juana, Juana. Es extraordinario. Juana, Juana.

El señor Cordero está contento. Poco a poco empieza a ganarlo esa atmósfera que flota dentro del vehículo. Es una atmósfera que flota dentro del vehículo. Es una atmósfera distinta a todas las que ha visto. Aquí se respira un aire íntimo, gustado a su vez por todos esos seres maravillosos. No hay duda, está satisfecho. A través de las ventanas, alcanza a distinguir los últimos tres árboles junto a un riachuelo y las primeras casas que se ordenan a lado y lado. Pero pronto, el vehículo tuerce por una calleja y ahí va el señor Cordero saltando y saltando. El pavimento pésimo. Claro, quién va a acordar de mandarlo arreglar. Y sin embargo ellos pagan. El año pasado sus impuestos sumaban... Y de pronto siente vergüenza de estar pensan-

do esas cosas. ¿Quién hablad e dinero en este autobús? Ay, qué salto. Trata de agarrarse de la manilla, pero su mano resbala sobre el metal tibio y grasiento. ¡Qué asco! Pero no, no tiene que pensar en esas cosas. Aquí todo es perfecto. Incluso la calle que más parece una montaña rusa.

Sonríe. Nadie lo ve, nadie lo mira; pero él sonríe al aire, a la mañana, al autobús. Se sabe lleno de buena voluntad. Le sonríe a Eurídice y en ese momento la muchacha se da vuelta y lo sorprende. Entonces el señor Cordero ve que ella le hace un gesto con su mano izquierda. ¿Qué significa? ¡Lástima! Tal vez era un llamado. Sin embargo, ella le ha dado la espalda, la notó, eso sí, un poco roja antes de hacerlo y ahora solo contempla sus cabellos.

Ya no ve la cordillera. Atraviesan una población de casas idénticas. Él no podría vivir ahí. Siempre le ha gustado que su casa sea distinta a la de su vecino. Recuerda que en un comienzo, quiere decir, apenas casado, trató de poner flores en las ventanas y cuadros en las murallas; pero Raquel se declaró una encarnizada partidaria del orden, de la limpieza y de las paredes desnudas. Para evitar discusiones, el Señor Cordero transigió. Desde entonces había tenido que transigir tantas veces. Raquel era su verdadero contrapunto. Es cierto que le había cerrado la puerta sin dar explicaciones. ¿Qué podría hacer? Ah, ya está. Compraría entradas para ir al biógrafo el sábado próximo. Eso la haría feliz. Tomar té en algún café elegante y después ir a un teatro del centro, y no a ese del barrio que daba las películas con dos meses de atraso.

¿Por qué pienso y pienso en mis otras vidas? Raquel, Pablito, Mario resurgen con porfía. ¿Que no comprenden? Quiero estar solo ahora; es decir, solo entre los otros ocupantes del autobús, solo junto al doctor.

Buenos días, doctor. Aún no había tenido ocasión de saludarlo. ¿Perdonado? Gracias. Me parece que hoy está usted muy pálido. Mucho más que de costumbre. Sin duda pasó la noche entera estudiando. Y pensar que yo demoré casi dos meses en saber quién era. Pero, si al mirarlo, uno se da cuenta de que es usted un médico. Un gran médico. Recuerdo el día en que subí un tanto apurado y, al pasar, alcancé a leer el título del libro que sostenía entre las manos. "Fisiología". ¡Claro! Cómo no lo pensé antes. De súbito todo se hizo lógico y preciso. Usted era un médico. Más que eso, un hombre de ciencia, ¿verdad? ¡Qué hermoso debe ser explorar todo aquello! Internarse por los caminos de la materia viva e ir descifrando sus misterios, estableciendo leyes, palpando por último la célula donde se estremece la partícula de vida. Porque debe existir una cantidad mínima de vida. La imagino tan bien. Una chispa, una gota, un punto de vida temblando dentro de un átomo. Mario, la única vez que he visto a mi hijo entusiasmado con algo, me mostró a través de la lente de su microscopio todo lo que vive en una gota de agua. ¡Qué maravilla! Una verdadera fauna. Cómo me gus-

taría que Mario quisiera ser médico. Pero también parece que se le agotó ese entusiasmo. Después de haberme hecho comprar un microscopio, un laboratorio portátil y gran cantidad de libros, decidió entusiasmarse por el fútbol y así fue como anteayer encontré una de las lentes del microscopio, transformada en monóculo, en el ojo derecho de Pablito. No obstante, cómo me habría gustado que Mario siguiera sus pasos, doctor. ¿Hay que estudiar mucho, no es cierto? En fin, esa es una de las leyes de la vida: la recompensa del esfuerzo. A mí siempre me faltó la decisión. Creo que podría haber llegado a ser alguien; pero me casé, después nació Mario, Pablito, la Quelita. Sucedieron tantas cosas. Dígame, doctor, ¿es verdad que combinando una serie de metales es posible obtener oro? Ayer lo decían en la sección curiosidades del diario. Tantas cosas que uno no sabe; todavía más, que uno debe aceptar cuando se las cuentan, sin entrar a estudiar el fondo del problema. En cambio, usted tiene la capacidad para rechazar lo que le parece absurdo. Eso era lo que trataba de explicarle a Mario el otro día, cuando prefirió irse a escuchar la hora deportiva por el radio. Siempre pensé que el único ser que me traería compensaciones sería Quelita. Para nosotros, quiero decir para los que no tienen una profesión, una vocación, un arte que les llene la vida, nuestra única posible salvación está en los hijos. Por eso es triste cuando ellos no responden. En cambio, usted, doctor, posee su ciencia. Estoy seguro de que ella puede llenarle la vida. Imagino lo maravilloso que debe ser leer un libro, o mezclar dos líquidos en un tubo y fabricar oro, o sentir a través de la piel, del pulso, de la respiración cómo vive el cuerpo. Porque lo importante, doctor, se siente vivir en otra cosa, en una idea o en una persona. Pero en el fondo, debo estar diciendo tonterías. Sin embargo, a mí solo me resta, ya que no puede sentirme prolongado ni en una ciencia, un arte o en mis hijos, creer en los demás. Y por eso, hoy, yo creo en usted.

¡Por fin! Ya estaría bueno que pavimentaran esa calle. Hace meses que el autobús cae y sale de los mismos hoyos. Es un abuso. Por algo somos contribuyentes. Y si por lo menos uno obtuviera algo con gritar estas cosas; pero nada hay más sordo que un alcalde. Recuerdo que hace tiempo, hace bastante tiempo, solía escribir cartas desesperadas al alcalde y a los regidores. Era lo mismo que gritar en el desierto. Pero esto ya tiene su límite. No pueden seguir exponiendo la vida de los habitantes. Yo ya no tengo salud para estas cosas. Mis riñones. Y desde que fui a ver al médico, parece que me duelen mucho más. ¿Qué tendré, Dios mío? ¿Será algo grave? Ah, por qué no seguiría frecuentando a mis compañeros de Escuela. En ellos tendría un poco más de confianza y, por lo menos, no me cobrarían tan caro. Claro que apenas recuerdo los nombres y, además, cuántos se habrán recibido y cuántos, como yo, habrán tirado la esponja mucho antes. Siempre

despierto cansado. ¿Será que me estoy poniendo viejo? Quizás debí casarme. Rosita no era fea y podría haberme hecho feliz. No es vida para un hombre esta que llevo en compañía de Amelia. Ciertamente que se ocupa muy bien de la casa y de todo está siempre en orden. Nunca ha faltado un botón en una camisa. Pero un hombre necesita otra cosa. Una hermana no es suficiente. Me he venido a dar cuenta un poco tarde, cuando ya todo es inútil. Mi existencia está tan organizada. El cuerpo, como llama el Padre Antonio cuando viene a visitar a Amelia los viernes por la tarde, se satisface con la Yala. Eso me basta. Pero es otra cosa lo que noto ausente. A veces me gustaría quedarme una tarde entera tomado de la mano de una mujer, a lo más besándola, pero sin acostarme con ella. En cambio, con la Yala, eso es imposible. Además, Amelia ya comienza a tener sus exigencias de solterona. Esas visitas del Padre Antonio, por ejemplo, son insoportables. Se habla del cuerpo y del alma, de sus exigencias y de sus caprichos, de las obras de la parroquia y se toma vino añejo en copitas muy pequeñas. A veces me arrepiento de no haber terminado mis estudios de medicina. Quizás ahí se encontrara un camino. Claro que cuando uno ve ejemplos como el del “flaco” Anzueta, se congratula por la decisión que entonces tomó. ¡Pobre “flaco”! ¿Qué será de él? Hace cinco años me lo topé. Ya no está flaco, sino obeso y, en plena calle Santo Domingo, comenzó a contarme sus desgracias. Tenía una consulta en un barrio pobre, una mujer, cinco chiquillos y una querida. Con lo que ganaba, apenas podía satisfacer las exigencias de esta última. Casi se puso a llorar y me pidió mil pesos prestados. Le di cien. Al despedirse, me dijo: “La semana próxima, sin falta, te los devuelvo, viejito”. Y desapareció hasta el día de hoy. Ante eso, prefiero ser lo que soy. Por lo menos se descansa. Y hay un sueldo seguro. Si no, la huelga. Las horas corren lentamente en las oficinas fiscales. Se copia algo, se borra porque hay una equivocación cualquiera, se vuelve a copiar y cuando se está borrando por segunda vez, ya ha parado otra ley y no es necesario seguir haciendo ese trabajo. No se gana mucho y como debo mantener a Amelia, lo poco se hace nada; pero siempre es algo. Amelia piensa que, trabajando, me devuelve lo que gasto en ella. Y no deja de tener razón. No ha querido que tome una empleada e insiste en cocinar. Si es lo que desea, ¡allá ella! En el fondo, es buena la pobre Amelia. Tiene esa misma bondad de mamá. Nunca dice nada, nunca muestra sus preocupaciones. Sin embargo, guarda también algunas de sus manías. Por ejemplo, el no ir a acostarse hasta que se haya apagado la estufa, por temor de que se incendie la casa. Anoche me porté un poco duro con ella. No debí haberle gritado. Pero me irrita esa estufa que demora horas en apagarse y ella aguarda que aguarde. Claro, no tenía por qué decirle todas esas cosas. Ayer me sentí pésimo todo el día y estaba muy malhumorado. Me dolían atrocemente los

riñones. Pobre, Amelia, esta mañana vino a servirme el desayuno con los ojos hinchados. Es tan sensible, debe haber llorado toda la noche. Hoy, al volver, le diré algo amable. ¡Ah! Es verdad que no voy a llegar a comer. Tengo que ir a ver a Yala. Este fin de mes me ha pillado sin un cinco y tendré que pasar a vender este libro antes. No es difícil, al cruzar San Diego, en cualquiera de esas librerías, me lo comprarán. ¿Cómo es que se llama? "Histología". No dejan de ser bonitas esas letras doradas sobre el azul del lomo. Lástima que tenga que vender estos libros. Me gustaba verlos sobre la repisa en el salón. Era una nota más varonil entre todos los pañitos de Amelia. ¿Qué significa "Histología"? ¿El estudio de qué? Ya no lo recuerdo. Quién tuviera dinero, dinero para poder guardar las cosas, comprarse ternos decentes, adquirir un automóvil, pagarse una amante de lujo y no una simple prostituta, ir donde los médicos que cobran más caro por consulta, los mejores. Ah, si yo fuera millonario. Es curioso, ya no lo pienso con el mismo entusiasmo de antes. Creo que ya no me importa mucho, creo que cada vez me va a importar menos. Ahora, por ejemplo, solo me preocupa el hecho de que esta noche voy a tener que pasar nuevamente por esa calle llena de hoyos y que me van a doler los riñones.

El autobús se detiene sorpresivamente. La esquina queda encuadrada en su ventanilla. Las dos calles que se encuentran en ángulo, el buzón, el plátano oriental y el muchacho. El señor Cordero lo reconoció de inmediato. Alto, esbelto, de piernas ágiles. Un mechón le caía sobre la frente y llevaba un libro bajo el brazo.

El señor Cordero lo vió subir, de un solo salto, en el autobús. Le gustaba la gente joven. De ellos es el reino de la tierra, se dice y sonríe para sí. ¿Cómo era él cuando muchacho? Ya no recuerda. Solo atina a ver la figura de Raquel en esa época. ¡Cómo ha cambiado! Anoche no más la miraba mientras comían. Para el señor Cordero, las gentes se dividían en los que esperan un futuro y en los que ya nada esperan. Raquel estaba entre estos últimos; ese muchacho que acaba de subir, encabeza a los primeros. ¿Y él?

Lentamente, el autobús se pone en marcha. El muchacho paga y va a ocupar su asiento. De inmediato, abre su libro y comienza a leer. ¡Con qué ansia devora las palabras! Ah, si Mario o Pablito tuvieran esa sed de aprender. Ese joven llegará a ser alguien.

Los plátanos orientales desfilan por su ventanilla. Es un poeta. De eso no hay ninguna duda. Cristián es un poeta. Él lo llama Cristián. ¿Y por qué no? Cristián es un nombre de poeta. Basta mirarlo para darse cuenta de que lleva en él lo necesario, el germen de la revelación. Es un iluminado. Qué hermoso debe ser sentir dentro de sí todas esas voces, esas armonías profundas. Uno quisiera pegar el oído a ese cause rumoroso y estarse ahí

hasta el fin del tiempo. ¿Qué es un poeta? El que se escucha y se traduce en palabras. Cristián es un poeta. Hay en él esa necesidad de saber, de leerlo todo, de contemplar la vida en torno y, viviéndola, ser herido por ella. Pero de cada cicatriz extraer un verso como un grito, una sensación, una experiencia. Eso es ser poeta y eso es Cristián. Él tenía un hermano, Federico Cordero se llamaba, a quien le gustaba tocar el piano. En las tardes, se encerraba en el salón de la casa y tocaba, tocaba. Una vez, él entró al salón y, en la semiobscuridad, lo halló con los ojos llenos de lágrimas. “¿Qué te pasa?”. “Nada”. “¿Cómo nada? Estás llorando”. “No es cierto”. “No seas tonto, Federico, si te estoy viendo”. “Sí, sí, es cierto. Pero no se lo digas a papá”. Quisieron hacerlo estudiar para abogado, yo era muy chico entonces. Y en ese tiempo llegó tío Andrés. Decían que venía de Europa, usaba los cabellos largos y tenía unas manos muy finas y blancas. Él y Federico pasaban todo el día juntos en el salón. Federico tocaba el piano y una noche, a la hora de comida, no se les pudo encontrar, a ninguno de los dos. Nunca volvieron a aparecer. No se escucho más el nombre de Federico en esa casa. Y él tuvo una gran desilusión: su hermano no era un artista, así se lo explicó su madre la única vez que hablaron acerca de él. Pero Cristián es un artista. Algún día lo coronarán con laureles. A mí me habría gustado que mi hija, Quelita, tocara el piano, como su tío Federico. Ahora tendrá que conformarse con haber conocido a un poeta. No sé, verdaderamente se me ocurren unas tonterías... pero si en el fondo nosotros fuéramos necesarios; quiero decir, gestos indispensables para que Cristián los tradujera, más bien, para que él fuese poeta. Entonces nosotros también tendríamos parte en esa maravilla. Cada uno ayudaría al nacimiento del poeta. ¿Cómo nace un poeta? Tiene ya, cuando niño, esa luz en su frente. Que viaje tan largo aquel hasta la raíz de las cosas. Porque solo ahí es posible encontrar la razón y la belleza. Un poeta es grande cuando, mostrando la apariencia de las cosas, impulsa a descubrir bajo ellas el secreto que encierran. Si yo digo cielo es cielo y nada más; pero si Cristián dice cielo, no es eso, sino otra cosa, mucho más. Por eso es poeta. Ya no son plátanos orientales los que desfilan junto a la ventanilla. Ahora se suceden casas chatas, casas grises, casas sin relieve. ¿No hay esperanza entonces? Para él, para Cristián, sí. Pero ¿y ellos? Él, los otros quiere decir. Súbitamente lo comprende: para los demás, la salvación radica en el hecho de conocer a los Cristianes del mundo, a los doctores del mundo, a las Eurídicés del universo. Cada uno puede salvarse en el laberinto de los otros, conociendo su propia soledad entre los demás, y viviendo con la imaginación el verso que escribió Cristián, la célula cuajada de vida que entrevió el doctor, o respirando esa atmósfera que construye Eurídice al avanzar entre las cosas. Solo se ha salvado el que se encuentra a sí mismo a través de los otros. El Señor Cordero ya no sabe

lo que está pensando. Comprende una sola cosa: resulta inútil luchar contra los demás: es mejor aceptarlos, gozarlos, extraer de ellos la comunión necesaria para la propia subsistencia. Algún día, cuando lea en el diario la noticia de que Cristián ha obtenido un premio o una distinción, el señor Cordero podría decir: "Yo le conocí y ¿sabe? Quizás yo sea uno de sus versos". Lo mismo podría sucederle a Raquel.

"Al ver el cadáver, Cassie..." ¡Por fin un cadáver! Ya estaba comenzando a aburrirme. No me gustan las novelas policiales sin cadáver. Es un objeto indispensable, le da cierto sabor a los demás personajes. Y ahora Cassie lo ha encontrado. Sin embargo, este *Crimen del cuarto azul* es abiertamente inferior al *Misterio de la gata roja*. De ahora en adelante aprendería a no fiarse en los autores. No porque haya escrito algo bueno, el próximo libro tiene que seguir esa misma línea. La vida, bien se lo decía su abuelo, está llena de altos y bajos. Apenas vio ese libro, desconfió. ¡Mire que llamarse *Crimen del cuarto azul* y tener las cubiertas rojas! ¡Era un absurdo! Nada ajustaba. Pero por ser del mismo autor de *Misterio de la gata roja*, no titubeó en comprarlo. Le serviría de lección. Es claro que no deja de tener cierto interés. Me gusta el ambiente y los personajes. Uno parece que estuviera viendo todas esas cosas. ¿Pero dónde sucederán? Siempre me hago la misma pregunta. ¡Ah! cómo me gustaría vivir una aventura como ésa. Aunque no, mi trabajo en la peluquería es bastante agradable. Estoy bien ahí. El secreto parece ser allegarse a alguien. El abuelo me lo recomendó, y él debe saber, ya que estuvo trabajando más de treinta años en la misma peluquería. Tal como yo, empezó por abajo. Niño de mandados, me carga ese título. El trabajo no es aliviado y hay que tener las piernas rápidas. Que limpiar el suelo, barrerlo todo cada vez que alguien se corta el pelo, que cambiar las toallas y traer paños calientes, que lustrarle los zapatos y escobillar el terno de cada parroquiano, que... y muchos ni siquiera dan una propina. Esto es en cuanto a los clientes, en lo que respecta a los peluqueros mismos, ya es otra cosa. Correr a comprarles cigarrillos, el diario en la mañana y la segunda edición en las tardes; estar en todo momento alerta, pronto a cumplir sus más mínimos deseos, los cuales lanzan al aire en voz baja, como si estuvieran conversando con los parroquianos. Y entonces, cuando uno no los oye, se enojan y, en vez de decírselo personalmente, lo acusan al dueño. Pero con todo, es un gran trabajo. Uno tiene probabilidades de surgir. En un tiempo no muy largo, es posible transformarse en peluquero y ahí las cosas cambian. Anoche no más, el abuelo me lo repetía: "Todo está en saberse allegar". Parece que, cuando se ponen viejos, van cediendo parte de su clientela a los más jóvenes. Y, para entonces, vale la pena estar en buenos términos. El abuelo me decía que algo parecido suce-

de entre los médicos. ¡Qué inteligente es el abuelo! Es el único viejo inteligente que conozco. Todos los demás son unos brutos. Pasan hablando de los precios de antes y de lo que han cambiado las costumbres. En cambio, el abuelo da consejos. Si no fuera por él, papá nunca se habría casado con mamá, y no tendría la botica. A mí no me gustan las boticas. Huelen a remedio. ¡Qué bien se portó el abuelo conmigo cuando se trató de elegir mi carrera! Él insistió para que me dejaran ser peluquero e, incluso, fué a hablar con el dueño de "La Osiris" para que me admitiera como aprendiz. ¡Gran persona el abuelo! Estoy seguro de que el Pepe y el Polo me lo envidian. Por eso voy a seguir sus consejos letra por letra. Ya me he allegado a Luchito, que parece ser el más importante de los peluqueros. Por lo menos, todos los demás lo respetan. También los clientes. Yo he visto con mis propios ojos a políticos influyentes acercarse a Luchito y preguntarle con voz tímida: "¿A qué hora puedo volver, Luchito?" y para Pascuas o para San Luis, se llena de regalos. ¡Qué gran cosa ser peluquero! Uno como Luchito, que todos respetan. Ya sé en qué forma debo portarme para ganar sus simpatías. Estoy comprando la revista "El Estribo" y ya sé bastante de hípica. Así puedo conversar con él sobre pronósticos. ¿No me dijo anteayer: "Juégale a Zarabanda, Timo?" ¡La primera vez que me llama Timo! Hasta entonces solo me decía Timoteo y no Timo; pero, por otra parte, decirme Timo es más cariñoso, indica cierta amistad. Yo no sé por qué mi tío Timoteo tendría que botarse debajo de un carro el día que yo nací, y tampoco sé por qué se le ocurrió a mi mamá bautizarme en recuerdo suyo. No me gusta el nombre Timoteo. Siempre pienso en tomate. Y peor es el diminutivo que me inventó la idiota de la Lucy: Timo. Espantoso, ya en el colegio se reían de mí y me decían el "nombre de glándula". ¡Que lástima que uno tenga que cargar toda la vida con un lastre igual! Claro, la gente se lava las manos. La Lucy me inventa el apodo de Timo, y luego va y se casa con Roberto, parte al norte y allá se lava las manos. Pero yo me quedo y me siguen llamando Timo. El abuelo me ha aconsejado no desesperar y, en realidad, ahora último, pienso mucho menos en todo eso. Otra cosa era en el colegio. A pesar de todo, me gusta que Luchito me diga Timo. Ah, tengo que leer rápido esta novela, porque debo prestársela a Luchito. Dijo que le gustaban mucho las aventuras del detective Jo Sanders. Claro que le advertiré que esta no es de las mejores. Y sin embargo... ¡Cómo me encantaría ser Jo Sanders y encontrarme con Cassie! ¿Dónde hay ese tipo de mujeres? El domingo por la tarde el Pepe y el Polo me llevaron a un lugar donde decían que se encontraba toda clase de mujeres. ¡A montones! Y uno podía escoger. Pero ninguna se le parecía. La Margarita, mi vecina, tenía algo de Cassie. Me gustaba conversar con ella. Sabía tantas cosas. Y me gustaba la manera de mirar que tenía. Lástima que se haya metido a monja. Mi mamá dice

que la vio el otro día y que estaba muy fea, le había crecido bigote. Mi cuñado Roberto, que ese día comió en la casa, dijo que a todas las monjas les crecían bigotes. Lo cierto es que en "La Osiris" tengo porvenir. Eso es importante, porque algún día me casaré y entonces sería muy molesto tener que pedirle plata a mi papá como lo hace la Lucy. Pero falta tanto para eso. Veamos, ¿dónde iba? "Al ver el cadáver, Cassie dejó escapar...". ¡Qué grosero es mi tío Julio! Anoche, durante toda la comida, estuvo eructando, yo creo que la mala educación es la causa de todos sus fracasos. Ya que el mismo abuelo me dijo que él había tratado de ayudarlo. A Luchito, por ejemplo, nunca se le ocurriría hacer una cosa así. Es tan bien educado, tan limpio, tan cuidado. Si hay que verlo todas las tardes cómo se arregla antes de salir, con qué cuidado se peina el parrón y se recorta los bigotes. Uno diría que viene saliendo de la peluquería. ¡Ja! ¡Ja! ¡Qué divertido! No me había dado cuenta que eso es exactamente lo que sucede: sale de la peluquería. Voy a tratar de imitarlo en todo. Ojalá llegue a ser como él. Me gusta lo que estoy haciendo, mucho más de lo que hace mi papá por ejemplo, es decir, escribir etiquetas, mientras mi mamá prepara los remedios. Jamás habría podido ser farmacéutico. De no haber logrado entrar a "La Osiris", creo que me habría decidido por seguir estudios para ser detective. Ah, ya me falta poco para bajarme. Hay que apurarse. "Al ver el cadáver, Cassie dejó escapar un grito. Jo Sanders se dio vuelta y..."

¡Qué contento está el señor Cordero! El autobús se desliza con suavidad ahora, deteniéndose en todas las esquinas, jugueteando entre las luces rojas y verdes de los semáforos. ¡Ah! Si uno pudiera atrapar este momento y transformarlo en *siempre*. Ahora solo ve fachadas de edificios por la ventanilla. Imponentes, indestructibles. El borde de la acera parece correr junto con el vehículo, así como el asfalto y las murallas. Esto lo desorienta. ¿Acaso todo aquello tiene un sentido? ¿Dónde van las cosas que corren a esa velocidad? ¿Los postes y los grifos? Todo se precipita con él hacia un punto. Cierra los ojos.

La atmósfera del autobús lo gana nuevamente. Ahí sí, se está bien. Hay una gran paz; cae sobre él como un efluvio, aquellos que él mismo buscó. Quizás su secreto está repartido entre todos ellos. El secreto de que hablaba Patricio en el colegio. Le reconforta pensar que un trizo de su secreto yace en cada uno de estos seres. Debe conocerlos a todos, para comprenderse a sí mismo. No hay duda, el secreto está en los demás, y por eso debe vivir en el laberinto que forman los otros. Esa red le es necesaria; solo podría huir a su soledad cuando se haya encontrado, disperso e invencible, en la trama que ellos tejieron.

El vehículo se detiene bruscamente y el señor Cordero abre los ojos. ¡Dios mío! Ya pasó donde debía bajarse.

-Un momento... -exclama y corre hacia la puerta-. Un momento.

-No se puede bajar aquí, señor -contesta el chofer, malhumorado-. No es paradero.

-Es que me pasé.

-No se puede bajar aquí. No es paradero.

-Un minuto, si no voy a tener que caminar tanto. Nada más que un minuto, por favor.

Las palabras obran como un hechizo. La puerta se abre.

-Baje, señor.

-Gracias.

La mañana está esplendorosa. Sobre los edificios, el cielo se tiñe de un azul intenso. El señor Cordero permanece al borde de la acera y lo mira todo. Los ruidos de la ciudad circulan en torno suyo. Bocinas, pitos, uno que otro grito y el rodar de los tranvías, gruñendo a lo lejos como una música de fondo. Busca el autobús entonces y alcanza a divisarlo al término de la avenida, desapareciendo entre los otros vehículos. Desapareciendo como un sueño.

Cuando por primera vez vio al gorrón, volaba afuera, en el aire, a las ventanas, precisamente sobre la copa del castaño de los vecinos, y hasta sus esfuerzos, tal vez agitando el impulso de algún viento. Al verlo, Manuel llegó a contagiarse con una inspiración de libertad que se desbordó de él, incluso alcanzó una que otra gesto nautario bajo las colinas de cerro también, porque en ese instante se supo ya habido pasado que se era inspiración en pleno cielo.

Pero voló despacio no duró mucho, apenas el tiempo de cruzar y abrir los brazos. Cuando lo hizo, vio que el gorrón se había detenido sobre el borde de la ventana y lo miraba con toda atención. Luego extendió las alas, se inclinó la cabeza bajo una de ellas, lo repuso, y uno por uno fue realizando, aquellos gestos que, de duda, representaban la coexistencia de un pájaro con un hombre.

-¡Hola! -exclamó Manuel-. ¡Pareces muy contento! -El gorrón lo contempló, inclinando luego la cabeza. -¡Hola! -exclamó Manuel. -¡Hola! -exclamó Manuel. Digna de un pájaro. El gorrón volvió a inclinarse la cabeza. Manuel, al ver esto, se inclinó y como hacia la ventana, se inclinó y lanzando los brazos se inclinó. En una brevedad y como un impulso de su cuerpo como lo hizo una brújula de un mar en el mar. El gorrón no se movió ante estas demostraciones de libertad. Cuando Manuel abrió su mano hacia él, en vez de verlo, se volvió hacia el contacto de la palma amiga.

-¡Buenos días! -exclamó Manuel, saliendo siempre, porque estaba muy contento, en el momento en que el gorrón fue a descansar sobre la almebada que había

La muerte del viejo adolescente

- 1952 -

Hay días así, llenos de sol y despreocupados. Se despierta de pronto muy alegre, sin saber por qué, y todo parece menos sórdido en la pieza, menos imposible. Manuel lo percibió aquella mañana y, como era domingo, decidió prolongar la sensación y quedarse un rato más en cama.

Gustó el momento con verdadero placer: las sábanas tibias, el rectángulo luminoso que arrojaba la ventana sobre el piso de tablas, quizás el repique de unas campanas a lo lejos y, sobre todo, el saberse dueño, enteramente dueño, de aquel día que se hallaba por delante.

Fue entonces cuando por primera vez vio al gorrión. Volaba afuera, en el jardín de los vecinos, precisamente sobre la copa del castaño de los vecinos, y lo hacía sin esfuerzo, tal vez siguiendo el impulso de algún viento. Al mirarlo, Manuel llegó a contagiarse con esa impresión de libertad que se desprendía de él, incluso esbozó uno que otro gesto natatorio bajo las colchas. Sonrió también, porque en ese instante se supo ¡y habría jurado que no era imaginación! en pleno cielo.

Pero todo esto no duró mucho, apenas el tiempo de cerrar y abrir los párpados. Cuando lo hizo, vio que el gorrión se había detenido sobre el borde de la ventana y lo miraba con toda atención. Luego extendió las alas, escondió la cabeza bajo una de ellas, la izquierda, y uno por uno fue realizando todos los gestos que, sin duda, representan la coquetería de un pájaro.

-¡Hola! -exclamó Manuel-. Pareces muy contento.

El gorrión lo contempló, inclinando luego la cabeza.

-Bonita mañana ¿no te parece? Digna de un paseo. ¿Te gustaría salir?

Sin esperar la respuesta, Manuel saltó fuera de la cama y corrió hacia la ventana aleteando y lanzando los gritos más extraños. Era más bien flaco y el pijama colgaba de su cuerpo como lo hace una bandera de un mástil en un día sin viento. El gorrión no se inmutó ante estas demostraciones de euforia; al contrario, cuando Manuel alargó su mano hacia él, en vez de rehuirla, pareció buscar el contacto de la palma amiga.

-¡Buenos, buenos días!

Mientras Manuel, saltando siempre, porque estaba muy contento, comenzó a lavarse, el gorrión fue a descansar sobre la almohada tras haber

encerrado la lámpara, es decir, la ampollita que pendía del alambre, en tres anillos de vuelo.

El acto de lavarse revestía los domingos todos los caracteres de un ritual. Como nadie lo apuraba, podía esperar hasta que el agua estuviese siquiera tibia, para que así el jabón de afeitar formase bastante espuma. Su compañero voló a detenerse sobre el borde del lavatorio y ahí, ensimismado, lo contempló. Manuel, sin el más mínimo respeto, le lanzó un copo de espuma. Sobre el plumaje pardo la mancha fue deshaciéndose lentamente por los bordes, dejando, eso sí, una huella viscosa, como el paso de un caracol. Para vengarse, sin duda, y cuando Manuel no miraba, el pájaro se introduce dentro del lavatorio y aleteó con fuerza. En un primer momento, el hombre quiso enojarse; pero luego decidió echarlo a la broma y el ruido de sus carcajadas rebotando en la pieza llena de sol logró una nota muy hermosa.

—Bueno —dijo cuando estuvo vestido—, mientras yo bajo por la escalera, tú pedes tomar tu camino, es decir, la ventana: nos encontraremos abajo. Me gustaría acompañarte, sin embargo...

Al salir, se encontró con la dueña de la pensión que volvía de misa.

—Buenos días, doña Escolástica —aquel nombre positivamente disonaba en esta mañana de domingo.

—Buenos días, don Manuel. ¿Adónde va tan contento?

—A pasear. ¿No le parece que la mañana se presta para un lindo paseo? Sol, aire puro...

—¡Este don Manuel, siempre tan poeta!

Una vez en la calle, buscó al gorrión por todas partes; pero le fue imposible encontrarlo. No sin pena, echó a caminar. Sin embargo, muy pronto, la atmósfera de esa mañana de domingo lo ganó por completo, llegando a olvidar el incidente.

Es curioso, estas mañanas de domingo poseen un encanto especial, donde hay mucho de provincia y no poco de lo que uno imagina eran “los otros tiempos”, como los llaman nuestros abuelos. Por única vez durante la semana parece que las personas experimentarían placer al andar juntas: las familias se constituyen en las puertas de las iglesias o de las pastelerías; los novios transitan optimistas; los amigos hacen planes para cada minuto que resta y, en general, nadie parece disgustado. La gente huele bien, a ropa limpia, a jabón y a escobilla utilizados sin premura, a perfume a veces. Hay un cierto vigor, un ansia de seguir viviendo, la promesa de un buen almuerzo, de una larga siesta y de una once pantagruélica.

Manuel se dirigió al cerro Santa Lucía y, una vez allí, decidió subir a la terraza. Buscó los caminos más sombreados, bajo árboles cuyos nombres nunca tuvo tiempo de aprender. De vez en cuando aparecían entre las ramas pequeños pabellones de color rosado, cubiertos de enredaderas, ridi-

culos para un ojo crítico; pero infinitamente hermosos y enternecedores para la mirada fraternizante de Manuel. Por el camino, le apareció que dos o más pájaros lo seguían, revoloteando de rama en rama. Su paso se aligeró y, por segunda vez desde su despertar, volvió a dominarlo aquella alegría sin razón.

La terraza estaba casi desierta a excepción del vendedor de barquillos y de otro que se paseaba con un racimo de globos. Aquella luz, aquel calorcillo del sol que ese desploma con fuerza sobre la cima plana del cerro, le comunicaron una intensa sensación de bienestar. Caminando llegó junto a una torre que había cerca de un prado.

—Buenos días. ¡Qué sorpresa encontrarlo por estos lados, señor Silva!

—Eh... buenos días.

—Apostaría que no se acuerda quién soy.

—Claro que sí.

—A ver, dígalo, ¿quién?

—Este... este...

—Lo ve, lo ve —y la muchacha comenzó a reír sin ganas. Una coquetería falsa le aconsejaba reír para esconder, digámoslo sin rodeos, su fealdad. Llevó su hilaridad hasta tales extremos que, al querer levantarse ahogada por la risa, cayeron al suelo un libro de oraciones y un velo que hasta entonces reposaban sobre su falda. Nunca se supo si aquel movimiento fue premeditado o no; lo cierto es que ambos se agacharon para recoger los objetos y ahí, en cuclillas, los rostros muy juntos, las manos se rozaron enredadas en el velo. Durante un breve segundo la mirada de Manuel también quedó presa en la de la muchacha y ahora sí estallaron risas verdaderas, tímidas en un comienzo y luego muy fuertes. Los dos pájaros que habían seguido a Manuel huyeron temerosos por una de las avenidas.

Esa noche doña Escolástica lo esperaba en la puerta de la pensión.

—¡Por fin, don Manuel!

—¿Qué sucede?

—¿Dónde ha estado todo el día?

—Él no contestó.

—¡Hace horas que lo espero!

—¿Ha pasado algo grave?

—Más o menos. Fíjese que esta mañana... perdón, tiene la corbata un poco chueca —dijo al mismo tiempo que se la enderezaba—. Comprendo, comprendo. Esta primavera y usted tan poeta que lo han de ver...

—¿Qué pasó esta mañana?

—Ah, de veras. Fíjese que cuando fui a hacer el aseo de su pieza había un pájaro sobre la almohada; me pareció que era un gorrión.

-Sí, era un gorrión.

-Ah... -y luego reaccionando-. ¿Pero entonces usted lo sabía?

-Sí.

-Y no pude echarlo...

-No importa -contestó mientras subía por la escalera-. Déjelo.

-Pero es que...

Ahogó la voz cerrando la puerta de su pieza. Estaba solo y contento. Encendió la luz y, de inmediato, quiso ver a su amigo; pero no pudo descubrir dónde se había escondido. Buscó en los rincones, bajo la cama, en el lavatorio: inútil. Entonces vio la ventana abierta y pensó que por ahí habría escapado. Un desencanto se adueñó de él y, dejándose caer sobre su lecho, se puso a tararear la canción que había escuchado durante buena parte de la tarde. Aquello lo reconfortó.

Cuando doña Escolástica vino a avisarle que la *cena*, como ella llamaba la comida de los domingos, estaba lista, él no contestó, pretextando dormir; aún más, ensayó uno que otro ronquido para convencerla. Después de repetir varias veces su llamado, la buena mujer decidió irse y mientras se alejaba, mientras sus pasos se perdían por el pasillo, Manuel escuchó otro ruido, muy próximo ahora, casi junto a él. Algo así como hojas que golpearan contra los cristales de la ventana o bien un aleteo ¡sí! eso era, un aleteo, el golpe seco, preciso y repetido del aleteo de un pájaro. Se dio vuelta entonces y ahí, emergiendo del bolsillo de su abrigo, descubrió al gorrión. El pájaro al sentirse observado inclinó su cabeza con toda seriedad.

De golpe, Manuel recuperó su antigua felicidad, ese júbilo breve e intenso que, ya en la mañana, lo había hecho palidecer. Y con toda seriedad él también contestó el saludo.

La muchacha resultó llamarse Fernanda y ser telefonista de la oficina donde trabajaba Manuel; pero él no la había visto antes. Sin embargo, al día siguiente, cuando a las 9:15 en punto entró al edificio, ahí estaba ella, sonriente entre sus hilos y el tablero lleno de lucecitas. Manuel la miró con toda frialdad y, al contestar su saludo, vio que no era hermosa y que la luz de aquel domingo que pasaron juntos lo había cegado.

No volvió a pensar en ella durante el resto del día. Apenas estuvo instalado tras su escritorio, se abstrajo totalmente en el trabajo. Los días en las oficinas transcurren sin incidencias. Un lunes no es más que una semana que empieza y aquel no fue distinto a los demás. A las 17:00 firmó el registro y salió a la calle. Ahí lo esperaba Fernanda.

-¿Qué hubo? ¿Cansado?

-No... no...

-¿Por cuál lado se va usted?

-Por allá.

-¡Qué casualidad! Yo también.

A partir de entonces ella siempre lo esperaba a la salida y volvían juntos a sus respectivas casas. Y así poco a poco fue deslizándose en su existencia. Por detalles mínimos, por pequeñas costumbres, por rutina, llegó a ser imprescindible. Para Manuel que hasta entonces había estado siempre solo, la muchacha era un verdadero nexo, un puente necesario entre él y los demás. Descubrió otra manera de vivir, una donde se conversaba, se discutía, se hablaba mucho, se comunicaba, en una palabra. Pero la descubrió en compañía de Fernanda y sin ella era incapaz de internarse por esos caminos hasta hoy desconocidos.

El recuerdo de aquel primer domingo que habían pasado juntos lo impulsó a repetir la salida. Decidieron ir al cine, pero como Manuel había olvidado adquirir entradas con anticipación, ya estaban todas agotadas cuando quiso hacerlo. Vagaron entonces por las calles céntricas junto a otros que tampoco sabían a dónde ir. Familias que arrastraban niños insoportables; parejas aburridas que ni siquiera jugaban al juego de mirarse; hombres solos, malhumorados, buscando como los demás, algún sitio donde encerrarse y olvidar.

Manuel que hasta entonces había sido inmune a estas sensaciones colectivas, se supo de repente preso en ellas. Como si la barrera que lo separaba de los otros hubiese caído y entre ellos, permaneciese expuesto al peligro que cundía como una epidemia. Fernanda ya no hablaba y, mudos, avanzaban ambos siguiendo esa hilera de náufragos bajo los avisos luminosos que encendían sin verdadero entusiasmo.

Se despidieron mirándose apenas. Manuel corrió a su tercer piso, a su pieza, y comenzó a hablarle muy rápido al gorrión, como queriendo ahogar todos sus pensamientos. El pájaro revoloteaba a su alrededor en forma insistente; parecía querer atraerlo hacia la percha donde colgaba su otro terno y el abrigo. Por último, Manuel accedió a seguirlo, pero hablando siempre.

-¿Cuánto tiempo que vives conmigo? Ya ni sé. Una, dos, tres, semanas. Me gustaría... me gustaría confiarte algo: es la primera vez que tengo un amigo, un verdadero amigo. Hace un rato, mientras me paseaba por el centro con Fernanda, solo tenía un deseo: volver pronto a conversar contigo. Pero ¿qué es lo que te pasa? ¡Quédate tranquilo! No ves que... ¿y esto?

Sobre el borde de un bolsillo de un terno gris, el que se ponía para ir a la oficina, asomaban las cabezas de otros dos gorriones.

-¿Qué es esto?

Como una respuesta a su pregunta, los pájaros emergieron del todo y, uniéndose al tercero, formaron una verdadera ronda. Ahí permanecieron

aleteando con fuerza mientras saludaban. Después de un segundo esa ronda que no giraba se rompió y cada uno fue a jugar por su cuenta. Manuel, arrobado, no perdía uno solo de sus movimientos.

A pesar del fracaso de aquella segunda salida, Fernanda, como de costumbre, lo esperó al día siguiente. Esa seguridad paralogizaba a Manuel. Al hablar, lo que decía, no aguardaba réplica tanto por el tono con que era expresado como por lo definitivo de su actitud. En todo momento, parecía saber cuál era su meta y hacia ella iba con los ojos muy abiertos, sin dejarse intimidar, destrozando lo que podía entorpecer su paso. Cuando Manuel comprendió todo esto, tuvo miedo. Quiso rehuirla; pero la muchacha intensificó su plan ofensivo.

Sin embargo, solía huir a veces. De tarde en tarde, se refugiaba en su pieza; entre sus cuatro muros respiraba en paz. A medida que transcurría el tiempo, habían ido llegando otros pájaros. Más gorriones por cierto; pero también zorzales, petirrojos y muchos otros que él desconocía. Anidaban entre sus camisas, entre sus calcetines y pañuelos y, por supuesto, en los bolsillos del terno gris. Se vio obligado a sacrificarlo y a ponerse todos los días el azul marino.

Fernanda se lo hizo notar.

—Falta de previsión —dijo—. ¿Qué hiciste con el gris?

—¿El gris? El gris estaba muy viejo.

Manuel se sentía dichoso en aquel mundo movedizo. Conversaba con los pájaros, se entretenía mirándolos jugar y a veces jugaba con ellos. También los ayudaba en todo cuanto podía y, en más de una ocasión, fue enfermero o fabricó un nido o les abrió la puerta del ropero para que se escondieran cuando doña Escolástica venía a limpiar el cuarto.

Pero el mundo que le ofrecía Fernanda también era atrayente. A pesar del temor que a ratos le inspiraba la muchacha, se sentía ligado a ella por algo que no podía encerrar en palabras y que nació el día que las manos se rozaron. Esa amarra inmaterial era poderosa. Manuel lo sabía. Por eso, cuando una tarde Fernanda le dijo que deseaba hablarle y que en vez de volver a casa fueran al parque, él se dejó llevar.

Terminaba el otoño y bajo los árboles ya era de noche. Fernanda sin duda lo tenía todo planeado, porque habló sin titubear, sin equivocarse ni una sola vez, pronunciando las palabras, aun las más importantes, con suma claridad. Mientras escuchaba, Manuel iba sintiéndose cada vez más débil, más indefenso, más niño tal vez. Hubiese querido discutir o por lo menos opinar sobre algunas de las cosas que ella decía; pero le resultaba imposible hacerlo.

Y fue así como aquella conversación decidió, en una media hora, toda su vida. Sin darse cuenta casi, Manuel se había comprometido con

Fernanda e incluso fijaron la fecha del matrimonio que debía efectuarse el próximo mes.

Cuando Manuel volvió a la pensión en un estado de estupor, de alegría, de pesar y de confusión, lo aguardaba un pequeño drama. En la puerta, doña Escolástica lo recibió despeinada y exangüe:

—¿Lo ha visto? ¿Lo ha visto?

—¿A quien, doña Escolástica?

—A Pepito. Se ha perdido, se arrancó. A lo mejor ya lo han muerto. Esta mañana cuando fui a cambiarle el agua, debe haberseme quedado la puerta abierta y por ahí se escapó. ¿Usted no lo ha visto, don Manuel?

—Desgraciadamente no.

—¡Mi última esperanza! —gritó la buena mujer, aniquilada—. Voy a llamar a la policía.

Al abrir la puerta de su pieza, Manuel vio de inmediato a Pepito. Ahí estaba el canario entre los gorrones, jugando en torno al lavatorio con agua, brillando como una gota de oro en medio de todo aquel plumaje pardo.

—Tienes que volver donde tu dueña —le dijo Manuel al mismo tiempo que se acercaba—. Ella te quiere mucho.

Pero el canario pareció comprender y voló a esconderse tras el ropero.

—Vamos, no seas tonto. Yo le diré a doña Escolástica que no te encierre en una jaula y que, cuando quieras, te deje venir a jugar con tus amigos.

Los otros pájaros que hasta entonces habían permanecido inmóviles, se arremolinaron de pronto en torno a Manuel. Querían obligarle a retroceder, a que dejara el canario donde estaba. El hombre se puso súbitamente serio:

—Pepito es de doña Escolástica —y los pájaros comprendieron. Junto a una de las patas del armario apareció el regalón de la dueña y se dejó tomar.

La buena mujer sufrió un segundo ataque histérico cuando Manuel le entregó a Pepito.

—¡Claro! Yo sabía que usted podría encontrarlo.

—Le aconsejaría, eso sí, que dejara la puerta de la jaula abierta.

—¿Para que se arranque de nuevo? ¡Nunca!

—No, para darle confianza.

—¿Usted cree?

—Estoy seguro.

—Bueno, usted debe saber más, don Manuel. Al fin y al cabo dicen que los poetas también hablan con los pájaros —y rió mucho con su ocurrencia.

Este incidente lo impulsó a contar a Fernanda la historia de los gorrones.

—¡Qué amor! —exclamó ella—. Me encantan las jaulas de pájaros. Alegran tanto una casa.

—Es que estos no están dentro de una jaula, sino sueltos.

—Ah. En fin, ya nos arreglaremos.

—Y justamente quiero... en fin me gustaría que tú también quisieras que anduviesen sueltos.

—Después veremos, después.

Pero cuando Manuel insistió, ella dijo: "Bien sabes que te quiero", así como algo estampado en un contrato. El hombre se rindió entonces y pasaron varias semanas.

Hubo una despedida de solteros ofrecida por los compañeros de la oficina, una comida eterna con brindis y fotografías; hubo también un salero grandote e inútil, regalo del jefe de sección; hubo muchos otros saleros y algunos ceniceros. Por último, ese día domingo se sorprendió entre doña Escolástica que lloraba como una buena mujer y Fernanda que se erguía, orgullosa como un San Jorge bajo la coronita de azahares, con el velo y el vestido de todos los domingos.

Cuando por fin llegaron a la pieza del tercer piso, doña Escolástica se decidió a dejarlos solos. Partió guiñando ojos y riendo por lo bajo, muy maliciosa. Manuel cerró la puerta y lleno de entusiasmo, exclamó:

—¿Te gusta?

De pronto se dio cuenta que era muy feliz. Durante la fiesta que hubo después de la ceremonia, lo obligaron a brindar sin descanso y ahora el alcohol cosquilleaba al nivel de la cabeza, desparramándose en calor por todo el cuerpo.

—¿Qué? —preguntó Fernanda.

—La pieza —se acercó para besarla; pero ella lo detuvo con un gesto.

—¿Estás enojada? ¿Por qué? ¿Por qué?

—¿Yo?

—Sí, dime por qué estas enojada... dime.

—¡Qué ocurrencia!

Pero se notaba disgustada, tal vez nerviosa. Y mientras frente al espejo desprendía su velo y la corona, se percibía una rabia que la ahogaba, que la obligó a gritar:

—¡No me gusta que tomes! ¡No me gusta! ¿Me oyes? No voy a permitirlo. Y además me irrita esa vieja, la dueña de la pensión. Mañana buscaremos...

No alcanzó a terminar su frase, porque en ese momento todos los pájaros que hasta entonces habían guardado silencio, empezaron a trinar en señal de bienvenida.

—¿Qué es eso? —alcanzó a preguntar Fernanda; pero los pájaros, eufóricos, la rodearon enredándose en el velo, persiguiéndose entre los azahares de la corona como un tropel de niños desbocados.

—¡Quieren saludarte! Diles algo...

Fernanda se irguió con furia.

—Déjenme... ¡déjenme! —gritaba defendiéndose—. Déjenme, bichos del diablo...

Y mientras se debatía, perdió el equilibrio, cayendo al suelo.

Una cólera sorda se apoderó de ella. Como pudo, se levantó y arrancó de su cabeza la corona y el velo, aprisionando algunos de los pájaros. Corrió entonces hacia la ventana, la abrió de par en par y sin pensarlo dos veces, lanzó lejos aquel montón de plumas y flores envueltas en el tul. Dos de los gorriones habían logrado escapar y huían despavoridos, golpeándose contra los muros de la pieza. Fernanda agarró una silla y, segando al aire, los obligó a encontrar la ventana y a precipitarse hacia afuera. Sin embargo, enardecida como estaba, alcanzó a aplastar a uno de los pájaros.

El hombre había contemplado esta escena mudo, sin lograr moverse, sin poder esbozar el más mínimo gesto para defender a sus amigos. Cuando Fernanda dejó caer la silla, él la miró fijamente, como descubriéndola recién. Por fin leyó en sus ojos aquel secreto que hasta entonces solo había logrado atemorizarlo; pero ante el cual hoy deseaba gritar como una bestia acorralada.

—Ves... ves... —volvió a chillar ella—. Ahora he perdido mi velo y mi corona —y dando un puntapié al gorrión muerto, volvió a contemplarse en el espejo, queriendo peinar sus cabellos.

Manuel, con toda simplicidad, tomó entre sus manos el cuerpo del amigo. Se dejó caer sobre el lecho, sin fuerzas, como un cuerpo inerte él también. En aquel instante y para siempre, perdía algo muy suyo, sagrado casi. En realidad, había muerto y ahora tan solo le restaba seguir viviendo.

La novena luna

- 1954 -

La ventana se abría sobre el jardín en sombras. Una ola de jazmines venía a estrellarse contra el balcón y embriagaba al aire. Las flores constelaban la oscuridad, logrando que todo fuera liviano y frágil en esa noche estival.

-¡Mira qué hermoso está todo! -exclamó Andrés.

-Hum.

Miró a su madre. La mujer se había sentado en un rincón de la pieza y tejía. Los palillos se entrecruzaban con un ritmo establecido; pero, como de costumbre, había olvidado traer lana.

-¡Mamá!

-Sí, Andrés.

-Olvidaste la lana.

-De veras. No me había dado cuenta.

-Me parece que pierdes el tiempo si tejes sin lana.

-De ningún modo.

-¿Cómo?

-Tejo el aire. Si vieras cuán lindas resultan las cosas...

-¿Qué?

-Pero ¿no te mostré ese chal que terminé el mes pasado?

-¡Ah! Sí, es cierto. Lo había olvidado.

-Es tan abrigador.

Y siguió tejiendo. Poco a poco los minutos se enhebraron a las agujas y así urdió una hora. La noche era más oscura; pero los jazmines iluminaban el balcón. Andrés salió a respirar el aire y descubrió, en pleno cielo, una luna pequeña, apenas esbozada, como un trazo de luz encorvado sobre sí mismo.

-¿Sabes una cosa, Andrés?

-¿Qué?

-Debes decidirte a tener un hijo.

-¡Yo, mamá!

-No, ¡qué tonto eres! Una mujer lo tendrá; pero será tuyo.

-¿Por qué?

-Porque... -se interrumpió-: y no sé por qué. Supongo que será porque

eres joven, o tal vez porque a mí me encanta tejer, y así podría hacerlo para un sobrino.

–Nieto, querrás decir.

–Sobrino. ¿Acaso tu hijo no será mi sobrino?

–Pero, mamá..., tú eres mi madre, yo tu hijo. Luego mi hijo...

La mujer repetía palabra por palabra:

–Tú eres mi madre, yo tu hijo. Luego mi... ¡Ay! Andrés, no puedo pensar. Me marean esos jazmines. No puedo pensar –concluyó– y así pudo volver el silencio.

Andrés salió nuevamente al balcón. Afuera también reinaba una gran quietud. Ni una sola brisa, ni el murmullo que produce la hoja al caer, nada. El muchacho contempló por segunda vez aquella luna detenida en un cielo sin estrellas ni nubes.

–¡Mamá! –llamó de pronto.

–¿Qué quieres?

–Ven.

Ella acudió, tejiendo siempre. Caminaba a pasitos cortos, como contando los centímetros.

–¿Qué quieres? –repitió cuando estuvo junto a él.

–Es hermosa la luna –y no era una pregunta.

–La novena luna –dijo simplemente.

–¿La novena?

–Quiero decir que hace nueve lunas comencé a contarlas, y esta es la novena.

–¡Ah!

Desde lo alto, el astro se supo aludido y brilló con mayor intensidad. Uno de sus rayos llegó hasta la tierra, escondiéndose entre los jazmines. Ahí parecía buscar algún nido secreto y lo encontró quizás, pues no volvió a moverse. Las flores se aureolaron de plata.

–La novena luna es fecunda.

La frase, esta vez, traía algo de revelación.

–¿Qué significa eso? –inquirió Andrés.

–Bajo la novena luna todo puede nacer.

Sin embargo, el muchacho razonó:

–Pero ¿quién me asegura que esta es la novena luna, y no la próxima o la anterior?

–Yo lo aseguro –por un instante, la mujer detuvo el movimiento de los palillos y alzó hacia él su mirada gris–. Yo las he contado y esta es la novena.

Entonces se desprendió el viento. Venía de todos los árboles, riendo como un niño. Dos sapos encadenaron su diálogo al borde de un charco.

—Hace frío —dijo ella—. Buenas noches.
Y desapareció.

“Si yo tuviera un hijo... mamá lo desea. ¿Y yo, lo deseo acaso? No sé. Qué curioso debe ser mirar a una persona y pensar que ha salido de uno, que por un gesto se ha organizado todo aquel mundo, todo el misterio que encierra un cuerpo. Y después de mucho tiempo, al contemplarlo, recordar lo que yo era, encontrarme. ¿Me gustará eso? Cuando ya no tenga los cabellos rubios ni la frente lisa, descubrir esos mismos rasgos en otro. ¿Me gustará eso? No sé, no sé si quiero tener un hijo. Porque en el fondo equivaldría a satisfacer mi propio orgullo, a poseerme en eterna juventud. Los demás podrían llamarme orgulloso o egoísta. No, no soportaría que lo hicieran. Tengo miedo”.

La alcoba reunía las brisas de la noche. Ubicada en una esquina, se abría a todos los vientos, los dejaba entrar y arremolinarse entre los tules. Todo fue ideado por su madre. Él trató de oponerse contra aquella pieza demasiado blanca, demasiado vaporosa, alegando que parecía el dormitorio de una niña; pero ella la quiso así.

El viento arremolinaba las cortinas y también aquel velo que, cayendo desde una corona dorada, envolvía el lecho. Todo en la estancia parecía estremecerse, como queriendo emprender un vuelo tímido y él, sin despojarse de su ropa, se recostó sobre las sábanas.

En la pieza adjunta, escuchaba la respiración acompasada de su madre. Llegaba hasta él como una cadencia necesaria. Sin oírla, le era imposible conciliar el sueño. Esta costumbre había nacido en su infancia y cuando, adolescente ya, decidieron separar piezas, Andrés insistió en ocupar cuartos contiguos. No temía la oscuridad ni los fantasmas, pero sí aquel silencio de la noche que solo lograba destruir la respiración de la mujer. Ahora la palpaba casi. Se tranquilizó.

En ese instante, la luna se detuvo frente a su ventana y uno de sus rayos, atravesando celosías y cortinas, cayó sobre el lecho. Ahí se diseñó en franjas de plata y sombra, pues la celosía lo quebraba a trechos. Primero, Andrés lo sintió y, al darse vuelta, lo descubrió recostado junto a él, suave y sedoso. Sin saber por qué, inclinándose, besó el resplandor, poniendo en sus labios igual caricia que recibió de la luna. Fue un primer contacto maravilloso.

Sin levantarse, Andrés se desvistió y, una vez que estuvo desnudo, dejó que el rayo jugueteara sobre su piel. Pero la luz llegaba entorpecida por aquellos espacios de sombra. Se levantó entonces y lenta, silenciosamente, recorrió las celosías. Al volver a acostarse, la luna saltó sobre su espalda, cayendo como él, con él, dentro del lecho.

Acaso este fuera el objeto: buscar su propia imagen. En el fondo de todo abrazo, perseguir la réplica de sí. La mujer llegaba a ser la laguna sobre la cual el hombre se inclina para conseguir el reflejo de su cuerpo y de su rostro. Todo suyo. Todo suyo y de ella también, porque ahora en las entrañas de esa luna estaba lo que él y su madre habían deseado.

Cerca del alba, acudió presuroso al cuarto vecino.

—¡Mamá!

Una claridad amarillenta palpaba apenas el borde de la ventana y se extendía sobre el piso, caminando bajo los inmensos pliegues de las cortinas rojas, yendo por fin a acharcarse junto a la alfombra.

—¡Mamá!

La mujer se desperezó entre las sábanas; pero aún no despertaba del todo. Se veía mucho más joven en el lecho; despeinada, los hombros desnudos, toda sumida en las sombras, como fuera del tiempo, de aquel día que se insinuaba bajo las cortinas.

—¡Mamá! —gritó por tercera vez, y ahora la mujer se incorporó.

—Sí..., sí..., ¿qué hay?

—Mamá, anoche...

—¡Ah!, eres tú. ¡Qué manera de gritar!

—Mamá, anoche dormí con la luna.

Al comienzo, ella permaneció inmóvil, el tronco erguido y rígido, como una estatua; pero luego comprendió y una expresión de júbilo estalló sobre su rostro con la fuerza de un amanecer.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —palmoteaba como una niña—. Tenía que suceder. Cuéntame todo, cuéntame cómo fue.

Pero callaron. En el alba, tras esas cortinas donde ya era día, un trino se unió a la claridad. Pareció trepar, corriendo como una lagartija, de árbol en árbol, hasta perderse quizás dónde. Luego retornaron las primeras horas, quietas y demorosas.

—Mamá, la luna va a tener un hijo mío.

Hablaba lleno de expectación, como si él hubiese sido fecundado, como si él llevara en alguna célula escondida el fruto maravilloso.

—¡Andrés!

—Ella lo tendrá; pero yo seré el padre.

—¡Claro que sí! ¡Le tejeré las más bellas ropas! ¡Todo lo que puedas imaginar!

Y, de un salto, Andrés estuvo junto a la ventana y descorrió las cortinas. Toda el alba se desparramó dentro de la estancia, alocada, inminente, como si el canal del día hubiera estado enojado contra aquella esclusa de felpa que entorpecía su libre curso. Renacieron las cosas: las sillas volvieron a ser

rígidas, el espejo surgió entre las sombras, plateado y hermoso, tal un cuerpo húmedo alzándose en el lago oscuro. Revivían el mundo, el lecho, la madre y el jarrón ahogado en rosas sobre la mesita, revivían y hoy adquirían un nuevo sentido.

Andrés aspiró el aire empapado en rocío. La luna se perdía tras unas montañas trazadas con liviandad en el cielo incierto y él la miró con cariño, como quien, viéndola alejarse, dice adiós a su amante.

Desde entonces, los momentos, las horas, los días, la vida misma, poseyeron otro significado. Ahora se aguardaba algo. Esperaban el amanecer o la noche, el tiempo se había hecho lógico, encadenado a un instante preciso, al maravilloso minuto que verían llegar en veintiocho días más.

La madre tejía sin cesar. Urdía puntos de aire y tejía la atmósfera. Su hijo le reprochó su empecinamiento; pero ella se irguió con furia. Sobre aquello no aceptaba discusiones.

—¿Estás loco? Con qué vas a vestir a un hijo de la luna, sino con ropas de aire.

—Tienes razón.

Y ambos se inclinaban sobre el jardín, observaban la luna. En realidad, crecía noche tras noche, redondeándose, pesando como una mujer grávida en el centro del cielo siempre oscuro. La miraban con cariño, sabiendo que algo suyo estaba mezclado a esa linfa helada que debía ser la sangre de la luna. A veces, Andrés le hablaba. La madre, en cambio, le conversaba sin cesar. Por fin había comprendido que aquel niño iba a ser su nieto y no su sobrino. Pero si transigió sobre aquel detalle, desde un comienzo estableció distancias con su nuera refiriéndose a *mi nieto* y nunca a *su hijo*. Le recomendaba ser cuidadosa en los últimos tiempos, no someterse a esfuerzos demasiado grandes y le reprochaba la locura que cometía al emprender, día tras día, esa larga caminata a través del cielo. Sin embargo, la nuera no parecía hacerle mayor caso y, por esto, las conversaciones finalizaban intempestivamente. Enojada, la madre partía hacia el interior de la casa, dejando a Andrés solo en el balcón.

No por eso dejaba de tejer. Durante todo el día y buena parte de la noche trabajaba en la pieza de costura. Cuando la luz era escasa, se cobijaba bajo la pantalla de seda de una lámpara de pie, y ahí seguía tejiendo. Disponía luego las prendas ya terminadas en un armario que había en esa misma pieza, y así fue cómo una tarde decidió mostrar a su hijo lo que ya llevaba realizado.

—Aquí están —murmuró en secreto, al entreabrir las puertas del ropero.

—¡Muy hermosas!

—¿No es cierto? Me he esmerado tanto en este ajuar. Me alegro de que te guste.

Luego comenzó a mostrarle las prendas una a una. Las desenvolvía con cuidado, temerosa tal vez de que el tejido de aire se deshiciera.

—¿Te gustan estos botines?

—Sí, pero lástima que el material sea un poco gris.

—¡Ah!, fue torpeza mía. Una tarde olvidé cerrar las ventanas, y como había mucha neblina...

—No importa.

—Pensé deshacerlos; pero luego me dije que tal vez serían útiles para los días en que el niño se sienta un poco triste.

—De veras. No se me había ocurrido.

Y todavía, durante varias horas, permanecieron mirando y comentando cada detalle.

Llegó el crepúsculo y el perfume de lavanda que flotaba en la pieza se hizo insoportable. Andrés quiso irse; pero antes se acercó a su madre y la besó en la frente.

—Gracias —murmuró—. Me has hecho muy feliz.

Ella cerró los ojos, aguardó que él hubiese salido y solo entonces comenzó a llorar.

Los días se perseguían. El vigésimo octavo ya estaba próximo. La madre lo había anunciado: veintiocho noches después de aquella, la luna daría a luz. Por algo era la novena luna, no era necesario aguardar más.

Instalaron la cuna en una pieza que había en el ala norte. Andrés no quedó muy satisfecho. Le dijo a su madre que aquel cuarto estaba demasiado distante de los suyos; pero ella respondió que eso era absolutamente necesario, sólo así el niño llegaría a ser lo que ella esperaba que fuese. La estancia que escogió era amplia y el ventanal miraba a una muralla trepada por madreselvas e hirviendo de grillos.

—Ese será su cascabel —explicó la mujer— y, en un instante, solucionó aquel ruido verdaderamente insoportable.

Andrés quiso tallar la cuna con sus propias manos. Al comienzo, la madre se opuso. Desde que él le anunció que iba a nacer un hijo suyo, lo rodeó de cuidados y mimos, como si fuese el muchacho quien debía dar a luz. Le prohibió subir o bajar escaleras, alzar objetos demasiado pesados y prolongar hasta horas tardías esos diálogos con su amante. Pero Andrés insistió en lo referente a la cuna y ella hubo de declararse vencida. Consiguieron un leño blanco, pulposo, fácil de tallar; de ahí el muchacho extrajo una cuna alada. De inmediato, la mujer tejió una colcha para los pies.

Por último, todo estuvo pronto, y los dos se detuvieron en el rectángulo que dejaba la puerta abierta. Se miraron y, sin decir palabra, sonrieron.

¿Cómo será un hijo de la luna? ¿Pálido y frío quizás? Con las mejillas apenas sonrosadas y los ojos muy abiertos, como si nunca fuera a dormir. ¿Cómo será un hijo de la luna? Pero también es mío. Mío, ¡qué raro decir mío de un ser!

Por fin llegó el vigésimo octavo día. Lo aguardaban con tal impaciencia, que ese amanecer y aquella tarde se arrastraron en forma penosa. Durante las últimas noches habían visto hincharse la luna cada vez más. Palidecía también, y del amarillo intenso que ostentó en los mediados de su crecimiento, pasó a un blanco platinado.

—No está bien —diagnosticó la madre.

—¿Puede sucederle algo? —preguntó Andrés, asustado.

—No es por ella que temo. El niño corre peligro.

—¿Podemos hacer algo?

—Nada.

El crepúsculo entró con lentitud. ¿Nunca llegaría la noche? Andrés se incorporaba una y otra vez. Caminaba a lo largo de la estancia y, cada dos minutos, se asomaba al balcón y escrutaba el cielo. Pero la luna no aparecía.

Por primera vez, la madre permanecía inmóvil, sin tejer. La tarde anterior había suspendido su trabajo y ahora esperaba también, las manos cruzadas sobre la falda, en el sillón verde que la aureolaba con resplandores submarinos. Sin embargo, su espera parecía distinta a la de Andrés. Algo surgía en ella, algo que solo podía interpretarse como miedo, y que ella trataba de ocultar, traicionándose no obstante por el temblor de las manos, por su mirada inquieta y por aquel movimiento imperceptible casi de los labios, como si quisiera hablar y le faltaran las palabras. Al cabo de cierto rato logró decir:

—Descansa, Andrés. Luego necesitarás todas esas fuerzas.

Pero él no comprendía.

Cuando descubrieron las primeras estrellas, Andrés suspiró aliviado. ¡Era la noche! Y la luna no tardó en aparecer, precedida por un cono de claridad que remedaba el perfil de la montaña tras la cual se alzó.

—¡Ahí está!

El muchacho se precipitó hacia el ventanal que daba al balcón; pero la voz de la mujer lo detuvo:

—¡Andrés!

—Sí.

—Acércate, hijo.

Obedeció sumiso y se arrodilló junto a ella. Entonces la madre tomó el rostro del muchacho entre sus manos y, acercándolo al suyo, lo miró fijamente en los ojos. Al ir a hablar, se detuvo y fue como si su pensamiento

cambiara de rumbo, porque cuando pronunció sus frases, el tono de su voz era muy distinto al que su expresión hacía presagiar.

—Andrés, nunca he estado tan orgullosa de ti como en este momento. Y lo besó.

—Vamos ahora —dijo ella; pero al llegar junto al balcón se detuvo miedo-sa. Fue como si, de súbito, despertara de un largo sueño. Su mano subió hacia los labios queriendo ahogar todas las palabras que podrían formarse. Inmóvil tras la espalda de su hijo, escuchó la respiración gozosa, la precipitación, la dicha de aquel ser, y tuvo más miedo que antes. La mano volvió a caer, deteniéndose junto a esos hombros, donde esbozó un gesto de protección o de advertencia. Pero no alcanzó a materializarlo, porque en ese instante Andrés se dio vuelta, diciendo:

—¡Vamos!

—Sí, vamos —concluyó ella y, tomados de la mano, salieron al balcón.

El cuerpo restante

- 1954 -

Es costumbre dejar el cuerpo acostado de noche y salir a vagabundear por las calles. Más bien era la costumbre, porque ahora todo ha cambiado. Desde que sucedieron esas aventuras... pero eso es el final de la historia. ¿Para qué adelantarlos?

Tal como digo, se deja la envoltura humana, la piel y los huesos, en fin, durmiendo el sueño de los justos, mientras la otra parte de uno se levanta a eso de las doce y, echándose cualquier cosa encima, porque estas noches de otoño suelen ser muy frescas, atraviesa los corredores, abre la puerta de calle y ¡afuera!, a vagar, a perderse hasta el amanecer.

Claro que todo no es tan sencillo. La mayor dificultad radica en conven-
cer al cuerpo. Como no piensa, tampoco escucha razones; solo siente y resulta complicadísimo hacerle entender que es preferible que se acueste y duerma para que al día siguiente amanezca rebosante de energías. En un comienzo, suelo resistirse. La aventura atrae y el cuerpo también quiere vivirla. Pero existe una fórmula para lograr una pronta y duradera disgregación. A mí me la enseñó uno de mis pensionistas, el mismo que me inició en este tipo de excursiones. Se llama Orión, el mago, José Castro en el Civil y, a pesar de todo lo que hizo, le guardo cariño. Bueno, la fórmula de que hablaba no es muy sencilla, pero eso no importa, ya que de ningún modo pienso revelarla, sobre todo ahora que este asunto se ha puesto tan peligroso.

En esa época, cuando comenzó mi aventura, yo tenía una casa de pensión en la calle Grajales. Es un barrio decente, sin lujo ni ostentación, por cierto, con un vecindario relativamente tranquilo y honrado. Mi casa estaba ubicada en una esquina. Casa antigua, de construcción demasiado sólida y de arquitectura un tanto alambicada. A mis huéspedes siempre les resultó difícil hallar el camino en ese verdadero laberinto de pasadizos cuando salían a pasear por las noches.

Solo tenía cuatro pensionistas. El mago del cual ya hablé, quien a los pocos meses decidió cambiar el turbante y la bola de cristal por una visera y un pequeño negocio de crema mágica, desmanchadora-pulidora-antiséptica, mucho más lucrativo. Tal vez recuerden haberlo visto: suele pregonar su mercancía en alguna esquina céntrica y acostumbra llevar una serpiente a guisa de bufanda, lo único que conserva de su época orientalista.

Los otros eran menos atrayentes. Una señora de buena familia, a quien su marido abandonó pocos meses después del matrimonio. Vino a esconder su vergüenza a la calle Grajales. Para pagar su pensión, bordaba. Todo en el mayor secreto, por cierto, ya que jamás nadie debía saber que trabajaba. Esa sería su mayor deshonra. Los días domingo alquilaba un taxi para ir de visita donde sus parientes; pero el resto de la semana se lo pasaba bordando unos manteles muy bonitos y muy grandes que las tiendas pagaban a precio de hambre.

Mi tercer huésped era un universitario venezolano que rara vez iba a la Universidad. Se desquitaba saliendo todas las noches. Era muy moreno, cantaba al hablar y recibía unas cartas gordas que, según me contó la señora Irquíniguez, venían repletas de dólares.

Por último, Cecilia. Esta muchacha era la más reciente de mis pensionistas. Vino a ocupar la vacante dejada por don Nicolás, quien al recibir su jubilación, hizo las paces con su hija y se fue a vivir a su casa. Cecilia no era bonita; solo le faltaba dinero para serlo. Quiero decir, tenía uno de esos rostros llenos de posibilidades, con los cuales un buen maquillador y un mejor modisto logran una obra maestra. Pero para eso se necesita dinero y nadie pensaba dárselo, ni siquiera el venezolano, que con un par de dólares y un poco de paciencia podría haberla transformado en una de esas mujeres que tanto les gustan a los hombres: las que los demás envidian. Por otra parte, Cecilia tenía un futuro ante ella. No sé por qué el segundo día me hizo confidencias:

—¿Qué hace usted, mi hijita? —le pregunté.

—Trabajo..., por el momento.

—¿Cómo por el momento?

—Sí, muy pronto heredaré una fortuna. Hay un pleito pendiente. Una tía que murió en La Serena...

Todavía no me explico por qué le creí. El cuento era tan viejo, tan obvio, tan estúpido y, sin embargo, tuve confianza en lo que decía. Desde entonces Cecilia pasó a ser una *heredera* y aún más, llegué a perdonarle una que otra deuda, en previsión de su fortuna.

Pero volviendo a lo otro: fue Orión, como ya dije, el que comenzó a hablarme de las maravillosas aventuras que uno puede correr dejando el cuerpo en la cama. Tanto me habló que, por último, más por cansancio que por deseo, acepté acompañarlo una noche. Entonces me enseñó la fórmula que se debía emplear y con la última de las doce campanadas, nos encontramos en la calle. He de confesar que Orión me pareció mucho más simpático así que con su cuerpo, ya que era un poco deforme.

Por lo menos, nunca me arrepentiré de haberle hecho caso. Es una ex-

perencia única. No voy a contar todo lo que uno encuentra, conoce y descubre en esas peregrinaciones, porque sería una maldad describirles eso y no enseñarles la fórmula.

Era maravilloso. Solíamos regresar al amanecer y encontrábamos los cuerpos descansados, prontos a iniciar una nueva jornada. Esto duró un mes, más o menos. En un comienzo, partía a vagabundear en compañía de Orión; pero muy pronto me independicé e hice mi vida.

Cierta tarde en que Cecilia me estaba contando su única experiencia sentimental por octogésima u octogésima primera vez, sentí de pronto la necesidad de confiarle todo lo referente a mis excursiones. Así lo hice y ella se entusiasmó tanto con la idea, que me pidió la llevara en mi próxima salida. Dije que debía consultarlo con Orión y esa misma noche le pregunté si no sería posible enseñarle la fórmula a Cecilia. Al comienzo se mostró reticente. Pero cuando yo le describí lo triste que era la vida de la muchacha, aceptó.

Al día siguiente salimos los tres. Cecilia regresó como una loca. Dijo que nunca antes había visto o experimentado algo igual. Pasó toda esa noche y buena parte de la mañana agradeciéndonos, hasta que Orión hubo de hacerla callar para que la señora Irquíñguez y el venezolano no se impusieran de todo.

Durante un tiempo fuimos muy felices los tres. Vagábamos de noche y en el día intercambiábamos impresiones. Fue una época sumamente agradable, cuyo recuerdo siempre me será grato. Pero un día, más o menos un mes después de haber iniciado a Cecilia, sucedió lo más inaudito que imaginar se pueda.

Al volver a casa esa mañana, noté que había luz en mi pieza, en circunstancias que yo estaba segura de haberla apagado al salir. Corrí por el pasillo y al entrar en mi habitación, no observé nada especial. Ahí, sobre el lecho, estaba mi cuerpo, al parecer profundamente dormido. Los párpados bajos, las manos cruzadas sobre el pecho, tal como lo había dejado. Pero al querer deslizarme dentro de él, escuché una voz que decía:

—Ocupado.

Me sobresalté. ¿Quién estaba en mi cuarto? ¿Y dónde? Busqué con la mirada; pero no encontré a nadie. Entonces me atreví a preguntar:

—¿Cómo?

—Ocupado —volvió a decir la voz— y la hallé muy parecida a la de Orión.

—Pero ¿quién es usted?

—Soy Orión, Adelaida. No se asuste.

—¿Dónde está?

—Aquí, en su cuerpo.

—¿Cómo!

—Escúcheme..., no se enoje. Por lo menos espere hasta que haya oído mi explicación.

Orión, más bien dicho la voz de Orión, me contó una larga historia. Comenzó por describirme lo monótona que era su vida. Trabajaba de la mañana a la noche pregonando su crema milagrosa, de esta manera intentaba juntar unos pesos que apenas alcanzaban para pagar el alojamiento y la comida. Era desproporcionado. Entonces me dijo cómo se le había ocurrido intercambiarse conmigo. Para lograrlo, utilizó una fórmula y me enseñó la manera de realizar esas peregrinaciones nocturnas. Nada fue hecho a la carrera, en todo hubo método y ciencia. Según me confió, había pasado largas semanas controlando mis ingresos, mis gastos, mis utilidades líquidas y, tras un prolongado estudio, llegó a la conclusión de que yo era una persona a la cual valía la pena suplantar. Así, esa noche regresó más temprano y me sustrajo el cuerpo, porque según él mismo dijo:

—Es el cuerpo el que modela todo lo demás. En pocas semanas, habré olvidado mi antigua condición y seré Adelaida en un cien por ciento, tal como usted. Porque todos se equivocan: creen que el cuerpo es arcilla blanda sobre la cual uno y otro pueden esculpir. ¡Qué lejos están de la verdad! Ya que es él quien construye todo lo que contiene. Por eso hay que perseguir la perfección del receptáculo. Lo demás vendrá por añadidura, bello o defectuoso, según la calidad del envase. La vida, mi buena señora, no se engaña. Resulta absurdo pensar que pondría una esencia fina en un frasco ordinario.

Materialista, lo habría llamado mi abuelo; pero yo lo encontré bastante acertado. A pesar de aquel lirismo oriental desvirtuado por la jerga callejera, era sensato lo que dijo. Por eso no puede contestarle. Me supe impotente, junto a mi cama, a mi cuerpo, mirándolo todo con una lucidez que aún hoy día me sorprende. Pero la voz de Orión puntualizó:

—Créame que lo siento de veras, pero mi vida ya no era soportable. Buenas noches.

Y habiendo dicho esto, mi mano apagó la lámpara del velador, mientras yo quedaba al margen de todo lo mío. Entonces abandoné el cuarto y, una vez en el pasillo, me detuve a pensar. ¿Qué podía hacer? Era absurdo que yo ocupara el cuerpo de Orión después de todo lo que acababa de contarme; tampoco podía permanecer así, flotando, sin piel ni huesos. Y en ese momento, ¡un verdadero milagro!, pensé en Cecilia. Si ella no había regresado aún, a mi vez podría robarle su cuerpo. No era gran cosa; pero, en todo caso, mejor que el de Orión. Por lo menos era joven, además existía la posibilidad de esa herencia, lo que terminó por decidirme.

Cecilia no volvió esa noche, ni después. No he vuelta a saber de ella. Pensar que desperdicié tantos años de su vida y pensar que yo los gané. Es

una sensación impagable esta de retroceder en el tiempo. Vivir así resulta tanto más fácil; sobre todo cuando se ha elegido con inteligencia, como lo hice yo. Fuera de la juventud, heredé a las pocas semanas una cuantiosa fortuna de esa tía que, en realidad, vivió en La Serena, lo cual viene a demostrar que tener fe en lo que le cuentan, siempre ayuda. Dejé la pensión y me he venido a vivir en una casa que tiene mucho de mansión, donde, gracias al dinero, me he convertido en lo que prometía ser. Todo esto lo ha perdido Cecilia por haberse independizado durante esos paseos. No la puedo culpar: es el camino obligado. Pues bien, no he vuelto a verla y lo único que consta es que no tomó el cuerpo restante, el de Orión, ya que a la mañana siguiente se encontró al ex mago de espaldas sobre su lecho y cuando le hablaron, no contestó. Por lo tanto, dedujeron que había muerto.

En cuanto a mí, es decir, Adelaida, o sea Orión, sigue regentando mi, más bien, su pensión, y parece ser muy feliz. Cuando las cosas se organizaron, tomó dos nuevos huéspedes y salió ganando, porque les cobra más caro. A nadie se le ocurre dudar de su autenticidad, ni siquiera a la señora Irquíniguez, a quien fui a visitar el otro día. Son grandes amigas ella y Adelaida, más de lo que éramos en mi tiempo. Lo único que no le perdona es haber conservado la serpiente de Orión y usarla de vez en cuando alrededor del cuello, tal como lo hacía su primer dueño. La señora Irquíniguez atribuye esta excentricidad a una manía de solterona, pero ya casi ha logrado contrarrestar sus impulsos ante el reptil.

¡Y a mí que me dan escalofríos las serpientes!

Historia clínica

- 1956 -

Contestando el interrogatorio dijo llamarse Rosa.

-Apellido- preguntó el médico sin señas de impaciencia en su voz, profesionalmente, como si aquello se hubiese repetido desde siempre. Sin embargo, esta vez, quizás como nunca antes, un silencio demasiado largo rompió la rutina exacta del interrogatorio y el hombre, alzando los ojos de sus papeles miró a la enferma con sorpresa. Al repetir la pregunta, su tono se hizo insistente: quería una respuesta. Pero la muchacha, porque no era más que una muchacha, permaneció muda. Empuñó las manos, se mordió los labios y en su mirada se concentró todo el miedo, la vivacidad y la desconfianza del animal que desea escapar.

-Vamos -rió casi para relajar la tensión-, ¿cómo te llamas?

-Rosa.

-Sí, eso ya lo sé; pero supongo que tendrás un apellido.

Por un instante trató de retener el sollozo que se dibujaba en su garganta; pero luego, ahogada, lo dejó escapar y, echándose sobre el escritorio, empezó a llorar con desesperación. El médico se irguió un tanto molesto. Todavía no atinaba a enfrentar estas situaciones. El llanto de los demás lo paralogizaba y, en cierta curiosa forma, no podía dominar un sentimiento de vergüenza, vergüenza por lo que estaba sucediendo. Trató de sobreponerse y, al hablar, su voz se hizo baja, mucho más suave, como si buscara el lugar vulnerable a través del cual podrían comunicarse.

-Vamos, no seas tonta. Cuéntame lo que te pasa.

Rosa seguía llorando con una angustia cada vez mayor. Se deshacía en llanto, se consumía, como si hubiese querido desaparecer. Había llegado el momento de tomar alguna determinación y el médico se levantó y, con mucha torpeza, cruzó hacia el lugar donde ella estaba. Le palmoteó la espalda una y otra vez con un gesto infantil, indeciso, pero bien intencionado y al ver que Rosa no reaccionaba, comenzó a hablar, diciendo cualquier cosa. Esto obró el milagro: la una a través de sus lágrimas y el otro de su desazón, caminaron hasta encontrarse. Poco a poco la muchacha se fue tranquilizando y sus frases que en un principio se mezclaron a los sollozos, ahora se hicieron audibles.

-Es que... es que no soy casada, doctorcito.

-Y eso qué importa. No necesitas ser casada para tener apellido.

Rosa lo miró entonces intensamente, como si lo viera por primera vez, y sus ojos se inmovilizaron, ardiendo con todo el fuego que subió hasta ellos. Fue como si hubiese querido decirle: pero no comprende, pero nadie comprende entonces. Sin embargo, no se escuchó ni una sola palabra. En vez de hablar, rodeó su vientre con sus brazos, tal cual si quisiera protegerlo, hundió el rostro en su pecho y un largo quejido animal brotó de aquel cuerpo joven doblado sobre sí mismo y como erizado, defendido e indefenso a la vez.

El médico abandonó la pieza con premura. Fue solo cuando estuvo en el corredor que tuvo clara conciencia de su acción y se sintió débil. La mañana había sido dura como la noche anterior; solo había dormido un par de horas. Esas eran las razones. Esas son las razones, se dijo y volvió a repetirlo, pero mientras avanzaba por el corredor supo que se estaba mintiendo. Pero los largos corredores de los hospitales, aquellos que comienzan y terminan en nuevos corredores, destruyen los sentimientos, los distienden, los hacen borrosos y los médicos pueden así, regresar a la precisión de su trabajo. Por eso la calma volvió ahí y, después de algunos segundos, solo pensó en hacer transportar la enfermera a la pieza de examen y descubrir lo que físicamente tenía.

La enfermera que fue a buscar a Rosa la encontró llorando todavía.

-Vamos, mi hijita, el doctor me mandó a buscarla. Pero qué es lo que le pasa. Cualquiera diría que es la primera mujer que va a tener guagua... vamos, mire que hay mucho que hacer hoy día.

La ayudó a levantarse y se sorprendió al sentirla tan liviana. No pesaba más que un niño y en realidad de pie era mucho más baja de lo que uno podía haberla imaginado. Tenía las piernas cortas y mucho más gruesas que el resto de su cuerpo que era fino y con cierta gracia en las líneas. Los brazos sobre todo estaban muy bien dibujados y sus movimientos eran armoniosos. Una vez que se hubo erguido, de inmediato las manos fueron a rodear la parte baja del vientre, como si temiera ver desprenderse todo aquello que le era tan extraño y desconocido. La enfermera rió, iba a decir algo, algo un tanto brusco y crudo sin duda por la expresión que llenó sus ojos, pero se detuvo.

-Andando -concluyó.

* * *

Resultó ser un embarazo de nueve meses con síntomas de trabajo. Decidió dejarla hospitalizada y la hizo transportar a la sala. Ya era casi medio-

día, hora en que partía y, por lo tanto, no tuvo ocasión de ir a verla. La recomendó a uno de sus colegas y tal vez no volvió a pensar en ella hasta la mañana siguiente.

Al pasar visita en la sala de las mujeres que todavía no habían dado a luz, se encontró con la mirada de Rosa. En la cama, la muchacha parecía aún más frágil y toda la expresión de su rostro se concentraba en los ojos negros, de mirada también negra. Solo ellos parecían seguir existiendo; los otros rasgos adquirirían una irrealidad muy cercana a la de la muerte. Se notaba que había atravesado una noche larga y desesperada. Aún ahora se descubría en sus ojos el inconmensurable esfuerzo que había debido efectuar para convencerse de que alcanzaría a ver el amanecer. El cuerpo estaba rendido y entregado, semejante a los que de vez en cuando arroja el mar sobre las playas. Pero su mirada pulsaba, llena de cosas, y la amarraba a este lado.

—Cómo, todavía no has tenido tu chiquillo.

—No, doctor —no era ella quien respondía, sino la enfermera—. Pasó mala noche. Dos veces la llevaron a la sala; pero no tenía dilatación suficiente.

—¿Latidos?

—Buenos.

Tomando la corneta de metal que la enfermera le alargaba, descubrió a la enferma y aplicó el instrumento sobre la piel tensa del vientre. Lejanos, pero regulares y potentes, escuchó los latidos de esa otra vida que existía dentro. Miró después a Rosa y le sonrió.

—Todo está muy bien, Rosa. No tienes por qué asustarte.

Pidió un guante de goma y mientras la enfermera iba a buscarlo, trató de hacerla hablar.

—¿Cómo te sientes, Rosa?

—Bien.

—¿Has tenido muchos dolores?

—Un poco.

El grito, casi un gruñido, de una mujer que ocupaba la cama contigua interrumpió el interrogatorio. Ella también estaba ahí desde la noche anterior y aun cuando se le veía cansada, su grito era siempre potente. Aquello nacía muy adentro y no traducía dolor sino una extraordinaria vitalidad, la furiosa, incontrollable determinación de que algo iba a nacer. Junto a ello, el silencio de Rosa parecía aún más dramático y anormal. El dolor, cuando llegaba, no la sorprendía, puesto que ya estaba vencida de antemano: parecía mucho más cerca de la muerte que de la maternidad.

—¡Rosa! —gritó el médico, adivinando todo esto y rompiendo el clima.

La muchacha lo miró con profunda indiferencia, pero en aquel instante su rostro se descoloró lentamente y la palidez persistió durante algunos segundos.

—¿Qué te sucede?

—Nada, un dolor, pero ya pasó.

En efecto, la piel recobró su coloración morena. Fue entonces cuando un súbito temor, quizás un miedo que la había asaltado varias veces durante la noche, vino a clavarse en sus ojos y le hizo una seña al hombre para que se inclinara.

—Doctor —murmuró en su oído—. Usted cree que... que importará que no tenga marido, por la guagua quiero decir.

En ese momento la enfermera regresaba trayendo el guante y se detuvo sorprendida en la puerta. Doblado en dos, el médico estaba tan cerca de la enferma que los rostros casi se tocaban y en todo aquello descubría una intensidad tal de ternura que sintió vergüenza. Silenciosamente, como si hubiese cometido alguna mala acción, retrocedió y esperó en el pasillo.

—Contésteme, doctorcito.

—Qué quieres que te diga. Siempre es mejor tener un marido; pero si tú has perdido el tuyo...

—No lo perdí. No tengo marido.

La última frase dicha con rabia se quebró en un quejido. Los dolores comenzaban a ser más intensos y más frecuentes.

—Señorita —exclamó el médico—. Y el guante que pedí.

La enfermera apareció en la puerta y, sin sonreír, le pasó el guante.

* * *

Pocas horas después, Rosa dio a luz y pasó a la sala de las puérperas. Fue el mismo médico quien atendió el parto. Desde un comienzo supo que no iba a ser un parto normal y decidió dar anestesia para efectuar ciertas maniobras necesarias. Rosa no había opuesto ninguna resistencia. Se dejó desvestir y lavar como una autómatas y no volvió a hablar ni a gritar; pero cuando vio llegar la mascarilla y el éter tuvo un movimiento de defensa.

—¿Qué pasa? —exclamó incorporándose a medias—. ¿Qué pasa...?

El médico, la mitad de su rostro oculto por la gasa de la mascarilla, parecía un personaje irreal a los pies de la cama y Rosa se asustó al mirarlo. Luego pareció reconocer los ojos y volvió a insistir.

—Nada, no te asustes —respondió el médico—. Vamos a ponerte esto para que te duermas y no sientas dolor.

—No quiero.

—Rosa...

La enfermera le colocó la mascarilla y empezó a dejar caer el éter gota a gota. Reinaba un gran silencio en la pieza, un silencio en el cual la tensión no estaba ausente. Los ruidos del hospital llegaban estompados, logrando

aislar ese pabellón, como si se irguiera en el medio de un desierto o estuviese suspendido en pleno aire. La luz que entraba por los vidrios pintados de blanco era lechosa, suavizaba los contornos y desmaterializaba objetos tan existentes como el lavatorio, las camas y un pedazo de cielo que alcanzaba a divisarse a través de un cristal no pintado. Todo ahí adentro se llevaba a cabo de acuerdo con una especie de rito: las personas envueltas en delantales blancos, los rostros cubiertos con mascarillas y las manos con guantes que no dejaban entrever relieves, se cruzaban sin jamás entrechocarse, como si el diseño de sus movimientos hubiera estado dispuesto de antemano. Casi no se hablaba y si alguien lo hacía, eran monosílabos los que rompían la quietud, palabras técnicas, nombres que solo ellos comprendían. Toda aquella precisión resultaba fascinante, una ecuación bien resuelta, donde nada falta, donde nada sobra. Y la vida desordenada huía lejos de todo eso y corría a refugiarse en lo único que adivinaba real, en el cuerpo de Rosa, imperfecto y cargado, próximo a abrirse para dejar escapar aquello que en ella sobraba.

Rosa se irguió de pronto, gritando con fuerza. Su movimiento fue tan imprevisible que todos se paralogizaron durante un momento.

La mascarilla y la botella de éter volaron lejos y el olor del anestésico que hasta entonces se había difundido lentamente, inundó el pabellón al estrellarse la botella contra el suelo.

—Venga, venga, doctor, doctorcito...

—Vaya a buscar otra mascarilla —ordenó a la enfermera y luego, dándose vuelta hacia Rosa, agregó—: Esto está muy mal, Rosa.

—Tengo que decirle algo.

Parecía muy agitada. La respiración era superficial y rápida, ella misma oscilaba entre el desvelo y aquel sueño de éter que recién comenzaba. Una extraña fuerza parecía poseerla y al hablar mostraba los dientes como un animal.

—Se llama Miguel doctorcito.

—¿Quién?

—Se llama Miguel —alcanzó a repetir y ahora sí las fuerzas la abandonaron. Se desplomó sobre el lecho, acezando siempre; pero ahora dormida.

Casi no hubo necesidad de administrarle más éter: el niño nacía en ese instante. El médico lo recibió con firmeza entre sus manos y apenas si lo miró. De inmediato procedió a cortar el cordón umbilical y a ligar su extremo. Rosa, en su sueño, suspiró con plena satisfacción. La enfermera tomó al recién nacido por los pies y, dejándolo colgar, le aplicó dos o tres palmadas en el dorso. Un segundo de silencio y, muy lejano al comienzo, casi un crujido, y luego creciendo, abriéndose camino y recorriéndolo entero, se escuchó el llanto. De golpe, destruyó todo el orden, la precisión y el aisla-

miento, inundando la pieza de verdadera vida, como si alguien hubiese abierto las ventanas de la torre.

* * *

La sala Santa Cecilia, donde permanecían las mujeres que ya habían dado a luz, era amplia, bastante sombría y de techo muy alto, como la nave de una iglesia abandonada. Los lechos, alineados en forma simétrica, constituían la única nota de color. En uno de ellos, el médico descubrió a Rosa. Estaba recostada sobre los almohadones; pero ahora su expresión era muy distinta: se le sabía existente, llena de vitalidad, positiva. El embarazo despierta en las mujeres una esencia extraña; al mismo tiempo que las desmaterializa, las devuelve a su virginidad primera y las torna invulnerables. Anula todo elemento de atracción femenina en sus miradas, sus gestos, en la entonación misma de su voz, sin por eso virilizarlas, les hace perder su sexo e ir a integrarse a una raza perfectamente distinta e individualizable, donde solo la ternura alcanza expresión. Pero con la maternidad se restituyen a su condición y, ganando la ternura, vuelven a ser mujeres. Cuando Rosa le sonrió, él se sintió turbado y apenas si contestó el saludo.

Junto a ella, envuelto en chales, dormía el niño. Examinó a ambos. Y luego dijo:

—Todo está perfecto. En algunos días más podrás irte.

Rosa volvió a sonreír. Parecía muy contenta, otra persona comparándola con la que había conocido dos días antes.

—Pareces muy contenta.

—Sí.

—¡Qué bien! Eso quiere decir que muy pronto podrás levantarte.

—Ahora no tengo miedo —contestó ella sin escuchar lo que el médico decía.

—¿Miedo de qué?

—De todo. ¡Mírelo! —exclamó mostrándole el niño—. Ha nacido.

—Claro que sí. Yo te lo había dicho.

—Sí, pero yo no creía que todo iba a ser tan sencillo.

—¿Por qué?

—Usted sabe por qué, doctorcito.

—Ayer —continuó después de un silencio— ayer hablaste de Miguel. ¿No deseas que lo mande a buscar?

Su rostro permaneció impassible; pero la mirada se hizo dura, casi hiriente.

—No conozco a ningún Miguel —dijo.

* * *

En los hospitales, las mañanas transcurren rápidamente. Los médicos entran, salen, examinan, preguntan, recetan. Las enfermeras corren, los practicantes se apuran y ya es la hora del almuerzo. Entran los mozos empujando los carros y reparten la comida. Todo ello está preso en un cierto ritmo que salta, vibra y encuentra su término. Pero las tardes se prolongan en demasía. La luz tarda en morir afuera y las salas se van llenando lentamente de sombras. El tiempo ya casi no tiene significado, puesto que todos los relojes se han detenido hace ya muchos años y solo se sabe de su paso por el relevo de las enfermeras o la llegada de la cena, sin precipitación ahora. En entonces cuando las enfermas traban conocimiento y conversan. Hablan sin verdadero entusiasmo, sabiendo que nada las urge y, entre frase y frase, quedan grandes espacios de silencio que a veces llena el ruido del agua donde hierven las jeringas o el canto de alguien que pasa por el patio. Hablan de sus vidas, de cosas mínimas, de todo eso que está más allá de las puertas del hospital y que ahora ha perdido su importancia. Hablan impersonalmente de los hechos, de los objetos, de los seres con los cuales vivían hace solo algunos días; los detallan con imparcialidad, como si nada las atara a ellos y pudiesen juzgarlos sin pasión o compromiso. Hablan, recuerdan y se sienten distantes, tremendamente protegidas. No obstante algo sucedió esa segunda tarde, puesto que a la mañana siguiente, al pasar visita, el médico encontró a Rosa transformada.

Se escondía bajo las sábanas, no contestó a su saludo, con desgano dejó que él la examinara y no lo miró ni una sola vez. El niño yacía siempre a su lado, pero abandonado.

—¿Qué te pasa, Rosa?

Pero no logró hacerla hablar. Llamó a la enfermera entonces y la interrogó; tampoco pudo sacar nada en limpio. No, no había notado nada anormal. No, nadie vino a visitarla. Sí, estaba amamantando y tenía bastante leche. No, no parecía sufrir, no se quejaba. Verdaderamente no comprendía lo que pudo haberle sucedido. La tarde anterior había estado muy alegre, la Visitadora Social vino a verla, conversaron y luego habló con una vecina. No, la de la izquierda, la cinco. El médico la miró; era una mujer no muy joven, gorda, confortable. Ya había dado a luz siete niños y cada vez los acogía con una sonrisa.

—¿Y después?

—Después se durmió, doctor. O por lo menos no volvió a moverse durante toda la noche. Y hoy amaneció así.

Se encaminó a hablar con la Visitadora Social. De súbito se sintió muy comprometido en el asunto, mucho más de lo que se había imaginado. Hasta la Visitadora se sorprendió por la forma en que la interrogaba:

—¿De qué hablaron?

—Bueno, lo de siempre, doctor. Su situación, sus medios...

—¿Y qué sacó en limpio?

—Es una historia bastante común: madre soltera, sin parientes, trabajaba como empleada doméstica.

—¿Y el hombre?

—No quiere hablar de él. Dice que se las arreglará sola.

—Pero mientras conversaban sucedió algo que explique su conducta hoy.

—¿Qué conducta?

—Bueno, no habla, parece desanimada. Ayer no estaba así.

—No, no lo estaba. Al contrario, me pareció muy alegre y llena de filosofía, si una puede llamar filosofía lo que esta gente tiene. Incluso me sorprendió que una muchacha tan joven tomara las cosas con tal naturalidad. Al fin y al cabo no todas tienen un chiquillo a los quince años.

—Muchas gracias, señorita Eugenia.

—De nada, doctor, cuando se le ofrezca.

Volvió a la sala Santa Cecilia. La muchacha se obstinaba en no hablar. La examinó por segunda vez y comprobó que todo estaba normal. Sin embargo, decidió dejarla hospitalizada algunos días más. La enfermera le hizo notar que se necesitaría la cama.

—No me parece atinado darle el alta —contestó—. Aquí sucede algo anormal.

—Un estado de ánimo, doctor. En la dirección no les va a gustar que no se desocupe la cama.

—Dígales que hablen conmigo.

Fue mientras examinaba a la enferma de la cama cinco que sucedió algo que le impresionó. La mujer se caracterizaba por ser muy amable, casi demasiado. Y hoy día exageraba. Hablaba sin cesar, alabando su niño, agradeciendo los cuidados que había recibido.

—Los médicos son verdaderos santos. Siempre lo he dicho y Juan también. Juan es mi marido, porque yo tengo marido, doctor. Y es tan bueno, no sé lo que haría sin él. Bueno, por lo demás no sé lo que haría cualquier mujer con hijos y sin marido...

Tal vez fuera la insistencia con que repetía la palabra “marido” lo que lo sorprendió, o bien cualquier otro detalle que su sensibilidad a flor de piel absorbía, lo cierto es que creyó entrever ahí alguna clave. Aún más, cuando, al mirar a Rosa, vio que esta daba vuelta la espalda y se estremecía, como tocada en lo vivo, cada vez que la otra mujer aludía al esposo.

A veces ciertas imágenes siguen existiendo más allá de su propia vida. El eco que despiertan se prolonga mucho tiempo después de que el sonido ha muerto. Bajo su influjo, se graban, se niegan a desaparecer. Algo así sucedió a la mañana siguiente. Al entrar en la sala, el médico sorprendió la escena: de todas las camas surgían manos, una mano de cada cama, y se agitaban con blandura. El silencio era tenso, anormal, casi insoportable. Todo aquello duró un segundo, el tiempo que demoraron las enfermeras en descubrir la presencia del médico. Al instante todas comenzaron a charlar, como niños sorprendidos en el momento que cometían una maldad.

Rosa persistía en esconderse bajo las sábanas. Apenas contestó a su saludo y cuando él repitió una y otra vez sus preguntas, accedió mirarlo. Su expresión había cambiado por completo: era dura e infantil, llena de un sufrimiento que solo la inocencia puede experimentar; la mirada que antes lo sorprendiera por su intensidad, se disolvía ahora tras las lágrimas que no rodaban por sus mejillas, sino que permanecía al borde de los párpados, retenidas, terribles. Semejaba una adolescente envejecida colocada en un mundo que no comprende, obligada a entrar en él. En vez de luchar, reacciona con el silencio y la inmovilidad: se declara vencida y se entrega al dolor, sin oponer resistencia, con lo que otros llamarían valor, y espera consumirse en él.

El hombre no pudo soportarlo. Abandonó la sala, corrió hacia el corredor esperando encontrar allí la paz que antes siempre hallaba. Se detuvo. Esperó. Nada sucedía. Los sentimientos seguían arremolinándose en su cabeza, en su garganta, en la zona del corazón, como si alguien lo golpeará en el plexo y, desde ahí, la electricidad se hubiese distribuido hacia todas partes.

No sabía a quién dirigirse, a quién pedir ayuda. Decidió por fin ir a hablar con uno de los médicos que era su amigo. Terminó por encontrarlo en la pieza de los casilleros.

—No sé qué hacer... ¿Qué te parece? —terminó diciendo después de haberle contado toda la historia.

El amigo no parecía reaccionar. Durante el relato había abierto su casillero, se había sacado el delantal y lo había guardado con toda parsimonia. Ahora anudaba su corbata frente al espejo.

—¿Por qué no la mandas en interconsulta a Psiquiatría? —dijo por fin—. Es el mejor modo de librarse de esas locas. Y allá tienen una paciencia...

* * *

El incidente de las manos volvió a asaltarlo una y otra vez durante aquel día y gran parte de la noche. De pronto la escena se precisaba ante él,

adquiría nuevas entonaciones, descubría interpretaciones insospechadas. Pero luego perdía su importancia, transformándose en un hecho trivial, una casualidad.

Era su noche de guardia y, como no podía dormir, bajó al patio. Hacía tiempo ya que la fuente no funcionaba y, así como ella y los relojes, muchas otras cosas iban muriendo en el hospital. Por lo tanto, todo estaba silencioso. Pero al pasar frente a la sala Santa Cecilia creyó distinguir el ruido de voces. Se detuvo, puso atención. Poco a poco fue escuchando risas, risas ahogadas y muy lejanas. También percibió lo que parecía ser el llanto de alguien, mas este era bastante intenso, muy artificial y semejaba intensificarse cada vez que se oían las risas. En ese momento apareció la enfermera y se detuvo asustada al descubrir al doctor espiando.

—Doctor...

—¿Usted está de turno?

—Sí, doctor. Salí hace un minuto para ir a buscar... una jeringa —mintió al mismo tiempo que trataba de esconder la manzana que alguna compañera le había regalado.

—¿Qué pasa ahí adentro?

—¿Dónde, doctor?

—En la sala.

—No sé. Cuando salí, todas estaban profundamente dormidas, salvo la once a quien le acababan de poner la inyección.

El doctor abrió de golpe las puertas. Había muy poca luz, pero como todas las enfermas llevaban camisas blancas, las siluetas se distinguían perfectamente. Así vio a la de la cama cinco, de pie en el centro de la sala, llorando en forma grotesca. Algo murmuraba también entre sus sollozos, algo que no alcanzó a comprender, porque la frase se interrumpió con su aparición. Todas las otras enfermas, incorporadas en sus lechos reían tratando de sofocar sus risas, las manos sobre la boca, contorsionándose como personajes de pesadillas; todas salvo una que, colocada tras la cama donde Rosa se hallaba, la sujetaba por los hombros, obligándola a contemplar. Fue sobre el rostro de la muchacha donde su mirada se detuvo por fin. Nunca olvidaría aquella expresión: las pupilas dilatadas por el terror, la respiración corta y el cuerpo tenso, semejaba un animal atrapado entre el fuego y una pared.

—¿Qué significa esto? —gritó el médico y todo se interrumpió de pronto. Las mujeres se dejaron caer sobre sus lechos y se cubrieron con las sábanas. Pero la ocupante de la cama número cinco permanecía en el centro de la pieza sin saber qué hacer. Gorda y bulbosa, semejaba un títere al cual se le han cortado sus hilos. Por último sonrió y con voz zalamera dijo:

—Nada, doctorcito. Estaba entreteniendo a las niñas.

—¿Entreteniendo?

—Sí, bailando y haciendo comedias —y corrió a refugiarse en su cama.

Rosa fue la única que no se movió. Parecía haber perdido todas sus fuerzas y estaba ahí como un objeto inerte. El médico se acercó a ella y con toda dulzura preguntó:

—Rosa, ¿qué te pasa, Rosa?

Vio como lo que restaba de energía se acumulaba, subía hasta su garganta y, al borde de las lágrimas, impotente, gritaba:

—¡Déjeme tranquila! ¡Déjeme tranquila!

Se detuvo con la horrible sensación de no poder hacer nada.

* * *

Ahora estaba ante un misterio. Lo desconocido incita en algunos el ansia de desentrañarlo; pero frustra a otros, los vence, les hace ver las limitaciones de su condición. El médico reaccionó violentamente. Llamó a la enfermera y volvió a interrogarla:

—¿Qué es lo que sucede en la sala Santa Cecilia?

—¿Se refiere a lo de anoche, doctor?

—A todo. Parece que se han declarado ahí una verdadera epidemia de locura.

—El incidente de ayer noche, doctor, no es algo muy raro. A menudo cuando nos ausentamos, es decir cuando necesitamos una jeringa o un medicamento, los enfermos aprovechan para levantarse y hacer diabluras. En los hospitales todos siempre se portan como niños.

—Pero ahora no se trata solo de eso. Yo tuve la sensación de que estaban torturando, sí, torturando es la palabra, a... a la enferma de la cama seis.

—¿A Rosa? ¡Es una muchacha tan rara!

—¿Por qué?

—No habla con nadie, pasa escondida entre las sábanas, no reacciona ante nada. No es extraño que las otras no la quieran. Y pensándolo bien, estoy segura que las otras no la quieren; más aún, parece haber un complot en contra suya.

—¿Un complot?

—Sí, varias veces lo he notado. Cuando se levanta para ir al baño todas la miran y se ríen. Varias veces me ha llamado la atención y luego lo de las manos...

—¿Qué manos?

—Bueno, tal vez sean ideas mías, doctor, pero me parece que le hacen burlas agitando las manos, quizás qué gesto obsceno. Estas gentes son tan poco educadas.

—Explíquese, cómo es eso de las manos.

—Bueno... no sé. A veces levantan las manos, no, una mano, casi siempre la izquierda, así, y la agitan... así...

—Lleven a Rosa a la pieza de examen.

La enfermera lo miró con sorpresa. Sin embargo, no agregó una sola palabra. Prefería obedecer, callar y pasar inadvertida: la falta de la noche anterior podría costarle su puesto.

Rosa traía a su hijo entre los brazos cuando entró en el consultorio. Parecía querer darle protección; pero sin ninguna ternura. Se sentó antes que él se lo hubiera ordenado.

La pieza no era muy grande, y como en ella todo estaba pintado de blanco, parecía muy poco acogedora. En un rincón, un mechero a gas lanzaba pequeñas detonaciones mientras la llama resistía a estabilizarse. Durante algunos segundos aquel fue el único ruido que se escuchó. Llenó el cuarto con una extraña sensación de tiempo parcelado y el médico al sentir la continuidad de las cosas divididas, medida casi en esa forma, volvió a experimentar una gran nerviosidad, su mente se nubló y los buenos propósitos de razonar y encaminar el interrogatorio con método, desaparecieron.

—¿Qué te pasa, niña? —exclamó, como queriendo decir: “Esto no puede continuar. Habla, habla de una vez”—. ¿Por qué no me cuentas lo que te sucede? Tal vez puede ayudarte.

—Nadie puede ayudarme —e instintivamente alzó hacia él su rostro endurecido. Cuando quiso bajar la vista, ya era demasiado tarde. Las miradas se habían encontrado y ahora, como antes, aquel fue el camino que descubrieron para comunicarse. El médico sintió el impacto y se mantuvo ahí, tembloroso, como al borde de un precipicio. Rosa debió experimentar otro tanto, porque algo en ella semejó quebrarse, o más bien derretirse, y el pulso recobró su antiguo ritmo. No es fácil encerrarse en la torre, no es fácil hacerse sordo a los ruidos del mundo, los que vienen de afuera; no es fácil escoger y persistir en la soledad. Siempre surgen llamados, golpes en las puertas y ventanas y, por último, siempre llega una persona. Entre los dos polos, salta la chispa: el puente está tendido. Del encuentro solo puede nacer existencia, porque dos seres humanos no conocen otro oficio que el de crear vida.

—Quiere saber lo que me pasa —dijo Rosa después de un tiempo—. Se lo voy a contar.

Y así fue como él supo lo que sucedía. Al hablar, la muchacha utilizaba frases cortas, contenidas, secas, como sabiendo que todo era imposible, condenada en cierta forma. Su tono era inexpresivo; los rasgos, pétreos; la voz, incolora. El ruido del mechero interrumpía sus frases, las ordenaba, situándolas en el tiempo. Y esta fue la historia: una vez que despertó en su cama y al ver al niño junto a ella, los antiguos temores desaparecieron.

Estaba dichosa y aquellos largos meses de espera le parecían una larga pesadilla de la cual, por fin, había salido. No pensó sino en su niño. Se supo llena de vitalidad, pronta a luchar y, casi al instante, comenzó a planear todo lo que haría una vez que abandonara el hospital. Esa tarde, recordaba, vino la Visitadora Social a verla. Conversaron y ella le contó lo del hombre, no quiso dar su nombre ni sus señas, dijo no saberlas. Le bastaba con su nueva fuerza para enfrentar al mundo. Cuando la Visitadora hubo partido, su vecina, la que ocupaba la cama número cinco, enhebró una conversación con ella y en pocos minutos estuvo enterada de su historia. ¿Por qué lo había hecho? No sabría explicarlo. La tarde era larga, todas charlaban y ella, más que nunca antes, quizás necesitaba sentirse cerca de alguien. Esa mujer le pareció cariñosa, blanda, maternal, y la confianza brotó espontánea. Pocas horas más tarde toda la sala estaba al corriente. De una y otra cama, se alzaban cabezas que la contemplaban con desprecio o burla, que le gritaban palabras obscenas, que la desafiaban. Fue entonces cuando comenzó el verdadero infierno. A partir de ese momento, se supo perdida... No, no quería volver a pensar en todo aquello, no quería recordarlo.

—Pero no debes dejarte impresionar por lo que un grupo de mujeres ociosas dicen. No todos son así.

—¿Cómo lo sabe? Cuando recién empezaba a sentirme bien, con fuerzas...

—Yo quiero ayudarte.

Usted —lo miró— Sí... tal vez... Pero usted, doctor, es uno solo; ellos son muchos.

No supo qué contestar. Por los demás ella había reanudado su monólogo. Ello parecía aliviarla. Contó como, al principio, trató de mentir, diciendo que no había dicho antes la verdad, que tenía marido. Todas rieron. “Dile que venga para que lo veamos, muéstranos tu anillo, todas las casadas tienen anillo”. Y levantaban las manos haciendo brillar sus argollas... la voz se quebró. Y la antigua imagen se precisó ante él. Volvió a ver esas manos surgiendo entre las sábanas; comprendió ahora. Un largo sollozo reemplazó el curso de las palabras y el hombre, tal como lo había hecho algunos días antes, se acercó a ello y le palmoteó la espalda. La vida se repetía, caminaba en círculos.

—Vamos, Rosa... no llores.

—No tengo anillo, no tengo anillo, no tengo anillo —repetía.

—No tienes que dejarte impresionar por ello. Seguramente, en tu misma sala, hay muchas otras que no tienen anillo.

—No, todas son casadas, todas tienen maridos que las vienen a ver después de almuerzo, todas tienen anillo.

—Estoy seguro que, cuando salgas, encontrarás gente que te quiera, gente que...

Su frase permaneció inconclusa. Ella sonreía apenas, incrédula, con un gran cansancio y con cierta superioridad. Por lo menos él se sintió disminuido, como un apóstol en ciernes hablando ineficazmente de una bondad que no lograba explicar ni transmitir.

El mechero terminó por apagarse. Quedaron hundidos en un gran silencio, sin tiempo, sin realidad, en la nada. Para llenarlo, él concluyó:

—Mañana te puedes ir, Rosa. Te firmaré el alta mañana.

* * *

Llenó las fichas meticulosamente, escribió las conclusiones con una lentitud extrema, destrozó dos carnets antes de quedar satisfecho, demoró todo este trabajo en forma exagerada. Por último, todo estuvo pronto y no le restó sino acercarse a la cama de Rosa para entregarle sus papeles.

La muchacha estaba sentada al borde del lecho, vestida, con el niño entre los brazos y un atado de ropa junto a ella. Sin mirarla, él le entregó el carnet, diciéndole:

—Esto es para cuando te vengas a controlar.

Dio media vuelta, pero se detuvo y, sin alzar su vista hacia ella todavía, dejó caer sobre la cama un paquete.

—Y eso es para ti.

—¿Para mí?

—Sí, ábrelo.

Así lo hizo. Contenía una argolla de oro. Durante un momento Rosa no respiró, mantuvo la cabeza baja, sintiéndose inundada por todo aquello. Como la enferma de la cama cinco espiaba, al médico se apresuró a agregar:

—Me lo entregó tu marido que te está esperando afuera.

Un murmullo recorrió toda la sala, saltando de lecho en lecho, interrumpido aquí y allá por alguna exclamación de estupor. Ahora sí Rosa lo miró, directamente en los ojos, con una mirada húmeda y llena de un infinito agradecimiento. Por un instante recuperó su antigua mirada, la mirada obscura en los ojos también oscuros, teñida ahora de ternura, de una gracia animal que lo estremeció.

—Hasta luego y buena suerte.

Ella no pudo contestar. Se irguió y quiso tomar el atado de ropa; pero la enfermera se interpuso:

—Deja, yo te ayudaré.

—No, no hace falta, señorita —dijo y luego alzó levemente la voz—. Mi esposo me está esperando afuera. Muchas gracias.

Y salió.

Nereida

- 1957 -

-¡Qué curioso! Mira, mira, Guillermo, ¿no lo hallas extraordinario?

La señora MacAuliff indicó y los demás miraron a través de los ventanales del comedor. Sobre la superficie negra del mar, las olas se dibujaban como trozos luminosos.

-¿Y a qué se debe?

-Es un fenómeno de fosforescencia, Doris.

-¿Qué es fosforescencia? La voz de Nereida sonó muy clara y casi hiriente en medio de las otras conversaciones, de la música y del trajín de los mozos. La muchacha estaba sentada en uno de los extremos de la mesa y la luz fluorescente que llenaba el comedor la hacía aún más pálida. Debía tener ocho años y era delgada, extremadamente delgada, con los cabellos rubios y lacios.

-Son conversaciones para grandes, Nereida, quédate calladita.

-¿Qué quiere decir, señor?

-¡Nereida! ¿Por qué llamas señor a tu tío Guillermo?

-Porque no es mi tío.

-Pero es amigo de tu papá, linda, y eso basta.

-¿Qué quiere decir eso...? -todos los meses su madre la traía a Antofagasta con el pretexto de que estaba débil y todos los meses consultaban al mismo médico, a ese "tío" Guillermo-. ¿Qué quiere decir, eso tío?

-Quiere decir que las olas despiden luz, que se ven, aun de noche, como ahora. ¡Mira!

Una se rompía en ese momento. La vieron levantarse, verde, luminosa, inmensa, titubear y luego caer deshecha en borbotones.

-¡Qué fantástico! -exclamó Doris.

-Esta era la sorpresa que te tenía esta vez.

Guillermo la miró y le hizo un guiño. Doris se ruborizó:

-¡Guillermo! -dijo y de inmediato miró a su hija que lo había sorprendido-. Este tío Guillermo tan tonto que es.

Nereida los contempló sin decir una palabra.

-Come, come, linda -Doris estaba nerviosa-. Estás muy delgada.

-No tengo hambre.

-Pero es que tienes que comer...

—Déjala, Doris. El viaje desde Chuqui es muy cansador. Que se vaya a dormir ahora y mañana despertará con mucho apetito.

—Bueno, si el tío Guillermo dice eso...

Nereida lo miró. Con un movimiento de la cabeza echó hacia atrás un mechón rubio que le cubría la mejilla. Fue casi un desafío.

—Pero quiero comerme el postre —dijo.

En ese momento llegaba el mozo con los postres. La tensión se destruyó de golpe.

—¿Quién pidió piche melba?

—La niña.

Colocaron frente a Nereida una copa llena de helados, de fruta, de nueces.

—Para comerte eso sí que tienes hambre ¿no es cierto, linda?

Nereida no contestó.

—¿Y cómo está tu papá, Nereida? ¿Le diste los saludos que le mandé la última vez?

—Contesta, Nereida, cuando te hablan... eh... Roy está muy bien, Guillermo, con mucho trabajo. Siempre tiene tanto trabajo.

—¿Y no piensa venir a Antofagasta a ver a los amigos?

—¿Y la compota para quién es? —preguntó el mozo.

—Para mí, gracias. El café para el señor. Él no come postre. ¡Miren!

Todo el comedor se dio vuelta para ver esa ola. Era inmensa, como una bóveda de cristal verde.

—Dicen que la fosforescencia se debe a la descomposición de las materias orgánicas.

—Son las sirenas, señor.

Doris y Guillermo levantaron la mirada hacia el mozo. Hasta entonces había sido un ser anónimo de chaqueta blanca. Ahora vieron a un hombre de cierta edad, con el rostro arrugado y los ojos brillantes.

—¿Cómo?

—Dicen que son las sirenas, esas mujeres con cola de pescado, señorita. Cuando ellas llegan, las olas se ponen luminosas.

—¿Cómo es eso?

—Es lo que cuentan, señor. Dicen que no es la primera vez que sucede. Hace muchos años, y deben ser muchos porque mi abuelo lo oyó contar no más, también hubo olas verdes y unos pescadores lograron atrapar a una de las sirenas.

—¿Y qué pasó con ella?

—Se escapó. La trajeron a la playa envuelta en una red; pero se escapó.

—¿Escuchaste, Nereida? ¿Escuchaste ese cuento tan lindo?

—Sí —contestó Nereida— voy a ir a acostarme.

—Se dice con permiso.

—Con permiso.

—Vámonos todos —interpuso Doris.

Se levantaron y le dijeron buenas noches al mozo.

—Buenas noches y gracias por el cuento. Ojalá que si ahora pescan una no se les arranque.

Rieron. Por los micrófonos se escuchaba una música lejana. “Como el canto de las sirenas”, dijo Doris y volvió a reír. En el pasillo le entregó la llave de la habitación a Nereida.

—Anda a acostarte, linda.

—¿Usted no a va subir?

—En un rato más. Ahora tenemos que conversar algunas cosas con tu tío Guillermo.

* * *

Tres horas más tarde, cuando entró al cuarto, le pareció que Nereida dormía. Se desvistió lentamente en la oscuridad y, al hacerlo, se dio cuenta que había dejado su reloj en la pieza de Guillermo.

Las ventanas que daban al balcón estaban entreabiertas y pudo respirar el viento salobre que venía del mar. La noche era tibia y, sin ponerse la camisa, salió a la terraza y contempló las olas fosforescentes. De pronto, cuando estas se alzaban y redondeaban sus lomos, le pareció ver en la convexidad algunas sombras ¿Serán sirenas? se preguntó. ¿Será cierto?

* * *

Doris despertó muy tarde, se vistió y bajó al bar. Guillermo la esperaba.

—¿Ya llegaste? —y no pudo ocultar una gran felicidad, no quería ocultarla. Él la miró y sonrió complacido. Le hizo un guiño—. ¡Tonto! A propósito ¿encontraste mi reloj?

—Sí, aquí está.

Él mismo se lo puso y, al ir a abrochar la hebilla, la mordió en la muñeca.

—¡Guillermo! —miró en torno para ver si alguien los había sorprendido.

—¿Qué? ¿No te gusta?

—¡Tonto!

—¿Y tu hija?

—No sé. Salió temprano. Algo me dijo; pero tenía tanto sueño que no le entendí. Dormí como un lirón.

—La poca costumbre.

—¿De qué?

—De hacer lo que hiciste anoche.

—Guillermo, no seas grosero.

El hombre rió fuerte. Cerró los ojos y rió echando la cabeza hacia atrás. Ella aprovechó para mirarlo. Me gusta, me gusta, se dijo. Pero apenas entreabrió los párpados, pretextó enojo. Era su forma de coquetería.

—¿Estas rabiosa?

—No me gusta cuando te pones grosero.

—Sí, te gusta.

¿Qué se le podía contestar? Cada minuto que estaba con él, Doris se sentía sorprendida, descubierta. No podía tener secretos, no podía mentir ni quedarse callada. Era tan distinto a Roy.

—Tengo un hambre... —palmoteó con violencia—. A ver, joven, tráigase una lista para pedir el almuerzo. Y mientras tanto repítanos estos traguitos.

—Voy a ira a buscar a Nereida.

Se levantó, se arregló la falda, supo que él estaba mirando y no pudo caminar hasta la puerta. Qué tontería, se dijo, tengo que sobreponerme. Y avanzó hacia la puerta, pero con torpeza, como si fuera a caer. Una vez fuera del bar, se sintió más tranquila. Se detuvo, respiró.

Encontró a Nereida en la escalera. La muchacha traía los zapatos en la mano y las piernas chorreando agua y arena.

—¿Dónde te habías metido?

—Estaba en la playa.

—¿Qué estabas haciendo?

—Fui a buscar conchitas a las rocas.

—¿Sola?

—Sí. Es decir, no. En las rocas conocí a una señora que me ayudó a sacar este caracol.

—¿Una señora del hotel?

—No sé, mamá.

—¡Mira cómo estás! Sube a la pieza y cámbiate. Y apúrate porque tu tío Guillermo nos está esperando para almorzar.

—¿Vamos a almorzar con él?

—Sí. ¿Por qué?

—Por nada.

* * *

Durante el almuerzo se suscitó la discusión.

—No —exclamó Doris—. No quiero que te bañes en el mar. Estoy segura que te hará mal. ¿No me hallas la razón, Guillermo?

—El tío Guillermo no es mi papá.

—¡Nereida!

—Pero soy tu doctor y, como tal, puedo darte mi opinión.

—No, muchas gracias —Nereida le hablaba al mozo—. No voy a comer postre.

—Tu tío Guillermo te está hablando, linda.

La niña pareció ignorarlo. Miró a través de los ventanales. Afuera había un sol muy fuerte y seguramente corría viento, porque la superficie del mar estaba encrespada.

—Yo creo que le vendría bien un baño de mar diario, Doris.

Nereida se dio vuelta hacia él. Su mirada era fría, su aspecto también lo era, con ese rostro tan pálido y esos cabellos casi blancos. Parecía un ser acostumbrado a vivir en la oscuridad. Guillermo rió molesto.

—¿Por qué miras así? ¿Tengo monos en la cara?

—No.

—¿Entonces?

—Yo no estoy enferma ¿no es cierto? —y sin esperar una respuesta, se levantó y salió del comedor.

Doris dijo:

—Guillermo, lo sabe todo. Estoy segura de que lo sabe todo.

—¿Qué?

—Lo nuestro.

—Pero cómo quieres...

—Estoy segura de que lo sabe. ¿No viste cómo nos miraba?

—No seas absurda.

—Voy a llevármela de vuelta a Chuqui. Tendré que encontrar otra excusa para volver.

—Doris, no te pongas histérica.

—Tú sabes cómo admira a Roy. Es capaz de contárselo todo.

—¿Pero qué?

Guillermo, no me compliques más de lo...

—La que lo está complicando todo eres tú. Ándate a Chuqui si quieres.

A su vez se levantó de la mesa. Doris lo seguía. En el pasillo, lo agarró por una manga y le dijo:

—Por favor, Guillermo. Estoy muy nerviosa. Tienes que perdonarme.

—Ya sabes que no me gustan las complicaciones.

—Sí, lo sé. Pero déjame explicarte...

Una vez, una sola vez, la primera, él había pedido. Desde entonces era siempre ella la que debía rogar.

—Tengo que irme al hospital.

—Guillermo, por favor, déjame hablar, déjame explicarte. Subamos a tu pieza.

-No -y su tono se hizo irónico-. ¡Qué pensaría la niña!

-Guillermo, por favor...

* * *

A la mañana siguiente, Nereida abrió la maleta y sacó su traje de baño.

-¿Te vas a bañar?

-¿No dijo el tío Guillermo que me haría bien?

-Por favor, espera hasta que yo baje.

-No tengas miedo. La señora me dijo que me iba a enseñar a nadar.

-¿Cuál señora?

-La que conocí ayer en las rocas.

-Por favor, Nereida, espérame...

Pero ya había cerrado la puerta. Doris se dio vuelta en la cama. Le dolía la nuca. Voy a tener jaqueca, se dijo, qué horrible. Se irguió. Vio la playa, las olas que se quebraban, escuchó el rumor. ¿Habrían estado fosforescentes la noche anterior? *No sé, no las miré...* Tenía que llamarlo.

-Señorita, comuníqueme con el hospital.

De súbito sorprendió su rostro en el espejo. ¡Dios mío! Veinte años más. Esa palidez, esas ojeras, algo debo hacer.

-¿Aló? ¿Señorita, podría comunicarme con el doctor Colina? Guillermo Colina, señorita... ¿cómo? ¿Cuánto rato más? ¿Podría decirle que llame a la señora MacAuliff cuando se desocupe? Sí, en el hotel, él sabe. Gracias.

Junto a la cama estaba la bandeja con los restos del desayuno. Casi no había probado el suyo y le produjeron horror esos panes mordisqueados y la mantequilla deshecha. *Tengo que sobreponerme.*

Una hora después, Guillermo todavía no llamaba. Extendió su mano hacia el fono, pero titubeó. *No, no lo voy a llamar.* Decidió levantarse, salió a la terraza y vio a Nereida caminando por las rocas. Doris se sobresaltó. ¿Era esa su hija? Le costaba reconocerla, tan delgada, tan etérea, como un ser brotado del mar, algo que fuera a morir ahí, al respirar el aire que todos respiraban.

-¡Nereida!

Pero el viento ahogó su grito. El sol escamaba la superficie del mar. El aire era enérgico, salobre. Todo estaba detenido. Debía ser el mediodía.

De pronto la niña desapareció. Doris sintió que un puño le apretaba la boca del estómago. Pero a los pocos segundos la descubrió, ya dentro del mar, nadando. Cada cierto tiempo miraba hacia las rocas, como si alguien le estuviese impartiendo órdenes.

* * *

Almorzaron solas. No volvió a ver a Guillermo ese día y en la noche tampoco vino a comer.

—¿Y qué tal tu lección? —tenía que pensar en otra cosa. Hablar, pensar en otra cosa.

—¿Qué lección?

—Que no te iban a enseñar a nadar.

—Ah, sí.

—¿Y?

—Ya aprendí.

—¿En una sola vez?

—Sí, la señora dijo que era muy buena alumna.

—¿Dónde está esa señora? Tienes que presentármela. ¿Se aloja en el hotel?

—No creo.

—Mañana tienes que presentármela.

¿Por qué no me llamará, Dios mío? Yo no voy a transigir.

—¿No te gustaría que diéramos un paseo?

—Si quiere.

Caminaron a través de numerosas calles. Subieron hasta el hospital. Ahí era donde Doris quería llegar. Lo bordearon, se acercaron a los cerros que a esta hora eran solo masas oscuras, volvieron a pasar frente al edificio pintado de amarillo y la madre iba murmurando: Dios mío, haz que aparezca, haz que lo vea. Pero no apareció. Regresaron al hotel. Desde lejos vieron las olas fosforescentes.

—Dicen que son las sirenas —exclamó Doris por decir algo, por hablar, por olvidar.

Nereida permaneció muda.

* * *

Estaban en el cuarto de Guillermo cuando escucharon el grito.

—¿Qué fue eso?

—Nada, una gaviota.

—A mí me pareció un grito.

Habían cerrado las persianas y dentro de la pieza la atmósfera estaba fresca; pero afuera el sol ardía. Era la hora de la siesta.

—¿Por qué no me llamaste ayer?

Él rió.

—¿Te importó, no es cierto?

—No lo hagas nunca más, Guillermo. Nunca más. Te lo suplico.

Se abrazó a él y cerró los ojos. Fue entonces cuando escucharon las carreras, las voces que llamaban y una decía: "Alguien se está ahogando".

—¡Nereida!

Doris se irguió y, envolviéndose en el cubrecama, corrió hacia el balcón. El sol penetró como una ola dentro de la pieza. Guillermo se cubrió los ojos con el brazo desnudo. Diez o doce personas se habían juntado en la playa. Gesticulaban. Gritaban. Una de ellas penetró en el mar, nadó hacia las rocas y una vez allí trató de luchar con algo o alguien que se debatía. Ella supo que se trataba de Nereida. Entró en el cuarto, se vistió con precipitación y bajó a la playa.

El hombre traía a la niña entre los brazos. Nereida se había desmayado y los cabellos colgaban lacios, empapados. El grupo se juntó en torno a ella; pero cuando vieron aparecer a Doris, la dejaron pasar. Alcanzó a escuchar a una mucama que le decía a otra: "Estaba en la pieza del doctor. Así es como..."

* * *

Nereida volvió poco a poco en sí y no explicó lo que había sucedido. Repetía: "Quiero estar sola. Déjenme sola". Guillermo vino a verla en la tarde. La examinó. Dijo que estaba perfectamente bien.

—Déjanos, Guillermo. Quiero hablar con ella.

Y cuando el hombre se hubo ido...

—Nereida, mi amor ¿qué es lo que te pasa?

—Quiero que me dejen sola.

—¿Por qué? ¿Tienes pena?

—Quiero que me dejen sola.

—¿Quieres que volvamos a Chuqui? ¿A la casa? ¿Donde tu papá?

No contestó. La tarde caía. Los cerros se perfilaban al otro lado de la ciudad, duros, cortantes, y sobre ellos, los colores cambiaban. Por un momento todo adquirió una pureza extraordinaria.

—Dime, mi amor ¿quieres algo?

—Quiero que me dejen sola.

No volvieron a hablar. Llegó la noche. Las olas se encendieron en el mar. De pronto a Doris le pareció escuchar voces, como si alguien cantara. Miró a Nereida y vio que su hija había entreabierto los ojos.

—¿Escuchas?

Salió al balcón, pero solo oyó el viento y el rumor de las olas.

Despertó al amanecer. Ahora sí alguien cantaba y alguien cantaba muy cerca, dentro de la pieza. Miró hacia el lecho de Nereida, pero estaba vacío. Apenas alcanzó a murmurar el nombre de su hija y se detuvo. Alguien estaba cantando en la sala de baño. Era una canción lejana e irresistible. Se levantó y abrió la puerta. La niña estaba dentro de la tina y era ella la que cantaba. Bajo el agua, su figura tenía algo de pez.

-Nereida ¿qué estás haciendo?

-Bañándome.

-Pero, ¿por qué?

-Tenía ganas.

-¿Y qué es eso que cantas?

-Una canción.

-¿Y de donde la sacaste?

-Me la enseñó la señora.

* * *

Se encontraron en la plaza. El pabellón de los músicos estaba vacío y el floripondio que crecía cerca perfumaba el aire.

-Me la voy a llevar, Guillermo. Algo sucede y tengo miedo.

-Ideas tuyas, Doris.

-No estoy tranquila.

-Bueno, corre, corre a refugiarte donde tu marido.

-No digas eso.

-Pero si es cierto.

-Lo he sacrificado todo, todo por ti. ¿No te has dado cuenta?

-¿Qué has sacrificado? Nada, absolutamente nada. Porque en el fondo no te has atrevido.

-¡Guillermo!

Estaban de pie junto al monumento y no lejos había un quiosco donde vendían caramelos y revistas. La mujer que lo atendía levantó la mirada al escuchar el grito de Doris.

-No, no te has atrevido.

Doris no pudo contestar. Las lágrimas le quemaron los ojos, pero no quería llorar. Se alejó. Sentía rabia, odio, desesperación. Pero no sabía si era porque la habían calumniado o desenmascarado.

* * *

Nereida pasó en cama todo el día. Apenas comió y no contestaba las preguntas de su madre. Doris trató de ocuparse. Arregló las maletas, pagó la cuenta del hotel, llamó a la compañía para que le mandaran a buscar en la camioneta a la mañana siguiente; pero todo fue inútil: la tarde la sorprendió ociosa nuevamente.

Después de la comida, Doris salió al balcón. Miró las olas. La fosforescencia parecía más intensa esa noche. Brillaba como un trozo de cuarzo verde atravesado por la luz. Y la noche estaba muy hermosa, quieta, simple.

Se desvistió con parsimonia, fue al baño, volvió a la pieza, se miró al espejo. No sabía qué hacer. *Tengo que verlo, tengo que verlo una vez más.*

No pudo conciliar el sueño. Se daba vueltas en su lecho y siempre pensaba en él. *Tengo que verlo, aunque sea por última vez.*

De pronto se sorprendió en el pasillo caminando hacia la pieza de Guillermo. Ya no pensaba. Golpeó suavemente, pero no hubo respuesta. Golpeó por segunda vez. Nada. Probó la manilla entonces y la puerta se abrió.

—Guillermo... Guillermo...

Nada, ni una sílaba. Pero ella sabía que él estaba ahí, en su cama, esperándola.

* * *

—Ahora sí me voy, Guillermo, mi amor, mi amor Guillermo...

Doris no había cesado de hablar; él permanecía mudo. Doris se explicó, se describió, quiso que la entendieran. Guillermo mantenía silencio. A ratos la tomaba entre sus brazos, la besaba; pero no dijo una sola palabra.

—¡Mira! Mira, Guillermo... ya las olas no están fosforescentes.

—Se habrán ido las sirenas —era la primera vez esa noche que oía su voz. He destruido la barrera, se dijo Doris. Ahora hablará, dirá que me quiere. Y por eso insistió:

—Se ha terminado la sorpresa que me tenías.

Pero la frase sonó falsa.

Bajó a su habitación y se acostó. De pronto la asaltó una duda y encendió la luz. Sí, el lecho de Nereida estaba vacío.

* * *

No volvieron a encontrarla.

A la tarde siguiente, una ola arrojó sobre la playa los zapatos de la muchacha. Permanecieron ahí, en la arena, negros y húmedos, como algo que ya no tuviera ninguna utilidad.

La otra cabeza

- 1958 -

Con sólo nombrar al señor López, todos aquellos que le habían conocido en el "Olimpo" evocaban la figura pequeñita corriendo como una laucha entre bastidores. Siempre fue nervioso, muy callado, con esa mirada aguada y eficiente de los que mucho trabajan y obtienen poco.

Por de pronto, todos los que declararon en el juicio estuvieron de acuerdo en decir que el empleo de utilero no era el que más convenía al señor López. Un utilero precisa ser desenvuelto, simplificar. Es él quien traza los últimos toques sobre el decorado que otro imaginó y le infunde verdadera vida. Pero el señor López no era la persona indicada para llenar este oficio. Que una y otra cosa, que la espada estuviera junto a la puerta y las naranjas apenas maduras como le gustaban a la señorita Estela, que acordarse de compara velas para los candelabros, que correr a última hora para conseguir el celofán azul, sin el cual no era posible crear la atmósfera incierta de un atardecer, que esto y lo de más allá y las botellas de licor, té, anilina o jarabe, pero no agua, porque nadie creería en la veracidad de lo que estaba sucediendo, el pobre señor López no tenía un momento de descanso.

Él mismo explicó su problema al juez cuando lo citaron a declarar.

-Todo sucedió, señor juez, porque yo no nací para utilero.

-Pero nadie lo obligó a aceptar ese empleo.

-No, señor juez, es decir sí.

Y comenzó a relatar. Un día, simple coincidencia, llegó a las puertas del "Olimpo". Había enviudado pocos meses antes y por los trastornos que le acarreó esa muerte lo despidieron de su anterior empleo. Se encontraba ahora prácticamente en la calle, debiendo un mes de pensión y con una hija de siete años, tan delgada como él, pero mucho más pálida. En el "Olimpo" le ofrecieron trabajo como sereno. Sin titubeo, aceptó. No le gustaban los actores ni el teatro; pero los tiempos eran difíciles y cualquier solución lo satisfacía. Algo le costó convencer a la dueña de la pensión para que dos veces durante la noche subiera a vigilar el sueño de su hija; pero finalmente lo consiguió previo pago de una mensualidad.

No ganaba mucho; sin embargo, el trabajo era liviano. Al señor López siempre le había gustado el silencio, su esposa fue bastante conversadora, y en ese teatro desierto lo encontró a su antojo. Un silencio con mucho de

cosa viva, es cierto; aquel que comienza a fabricarse apenas han sucedido cosas, apenas acaban de pronunciarse las palabras, un silencio que muerde el ruido, destruyéndolo. Él mismo lo explicó, o más bien quiso explicarlo, diciendo:

—Vea usted, señor juez, todavía quedan algunos trastos de la función que acaba de terminar. No sé, cosas... tal vez una capa que alguien olvidó sobre una silla, o la carta delatora arrugada en el suelo o una flor, una cinta, a veces tan solo la huella del pie de un actor sobre la balaustrada terrosa... todo aquello habla de una cierta vida que atravesó el escenario y que deja en el aire una curiosa sensación, ¿cómo explicarle? Algo que se prolonga y que solo desaparecerá del todo cuando al día siguiente vuelvan a suceder las mismas cosas.

—¡Eso es el verdadero teatro! —gritó la señorita Estela que asistía al juicio en calidad de testigo y que no por eso iba a desperdiciar una oportunidad de llamar la atención.

El juez impuso silencio; pero ya todas las miradas se dirigían hacia la mujer que agradeció ese homenaje popular como solo una primera actriz sabe hacerlo. El juez preguntó:

—¿Pero entonces a usted le gustaba el teatro?

—No, el teatro no, señor juez.

—Pero acaba de contarnos —dijo el juez muy interesado— cómo aquel escenario ejercía una cierta atracción sobre usted y...

—El escenario, señor juez; pero el teatro. Prefiero lo que viene después...

En ese momento el fiscal intervino, alegando que no veía la utilidad de este interrogatorio. El juez se ruborizó y, sin contradecirlo, dejó que continuara la encuesta.

Dijo el señor López que durante esa época había sido bastante feliz y por eso cuando el director lo llamó para ofrecerle el cargo de utilero, titubeó en aceptarlo. Finalmente, tentado por un sueldo mayor y por la posibilidad de poner punto final a la explotación de la dueña de la residencial, abandonó su primer trabajo y se dispuso a aprender el oficio de utilero. Desde un principio comprendió que había cometido un gran error: no atinaba a desenvolverse, se confundía, se desesperaba; en una palabra, no poseía aptitudes para desempeñar ese cargo. Quiso reintegrarse a su antiguo puesto; pero lo halló ocupado por un individuo de constitución robusta, rojo de cara y de respiración corta que pasaba alegremente sus noches tendido en la cama de Margarita Gauthier comiendo salchichas y bebiendo cerveza.

¡Cómo lo envidiaba!

En cambio él corría toda la mañana y buena parte de la tarde, buscando y ordenando objetos. El tercer timbre siempre lo sorprendía en la mitad de su

labor. Entonces todos comenzaban a gritarle que faltaba esto y lo otro. Y él pobre don López, como todos lo llamaban, corría tratando de complacerlos.

Entre las obras que se representaban, puesto que era un teatro de "repertorio" como gustaba llamarlo el director, lo que equivale a decir que la cartelera se renovaba noche tras noche, había algunas comedias que el señor López temía y odiaba a la vez. Eran las que el director, tan adicto a rotular todo, encasillaba como "piezas realistas", es decir aquellas que al indicar el texto "los actores comen" no solo significaba un pedazo de pan, sino una cena completa, tres platos, postre, servilletas, vino y aguamaniles. Sin embargo, había un drama que no se calificaba como "realista", pero que le infundía verdadero terror.

-Se trata de "Salomé", señor juez.

-¿Era esa la obra que interpretaban la noche del suceso? -interrumpió el juez.

-Sí, señor juez.

-¿Podría la defensa informarme de qué trata?

-Es la historia bíblica, Usía.

-¡Ah! ¡Qué interesante! La segunda exclamación, dicha en tono muy bajo, es cierto, se perdió entre las frases que pronunció el señor López al continuar su relato.

Toda la confusión brotaba de una cabeza, una cabeza de utilería. En el tercer acto Salomé, papel que interpretaba la señorita Estela, debía ejecutar una danza sosteniendo entre sus manos una bandeja de plata sobre la que reposaba la cabeza de San Juan Bautista. Para este efecto, el director había encargado a un artista anónimo que modelara un cartón piedra una cabeza de expresión neutra y rasgos indefinidos. En esta forma esperaba poder utilizar siempre la misma cabeza, aún cuando se cambiara el actor. El resultado, como es de preverse, no fue muy convincente.

Verla y sentirse repelido fue todo uno. Le desagradaban esos ojos vidriosos, esos labios entreabiertos y casi húmedos, la barba rala confeccionada sin duda con algún peluquín olvidado por un tenor en gira. Y esta sensación se hizo más intensa cuando la cabeza comenzó a jugarle pasadas. En la pieza de la utilería cambiaba incesantemente de sitio. A menudo se escondía, y el pobre señor López pasaba horas buscándola. Por último aparecía en un lugar cualquiera, ahí donde él había mirado cien veces. En otras ocasiones, al entreabrir las puertas de un armario, su mirada se cruzaba con la de aquellos ojos revueltos y el temor del súbito descubrimiento lo inmovilizaba. ¡Nunca había dejado la cabeza dentro de ese armario! Con el tiempo, llegó a ser una verdadera obsesión.

-Una verdadera obsesión, señor juez; la veía en todas partes y aun, ciertas noches, me parecía encontrarla en mi casa, sobre mi almohada. ¡Era horrible!

—¿Y ese día?

Bueno, ese día él llegó temprano al teatro. Estaba preocupado. Su hija había tosido durante toda la noche y para poder acudir a su trabajo, hubo de humillarse por centésima vez frente a la dueña de la pensión, consiguiendo por fin que ella la cuidara durante su ausencia. Esta preocupación la notaron el portero y el sereno que en aquellos momentos, cuando el señor López llegaba, partía llevándose los restos de su festín. Solo pudo atestiguar que lo había notado cejijunto y pensativo; la declaración del portero nada agregó de nuevo, puesto que como dijo, jamás abandonaba sus obligaciones y, para un portero, estas estaban supeditadas a la puerta.

Cuando los actores llegaron, el señor López corría de un lado a otro, como siempre. La señorita Estela interrumpió por segunda vez:

—¡Siempre fue un ratoncito encantador!

Y los periodistas anotaron su frase. Ella se reclinó satisfecha: mañana la vería en todos los titulares, una excelente propaganda.

La función comenzó a la hora acostumbrada; pero desde un principio se vio que no sería una representación como las otras. Dos guardias entraron sin espadas y el electricista hubo de retener por una manga al señor López que quiso precipitarse dentro del escenario para entregárselas. Cuando llegó la hora del festín de Herodías, nada estaba pronto. El señor López parecía perseguir su propia sombra entre bastidores. Presa de una gran nerviosidad, apretó con tal fuerza los racimos de uva que las cubiertas de celuloide estallaron, dejando entrever las pulpas de algodón. Otro tanto sucedió con los duraznos y las naranjas, de modo que cuando los esclavos entraron al escenario llevando las bandejas, parecían adornos de Navidad y no frutas para una orgía. Mientras tanto el drama continuaba desarrollándose.

—Esto fue lo que terminó de trastornarme —confesó el señor López—. Nunca hasta entonces había percibido con tal claridad esa sensación. Es decir, ese drama que estaban representando, no podía detenerse. Debía continuar hasta que decidiera, por su propia voluntad, llegar a su término. En todo eso había algo más poderoso que nosotros mismos, que todo lo demás, algo que no lograríamos jamás inmovilizar ni callar. Los actores continuarían declarando parlamentos; entrando, saliendo, cumpliendo una especie de ¿cómo podría llamarlo? ritual tal vez. Sí, eso es. Le juro, señor juez, que en ese momento me sentí muy pequeño, atrapado, de espaldas a una pared, mientras ese monstruo, esa máquina, ese qué sé yo, avanzaba para aplastarme.

Los periodistas que estaban en la sala decidieron salir a fumar un cigarrillo. Este bueno señor López estaba transformado en un literato insoportable. El juez impuso silencio.

Fue entonces, continuó el señor López, cuando oyó la voz de la señorita Estela que decía:

—La cabeza, don López. ¡La cabeza!

Se dio vuelta para tomarla y en ese momento descubrió que ya no estaba sobre la mesa donde algunos minutos antes la había dejado. La orquesta atacaba los primeros compases de la danza de Salomé. Corrió a la pieza de utilería y lo revolvió todo, lo desordenó todo. Inútil, la cabeza no aparecía. Del escenario llegaba la voz angustiada de la señorita Estela:

—¡Don López! ¡La cabeza!

Se produjo un gran silencio en la sala. Todos estaban atentos a lo que aquel hombre iba a confesar. El juez se inclinó hacia delante y cuando pronunció su palabra, ésta estalló en la quietud:

—¿Y?

—Entonces no supe muy bien lo que sucedió... recuerdo que en ese momento vi al señor Shapiro que se dirigía a su camarín. Ya había terminado su actuación; dos minutos antes los guardias lo arrastraron fuera del escenario y se presumía que en este instante le cortaba la cabeza. El era Juan Bautista... le cortaban la cabeza ¡La cabeza! La vi desprenderse de sus hombros... no sé qué pasó... no sé... parecía despertar de pronto y en mi mano derecha sujetaba una espada y en la izquierda... por los cabellos... la cabeza del señor Shapiro... nadie debe haberme visto, porque no se escuchó una sola voz.

Cuando volvió a hablar, el sonido de sus palabras era neutro, monocorde, muy extraño. Dijo que había colocado la cabeza sobre una fuente y, sin pensarlo, corrió a entregársela a la señorita Estela. Con la precipitación, la actriz no se dio cuenta de lo que recibía de manos del utilero. Con un salto espectacular entró al escenario y al ver rodar la cabeza sangrante todavía, lanzó un alarido que él sí vino a interrumpir el drama, cortándolo de raíz.

—Como un animal —dijo el señor López— un animal invulnerable el cual se le hubiera herido en su único punto sensible.

Y, después de esto, no volvió a escucharse su voz. Se desplomó en el banquillo, eso fue todo. Parecía un hombre entregado a su suerte. Pero el juez tenía algo que preguntar todavía:

—¿Y la otra cabeza?

—No se ha vuelto a encontrar —contestó el director del “Olimpo”.

De inmediato las opiniones se dividieron. ¿Culpable o no? Hoy día, casi dos meses después de iniciado el juicio, aún no se entrega un fallo. La polémica continúa en los periódicos y nadie puede asegurar con certeza si el señor López será condenado o no.

Miguelito

- 1959 -

-¿Y Miguelito?

-No está.

-¿Salió?

No hubo respuesta.

-¿Y a qué hora volverá?

-¡Cómo voy a saberlo yo!

-Él me llamó esta mañana. Dijo que quería verme. ¿Está enfermo?

-De porfía, de eso es de lo que está enfermo. Le dije que no saliera; pero salió no más.

-Voy a esperarlo.

-Usted sabrá.

Hacía años que conocía a Carmela, la empleada de los Grajales, por eso no me sorprendió su tono. Vivía de mal humor, hablando en monosílabos y protestando en voz baja. Ahora la vi alejarse a través del pasillo, rezonando siempre, hacia la cocina.

Me senté. El salón de los Grajales no era muy acogedor. Sobre todo ahora que casi nunca abrían los postigos de las ventanas que daban hacia la calle, de modo que la atmósfera era pesada. Aquí, hacía ya dos meses, habían velado a Rosario, la hermana de Miguelito, y todavía me pareció percibir en el aire el perfume de las coronas. Miré el lugar donde habían colocado el ataúd y solo descubrí el sofá oscuro y el famoso retrato de la señora Grajales. Me miraba sin verme, envuelta en tules y con el cuello largo y fino, tal cual había sido, una de las bellezas de su tiempo.

Yo no alcancé realmente a conocerla. Dos o tres veces la divisé por la Avenida Bustamante, caminando con la altivez de una mujer acostumbrada a recibir homenajes. Me contaron que había enviudado a temprana edad y jamás volvió a casarse. Lo cierto es que se encerró con sus dos hijos, Rosario y Miguelito, en esta casa donde ahora me encontraba, y hasta su muerte, ocurrida hace ya algunos años, solo se la veía muy de tarde en tarde paseando por el barrio.

No muy lejos, las campanas de una iglesia dieron las ocho.

-¡Carmela! -llamé; pero nadie me contestó.

Salí entonces a buscar a la mujer y, cruzando varios corredores, bajé a la cocina.

—Carmela, voy a tener que irme. Tengo que visitar a otros enfermos.

—Bueno.

—Le dice a Miguelito que no pude esperarlo más y que pasaré mañana.

—Bueno.

Cuando me aprontaba a partir, se oyó a alguien que corría escalera abajo. A los pocos segundos apareció Miguelito. Venía muy agitado, rojo, sudoroso, y en sus ojos brillaba la picardía de alguien que acaba de cometer una maldad.

—Doctor, doctor, creí que nunca iba a llegar. Perdóneme. ¿Me perdona? Nunca he visto carros más lentos. Si son eternos... ¿Carmelita, todavía estás enojada? No seas mala. Tenía que ir a dejarle flores a Rosario. Hoy se cumplían dos meses...

Se interrumpió. Los ojos se le llenaron de lágrimas; pero hizo un esfuerzo y sonrió. Miró entonces a Carmela y con gesto brusco desató el nudo de su delantal. La mujer se dio vuelta hacia él; entre enojada y contenta, exclamó: "Deja, tonto", y volvió a sus quehaceres. Miguelito rió, una risa súbita, poco sincera, coqueta. Volvió a desatar el lazo.

Adiviné que se trataba de un juego secreto.

—Vamos, Miguelito. Subamos a tu cuarto. Quiero examinarte luego, mira que tengo que ir a hacer otras visitas.

En el segundo piso, la pieza de Miguelito, que también había sido la de Rosario, ocupaba la totalidad del ala izquierda. Era un cuarto mucho más largo que ancho, casi un corredor, con las camas colocadas una tras la otra como los vagones de un ferrocarril. El lecho de Rosario aún estaba ahí y se lo hice notar.

—Ay, no, doctor, no puedo sacarlo. Me sentiría tan solo y usted sabe que la oscuridad me aterra. Por lo demás, Carmela está durmiendo aquí. Me ha estado acompañando desde que Rosario..., desde que se nos fue —y levantó hacia mí su rostro—. ¿Me va a examinar?

Siempre me había impresionado ese rostro. Parecía el de un niño, o más bien, una máscara de niño colocada sobre un rostro de viejo.

—¿Qué edad tienes, Miguelito?

—Titubeó. No le gustaba confesar su edad.

—Si usted sabe, doctor.

—No. No me acuerdo.

—Voy para los cincuenta y tres —y se apresuró a agregar—; eso quiere decir que todavía no los he cumplido.

—¿Qué es lo que te ha pasado?

—Esta mañana desperté completamente ronco. Pero ahora parece que se me quitó. Usted mismo me ha dicho que esté alerta. Recuerda la bronquitis que tuve el invierno pasado cuando la pobre Rosario estaba tan

enferma, y luego el comienzo de neumonía, después del entierro, cuando me mojé los pies.

—Veamos esos bronquios. Desvístete.

—¿Por qué no me examina por encima no más, doctor?

—Miguelito, no vas a empezar a porfiar como todas las veces. Sácate de una vez por todas la ropa.

Un extraño pudor lo invadía. Bajó la vista, perdió la seguridad que hasta entonces tenía y con manos nerviosas empezó a desabrochar botones, a deshacer nudos, a quitarse una a una todas las prendas que lo cubrían. Por fin apareció el torso, muy delgado, con las costillas diseñadas bajo la piel lisa, casi infantil. No obstante, si uno contemplaba con atención, descubría que esa piel había perdido su turgencia, que súbitamente se hacía flácida y delataba la edad.

Cuando recién comenzaba a examinarlo, Carmela irrumpió en la pieza.

—¿Qué es eso que hay allá abajo?

—Por Dios, Carmela, golpea antes de entrar. ¿No ves que el doctor está examinándose?

—¿Qué es?

—¿Que no lo viste?

—No le he dicho que no quiero gatos en la casa.

—Pero, Carmela...

—¿De dónde lo sacó?

—Me lo regalaron.

—Claro, se lo regalaron. Cómo no que le voy a creer.

—Bueno, iba por el Portal y un hombre me lo ofreció. Un hombre que tiene la nariz brotada.

—Y se lo compró.

—Sí.

—Va a ir a devolverlo. No quiero gatos en esta casa.

—Pero si no es un gato, Carmela. Es una gata, una gatita, un amor.

—Mañana mismo va a ir a devolverlo.

—No, Carmela, no, no, no. Convénzala usted, doctor. Sea bueno. Qué mal hay en tener un gato. Dicen que un animal acompaña, y desde que Rosario... me siento tan solo.

—Carmela, yo creo que si Miguelito se compromete a cuidarlo él mismo...

—No quiero gatos en esta casa. A la señora nunca le gustó tener animales.

—Pero yo soy el que manda ahora —interrumpió Miguelito—. Yo soy el patrón.

Durante algunos segundos los vi erguirse el uno frente al otro. Las miradas se cruzaron: dura, impenetrable la de Carmela; voluntariosa la de Miguelito.

—Haga como quiera —y salió dando un portazo. Miguelito me miró con los ojos llenos de sonrisa, como si dijera: “Gané, siempre gano”.

Todos los males de Miguelito resultaron ser imaginarios. Lo hice vestirse, le prescribí unas gotas y me apronté a partir. Miguelito me acompañó hasta la puerta.

—Gracias, doctor, y muchas gracias por haberme ayudado a defender a “Soledad”.

—¿“Soledad”?

—Es como pienso ponerle a la gatita. Rosario y yo siempre dijimos que si alguna vez teníamos una hija nos gustaría llamarla Soledad.

Claro que para eso uno de los dos habría tenido que casarse...

Cuando Miguelito principiaba a hablar, podía hacerlo durante horas. Lo interrumpí:

—Bueno, hasta muy pronto y cuida a “Soledad”. Y cuídate tú también.

—Se lo prometo, doctor —hizo una venia—. Veinte gotas después de cada comida, sin hacer arcadas, como un niño obediente.

Acababa de despedirme del último cliente del día, cuando escuché voces en la antesala. Pocos minutos después la puerta se abrió descubriendo a Miguelito trabado en lucha cuerpo a cuerpo con Graciela, la enfermera.

—Tengo que verlo. Dos segunditos no más, dos segunditos. ¡Ah! Doctor, menos mal que no se ha ido. Dígale que me deje pasar.

—Déjelo entrar, Graciela.

La enfermera se detuvo, me miró como si estuviera masticando un limón y dijo:

—Como el doctor me ha ordenado que no reciba a nadie después de las horas de consulta...

—Está bien, Graciela. Puede irse.

—¡Qué monstruo! —exclamó Miguelito al cerrar la puerta—. Por poco me desangra a rasguños. Cómo puede vivir, doctor, con una furia como esa.

—La escogió mi esposa, Miguelito. Una amiga venida a menos de mi suegra que necesitaba trabajar.

—Yo preferiría darle una pensión mensual. Pero en fin, no he venido a hablar de ella. Se trata de lo siguiente, doctor: Carmela no quiere que la llame “Soledad”. Y usted tiene que ayudarme a convencerla.

No quiere que la llame “Soledad” y no quiere hacerle de comer. La pobrecita tiene que comerlo todo crudo, porque yo nunca he sabido cocer ni una papa. Rosario había aprendido algo, no mucho, a ella sobre todo le interesaban el jardín, las flores y nuestro herbario, pero ¿qué le estaba diciendo? Ah, sí, no le cocina; pero ya no la ignora. Hasta le puso un cojincito en el canasto. El otro día cuando me di cuenta le pregunté si ella lo había

puesto ahí. Me contestó que qué cojín, que qué canasto, usted la conoce. Bueno, para resumir, esta mañana me oyó llamarla "Soledad" y se irguió como una furia. Igual que su enfermera. Me dijo que me prohibía llamarla así. Hasta me gritó, doctor...

Debo confesar que en un principio no comprendí muy bien de qué hablaba. Pero luego recordé la gata y pude seguir el desarrollo de la historia. Mientras conversaba, se entretenía en lanzar pelotillas de algodón en el recipiente con yodo. Le arrebaté el frasco y lo guardé con el resto del instrumental.

—Me encanta su oficina, doctor —se detuvo frente al grabado tradicional: el médico que defiende a una mujer del abrazo de un esqueleto—. Me habría encantado ser médico. Hace cuatro o cinco años, para mi fiesta, Rosario me regaló un juego de doctor con jeringa y tubitos de remedios... y ese aparato que usted se pone para escuchar. ¿Totoscopio no lo llama?

—Estetoscopio.

—Eso es. Me habría encantado ser médico. Claro que me habría gustado ser tantas cosas —enmudeció durante un brevísimo instante y luego, dándose vuelta, concluyó con toda simplicidad—: Y no fui nada.

Corrió hacia el armario donde yo acababa de guardar las pinzas y los bisturís. Abrió las puertas de vidrio y se extasió ante el brillo de los metales.

—¿Qué vamos a hacer, doctor?

—¿Con qué?

—Con Carmela. Tengo que convencerla de que me deje llamar "Soledad" a la gata.

—Síguela llamando "Soledad" cuando no estés con Carmela. Poco a poco se irá acostumbrando. Hay que buscarles el lado a las cosas, Miguelito. Si se conserva la sangre fría, la batalla está ganada de antemano.

—¡Qué idea tan estupenda!

De un salto se irguió, tomó su sombrero, los guantes y corrió hacia la puerta. Una vez allí, se detuvo. Permaneció inmóvil durante algunos segundos y luego se volvió. Era otra persona. Ya no estaba nervioso y la máscara que cubría sus rasgos había desaparecido, revelándose lo que era, un hombre de cincuenta y tres años.

—¿Qué te pasa, Miguel?

Me miró durante un largo rato y luego dijo:

—El único pecado es estar solo, ¿verdad?

Un silencio definitivo cayó sobre la pieza. Permanecimos mudos el uno frente al otro. Y en ese momento comprendí lo que le sucedía.

Bastó un segundo para aprehender esa vida súbitamente frustrada y sola.

—Me voy, doctor —la voz de Graciela que entreabría la puerta.

No respondí. Sin saber por qué, quise prolongar aquello. Pero ya algo se

había roto y poco a poco la pieza se llenó de ruidos: el portazo que dio la enfermera al salir, un tranvía que pasaba por la calle, las débiles detonaciones del mechero, nosotros mismos, tosiendo, moviéndonos, súbitamente conscientes y como avergonzados.

—¿Qué?

Miguelito había vuelto a esconderse. Riendo con la falsedad de siempre, procedía a ponerse los guantes como lo habría hecho una solterona, Rosario por ejemplo.

—¿Cómo?

—Hablaste de la soledad.

—“Soledad”, la gatita, es el nombre que quiero ponerle.

—No. Te referías al hecho de estar solo.

—Ah. ¡Eso! Bueno, todos lo estamos, ¿no es cierto, doctor? Mamá siempre lo decía: uno nace, vive y muere solo. Gracias a Dios, yo tengo —se corrigió—, tuve a Rosario. Mientras estuvimos juntos, nunca me sentí solo. Pero ahora es distinto.

—¿Cómo así?

—Despierto en las mañanas y no sé qué hacer. Antes regábamos el jardín y en el invierno nos ocupábamos del herbario. ¿Usted conoce el herbario, doctor? Una vez un profesor vino a verlo... Y las tardes son tan largas ahora; pero las noches son peores. A Carmela no le gusta que le lea en voz alta, a Rosario le encantaba. Carmela dice que las noches son para dormir. Pero ya le he contado todas mis tragedias...

—¿Y tus parientes?

—Supongo que todavía quedarán algunos. Mamá peleó con todos y no los volvimos a ver.

—¿Y no tienes amigos?

—Rosario fue mi única amiga.

—¿Y Carmela?

—Ella es mi mamá. Como nos vio nacer, solo sabe retarnos. Pero ya es hora de que me vaya.

—Iré a verte muy pronto.

—Sí, sí, venga a verme.

—Esta semana no porque tengo mucho trabajo. Pero la próxima...

—Venga, venga a verme y le mostraré a “Soledad”.

—Y trata de no sentirle solo, Miguel.

—Ahora sí que es cierto que me voy. Hasta pronto, *au revoir* —hizo un guiño, estiró la nariz, esbozó casi un beso con los labios; pero aún no partía. Con la mano en la perilla de la puerta, volvió la cabeza y dijo—: Ay, doctor, nunca me llame Miguel. Yo soy Miguelito.

Entonces sí desapareció.

A veces me pregunto si soy responsable por lo que sucedió. Tal vez si yo hubiera ido a verlo o si por lo menos le hubiese enviado una nota invitándolo a mi casa... No hay duda: algo podría haber hecho. Pero en cambio dejé pasar las semanas, los meses y simplemente lo olvidé.

Pero una mañana, cuando me aprontaba a partir al hospital, la empleada vino a decirme que un señor Grajales me esperaba en mi consulta. Era Miguelito. Mucho más delgado, más nervioso. Daba la impresión de un hombre perseguido.

—¡Miguelito! ¡Qué gusto de verte! ¿Por qué te habías perdido?

—Usted había prometido ir a verme.

—Así es; pero tú sabes lo atareada que es la vida de un médico. Siéntate, por favor, siéntate. ¿Qué se te ofrece?

Habló en voz baja, como si temiera que hubiese alguien escuchando tras la puerta:

—Doctor, tiene que ayudarme. No sé qué hacer, no sé a quién recurrir. Estoy desesperado, no puedo más... —Hundió el rostro entre las manos. Lo vi morderse los nudillos, tratando de retener los sollozos—. No puedo más, no puedo más...

Me acerqué a él, lo tomé por los hombros y traté de apaciguarlo. Entonces él agarró mis manos y, dándose vuelta, se abrazó a mí sollozando como un niño. Poco a poco el llanto se calmó. Le traje un vaso de agua, se lo hice beber, y cuando noté que la crisis pasaba, dije:

—Ahora, cuéntame todo. Desde el comienzo.

Fue una larga historia entrecortada por aquellas inspiraciones rápidas con que el llanto concluye. A medida que avanzaba se hizo más coherente, más detallada, casi insoportable al final. Se trataba de lo siguiente: ¿Recordaba la última vez que había venido a verme? Bueno, desde entonces Carmela había cambiado. No solo accedió a llamar "Soledad" a la gata sino que se interesó por ella. La cuidaba, le preparaba sus comidas, la mimaba. Y en cierta forma su existencia giraba en torno al animal.

—¿Pero no era eso lo que querías?

—Sí. Eso no me importa, doctor. No es eso, sino ¿cómo explicarle? Es lo que le ha sucedido a "Soledad".

—¿Qué?

—Se ha transformado. Cuando la traje a la casa era más grande que un gato de su misma edad; pero ahora ha seguido creciendo. Se ha transformado en..., en un monstruo.

Cuando escuchó golpes en la puerta, abrió los ojos con pavor. Era Graciela.

—Déjenos solos, Graciela.

—¿Y no piensa ir al hospital? —parecía una madre que hubiese sorprendido a su hijo haciendo la cimarra.

—Sí, más tarde. Telefonee para decir que voy a atrasarme un poco. Cuando hubo salido, interrogué a Miguelito:

—¿Un monstruo?

—No sé cómo explicarle. Tendría que verla. Pero Carmela no deja que nadie se acerque a ella. Hay días en que a mí también me prohíbe entrar a la pieza donde está "Soledad". Pero eso no me importa. Lo único que quiero es que se la lleven. No puedo seguir viviendo ahí, doctor. Ayer, por ejemplo, me acerqué a acariciarla y la sentí crecer bajo mi mano, así, de golpe. Es horroroso. No puede imaginarse el miedo que me dio. Apoyar la mano sobre algo vivo que súbitamente cambia de forma, se agranda, se hace distinto...

—¿Pero es verdad lo que me estás contando?

—Carmela no quiere echarla. No hay manera de convencerla. Cada vez que empiezo a hablar, a pedirle, a suplicarle, me da vuelta la espalda y se encierra en la pieza de "Soledad" con llave.

Las diez campanadas de una iglesia cercana interrumpieron nuestra conversación. En la fuente de soda frente a la casa descargaban cajones de cerveza y el entrechocar de las botellas llenó el silencio.

—¡Dios mío, las diez! Escúchame, Miguelito, tengo que irme al hospital. Esta tarde paso a verte a tu casa y allá conversamos.

—¡Ay, no! No podemos hablar allá. Carmela ni siquiera tiene que saber que yo vine a verlo.

—Entonces ven mañana, en la mañana, temprano.

Nos despedimos en la vereda. El camión cervecero trataba de partir. Lo contemplamos durante algunos segundos, escuchamos el ruido del motor, los cambios y luego lo vimos alejarse por la calle. Solo entonces Miguelito agarró mi mano, me miró en los ojos y suplicó:

—No se vaya a ir mañana, doctor. Por favor espéreme.

—Te prometo que te esperaré —dije, y me sentí profundamente culpable por no haberlo ido a ver.

Esa tarde decidí ir a la casa de Miguelito, me cercioré de que él no estaba y le planteé el problema a Carmela. Le dije que Miguelito sufría una depresión nerviosa, que debía cuidarlo, que tenía que desprenderse de aquel gato que parecía ser la causa de su mal.

—No. "Soledad" no se irá.

—Carmela, sé razonable. ¿Que no ves que puede ser peligroso para Miguelito? Mañana mandaré a alguien para que se lleve al gato.

—No, doctor.

—Pero Carmela, tú no mandas aquí.

Un rayo cruzó sus pupilas, pero la voz no varió.

—Si "Soledad" se va, yo también me voy y Miguelito se quedará solo. Ya se lo dije a él mismo. Se quedará solo.

Solo. De pronto la palabra creció en esa pieza, se hizo real, casi una presencia. Quise hablar para destruir la sensación.

—Pero ¿por qué? ¿Es cierto entonces lo que me contó Miguelito?

—¿Qué?

Le expliqué lo que ya me había dicho esa mañana. Carmela se mantuvo inmóvil; pero supe que dentro de ella sucedía algo.

—Claro que es mentira. Son cosas que inventa.

La miré.

—¿Por qué no me dejas verlo?

—Está durmiendo —y sostuvo mi mirada.

Supe que era inútil insistir y, diciéndole que volvería al día siguiente, abandoné la pieza, crucé el corredor, salí a la calle. Al cerrar la puerta, escuché la voz de Carmela:

—“Soledad”, “Soledad”. ¿Dónde te has metido, mi hijita?

A partir de entonces los hechos se precipitaron. Cuando crucé la Avenida Bustamante, sentí caer las primeras gotas de lluvia. Dos horas más tarde, en mi biblioteca, escuchaba la tempestad arreciar sobre la ciudad.

Mi esposa entró a decirme que llamaban por teléfono y agregó:

—Si es un cliente, dile que no puedes ir, que estás enfermo, cualquier cosa. Está lloviendo muy fuerte.

Resultó ser Miguelito. La voz era angustiada.

—Estoy llamándolo desde el almacén de la esquina, doctor. Le dije a Carmela que tenía que llamarlo.

—¿Qué pasa?

—No quería que viniera solo, así es que me acompañó. Está en la otra pieza.

—Pero ¿qué es lo que pasa?

—Doctor —y fue casi un grito—, tiene que venir inmediatamente. No sé cómo Carmela supo que yo había ido a verlo esta mañana. Está furiosa. Se lo ha dicho a “Soledad”, estoy seguro de que se lo ha contado. Si viera cómo me miró cuando volví, como si me fuera a devorar. No puedo soportarlo, doctor, no puedo...

Unos sollozos interrumpieron el monólogo. La voz se quebró y escuché el silencio muerto de un fono descolgado.

—¡Aló! ¡Aló! Miguelito, contéstame...

—Sí, doctor, aquí estoy. Prométame que vendrá. ¡Ah! Y traiga su revólver. Lo tengo todo planeado. Hay que matarla, es la única solución.

—Miguelito, cálmate.

—Por favor, doctor, traiga el revólver...; sí, sí, doctor, dos pastillas antes de acostarme.

—Miguelito, ¿qué pasa?

—Dos, sí, sí, no me olvidaré. Se lo diré a Carmela, que está aquí, a mi lado, por si se me...

—Miguelito, déjame hablar con Carmela.

—No, doctor.

—Déjame hablar con ella.

—No se me olvidará. Buenas noches, doctor.

La comunicación se cortó. Permanecí junto al teléfono como si acabara de hablar con un fantasma. La lluvia vino a estrellarse contra los cristales de la ventana y el ruido me devolvió a la realidad: el salón iluminado y protegido, mi esposa ayudando a Ramoncito a hacer las tareas, el perro durmiendo en un rincón.

—Voy a tener que salir.

—¿Quién era?

—Miguelito Grajales.

—¿Ese loco que vive en Bustamante?

—Sí.

—Admiro la paciencia que tienes. Molestarte por cualquier histérico. Espera al menos que esté lloviendo menos fuerte.

—¿Tú crees?

—Bueno, tú sabes lo que haces.

No fui. Regresé a la biblioteca, tomé el libro y comencé a leer.

Dos o tres veces la voz angustiada de Miguelito volvió a asaltarme como un eco. Iré cuando ya no llueva tan fuerte, me dije. Y debo de haberme quedado dormido en el sillón.

Cerca de medianoche desperté con la sensación de que algo sucedía. Mi esposa entró anudándose el cinturón de su bata.

—Te buscan —exclamó con rabia—. Hace media hora que toca ese timbre.

Y volvió a salir. De inmediato pensé en Miguelito y me sorprendí al encontrar a Carmela al pie de la escalera. Traía la expresión severa y un paraguas chorreando entre las manos.

—Doctor, tiene que venirse al tiro a la casa.

—¿Qué ha pasado?

—Un accidente, doctor. Miguelito.

—¿Qué?

—Se cayó escalera abajo. Tropezó en la alfombra y rodó para abajo.

Cuando llegamos a la casa, Miguelito ya había muerto. Estaba tendido sobre el lecho en su cuarto largo y angosto como un ataúd.

Tenía las ropas desordenadas y el rostro rasguñado.

—¿Y esto? —pregunté.

Carmela no cesaba de ir y venir, ordenando juguetes, corriendo las cortinas, presa de una nerviosidad desconocida en ella. Cuando le hablé, se detuvo como un animal atrapado en una trampa.

—¿Qué, doctor?

—Estos rasguños.

—Se los debe de haber hecho al caer —contestó sin titubear—.

Yo no los había notado. Estaba en la cocina cuando sucedió el accidente y desde allí escuché el ruido.

—¿Rodó toda la escalera?

—Sí, debe de haber tropezado en la alfombra que está deshilachada. Yo se lo había advertido; pero es tan porfiado.

—¿Y cómo volvió a subir hasta acá?

—Yo lo ayudé, doctor.

—¿Entonces no había perdido el conocimiento?

—No, doctor. Estaba mareado no más. Él mismo me dijo que lo fuera a buscar a usted —de pronto me miró—: ¿Por qué me pregunta eso? No es nada grave lo que tiene, se le pasará luego, ¿no es cierto?

—No, Carmela. Está muerto.

Retrocedió como si la hubiese herido.

Ya no llovía. Un gran silencio invadió el cuarto. La muerte se había instalado ahí adentro. Desde la pared, desde su retrato, Rosario miraba el cadáver de su hermano y le sonreía: el vínculo volvía a establecerse, estaban juntos una vez más.

Fue entonces cuando escuché el maullido. Más bien un grito que traspasó ese silencio y me clavó en mi sitio. Miré a Carmela. Ella me miró. Nada dijo, nada habría podido decir, porque por segunda vez volvió a oírse el gruñido.

—Es “Soledad”. Siempre se pone así cuando el tiempo está revuelto.

—Ven, Carmela. Vamos a otra pieza, que quiero hablarte.

Salí al corredor y cuando quise abrir una de las puertas, Carmela se acercó de golpe diciendo:

—No, ahí no hay luz. Vamos al salón.

Bajamos,

—Carmela, voy a preguntarte algo muy importante, así es tienes que contestarme la verdad. Dime, ¿es cierto que Miguelito resbaló por la escalera?

—Claro que sí.

—¿Estás segura?

—Bueno, eso fue lo que él mismo me dijo cuando lo encontré.

—Carmela, estás segura de que ese gato.

—¿Qué?

—¿No lo atacó?

—¡Miren las cosas que se le ocurren! No me va a decir que todavía cree lo que le contó Miguelito.

No supe qué decir. Había empezado a llover nuevamente y, en cierta forma, el rumor reconfortaba.

—Carmela, te lo pedí esta tarde y ahora te lo pido de nuevo.

Déjame ver a ese animal.

—No.

—¿Por qué?

—Porque se pone muy nerviosa con la lluvia. No le gusta ver a nadie.

Sin responder me dirigí a la escalera. Carmela corrió tras de mí, me sujetó por el brazo y gritó:

—No suba.

Me detuve. La supe dispuesta a todo y sentí miedo. Sentí un gusto amargo en la boca, un frío en la espalda y, en silencio, bajé los dos escalones que había alcanzado a subir. Sin agregar otra palabra salí a la calle y volví a mi casa.

Algunos meses más tarde divisé a Carmela en la calle. En un principio, trató de evitarme; pero el encuentro tenía que producirse.

—¿Cómo te ha ido, Carmela?

—Aquí andamos.

Había enflaquecido. La piel estaba tensa sobre sus rasgos y tenía un extraño cansancio en la mirada.

—¿Dónde estás viviendo ahora?

—Donde mismo. El niño había hecho testamento cuando murió la Rosarito y me dejó la casa.

—Pero te debes de sentir muy sola en ese caserón.

—Una vieja como yo no necesita compañía.

Nos despedimos y la vi alejarse por la calle, casi como una sombra de lo que había sido.

Esa tarde, por curiosidad, pasé frente a la casa de los Grajales.

Varios edificios modernos se alzaban en torno; pero la casa con columnas persistía ahí, una especie de isla anacrónica. El tiempo había causado estragos: dos columnas estaban trizadas y no tardarían en caer convertidas en polvo. Los cristales de las ventanas habían sido rotos y reemplazados por trozos de cartón o tablas. Un jardín salvaje venía a estrellarse contra los muros. Ya era demasiado tarde para reparar cosa alguna. Solo cabía esperar que se derrumbara del todo para volver a construir sobre el terreno.

Algunos meses más tarde, un hecho vino a cerrar, como un círculo, la historia de esas vidas.

Una tarde que estaba de turno en la Posta de mi barrio llegó una mujer

que contó lo siguiente: ella vivía al término de la Avenida Bustamante, cerca de una casa grande con columnas...

Cuando la camioneta se detuvo frente a la dirección que la mujer había indicado, comprobé sin sorpresa que se trataba de la casa de los Grajales. Me introduje por la misma ventana que había forzado la mujer y me dirigí a la cocina. Al avanzar por los corredores, me di cuenta de que algo había sido liberado ahí adentro, algo que se adueñaba de la casa misma, una especie de muerte retenida durante demasiado tiempo.

Descubrí a Carmela sentada en una silla de paja junto a su cocina. Ya no respiraba. Fui a llamar a los mozos para que la transportaran a la Morgue. Mientras cumplían mis órdenes, recorrí la casa, habitación por habitación; pero no pude encontrar lo que buscaba. La gata había desaparecido, dejando eso sí una sensación de vacío irremediable, algo tremendo ante lo cual uno solo deseaba retroceder. Y de pronto recordé la frase de Miguelito: "El único pecado es estar solo, ¿verdad?"

Al día siguiente telefoneé a la Morgue para saber de qué había muerto Carmela. Uno de mis amigos me dijo:

—Es sumamente curioso. Todavía no se han hecho exámenes prolijos; pero todos los órganos parecen estar sanos. Hasta la fecha lo único que se ha encontrado es la huella de unos dientes en el cuello, al nivel de la carótida, como si hubiese sido mordida.

Colgué. Quise volver rápidamente a mi casa, hablar, sentirme entre otros seres humanos, no estar solo. Tal como había dicho Miguelito, la soledad era el único pecado. Él lo sabía y, sin embargo, la había dejado entrar. Ahora ya era demasiado tarde. Ambos habían sido devorados por la bestia.

Seres de un día

- 1960 -

Ante todo, debo confesar que conocí a estos cuatro seres. Los conocí en distintos momentos de mi vida y cuando el azar nos reunió en ese barco ya algo sabía de sus existencias. Pero fue solo durante ese viaje, el que nos traía de regreso a Sudamérica, cuando llegué a descubrir hasta sus mínimos detalles la historia de lo que les había sucedido.

Porque algo les había pasado.

Teresa, María, Pablo y Eduardo mostraban la huella inobjetable de alguna experiencia que los había impresionado en forma determinante. Se les descubría al contemplarlos, sobre todo al contemplarles los ojos, donde la mirada tenía zonas quietas. Parecían mareados. Y a través de ello quizás se relacionaban.

Más de una vez durante la travesía vi a Teresa caminando por la cubierta con Eduardo y me sorprendió la armonía que se generaba entre ellos. O bien, cuando bajábamos los tres a los puentes de la tercera clase par ver a Maira y a Pablo, de inmediato se establecía entre mis cuatro personajes un clima especial. Cualquiera hubiese creído que se conocían desde siempre, que eran anillos, más que eso, miembros de una misma familia. A ratos conversaban con monosílabos o callaban simplemente y el silencio no parecía pesar. Llevaban a cabo todos los gestos, todas las actitudes, todos los mutismos y expansiones que solo una larga convivencia logra crear.

Sé que las navegaciones son largos compases de espera. Sé que durante ellas las personas reaccionan de modo muy diferente a como lo hacen sobre la tierra firme. Después de todo, en un barco uno va aislado, casi como un niño en su universo, con sus horas de sueño, sus horas de comida, sus entretencciones reglamentadas y un cierto orden impuesto que alivia de toda preocupación y de cualquier responsabilidad. Pero estos cuatro seres parecían sustraerse aun a esa vida y crear la suya propia donde se encontraban los unos con los otros.

En un comienzo todo esto me sorprendió. Y poco a poco la curiosidad me fue ganando. Empecé a preguntar, a conversar, a adentrarme en las verdaderas razones y en los hechos que permitirían explicar ese secreto que sentía tan vivo en todos ellos.

Nunca pensé escribir estas historias hasta una tarde en que estábamos los cinco reunidos en la cubierta superior del barco. El sol acababa de ponerse y persistía su luz, velada ahora es cierto, velada y un poco grisácea, a lo largo del horizonte. Teresa estaba reclinada sobre una silla de lona. Maira permanecía quieta, las manos sobre su falda y la mirada distante. Pablo se había apoyado en la baranda y contemplado cómo la proa iba cortando el agua. Eduardo fumaba y su gesto, el de llevar el cigarri-

llo a los labios de vez en cuando, era el único movimiento que se percibía. Fue entonces cuando sentía la urgente necesidad de escribir estas historias. Tal vez la calidad del silencio que planeaba sobre nosotros me llevaba a hacerlo. Un silencio liviano, y, al mismo tiempo, profundo: es así como mejor puedo describirlo. Lo cierto es que me sentí contagiado por él y experimenté una poderosa sensación de armonía, como si el mundo estuviese girando en el eje que le era propio. Por primera vez me supe integrado a un sistema total.

Al volver a mi camarote, quise explicarme muchas cosas y entonces me sentí a escribir. Pensé que a los mejor así, sobre el papel, en blanco y negro, estos seres lograrían entregarme, o por lo menos acercarme, a esa verdad que guardaban.

Luis Alberto Heiremans

Paris, 30 junio, 1960.

Teresa

- 1960 -

No porque estuviera en París iba a cambiar su manera de vivir. Al fin y al cabo ella había sido educada en cierta forma y era difícil enmendar rumbos a los treinta años. Por eso se hacía traer el desayuno a la cama, dejaba una novela cerca por si sentía deseos de leer, colocaba el teléfono a su diestra, ahí donde la mano pudiese coger el fono sin hacer esfuerzos, y no se levantaba hasta la hora en que José Pedro llegaba a almorzar.

Le gustaban esas mañanas propias. Pensaba, recordaba o simplemente permanecía con la mente en blanco, mirando el techo, dejando que el tiempo transcurriera a su alrededor. A ratos sentía ruidos: las sirvientas que hacían el aseo (aquí, a París, solo había traído dos), el timbre de vez en cuando, el ruido de un automóvil que cruzaba sobre el asfalto húmedo como si aplastara algo. Pero las más de las veces se refugiaba en un silencio absolutamente muerto y el hacerlo le reportaba un gran bienestar. "Aquí estoy bien -se decía-. Aquí es donde soy más yo".

A mediodía llegaban los niños del colegio. Irrumpían en su pieza arrasando los bolsones y gritando las palabras francesas que les habían enseñado esa mañana. Tristán ("¡Qué idea ponerle Tristán a un niño tan chico!", había dicho su suegra), el menor, llegaba siempre el último. Cuando los otros hacía ya rato que saltaban sobre su cama, él aparecía en la puerta, con un bolsón inmenso que apenas podía, y se quedaba mirándola como si estuviera solicitando permiso para entrar. La madre le sonreía. No podía negarlo: ese era un preferido. Entonces él avanzaba muy lentamente, dejaba el bolsón junto a la cama y la besaba. Más de una vez Teresa se preguntó si el niño no percibía dentro de la pieza ese silencio en el que a ella le gustaba encerrarse. Quizás si por eso, por el temor de romperlo, se desplazaba con tales precauciones.

Mientras los niños almorzaban, ella se encerraba en el cuarto de baño. Y cuando a la una y media aparecía José Pedro, la encontraba vestida y peinada, afanándose en los quehaceres de la casa. Nunca supo de aquellas horas que ella le robaba a su vida en común.

A veces el teléfono sonaba mientras estaba en cama. Casi siempre era un compatriota, de paso por París, que la llamaba para darle noticias de su familia y preguntarle dónde se compraban los servicios de porcelana más

baratos. Ya había perdido la costumbre de conversar como lo hacía antes, sin tener mucho que decir, con ociosidad, alargando las pausas y sembrando las frases de puntos suspensivos. Ahora su tono era más cortante e iba derecho al grano. Quizás en ese aspecto París y Ginebra, donde José Pedro estuvo destinado antes, la habían hecho cambiar. En otras ocasiones escuchaba la campanilla del teléfono desde el baño. Demasiado cómoda para salirse del agua e ir a contestarlo, llamaba a la sirvienta para que lo hiciera. Rosa acudía rezongando, porque nunca le había gustado hablar por teléfono y menos en este idioma que no comprendía.

Teresa la escuchaba debatirse. Tal como esa mañana cuando llamó Verónica. Primero oyó varios *oui* y luego algunos *madame* y, por último, un *attendez* que era lo más que los niños habían logrado enseñarle. Después apareció en la puerta de la pieza de baño y dijo:

–No entiendo ni una palabra. Si quiere, hable usted.

–¿No ves que estoy en la tina?

–Sálgase. Ya va a llegar don José Pedro.

–Bueno. Dile que espere.

Mientras se envolvía en la sábana de baño, Rosa gritó varios otros *attendez* por el teléfono. Y cuando ella misma tomó el fono, lo primero que oyó fue una risa.

–¿Aló?

–Hablas con Verónica –contestó la voz que reía.

–¿Verónica?

–Sí, la hija de tu tía Chepa.

Teresa hizo un esfuerzo para recordar quién era su tía Chepa.

–¿Quién me contestó? –dijo la voz que reía siempre.

–La empleada.

–Con razón. Imagino los problemas de la pobre... ¿Y cómo estás tú?

–Muy bien. ¿Y tú? –preguntó Teresa, sin lograr ubicar entre sus relaciones a una tía Chepa. Pero siguió conversando con gran naturalidad. Estaba acostumbrada a estos personajes un poco borrosos que emergían de vez en cuando. ¿Hace mucho que llegaste?

–Apenas una semana. No te había llamado antes porque no tenía con qué pagar la comunicación. En este país hay que pagar cada vez que se habla por teléfono.

–¿Cómo?

–Estoy pobrísima. O más bien lo estaba, porque ayer conseguí trabajo y las cosas se van arreglando.

–Perdóname, pero...

–Sí, ya sé que no te acuerdas de mí. Soy la hija de esa amiga de tu mamá. Y Teresa no la dejó terminar.

–¡La tía Chepita! –exclamó.

-La misma.

Ahora también recordó a Verónica. Una muchacha pálida y delgada, mucho menor que ella. La recordó sentada junto al piano, junto a un piano inmenso, en el salón de su tía Chepa. Hacía años que no la veía. Desde esa ocasión en que había ido a presentarle José Pedro a su tía Chepa.

-Pero ¿qué estás haciendo en París? ¡Qué gusto escucharte! ¿Viniste con tu mamá? ¿Cómo está?

-No sé.

-¿Cómo?

-No sé, porque me arranqué de la casa.

Teresa, que hasta entonces se había mantenido de pie junto al teléfono, se dejó caer sobre la cama. La sábana de baño resbaló hasta su cintura.

-¿Te arrancaste de dónde?

-De la casa. Después te cuento. ¿Por qué no me vienes a ver? Estoy en un hotel de la calle Monsieur le Prince, el Prince. Ven esta tarde.

-Hoy no puedo. Voy a ir a una exposición de pintura.

-¿Qué exposición? Me entusiasma la pintura.

-La de Calder. ¿Te gustaría ir?

-No, no creo. Después del trabajo estoy demasiado cansada. Tengo un turno de once a cuatro y después otro de siete a diez.

-Pero ¿qué es lo que haces?

-Lavo platos.

-¡Platos!

-Sí, en un restaurante. Pero después te cuento. Ven a verme entre cuatro y siete.

Junto con Eduardo, un compañero de oficina de su marido, visitó rápidamente la exposición de Calder. Sabía que al hombre no le interesaba mayormente esos *mobiles*. Si accedió a acompañarla era porque pensaba que ella era una presa fácil. En todo momento se lo hizo sentir; acercándose en forma torpe, rozándole el brazo y diciéndole piropos que la exasperaban. Eduardo era muy gordo, bastante simpático, lo que suelen llamar una buena persona. Tenía fama de oportuno además. Pero Teresa reconocía en él a todos los amigos de su hermano, a todos aquellos que ahora eran latifundistas o abogados, buenos para las fiestas y mejores para la cama, como se bautizaban a sí mismos.

-Eduardo, no me diga las mismas cosas que me decían cuando tenía quince años.

-¿Que ya era tan buena moza a los quince años?

Y reía estentóreamente en el silencio de la galería. Teresa avanzaba rápidamente a través de las salas, y así, al cabo de una media hora, volvieron a salir a la calle.

—Vamos a tomarnos un trago para pasar todo este arte — propuso Eduardo.
—¿Dónde?

—Aquí cerca.

—¿Una diligencia? No se le vaya a ocurrir engañar a José Pedro con alguien que no sea yo.

Y volvió a reír, vaciando toda esa vitalidad que parecía no poder almacenar.

—Otro día — accedió Teresa.

—Bueno, otro día.

“Esa condición tiene Eduardo — se dijo Teresa al alejarse por la calle —. Nunca se enoja. Parece que no tiene prisa ni inquietudes. Se diría un hombre con su vida trazada en forma perfecta frente a él. Seguirá su carrera diplomática, escalafón por escalafón, grado por grado, y al término llegará... ¿adónde? Decididamente es un hombre a quien ya nada puede sucederle. Como a mí. Tengo una existencia diseñada en torno a un marido y tres niños”. Y trató de especificar esa existencia. Pensó: “¿Cómo es el rostro de José Pedro? ¿Qué terno se puso hoy día? ¿De qué me habló a la hora de almuerzo?”. Pero no pudo contestarse esas preguntas. “¿Y mis niños?”. Al único que recordó de inmediato fue a Tristán. Los ojos grandes, sorprendidos, de Tristán, con una mirada que parecía ir más allá de las cosas. Y de todo lo que era, de todo lo que la rodeaba, de todo lo que día a día pasaba a su alrededor, esa mirada fue lo único que logró evocar.

El hotel Prince era un edificio estrecho con un letrero en la puerta donde se leía que arrendaban piezas por un mes o por un día, una entrada maloliente y una *concierge* malhumorada.

—Dieciocho. Quinto piso —le contestó al preguntarle por Verónica. Y Teresa ascendió con esfuerzo por la escalera empinada donde, de trecho en trecho, se abrían los cubículos de los excusados. Al llegar al cuarto piso, cruzó un muchacho que bajaba. Tuvo que apegarse al muro, porque él descendía con ímpetu y casi la atropelló. Alcanzo a divisar su silueta alta, el pelo crespo y una mirada muy intensa, muy semejante a la de su hijo Tristán.

Verónica todavía se parecía al recuerdo que Teresa conservaba de ella. La misma palidez, la misma flacura: un rostro afilado, sin atractivo, y un cuerpo en el cual solo se diseñaban huesos. Estaba lavando ropa en su lavatorio, y al escuchar que alguien entraba, dio vuelta la cabeza.

—¡Tere! —exclamó—. ¡Qué gusto verte! Me entusiasma que hayas venido. Espera que voy a secarme las manos.

Se acercó a Teresa y la besó en la mejilla. La mujer sintió el olor del jabón ordinario y tuvo un pequeño movimiento instintivo de defensa. Miró el cuarto y no pudo dejar de comentar:

—¿Aquí vives?

—Sí —contestó Verónica—. ¿Qué te parece? Del palacio de mi mamá a esta pieza de hotel.

Lo dijo sin la menor acidez. Y luego procedió a contarle lo que había sucedido. Sí, era cierto, se había arrancado de su casa. Su madre no quería darle permiso para viajar sola a Europa y por eso esperó cumplir veintiún años y, al día siguiente, solicitó un pasaporte, vendió un prendedor que su abuela le había regalado cuando terminó los estudios, y se embarcó.

—Pero ¿por qué? —preguntó Teresa.

—Porque tenía que venirme.

—¿Por qué?

—Porque sí. Porque tenía que venirme, y sola, sin mi mamá.

Teresa miró a la muchacha y vio que trataba de buscar alguna razón concreta para explicar lo que había hecho. Pareció barajar varias y por último, encongiéndose de hombros, concluyó:

—Porque sí.

Verónica poseía una gran vitalidad. Se desprendía como electricidad de su cuerpo, de sus manos, de su mirada. Qué distinta a la vitalidad fofa y pesada de Eduardo, comparó Teresa. La de verónica era casi angustiada, anhelante y posesiva a la vez, queriendo verlo todo, probarlo todo. “Es una persona ávida”, se dijo Teresa. Y la palabra ávida evocó la boca abierta de un pez pegada al cristal de una redoma.

—Pero ¿qué dijo tu madre?

—Le escribí desde el barco. Pensé que aquí en París encontraría una carta suya desheredándome. Pero nada.

—¿Sabe tu dirección?

—No.

—Entonces, ¿cómo quieres que te escriba? ¿Has ido a la embajada a ver si hay alguna carta?

—No. La verdad, Tere, es que no tengo muchas ganas de saber lo que piensa. No me entusiasma la idea. No me importa, ¿sabes?

Mientras hablaba ponía en orden el cuarto. Teresa notó entonces que había una sola cama, deshecha todavía, pero entre las sábanas vio los pantalones de un pijama. Miró hacia el ropero cuyas puertas estaban abiertas y descubrió un terno y un abrigo de hombre. Verónica sorprendió su mirada.

—Sí, Tere, no vivo sola. Pero no vayas a pensar nada raro.

Teresa tuvo ganas de reír. ¡Nada raro! Y todo eso le pareció muy extraño, sobre todo al recordar a su tía Chepita, una especie de pilar de la honrabilidad, siempre vestida de negro, que había hecho construir una capilla en su fundo e invitaba sacerdotes a veranear para que celebraran misas diarias. ¡Nada raro! Teresa miró a esta muchacha quince años más joven que ella, educada seguramente en las monjas, como ella, que provenía de

un mundo semejante al suyo y que sin embargo era tan distinta. La veía ahí, doblada sobre el lecho, estirando las sábanas, ordenando el pijama y la escuchaba explicar:

–Vivimos juntos, Tere. Pero no somos verdaderamente amantes.

–¿Qué quieres decir: *verdaderamente*?

–Tú comprendes.

La verdad era que no comprendía. Y se dio cuenta de que ahí radicaba el precipicio entre ambas. Algo había sucedido en esos quince años, entre una generación y otra, porque ella no comprendía por qué se había arrancado de su casa, no comprendía por qué vivía en esta pieza miserable. Para Teresa “porque sí” no era una razón.

Teresa se sintió vieja. Así, de golpe. Eso fue lo que sintió: vejez. Verónica estaba sentada frente a ella, estrujando la ropa que acababa de lavar. Cogía las prendas y las torcía con un movimiento súbito, como ella nunca habría sabido hacerlo. Y Teresa pensó que tampoco lo aprendería ya, porque estaba demasiado vieja. “Qué tontería” –se replicó de inmediato–, tengo treinta y cinco años y una vida por delante.” Pero volvió a pensar en lo que se había dicho en la calle, al separarse de Eduardo: “Tengo una vida trazada, con un marido y tres niños, ya nada me puede suceder. En cambio, Verónica se entusiasma con todo. Se diría que para ella lo que acontece es una maravillosa aventura, llena de hechos inesperados, y que esta pieza, este hotel, esta calle, París entero, han sido creados para que ella viva esa aventura”.

–¿Estás enamorada? – preguntó de pronto. Esa podría ser una razón.

–¿De quién?

–De... – y no supo cómo nombrarlo – de la persona con que vives.

–No – rió Verónica –. ¡Cómo se te ocurre!

Teresa no quiso entonces seguir pensando.

–¿Necesitas algo?

–¿Te vas a ir?

–Desgraciadamente estoy invitada a una comida.

–Tan llena de compromisos. ¿Cómo puedes vivir?

–Me casé con un diplomático – y apenas había pronunciado la frase, le pareció absurda, como el título de algunas memorias escritas por una mujer ociosa. Quiriendo destruir el efecto, agregó –: Y tengo que ver a los niños antes que se duerman. Tengo tres niños.

–Tienes que presentármelos. Me entusiasman los niños.

–Por supuesto. ¿Por qué no te vienes a almorzar o a comer a la casa?

–No puedo, Tere. Son las horas en que trabajo. Te advierto que me costó mucho encontrar una ocupación y no quiero perderla. Tú sabes que no les dan permiso a los extranjeros para trabajar. Yo lo hago de contrabando. Si

llega la policía, tengo que decir que soy sobrina de la dueña. Una vieja gorda con olor a ajo – rió –. ¡Supiera mi mamá!

–¿Y lavas platos?

–Sí.

–¿No es muy pesado? ¿No quieres que le pregunte a José Pedro si te pueden emplear en la embajada?

–No. No podría trabajar en una oficina. Me volvería loca. Además el horario del restaurante me acomoda mucho, y me dan comida, y después tengo horas libres para pasear por París. ¡Me entusiasma París!

–Bueno, ¿cuándo vienes a la casa?

–Yo te llamo.

Era lo que le decían sus amigas cuando se despedían y esa frase tan usual le pareció extraña en este cuarto sin luz. Teresa estuvo tentada de ofrecerle dinero y aun hizo un gesto, el de abrir su cartera, pero Verónica la detuvo:

–No seas tonta. No necesito nada.

Se despidió entonces y mientras a tientas buscaba la baranda de la escalera, porque en ese piso la ampollita se había quemado, escuchó que Verónica le pedía:

–Por favor, no le escribas a mi mamá. No quiero saber de ella por un tiempo, no quiero saber de nada ni de nadie. Créeme, Tere, estoy muy contenta así como estoy.

Teresa salió a la calle y sin saber por qué recordó una de las frases que le había dicho Verónica: “¿Cómo puedes vivir?” Subió a un autobús y durante todo el camino escuchó la voz de la muchacha repitiéndole esas palabras al oído, y ni siquiera en su casa, frente al espejo, mientras se cambiaba el vestido, cesó de oírlas.

–¿Qué te pasa? – le preguntó José Pedro. Él tenía la costumbre de inquirir, no porque creyera que algo le sucedía, sino como una manera de iniciar una conversación. Pero esta vez Teresa se dio vuelta y le contó todo lo que había sucedido esa tarde.

–Lo mejor será desentendernos –concluyó José Pedro mientras se anudaba los cordones de los zapatos–, por lo menos hasta que suceda algo. Hay demasiadas complicaciones de esta especie en la embajada. Parece que todos los jóvenes con problemas hubieran decidido venirse a París a solucionarlos. Lo peor es que nosotros tenemos que hacerlo. ¿Cómo? Buscándoles pasajes gratis para devolverlos a sus casas. Ya veremos lo que sucede.

Teresa miró a su marido y vio que se había puesto su terno oscuro, que tenía el rostro un poco congestionado por la posición en que se hallaba, doblado sobre sí mismo, anudándose los cordones de los zapatos. “Qué tiempo que no lo miraba –se dijo– y qué viejo está, casi tan viejo como mi

papá. ¿Y yo? ¿Habré envejecido?”. Al avanzar hacia el espejo, miró la cabeza de su marido.

—José —exclamó de pronto—, te estás quedando pelado.

El se irguió con cierta rabia.

—Sí. ¿No te habías dado cuenta? —preguntó.

—No. No me había dado cuenta.

Durante la comida tuvieron que escuchar la conferencia que un compatriota, un ganadero que visitaba Europa, dio sobre la Monna Lisa.

—Yo no sé lo que le encuentran —decía—. Tiene una cara, y perdóname la expresión, de estarse sentada encima de todos. Se sentó sobre ese tipo que la pintó, ¿cómo es que se llamaba?, y ahora se sienta encima de nosotros, de los que la miramos.

—No exageres, viejito —interrumpió Eduardo—. Yo la fui a ver el otro día y no se puede negar que tiene algo. Por lo menos se comprende que es una mujer. Pregúntele a Tere lo que fuimos a ver hoy. Unas especies de pesos fuertes colgando de unos cordeles. ¡Hay que verlos!

—¿Fueron a una exposición? —preguntó José Pedro desde el otro extremo de la mesa.

Teresa no le había contado a su marido que iba a visitar una exposición con Eduardo. No pretendía crear misterio ni suspenso, simplemente lo había olvidado. Miró a José Pedro pronta para dar una explicación. Pero su marido permanecía imperturbable, vestido de oscuro, con la camisa immaculada y las manos concienzudamente colocadas a lo largo de los cubiertos. “Es la imagen perfecta del diplomático de carrera”, pensó Teresa, y resolvió no hacer ningún comentario respecto a su salida con Eduardo. Pero este se apresuró a hacerlo.

—Sí, fuimos a una exposición de un tipo, no sé si llamarlo pintor, como nombre de automóvil. Tienes que ir a verlo. Son esas cosas que se ven acá y en ningún otro lugar.

—Voy a ir —prometió José Pedro, y Teresa odió la forma en que lo decía.

“¿Qué me pasa esta noche? —pensó la mujer—. ¿Por qué estoy tan malhumorada?”. Pero ya la conversación giraba hacia otros tópicos.

—Yo quiero que me muestre París, Eduardito —pedía la esposa del ganadero—. Y usted sabe cuál, el malo, el que no les muestras a las señoras.

—¿Y para qué, mi hijita, cuando conmigo tiene todos los Parises del mundo?

Eduardo celebró intensamente la salida de su amigo y, a su vez, empezó a relatar una larga historia a propósito de una mujer que no creía que los niños venían de París. Reía en medio de las frases, se secaba el sudor y gesticulaba con la mano que sostenía el pañuelo. Su bonhomía era contagiosa y al cabo de un rato los comensales reían y aplaudían sus salidas. Pero Teresa se mantenía muda. “¿Qué me pasa? ¿Qué me pasa? Tengo que ha-

cer un esfuerzo.” José Pedro la miraba a través de la mesa y de vez en cuando le hacía un guiño, imperceptible para los demás, con el cual animaba a unirse a la algazara. Mas ella no podía hacerlo. Por último, cuando todos decidieron ir a “seguirla”, como dijo el ganadero, Teresa pidió que la fueran a dejar a su casa.

—Me siento mal. Me duele mucho la cabeza. No quiero echarles a perder la fiesta.

—Yo te acompañaré —dijo José Pedro.

—Anda a dejarme y vuelves.

No hablaron dentro del automóvil.

—¿Trajiste una llave? —preguntó él cuando se detuvieron frente al edificio.

—Sí —contestó Teresa—, muchas gracias. Trata de no despertarme cuando vuelvas.

Se mantuvo junto a la mampara de su casa, esperando que se desvaneciera el ruido que hacía el auto al alejarse. La noche estaba fresca, era una de las primeras noches de otoño. Tuvo deseos de caminar un poco por las calles adyacentes. No lejos se erguían los Inválidos. “Daré una vuelta hasta allá”, se dijo. Pero decidió no hacerlo y penetró en el vestíbulo. De inmediato se encendió una lucecita en la pieza de la *concierge*, ella gritó su nombre y la luz se apagó. Quedó en la oscuridad entonces, esa pieza con suelo de mármol y la jaula del ascensor en una esquina. La atmósfera era aún más fresca aquí en la calle y Teresa se arropó con su abrigo. “Tengo que pensar algo, tengo que decidir algo, hay algo que debo solucionar. ¿Pero qué?”. Mientras subía en el ascensor, muy lentamente, en ese ascensor abierto hacia todos lados, creyó retroceder en el tiempo, antes, antes, cuando todavía no se había casado, y recordó que, al volver de un baile, se había hecho las mismas reflexiones: “Tengo que pensar alto, tengo que decidir, hay algo que debo solucionar”. Tal como ahora se había formulado la misma pregunta: ¿Qué, qué es lo que debía pensar y resolver? ¿Qué? Le pareció que su vida, desde entonces, no había cambiado. “Soy exactamente la misma y sin embargo han pasado casi veinte años. En el intertanto me casé y tuve tres hijos. Estoy casada, estoy casada”, se repitió una y otra vez, como para convencerse de que ella era una realidad. Y la pregunta que Verónica le había hecho en la tarde surgió nuevamente. “¿Cómo puedes vivir?”. Y junto con llegar el ascensor a su piso, se contestó en voz alta: “Lo cierto es que no vivo. Es como si nada me hubiera pasado desde entonces. Y lo que ha sucedido es como un sueño, no, un sueño no, más bien algo que ha ocurrido en torno mío sin que yo haya tenido la necesidad ni la obligación de participar en ello”.

Salvo Tristán tal vez, Tristán que ahora la esperaba con los ojos abiertos en la oscuridad para contarle una larga historia a propósito de un caballo

con un cuerno en la frente que había visto esa tarde en el parque. Ella escuchó su relato, lo besó, le dijo que se durmiera, que mañana irían juntos a ver el caballo, y salió del cuarto de los niños.

Se acostó, pero no pudo dormirse. Trató de leer, tomó una pastilla, llenó un baño de agua tibia y estuvo dentro de él durante una hora. Mas cuando José Pedro llegó, ella todavía estaba en pie.

-¿No te sentías mal?

-Sí, pero no pude dormir.

-Vengo agotado.

-Son cerca de las cuatro.

-Tuvimos que recorrer todas las *boites* y luego ir a comer a un cafetín des Halles.

-¿Y por qué no te volviste antes?

-Imposible. Carlos tiene mucha influencia con este gobierno. Había que atenderlo.

Y en el momento de acostarse, le preguntó:

-¿Por qué no me habías contado lo de Eduardo?

-¿Qué?

-Que ibas a exposiciones con él.

-¡José! Es la primera vez que voy.

-¿Y por qué no me lo dijiste?

-No sé, se me olvidó.

Y mientras apagaba la luz, exclamó:

-Mejor que no salgas con él sola. No es por ti, no. Tengo confianza. Es por los colegas. Podrían verte, e imagínate los comentarios. Una embajada, Tere, es como un pueblo chico.

Y tal como la luz, se apagó la voz en la oscuridad. Teresa también se había acostado. Durante un segundo apareció desdoblarse, y, desde lo alto del techo, contemplar esas dos figuras, la suya y la de su marido, de espaldas en los lechos, rígidos, como dos estatuas yacentes sobre la losa de una tumba. Pensó en Verónica, en el cuarto, en la cama deshecha y en el hombre que en ese momento dormiría abrazado a ella. Se levantó entonces sin hacer ruido y, acercándose a José Pedro, lo besó.

-¿Qué pasa? -preguntó él súbitamente alarmado.

-Nada. ¿Te importaría que esta noche durmiera contigo?

-Estoy tan cansado, Tere. Y bien sabes que no puedo pegar los ojos con otra persona en la misma cama.

-No importa entonces.

Volvió a su lecho. Dejó pasar algunos segundos. No quería pensar sino en cosas que la distrajeran de todo lo que sentía dentro de sí. Por eso se aferró al relato de su hijo Tristán, a la historia del caballo con un cuerno en

la frente que había visto en el parque, y cuando ya casi había visualizado el unicornio, la voz de José Pedro la sorprendió:

—¿Tienes muchas ganas de dormir conmigo? Ven, si quieres. ¿Tienes muchas ganas?

—No. No tengo muchas ganas.

Y era verdad.

No pasó mucho tiempo antes que Verónica volviera a llamarla.

—¿Cómo has estado?

—Muy bien. Lavando platos siempre, pero muy contenta.

—¿Y cuándo vienes a vernos?

—Justamente te quería pedir un favor. Aquí en el hotel no hay baño y me encantaría que me invitaras a bañarme.

Teresa rió

—Cuando quieras.

—El viernes entonces. El viernes cierra el restaurante y tengo el día libre.

Teresa organizó todos los detalles de ese baño como quien se preocupa de una comida de etiqueta. Colocó toallas limpias, compró un jabón especial y sacó de su armario un frasco de sales que alguien le había regalado para Navidad. Lo hizo con gran alegría, como si fuera a ofrecer una fiesta y, a las cuatro de la tarde cuando llegó Verónica, la recibió con la sonrisa con que uno acoge al invitado de honor.

No venía sola. Tras ella se erguía la figura casi alámbrica de un muchacho alto, con los cabellos revueltos y la mirada intensa. Teresa lo miró atentamente, como si estuviera a punto de reconocer a alguien.

—Te presento a Tristán —dijo Verónica.

La mirada de su hijo. Eso era lo que recordaba y súbitamente se vio en la escalera del hotel Prince, apoyada contra la pared, mientras ese muchacho bajaba rápidamente.

—Ya nos conocíamos —rió Teresa—. El día que te fui a ver, creo que me encontré con él en la escalera.

—Te debe haber atropellado. Tiene la costumbre. Siempre anda atrasado y no mira a quien pisa. Es un hombre feliz.

Se dio vuelta entonces hacia su compañero y tradujo para él lo que Teresa y ella acababan de decir. Tristán sonrió. Tenía los dientes anchos y largos. Extendió su mano hacia Teresa y con cierta timidez desenfadada dijo “perdón” en vez de “buenas tardes”. Al empuñar la mano, la mujer comprobó que era nerviosa, tensa, alerta, una mano llena de tendones y nervios.

—Lo traje porque también quería bañarse. ¿Te importa?

Y acto seguido penetraron en el departamento. Con esos abrigo de tela espesa y militar, con esas bufandas de colores vivos, despeinados, un poco sucios y tan libres, desentonaban en el salón de muebles franceses y cortinajes

drapeados. "Son como dos refugiados –meditó Teresa–, dos prófugos que acaban de atravesar una frontera". Los miró mientras contemplaban los cuadros y sorprendió entre ellos miradas de sorna cuando enfrentaron una naturaleza muerta que José Pedro acababa de comprar en un anticuario. Ahora fue Teresa quien se sintió extranjera, extranjera en su propia casa, y por un instante pensó dejarlos solos. Era tal la vitalidad que se desprendía de esos muchachos que todo lo que los rodeaba y que no tuviera relación con ellos se hacía superfluo, incluso ella.

–Lo mejor será que Tristán vaya a bañarse primero –dijo Verónica–; mientras tanto nosotras podemos conversar.

Mientras el muchacho desaparecía en la sala de baño, Verónica se sacó el abrigo, lo dejó sobre uno de los sillones de tapicería y se sentó junto a Teresa.

En pocas palabras le contó cómo había conocido a Tristán. Fue el día que llegó a París, en un café cerca de Saint-Germain. Ella estaba sola en una mesa y el muchacho se acercó a venderle dibujos. Le contó que él no pintaba, que era astrónomo (y Teresa, sin saber por qué, rió ante la palabra) y que trabajaba con un amigo pintor a porcentaje. Se habían seguido viendo casi todos los días y, al cabo de una semana, decidieron vivir en el mismo hotel. Es una manera de ahorrar, explicó Verónica.

Teresa no preguntaba cosa alguna. Escuchaba simplemente. Sentada ahí en ese sofá donde tantas veces había tomado el té con sus amigas, le parecía estar ahora con una que le contaba el argumento de un libro. Todo lo que Verónica decía le semejaba irreal, algo que nunca habría podido sucederle a ella, en verdad un argumento de libro. Y sin embargo esa muchacha hablaba como ella, se comportaba como ella cuando estaban solas, venía del mismo mundo que ella. "¿Qué nos ha pasado? –volvió a preguntarse Teresa–. ¿Qué ha sucedido en el universo entre esta generación y la mía? ¿O seré yo acaso la que se ha quedado atrás? ¿Seré yo la que no ha sabido vivir? Yo a quien nada ha sucedido, porque todo se me ha ido presentando en forma paulatina, graduada, sin que siquiera me dé cuenta que las cosas llegan, que las cosas se van, que es vida y nada más que vida lo que transcurre en torno, eso en lo cual nunca me he sumergido porque no he tenido necesidad de hacerlo. Mi madre, mi familia, mi situación me protegieron en un comienzo y luego José Pedro. Me casé y he tenido tres hijos sin siquiera darme cuenta lo que significa, sin siquiera conocer las responsabilidades que todo esto trae. ¿Cuáles son esas responsabilidades? ¿Cuáles? Hasta ahora me ha bastado con desempeñarme de acuerdo con los hechos diarios, con lo que me pide José Pedro, con los problemas mínimos de los niños. Pero ¿he vivido acaso? Hoy, a los treinta y cinco años, puedo preguntármelo: ¿He vivido realmente?". Teresa no podía contestarlo. No sabía cómo. Y mientras Verónica seguía hablando, ella se decía: "¿Y por qué

Verónica? Ella debiera ser como yo. Tuvo la misma educación, los mismos principios, idénticos prejuicios, creció igual que yo en un mundo donde todo es fácil, trazado e ineludible. Pero ¿es ineludible? ¿Lo es realmente? ¿Por qué ella entonces se vino, sola, a París y está viviendo con un hombre en un hotel y no le importa lo que diga su madre, lo que piense el universo? ¿Es acaso vivir eso?”. Trató de concentrarse en lo que la muchacha decía y logró comprender frases, palabras, pero no el sentido general. Lo cierto era que estaba demasiado preocupada con sus propios problemas.

En ese momento se escuchó la voz de Tristán que llamaba a Verónica. Pocos segundos después apareció en el salón, limpio, con el cutis fresco y la mirada clara del que se acaba de bañar. Teresa se sintió reconfortada por su aparición. Trajo consigo una especie de armonía, de equilibrio, que en ese instante le era muy necesario.

Ahora fue él quien se sentó a su lado mientras Verónica iba a bañarse. Teresa le ofreció algo que beber y él rehusó.

–Gracias –le dijo–. Le aceptaría sí un vaso de agua. Tengo una sed horrible. No estoy acostumbrado a estos baños tan calientes. ¡Mire!

Y extendió hacia ella sus manos, mostrándole la yema de los dedos arrugados por el agua tibia.

–Dígame si no parecen manos de viejo – y las empuñó con fuerza.

–Voy a ir a buscárselo –exclamó Teresa saliendo de la pieza.

En la cocina encontró a Rosa muy enojada.

–Viera cómo han dejado la alfombra de su pieza. Yo no pienso secarla. ¡Qué gente tan mal criada!

Cuando ella volvió con el vaso de agua, Tristán le daba la espalda. Se había acercado a la ventana y miraba hacia la calle. “Qué curioso –pensó Teresa–, parece una de esas esculturas que vi la semana pasada en la exposición de Giacometti”. Y se mantuvo un segundo inmóvil en la puerta, tal como lo había hecho siete días antes en la galería. El muchacho le produjo idéntica sensación: encontrarse de pronto frente a algo depurado y real a la vez.

Tristán bebió el agua con avidez.

–Uno de mis hijos se llama Tristán –exclamó Teresa–. En mi país es un nombre muy raro. Todos me creyeron loca cuando lo bauticé así.

–Es un nombre que tiene sus defectos.

–¿Cuáles?

–Ante todo, evoca otro. No es un nombre solitario. Si uno se llama Carlos, se llama así simplemente. En cambio cuando uno escucha la palabra Tristán, de inmediato se piensa en Isolda. ¿Me comprende?

–Lo cual no deja de ser agradable, siempre que se tenga una Isolda –rió Teresa, y de inmediato se dio cuenta de lo tonta que era su frase. A este

muchacho no se le podía hablar en ese tono. Y varió—: Cuando nació mi hijo, yo estaba loca por la música de Wagner. Acababa de descubrirla.

—Mi madre también era wagneriana. Era de temperamento muy romántico. Como usted sin duda.

—Y usted ¿no lo es?

—No.

Fue definitivo en su respuesta. Y Teresa quiso saber más.

—¿Por qué?

—Porque no son tiempos para ser romántico, pero supongo que sobre todo será porque no tengo disposiciones para ello.

—¿Cuáles son esas disposiciones? — Inconscientemente Teresa empezó a coquetear con él, tal como lo había hecho siempre que se encontraba frente a un hombre. Era la única manera que le habían enseñado para tratarlos. Pero Tristán no pareció seguir ese juego y contestó muy serio:

—El ser ocioso. Y yo no lo soy.

—Verónica me ha dicho que quiere ser... astrónomo — le costó pronunciar la palabra, como si fuera una expresión leída en un libro de cuentos medievales.

—Sí, me interesa mucho la astronomía. Y todo el mundo del futuro está encaminado hacia allá.

Verónica apareció en ese momento.

—¡Ah! ¡Qué bien me siento! Es lo único que echo de menos en esta ciudad, los baños. Me entusiasma bañarme. Pero vamos atener que irnos. Ya es tarde.

—Quédense a tomar una taza de té.

—No. Hay que volver a Saint-Germain. Me regalé un par de entradas para ir a un concierto esta noche e invité a Tristán.

Se escucharon unas carreras en el pasillo y algunos gritos. Eran los niños que volvían del parque con Carmen, la cuidadora. Entraron al salón y se detuvieron un poco asustados al encontrarse con Verónica y Tristán.

—Saluden, niños, saluden.

Así lo hicieron y después de algunos segundos Verónica estaba sentada en el suelo jugando como un niño con los otros. Tristán, el pequeño, se había refugiado entre los brazos de Teresa y miraba fascinado a su sosía. Algo extraño había sucedido cuando ambos se enfrentaron. Por un instante las miradas se cruzaron en forma inteligente, como si ya se hubieran conocido. La madre sorprendió esa mirada y sintió miedo. Tuvo en ese instante la más clara sensación de que algo iba a suceder.

Pero muy pronto todo eso no fue más que un recuerdo. Los niños se perseguían a través de las piezas y gritaban y reían. Así cuando Verónica anunció que debía partir, se aferraron a su pollera y no la dejaron moverse. Finalmente los convenció de que volvería la semana próxima.

—¿Por qué no vienes a bañarte este otro viernes? —Teresa formuló la invitación con la mayor naturalidad—. Vengan todos los viernes a bañarse.

Quedaron de acuerdo para hacerlo. Y mientras Carmen se llevaba los niños a la pieza de baño, Teresa se acercó a la ventana y miró cómo la pareja se alejaba por la vereda, bajo los árboles que ya comenzaban a perder sus hojas.

Tristán entró en ese momento en el salón.

—Mamá..., mamá... —llamó.

Teresa se dio vuelta y, como siempre, la sorprendieron los ojos de su hijo, la mirada en esos ojos, la forma como parecía traspasar los objetos. “Idéntica a la del otro Tristán”, pensó.

—Mamá, ¿quién era ese señor?

—Un amigo de tu prima Verónica que se llama Tristán como tú.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Se parece mucho a ese caballo que tiene un cuerno en la frente y que todos los días veo en el parque.

Desde entonces fue costumbre que Verónica y Tristán vinieran a bañarse los viernes. Teresa esperaba ese día con verdadera ansia, como un colegial aguarda los domingos. Le gustaba ver su departamento invadido por esa pareja tan joven que llegaba como un golpe de viento, lo revolvía todo, dejaba la huella de los pies húmedos sobre la alfombra de su dormitorio y las toallas en los rincones. Rosa protestaba semana a semana, pero en una ocasión Tristán le trajo un ramo de violetas, y cambió su actitud censora por una benevolente. Después de algunas semanas, lo adoraba. Solía prepararle tortas especiales, y, después del baño, todos juntos con las empleadas y los niños, tomaban el té sentados en el suelo del salón, riendo y bromeando.

Los niños se ubicaban en torno a Verónica, que les contaba historias de hadas y duendes que se escondían bajo las flores y las empujaban hacia el cielo. “Así es cómo crecen las plantas”, les decía, y los niños asentían maravillados. Tristán explicaba detalles acerca de las estrellas que eran aún más extraordinarios que los cuentos de Verónica, y más de una vez salieron todos al balcón para contemplar un astro especialmente luminoso.

Durante esas tardes de los viernes vivían una existencia absolutamente mágica. A Teresa le parecía retroceder en el tiempo y encontrarle a su vida una cierta lógica, la de su niñez. Después de todo, de repente, se había perdido. En cambio esos niños transcurridos en la casa de sus padres habían sido ricos, ricos en experiencias y en recuerdos. Todos ellos volvían ahora. Sentada entre los dos Tristanes, el viejo y el chico, como los había bautizado, lograba a veces recapturar esos años idos y se sentía tan joven como sus hijos.

José Pedro no aprobaba del todo estas reuniones. Lo cierto era que nunca las presenció. Pero llegaba después del diluvio, cuando Rosa secaba las alfombras y Carmen trataba en vano de acostar a los niños, que quedaban muy excitados.

—¿No crees que es demasiado? —le decía a su esposa.

—No —contestaba Teresa—, les hace bien. Se entretienen.

Y era ella la que más se entretenía, la que habría sido incapaz de sacrificar esas tardes.

Poco a poco fue enhebrando una gran amistad con Verónica. A veces iba a buscarla al restaurante y salían juntas a caminar. En esos paseos sin rumbo llegó a conocer París como nunca antes lo había logrado. Se internaban por calles desconocidas, desembocaban en placitas pequeñas o frente a los grandes monumentos, así, de pronto, como si los sorprendieran.

Al volver al hotel Prince, subían al quinto piso y, mientras Verónica preparaba café en el anafe a alcohol, Teresa abría el paquete de pasteles que acababa de comprar y se sentía feliz. Feliz de estar ahí, más feliz de lo que se había sentido durante mucho tiempo.

Tristán llegaba a veces y tomaba café con ellas. No hablaba mucho y, cuando lo hacía, era en frases cortas, definitivas, como si todo lo que dijese fuera importante y estuviera envuelto en el ropaje necesario. Teresa se sentía un poco intimidada frente a él.

—Me siento tonta — le confió un día a Verónica —. Y creo que nunca más me voy a atrever a hablar delante de él.

—Cómo se te ocurre. No hay que hacerle caso cuando habla con ese tono. Es grave por naturaleza.

—Y tú..., ¿sigues viviendo con él?

—Claro que sí. Qué pregunta más rara, Tere. Parece que te importara.

—¿Qué me importara qué?

—El que yo viva con él.

—¡Qué tontería! ¿Por qué habría de importarme?

Pero al volver a su casa en el autobús tuvo que ser absolutamente sincera y aceptar que en realidad le importaba. El autobús se había detenido frente a uno de los puentes que cruzan el Sena y, en su otro extremo, se divisaba la plaza de la Concorde sobre la que caía una garúa fina. ¿Por qué me importa? ¿Qué tengo que ver con ellos? Ni siquiera me une un grado de parentesco con Verónica. Y en cuando al muchacho, jamás he conversado a solas con él, ni siquiera lo miro, no sé cómo es. Pero también hubo de confesarse que todas estas eran mentiras y que tenía una imagen muy precisa de Tristán. A veces, en las noches, despertaba recordando que había soñado con él.

Y ese día, después de comida, de pronto se sintió molesta, o más bien distinta. Estaba sentada con José Pedro en el salón. Él leía un periódico de

su país y comentaba a ratos las noticias. “Murió Fulano”, decía, o “la Mineral Este subió dos puntos”, y Teresa no lo escuchaba. Había colocado un disco en el fonógrafo, queriendo dar la sensación de que estaba absorta en la música. Pero en realidad pensaba en Tristán. “Qué distinta me siento. Como si no estuviera aquí junto a José Pedro, sabiendo que los niños duermen en la pieza al fondo del corredor. Estoy... –y buscó una palabra que pudiese traducir lo que experimentaba–, estoy muerta. Salvo esa parte de mí que se aferra al recuerdo de Verónica, de mis caminatas con Verónica, de las tardes de los viernes y de Tristán. Lo veo de pie junto a la ventana, tal como lo descubrí esa tarde. Es lo único que logro evocar”. Y pensó en el otro Tristán, en su hijo. “Sí –concluyó–, la mirada de mi hijo y esa imagen junto a la ventana son los dos hechos reales en mi vida. Y qué extraño, los dos se mezclan, se confunden, llegan a ser uno. Se mezclan”, repitió. Y debe de haberlo dicho en voz alta, porque José Pedro sin bajar el periódico exclamó:

–¿Cómo?

–¿Qué?

–Creí que habías dicho algo.

–No. Nada.

Dio vuelta una hoja.

–¿Qué te pasa? –preguntó.

Teresa miró el sillón donde su marido estaba sentado. Su vista se clavó en un anuncio de la primera página del periódico, la fotografía de un hombre alto con abrigo bajo el cual se veía la palabra “Liquidación” escrita en caracteres gruesos. Estuvo tentada de contestar: me pasan muchas cosas, y, acto seguido, contarle todo lo que había experimentado en los últimos tiempos. Pero no se sintió impulsada a hacerlo. Siempre le sucedía lo mismo. Pareciera que las acciones, el ímpetu para llevar a cabo las acciones, nacieran muertas. Faltaba en ella algo esencial, una especie de vitalidad, y eso la hacía permanecer ahí donde estaba, en un sillón frente a un hombre invisible tras un periódico, escuchando una música que no oía.

–No me pasa nada.

Al día siguiente, día viernes, Tristán llegó solo.

–Verónica va a venir más tarde –explicó–. Tuvo un inconveniente.

Carmen todavía no regresaba del parque con los niños. Fuera de Rosa, que trajinaba en la cocina, estaban solos en el departamento. “Por primera vez”, pensó Teresa, y se sintió molesta.

Desde el salón escuchó el ruido que hacía el agua al caer dentro de la tina. También oyó una canción tarareada y percibió el olor del jazmín que había comprado esa semana. Pareciera que sus sentidos se hubiesen aguzado, y, al mismo tiempo, se supo invadida por una gran nerviosidad.

Fue al fonógrafo y lo hizo funcionar. Se escucharon los primeros acordes

del preludio de "Tristán e Isolda". "Esto debe de haber sido lo que oímos anoche, cuando José Pedro leía, cuando yo pensaba", alcanzó a decirse, y ya la música obraba como un sortilegio. Abandonó el salón y caminó lentamente a través del pasillo hacia su dormitorio. Antes de entrar, se detuvo un instante. Miró su mano y vio que temblaba al empujar la puerta.

Tristán en ese momento salía de la sala de baño. Se había envuelto en una toalla y tenía los cabellos revueltos, los hombros salpicados. Al verla, se detuvo sorprendido.

—Wagner... "Tristán" — comentó el muchacho, y por primera vez su voz sonó falsa.

—"Tristán e Isolda" — rectificó ella. De pronto Teresa se sintió muy tonta. Más que eso, la invadió una intensa sensación de ridículo y solo pensó y corrió a la pieza de los niños, donde se sentó sobre una de las camas y dejó que el tiempo pasara, pasara.

Cuando volvió a salir, Tristán ya había partido. Verónica llegó más tarde y ella se guardó bien de contarle lo que había sucedido. Como siempre, la muchacha jugó con los niños. Construyeron una casa con sillas en medio del salón y luego los cuatro se metieron dentro y, en algunos minutos, revivieron el día de una familia. Tristán, el más pequeño, era el padre y naturalmente Verónica fue la hija menor. Teresa no participaba en las alternativas. Desde el sofá los contemplaba, sin verlos realmente, preocupada de la escena que acababa de protagonizar y que sopesada así, con perspectiva, le parecía aún más absurda. "Qué irá a pensar de mí — se decía —. Una vieja de treinta y cinco años que se hace pasar por heroína de drama romántico y abre puertas, lanza miradas al son de Wagner. ¡Qué ridículo! Y sobre todo, qué humillante. No voy a ser capaz de volver a mirarlo".

—Este es el jardín. — Verónica trazaba como un arquitecto los límites de la casa —. Aquí hay un árbol. A ver, pásame esa planta. Eso es... y aquí la casucha del perro..., claro que necesitamos un perro. ¿Lees gustan a ustedes los perros?

—A mí me entusiasman —respondió María Cecilia, la mayor, que ya empezaba a imitar a su ídolo Verónica.

—Entonces anda a buscar uno —le dijo—; y vamos a necesitar otros animales.

—Podríamos traer ese caballo —exclamó Tristán.

—¿Qué caballo?

—Uno que veo todos los días en el parque, uno que tiene un cacho en la frente.

—¡Un unicornio! —gritó Verónica—. ¿Escuchaste, Tere? Tu hijo ha descubierto un unicornio. Cuéntame, cuéntame cómo es.

Y tomó al niño entre los brazos, lo llevó a un rincón y le hizo relatar detalle por detalle la historia del caballo con un cuerno en la frente. Verónica

bebía las palabras del niño, ansiosa de magia, como si deseara creer todo lo que él le decía.

Teresa abandonó sus problemas para mirarla. Se dio cuenta de que la muchacha perseguía la inocencia a través del cuento de su hijo. La perseguía con desesperación. Pareciera creer que esas palabras iban a contaminarla, como una enfermedad, y sedienta de inocencia se exponía a ellas. Entonces Teresa creyó comprender: esa vitalidad que siempre la había sorprendido en la muchacha no era sino la búsqueda angustiada de la inocencia. Todo aquello que ella juzgaba como madurez equivalía a retroceder en el tiempo para encontrar algo que se había perdido, algo en lo cual se podía creer.

Y tal vez ahí también radicara la raíz de la diferencia entre su generación y la de Verónica. “Ella ha perdido su inocencia y la busca con ahínco. Yo no la he perdido, pero dejé que se adormeciera en mí, no la transformé en cosa alguna, no la hice madurar. La guardo como una semilla dormida e inútil, y eso, hasta cierto punto, me impide vivir”.

“Pobre –se dijo–, pobre Verónica, en el fondo no es más feliz que yo, ni más realizada, ni más viva. Ambas hemos perdido algo y me pregunto cuál de las dos ha perdido más”.

–¡Tere! –gritó Verónica a través de la pieza–. Tu hijo dice que el unicornio se parece a Tristán, a Tristán el viejo.

–Sí, ya me lo había dicho.

–Se lo tengo que contar – y de pronto se detuvo en medio de la risa, una sombra cruzó su rostro, como si hubiera entrevisto algo, y concluyó –: A lo mejor... tú sabes que el unicornio es un símbolo de pureza, de virginidad.

–No, no lo sabía.

–A lo mejor Tristán es un unicornio... y –de repente destruyó el clima que ella misma había estado creando al decir–: De todos modos sirve para darse cuenta de que tiene cara de caballo.

En ese momento María Cecilia entró con un perro que le había pedido prestado al vecino y todos corrieron a rodearla. Era un *fox-terrier* de pocos días que miraba con temor esos rostros que le gritaban palabras y esas manos que trataban de acariciarlo. De inmediato se les olvidó el juego de la casa y cuando José Pedro llegó, las sillas todavía estaban amontonadas en el centro del salón y los niños, junto con Verónica y Teresa, gritaban en la cocina tratando de que el perro bebiera un platillo de leche.

José Pedro saludó con ciertas reservas a Verónica. Y cuando más tarde durante la comida Teresa se lo hizo notar, contestó:

–No me importa que tengas amistades bohemias, pero lo menos que puedo pedir es no encontrarlas cuando llego a mi casa. No me gusta esa gente. No saben trabajar. Son unos ociosos que se lo pasan protestando y a ellos se

deben todas las calamidades de este de este mundo. Hay que venir a Europa, Teresa, para conocerlos y darse cuenta de que son la hez de la tierra.

Pero Teresa se había distraído apenas José Pedro inició su discurso. Volvió a pensar en la escena de la tarde y se avergonzó como entonces. "Nunca, nunca voy a poder volver a mirarlo".

—No me importa que me encuentres la razón. Lo único que te pido es que respetes mi casa y mis niños.

Hubo un silencio y Teresa se sintió obligada a decir algo.

—Claro que no importa —exclamó. José Pedro levantó la mirada del plato de sopa, descubrió el rostro absolutamente inexpresivo de su esposa y decidió seguir comiendo y no volver a hablar.

El descubrimiento que había hecho a propósito de Verónica la tranquilizó. Al comprender que la muchacha tampoco era feliz, la consideró como una aliada. La amistad entre ambas se estrechó. Jamás llegaron a hablar de todo esto, pero Teresa sentía que el precipicio entre las dos se angostaba, que aquellos quince años de diferencia no eran un escollo y hasta le estuvo agradecida por haberle ayudado a descubrir la aparente causa de su vacío, esa inocencia dormida y olvidada al fondo de ella.

No volvió a ver a Tristán. El viernes siguiente no acudió, enviando con Verónica una disculpa banal. Teresa respiró. No deseaba verlo todavía, no se sentía con fuerzas para hacerlo.

Pero la imagen del muchacho persistía. En los momentos más inesperados, la clavaba en su sitio, la llenaba toda como una música que se escucha de pronto. Invitada por una amiga francesa, tuvo que ir a una representación que daba la compañía de la Opera de Hamburgo, de paso por París, de "Tristán e Isolda". Fueron cuatro horas de martirio, muda y exhausta en su asiento, rememorando la escena de aquel viernes. Sin embargo, aquello le hizo bien. Salió del teatro restablecida, como un enfermo después que la enfermedad ha hecho crisis, y mientras se despedía de su amiga y caminaba hacia la plaza de l'Alma para atravesar el Sena, decidió llamar a Verónica para invitarla, a ella y a Tristán a su casa.

Fue Verónica quien le formuló una invitación en cambio.

—Justamente te iba a llamar, Tere. Mañana vamos a tener una fiesta aquí, en la pieza, y quiero que vengas. A tu marido no lo invito, porque no creo que quiera venir. No llegues muy tarde, porque la *concierge* empieza a protestar.

Lo único que se le ocurrió a Teresa fue preguntar:

—¿Cómo hay que ir vestida?

—Como quieras.

En un comienzo pensó decirle a José Pedro que iba a ir a una fiesta donde Verónica, pero por último decidió mentirle. Le contó que una amiga

francesa, la misma que la había invitado a la ópera, le había pedido que la acompañara a visitar a unos amigos en Versalles.

–Tiene mucho interés en que los conozca, porque me ha dicho que son personas muy cultas...

La mentira era demasiado larga y Teresa lo notó. Sin embargo desde hacía un rato José Pedro no la escuchaba. Ella lo miró, y, por primera vez, se alegró de que así fuera. Por lo demás esa invitación la había hecho sentirse joven, nerviosa e impaciente, como cuando debía ir a un baile en los tiempos en que era soltera. Experimentaba la misma urgencia, una mezcla de temor y agrado, y preparó todos los detalles con meticulosidad.

A las nueve de la noche se despidió de los niños. José Pedro no llegaba todavía. “Sin duda habrá tenido que ir a recibir a algún compatriota”, pensó Teresa mientras besaba a Tristán. El niño se irguió en la cama, le hizo señas para que acercara su rostro y le murmuró en la oreja:

–Hoy día el caballo me hizo una seña, mamá. Inclínó la cabeza dos veces.

–¡Qué bueno! – interrumpió ella -. Mañana me cuentas.

Las calles estaban húmedas, porque en la tarde había llovido. Las luces se reflejaban sobre el pavimento y la noche tenía un aspecto de fiesta y de misterio. El taxi siguió por Saint-Germain y Teresa lo hizo detenerse cerca de la calle Monsieur le Prince. “Voy a caminar un poco”, pensó mientras pagaba. Pero lo cierto era que no quería que la viesan llegar en automóvil.

Ya desde la puerta se escuchaba la música. Una orquesta sincopada cuyo ritmo nada tenía que ver con este edificio ni con esa escalera estrecha, pesada de años, por la cual subía Teresa.

En la pieza no había más de siete personas, pero como el cuarto era pequeño, parecía repleto. Todos eran jóvenes (“y me siento tan vieja”, pensó Teresa), todos estaban vestidos con ropas sin ubicación precisa en el tiempo y, mientras los hombres usaban los cabellos largos, las muchachas habían cortado los suyos, de manera que a primera vista resultaba difícil distinguir los sexos. Teresa saludó a Verónica, que atravesó la pieza, saltando sobre los que se habían sentado en el suelo, para recibirla. Y luego le fueron presentados los otros. A medida que Verónica pronunciaba sus nombres, levantaban la cabeza, la miraban, saludaban muy serios y volvían a concentrarse en la música.

–Y a Tristán a quien conoces – exclamó finalmente Verónica.

Teresa lo miró con cierto temor. Era la primera vez que volvían a verse después del incidente. El muchacho estaba de pie en un rincón, junto al fonógrafo, vestido de colores claros, misterioso en la semioscuridad que llenaba ese lugar. Al sentirse aludido, apartó la mirada de un disco que sujetaba entre las manos y clavó su vista en la mujer. Dos veces inclinó la

cabeza y, más que un saludo, a Teresa le pareció una llamada. Súbitamente recordó lo que su hijo le había dicho al despedirse: "Hoy día el caballo me hizo una seña, mamá. Incliné la cabeza dos veces". Y el gesto de Tristán le pareció algo que ya había vivido antes.

No se conversaba en esa fiesta. Todos permanecían sentados, algunos sobre el suelo, otros en la cama, escuchando la música. A ratos una pareja se levantaba e iniciaba una danza en la cual el hombre apenas se movía y la mujer evolucionaba en torno a él. Verónica, que conservaba la misma avidez de siempre, se sentó junto a Teresa y le explicó quiénes eran los invitados.

—Pierre es pintor, y de los buenos. Es posible que este invierno haga una exposición. Y esa rubia se llama Geneviève. Quiere ser actriz. Y es casi seguro que dentro de poco tendrá una papel en una película. Y ese es Luis.

—¿Cuál?

—Ese que está de pie junto a Tristán. Es compatriota nuestro. Escribe. Espera, lo voy a llamar.

Luis vino a sentarse junto a ella. Era alto y tranquilo. Daba la sensación de una persona que contempla en vez de vivir. Enhebraron una conversación banal acerca de París, de las ventajas de estar en París, de lo diferente que era la existencia acá y en Sudamérica, y de pronto él le dijo:

—Verónica me contó que usted es casada con un secretario de la embajada.

—Sí.

—Yo conozco a otro de los secretarios, a Eduardo...

—¡Eduardo! —no lo dejó concluir—. Por supuesto. Es muy amigo mío.

Súbitamente Teresa se sintió contenta de haber encontrado un punto de relación en esa fiesta. E iniciaron una larga conversación acerca de Eduardo. Luis le contó que era él quien había conseguido el departamento donde Eduardo vivía ahora, en el Quai Voltaire, y empezó a relatarle las vicisitudes que tenía con la propietaria. Teresa seguía todos los detalles con sumo interés. De vez en cuando miraba hacia el rincón donde permanecía Tristán y apenas él daba vuelta la cabeza, volvía rápidamente a concentrarse en las palabras de Luis. "Qué tontería —pensaba al mismo tiempo—, venir a una fiesta como esta y hablar toda noche acerca de Eduardo que me aburre de sobremanera".

Al cabo de un rato, Verónica anunció que iban a comer. Colocaron una silla junto a la cama y, como un puente sobre ambas, el espejo que colgaba en la pared. Vaciaron sobre el espejo dos cajitas llenas de ensalada de papas y Verónica repartió tenedores para que comieran. Mientras tanto Tristán abrió tres latas de sardinas y también las colocó sobre el espejo. Los siete jóvenes se reunieron en torno a la bandeja y con la mayor naturalidad empezaron a comer.

—¿Qué es lo que hay que hacer? —le preguntó Teresa a Luis—. Es la primera vez que vengo a una de estas fiestas.

—Acérquese.

La llevó junto al espejo y le mostró cómo los demás comían. Teresa se sintió torpe, absolutamente extranjera a todo esto y fue solo al inclinarse para tomar con su tenedor algunas de las rodela de papa y ver reflejado ahí, entre las sardinas y la mayonesa, el rostro de Tristán, que la alentaba a seguir con una sonrisa, que se sintió reconfortaba y tragó las papas, sin gustarlas, sin pensar, como lo hacía en el colegio.

—¿Les gustan? ¿Están buenas? —preguntaba Verónica, y los otros contestaban con gritos y risas. Porque a estas alturas la fiesta se había animado. Alguien encendió la ampollita que colgaba del centro del techo y la luz áspera parecía haber despertado a los jóvenes. Hablaban ahora, ahogando la música, como si jugaran a algún juego apasionante en el cual la regla exigía que se rompieran todas las convenciones para poder encontrar lo que estaba al comienzo de las cosas y que no podía ser sino la inocencia. “Sí, a eso juegan —pensó Teresa—, a ser niños nuevamente, a ser como los míos, inconscientes, instintivos, absolutamente libres”. Y de inmediato pensó que este juego tenía mucho del escondite.

—¿En qué piensa? —preguntó Luis.

—No sé si puedo explicárselo —contestó Teresa—. Me da la impresión que todo esto es un juego. ¿Cómo decirle? No es que no sea real, no, no es eso. Lo que quiero decir es que están jugando con los ojos abiertos.

—My posible. Ya son demasiado grandes para jugar de otro modo. Pero no crea que estén tratando de engañarse. Son demasiado inteligentes para eso y han visto demasiado. Hoy día se nace sabiendo. Lo que sucede es que el mundo, quiero decir la forma como los hechos se han ido desarrollando en el mundo, los ha privado de todo lo que usted, y yo hasta cierto punto, tuvimos en nuestra niñez. Y ahora están tratando de recapturarlo. Es una búsqueda y, como al mismo tiempo tiene caracteres de revancha, no puede ser sino una búsqueda violenta.

—No comprendo —interpuso Teresa, y era verdad. Aprehendía el sentido general de lo que ese hombre decía, pero algo se escapaba, algo que le impedía ver las cosas bajo una luz desnuda.

—¿Qué edad tiene usted?

Teresa lo miró con coquetería, estuvo a punto de decirle: Ésas no son cosas que se le preguntan a una mujer. Pero se dio cuenta de que para Luis, y para todos los que estaban en ese cuarto, su frase no tendría sentido. Este no era un salón y no tendrían cabida los juegos propios de un salón. Esta era una jaula donde los animales estaban desnudos y se decían la verdad.

—Treinta y cinco años —contestó.

—Su generación fue muy distinta —continuó Luis—, sobre todo en nuestro país. Ustedes todavía alcanzaron a nacer protegidas por todo. Por sus padres, por el dinero, por su situación social. Y cuando se casaban, por un marido que solo les pedía que le tuvieran la comida a la hora y las camisas limpias. No, ni siquiera eso, porque las empleadas se ocupaban de las camisas y la comida. Por lo tanto tuvieron tiempo para crecer en forma normal, para desarrollarse y enfrentar el mundo con un criterio formado...

“¡Qué mal nos conoce! —pensó Teresa—. Es verdad todo lo que dice, pero cuán mal nos conoce”. Tuvo ganas de interrumpirlo. Lo miró y comprobó que estaba entusiasmado con sus propias palabras. Se mantuvo entonces. Dejó que él continuara disertando y ella siguió su propio pensamiento.

“Es verdad —volvió a repetirse—, es verdad que tuvimos la oportunidad para crecer y desarrollarnos, mas ¿quién lo hizo? ¿Quién de mi generación llegó a ser verdaderamente adulto? ¿Cuál de mis amigas? ¿Cuál? Todas, como yo, han despertado a la realidad cuando ya estábamos casadas y hemos tenido que aceptar una vida que tal vez no habría sido la que por voluntad propia hubiéramos escogido. Nos embarcamos como sonámbulos. Justamente porque estábamos demasiado protegidas y nada, nada, nada nos hacía pensar que, fuera de lo que nos rodeaba, había otras cosas, otras posibilidades. No, Luis, nosotros, no tuvimos una ventaja. Si bien es cierto que conocimos una niñez, y dentro de ella la inocencia, jamás se nos exigió transformar esa inocencia en algo concreto y productivo, y la guardamos dentro de nosotros, sin haberle dado ningún uso. Lo peor de todo es que hoy día esa inocencia dormida nos impide actuar dentro de este mundo, nos impide ser en una palabra, y mucho me temo que nuestra condena sea permanecer así, ni mujer ni niña, nada, nada, hasta el final”.

—... en cambio ellos —continuaba Luis, dando vuelta la cabeza hacia los que comían en torno al espejo —, ellos nacieron en un mundo donde no existía la protección, la mayoría creció durante una guerra y no hubo tiempo para que gozaran de una niñez. Perdieron la inocencia de golpe.

—Pero Verónica no creció acá, en Europa quiero decir y imírela!

—Hoy día el mundo es demasiado chico, Teresa. Las ideas corren rápido. No es como antes. En Sudamérica también existe una generación de post-guerra, aun cuando no hayamos sufrido una guerra. Sí, reconozco que es absurdo, pero es así.

Tristán se acercó en ese instante. No preguntó de qué hablaban. Simplemente se sentó junto a la mujer y permaneció mudo. La conversación murió de pronto. Luis se alejó hacia el fonógrafo y ellos permanecieron solos.

—Estábamos conversando con Luis... —y apenas había pronunciado las primeras palabras, Teresa supo que esa no era la manera de iniciar una conversación con Tristán. Junto a ella, el muchacho parecía absolutamente

relajado. Nada en él, o en sus gestos, hacía alusión a la escena en su dormitorio. Y Súbitamente Teresa experimentó la misma tranquilidad y, apoyándose contra la muralla, no hizo el menor esfuerzo por hablar y contempló a Tristán, que se dejaba admirar como un animal hermoso.

Tenía el rostro delgado y la piel tensa sobre los pómulos y a nivel de la frente ancha. Bajo ella parecía arder una pasión secreta, algo oscuro, pensó Teresa, que a ratos se escapaba por la mirada penetrante de sus ojos. Permanecía ahí, junto a ella, como una figura hierática. Pero la mujer comprendió que por primera vez en su vida estaba con un ser en el cual sucedían transformaciones, un ser que era como un pequeño laboratorio, lleno de tubos, de redomas, de líquidos fermentantes, y que todos aquellos cambios repercutían sobre ella, sobre esa inocencia que dormía en su centro. Sí, como un vaso comunicante, Tristán se unía con ella y la despertaba.

Cunado los invitados terminaron de comer, volvieron a apagar la luz y se sentaron en el suelo para seguir escuchando música. Algunos cerraron los ojos, otros llevaban el compás agitando un pie o una mano. El humo llenaba lentamente la pieza y parecía concentrarse en torno a la lucecita que brillaba junto al lavatorio. Y Teresa experimentó la súbita urgencia de tomar la mano de Tristán. Ahí estaba, entre los dos, grande, recorrida por venas gruesas, sobre la colcha de la cama. La miró durante algunos segundos y luego, con un gesto brusco, colocó su propia mano sobre ella. El muchacho no hizo el menor movimiento y hasta el término de la fiesta permanecieron así, unidos por las manos.

“Ojalá que nadie nos haya visto”, se dijo Teresa mientras se desvestía en su propia pieza. José Pedro estaba durmiendo y en el departamento reinaba un gran silencio. “Ojalá que Verónica no nos haya visto, no creo que le guste”.

–Mamá... – en ese instante escuchó la voz de su hijo Tristán, que la llamaba. Rápidamente se dirigió a la habitación donde dormían los niños y encendió la lamparilla del velador.

–¿Qué te pasa?

–¿Te conté que el caballo me saludó hoy día?

–Sí, sí. Duérmete ahora.

–Y me acaba de dar la mano.

Teresa se inmovilizó. Estaba acariciando la frente de su hijo con su mano derecha, la misma con que había empuñado la de Tristán. La retiró con prontitud.

–¿Cuándo te dio la mano?

–Ahora, recién... – y casi no alcanzó a terminar la frase, porque el sueño lo invadía.

La mujer apagó la luz, volvió a su cuarto y se acostó.

–¿Qué te pasa? – En la sombra, José Pedro le hablaba.

—Nada.

—¿Te entretuviste?

—Sí, mucho. Mañana te cuento.

Pasaron algunos segundos y comprendió que José Pedro se había levantado. Se encaminó hacia el baño. En la penumbra distinguió su silueta torpe, de pijama. “Parece un espantapájaros”, pensó Teresa, y se dio vuelta hacia la pared. Escuchó el ruido del agua en el lavatorio y el golpe sordo de la puerta al cerrarse. Y fue entonces cuando sintió que José Pedro se dirigía hacia su lecho. Dios mío, no, esta noche no. Pero ya el hombre se deslizaba junto a ella y empezó a acariciarla en forma vaga, dormido aún, sin decirle nada, como quien acaricia algo que le pertenece.

El teléfono la despertó muy temprano. José Pedro se estaba duchando. Las cortinas permanecían corridas y al ir a descolgar el fono, se dio cuenta de que había dormido desnuda.

Era Tristán. La llamaba para invitarla a una conferencia en la tarde, algo que tal vez le interesará, dijo. Ella aceptó de inmediato y quedaron de encontrarse frente al Museo del Hombre a las tres y media.

Cuando José Pedro entreabrió la puerta del baño y apareció envuelto en la toalla, Teresa tuvo un sobresalto. “Qué curioso”, pensó por un momento..., pero luego distinguió los cabellos escasos de su marido, los brazos sin músculos y la expresión cansada del rostro.

“No — concluyó —, nada tiene que ver con la otra imagen”.

—Me pareció oír el teléfono. ¿Quién llamaba?

—Alguien que marcó equivocado —mintió.

—¡Qué rabia les debe dar a estos franceses cuando marcan un número equivocado! Cada comunicación vale treinta francos y con ello se desajusta toda la *petite economie*.

Rió. Había amanecido de muy buen humor. Y ese despliegue de conversación, las bromas que le hizo a Rosa cuando trajo el desayuno, se le hicieron casi insoportables a Teresa. “Que se vaya luego, que se vaya”.

Fue a la peluquería en la mañana. A mediodía llamó por teléfono para decir que no volvería a almorzar. No habría soportado comer frente a José Pedro. Y a las tres y media en punto llegó al Museo del Hombre. Tristán ya la esperaba.

—Rápido..., rápido. La conferencia empieza un cuarto para las cuatro y ha llegado mucha gente. Quiero estar bien ubicado.

—¿Verónica no vino?

—No la invité —y Teresa, mientras lo seguía casi corriendo a través de los corredores, se sintió muy contenta de que no lo hubiera hecho.

Se trataba de una disertación acerca de los nuevos descubrimientos de la ciencia astronómica dictada por un profesor alemán que hablaba con

dificultad el francés. Teresa comprendió poco. Pero de pronto oscurecieron la sala y el techo se transformó en una bóveda por la cual circulaban astros. La voz del hombre se hizo muy lejana. La mujer experimentó la sensación de ir navegando y estar apoyada en la baranda de un puente contemplando un cielo tropical. Junto a ella, Tristán estaba absolutamente absorto en las explicaciones. Mantenía el rostro paralelo al techo, con el cuello tendido y la mirada clavada en esas esferas luminosas que evolucionaban sobre ellos. "Nunca he visto alguien tan absorto –pensó Teresa–, tan ávido". Y nuevamente la palabra le evocó la boca de un pez apoyada contra de una redoma. Si por lo menos alguna vez en la vida pudiese sentir con esa intensidad. Una sola vez. ¡Cómo le habría gustado vibrar con algo, sentirse estremecida por algo, despertar de verdad, desnuda y vulnerable como un nervio! Y mientras contemplaba al muchacho, reunió sus cosas, sus pequeñas cosas, la cartera, los guantes, el sombrero que alguien le había hecho sacarse, y los ordenó sobre su falda.

Después de la conferencia, Teresa invitó a Tristán a tomar té.

–Nunca tomo té –dijo–, pero si quiere, la acompaño.

–Puede tomar lo que quiera. Vamos a un bar.

Entraron a un bar de la avenida Montaigne, oscuro, íntimo, inundado por una música que parecía provenir de muy lejos. Pidieron dos whiskies y Teresa volvió a sacarse el sombrero. Él empezó a comentar la conferencia. Todos esos temas lo apasionaban. Volvió a repetirle lo que le había dicho la primera vez que conversaron, que el mundo se regiría por otros cánones en el futuro, que la astronomía sería la única ciencia verdaderamente importante. Y de pronto le preguntó:

–¿A usted le interesa todo esto?

–No sé –contestó Teresa con sinceridad–. Nunca antes había pensado en estas cosas. Parece que he vivido en otro mundo. A mí me gustan, quiero decir que me interesan, otras cosas. Los sentimientos, por ejemplo, lo que sucede a uno.

Rió sintiéndose un poco tonta.

–Usted está hablando de cosas pasadas, Teresa. Todo eso ya murió. ¿No se da cuenta? Ese es un mundo anticuado. Los sentimientos, el amor, esas pequeñas cosas que le suceden a todo el mundo. Ahora tenemos que vivir en otro, en este mundo que nos rodea y que todavía no logramos comprender. Este es el mundo en el cual el hombre y esas cosas que le suceden, como usted dice, no tiene cabida, o por lo menos no se le ha encontrado cabida aún. ¿No se da cuenta? Este es un mundo desordenado.

–¿Desordenado?

–Es un mundo que ha cambiado de centro. Antes se vivía en un planeta redondo, vagamente rodeado por un cosmos que para nosotros, los habi-

tantes comunes y corrientes, era desconocido. Nuestro centro era el hombre. Lo que importaba, los sentimientos del hombre. En cambio hoy día se nos dice que el universo es mucho más grande, que hay bombas que con una explosión pueden hacer desaparecer pedazos de este globo, se nos habla de las estrellas, de la luna, de los otros astros, se nos agranda de golpe el campo de percepción y en medio de todo eso, ¿qué es el hombre? ¿Es el centro acaso? ¿Podría serlo aún? ¿No es acaso demasiado inmenso el cosmos y demasiado pequeño el hombre? Y si no es él, ¿cuál es el centro entonces? Tenemos la obligación de buscarlo. Tenemos que dejar atrás todo lo que arrastramos durante siglos, los prejuicios y las ideas preconcebidas. ¡Este es un tiempo nuevo, Teresa! Y tenemos que ser consecuentes con él.

A medida que hablaba se había ido exaltando. “Menos mal que estamos solos en el bar –pensó Teresa–. No comprendo todo lo que quiere decir, pero debo confesar que es la primera vez que siento algo cuando me hablan. Siento profundamente. Siento que hasta ahora todo ha sido un poco inútil, mi vida quiero decir. Siento que debo cambiar. Siento que algo va a sucederme y que es a través de Tristán que ello llegará”. Y de pronto se detuvo: “¿No estaré enamorada?”, se preguntó.

Tristán seguía hablando. Hacía caso omiso de ella. Sus propios pensamientos y la posibilidad de expresarlos en voz alta le bastaban. Se levantaron y caminaron hacia la puerta. Teresa había dejado un billete sobre la mesa y el muchacho no parecía haberse dado cuenta de su gesto o, si lo había visto, no hizo ningún comentario. El hombre que estaba limpiando copas tras el mesón sonrió levemente y fue a recoger el dinero.

Caminaron hacia el paradero del autobús. Súbitamente Tristán había enmudecido y entre ellos se creó un clima tenso, parecido a la sensación que sobreviene antes que estalle una tempestad. “Algo va a suceder –pensaba Teresa–, algo va a decir y lo que diga será definitivo”.

Al cruzar el Sena, se detuvieron un instante en el puente. Él miró hacia arriba, hacia el cielo, y ella, los arabescos que trazaban las luces sobre el agua. “Me va a besar, estoy segura que de pronto me va a tomar entre sus brazos y me va a besar”. Se apoyó ligeramente contra él, le hizo sentir que estaba ahí, pero el muchacho no se dio por aludido.

–Mire –exclamó al mismo tiempo que señalaba con una mano hacia el cielo–. Esa es la constelación sobre la cual habló.

–Sí –dijo ella, sin mirar, y se agarró con todas sus fuerzas a la balaustrada de piedra para que muriese en ella la rabia que sentía–. Esa es la constelación.

Al acercarse al paradero del autobús, vio a Eduardo. Durante un brevísimo segundo trató de evitarlo, pero el hombre ya la había divisado y avanzaba hacia ella.

—¡Qué suerte! —exclamó al estrechar su mano—. Justamente voy a comer a tu casa. José Pedro me invitó.

Teresa le presentó a Tristán. “Tengo que hablarle a José Pedro antes que Eduardo lo haga —se dijo—. No debo darle la impresión de que estoy haciendo algo prohibido”. Y ella misma se contestó con una pregunta: “¿Pero es prohibido acaso lo que hago?”.

—No es necesario que me acompañe a mi casa, Tristán. Hasta luego y gracias por la invitación. Lo veo pasado mañana.

—¿Pasado mañana?

—El viernes. Supongo que vendrá a bañarse con Verónica.

En el autobús Teresa habló sin cesar. Le contaba a Eduardo quién era el muchacho, cómo lo había conocido y lo de los baños. Reía al relatar todas estas cosas, como si no tuvieran importancia, como si fuesen divertidas. Y poco a poco su nerviosidad iba aumentando, las frases se hacían más rápidas, más incisivas las risas, y cuando descendieron del autobús, corrió casi hacia el departamento, rezó para que el ascensor subiera más rápido y se precipitó dentro del salón donde estaba José Pedro para contarle donde había pasado la tarde, con quién y cómo encontró a Eduardo en el paradero del autobús.

—He estado tratando de localizarte durante todo el día —contestó él sin escuchar lo que ella decía.

—No pude volver a almorzar.

—Quería avisarte que Eduardo venía a comer.

—¿Por qué no hablaste con Rosa?

—Fue lo que hice.

—¿Y?

—Pero ella no es la dueña de casa. No sé lo que se le habrá ocurrido hacer de comer.

—No tiene importancia, viejito —terció Eduardo, dándose cuenta que la conversación amenazaba tornarse desagradable—. Ya sabes que yo me contento con poco. Para eso tengo reserva.

Y se golpeó el vientre con una mano.

—Voy a ir a ver —dijo Teresa.

—No se molesten por mí. Claro es que si me ofreces un traguito...

La mujer escuchó esta última frase desde el corredor y, antes de entrara en la cocina, pensó: “¿Por qué no se irá? ¿Por qué no se irán los dos? ¿Por qué no se irán al diablo?”.

—Mire las horas en que llega —exclamó Rosa al verla aparecer—. Don José Pedro tiene un invitado, los niños no han querido acostarse y Tristán está con fiebre.

—¿Con fiebre?

—Sí, llegó del parque. La Carmen le puso el termómetro, pero como nosotras no sabemos leer eso que marca...

Teresa se encaminó rápidamente a la pieza de los niños. Los dos mayores, disfrazados de indios, se perseguían entre los muebles. Tristán en cambio estaba acostado, inmóvil, con el rostro febril y la mirada más intensa que nunca.

—¿Qué le pasa, mi hijito?

El niño la miró y, al reconocerla, sonrió apenas.

—Tengo sed —dijo.

Fue a buscarle un vaso de agua y le colocó el termómetro. Mientras tanto impartió algunas órdenes: los otros niños se acostaron y, a los pocos minutos, dormían; llamó a Rosa y le dispuso una comida rápida; envió a Carmen al salón a decirle a José Pedro que se sentaran a la mesa sin ella, que iría más rato. De pronto todo volvió a la normalidad. Teresa se sorprendió al ver que era ella quien había ordenado ese caos. ¿Será siempre así? Qué raro que nunca me hubiese dado cuenta de todo esto. Quién sabe si no es aquí donde yo tengo algún sentido, alguna justificación.

—Mamá...

—¿Sí?

—Hoy día me encontré con el caballo en el parque.

—¿Ah, sí?

—¿Y adivina lo que me regaló?

—No hables tanto, te puede hacer mal.

El termómetro marcaba treinta y nueve grados. Teresa decidió darle una aspirina y esperar. Poco rato después el niño dormía y ella volvió al comedor.

Eduardo y José Pedro conversaban, como de costumbre, acerca de los asuntos de la embajada. Contaban anécdotas de sus compañeros, los criticaban, los ridiculizaban. A Teresa le aburrían estas historias y mientras los hombres dialogaban, mientras Carmen traía y retiraba los platos, ella volvió a pensar acerca de lo que había experimentado en el dormitorio del niño. De pronto se había sentido centro en esta casa, una especie de rodamiento necesario para que toda la máquina funcionara. "Yo soy centro acá, centro de este mundo, y entre estas cuatro paredes no existen constelaciones ni lunas ni mundos desordenados. Aquí hay una familia, con un comedor donde el marido conversa con un invitado, una cocina con dos sirvientas, y, más allá, una pieza donde duermen dos niños sanos y uno enfermo. Todo esto es real, palpable y absolutamente cierto. Todo esto es mi existencia".

—Dicen que es tan avaro —comentaba José Pedro— que manda las cartas por correo ordinario.

—Sí, ya me lo habían contado...

“¿Y por qué entonces no la siento llena? ¿Por qué experimento esta sensación de vacío? ¿Por qué me he quedado atrás siendo que debería darme por enterada que sostengo las riendas en mis manos? ¿Qué todo esto es mío? ¿Por qué?”.

—Otro traguito sí que aceptaría, viejo. Espero que tu whisky sea del bueno y no como el de...

“¿Acaso tiene algo que ver con esta inocencia dormida al fondo de mí misma? ¿Con la vida protegida que he llevado, como decía ese amigo de Eduardo en la fiesta?”.

—El otro día conocí a un amigo tuyo, Eduardo.

Los dos hombres se vieron interrumpidos en plena conversación. José Pedro tuvo un gesto de desagrado, pero Eduardo se dio vuelta hacia ella y preguntó:

—¿Quién sería?

—Un compatriota, un escritor que vive aquí en París.

—¡Luis! Debe ser Lucho. Es un buen muchacho. Un poco ocioso. Escribe cuentos o algo por el estilo.

—Un artista —intervino José Pedro subrayando la palabra.

—Sí, pero no de los que vienen a molestar a la embajada. Este tiene dinero, o por lo menos la familia tiene y le mandan una mesada. Además yo le tengo especial simpatía, porque me ayudó a encontrar mi departamento. Este no es como esos pajarracos...

“Es imposible que a los treinta y cinco años no me haya sentido jamás una mujer —pensó Teresa—. Sin embargo, así es”.

Tomaron el café en el salón. Después de una media hora, ella se excusó y fue a ver a Tristán. El niño seguía durmiendo. La fiebre había bajado, porque tenía la frente más fresca. Teresa creyó ver que sujetaba algo entre sus manos, pero no quiso prender la luz para no molestarlo. “Debe ser algún juguete”, se dijo.

Eduardo se despidió cerca de medianoche.

—¿Cómo está el niño? —preguntó José Pedro.

—Mejor, ya no tiene fiebre.

—¿No será preferible llamar al médico?

—Esperemos hasta mañana.

—Bueno —contestó él mientras desatornillaba la tapa de la pasta de dientes con meticulosidad.

“Hace catorce años que lo veo hacer lo mismo —pensó Teresa—. Catorce años que deja la tapa en un rincón del lavatorio y catorce años que yo se la colocó al tubo después que me he lavado los dientes. En un comienzo aquello me irritaba; se lo dije, él trató de corregirse, pero no lo logró. Después

terminó por serme indiferente el tener que atornillar esa tapa y ahora creo que hasta me agrada, me hace sentirme indispensable y parte de todo un engranaje destinado a producir armonía. Creo que si de pronto empezara a tapar él mismo el tubo de pasta, sentiría un desasosiego, tal cual si escuchara de pronto un acorde disonante en el medio de una sinfonía. ¿No sucedrá acaso lo mismo en la vida? Al comienzo hay desagrado, luego indiferencia y por último placer. ¿No será ése el secreto? ¿No estará la clave en lo que se repite día a día, en lo que permanece?”. Y de pronto experimentó una gran tranquilidad al sentirse en su lecho, entre las paredes de su dormitorio, mirando la espalda de José Pedro, que se lavaba los dientes y sabiendo que los niños dormían a unos cuantos metros y que Tristán... Pero al pensar en su hijo menor, todo el edificio que había estado construyendo se derrumbó. Siempre sucedía lo mismo. Ese niño era distinto y le evocaba sensaciones distintas, la hacía sentir de modo diferente.

Apagó la luz de su velador y de inmediato la asaltó el recuerdo de Tristán, del otro Tristán, y se mantuvo tensa bajo las sábanas, tan tensa como la primera noche de su matrimonio, con esa mezcla de impaciencia, temor y deseo que José Pedro no había sabido satisfacer.

Tristán amaneció mejor. Siempre tenía un poco de fiebre, pero ya respiraba en forma absolutamente normal, e, incluso, comió su desayuno con apetito.

—No va a ser necesario llamar al doctor —le dijo Teresa a José Pedro.

—¿Amaneció mejor?

—Debe haber sido un enfriamiento.

Decidió quedarse el día en la casa. Ordenó algunos armarios, dispuso el almuerzo y luego se dio un largo baño, como lo hacía de soltera, leyendo una novela, comiendo chocolates y manejando las llaves del agua fría y caliente con los dedos de los pies.

Jose Pedro vino a almorzar y luego tomaron el café con Tristán, en su pieza.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó José Pedro, y Teresa notó que no tenía naturalidad frente a su hijo. Nunca había sabido tratarlo.

—Mejor. Ojalá pueda levantarme mañana.

—¿Para qué quieres levantarte?

—Para ir al parque, tengo un amigo allá.

—¿Ah, sí? ¿Quién?

—Un caballo.

—¿Te gustan los caballos? Te voy a tomar clases de equitación este verano, ¿quieres?

—Un caballo que tiene un cacho en la frente.

José Pedro se inmovilizó durante algunos segundos. Miró a Teresa. Lue-

go terminó riendo en forma afectada, como si quisiera esconderse o partir. Se decidió por esto último.

Madre e hijo permanecieron solos.

—¿Quieres jugar a algo?

—¿No te he contado lo que me regaló el caballo ayer?

—¿Qué?

—Mira.

De entre las sábanas extrajo lo que a Teresa le pareció era una rama.

—¿Qué es eso?

—Su cacho. Me regaló su cacho. ¿Te gusta?

Teresa tomó el objeto entres sus manos y lo miró. En realidad era una rama en forma de cuerno. Casi blanca, de madera lisa, ligeramente torneada en uno de sus extremos.

—¿Y cómo le quedó la frente? — preguntó Teresa.

—Me dijo que no importaba.

—¿Que no importaba qué?

—Que no importaba — y se encogió de hombros.

—¿Pero cómo le quedó la frente? — repitió la mujer.

—No se la miré — contestó el niño, y ella tuvo la impresión de que mentía.

—Lo mejor será que duermas una siesta.

Lo arrojó y le dio un beso. Al salir del cuarto, se dio vuelta y su mirada cayó sobre el objeto que había quedado en el velador. “¿Será un cuerno?” — se preguntó—. “¿Será cierto?”.

Durante casi una hora vagó frente al hotel sin decidirse a entrar. De pronto, en su casa, había sentido la súbita urgencia de salir a caminar. Casi en forma inconsciente se había dirigido a la calle Monsieur le Prince y ahora cruzaba una y otra vez frente a la puerta del edificio y no se decidía a cruzarla. “¿Qué estoy haciendo aquí?”. Debiera haberse quedado en el departamento, junto a Tristán, esperando que los otros niños regresaran del colegio, atendiendo a lo que era suyo. En cambio había venido a pararse frente al hotel como una hipnotizada, aguardando algo, no sabía qué, algo debía suceder tarde o temprano. Cerca del lugar donde estaba había un restaurante para estudiantes y el olor de las cocinas impregnaba toda la calle. “¿Estará Verónica? ¿Habrá vuelto ya?”, se preguntaba. Pero en el fondo sabía que la muchacha no podía haber regresado aún. Eran apenas las dos y media, su turno no terminaba hasta las cuatro. “¿Entonces qué es lo que hago aquí? ¿Qué espero? ¿A quién espero?”, se interrogaba mintiéndose hasta el final, el final, miedosa de descubrirse ella misma, esgrimiendo una ingenuidad que a estas alturas ya era falsa, como lo había hecho siempre.

Tristán estaba solo en el cuarto. Sentado sobre la cama con el torso des-

nudo, hojeaba un libro en el cual Teresa alcanzó a distinguir dibujos de astros con sus órbitas. Al verla, se turbó un poco y se colocó la camisa.

—¿Y Verónica? —preguntó Teresa.

—No ha vuelto aún.

—¡Qué lástima! Venía a verla. ¿Sabe a qué hora llegará?

—A las cuatro y cuarto y cuatro y media como de costumbre.

—¿De verás que trabaja hasta las cuatro?

—Sí.

—Bueno... —y dejó que la palabra flotara a través de la pieza. Permaneció junto a la puerta, con la mano apoyada sobre el bronce tibio de la manilla y volvió a repetir—: Bueno.

Tristán trató de abrochar los botones de la camisa, pero no lo logró. Teresa lo miró. “Parece una estatua —se dijo—, hay algo inhumano en torno a él, las piernas demasiado largas y delgadas tal vez, la expresión inmutable del rostro, con la mirada clavada ahí al centro, extrañamente viva y quemante. Parece una estatua de un joven griego retocada por algún escultor moderno. Estoy segura de que esto es lo que se esconde en la médula de esas figuras de mármol que hay en los museos. Esta es la esencia”.

—¿Por qué no la espera?

—No sé si tengo tiempo. ¿A qué hora cree que volverá?

—A las cuatro y cuarto —repitió al mismo tiempo que cerraba el libro y lo dejaba sobre la mesa. “Me está indicando que me siente junto a él en la cama —se dijo Teresa—. Ese gesto significa que desea que me siente junto a él”. Lentamente atravesó la pieza. Al llegar al borde del lecho, se detuvo, se sacó el abrigo con un movimiento brusco, como si hubiese querido romper el clima que se estaba formando.

—Hace calor —dijo Teresa.

—Sí. Ayer compramos una estufa. No, no fue ayer, sino otro día.

—¿Dónde la compraron?

—En el mercado de las pulgas —e indicó con un movimiento de la mano un lugar de la pieza donde se erguía una estufa. Era un objeto anacrónico, salido quizás de qué época, con forma de jaula y de minarete a la vez, en el centro del cual se mecía una llamita azul.

—Es preciosa.

—Calienta. Y para eso la necesitamos. Estas piezas son muy heladas en invierno.

—Deben ser —exclamó Teresa y decidió sentarse en la cama.

A ratos se escuchaban las detonaciones de la llama en la estufa. Pequeños golpes, repetidos en forma sorda, como si midieran el tiempo o quisieran destruir aquel silencio tenso que se apoderaba de ellos.

—¿Qué estaba leyendo?

—La astronomía contemporánea —y le pasó el libro.

Ella empezó a hojearlo, haciendo correr las páginas, como uno lo hace con una revista, sin mirarlas verdaderamente. Una lámina en colores de destacaba entre las otras y Teresa la señaló con el índice. Él se acercó a ella para mirarla y durante algunos segundos la mujer lo sintió muy cerca, amenazante casi. Volvió a experimentar un estremecimiento dentro de ella, como si algo despertara, algo que le hizo cerrar los ojos mientras él explicaba todos los misterios del universo. “No me importa, no me importa —se repetía Teresa al escuchar esa voz que apenas la tocaba—, no me importan los misterios ni los planetas ni el mundo que nos rodea. Lo único que tiene algún valor para mí en este instante es sentir lo que siento”.

Y cuando de pronto la voz enmudeció, quedó sola, súbitamente desgajada del resto de las cosas, y abrió los ojos para encontrar objetos a los cuales asirse. Lo primero que vio fue la piel lisa del muchacho, ahí bajo el cuello, un triángulo en el cual se diseñaban los relieves de los huesos. Y no pudo impedirse de acariciarla con su mano.

Tristán dio vuelta la cabeza hacia ella y la miró. Teresa comprendía que, con su gesto, algo detuvo en el muchacho, el pulso tal vez o la respiración. Comprendía que ahora los dos estaban frente a frente, como dos animales que de súbito se encuentran dentro de una jaula, y que uno de los dos debía ejecutar el primer movimiento, aquel que pusiera en marcha nuevamente todo aquel engranaje.

Fue ella quien lo hizo. Supo que Tristán estaba asustado y ella lo abrazó entonces, y lo besó.

En Tristán se despertó una fuerza casi frenética, tanto que ella retrocedió con cierto temor. Pero él la rodeó con sus brazos, la acorraló ahí sobre el lecho y la besó en la boca. Teresa no pudo pensar ni sentir cosa alguna, porque él la desnudó con desesperación, con urgencia, con la vehemencia del que desconoce el amor.

Después estuvieron un rato sin hablarse. De espalda los dos, mirando el techo, escuchando los estallidos secos de la estufa, dejando que el tiempo pasara. Teresa sintió que tenía un niño a su costado y comprendió que ese niño estaba maravillado por el descubrimiento que acababa de hacer.

—Nunca habías hecho esto, ¿no es cierto?

—No.

—¿Y Verónica?

—Dormíamos juntos. Eso era todo. Nada más. “Nada más, nada más”, se repitió Teresa. Y lo repitió con tristeza, porque ella se sentía sola y vacía y extrañamente separada de todo lo que había sucedido. “Nada ha cambiado”, se dijo. Me siento igual que antes, más vieja quizás, pero igualmente sola e igualmente vacía. Igualmente al margen de la vida. Y exclamó en voz alta:

—Me pregunto si alguna vez voy a llegar a sentir realmente.

—¿Qué cosa? —la voz adormilada de Tristán.

—Todo.

—Yo lo sentí —dijo él, y Teresa comprendió que por un momento el muchacho había bajado del mundo de los planetas a este otro. Aún más, se dio cuenta de que era ella quien lo había obligado a descender. Pero no experimentó orgullo por haberlo hecho. “Lo único que siento es soledad y vacío”.

—¿Qué hora es?

Tristán miró su reloj pulsera. Estaba desnudo, pero había conversado su reloj y los calcetines. “Qué ridículo —pensó Teresa—, qué ridículo es todo.”

—Un cuarto para las cuatro.

—Voy a irme entonces.

—¿Por qué?

—Porque Verónica va a llegar muy pronto. Y porque...

—¿Sí?

Teresa se irguió, miró al muchacho en los ojos, sostuvo esa mirada que en cierta forma perdió su antigua intensidad, esa mirada que antes se parecía a la de su hijo, y contestó con verdadera sinceridad:

—Porque me siento muy sola.

Cuando volvió a su casa, Rosa estaba en la puerta de la calle con los ojos llorosos y, al parecer, esperándola.

—Señora..., señora... —le gritó desde lejos—, el niño está muy mal, el caballero mandó llamar al doctor. Acaba de llegar...

Teresa sintió un dolor sordo a nivel del pecho y mientras subía en ese ascensor que ahora se arrastraba entre piso y piso, escuchando las palabras angustiosas de la sirvienta, se dijo: “Algo va a suceder. Dios mío, algo va a suceder”.

—Apenas usted salió, despertó el niño. Yo me di cuenta de que tenía mucha fiebre y con la Carmen, que ya había llegado, le dimos una aspirina. Pero no se mejoró, y usted no volvía, así es que decidimos llamar al caballero a la oficina... Cuando llegó, el niño ya respiraba muy mal y...

Atravesó casi corriendo el pasillo que comunicaba la entrada con el cuarto de los niños. El médico estaba examinando a Tristán y con su cuerpo escondía a su hijo. No pudo verlo entonces, pero sí percibió el rostro de José Pedro, severo, cerrado y mudo. En ese momento el médico se irguió y Teresa descubrió al niño inconsciente, con la párpados bajos y la respiración dificultosa.

—¿Qué le pasa? —gritó casi—. ¿Qué es lo que tiene?

—Vamos a la otra pieza, señora.

—No, yo quiero quedarme aquí —respondió Teresa arrodillándose junto al lecho de Tristán—. ¿Qué es lo que tiene?

Y de inmediato empezó a hablarle al niño, urgiéndolo para que le con-

testara, acariciándole la frente húmeda. Su voz era dolorida y llena de amor. Se diría que ansiaba derramar toda su ternura sobre ese cuerpo que yacía en el lecho.

—Quédese. Pero trate de no hablarle. No hay que molestarlo.

—¡Molestarlo! —y la palabra la hirió.

—Quiero decir que es preferible dejarlo tranquilo.

Teresa siguió al médico fuera de la pieza y en el pasillo volvió a preguntarle lo que acontecía.

—Es una difteria —respondió el médico—. Hemos hecho el tratamiento indispensable. Ahora hay que tener fe y esperar.

—El doctor cree que se ha actuado con retraso —exclamó José Pedro. Teresa comprendió la acusación que envolvía la frase.

—Tuve que salir. Después de almuerzo estaba mucho mejor. Nunca pensé...

José Pedro ya se alejaba por el corredor en dirección a la puerta. Ella quedó sola. “Dios mío, mátame a mí, pero no le hagas nada a Tristán. Quiero que viva, Dios mío, quiero que viva”. Y ese llanto que había estado reteniendo desde que salió del cuarto del hotel brotó ahora con toda facilidad. Pareció rebasar de sus ojos, de su rostro, de ella toda entera, y Teresa sintió que se iba a deshacer en lágrimas.

Escuchó un quejido desde el dormitorio de su hijo y se precipitó dentro de la pieza. El niño respiraba con más dificultad, le pareció. Cada inspiración parecía dolorosa, el producto de un gran esfuerzo, y a pesar de la fiebre, una extraña palidez había empezado a teñirle el rostro.

José Pedro volvió a los pocos segundos. Se sentó frente a ella, al otro lado de la cama, y permaneció callado. Teresa tampoco se atrevió a hablar o más bien no se sentía con fuerzas para hacerlo. Comprendía que algo se había roto dentro de ella o estaba a punto de romperse, “algo que a lo mejor es la inocencia —se dijo—. Sí, todavía la conservo intacta, a pesar de lo que acabo de hacer, a pesar...”. Pero de inmediato rechazó el pensamiento. “Cómo puedo estar pensando en esas cosas, cómo puedo..., lo único que deseo es que mi hijo se mejore, que mi niño se salve”. Y de pronto sintió que la sangre se le helaba. “¿No será esto un castigo? ¿No estará todo conectado? ¿No habrá alguna razón oculta en todo lo que sucede? Si así fuera, Dios mío, mátame a mí, mátame a mí”. Y lo repetía si fuese una oración.

Durante toda la noche permanecieron junto a la cama de Tristán. Las horas se arrastraban lentas. La respiración del niño las separaba en segundos y luego, más tarde, cuando ya casi no podía inspirar, en lo que a Teresa le pareció eran minutos. Entre un sonido y el próximo, ella alzaba la vista, repetía mentalmente la frase de su plegaria, una y otra vez, como un condenado que se aferra al estribillo de una canción para no pensar, y solo volvía a sentirse viva cuando lo escuchaba expulsar el aire.

El médico llegó cerca del amanecer, tomó la temperatura, colocó una nueva inyección y repitió lo que había dicho antes:

—Hay que tener fe y esperar.

Lentamente las cortinas empezaron a tornarse más claras.

—Parece que estuviera amaneciendo —dijo Teresa, pero su marido no respondió. Ni siquiera un gesto, nada.

Una claridad muy tenue en un comienzo, lechosa después, invadió la pieza. “Me parece no estar en el mundo —pensó Teresa—, en este mundo. A lo mejor nos hemos muerto, los tres, a lo mejor esta es la iluminación que se encuentra después. Dios mío, haz que yo me haya muerto, yo sola.” Y recordó de pronto una figura que había estado merodeando en torno a su recuerdo desde la tarde. Era la madre Julia, en el colegio, una religiosa de rostro almidonado, que un día al sorprenderla escondida en el dormitorio mientras las demás estaban en la capilla, le había dicho: “No se te olvide que Dios nos mira siempre. Aunque estemos solas, aunque estemos escondidas, aunque estemos seguras de que nadie nos ve. Dios nos ve, y si hacemos algo malo, Dios nos castiga”.

Penso rezar entonces e incluso recitó algunas frases, pero muy pronto se dio cuenta de que no sentía, ni siquiera pensaba, lo que estaba diciendo. “Se me ha olvidado rezar. Hace años que rezo todas las mañanas y todas las noches sin darme cuenta de que lo hago, porque sí, porque lo hacía antes. Como todo, como todo”.

Se levantó y antes de salir de la pieza le preguntó a José Pedro:

—¿Quieres un poco de café?

—No, no, gracias.

—Voy a ir a prepararme una taza.

Rosa y Carmen velaban en la cocina. Estaban sentadas en torno a la mesa, mudas, con las manos cruzadas sobre la falda, como si aguardaran algo inevitable.

—¿Quiere que se lo haga yo? —preguntó Rosa.

—No, no, gracias —y su voz sonó muy parecida a la de José Pedro. Buscó los fósforos y encendió uno. “Como la llama de la estufa”, pensó. Y en ese instante un grito de su marido la clavó en el suelo.

—¡Teresa!

Con un golpe seco algo se rompió en el fondo mismo de su ser y un dolor casi insoportable, mucho pero que el del alumbramiento, la recorrió entera. Este dolor no traía goce, ese era su horror, ni goce, ni alivio, nada. Era simplemente un dolor de algo que se desgarraba.

Algunos segundos después cuando llegó a la pieza de Tristán, el niño ya estaba muerto. José Pedro lloraba arrodillado junto a la cama. Ese era el único ruido que se escuchaba, el de sus sollozos, porque la respiración ha-

bía cesado del todo. “Está detenida ahí –pensó Teresa mirando la garganta de su hijo–, detenida, dormida ahí, y ya nunca más podrá hablar ni reír ni siquiera mirarme”.

Ella empezó a llorar entonces, pero en forma muy distinta a como lo había hecho en la tarde. Ahora no había histerismos ni violencias. Lloraba hondamente, casi muda, sin que todavía se hubiese muerto en ella aquel dolor que la transfiguraba.

Algunas semanas más tarde, Verónica vino a verla. Ambas se sentaron en el salón, tal como lo habían hecho esa primera tarde, ese primer viernes, y la muchacha no supo cómo expresar con palabras lo que sentía.

–Te he llamado varias veces –explicó Verónica–, pero Rosa me dijo que no estabas en París.

–No. José Pedro me llevó a pasar unas semanas al campo. No muy lejos, en Normandía.

Teresa estaba muy cambiada. Parecía mucho más vieja, vestida de negro y con los cabellos peinados hacia atrás. Al ver que la muchacha la miraba, exclamó:

–Voy a tener que preocuparme un poco más de mí. Después de todo soy la mujer de un diplomático –hizo una pequeña pausa y luego continuó–: ¿Te acuerdas, Verónica, te acuerdas de que una vez te dijo eso y te conté la vida que llevaba y tú me contestaste: “¿Cómo puedes?” ¿Te acuerdas de eso?

–No, en realidad no me acuerdo.

–Si supieras todo lo que esa frase despertó, todo lo que puso en movimiento.

–¿Qué?

–Cosas, tantas cosas.

Y enmudeció. Pasaron algunos minutos en silencio. Eran las cuatro de la tarde.

–Qué temprano oscurece en esta época –exclamó Verónica por decir algo.

–Ya es invierno.

–Sí.

Rosa entró trayendo una bandeja con tazas y platillos para servir el té. Le dejó en la mesita frente a ellas y volvió a salir.

–A propósito –dijo Verónica, y esto lo expresó con el mismo tono, como si continuara la conversación anterior–, es posible que me case.

–¿Con Tristán?

–Sí.

–Te felicito.

“Qué curioso, ya no me importa. No me importa haber pronunciado la palabra Tristán, no me importa que me diga que se casa, nada, nada me importa.”

—Gracias, pero no tienes por qué hacerlo. No es un matrimonio de amor y Tristán no está muy contento con la idea de casarse.

—¿No?

—No. Pero nada puede hacer.

—¿Por qué?

—Porque estoy esperando un niño.

Se produjo un pequeño silencio. Sin duda Verónica aguardaba alguna reacción de Teresa, pero la mujer se mantuvo imperturbable. Dentro de ella el dolor se había aquietado, transformándose en una sensación áspera. “Ya no estoy vacía, porque esto permanecerá. Y a lo mejor esto que permanece es lo cierto”.

—Supongo que algún día tendría que suceder —continuó Verónica—. ¿Te acuerdas, Teresa, cuando tú me preguntaste si éramos amantes y yo te contesté que no verdaderamente? Bueno, lo que estaba tratando de decirte era que, aunque dormíamos en la misma cama, nunca nos habíamos acostado juntos.

Y volvió a mirarla. Teresa se mantenía erguida, callada, un poco distante.

—Pero un día..., mira, fue el día que..., una tarde que según Tristán me dijo tú habías ido a verme, bueno..., esa noche por primera vez nos acostamos juntos.

“Así es como todo se ordena —pensó Teresa—. Así es como lo que muere renace y todo, todo parece estar preso en una armonía tremenda”.

—¿Y tú estás contenta? —preguntó Teresa.

—No lo sé. No sé si era lo que yo esperaba, Tere. Ves tú, yo vine a buscar algo a París, vine a verlo todo, a sentirlo todo, a vivirlo todo. Y de pronto me voy a ver casada, con un niño entre los brazos. No sé si esto es lo que buscaba. No sé si uno encuentra verdaderamente alguna vez lo que busca.

Teresa no respondió.

Las sombras ya habían inundado el salón y la mujer se levantó para encender la luz.

—Voy a tener que irme —dijo Verónica—; Tristán me dijo que volvería temprano y quiero ir a encender la estufa antes de que llegue. Tenemos una estufa, ¿sabes? La compramos en el mercado de las pulgas. Es una especie de pagoda china con una llama azul en el centro. Me entusiasman las estufas. ¿Y a ti?

Aun cuando trataba de recapturar su antiguo tono, no lo lograba. “Algo ha perdido —pensó Teresa—. Quién sabe si no se ha dado cuenta de que es imposible regresar a esa inocencia que se extravió demasiado pronto”.

Cuando Verónica iba a partir, le dijo:

—Espera.

Fue a la pieza donde había dormido su hijo y buscó en uno de los cajon-

nes de la cómoda. A los pocos segundos volvió con un objeto que entregó a Verónica.

—El otro día, mientras ordenaba las cosas de Tristán, de mi Tristán —rectificó—, encontré esto y pensé que te gustaría guardarlo como un recuerdo.

—¿Qué es? —preguntó Verónica.

—Es el cuerno del unicornio —respondió Teresa.

—Esa mañana, en muy temprano, Eduardo me llamó por teléfono.

—No te puedes ir a contrar un departamento... no sé si... ¿cómo es esto en este hotel?

—¿En qué hotel?

—Aquí, donde estoy alojado.

—¿Cómo, todavía estás en el hotel? ¿No vas a ir a la embajada?

—El embajador y don Sergio partieron por el fin de semana a Desnorte. Y a don Jenaro se le ve y se le ve un poco. O sea que este nuevo secretario ha quedado a cargo de la misión. No hay para qué llegar temprano. Además tengo un asunto de los mil demonios.

—¿Por qué? ¿Qué hiciste anoche?

—Llevé a un grupo de compatriotas a recorrer los cabarets. Paris by night, como dicen los americanos. A las cuatro de la mañana terminaron cantando la canción nacional y comiendo sopa de pollo. Luego me trasladé a casa, como se llama ese especie de vespertino que se toma después de comer.

—Las Hellos.

—Eso es. Y tú, ¿qué estás haciendo? ¿Eh...?

—Escribiendo.

—¿Qué?

—Un cuento.

—Déjate de historias. Vente en un rato tras a conversar a la embajada.

—No puedo, Eduardo. Amanece invitado.

Se escuchó una carajada. Eduardo volvió así, muy fuerte, tanto que a veces uno cree que se iba a ahogar. Y la risa no tenía fin. Luego a poco se desahogó, desintegrándose en pequeños ruidos, como si le faltara combustible.

—La muerte mía, ¿verdad? ¿Será una familia que se va a una boda para vivir en París y escribir cuentos que no se publican. Es como haberse encontrado una mina de oro. Pero volviendo al departamento, ¿cómo es alguno que se va a morir?

—Ya sabes que acá es muy difícil.

Eduardo

- 1960 -

Esa mañana, no muy temprano, Eduardo me llamó por teléfono.

-No he podido encontrar un departamento - me dijo -, y estoy aburrido en este hotel.

-¿En qué hotel?

-Aquí, donde estoy alojado.

-¿Cómo, todavía estás en el hotel? ¿No vas a ir a la embajada?

-El embajador y don Sergio partieron por el fin de semana a Deauville. Y a don Jenaro se le ve y se le oye poco. O sea que este tercer secretario ha quedado a cargo de la misión. No hay para qué llegar temprano. Además tengo un sueño de los mil demonios.

-¿Por qué? ¿Qué hiciste anoche?

-Llevé a un grupo de compatriotas a recorrer los cabarets. *Paris by night*, como dicen los americanos. A las cuatro de la mañana, terminaron cantando la canción nacional y comiendo sopa de cebollas en un restaurante de..., ¿cómo se llama esa especie de vega donde venden verduras?

-Les Halles.

-Eso es. Y tú, ¿qué estás haciendo, Lucho?

-Escribiendo.

-¿Qué?

-Un cuento.

-Déjate de tonterías. Vente en un rato más a conversar a la embajada.

-No puedo, Eduardo. Amanecí inspirado.

Se escuchó una carcajada. Eduardo reía así, muy fuerte, tanto que a veces uno creía que se iba a ahogar. Y la risa no moría fácilmente. Poco a poco se deshacía, desintegrándose con pequeños estertores, como si le faltara combustible.

-¡La suerte tuya, viejito! Tener una familia que te da una mesada para que vivas en París y escribas cuentos que no se publican. Es como haberse encontrado una mina de oro. Pero volviendo al departamento, ¿conoces alguno que se arriende?

-Ya sabes que acá es muy difícil.

—Pero entre tus amistades bohemias...

Quedamos de encontrarnos a la una para almorzar. Eran las once y podía contar con dos horas para seguir escribiendo. Sin embargo supe que me costaría volver a concentrarme. La personalidad de Eduardo distraía. Cuando se le veía entrar a un lugar, gordo, un poco sudoroso, con el cuello de la camisa apretado y los ternos un tanto estrechos, como si hubiera engordado recién, se tenía la impresión de que algo iba a suceder. Y no se erraba. El aire vibraba en forma distinta, y, a los pocos segundos, era el centro de atracción. Contaba historias, celebraba las de los demás y estas, a su vez, le recordaban otras que se apresuraba a relatar; bebía mucho y comía más; miraba a la mujeres, las desnudaba con la vista y en raras ocasiones les dirigía la palabra salvo para piropearlas. En general, se desprendía de él una vitalidad un tanto agresiva, lo que hizo exclamar a una de mis amigas: “Es un sudamericano que, en represalia, ha venido a conquistar Europa después de cinco siglos”.

Pero no bien me había despedido de Eduardo, sonó nuevamente el teléfono. Era Pablo, una de mis amistades bohemias como las llamaba el diplomático.

—¿Qué te habías hecho?

—Estuve en Bélgica.

—¿Viajando?

—Una historia larga. Después te contaré.

Conversamos durante algunos minutos y, de pronto, se me ocurrió preguntarle si conocía algún departamento que se arrendara.

—Justamente conozco uno. ¿Para quién es?

—Un amigo. Un diplomático.

—¿Y estará dispuesto a darme una comisión?

—¿A ti?

—Quiero irme de París y necesito dinero, Luis. No mucho, lo suficiente para instalarme en otro sitio. Quiero ver si todavía sé pintar.

—Trataré de arreglártelo. ¿Y cómo es el departamento?

—Espléndido. Con un solo pero.

—¿Cuál?

—La dueña.

—¿Qué le sucede?

—Cuando la veas, te darás cuenta. ¿Por qué no vamos a visitarlo con tu amigo?

—Voy a almorzar con él. ¿Por qué no nos acompañas?

—Siempre que tu amigo me invite. Como ves, no estoy en una situación muy brillante.

—Juntémonos un cuarto para la una en el Deux Magots. Quedé de encontrarme con él a la una en un restaurante cerca.

Había empezado a caer una garúa fina que esfumaba las paredes de los edificios. En los cafés, en algunos, habían encendido las luces y los grandes ventanales del Deux Magots dejaban ver un interior acogedor, maderas oscuras, butacas de felpa y algunos broncees. Pablo me estaba esperando frente a una de las mesitas con cubierta de mármol. Me explicó que el departamento, en este momento, estaba arrendado a una norteamericana que se lo había cedido a él por algunos días. Ella había tenido que partir a Lyon por el fin de semana.

—¿Pero cómo vas a arrendárselo a Eduardo entonces?

—Sheila se va a mediados de la próxima semana a Nueva York. Es compradora para una gran tienda de modas allá, una especie de ángel guardián perfumado con desodorante y que lo guarda todo en bolsas plásticas. Pero un ángel, una samaritana. Cuando supo que yo acababa de llegar, que no tenía un franco, atravesó todo el Montana y me ofreció su departamento.

—¿Y la dueña?

—Esa es otra historia. Lo mejor es que tu amigo se entienda con ella.

De antemano sabía que a Eduardo le iba a molestar mi amigo Pablo. A pesar de que eran de una misma nacionalidad y, en su país, pertenecían a mundos muy semejantes, aquí, vistos en París, provenían de planetas distintos. Y cuando divisé a Eduardo en la puerta del restaurante, de azul marino, con sombrero enhuinchado, disfrazado de diplomático, quise sacarme mi abrigo y cubrir con él la blusa morada y el pantalón caqui de Pablo. Ya era demasiado tarde. Eduardo me había ubicado y se abalanzaba sobre mí con los brazos abiertos, como si hiciera años que no nos viéramos.

—¡Viejito! —y luego por lo bajo—: Supongo que no iremos a almorzar con este pajarraco.

—Te presento a Pablo —y agregué con rapidez—: Me ha dicho que conoce un departamento que podría servirte.

—No nos quedemos aquí —exclamó Eduardo al ver que Pablo se aprontaba a entrar en el restaurante—; a la vuelta de la esquina hay otro mucho mejor —y nuevamente por lo bajo—: Este pasa lleno de diplomáticos centroamericanos y quizás qué pensarían si nos ven llegar con este existencialista.

Para Eduardo el existencialismo no era una disciplina filosófica sino una forma de vestirse. Todo hacía prever que el almuerzo iba a ser difícil, pero no fue así. Justo es reconocer que Eduardo poseía la facultad de ajustarse a las situaciones y ahí, habiéndose soltado un poco la corbata, desabrochado el primer botón de la camisa, mantuvo la conversación en torno a sus historias de embajadas, sus aventuras y, para satisfacer a Pablo (“Después de todo, uno es diplomático, viejito”), a una exposición donde lo había arrasado una compatriota, esposa insatisfecha de uno de sus jefes, con gustos artísticos y bastante buenas piernas.

—Era en una sala muy mal iluminaba. Andábamos a tropezones y en las murallas había una serie de hilos de donde colgaban unas especies de pesos fuertes de todos colores. Como estaban suspendidos, se movían. Y la gente pasaba horas mirándolos.

—Desde haber sido la exposición de Calder —exclamó Pablo con la boca llena de comida.

—Ah, el nombre sí que no me lo pregunte. Porque si eso es arte, viejito, yo soy Renoir o Galileo o cualquiera de esos.

Muy pronto el tema giró hacia el departamento.

—¡No sabe lo que se lo voy a agradecer!

—Pero según parece, Eduardo, hay un problema.

—¿Cuál?

—La dueña.

—¿Que no quiere arrendarlo?

—No, no es eso —interpuso Pablo—. Se trata de una señora..., ¿cómo explicarle?

—Debe ser alguna vieja entrometida. Déjenmela a mí. Les apuesto que en una semana la tengo domada. Y ahora tomémonos un coñaquito y vamos a ver el departamento.

Estaba ubicado en el Quai Voltaire, frente al Sena, en un cuarto piso sin ascensor. Pablo y yo, que estábamos acostumbrados a estas escaleras, subimos rápidamente, pero Eduardo se quedó atrás, resoplando y pidiéndonos a gritos que lo esperáramos.

—¿No crees que me moriré al segundo día, como un gato, en medio de la escalera?

—No, hombre, te va a hacer bien. Estás muy gordo.

—¡Qué voy a estar gordo! He perdido dos kilos en tres meses. Acá se come mucho menos, ¿no te parece? —le preguntó a Pablo, que tocaba el timbre—. Hay dos cosas que verdaderamente me hacen falta: mi sandwichito de las once y que, al almuerzo, me sirvan el queso desde la entrada, el trozo de queso en la mesa como lo hacemos nosotros, y no esos pedacitos antes del postre.

La puerta se abrió en ese instante. Sin duda estábamos frente a Mme de la Tremouille, la dueña del departamento. Era una mujer de huesos delgados, tan finos como láminas con cuchillo. Más bien alta y toda vestida de negro, se mantuvo ahí, de pie entre los dos batientes de la puerta, mientras Pablo le explicaba quiénes éramos. Nos miró fríamente, casi diría que con desprecio, y la supe dispuesta a permanecer ahí como un guardián decidido a defender sus posesiones hasta la muerte. Pero en ese momento, inspirado sin duda, a Pablo se le ocurrió decirle que Eduardo era diplomático. La palabra obró como un sortilegio. Mme de la Tremouille se dio vuelta

hacia él. Eduardo se sintió examinado, se arregló la corbata e inclinó la cabeza.

—¿Diplomático? —preguntó llena de dudas.

—Sudamericano —explicó Pablo.

—Ah.

Fue una exclamación corta, como un estallido de fogueo, pero que arrojó luz sobre el asunto. (Ah, sudamericano. Explicaba muchas cosas. Ah, un diplomático. Hay una embajada detrás, un edificio, un país, algo que responda.) Y Mme de la Tremouille se hizo a un lado y nos dejó entrar.

En realidad lo que arrendaba no era un departamento, sino dos piezas dentro de su propio departamento. Había logrado incrustar en una esquina de uno de los cuartos un lavatorio, una ducha y una cocinilla, escondiéndolos luego con un biombo. Ahora lo descorrió con un gesto amplio, como quien abre una puerta pesada, y dijo:

—Esta es la sala de baño.

—Y la cocina — completó Eduardo, cuya mayor preocupación era hacerles saber a los europeos que no lo engañarían. Ella no lo escuchó o no quiso escucharlo y siguió mostrándonos las piezas, que no eran grandes.

En realidad el lugar era hermoso. Sobre todo cuando uno miraba a través de las ventanas y descubría el Sena, adormilado y gris, a menos de cien metros. A esa altura el Quai Voltaire se ensanchaba en una plazoleta y los muros de piedra irradiaban una luz, como llovida, que lentamente inundaba estas piezas.

Miré a Eduardo que se había detenido frente a la ducha y pensé en lo anacrónico que parecía en medio de todo esto.

—Lo que más me gusta — me dijo en español — es la ducha. No veía una desde que me vine. ¿Pero no crees que se me mojará la cama?

No tuve tiempo de contestarle, porque Mme de la Tremouille había iniciado lo que Pablo bautizó (es cierto que a mi oído y en voz baja) “la visita del museo”.

Nos hizo recorrer las dos piezas deteniéndose frente a cada mueble. Con sus dedos largos (las manos eran muy hermosas, blancas y recorridas por tenues pinceladas azules), nos mostraba los detalles de las sillas, los bronce de la cómoda, los cuadros, todos firmados y con marcos de época, que tapizaban los muros. Cada uno tenía su historia, una pequeña anécdota que lo enriquecía ante los ojos de la dueña. Pero cuando nos encontramos frente al *secrétaire*, nuestra anfitriona hizo un alto definitivo. Este era el objeto clave. Había pertenecido a una antepasada, una Mme de la Tremouille que imaginé tal delgada como esta, sin pechos y con el peinado alto de los luises. Ella y María Antonieta, la reina como la nombraba, habían sido íntimas amigas.

—Jugaban juntas en el Hameau —explicó—, aun cuando mi parienta era sumamente culta, los de la Tremouille siempre han sido intelectuales, y estoy segura de que esos juegos no la interesaban. *Mais...* una vez que la reina se alojó en nuestro castillo, este *secrétaire* estaba en su dormitorio y se rumorea que lo utilizó para escribir una carta a quien sabemos.

—¿A quién? —preguntó Eduardo.

Pero ya Mme de la Tremouille, con un gran tacto, había seguido caminando y se detuvo frente a una puerta que, según nos explicó, comunicaba con su departamento.

—Dile que la cierre y que bote la llave al Sena.

—Ese es el problema —contestó Pablo—, el grave problema.

—¿Qué pasa?

—No se puede cerrar con llave.

—¿Y por qué?

—Porque el excusado está al otro lado.

—¿Y tengo que compartirlo con ella?

—Así es.

En ese momento Mme de la Tremouille y Eduardo estaban uno al lado del otro, los miré y me di cuenta de que la convivencia era casi imposible.

—Voy a dejarlos solos, para que lo piensen y se decidan —dijo la señora, y desapareció por la puerta. Permanecieron los tres mudos, con la tarde entrando por las ventanas y un río lento corriendo no muy lejos. Parecía habernos ganado el desánimo.

—Hay que pensarlo —exclamó por fin Eduardo—. Hay que pensarlo mucho.

Nos despedimos de Mme de la Tremouille y bajamos a la calle.

—Si se decide, avísame —le dijo Pablo a mi amigo y se separó de nosotros.

Como era sábado y Eduardo no tenía que volver a la oficina, atravesamos el río y caminamos hacia la plaza de la Concorde. Ya no llovía y el aire estaba fresco. Durante todo el camino, Eduardo monologaba a propósito del departamento.

—¿Qué piensas tú? —me decía, y no aguardaba mi respuesta—. Por un lado vivir con esa vieja que debe tener un genio de los mil demonios, separado por un tabique y con el peligro de que en cualquier momento venga a meterse en lo que no le importa. Por otro, el departamento tiene ambiente, ¿no es cierto, viejito? Es como uno se imagina que deben ser los departamentos en París.

En realidad algo tenía de “La Bohème”. Sin duda a Eduardo, como a mí, su madre lo había arrastrado a la ópera cuando chico, y, desde el palco, le había mostrado la mansarda de Rodolfo y le había susurrado al oído: “Así es París, mi hijito”. Esas son las imágenes que permanecen.

A la mañana siguiente, Eduardo me llamó por teléfono y me dijo que había decidido arrendar el departamento. Ya no podía soportar ese hotel donde estaba. Le acababan de pasar la cuenta e “imagínate, viejito, me han cobrado trescientos cincuenta francos por cada baño que me he dado. Con razón en este país no se puede entrar a los cines, esos continuados, que no se ventilan”. Concluyó diciéndome que llamara a Pablo y que cerráramos el negocio.

A mediados de la semana regresó Sheila de Lyon. Correspondía perfectamente a la descripción de mi amigo, salvo que había olvidado decirme que usaba anteojos, que hablaba sin cesar y que su única “pasión” era ayudar a la gente. Decidió poner en práctica sus teorías con Eduardo. Cuando este por vigésima vez fue a visitar el departamento para ver si todavía conservaba el ambiente, la americana lo arrinconó, le hizo una lista de las cosas que iba a necesitar, le dio la dirección de su lavandera y terminó vendiéndole tres docenas de tubos de pasta de anchoas y ocho latas de jamón con piña que le habían sobrado.

A fines de la semana, Eduardo estaba instalado en el Quai Voltaire y durante algunos días no supe más de él.

En realidad los días sumaron treinta y transcurrió un mes. Pablo, con la comisión que le diera el diplomático, partió en viaje. Recibí una tarjeta suya desde Costa Brava, una sirena abrazada a un marinero y al reverso la palabra “saludos” y su firma. Eso fue todo. Por lo demás estábamos acostumbrados en París a que los amigos desaparecieran durante meses, se esfumaban del todo o bien, un día cualquiera, emergieran en la terraza de alguno de los cafés, como si no se hubieran movido, hablando las mismas cosas, vistiendo la misma ropa.

Pero al cabo de ese mes sentí curiosidad por conocer la suerte que había corrido Eduardo y lo llamé.

—¡Viejito! ¡Qué gusto de escucharte! ¿Cómo has estado? ¿Qué cuentas?

—¿Y tú?

—He tenido mucho trabajo. Imagínate que vino una delegación de parlamentarios y hubo que pasearlos sin descanso. Desde la Cámara de Diputados hasta los cines pornográficos de Pigalle. Resultado: tengo el hígado como globo y he enflaquecido dos kilos más.

—¿Y tu departamento? — pregunté

—Perfecto, viejito. Hasta me acostumbré a subir los cuatro pisos corriendo.

—¿Y Madame de la Tremouille?

—Ahí está la vieja. Molesta de vez en cuando, pero he decidido no escucharla. ¿Por qué no me vienes a ver el domingo?

Cuando toqué el timbre del departamento, ya era tarde, las seis quizás, y por la ventanita del descanso divisé un trozo de río sobre el que la luz de un

farol trazaba una especie de pequeño planeta en desintegración. Se escucharon unos pasos precipitados y apareció Mme de la Tremouille, de negro siempre, pero con un sombrero realzado por un ramito de violetas.

—Parece que la señora va a salir — le dije a Eduardo mientras nos sentábamos junto a la salamandra.

—No, hombre, hoy es domingo.

—¿Y?

—Los domingos escucha su concierto.

—Pero si te digo que cuando me abrió la puerta estaba con sombrero, lista para salir.

—Justamente se pone sombrero para escuchar el concierto por radio.

Creí que estaba bromeando y, como me insistiera, me levanté, entreabrí la puerta y miré. Mme de la Tremouille estaba sentada en un sofá Luis XVI, muy erguida, con el sombrero puesto y la cartera junto a ella. No lejos había un aparato de radio del cual salían los primeros acordes de la obertura “Leonora”. Cerré la puerta con precipitación y me di vuelta hacia Eduardo.

—¿No estará un poco chiflada?

—No, hombre, son mañas de la vieja. Déjala.

Dentro de la pieza de Eduardo hacía mucho calor, tanto que los cristales de las ventanas estaban empañados y apenas sí se distinguía el Sena. Mi amigo estaba disfrazado de diplomático en vacaciones. Una camisa de mangas cortas y un pañuelo al cuello. Mientras me servía un whisky (“del bueno, viejito, del bueno”), pensé qué sería de él en algunos años más. Me pregunté se lograría conservar ese optimismo, esa incultura, esa vitalidad que lo hacían tan atrayente o si, por el contrario, las iría perdiendo al anudarse pañuelos al cuello y al sembrar su conversación con palabras francesas mal pronunciadas. Al beber, brindé en forma secreta se entiende, porque no cambiara.

Desde la pieza contigua llegó el ruido de unos aplausos.

—Están aplaudiendo.

—¿A quién?

—Leonora.

—¿Y quiés es esa?

—El nombre de la obertura que estaban tocando. El concierto de Madame de la Tremouille.

—Ah.

Seguimos conversando mientras a través del tabique nos llegaban los acordes de la música. Eduardo no parecía escucharlos, atento a nuestra charla, más bien dicho a su monólogo, seguía como siempre perdido en su mundo de embajadas, de consulados y ministerios. Se sirvió tres vasos de whisky, terminó por desanudarse el pañuelo que lo estaba ahogando y cada cierto tiempo miraba su departamento con verdadero cariño y decía:

—Tiene ambiente, ¿no es cierto? Tiene ambiente.

Más o menos a las ocho y media escuchamos unos golpecitos en la puerta y Mme de la Tremouille entró, sin sombrero ahora, trayendo una bandeja con tres vasos pequeños y un botellón de vino añejo.

—¡Qué concierto! —exclamó—. ¿Alcanzaron a escucharlo? Se podrán decir muchas cosas de los alemanes, pero en lo que respecta a la música... Ah, que *c'était beau!*

Y luego sin ni siquiera preguntarnos si queríamos o no, nos sirvió vino añejo.

—Se me va a revolver el estómago —me dijo Eduardo por lo bajo—. Esto no se puede mezclar con whisky.

Pero Mme de la Tremouille alzó su copa en un brindis tímido y tuvimos que beber ese vino casi acaramelado. Cuando fui a dejar la copa sobre una mesa, me extendió rápidamente la bandeja, diciéndome:

—¡Cuidado con esa mesa! El barniz es muy fino y la copa puede dejar una huella.

Varias veces durante la conversación que siguió, porque Mme de la Tremouille se sentó entre nosotros como si estuviera en su propia casa, varias veces, digo, tuvo actitudes semejantes. O bien le decía a Eduardo que no utilizara una cierta silla, o bien me advertía que era mejor no poner los pies tan cerca de la salamandra, o que ya era hora de correr las cortinas. Yo obedecía sin titubear, pero vi que Eduardo no le hacía el menor caso. Se sentó en la sillita enconchada, la aplastó con su peso, colocó los pies sobre la salamandra y no tocó las cortinas. Mme de la Tremouille no chistaba y muy pronto comprendí que entre ellos se había entablado una guerra muda en la cual cantaría victoria el más poderoso. La señora seguía impartiendo órdenes a pesar de todo y mi amigo nos la cumplía, más aún parecía complacerse en ignorarlas. Y así ambos habían dispuesto sus campos de batalla, sus armas y sus defensas, parecían mirarse a través de la pieza, esperando que llegara el momento de hacer actuar la artillería pesada.

Le dije a Eduardo que tenía que partir y mi amigo me acompañó hasta la puerta.

—¿Tú crees que vas a resistir? —le pregunté.

—¿A esta vieja? En una semana la tengo comiéndome en la mano. ¿Sabes una cosa, viejito? Estos europeos se creen muy superiores, porque nos conquistaron hace unos siglos. Pero no se acuerdan de que los indios también tenían tácticas.

No deben haber sido muy efectivas, las tácticas me refiero, porque algunos días más tarde Eduardo llegó a mi pieza en un estado de gran excitación.

—Me tiene loco —me dijo—. No sé si voy a poder soportarla. Y ya estoy a punto de dejar el departamento.

—Pero ¿qué es lo que ha sucedido?

Las tácticas de Mme de la Tremouille consistían en lo siguiente: no solo lo espiaba y, en el momento en que él llegaba, se presentaba en su cuarto para plantearle su lista de quejas, sino que ahora había empezado a escribirle cartas. Tres y cuatro por día. Las dejaba sobre su velador, o en el cajón de la cómoda, o en el *secrétaire* de María Antonieta y a veces hasta se las mandaba a la embajada. Eran cartas muy largas, escritas con una letra varonil y decidida, en las cuales iba relatando acontecimientos al mismo tiempo que establecía una lista de recomendaciones, y todo ello con un estilo pausado, sin prisa, como si aquella correspondencia fuese lo más importante en su vida.

—Toma —me dijo—; te traje una para que te des cuenta.

—Pero no te comprendo, Eduardo —le dije tomando el sobre que me extendía—. Yo preferiría que me escribiera cartas en vez de venir a molestarme personalmente.

—Yo no. Me había acostumbrado a tenerla ahí, hablando de un rincón. No la escuchaba.

—Con no leer las cartas...

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque me tiento.

Lo miré sonriendo y se me ocurrió un gran niño gordo incapaz de resistir frente a un pastel con crema. Tenía la misma actitud, los ojos bajos y el labio inferior goloso, avergonzado de confesar su propia debilidad.

La carta era en realidad tentadora. Solo con sentir el peso del sobre en la mano, a uno le daban ganas de abrirla y leerla. Fue lo que hice.

Estimado señor:

Esta mañana escuché ruidos un cuarto de hora más temprano en su pieza, por lo que deduzco que debe tener mucho trabajo en la embajada. En realidad son varias las cosas que me habría gustado decirle; pero anoche no tuve el coraje de esperarlo. Había tenido un día agotador: en la mañana vino el gasfiter a arreglar lo que sabemos y tuve que estar durante las dos horas vigilándolo. La última vez que vino un gasfiter, no este, sino otro que me había recomendado la concierge, desapareció una de las cartas autografiadas de mi colección, la de Horace Villeneuve menos mal, un escritor de segunda categoría y de fines del siglo pasado, lo cual no es muy interesante. Imagínese que se hubiera llevado la de Saint-Simon o esa nota firmada por Buffon que le mostré el otro día y que sin duda es la joya de mi colección. No tengo seguridad de que haya sido ese gasfiter quien se la llevó. En esos días estaba alojando en su departamento ese joven pintor que la señorita Davis había traído. Sé que es

amigo suyo, pero como una debe ser absolutamente sincera, le diré que nunca me gustó ese muchacho. Pues bien, hoy día vino otro gásfiter y decidí no correr ningún riesgo. Es un hombre bastante serio, me refiero al gasfiter, y me puso sobre guardia a propósito de algo sobre lo cual debo hablarle.

En la pieza donde está lo que sabemos, hay una llave en el rincón izquierdo. El gásfiter me dijo que era importante no tocarla, porque el peligro de inundación era inminente. Además me aconsejó grandes precauciones para manejar la cadena que hace funcionar lo que sabemos. Parece que la pieza por la cual está unida al engranaje general es de fabricación antigua y ya no se encuentran en el comercio. De más está decirle entonces los cuidadosos que debemos ser.

En la tarde, como era jueves, fui a mi conferencia de los Anales. El tema era sumamente interesante. No recuerdo el título, pero tenía que ver con las antiguas religiones asirias. Un capitán, un hombre muy distinguido, nos mostró una colección de fotografías de monumentos asirios y los comparó con otra serie, egipcia esta vez. El próximo jueves va a continuar su disertación y yo le aconsejaría que me acompañara y que además se hiciera socio de esta sociedad que sin duda le va a reportar grandes beneficios. Siempre he pensado que un diplomático debe estar al tanto de lo que sucede en el mundo.

Llegué a mi casa bastante tarde y usted no estaba. Pienso que a lo mejor volvió de su oficina y salió nuevamente. Lo esperé hasta las once u once y media tal vez, recuerdo que escuché el último boletín de noticias y supe que en su país había habido un terremoto. Pensé dejarle una nota para que usted se impusiera al llegar, pero olvidé hacerlo. Supongo que ahora ya le habrán contado la noticia en la oficina.

Una de las cosas más importantes que quería decirle es la siguiente: si llegara, por negligencia se entiende, a dejar un vaso húmedo sobre alguno de los muebles, le rogaría que no tratara de borrar el anillo que forma sobre el barniz. Déjelo tal cual. Yo tengo un líquido que es verdaderamente extraordinario. Ayer al entrar a su dormitorio noté que en el velador había sucedido esto y que usted, al tratar de limpiarlo, sólo había logrado agrandar la mancha. Es una lástima porque ese mueblecito, aun cuando no es verdaderamente antiguo, data de 1890, está firmado creo yo donde se junta la pata delantera izquierda con la cubierta.

Mi hija me llamó esta mañana por teléfono y cuando le conté que mi nuevo arrendatario era un diplomático sudamericano, me recordó que ella había sido amiga de un secretario de la Embajada de Ecuador, no recuerda si en 1934 o en 1936, tiene que haber sido sin embargo en una de estas dos fechas, porque coinciden con los años en que ella tomó clases de equitación y la amistad con el señor Agüero, ¿tal vez usted lo conozca?, fue absolutamente ecuestre. Mi hija tiene muchas ganas de conocerlo y me pidió que lo invitara la próxima vez que ella venga a París. En realidad Marie-Madeleine, es el nombre mi hija, no vive en París. Se ocupa de cuestiones sociales y viaja constantemente por el nordeste de la Francia que, como usted debe saber, es una región muy poco hospitalaria. De todos modos yo le avisaré

con la debida anticipación la fecha de esa reunión, que será, por lo demás, muy íntima.

Por último, quería recomendarle muy especialmente que, al ocupar la ducha, lo haga mirando hacia la pieza y dirigiendo el chorro de agua hacia usted, quiero decir hacia la pared. Usted ya se habrá dado cuenta cómo se ha desteñido la alfombrita que hay a la bajada de la cama y es imposible mantener el suelo limpio si usted lo salpica todos los días. Jeanne se ha quejado varias veces. Y como ya lo hemos conversado, no hay que contrariarla. Cada día resulta más difícil encontrar una mujer que venga así por horas y que tenga tal aprecio y tal respeto por las antigüedades.

Como esta noche seguramente pasaré a verlo antes de acostarme, no les escribo ahora más largo. Hay varios otros detalles que me gustaría conversar con usted personalmente.

Doblé con todo cuidado las seis páginas y se las devolví.

—¿Y? ¿Qué me dices?

—¿Qué quieres que te diga?

—Y no es una, viejito, sino dos o tres al día.

Estaba tan interesado en la historia, que debo confesar que no me importó la preocupación de Eduardo. Y seguí indagando:

—¿Pero y esa hija? ¿Quieres decirme que Madame de la Tremouille es casada?

—Claro que sí.

—¿Viuda?

—No, hombre, qué va a ser viuda. El marido vive en el mismo edificio, en otro piso, y la visita los miércoles y viernes. Es un general retirado.

—¿Por qué?

—Bueno, supongo que porque ya habrá cumplido sus años de servicio

—No, hombre. Te pregunto por qué no viven juntos.

—No sé.

—¿Y cómo es el general?

—No lo he visto todavía. Pero el próximo jueves estoy invitado a comer a su departamento. Madame de la Tremouille me preguntó si tú querías venir. Tienes que acompañarme, viejito, te lo pido como un favor.

—Con el mayor gusto —respondí—. Y mientras tanto no botes las cartas que te mande. Guárdamelas.

Ese jueves no sólo conocí al general sino también a Jeanne. Fue ella quien vino a abrir la puerta cuando tocamos el timbre del departamento del quinto piso, que era donde vivía el esposo de Mme. de la Tremouille. Jeanne era una alsaciana de mejillas rojas y antebrazos gordos. Nos condujo a través de un corredor decorado con panoplias hasta un saloncito donde estaban el general y Mme de la Tremouille. Ambos se pusieron de pie

para saludarnos y así pude darme cuenta de que el general era más bajo que su esposa, un hombre endeble, con un rostro fino, un bigote inmenso y la roseta de la Legión de Honor en la solapa.

Durante la comida, que fue muy protocolar, noté que las relaciones entre mi amigo y Mme. de la Tremouille habían variado. En esa pieza llena de recuerdos bélicos (había una bandera desgarrada en uno de los muros y en el otro un trozo de obús enmarcado) supuso que se exacerbarían los espíritus guerreros de ambos. Nada de eso sucedió. La señora y el diplomático se comportaban en forma muy distinta a como lo habían hecho hasta ahora. Sin duda el que más había cambiado era mi amigo Eduardo. Ahora, cuando Mme. de la Tremouille le dirigía la palabra, la escuchaba con gran atención y respondía de manera obsequiosa. Súbitamente parecía haber perdido todas sus aristas, sus incongruencias, sus raptos de cólera, sus expansiones desproporcionadas. Mantenía sus antebrazos paralelos a los cubiertos, las manos quietas y absorbía, más que escuchaba, la conversación de su vecina de mesa.

¿Qué es lo que había sucedido? ¿Por qué este cambio de pronto? Tres días había irrumpido en mi pieza, enarbolando las cartas como un energúmeno, gritando que no podía soportarla un solo instante, que iba a devolver el departamento a pesar del ambiente, a pesar de la dificultad para encontrar otro, a pesar de todo. Y ahora lo veía como un trozo de cristal pulido entre las manos de Mme., de la Tremouille.

Pero no pude seguir pensando en todo esto, porque el general, que estaba a mi izquierda había iniciado una larga disertación acerca de la estrategia de las batallas napoleónicas. Según parece, era un rendido admirador del general Bonaparte. Así lo llamaba él y cada vez que pronunciaba su nombre parecía estarse cuadrando ante un militar de mayor grado. Sin embargo no podía dejar de observar a la otra pareja, y cuando Jeanne le presentó a Eduardo la fuente con el pollo y él quiso servirse un trozo de pechuga —pero Mme. de la Tremouille lo obligó a cambiarlo por una pata, y él aceptó—, me di cuenta de los riesgos que corría mi amigo y decidí intervenir.

—¿Y usted qué opina del emperador, señora? —exclamé tratando de que la conversación se hiciera general.

—¿De quién, señor?

—De Napoleón. Del emperador.

—Francia nunca ha tenido emperadores, sino reyes. Cuando cometieron la torpeza de suprimirlos, la historia de este país se tornó confusa. Y lo sigue siendo. De ahí para adelante nunca me he preocupado verdaderamente de lo que sucedió —miró a su marido y con una cierta impertinencia en la voz concluyó—: ¿Hubo algún emperador?

El general gruñó. Comprendí que eso era uno de los motivos de desave-

nencia, tal vez el más importante. Y llegué a preguntarme si no era aquella la razón por la cual uno vivía en el quinto piso y el otro en el cuarto.

Mientras tomábamos el café, Mme de la Tremouille se sentó en un rincón de la salita con Eduardo. El general me había acaparado en el extremo opuesto de la pieza y me mostraba mapas ilustrados que confrontaba con la lectura de trozos de la historia de Thiers. No pude por lo tanto escuchar la conversación, pero sí los observaba. Se mantenía aquella extraña tregua. Eduardo recibió de manos de Mme de la Tremouille su taza de café mientras ella desprendía de lo alto de su sombrero un velo con el cual escondió la mitad de su rostro. Y mi amigo, con una taza de café en cada mano, levemente inclinado hacia delante, era la imagen del cortesano. La señora también. Con el rostro semivelado, se le notaba más joven, más femenina, más coqueta tal vez. Y vistos así, encerrados en el círculo de luz tamizada de la lámpara, se habría creído estar contemplado una pareja de novios, o por lo menos amantes.

¿Qué es lo que había pasado?, volví a preguntarme. ¿Era la primera vez que esto sucedía?

—La primera victoria, la primera, la primera —gritaba el general, golpeando con su dedo una colina dibujada en el mapa. Pero yo no podía despegar mis ojos de esa pareja que, al fondo del salón, tenía algo de prohibido y de encantador a la vez.

Cuando por fin nos despedimos y bajamos los tres al cuarto piso, invité a Eduardo a tomar un trago. Aun cuando había formulado mi invitación en español, el diplomático se apresuro a traducírsela a Mme de la Tremouille.

—Muchas gracias, pero es demasiado tarde —respondió—. *Les vieilles dames* (no dijo vieja a secas) como yo tienen que acostarse temprano. De todos modos muchas gracias.

Quedamos solos y, mientras bajábamos la escalera, le pregunté a Eduardo lo que había pasado.

—¿Dónde, viejito?

—¿Cómo dónde? ¿Por qué han cambiado tanto tus relaciones con la vieja?

—¿Han cambiado? —preguntó pretextando una indiferencia muy desusada en él y que se hacía exasperante. Caminábamos hacia la estación del Quai d'Orsay. A lo lejos se divisaban la estructura de fierro negro y el reloj abierto como un ojo en la noche. Eduardo se había adelantado algunos pasos, como si quisiera eludir mis preguntas y durante algunos segundos avanzamos en silencio. Por fin encontramos un café abierto.

—Escúchame, Eduardo —le dije mientras nos sentábamos—, es absurdo el misterio que estás creando. Cuéntame de una vez por todas lo que pasa.

Se dio vuelta hacia mí. Me miró. Tenía la expresión seria del que va a hacer una confesión. Los labios se entreabrieron, al borde sin duda de al-

gún secreto, pero de pronto dejó escapar una de sus famosas carcajadas. Rió estentóreamente y, al hacerlo, fue como si se colocara una máscara.

—Es una broma, viejito. ¿Qué creías? ¿Que había hecho las paces con ella? No, hombre, acuérdate de que soy diplomático y que estaba invitado. Mañana reiniciaremos la batalla, ella al deslizarme la primera carta bajo la puerta y yo al mojarle por centésima vez la alfombrita al lado de la cama.

Y siguió riendo un rato, bebiendo a sorbos cortos su whisky, deshaciéndose en risa, palmoteándome la espalda y repitiendo:

—Este Lucho...

Pero no sé por qué tuve la intuición de que no me había dicho la verdad.

Al día siguiente, en la tarde, recibí una carta de Eduardo. En realidad era de Mme de la Tremouille dirigida a mi amigo, y acompañada por una nota de él que decía: “Ya lo ves, anoche tenía razón. Se reiniciaron las ofensivas. Este es el huevo que puso la gallina”.

El huevo era bastante grande o largo. Tenía cerca de seis páginas numeradas en la esquina superior izquierda, que leí con gran interés.

Estimado señor:

Ante todo permítame agradecerle la gentileza que tuvo al invitarme anoche, después de la cena, al salir con usted y su amigo. Créame que me habría gustado mucho poder acompañarlos, pero los años pasan, mi querido amigo, y cada vez soy menos valiente para salir de noche. Antes solía ir dos o tres veces por semana al teatro. Era socia de un club a través del cual se pueden conseguir, pagando una módica cuota anual, entradas rebajadas. Creo que todavía tengo los formularios guardados. Voy a buscarlos y se los dejaré en su pieza. A usted tal vez podría interesarle hacerse socio, ya que para un diplomático es esencial, creo yo, estar al tanto de lo que sucede en el arte. Volviendo a lo anterior, créame que le agradezco su amabilidad y espero que le transmita a su amigo mis agradecimientos, aun cuando me pareció comprender que usted, y no él, fue quien tuvo la idea de invitarme.

En realidad, hace varios días que deseo hablarle de un asunto bastante delicado. Jeanne vino a decirme que había encontrado algunas hormigas en su ropero. Al comienzo no lo creí. Se necesita mucho coraje para subir a un cuarto piso y si ahora usted piensa en el porte de una hormiga... Pero la Fontaine, de quien seguramente usted habrá oído hablar, ya nos describió el empecinamiento de esos insectos y por eso fui a cerciorarme personalmente. Por desgracia, Jeanne no miente y, entre sus camisas, bajando al cajón donde guarda sus pañuelos y las otras prendas de ropa interior, descubrí una hilera de hormigas. Me apresuré a exterminarlas con unos polvos arsenicales que me recomendó el farmacéutico y que parecen haber sido efectivos, porque tanto Jeanne como yo no las hemos visto reaparecer. Sin embargo, estudiando de dónde podían venir, Jeanne me contó que usted guardaba las provisiones que compra para preparar su desayuno en el armario junto con su ropa. Estoy segura que

debe ser una distracción, porque junto a la cocina hay un mueble con dos repisas especialmente diseñado para ello. Pero como Jeanne no miente, descubrimos entre los zapatos, es decir, en el último cajón de su ropero, un tarro de leche condensada, abierto, repleto de hormigas. Nos apresuramos a botarlo a la basura, por eso si lo busca y no lo encuentra, no se extrañe. Por lo demás, de muy poco podría haberle servido.

Eso es en cuanto a las hormigas. Queda ahora otro pequeño problema, y esto es solo una sugerencia: desde que ha comprado un radio, me doy cuenta que los programas que escucha no son los mejores. A las horas en que usted está en su pieza es preferible sintonizar las emisoras francesas y no las extranjeras. Por eso me he permitido dejarle junto a esta carta una lista de los programas, con sus horas, que copie de un boletín al cual estoy suscrita. Le recomiendo especialmente el que se llama "Los viajes de Aladino". Lo escribe un periodista y hombre de letras brillante, cuyo nombre se me escapa en este momento, y ya nos ha hecho viajar por todo el Lejano Oriente y estamos a punto de llegar al Japón. No sé si a usted le fascinan los viajes como a mí. Cuando joven, y de eso, créame, hace muchos años, pensaba recorrer el mundo y escribir luego un relato de viaje. Uno de mis primos lo hizo, Philippe de la Tremouille, que después publicó sus recuerdos bajo el título "A través del mundo con Kempis". Se refería a Tomás de Kempis, naturalmente. Viajó solo, con un ejemplar de la "Imitación de Cristo" como única compañía. Era muy católico. Yo nunca pude hacerlo, porque me casé, y aun cuando mi esposo viajó mucho, yo tuve que ocuparme de Marie-Madeleine. Pero he quedado con el deseo de haberlo hecho. Ah, mi querido amigo, espero que usted nunca llegue a viejo y diga eso: he quedado con el deseo de haberlo hecho. Es el único pecado, como decía mi padre, le regret.

Ni siquiera conozco a fondo este país que tanto amo, la Francia. Hay rincones en los cuales nunca he estado y estoy segura que no me creará cuando le diga que jamás he ido a ver la gran marea al Mont Saint-Michel. Es vergonzoso, ¿no le parece?

Mi hija me escribe que es muy posible que venga la semana próxima a París. Con la debida anticipación le avisaré a usted y a su compañero, que tan buena amistad parece haber hecho con mi esposo, para que vengan a tomar una taza de té...

La despedida era larga. Antes de firmar, le anunciaba que volvería a escribirle esa tarde "a propósito de un asunto para el cual necesito más tiempo del que ahora dispongo".

Me pregunté si Eduardo no me habría mandado esa carta con alguna razón. Para demostrarse a sí mismo, por ejemplo, de que era verdad lo que me había dicho la noche anterior. Todo aquello tenía el tono que emplea el niño que silba en la oscuridad para comprobar que no tiene miedo, para infundirse valor y para hacerle ver a los demás que es valeroso. Era el mismo silbido titubeante y revelador.

Durante los días siguientes, las circunstancias parecieron precipitarse en

un altibajo contradictorio. Una mañana me llamó para decirme que no podía soportar a Mme de la Tremouille, que estaba decidido a dejar el departamento y que por favor le dijese a mi amigo Pablo que le encontrara otro.

—Imposible, Eduardo. Pablo se fue.

—¿Se fue? Qué lástima: era tan buena persona.

—Creí que no te gustaban mis amistades bohemias.

—Uno cambia, viejito, uno cambia. Cuando uno conoce a la gente, uno puede cambiar de opinión.

—Como cuando se conoce a Madame de la Tremouille, por ejemplo...

—¡No me hables de ella! Si supieras lo que me hizo esta mañana. Fíjate..., no, no puedo contártelo ahora, porque anda rondado. Ven a verme esta tarde.

Era domingo. Eduardo vino a abrir la puerta. Estaba correctamente vestido, de azul oscuro, con corbata de seda y un pañuelo con el mismo diseño en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Vas a salir? — pregunté.

Con un gesto me indicó que no hablara. Me condujo a través del pasillo hasta una pieza donde se escuchaba una melodía interpretada por cornos.

—Tchaikowsky — murmuró a mi oído, pronunciado en forma rudimentaria. Me indicó una silla y él fue a sentarse junto a Mme de la Tremouille, que también estaba en el salón, con sombrero, guantes y cartera. Al verme entrar, la señora inclinó levemente la cabeza y luego volvió a concentrarse en la música.

Estaba frente a ellos, como si los viera en un escenario. Había un espacio entre ambos, un espacio que llenaba la luz de la lámpara y que, al igual que la otra noche, parecía unirlos. Mme de la Tremouille tenía las manos cruzadas sobre la cartera y, a ratos, marcaba el compás de la melodía con sus dedos. Junto a ella, Eduardo se mantenía extrañamente relajado. Pensé que era la primera vez que veía a este hombre gordo así, distendido, y me pregunté si no sería nerviosismo lo que antes interpretaba como vitalidad. Lo cierto es que algo había sido tocado en él, una célula secreta, algo muy profundo y esencial. Había cambiado. No cabía la menor duda. Una cierta paz, ¿cómo describirla?, un bienestar, una tranquilidad semejaba envolverlo. Y a través de ello se acercaba a la órbita en la cual giraba Mme de la Tremouille.

Antes, no hacía mucho, un mes quizás, yo había brindado en forma secreta para que Eduardo no cambiara. Ahora tuve que reconocer que me había equivocado. Mi amigo, al transformarse, no había escogido el camino más fácil. Todo en él delataba una conversación profunda y verdadera. Si alguna vez he visto a un ser tocado por algo parecido a la gracia, fue esa tarde de domingo, en el salón de Mme de la Tremouille, mientras escuchá-

bamos a Tchaikowsky. Eduardo tenía la mirada clara de los que viven una certidumbre.

Entre dos movimientos de la sinfonía, la señora exclamó:

—Estos rusos... — y arrugó la nariz, indicando que no le gustaban. Eduardo asintió sin comprender y yo me supe un extraño. En realidad estaba invadiendo un mundo absolutamente privado, un mundo concentrado allá, en torno al sofá iluminado, y todo lo que se amontonaba en esta ribera no podía sino interferir. Me levanté, di alguna excusa y bajé con precipitación hacia la calle. No volví de inmediato a mi pieza. Caminé. Caminé hasta tarde. Y cuando cerca de la medianoche regresé a mi cuarto, ya en la escalera escuché el tintineo del teléfono.

—¿Qué te pasó, viejito?

—¿Por qué?

—¿Por qué te fuiste?

—Tenía que hacer.

—Pero habías quedado de venir a visitarme.

—Sí, pero tú habías ido al concierto.

Rió. Hasta la risa se había hecho menos potente, más soportable ahora.

—Me invitó Mme. de la Tremouille.

—¿No me dijiste que habían peleado? ¿Qué es lo que te había hecho?

—Nada, una tontería. Hicimos las paces y para no agravar las cosas, acepté la invitación para escuchar el concierto con ella.

—Así es que ya no necesitas otro departamento.

—No. Creo que no.

Pero la batalla no había terminado. Como todo combate tuvo algunas escaramuzas en sus postrimerías. Gritos de rebelión, un tiroteo lejano y corto, alguna granada perdida que explota de pronto. Eduardo me llamó dos o tres veces para contarme alguna nueva amargura, pero cada vez el tono era menos convencido. Las cosas continuaron así durante una semana y, al cabo de ella, se inició la ofensiva final, la que podría llamarse Ofensiva de la Gran Marea.

Todo empezó durante el té que ofreció Mme de la Tremouille para presentarnos a su hija. Sospecho que la idea germinaba desde hacía un tiempo. Ya hay rastros de ella en la segunda carta que me envió Eduardo. Pero siendo estricto con la verdad, fue enunciada un sábado en la tarde, en torno a la mesa del té.

Marie-Madeleine de la Tremouille, que se ocupaba de cuestiones sociales en el nordeste de la Francia, era una de esas francesas que parecen inglesas: de traje sastre, pelo corto y zapatos sin tacos. Nos extendió la mano sin mayores dilaciones y propuso que nos sentáramos de inmediato porque más tarde debía asistir a una reunión.

Mme de la Tremouille no estuvo muy de acuerdo con esto. Para ella toda función social debía seguir un diseño predeterminado. Había pensado sin duda que la conversación se enhebrara en el salón mientras Jeanne traía la bandeja con el té y que, solo entonces, pasaríamos a sentarnos. Pero no se atrevió a desobedecer a su hija. Frente a ella, parecía sumamente indecisa y, cosa rara, un tanto desvalida. Noté que Eduardo de inmediato se colocó a su lado, como si quisiera protegerla.

Eramos cinco (el general se había sentado a mi derecha y ya iniciaba su charla napoleónica) y en la bandeja de plata había seis pasteles. Mientras escuchábamos cómo Jeanne se afanaba en la cocina, Mme. de la Tremouille repartió los *éclairs*, dejando el sobrante en la bandeja. Al mismo tiempo inició una conversación:

—Mi hija me cuenta que el tiempo no ha estado muy bueno en el norte.

—Era de esperar —contestó el general—. Es invierno.

—Sí, naturalmente —continuó Mme. de la Tremouille, como si en realidad no lo hubiera escuchado—. Y es una lástima, porque yo había pensado hacer un viaje.

—¿Dónde, mamá?

—*Une petite folie!* —rió como una muchacha—. Hace años que tengo ganas de ir a ver la gran marea al Mont Saint-Michel.

—¿Qué es eso? —preguntó Eduardo.

—Ah, es muy interesante. Imagínese un castillo construido en una península que de repente se transforma en isla.

—No comprendo.

—Cuando sube la marea explicó Marie-Madeleine—, el mar rodea el castillo y lo hace infranqueable.

—Dicen que es un espectáculo extraordinario —comenté, por decir algo.

Jeanne entró en ese momento con la bandeja. La colocó junto a Mme de la Tremouille y volvió a salir.

—Es algo que una tiene que ver (¿azúcar, señor?) antes de morir. Y como a mi edad ya no queda (¿tú tomas leche, Marie-Madeleine, o limón?) mucho tiempo, hay que apurarse, ¿no le parece?

Las manos de Mme de la Tremouille revoloteaban sobre la mesa, tocando las tazas, la azucarera, el jarro de la leche. A través de ellas parecía vaciarse esa alegría que la llenaba, la alegría de ser anfitriona, centro de una reunión. Eduardo miraba esas manos como un hipnotizado. Y yo los observaba a ambos.

—¿Por qué no viene usted también?

—¿Adónde? —preguntó Eduardo.

—Al Mont Saint-Michel. Deje su embajada por algunos días y acompañeme a ver la gran marea.

El ofrecimiento lo tomó por sorpresa. Miró a la derecha, a la izquierda, y sonrió sin saber qué hacer.

—Pero, mamá, cómo se te ocurre que al señor le va a interesar ir.

—¿Y por qué no? Saint-Michel es una de las maravillas de este mundo —y para incluirnos a todos en la conversación, se dio vuelta hacia su marido que devoraba el *éclair* sobrante y le preguntó—: ¿No le parece, Horace?

—No me refiero a eso, mamá, sino al hecho de viajar contigo.

Durante un brevísimo instante, Mme de la Tremouille pareció titubear. Pero muy pronto se repuso y, mirando con cierta hostilidad a su hija, concluyó:

—Pero si el señor y yo somos grandes amigos, ¿verdad?

—Claro que sí.

—¿Ves?

Eduardo me miró solicitando mi ayuda.

—Pero ¿tú crees que el embajador te dará permiso? —interpuse.

—No. Tienes razón. Tal vez no.

—Yo iré a hablar con él. No es posible que un embajador no se dé cuenta de lo importante que es para un diplomático conocer las bellezas de Francia.

Fue Marie-Madeleine quien interrumpió la conversación:

—Van a tener que perdonarme, pero debo partir a la reunión.

Nos levantamos para despedirnos y, con el remover de sillas, las frases amables y las recomendaciones de Mme de la Tremouille, el tema pareció dispersarse. Sin embargo cuando anuncié que me iba y mi amiga dijo que acompañaría hasta abajo, la señora exclamó:

—No se olvide de nuestro viaje.

De ahí para adelante los hechos se precipitaron. Según me contó Eduardo, Mme de la Tremouille inició una ofensiva de inmediato. Esa noche cuando volvió al departamento encontró sobre la cómoda un libro intitulado: *Mont Saint-Michel: Mystère de la Nature*, con algunos párrafos subrayados. Al día siguiente, en el mismo sitio, lo aguardaban panfletos de propaganda turística y una carta de cinco páginas en la cual Mme de la Tremouille le explicaba que había ido a una agencia para informarse y averiguar el horario de los trenes. Veinticuatro horas más tarde vino a agregarse a la colección el horario. El día de la gran marea estaba encerrado en un círculo trazado con lápiz rojo y, para que no cupiera la menor duda, Mme de la Tremouille había escrito en el margen las palabras: "GRAN MAREA", así, con mayúsculas.

Poco a poco, fui observando cómo mi amigo perdía terreno. En un comienzo me contaba con tono humorístico lo que sucedía, como si me dijera: "Escucha esta nueva locura". Pero a medida que transcurrían los días, sus defensas se fueron debilitando, y una mañana, por teléfono, me preguntó:

—¿Qué crees tú? ¿Iré o no?

Aún tuvo un momento de rebeldía. Llegó a mi pieza una tarde y, lanzando a mis pies una docena de panfletos, gritó:

—¡Mira! Mira todo lo que he ido juntando. Está loca, Luis, absolutamente loca. ¿Sabes lo que encontré hoy día sobre la cómoda? Una especie de antejo, no sé cómo se llama, una linterna mágica, creo, como las que tenía mi abuelito, con una colección de fotografías del castillo para que mirara. Voy a tener que irme, viejito, porque si no ya me veo partiendo del brazo con una loca rumbo a la marea esa.

Pero su rebeldía era muy distinta a lo que habría sido antes. Ahora se mezclaba a ella una cierta dosis de entretención, como si él mismo se riera de lo que sucedía. Ya no era la víctima desesperada, esa especie de toro joven que resopla entre las paredes del corral, sino un animal casi elegante, que se da perfectamente cuenta de lo irremediable de su situación y trata de sacarle el mejor partido a un mal negocio. Por eso nada intenté hacer. Y un sábado a mediodía cuando fui a buscarlo a la embajada para que almorzáramos juntos, me declaró mientras descendíamos en el ascensor:

—El próximo viernes parto al Mont Saint-Michel.

Lo dijo dándome la espalda, en el momento que llegábamos al primer piso, mientras abría las puertas de rejas. Y tal como lo deseaba, no hice ningún comentario.

Ese día hablamos mucho acerca de Francia, de París, de la manera de vivir de los europeos. Noté que en varias ocasiones Eduardo llevaba la conversación hacia Mme de la Tremouille, pero antes de nombrarla, desviaba el giro hacia temas generales. Sin embargo la presencia de la mujer aparecía constantemente en sus expresiones, en sus frases incluso y cuando exclamó: “Uno cambia, viejito, por Dios que uno cambia rápido en estos países”, supe a qué se refería, aun cuando él no quisiera confesárselo a sí mismo.

Dos días antes que partieran de viaje, el miércoles exactamente, la historia viró hacia un final insospechado. Había estado lloviendo desde la mañana y, a pesar de ello, Mme. de la Tremouille decidió salir a comprar algunas cosas que necesitaba para la excursión. Fue al atravesar el Quai Voltaire, frente a su departamento, que resbaló en el asfalto húmedo y cayó. El camión no alcanzó a frenar a tiempo, y Jeanne, que estaba limpiando los vidrios, la vio desaparecer bajo las ruedas.

La llevaron al hospital Saint-Antoine y, desde allá, bastante tarde en la noche, me llamó Eduardo. Acudí de inmediato y en la sala de espera encontré al general y a mi amigo. Hablamos muy pocas palabras y cuando entró un médico y nos comunicó que desgraciadamente Mme. de la Tremouille había fallecido, el general se irguió con entereza, camino hacia

la ventana y miró hacia fuera. Eduardo se arrojó entre mis brazos, sollozando como un niño, y en ese instante comprendí por fin cuánto la quería.

Marie-Madelaine no alcanzó a llegar para el funeral. Con Eduardo y el general acompañamos los restos de Mme de la Tremouille hasta el cementerio. Allí nos esperaban algunos parientes y Jeanne, que se colocó a la izquierda de mi amigo. Nevaba desde la noche anterior y las avenidas del Pere Lachaise estaban blancas y silenciosas. Jeanne lloró mientras colocaban el ataúd en el nicho. Eduardo, muy pálido, le tomó la mano y se la apretó. Caminamos lentamente hacia la puerta y allí nos despedimos.

—Acompáñame —me pidió Eduardo—, es temprano y no tengo ganas de ir a la Embajada todavía.

Nos dirigimos hacia el río y, al atravesar las Tullerías, Eduardo hizo detenerse el taxi y nos bajamos. Los jardines conservaban ese misterio mudo de las cosas sobre las cuales acaba de caer nieve. Entre los árboles aparecían y se escondían estatuas salpicadas de blanco y con algo de mágico bajo la luz incierta. Echamos a caminar y durante algunos minutos solo se escuchó el crujido de nuestros pasos. El lugar estaba totalmente desierto.

—¿Por qué será que de pronto uno siente cosas tan raras?

—¿Qué cosas?

—No sé cómo explicarte. Siento algo distinto. Me siento distinto de repente.

Seguimos caminando en silencio.

—Mme. de la Tremouille —continuó después de un rato, y supe que le costaba pronunciar el nombre— era una persona, ¿cómo explicarte?, no era extraordinaria, no, pero sí una persona.

Y apoyó la palabra, la subrayó casi. Comprendí que le estaba dando el sentido exacto. Por lo demás él mismo agregó:

—Creo que es la primera persona verdadera que he conocido. ¿Cómo explicarte? Tenía sus manías, sus defectos, sus cosas, pero estaba viva. ¿Me comprendes?

—Sí.

—Y yo que me sentía lleno de fuerza, que venía de un lugar donde pensaba que todo tenía más razón de ser, porque era más joven, me di cuenta al encontrarme frente a ella que, ¿cómo explicarte?, que no vivía, o más bien que vivir no era eso. Que a medida que voy superando etapas... —y se detuvo un instante, buscó la palabra que pudiese traducir en forma exacta su pensamiento—, etapas materiales..., me recibí de abogado, entré al Ministerio, he llegado a ser secretario en París..., nada de eso tiene un verdadero sentido. Y ahora experimento la necesidad de autoexaminarme y descubrir el valor real de estos títulos que me han costado sangre, sudor y lágrimas.

Pasamos bajo un árbol cuyas ramas estaban blancas de nieve. Algunos copos cayeron sobre los hombros de mi amigo y con un gesto torpe los limpié. Tuve ganas de dejar mi mano sobre ese hombro. Tuve ganas de acompañarlo, de hacerle saber que comprendía, pero no supe cómo.

—El resultado inmediato de este autoexamen no me satisface. Estoy seguro de que la vida tiene que darnos algo más. Trato de buscarlo y me espanta el abismo ante el cual me inclino..., todo lo que tengo dentro, todo lo que nunca he querido mirar a fondo. Siento el impulso, ¿cómo explicarte?, el impulso irresistible de ir hasta el término, ¿o será el comienzo?, no sé, de las cosas. No quiero pensar que ya es tarde. La vida debe tener algo más que darnos.

A lo lejos vi una mancha oscura que corría sobre la nieve, una mancha solitaria que contorneó la pileta y luego se perdió entre los árboles.

—La vida debe tener algo más que darnos —repitió—, pero se necesitan siglos, ¿no es cierto?, siglos para que las cosas salgan desde adentro, para que vengan desde donde deben venir. Hay que tener algo antes, ¿no es cierto, Luis? Hay que ser el resultado de algo que ha pasado antes. Anoche en el hospital me puse a pensar en estas cosas. Y me di cuenta de que nosotros no estamos enclavados en nada, que no tenemos tradición ni pasado y por eso quizás vivimos muy sin razón. Por ejemplo, yo estaba muy contento de que me hubieran nombrado aquí en París, pero no sabía por qué y, lo que es peor, para qué. Era algo sin sentido. En cambio todo lo que hacía Mme. de la Tremouille obedecía a causas reales, todo, hasta los hechos más absurdos, hasta el amor con que nos habló del *secrétaire* de esa reina, ¿te acuerdas?, hasta esas cartas, hasta este viaje que había proyectado hacer. Para ella el Mont Saint-Michel estaba ligado a su historia, a su familia, a sus recuerdos y, al ir, iba a verificar la..., ¿cómo explicarte?, la veracidad de cosas que ya conocía. Mira, me da la impresión de que ella estaba ordenada. Sí, eso es, ordenada.

Nuevamente apareció la mancha oscura. Más cerca esta vez, porque nosotros habíamos avanzado un trecho. Vimos que era un niño y, a él, se unieron otros que corrieron entre los árboles.

—¿Qué es lo que me ha pasado? —preguntó de pronto, deteniéndose junto a una de las estatuas—. ¿Qué es lo que me ha pasado?

—¿Por qué?

—Porque me siento tan raro.

Y esas fueron las únicas palabras que encontró para explicar lo que sentía. Nos habíamos acercado al grupo de niños y las voces sonaban claras, llenas de violencia y sin ningún sentido, muy parecidas a la risa de Eduardo cuando recién había llegado a París.

—¿Qué debo hacer? Ahora, ante mí, tengo los elementos con que sé

puedo contar. Mme. de la Tremouille me hizo descubrirlos. Quiero organizarlos, quiero darles forma, quiero que produzcan algo. ¿Cómo puedo hacerlo, Luis? ¿Qué es lo que debo hacer?

—Yo no haría nada. Yo esperaría.

—¿Qué

No pude contrestar. Seguimos en silencio hacia la plaza de la Concorde. Los niños habían comenzado a construir un hombre de nieve y, al cruzarlos, nos miraron como si quisieran copiar nuestros rasgos. Eduardo ni siquiera los vio.

—De todas maneras voy a ir —exclamó de pronto.

—¿Adónde?

—Al Mont Saint-Michel. ¿Por qué no me acompañas?

—No. No puedo.

—¿Por qué?

—Tengo que estar aquí el sábado —mentí—, y ese es el día de la gran marea, ¿no es cierto?

—Sí. El sábado.

—Entonces verdaderamente no puedo acompañarte.

En el fondo sabía que ese era un viaje que Eduardo tenía que hacer solo.

Pablo

- 1960 -

La verdad es que Stella Ross, la señora Ross, me recogió en París. Una noche, mientras yo vendía dibujos en la terraza del café Flore, la divisé en una de las mesas. Era muy rubia y bastante gorda, tanto que desbordaba su abrigo de piel. De inmediato pensé en una osa, una osa mofletuda e invernal, de patas cortas y andar torpe. No estaba sola. Junto a ella se erguía, recta y digna como un cuchillo, una muchacha de traje sastre y aspecto lesbiano. Después supe que era su secretaria. A su derecha descubrí a Bertrand, un belga que había hecho carrera, muy bien vestido y sumamente aburrido. No celebraba ni las risas de la señora Ross ni las carcajadas de su vecino, una especie de orangután con anteojos. En medio de esa fauna, entre una osa y un casi homo sapiens, el pobre Bertrand semejava una figura mitológica, un Gánimedes cualquiera, a punto de perder su juventud y, con ella, el interés que despertaba. Me acerqué al grupo. Vagamente sabía quién era la señora Ross. Uno de mis amigos, pintor y sudamericano como yo, me la había mostrado, diciendo: "Es una vieja norteamericana que compra cuadros y colecciona muchachos".

Apenas estuve frente a ella, la risa se detuvo. Me miró de la cabeza a los pies y, sin mayores preámbulos, me invitó a sentarme. Bertrand me saludó apenas, se dio vuelta hacia el mozo y pidió otra menta. La secretaria inclinó su cabeza y el orangután aprovechó para lanzarme en pleno rostro una carcajada hedionda a cerveza. Según supe después era un alemán dueño de una galería de cuadros en Dusseldorf.

La señora Ross en cambio se mostró muy amable. Me alargó una mano pesada de pulseras y, al empuñársela, la dejó mucho rato en la mía al mismo tiempo que me miraba en forma insinuante con sus ojos muy pequeños y redondos, como los de una osa.

-Ahora tiene que conocer a "Flossie" -me dijo, y buscó en su falda, entre los pliegues de su abrigo, hasta encontrarla, una perrita que me presentó a través de la mesa, al mismo tiempo que la animaba -: Saluda, saluda, mi amor, a este joven tan buen mozo.

Me sentí muy tonto al estrechar la pata del animal sobre el cenicero repleto de colillas. "Flossie" ni siquiera me miró. Tenía toda la displicencia de los perros de lujo.

—Y ahora muéstrenos lo que vende —exclamó la señora,

—Yo me voy —interrumpió Bertrand.

—Pero ¿por qué? ¿No ves que este joven nos va a mostrar sus obras?

Sin responder, Bertrand se levantó como un niño taimado. El alemán le ayudó a ponerse el abrigo al mismo tiempo que masticaba su puro. La secretaria permanecía indiferente a todo. Durante algunos momentos la señora Ross titubeó. Miró a Bertrand, me miró: nos comparó. Decidió ponerse de pie. Pero antes de salir, se dio vuelta y casi en un susurro me dijo:

—Vaya a verme mañana. Estoy en el Ritz.

No voy a pretextar ignorancia. Sabía muy bien lo que hacía. El hambre, si es que el hambre es real en una ciudad como París, donde uno se alimenta de lo que queda en la pieza del vecino, no constituye una excusa suficiente para entrar a la cueva de los osos. Si lo hice fue porque realmente lo quería o porque no tuve fuerzas suficientes para resistir las perspectivas que ofrece el dinero, el dinero en cantidad. La secretaria de la señora Ross me recibió en la salita del departamento y, a los pocos segundos, apareció Stella, envuelta siempre en su abrigo de piel y apretando contra su pecho a "Flossie".

—¡Qué gusto verlo! No pensé que iba a venir. Aunque sí, lo pensé. ¿No es verdad que lo pensamos, "Flossie"? Mi amor, saluda como una niña bien educada.

La secretaria, una especie de sombra condicionada, trajo whisky, vasos y hielo. Desapareció casi tan silenciosamente como había entrado. Sin soltar a la perra, la señora Ross sirvió el whisky, derramó agua sobre la alfombra y tres cubos de hielo patinaron hacia la puerta. Ella reía todo el tiempo, reía y comentaba con "Flossie" lo que iba sucediendo.

—A ver —me dijo al fin—, veamos esas obras maestras.

Yo estaba sentado al borde de un sofá, con las piernas casi tan tíasas como las del mueble. En mi falda reposaba el cartapacio con los dibujos y no sé por qué hallaba todo esto muy inútil, como si supiera que los hechos iban a tomar otro rumbo.

Así fue. La señora Ross me preguntó si no tenía cuadros, cuadros verdaderos, y no estos bosquejos que eran muy simpáticos, muy ciertos, muy artísticos (los adjetivos son los que empleó), pero bosquejos al fin. Le conté que mis cuadros eran muy grandes, que no podía traerlos de Saint-Germain a la plaza Vendôme y que si quería verlos tendría que ir a mi pieza.

—Por supuesto que iré —exclamó—. No hay nada que me guste más que los cuadros grandes.

Entonces yo vivía muy cerca de la iglesia, en un hotel de cuartos diminutos, sin agua corriente y con una dueña que nos hacía gritar nuestro nombre cuando llegábamos, solos o acompañados, en la noche. A medida que el dinero escaseaba había tenido que ir subiendo de piso y ahora aloja-

ba en una pieza con mansarda. Como el techo era inclinado, mis cuadros, en realidad era uno solo, apenas cabía. Estaba inconcluso es claro, el cuadro quiero decir, una especie de San Jorge con algo de santo quiteño, pero muy influenciado por Ucello, que era nuestro ídolo entonces. La señora Ross lo reconoció de inmediato.

—¡Ucello! —gritó al mismo tiempo que mostraba el cuadro con el índice de la mano derecha, como si lo estuviera acusando—. ¿No es cierto que tiene mucho de Ucello, “Flossie”, mi amor?

Le había costado subir hasta ese sexto piso. A través de la escalera, que en los últimos tramos caracoleaba casi, tuve prácticamente que empujarla, a ella y a la perra. Cuando por fin llegamos, se dejó caer sobre mi cama deshecha y miró en torno. No pareció sorprenderse.

Sin duda había conocido muchos cuartos como este. Era en ellos donde se recluían esos muchachos de los que me había hablado mi amigo, muchachos como Bertrand y, ¿por qué no aceptarlo?, como yo.

—Me gusta. Me gusta mucho. Lo compro.

—Pero si todavía no lo he terminado.

—No importa. Me gusta así. Tengo muchos cuadros inconclusos. El mes pasado mandé tres a mi casa en Connecticut. Hace años que no vuelvo a los Estados Unidos. Ni sé dónde estarán amontonando todo lo que he enviado. Pero ya regresaremos algún día, ¿no es cierto, “Flossie”, mi amor? Cuando seamos muy, muy viejas, tomaremos un barco y nos iremos a morir entre todos los cuadros de estos jóvenes tan buenos mozos.

Rió. Rió muy fuerte. Desde la pieza contigua se escuchó un juramento.

—Es Alain, un amigo —expliqué—. Toca la guitarra en un bar de Montmartre y como cuando cierran ya no hay autobuses o tren subterráneo para volver, tiene que dar vueltas por las calles hasta que amanezca. Por eso duerme durante el día.

—No me importan las groserías —respondió Stella—. Crecí oyéndolas decir a mi padre. Y después en el teatro...

—¿Usted es actriz?

—¡Actriz! ¡Escúchalo, “Flossie”! ¿No te decía que era un encanto? No... ¿Cómo se llama usted?

—Pablo.

—No, Pablo. Como Picasso, “Flossie”. No, Pablo, no soy ni fui actriz. Durante algunas temporadas me desvestí frente al público, en Chicago, donde es permitido. Y de ahí, por una de esas alternativas de la suerte, me fui a Broadway donde me hacían bajar una escalera envuelta en plumas. Después de eso me casé. Me casé tres veces, esa es la verdad. Me casé con una cadena de almacenes, luego con un noble inglés que me liquidó los almacenes y, por último, con una compañía de navegación. Y enviudé tres

veces, y viudas nos quedamos, no es cierto, "Flossie", mi amor, viudas por los siglos de los siglos. Veamos, ¿cuánto me pide por ese San Sebastián?

—En realidad iba a ser un San Jorge.

—Tiene toda la razón. No se preocupe. Siempre me confundo en esto de los santos. Sebastián es el con las flechas, ¿no?

—Sí.

—Y San Jorge tiene un dragón.

—Exactamente.

—En el Louvre hay un primitivo, un San Jorge quiero decir, muy hermoso.

—Así es. ¿A usted le gusta mucho la pintura?

—Es lo único que me gusta —y luego me miró, se rió, muy fuerte otra vez, y ahora una botella vino a estrellarse contra el tabique. Stella sin inmutarse concluyó—: Salvo los jóvenes buenos mozos y bien educados, salvo los jóvenes. ¿No es cierto, "Flossie", mi amor?

Si bien es verdad que, desde un comienzo, supe tras lo que iba la señora Ross, nunca he logrado comprender cómo me vi de pronto embarcado en su automóvil, un Mercedes Benz negro, con ella y "Flossie" rumbo a los Países Bajos. Jamás hubo un ofrecimiento cabal, sino insinuaciones, frases deslizadas a propósito de las bellezas de Gante o de la extraordinaria luz de la campiña holandesa, un par de cartas quizás, esas tarjetas de visita garabateadas a veces con alguna intención, un convite o acompañando un regalo, y otras solo para decirme que el San Bartolomé (sic) se veía espléndido en la pared de su pieza, junto a la ventana que miraba la columna napoleónica. La volví a ver muy a menudo. Bertrand desapareció de pronto y una vez que le pregunté a la secretaria qué había sido de él, se encogió de hombros, y con la cabeza indicó una dirección que podía haber sido la Costa Azul o las Guayanas. Stella tampoco lo nombraba, por lo demás era muy difícil preguntarle algo a la americana, porque o contestaba con una carcajada o bien se dirigía a la perra y resultaba muy complicado entender lo que le decía. Pero volviendo a nuestro viaje, he de confesar que me vi comprometido de pronto, muy a mi gusto es cierto, porque ya no había un piso más alto en el hotel adonde emigrar. Y así una mañana de comienzos de octubre partimos a Bélgica.

Íbamos los tres solos. La señora Ross (Stella, como quería que la llamara), "Flossie" y yo. Nos despedimos de la secretaria en la vereda frente al Ritz. Era uno de los primeros días de otoño y un vientecillo helado nos había hecho ponernos nuestros abrigos: Stella, uno de piel oscura y sedosa con el cual siempre la había visto; yo uno de vicuña que me había comprado mi acompañante junto con cinco ternos y dos docenas de camisas, amén de una cantidad casi fabulosa de corbatas y colleras de piedras que no podían ser sino brasileñas; y "Flossie" llevaba su capita escocesa con las inicia-

les F. R. bordadas en el flanco (la R. era por Ross). La secretaria estaba envuelta en un sobretodo de corte militar que contrastaba con el de su amiga, una rubia de aspecto tísico, que había venido a buscarla y con la cual pasaría las vacaciones en la isla de Elba, según me había confiado con un gruñido. En realidad fue "Flossie" quien se despidió de la secretaria, del portero, del mozo que había bajado las maletas y de un muchacho con una caja de cartón muy grande que se detuvo para ver nuestra partida. La señora Ross hizo que besara a cada uno de ellos y, ya en el auto, sacó la pata de la perra por la ventanilla y mientras nos alejábamos hacía señas desesperadas.

Así comenzó el viaje. Nos costó encontrar la puerta de París por la cual debíamos salir, y ya entonces me di cuenta de que Stella era gran amante de los planos, de los libros guías y de los mapas camineros, y que su lema era: "No pregunte cosa alguna, mientras se pueda".

Un policía se acercó furioso, agitando como un báculo el palo que sostenía en la mano, mientras alrededor los otros conductores hacían señas mudas a través de los cristales y se tocaban la sien, indicando que estábamos locos o, lo que era más probable por la expresión con que acompañaban el gesto, tontos. Tuvimos que preguntarle cuál era la puerta que nos convenía.

Cuando por fin la encontramos, Stella rehusó mirar el paisaje, que por lo demás era muy poco atrayente, y se enfrascó en la lectura de una guía que nos indicaría dónde debíamos almorzar.

—Este tiene tres estrellas, pero está a cincuenta y dos kilómetros del camino principal. Y este... no, este tiene solo una cuchara y un tenedor. ¿Qué te parece, "Flossie"? ¿Qué tienes ganas de comer?

La perra no contestó, por lo demás rara vez lo hacía, y se limitó a seguir mirando el paisaje por mi ventanilla, colocando su hocico junto a mi oreja izquierda, lo que me enervaba.

Por último decidimos detenernos en un restaurante para camioneros.

—Son los mejores —dijo Stella—. Es donde comen todos los franceses.

—Los camioneros franceses —especifiqué.

—Todos los franceses, Pablo. Dicen que es donde mejor se come, ¿no es cierto, "Flossie"?

En este no había sino camioneros. Cuando entramos se dieron vuelta para mirarnos y no les cupo la menor duda de quiénes éramos. Traté de retener a Stella, pero ella ya se había instalado en una mesa, y justo es reconocer que media hora más tarde había intimado hasta tal punto con conductores que me vi integrando un convoy de camiones hacia Lille.

Por suerte nada de eso sucedió y esa noche llegamos a Bruselas.

Era nuestra primera noche juntos. Es verdad que hacía algunos días, en París, me había quedado a dormir en su departamento del Ritz (recuerdo la expresión neutra de la mucama cuando trajo el desayuno), pero esta era la

primera vez que llegábamos juntos a un hotel. Mucho no sabía qué hacer y mientras ella entró al vestíbulo, yo me demoré con las maletas, dejando que ella, o la suerte, decidieran lo que acontecería. Fue la suerte quien lo hizo: cuando me acerqué a la recepción, Stella ya no estaba y un caballero, era más que un señor, le entregó al mozo una llave y le dio el número de mi pieza, casi sin mirarme, como si yo hubiera sido el chofer de la señora Ross. Y pensándolo bien, ese era mi cargo.

Mi pieza no era grande —claro está que comparándola con la de París, un verdadero salón—, pero tenía una ventana que miraba hacia una estación y hacia una tienda donde cada quince minutos un carillón nos hacía saber la hora. Por lo menos estoy solo, pensé, y bien no había acabado de hablar cuando la puerta que me separaba del cuarto contiguo se abrió y en el rectángulo apareció Stella, con el abrigo de piel sobre los hombros, apretando la perra contra su pecho, y dijo:

—¡Sorpresa!

Esa noche, después de comida, volvió a hacerlo. Quiero decir, abrió la puerta que separaba nuestras piezas y lanzó su grito. Se acercó luego a mi lecho donde yo trataba de concentrarme en las truculencias de una novela policial y me ofreció las suyas: un amor que sin duda la humilló tanto a ella como a mí.

Al día siguiente, cuando volvimos al hotel después de una mañana agitadísima durante la cual yo pasé estacionando el automóvil mientras Stella trataba de descubrir la estatua del Mennenken Pis, que era lo único que le interesaba ver, me dijo que partiríamos esa tarde, que Bruselas era una ciudad sumamente aburrida y que por favor hiciera bajar las maletas.

Pero no todo había de ser tan simple. Cuando estaba terminando de guardar mis ternos en la maleta, la puerta que separaba las dos piezas se abrió de golpe y Stella me dijo:

—Pablo, no podemos irnos. “Flossie” no quiere. No sé qué le pasa.

Seguí a Stella, y ahí, en el centro de su dormitorio, junto a la bandeja del desayuno que la mucama todavía no había retirado, descubrimos a la perra sentada, inmóvil, hierática casi.

—A veces tiene estos estados de ánimo —explicó Stella—. Debe ser algo que vio en una tienda y que yo no quise comprarle. ¿Qué sería?

A juzgar por los objetos que descubrí sobre la alfombra (una azucarera repleta de terrones, una pulsera de brillantes y un hueso de material plástico), me di cuenta de que Stella había tratado por todos los medios posibles de que se moviera. Sus intentos habían sido inoperantes, pues ahí estaba “Flossie”, como ya dije, clavada en el suelo. A mi vez traté de levantarla de su sitio, pero la americana me gritó:

—No, no la toque. Es sumamente sensible. Una vez la llevé a la fuerza de un lugar y estuvo tres días sin comer. Tres días, ¿no es cierto, “Flossie”,

mi amor? Creo que es preferible dejarla, y que atrasemos la partida hasta mañana. Esta tarde saldremos a comprarle algo, veremos si me acuerdo las cosas que le gustaron esta mañana, y si no, le traeremos cualquier engaño. Para una mujer encaprichada cualquier engaño basta, ¿no es verdad, "Flossie"? Nosotras nos conformamos con cualquier cosa, salvo cuando nos enamoramos de veras —se detuvo y rió muy fuerte, casi más que en mi pieza en París y luego agregó—: Pero eso ya no nos sucede, ¿qué dices tú, mi amor? ¿No es cierto que ya estamos demasiado viejas para enamorarnos?

En la tarde recorrimos varias tiendas y volvimos con los brazos cargados de juguetes, golosinas y galletas. Todo fue, por lo demás, bastante inútil, pues al llegar a la pieza de Stella encontramos a "Flossie" muy contenta, mordisqueando un sombrero de la señora Ross.

—Ya está. Se mejoró. Mañana podemos partir.

Brujas no queda muy lejos de Bruselas. El viaje es bastante aburrido, porque apenas si se divisa campo y el camino está casi íntegramente bordeado por pueblos chatos e incoloros. Pero Brujas es una ciudad donde el tiempo parece haber hecho remanso y germina lentamente, en una agonía aún más lenta, que nada tiene que ver con la muerte. De inmediato me gustó el lugar. "Por lo menos esto me compensa los desagradados que he tenido que soportar hasta ahora", me dije. Y apenas instalé a la señora Ross, a "Flossie" y las maletas en un hotel enclavado entre dos canales, salí a recorrer las calles y no regresé sino a la hora de almuerzo.

Habían surgido algunos inconvenientes. Los mozos solo hablaban flamenco y la mucama me parece que ningún idioma, porque accionaba demasiado. Stella no había logrado hacerles entender que "Flossie" almorzaría con nosotros y que comería algo muy liviano, una presa de ave por ejemplo, deshuesada naturalmente.

Cuando por fin estuvimos instalados en el comedor cuyos ventanales miraban hacia el Beffroi y hacia el agua de los canales que rodeaban el hotel, Stella emitió su juicio:

—Esta ciudad parece mucho más interesante que Bruselas. Por lo menos aquí, según dice el libro, hay atmósfera. Se le siente, ¿no es cierto, "Flossie"? Y además hay tanto que ver. Me encantan las ciudades donde hay mucho que ver. Una no tiene la sensación de haber viajado inútilmente.

Acto seguido, extrajo de los pliegues de su abrigo, donde parecía esconder de todo, dos libros y un mapa prodigiosamente grande que extendió sobre la mesa, mientras el mozo trataba de servirnos la sopa. Su rostro se iluminó, lo mismo sucedía cada vez que se enfrentaba con un mapa, y con su dedo corto pero coronado por una uña larguísima comenzó a mostrarme la ruta que seguiríamos esa tarde.

—Por lo demás —concluyó—, vamos a pedir un guía, uno de esos hombres que recitan como papagayos, pero que de todos modos son útiles, porque así uno no se pierde.

Mientras hablaba, de pronto desembocó en el canal un cisne. Avanzó hacia los ventanales con gran altivez, deslizándose sin dificultad sobre el agua, casi como el fantasma de un cisne, algo absolutamente irreal y muy hermoso.

—¡Mira! —gritó Stella—. Mira, “Flossie”. Mira qué cisne tan lindo.

Y levantó a la perra entre sus manos. “Flossie” había estado dormitando y el gesto brusco de su ama pareció molestarla. Estuvo a punto de gruñir. Pero en ese instante su mirada se detuvo en el cisne y de inmediato cambió su actitud. La vi erguirse ahí, entre las manos ensortijadas de Stella, erguirse muy tensa, con las orejas rectas y el soplo corto. Durante un segundo el cisne la miró. Fue un momento extraño. Yo lo sentí. Uno de esos momentos que uno comprende que inician algo.

El cisne llegó hasta el extremo mismo de los ventanales, torció luego hacia la izquierda y desapareció. “Flossie” volvió a descansar entonces en la falda de su ama, pero en dos o tres ocasiones durante el almuerzo, la vi levantar la cabeza, como si husmeara, y dirigir la vista hacia el sitio por donde se había esfumado el cisne.

Por suerte, la dueña del hotel, una mujer alta, distinguida y un tanto lejana, hablaba francés y, por intermedio suyo, pudimos conseguir un guía que a las tres en punto vino a buscarnos.

Tal como Stella lo había predicho, hablaba como un papagayo. Y lo que es peor, se había aprendido de memoria lo que decía, ya que no dominaba ningún idioma salvo el flamenco y esa especie de “francés—turístico—histórico” con que nos iba mostrando la ciudad. Desde un comienzo, la señora Ross empezó a impacientarse. Era este un rasgo de su carácter que desconocía. En París, lo único que me había atraído en ella era esa sensación de estar siempre dispuesta a todo con tiempo y preparada a enfrentar cualquier eventualidad. Sin embargo nuestra convivencia de apenas dos días me había hecho dar cuenta de que sufría de impaciencia, que todo debía suceder en el momento que ella lo deseaba, y les hacía saber a los demás, y a mí también, que si era ella quien pagaba tenía derecho a exigirlo.

—Creo que habría sido preferible salir solos. A pesar de todo. No contesté.

—Este guía, me refiero al libro, es perfecto. Y yo lo tengo estudiado. Permanecí mudo.

—Ya me estoy cansando de ver estas capillas sin importancia.

Fue “Flossie” ahora quien contestó con un ladrido leve. A la orilla de un canal había descubierto tres cisnes y con gran precaución se acercó a ellos. Stella la llamó:

—“Flossie”, ven, mi amor. Ya sé que este hombre es sumamente aburrido. Pero ya lo contratamos y hay que soportarlo. Ven, “Flossie”.

Pero la perra no escuchaba. Trataba de llamar la atención a los cisnes, ladrándoles, saltando de un lado a otro, pero estos ni siquiera la miraban. Me acerqué entonces y traté de tomarla en brazos. “Flossie” gruñó con furia y me mostró los dientes. Los cisnes parecieron asustarse, o molestarse más bien, y se alejaron. La perra se dio vuelta hacia mí como para gritarme algún insulto, mas nada dijo. Seguimos al guía que ya desaparecía por una callejuela citando fechas, nombres de invasores y, nunca supe por qué, un cierto capitán español Guzmán de Hoz u Hoz de Guzmán.

—Si nos muestra una sola capilla más, a “Flossie” y a mí nos va a dar un ataque histérico —me previno Stella—. Pregúntele qué cosas interesantes hay que ver. Dígale que nos llevo a ver los Memlinck. A “Flossie” y a mí nos encantan los Memlinck, sobre todo esa virgen con una manzana que creo está aquí.

—Pero cómo quiere que se lo pregunte, Stella. No habla ningún idioma.

—Trate, al menos.

Para evitar discusiones preferí ensayar.

—Dígame, *bitte, où sont des Memlinck?*

—Ja —contestó el hombre con gran entusiasmo—, Guzmán de Hoz.

—*Nein. Les Memlinck. Peintures* —y supliendo con mímica mi falta de vocabulario, hice como si pintara un cuadro. La cara del flamenco se iluminó de golpe, algo como un primer estertor de inteligencia se insinuó en sus ojos y tomándome del brazo nos llevó a través de diversas calles hasta una tienda donde vendían encajes.

Mis gestos habían sido interpretados como los de una tejedora.

—Menos mal —exclamó Stella, que, justo es decirlo, siempre lo sorprendía a uno con sus reacciones—; esto por lo menos es preferible a esas capillas sin ningún interés. ¡Estos europeos! Creen que una tiene que extasiarse ante cualquier altar porque es de otro siglo. ¡Qué importan los siglos! Lo esencial es que sean hermosos, ¿no es cierto, “Flossie”, mi amor? Veamos, dicen que Brujas es famosa por los encajes, supongo que habrá que comprar algunos.

De inmediato empezó a escarbar dentro de las cajas, pasando al otro lado del mostrador y probándose cuanto cuello encontraba. La vendedora la miraba sin decir una sola palabra.

Mientras todo esto sucedía, yo observé a “Flossie”.

En un rincón, sobre una mesa, había un mantel de altar con un cisne bordado en el centro. La perra se acercó cautelosamente y, antes de que pudiera retenerla, juntó su hocico al mantel, lo husmeó, lo acarició casi. Pero en ese momento una corriente de aire agitó la tela y la figura del cisne

onduló junto a "Flossie". Esta se asustó y lo mordió con verdadera fuerza. La vendedora y el guía lanzaron al unísono una exclamación flamenca y se arrojaron sobre la perra para tratar de arrebatársela el mantel.

Stella se irguió como una osa a la cual le tocan uno de sus críos:

—¡Déjela! —gritó—. No la toquen. Les prohíbo que toquen a "Flossie". Pablo, dígales que les prohíbo que la toquen.

Cuando por fin logramos separarlos, el mantel estaba hecho hilachas. En perfecto francés la vendedora nos hizo saber el precio. Era exorbitante. —¿Cuánto?

Repitió la cifra, agregando esta vez que se trataba de una pieza de museo, uno de los pocos encajes antiguos que todavía quedaban en la ciudad.

—¡Ladrones! —Y al pronunciar la palabra, Stella casi escupió—: Una banda de ladrones, de sinvergüenzas, de explotadores.

No volvió a hablarle a la vendedora. Sacó de su cartera un puñado de billetes y me los pasó para que yo pagara. Luego recogió lo que quedaba del mantel y, arrullando a "Flossie", salió con ella a la calle. Ya en la vereda, le entregó el mantel a la perra, diciéndole:

—Toma, mi amor, entretente con la pieza de museo.

Pero "Flossie" ni siquiera lo tocó.

No era muy tarde, no obstante, ya el crepúsculo se insinuaba. La oscuridad parecía provenir de las mismas cosas, brotaba de ellas y las envolvía en forma lenta, despaciosa más bien, algo que se sabía irreductible. Stella me dijo que despidiera al guía, que nosotros seguiríamos visitando por nuestra cuenta y, sin esperar respuesta, se internó por una de las calles.

Me costó bastante hacérselo comprender. Al fin una buena propina obró el milagro. Y pude seguir a la señora Ross, que avanzaba en forma incierta por las calles mal empedradas con sus tacones altos, envuelta en su abrigo de pieles. De quizás dónde había extraído mapas y libros, estaba toda rodeada de papeles y cintas, y en el crepúsculo parecía una fragata con velas demasiado chicas. "Flossie" la seguía unos cuantos pasos más atrás. Miraba incesantemente hacia los canales, se perdía de pronto, por una puerta semiabierta y volvía a los pocos segundos, decepcionada, como si no hubiese encontrado lo que buscaba. Yo cerraba el grupo, mirándolo todo, sin participar realmente, preguntándome por qué estaba ahí y qué significaba todo esto.

—Si dobláramos a la izquierda —precisaba la señora Ross consultando su mapa—, encontraríamos la iglesia donde está el Miguel Ángel. Pero no vamos a doblar. Mañana iremos a verlo. Sigamos derecho.

Y avanzábamos junto a un canal de aguas verdosas, donde las casas todavía, a esta hora, se reflejaban como en espejos mal bruñidos. Todo se iba hundiendo lentamente en esa agonía que me impresionó desde un co-

mienzo, una agonía lenta, sin grandes claroscuros, sin ángeles ni trompetas, la agonía de la pintura flamenca, desgarrada, persistente e inevitable. Y al hacerlo, yo también me sentí preso en esa sensación, me sentí oprimido y se lo hice saber a Stella.

—¿Por qué no volvemos al hotel?

—De ningún modo. Hay que visitar la ciudad. Por algo vinimos a Brujas. Hay que verlo todo. Todo, todo. Aquí dice que el paseo termina en el Lac d'Amour y hasta allá llegaremos. Y mañana visitaremos las iglesias, las importantes, y el hospital donde están los Memlinck, porque están en un hospital. ¿Has visto nada más raro? ¿Qué te parece a ti, "Flossie"? ¡"Flossie"!

La perra se había quedado atrás. Tensa y casi sin respirar, miraba hacia lo lejos, allá donde se divisaban las siluetas de dos cisnes.

—Ven, "Flossie", ven, mi amor. Ven a ver esta estatua tan linda. ¿Qué te parece?

No había ninguna estatua y así se lo hice notar. Stella por primera vez desde que habíamos empezado nuestra visita solos, levantó la mirada de sus mapas y buscó la escultura.

—¡Qué raro! —dijo—. Aquí debiera haber una estatua de Van Eyck.

—A lo mejor no es esta la plaza.

—Está indicada en el mapa y siempre he sabido leer un mapa. Tengo verdadera pasión por ellos.

No necesitaba decírmelo. A esas alturas ya había comprendido que Stella era una de esas turistas que recorren las ciudades mirando los mapas y no las cosas.

Para ella tenía mayor significado un entrecruzarse de líneas negras con un punto rojo (que indicaba monumento) que el monumento mismo.

—Veamos. Al doblar a la izquierda, fuimos hacia. ¿Hacia cuál punto cardinal, Pablo? El oeste queda hacia la izquierda, ¿no es cierto, mi amor?

Me di cuenta de que no le hablaba a "Flossie". Por primera vez las palabras "mi amor" iban dirigidas a mí y las había pronunciado con la misma naturalidad con que se las adjudicaba a la perra. Me sentí cazado, no por ella, sino con ella, cazado con una osa descomunal en la misma trampa. ¿Cómo escapar?, pensé. Estoy demasiado comprometido. Demasiado lejos. Atado. Y ahí junto a Stella, en medio de esa ciudad que aún agonizaría durante siglos, visualicé de pronto mi debilidad, lo que siempre me había perdido.

La señora Ross seguía hablando, confrontaba mapas y avanzaba siempre como si el visitar esa ciudad fuese una tarea que debiera cumplir antes de la noche. La vi acercarse a un canal, la vi bajar lentamente los escalones que conducían al agua y no la puse sobre guardia.

Dejé que hundiera ambos pies en el agua, la miré mientras los hundía. Me mantuve tras ella, mirándola fríamente y sentí, cuando ella lanzó un grito al descubrir donde estaba, la sensación de haber logrado una revancha.

—¡Esta escalera debiera conducir a una terraza!

—Pero lleva a un canal.

El tono de mi voz debe haberla sorprendido, porque levantó la mirada hacia mí.

—Ayúdeme —me dijo—, y volvamos al hotel. No puedo seguir con los zapatos mojados.

Así lo hicimos y fue solo al llegar al hotel cuando nos dimos cuenta de que “Flossie” había desaparecido.

No es fácil descubrir el paradero de un animal en un país donde no se domina el idioma. Dejé a Stella en el hotel y salí a la calle, sin saber adónde dirigirme, en busca de “Flossie”. Atravesé lo que debía ser la principal arteria comercial, donde ya apagaban las luces de las tiendas y cerraban las cortinas metálicas. Llegué así a un canal junto al cual había una hilera de árboles. En ese momento otra hilera, esta vez de religiosas, se deslizaba paralela a los árboles y, sin saber mucho por qué, decidí seguir las. Esa corriente oscura me llevó a través de un jardín, hasta un puente. En la otra orilla había una gran puerta y un letrero que decía: “Béguinage”. Las religiosas cruzaron el puente, la puerta se abrió, y desaparecieron. Yo permanecí en la ribera opuesta, súbitamente solo y bastante desamparado, sintiendo que ese grupo de religiosas era mi última posibilidad para encontrar a “Flossie”. Miré en torno y descubrí que el canal que atravesaba el puente se abría luego en una especie de lago, no muy grande, rodeado de césped donde alguien había clavado otro letrero que anunciaba: “Lac d’Amour”. Ahí estaba “Flossie”, junto al agua, muy quieta, tensa como la cuerda de un arco y casi hermosa. No lejos, un cisne, sin duda aquel que habíamos visto durante el almuerzo, flotaba armoniosamente.

De inmediato me di cuenta de que la perra estaba enamorada de él. Visto así, el amor arroja una luz demasiado potente y es imposible ocultarlo. Se podría discutir, diciendo esto y lo otro, dando razones, esgrimiendo toda suerte de argumentos, pero lo cierto es que en torno al amor todo llega a ser evidente y de nada vale disfrazarlo. Esos dos seres se habían visto, se habían reconocido y se amaban. Por lo menos la perra se había enamorado. Debo confesar que, por primera vez, experimenté simpatía hacia ella. Tal vez el sentimiento la transfiguraba o tal vez algo en mí yacía siempre pronto para acoger con benevolencia aquello que el amor empapa, lo cierto es que miré a “Flossie” con ternura y yo mismo me sorprendí del tono suave con que la llamé.

No me escuchó. En ese instante, desde el convento que tenía a mi espalda, irrumpió el sonido de unas campanas. Se abrió en la noche como algo metálico que de pronto floreciera, una planta quizás, y quedó vibrando largo rato. El cisne había emergido del lago. Sobre el pasto no se veía tan

hermoso. Un cisne está hecho para vivir dentro del agua, es ahí donde adquiere su verdadera armonía. Aquí, en la tierra, parece chato, con las patas cortas y demasiado gordo. Sin embargo abrió de golpe las alas, se despegó en un gesto brusco y pareció que toda la oscuridad se hubiera iluminado con un rayo súbito. Esa misma oscuridad lo realzaba. La perra tampoco era verdaderamente bella. No tenía la agilidad propia de un animal y se le notaba más acostumbrada a las alfombras que a la tierra desnuda. Pero las sombras los ayudaban: en medio de esa noche no eran más que dos manchas, una clara y otra oscura, que se fueron acercando lentamente, como lo hacen dos actores en un escenario, paso a paso, hasta llegar a encontrarse, sin haberse tocado todavía, exactamente en la mitad del camino que debían recorrer. Entonces las campanas enmudecieron y quedó en el aire un gran cansancio, una especie de agonía, como la de la ciudad, donde todo naufragaba y vivía a la vez.

—“Flossie” —volví a llamar, y la perra dio vuelta la cabeza, me miró durante un segundo y con gran desprecio, casi tan grande como el de su compañero, giró dándome la espalda.

Me acerqué entonces y, al sentir que alguien venía, el cisne se apresuró a internarse en el lago. “Flossie” ladró con rabia, con ese ladrido de perra regalona que le conocía tan bien, solo que ahora estaba verdaderamente enojada y me enfrentó, pronta a defenderse.

No tenía el menor interés en ser mordido y por eso volví al hotel.

—¿Dónde está?—me preguntó Stella.

—No muy lejos de aquí, en un sitio que se llama Lac d'Amour.

—¿Y por qué no la trajo?

—No quiso venir.

No la sorprendió. Estaba acostumbrada a los estados de ánimo de su hija y hasta cierto punto la divertían. Por eso me miró sonriendo, como si dijera: “¿Ve? Se parece a mí”, y arrojando sobre sus hombros el abrigo de piel, concluyó:

—Vamos a buscarla.

—No creo que logre traerla.

—¿Y por qué no?

Le expliqué lo que había visto. Se lo conté con detalles, y al pronunciar la palabra “amor”, Stella se irguió con sarcasmo.

—¡Amor! —gritó casi—. Amor, amor, ustedes los jóvenes tienen esa palabra en la punta de la lengua y la dicen sin temor. A mi edad, y a la de “Flossie”, Pablo, nadie se enamora. A lo más nos encaprichamos.

No volvimos a hablar, pero en la calle, mientras caminábamos hacia el Lac d'Amour, se dio vuelta hacia mí. Estaba oscuro ya y por suerte no vi su rostro. Dijo:

—Las viejas no se enamoran, Pablo. Ni siquiera de un cisne.

Pero "Flossie", vieja o no, se había enamorado. Cuando llegamos al lugar, ahí estaba, en el mismo sitio en que la había dejado, sin moverse, absolutamente satisfecha. Stella se acercó a ella y empezó a hablarle en el tono en que siempre lo hacía, una especie de jerga cariñosa, como uno conversa con los recién nacidos. Pero la perra no se inmutó.

—"Flossie", mi amor, vamos. No te puedes quedar aquí. Ya empieza a hacer frío y mi niñita se va a resfriar. Comprendo que te guste este cisne. Es muy hermoso y a nosotras también nos han gustado las cosas bellas, ¿verdad? Pero tienes que ser razonable y venirte al hotel. Mañana te prometo traerte a verlo, pero ahora vamos...

Trató de alzarla entre sus brazos y "Flossie" reaccionó en forma violenta. Mostró los dientes y gruñó.

—¡"Flossie"!

La perra volvió a gruñir y estuvo a punto de morderla. Stella retrocedió como si hubiera recibido un golpe directo al corazón. La vi palidecer. Miró en torno suyo, buscando una explicación, incrédula ante lo que acababa de sucederle.

—"Flossie"... —volvió a decir, y esta vez su voz estaba llena de un reproche tierno. Y luego, dominándose, se dio vuelta hacia mí y con su tono característico, me ordenó—: Vaya a buscar el auto.

Cuando regresé, todavía estaba arrodillada junto a la perra. Esta seguía ignorándola, pues miraba siempre al cisne, que se había internado en el lago. No lejos, otros cisnes estiraban los cuellos o abrían de repente las alas. Estaban reunidos en un grupo, pero el que "Flossie" había escogido permanecía solo, distante y profundamente hermoso. Se sabía elegido.

Comenzó entonces una larga noche durante la cual Stella y yo permanecemos sentados en el automóvil. La americana había decidido no abandonar a su hija y prefirió sacrificarse, y sacrificarme, antes que dejarla sola. Varias veces hube de volver, a pie, al hotel. A Stella se le antojó la manta escocesa, la radio portátil, una botella de whisky y, por último, la capita de "Flossie". Y cada vez que volvía con uno de los objetos, encontraba a la perra empecinada junto a su cisne y a la señora Ross envuelta en su abrigo de piel, como una osa vencida, mirándola a través de la ventanilla.

Entonces algo sucedió dentro de mí. No sé explicarlo con exactitud, pero experimenté una especie de fuerza, de reacción más bien, que me hizo detenerme, como si frenara dentro de mí mismo, y pensar en lo que había hecho, en lo que estaba haciendo, en lo que era. Sin duda fue la actitud de "Flossie" que despertó aquello dentro de mí. Comprendí de golpe que si, como la perra, no clavaba las cuatro patas en la tierra y decía esto es lo que deseo y esto no es lo que deseo, todo estaba perdido. Hay momentos en que uno toca fondo y ve con extraordinaria claridad lo que está

sucediendo, y esa noche yo me encontré cara a cara, la palpé casi, con esa debilidad que me había traído hasta estos extremos. Me senté junto a Stella y no volví a hablarle durante un largo rato. La americana encendió un cigarrillo y empezó a apretar las teclas del radio, buscando un programa. Ninguno parecía satisfacerla y los cambiaba aun antes de saber lo que estaban transmitiendo. Yo logré conservar mi tranquilidad y, poco a poco, me fui alejando, como si me desdoblara, de aquella situación. Y nos miré: vi a una mujer vieja, con los dedos manchados de nicotina y maquillada con exceso, junto a un hombre mucho más joven, que era yo, dentro de un automóvil, presos los dos, encadenados en cierta forma, como dos animales de distinta especie que se encuentran de pronto cazados en la misma trampa. Y no lejos de ellos vi a una perra, vi a esa "Flossie" que le había mordido los tobillos al hombre que estaba en el auto, que había sido insoportable, caprichosa y consentida, súbitamente transfigurada por un deseo verdadero, algo que la hacía casi invulnerable, ese amor que de pronto la justificaba. Y nos miré durante un tiempo largo y, cuando Stella volvió a hablarme, ya había decidido lo que iba a hacer.

-Bertrand... -me llamó.

-Mi nombre es Pablo.

-Es verdad. Pablo, por qué no le va a poner la capita a "Flossie".

-No, Stella.

-¿Cómo?

-No voy a ir a ponérsela.

-¿Por qué? ¿Qué le pasa, Pablo?

-Nada.

-Está de mal genio. Si es así, no ha escogido el momento más oportuno.

-No estoy de mal genio.

-Vaya a ponérsela entonces.

-No, Stella, no voy a ir.

Se bajó del automóvil y cerró la puerta con violencia. No la miré, pero sí escuché sus pasos sobre el pasto húmedo, su voz que llamaba: "Flossie", "Flossie", "mi amor", los gruñidos de la perra y por último un ladrido lacerante. Pocos segundos más tarde, Stella volvió a sentarse a mi lado. Dejó caer la capa a sus pies y yo no hice el menor alarde de recogerla. Pasaron algunos minutos y de pronto sentí que en la oscuridad su mano buscaba la mía. Comprendí que no era un gesto amoroso, sino el ansia de asirse a algo, a algún calor humano, en esa noche en la cual ya tanto había perdido. Pero también comprendí que si yo cedía, si tomaba esa mano, volvería a caer en la trampa y tal vez para no volver a salir más. Por eso me mantuve firme, me encerré dentro de mí mismo, me amurallé mientras ella se hundía lentamente. Era la primera vez en mi vida que tenía conciencia de no prestarle

ayuda a alguien y debo confesar que la sensación me fue profundamente desagradable.

Me sentí solo, apartado, un paria. Sentí que no formaba parte de nada, con nadie. Pero al mismo tiempo supe que ello era indispensable.

Pasaron varias horas. En el radio una voz anunció el término de los programas, se escuchó una marcha y luego un silencio. Stella mientras tanto había llorado, sin sollozos, como un animal grande y pesado que de pronto vaciara su pena. Cuando por fin habló, su voz era muy distinta:

—¿Qué vamos a hacer, Pablo, qué vamos a hacer?

—No lo sé.

Encendió otro cigarrillo y tomó un trago de whisky.

Una vez más la vi asomarse a la ventanilla, llamar a la perra y, al no obtener respuesta, dejarse caer sobre los cojines del asiento con gran cansancio. Pasaron así otras dos horas y al cabo de ellas pareció recobrar algo de su antigua vitalidad, porque se irguió de pronto y con un remedo de su tono autoritario, dijo:

—Ponga el auto en marcha.

—¿Adónde piensa ir?

—A ver al cuidador de estos animales. Alguien tiene que cuidarlos.

—Pero, Stella, son cerca de las dos de la mañana.

—Por favor, Pablo, ponga el auto en marcha.

—¿Pero qué es lo que piensa hacer?

Se dio vuelta hacia mí y, como si me retara a duelo, exclamó:

—Comprar el cisne.

Pero comprar un cisne resultó mucho más difícil de lo que Stella podía imaginar. Después de haberle preguntado al conserje del hotel dónde vivía el cuidador de los cisnes, nos dirigimos a través de todas esas calles estrechas, en una ciudad que dormía, hasta una casa junto a un canal. Stella golpeó sin conmiseración hasta que apareció un viejo muy pálido que resultó ser el hombre que buscábamos. Ante la oferta de la americana, abrió aún más los ojos, como si fuera uno de sus propios sueños quien le hablaba. Nos explicó, en pésimo francés, que él no podía tomar ninguna determinación, que era la primera vez que se presentaba un caso como este, que el único que podía decidir era el alcalde.

—¿Dónde vive? —preguntó Stella ya totalmente restablecida y pronta a enfrentar a todos los alcaldes de todas las ciudades del mundo.

—A esta hora duerme —contestó el hombre.

Cuando la señora Ross quiso ir a despertarlo, me opuse. Era la segunda vez que lo hacía y ella se detuvo como tocada por un rayo. Recuerdo perfectamente el lugar, la escena. Estábamos cerca de un puente, ella a punto

de subir al automóvil, con la mano apoyada sobre la manilla, despeinada y con el maquillaje corrido. Se dio vuelta y me dijo:

—Pablo, no se olvide de que usted viaja conmigo, que yo lo traje.

—No, no me olvido. Pero no sabe cuánto me arrepiento de haberlo aceptado.

Eso fue definitivo. Subió al auto, puso en marcha el motor y me dejó solo, ahí, junto a ese canal desconocido, en medio de una ciudad absolutamente vacía, sin saber cómo volver al hotel, pero al mismo tiempo con una sensación de gran contentamiento, algo que no sentía desde hacía años.

Debe haber pasado la noche, o lo que quedaba de la noche, junto al Lac d'Amour, porque a la mañana siguiente cuando vino a buscarme al hotel, estaba igualmente despeinada y con la expresión de una persona que no ha dormido.

—Le pido que me acompañe a ver al alcalde. Eso es todo lo que le pido. No comprendo este idioma y tiene que ayudarme...

Hicimos antesala durante una hora. La pieza donde nos dijeron que aguardáramos tenía una inmensa chimenea de piedra con dos figuras de guerreros que soportaban la cornisa. Hacía siglos sin duda que nadie encendía un fuego ahí adentro y el frío que salía de esa boca llenaba la pieza. Por fin nos condujeron a otra pieza, recubierta de madera, al fondo de la cual había un escritorio inmenso. Tras él estaba el alcalde. Era un hombre de sesenta años, rostro afable, cabellos canosos y manos muy cuidadas. Con un gesto atento pero distante nos ofreció asiento y luego, en perfecto inglés, le preguntó a Stella lo que se le ofrecía.

La mujer no pedía otra cosa. Enhebró sin mayor dilación un larguísimo monólogo durante el cual contó todo, o casi todo, lo que había sucedido. A veces la narración se interrumpía, había olvidado un detalle, y volvía atrás, recorría los hilos de la trama al revés y al derecho, sin pensar que era el alcalde quien la escuchaba y que sin duda tenía otros asuntos que atender.

Pero el alcalde la escuchaba con suma atención, sin interés es cierto, pero comprendiendo cada palabra y mirándola con una semisonrisa que a ratos desarmaba a Stella. Cuando por fin llegó al término de la historia, exhausta, como si hubiera rendido un examen, el hombre de los cabellos blancos dijo con toda simplicidad:

—Pero, señora, los cisnes no se venden.

Y no hubo más que agregar.

Tuvimos que recurrir a un veterinario. No sé dónde logró ubicarlo Stella. Lo cierto es que apareció con él, un hombronazo con un maletín negro, y de inmediato los dos se acercaron a "Flossie".

Un sol pálido y como velado tocaba apenas la superficie del Lac d'Amour. Todo parecía esfumado en una neblina que se esparcía a ras del agua y en

medio de ella el cisne adquiriría caracteres mágicos. Estaba flotando muy cerca del lugar donde se encontraba la perra y la miraba.

Ambos se miraban y me di cuenta de que ahí radicaba el encantamiento, como si un filtro los hubiera paralizado para siempre.

"Flossie" no supo cuando el veterinario hundió en su flanco la aguja hipodérmica y, a los pocos segundos, cayó desmayada. Stella dio vuelta el rostro. Estoy seguro de que ella había sentido el pinchazo.

—Dormirá durante dos horas, señora.

—Entonces tenemos que irnos cuanto antes. Pablo, hágame el favor de llevarnos al hotel para buscar las maletas y pagar la cuenta.

Al subirnos al automóvil, miré al cisne. Lo veía alejarse por el lago suavemente, armoniosamente, y al irse perdiendo en la bruma me pareció una de las imágenes más hermosas que yo haya visto.

Dos horas después, en pleno campo, "Flossie" despertó. Abrió lentamente los ojos, miró alrededor y, de inmediato, pareció, comprender. Entonces un sollozo que venía desde muy adentro la sacudió entera, y el aullido, un aullido lastimero, espantoso, que nunca podré olvidar, apagó el ruido del motor.

—Callada, calladita, mi amor. Mañana o esta misma tarde te compraré un cisne. El más grande, el más hermoso que encontremos.

Pero la perra siguió quejándose toda esa mañana y buena parte de la tarde. En Gante ubicamos un veterinario, la examinó y recetó varios medicamentos, pero "Flossie" sollozaba siempre. Esa noche hubo que aplicarle otra inyección y a la mañana siguiente cuando Stella quiso despertarla, retrocedió espantada, pues la perra había muerto durante el sueño. Fue ella entonces, el ama, quien empezó a sollozar.

Enterramos a "Flossie" en algún lugar de Flandes. Sobre la piedra, tracé la palabra "Leda".

—¿Por qué Leda? —preguntó Stella—. Se llamaba "Flossie".

—No sé por qué, Stella.

La mujer se arrodilló junto a la piedra. Me pareció más chica, como si se hubiera desinflado, con el abrigo de piel flotando ahora y el rostro desencajado. Borró lo que yo había escrito y, a su vez, grabó los caracteres que forman la palabra "Flossie".

—Así se llamaba. Y nada tiene que ver con Leda. Mi "Flossie" no se enamoró. Mi "Flossie" ya estaba demasiado vieja para enamorarse.

Y me miró desafiante, se diría que con el último estertor de orgullo que le quedaba.

—Las viejas se encaprichan, Pablo, y pagan sus caprichos cuando tienen dinero. Y si no, se quedan solas. Se mueren solas.

Volvimos a la ciudad y al entrar al hotel, me despedí de Stella.

—¿Adonde va?

—Vuelvo a París —le dije—. En mi pieza están mis maletas, mis ternos, el abrigo. Todo eso le pertenece.

—Pero qué locuras son estas. El viaje no se ha terminado. Hay tantos lugares que podemos visitar todavía.

Holanda y las playas del Báltico. Usted no ha tomado ningún apunte. Acuérdesse que vino a pintar, Pablo. ¿O es que no le gustan estos países? ¿Quiere que vayamos al Sur? ¿A España?

—No, Stella. Voy a volver a París. Por favor no sigamos discutiendo.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué, Pablo? Explíqueme al menos lo que ha sucedido. ¿Por qué no desea continuar?

Y no sé por qué recordé la frase del alcalde:

—Porque un cisne no se vende.

Ella me miró sin comprender. Creo que yo tampoco entendí exactamente lo que decía; pero sí, ahora sí, sabía lo que quería. Le di la mano y le devolví las llaves del auto. La dejé en el hall del hotel, sola y desamparada, como un gran animal, como una osa, pensé al alejarme, que se ha equivocado de latitud. Salí a la calle y pregunté la dirección que debía seguir para llegar a Bruselas. De ahí continuaría a París, a pie. No era la primera vez que lo hacía.

Maira

- 1960 -

En un comienzo todos creyeron que eran parientes. Primos hermanos o aun hermanos, decían algunos. Pero muy pronto se disiparon las dudas al saberse que la única relación que existía entre ellos era la amistad. Venían del mismo país, eso sí; pero de mundos muy distintos. María, o más bien Maira, como Cristián la bautizó después, era hija de un empleado de ferrocarriles. En cambio el muchacho pertenecía a una de las familias más poderosas de su país.

Llegaron juntos. Una tarde, fue en el otoño de 1950, aparecieron en el Boulevard Saint-Germain. Los que estaban sentados en las terrazas cubiertas de los cafés apenas si los miraron a través de los cristales. No era una pareja que llamara la atención. Cristián iba correctamente vestido, ella más humilde; pero en torno a ambos había un airecito provinciano que no interesaba. Entraron a un café, se sentaron y pidieron algo para beber.

Él hablaba un francés atrevido, carente de vocabulario y a grandes rasgos. Inventaba palabras sin la menor confusión, seguro de que se las comprenderían como se las habían comprendido siempre. Sentado ahí junto a la mesita con cubierta de mármol, con su terno de corte sudamericano y tela inglesa, y mientras le hablaba al mozo, se comprendía de inmediato que tenía la costumbre de dirigirse en ese tono a la servidumbre. Maira en cambio no pronunció una sola palabra. Semejaba guardar dentro de ella una especie de gran cansancio que la ennoblecía. La muchacha no era alta, pero sí muy delgada, con los brazos largos y el tronco estrecho de un adolescente. Tenía los cabellos oscuros, los ojos rasgados y una mirada muy negra en unos ojos también negros. Alguien preguntó en una mesa cercana:

-¿Quién será? Parece un ídolo azteca.

París acababa de descubrir el arte sudamericano. Una exposición había revolucionado el ambiente y durante un tiempo no se habló de otra cosa.

-Habría que cortarle el pelo, estilizarla -comentó otro.

Cristián los escuchó sin darse vuelta. Miró luego a Maira, entrecerrando levemente los párpados, y la visualizó con los cabellos cortos, los ojos maquillados como Nefertiti, una especie de ídolo egipcio-azteca-parisino. Más aún, vio la cabeza sola, como una escultura colocada sobre un zócalo, y ahí pudo modelarla a su antojo.

Tres semanas después lo había hecho. Maira tenía los cabellos cortos, los párpados cruzados por una pincelada oscura que rasgaba más el ojo y, con el dinero que les quedaba, Cristián le compró ropa.

—No vamos a tener con qué pagar el hotel.

—¿Qué le vamos a hacer? —contestó Cristián esbozando un gran gesto—. Ya estamos instalados, no pueden echarnos todavía, esperarán por lo menos una semana. Y esta inversión era necesaria. La ropa que traías es indescriptible. Estaban en el cuarto del hotel, un cuarto pequeño con una ventana diminuta que miraba hacia la Escuela de Bellas Artes. Apenas cabían las dos camas, y el ropero, una especie de catafalco con espejos, ocupaba todo el muro derecho. En un rincón, el lavatorio y el bidet parecían presidir. Sobre este último, Cristián colocó el almohadón y se sentó.

—¿Cómo es posible que alguna vez te hayas puesto una cosa como esta? —exclamó el muchacho, extrayendo del montón de vestidos que tenía delante una pollera incrustada de vuelos, de flores, de pedrerías.

—Era un vestido para los recitales.

—Ah, de veras que bailabas danzas españolas. Nunca olvidaré cuando me invitaste a una función, creo que era en el Centro Ocultista o algo por el estilo. Te estoy viendo, con peineta, mantilla, castañuelas y abanico —¡no faltaba detalle!— bailando bajo el cuadro de un profeta o gran sacerdote hindú, mientras los yogas y las empleadas del barrio te contemplaban arrobados.

Cristián la humillaba constantemente. Al hablarle, al corregirla, al mirarla también. Nunca estaba satisfecho.

Siempre había algo que fallaba, una palabra que pronunciaba mal o un gesto que no debería haber hecho, o bien dos colores que no podían mezclarse o una cierta actitud que no era la que él quería. Pareciera que la comparación constante entre lo que Maira había sido y lo que era, o lo que llegaría a ser, lo alentaba para proseguir. Frente a todo esto, Maira no reaccionaba, obedecía simplemente. Y cosa curiosa, las humillaciones no la tocaban, permaneciendo un poco distante, un tanto asustada tal vez, como si todas esas escaramuzas entre las que Cristián vivía fueran un juego demasiado peligroso para ella.

—¿Y qué me dices del día en que te conocí? ¿Te acuerdas?

Maira estaba doblando la pollera que Cristián había arrojado sobre una de las camas. Por un instante, por un brevísimo instante, sintió nostalgia por lo que había dejado. Pero la pregunta de Cristián la hizo reaccionar.

—Sí. Me acuerdo.

—Inolvidable, una visión inolvidable. Estábamos almorzando donde Julio. De pronto se abrieron las puertas y apareciste tú, de pollera angosta y floreada, blusón ruso y icapelina! Creí que no era cierto. Y detrás venía tu

mamá, ¿te acuerdas? Gorda y repolluda, como esas dueñas que los franceses colocan en las comedias españolas, y te traía el pañuelo y un abanico! Tuvo que partirte el melón, porque tú no sabías... Ah, Dios mío, son cosas que no se olvidan.

“Así es –pensó Maira–, no se olvidan. ¿O se olvidan?”. No tuvo tiempo de decidirlo porque Cristián ya estaba de pie, saltando como un bailarín sobre las camas, examinando los vestidos, diciendo:

–Este sí..., este no –y repartiéndolos en dos atados–. Estas son cosas que hay que aprender. Si queremos, si quieres llegar a ser alguien en esta ciudad, tienes que aprender todas estas cosas. A vestirte, a peinarte, a hablar. Menos mal que eres poco conversadora. El silencio es mucho más misterioso y, como decían el otro día en el Flore, algo tienes de ídolo azteca o qué sé yo, algo tienes...

Dos semanas más tarde, la fauna que habitaba Saint-Germain los conocía por sus nombres y les estrechaba la mano cuando aparecían en los cafés. No era muy difícil incorporarse a ese grupo. Bastaba tener el dinero para pagarse una taza de café, el tiempo para sentarse en las terrazas durante el verano y en el segundo piso del Flore apenas comenzaban los fríos, y estar vestido de una manera que llamara la atención. Pero no eran estos los círculos que Cristián deseaba frecuentar. Tenía miras más altas. Después de todo él pertenecía a una de las familias más definitivamente integradas a la sociedad de su país y había sido criado con la idea de que la bohemia no es un estado al cual se aspira, sino tan solo un pasatiempo muy fácil de adquirir. Todo se reduce a no gastar dinero y a dejarse crecer el pelo, como decía su madre. Por eso consideraba este mundo de pseudoartistas y semiestudiantes como una grada de la escalera. Y no le otorgaba mayor importancia.

Maira en cambio se sintió muy a su gusto entre ellos. Se sintió segura más bien. Y cuando avanzaba entre las mesas de los cafés, con los cabellos cortos, los ojos tiznados y el cuello largo encuadrado por esas blusas que le compraba Cristián, le satisfacía que la miraran. Por algo había sido artista.

–¡Allá viene el ídolo! –gritaba alguien, y los demás se daban vuelta. Tal vez una pareja de turistas norteamericanos se codeaban en una mesa, o ese griego que era escultor le decía un piropo que sonaba como un insulto, o bien el mozo la saludaba como una antigua conocida. Eso le bastaba. Era su pequeño tributo diario y le bastaba.

No siempre la acompañaba Cristián; pero tampoco le importaba que fuese sola. Era parte de su plan. Mientras más luego se le conociera, más rápido correría la voz por la ciudad, por una parte de la ciudad, de que en Saint-Germain había una nueva muchacha, al parecer sudamericana, distinta y atrayente.

Así fue, y en menos tiempo del que pensaba, empezó a hablarse de ella.

Cristián, que vagabundeaba sin cesar por los diferentes barrios de París, sorprendió una conversación entre dos hombres en un bar cerca de los Champs Elysées. Uno le decía al otro que la noche anterior había conocido en el Flore a una sudamericana que tal vez podría servirle (según parece, el amigo era fotógrafo). Le ponderaba el rostro, volvía a referirse a los ídolos aztecas y terminó ofreciéndole llevarla a su taller.

—¿Sudamericana? —preguntó el fotógrafo.

—Sí.

—No creas que me entusiasman mucho. O bien son indias con cuerpos de indias, o malas imitaciones de las europeas. Ya sabes que en las revistas buscan otra cosa, algo exótico.

—Esta es exótica. Es verdad que tiene algo de india, pero estilizada. Muy atrayente.

—¿Y cómo se llama? A lo mejor la conozco.

—María.

—María... María...—repitió varias veces el nombre, como si lo hubiera escuchado antes y no pudiese colocarle un rostro. De inmediato Cristián pensó que habría que cambiarlo. Y esa noche le dijo a la muchacha:

—Tenemos que encontrar algo más exótico, más difícil. No mucho, porque se tiene que poder pronunciar con facilidad. Pero algo que demande un pequeño esfuerzo para que así lo recuerden. Y que además sea distinguido. No pienso ponerte un nombre de vedette y cerrarnos las puertas a las cuales vamos a llegar. A propósito, ¿conociste anoche a algún periodista o algo por el estilo?

—¿Adónde?

—En el Flore.

—Conocí a varios.

—Uno chico, de anteojos, con chaqueta a cuadros y zapatos de suela de goma.

—Debe ser Pierre —y pronunció con mucha dificultad.

—Pierre... ¿qué más?

—No sé. No se lo pregunté. Pero trabaja en una revista.

—Bueno, la próxima vez que lo veas, sé amable, sonríele. Te está tratando de conseguir un trabajo.

—¿Qué trabajo?

Pero Cristián no contestó. Tampoco volvió a hablarle. Parecía preocupado por algo. Estuvo hojeando una revista, sin verla realmente, mientras vaciaba el paquete de galletas de chocolate que tenía frente a él. Mucho más tarde, cuando ya estaban acostados, cada uno en su cama, Cristián preguntó:

—¿Estás durmiendo?

—No.

—Piensa entonces. Piensa en un nombre.

Fue a la mañana siguiente cuando se le ocurrió. Estaban en una realización de vestidos de una gran casa de modas y, entre las perchas, la bautizó de pronto:

—¡Ya sé! Te vas a llamar Maira. Como este modelo —y le mostraba un vestido en cuya etiqueta se leía ese nombre—. Lo que necesitábamos, ¿no te parece? Exótico, difícil, no mucho, lo suficiente, y con algo distinguido. ¡Pruébatelo!

Y le lanzó el vestido. La muchacha se desnudó sin replicar. Y al estar así, inclinada sobre la pollera, pisando solo con su pie izquierdo mientras el derecho buscaba por dónde introducirse entre todas esas sendas, se sintió distinta de pronto. “Me llamo Maira —se dijo—. De ahora en adelante me llamo Maira”. Se irguió, se miró en el espejo como si se estuviera descubriendo recién, hasta tuvo tiempo de sonreírse mientras se abrochaba el vestido; pero en ese instante escuchó la voz de Cristián que le gritaba a través de la pieza:

—No, no, no. Sácate eso. Te ves pésimo de blanco. Pareces una mosca en leche.

Durante todo el día continuó sintiéndose distinta. Al llegar al Flore, les contó a sus amigos que de ahora en adelante se llamaría Maira. De inmediato se entabló una discusión entre cuál de los dos nombres era preferible. No llegaron a un acuerdo; pero decidieron festejarla de todos modos. Pidieron una botella de agua mineral, lo “más puro” según uno de ellos, y antes de beberla, humedecieron los labios y la frente de Maira. Cuando ella le contó a Cristián lo que había sucedido en el café, recibió este comentario:

—Me parece de pésimo gusto.

Pero ese día no solo fue memorable por el bautizo. En medio de las celebraciones, se acercó un muchacho que ella no había visto antes y, extendiendo su mano, dijo:

—Me llamo Alain y quiero conocerte.

Era más bien bajo, con la mirada clara y la expresión de alguien que vive de acuerdo con el mundo.

—¿Cuándo podríamos vernos?

—No sé.

—¿Dónde vives?

Maira le dio su dirección y él quedó de pasarla a buscar a la mañana siguiente. A las once, sonó el teléfono. La dueña del hotel le dijo que alguien la esperaba abajo.

—¿Quién? —preguntó Cristián que todavía no se levantaba.

—Un amigo que conocí ayer.

—¿Cómo se llama?

—Alain parece que dijo.

—¿Será el fotógrafo? Si es él, trata de conseguir algo. Nos quedan mil francos, eso es todo. Pero consíguelo en forma inteligente, ya sabes a qué me refiero.

Maira ya no escuchaba. No sabía por qué al oír que alguien la esperaba abajo había sentido la sangre agolparse en su rostro y ahora solo quería irse lo más rápido posible de esa pieza. Bajó precipitadamente. Cerca de la puerta estaba Alain con una guitarra bajo el brazo.

—Vengo de mi trabajo —explicó—; canto en un cabaret.

—¿A esta hora?

—No —él rió—, hasta las cuatro de la mañana; pero como a esa hora ya no hay autobuses ni otro medio de locomoción doy vueltas hasta el amanecer.

—¿Y cuándo duermes?

—De día.

—¿Y hoy?

—Hoy vamos a salir de paseo.

En realidad fue un día muy completo. Caminaron hacia el Bois de Boulogne y pasaron lo que quedaba de la mañana y buena parte de la tarde vagabundeando por las avenidas. El otoño avanzaba. Algunos árboles habían perdido sus hojas; otros no, y se encendían de pronto como antorchas súbitas en medio de las ramas desnudas de los demás. Alain se los mostraba, extendiendo el brazo, interrumpiendo la conversación y reanudándola casi de inmediato, como si no fuera más que una llama la que pasaba frente a ellos. Hablaron mucho y rieron, así, de repente, sin mayor razón.

Aun cuando hacía frío, decidieron sentarse en la ribera de la laguna. El lugar estaba desierto.

—¿Vives sola? —preguntó él.

—No. Con un amigo.

Él no hizo ningún comentario.

—Viajamos juntos —continuó ella—. En realidad nos vinimos juntos. Lo conocí hace un tiempo y decidimos venirnos a París.

—¿Y lo quieres?

La pregunta la sorprendió.

—No sé a qué te refieres.

—¿Estás enamorada de él?

Lo miró de súbito como si hubiera comprendido mal y luego, al darse cuenta de que era perfectamente factible lo que él imaginaba, empezó a reír.

—No —dijo—, no estoy enamorada de él. Ni lo estaré nunca. Somos amigos, eso es todo.

—¿Pero viven juntos? —y subrayó la palabra para que ella comprendiera.

—Pero nada tenemos que ver. Vivimos como amigos.

Ahora fue Alain quien la miró. No demostró sorpresa ni incredulidad. La miró simplemente para decirle que comprendía. Había dejado la guitarra sobre la yerba que crecía junto al agua y un pato que nadaba cerca se interesó por ella. La contempló desde una distancia y luego, con grandes precauciones, se fue acercando. Lo vieron salir de la laguna, detenerse en la orilla y mirar el instrumento con gran curiosidad. Parecía reconocer en él a otro pato o quizás a algún nuevo habitante del lugar. Avanzó tambaleándose, el cuello erguido, el ojo atento, y cuando estuvo próximo, Alain hizo sonar las cuerdas de la guitarra. El susto lo obligó a abrir las alas y huir con suma rapidez. Ambos comenzaron a reír, Maira echando la cabeza hacia atrás, dejándose caer sobre el pasto y pensando que hacía mucho tiempo que no reía así, con ganas.

Alain comenzó a hablar de los animales. El tema parecía interesarle sobremanera y al detallarle a Maira la forma como vivían los patos, cuáles eran sus costumbres, cuáles sus peculiaridades, la mirada le brillaba. Le contó que iba muy seguido al jardín zoológico y al museo de historia natural.

—Algún día tenemos que ir juntos —concluyó—, y algún día tienes que venir a mi pieza y te mostraré a Pamela.

—¿Quién es Pamela? —preguntó Maira.

—Una tortuga. Es el único animal que la dueña me permite tener. Es mudo, no ensucia y se mueve poco. Pamela es un genio.

Ella se irguió y, levantando los brazos sobre la cabeza, los estiró hacia el cielo.

—Tengo ganas de estar tendida al sol—dijo—. Tres días en el sol sin moverme.

—¿Y para qué vives con tu amigo? —inquirió Alain de súbito.

—¿Por qué? —dejó caer los brazos—. Porque decidimos venirnos juntos. Él por una razón, yo por otra. En el fondo era la misma; no queríamos seguir viviendo adonde estábamos. Nos aburríamos.

—¿Y acá te diviertes?

—Todavía no. Pero después nos divertiremos.

—¿Cuándo?

—Cuando conquistemos París.

Durante un segundo permanecieron mudos. El pato había vuelto a penetrar en el agua y se alejaba lentamente. Corrió un viento helado arrancando hojas de los árboles que se erguían en la ribera opuesta. Las miraron revolotear, las vieron caer sobre la superficie de la laguna: despertaban anillos concéntricos que se distendían hasta perderse.

—¿Y qué es lo que vas a conquistar en París?

—Todo.

—Por ejemplo...

—No sé explicártelo. No me preguntes tanto. Vámonos, ¿quieres?

Ya en el camino parecieron olvidar el incidente que durante algunos minutos los había hecho distanciarse. Cruzaron la avenida, internándose en el corazón mismo del bosque. A lo lejos divisaron un pabellón perdido entre los árboles. Tras los ventanales se divisaban mesas con manteles blancos y unas macetas con hortensias.

—Algún día te voy a invitar a este restaurante —dijo Alain—. ¿Te gustan las uvas con vino blanco?

—Nunca he comido.

—Un día vamos a probarlas, ¿quieres?

Un mozo deambulaba como un fantasma entre las mesas. Tocaba una copa o un cuchillo, cambiaba ligeramente la posición de una servilleta y se perdía en la penumbra.

—Sigamos —dijo Maira—. Llévame a un lugar donde haya gente.

—Hay una feria cerca de Montmartre, ¿te gustaría ir?

—No. Otro día. Volvamos a Saint-Germain.

En ese momento encendieron las luces del restaurante. Se iluminó de pronto como un fuego de artificio en medio del bosque. Y de una sola vez todo quedó expuesto: la platería, los cristales, los candelabros sobre las paredes tapizadas de rojo, los asientos de felpa y la alfombra espesa. En el centro había una mesa coronada por un samovar en torno al cual se distribuían cestas de fruta, tortas, pasteles y unas langostas de antenas larguísimas. Había flores también: hortensias que se veían más pálidas bajo las luces y rosas en las mesas, unas rosas a punto de deshojarse, sin duda las últimas.

Maira y Alain no se movieron. Semejaban dos niños ante los cuales emerge un castillo mágico y, frente a ese misterio, la muchacha había perdido algo del suyo. Tenía los ojos redondos y grandes, la mirada golosa, la actitud expectante. Al verla así, parecía una niña pequeña que alguien hubiese disfrazado de ídolo azteca.

—Esto, exactamente esto es lo que queremos conquistar.

—¿Qué?

—Yo quiero estar sentada allá adentro. Eso es todo. Pero Cristián desea estar sentado con otras personas además, personas importantes, y ser él importante también.

—¿Quién es Cristián?

Ella no respondió. A lo lejos se escuchaban los acordes de una canción.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Allá —exclamó Alain, y con la mano señalaba un rincón del restaurante donde había una orquesta. Desde donde estaban solo se veían las pecheras de los músicos y los instrumentos relucientes.

—Tocan y todavía nadie ha llegado.

—Un día vendremos a comer uvas con vino blanco, ¿quieres?

Al llegar al hotel, cruzaron a Cristián que salía. Los miró y, sin parecer reconocerlos, continuó hacia la calle.

Maira nada dijo y se despidió de Alain.

—¿Salgamos mañana?

—No sé. No creo que pueda.

—Te llamaré de todos modos.

Subió rápidamente a su pieza y, arrodillándose sobre una de las camas, miró por la ventana. Allá iba Alain, caminando por el centro de la calle, con la guitarra en la mano derecha, silbando la canción que habían escuchado en el restaurante, muy libre y sin preocupaciones. Maira lo miró alejarse y, al hacerlo, poco a poco fue sintiendo que perdía algo.

Esa noche Cristián le preguntó:

—¿Quién era ese con quien andabas?

—Un amigo. El amigo con quien salí.

—¿Qué es lo que hace?

—Es músico, creo. Guitarrista.

—No lo vas a ver más —concluyó.

Así fue. Al día siguiente, Alain la llamó por teléfono y ella le contestó que no podía verlo. Dos o tres veces volvió a insistir, en una ocasión se acercó a ella en el Flore y la invitó a ir al jardín zoológico, pero Maira siempre encontró excusas. Y de pronto Alain desapareció de los cafés. A un muchacho sudamericano, Pablo, se llamaba, que era amigo suyo, Maira le preguntó qué le habría sucedido. Pablo le contó que había recibido una oferta de un cabaret en Suecia, dos meses y el viaje pagado, y había partido con su guitarra y la tortuga Pamela.

Fue más o menos en esa misma época cuando Cristián recibió un cheque de su madre. Desde que se les agotó el dinero, habían vivido exclusivamente de crédito. Pero ahora, y así de pronto, se vieron ricos. En la carta que acompañaba el cheque, la madre le pedía a Cristián que nunca fuera a mencionárselo a su padre. “En realidad —escribía con letra de muchacha educada en las monjas—; te lo mando a escondidas. Ya sabes que él sigue enojado, porque te fuiste sin permiso. Estas son unas platas que heredé de mi tía Constanza y que tengo guardadas desde entonces para cualquier caso de emergencia. Estoy tan preocupada, mi hijito, con esa vida de privaciones que debes estar llevando allá. Por favor, cuídate, abrígate bien ahora que me han dicho que allá el invierno va a ser muy frío y, sobre todo, no economices en la comida. Es indispensable que te alimentes bien”.

Cristián invirtió el dinero con inteligencia. Pagó las cuentas atrasadas del hotel, con lo cual la dueña volvió a saludarlo en las mañanas. Canceló una deuda que tenía con uno de los secretarios de la embajada de su país y en esta forma cortó de raíz los comentarios que a propósito de su integridad

comenzaban a circular entre sus compatriotas. Y por último compró ropa. Desde chico le habían enseñado que una persona que se viste bien tiene mucho adelantado. Además adquirió dos o tres objetos para decorar la pieza. En un anticuario descubrió un cuadro que, en la oscuridad, parecía de la escuela flamenca; dos candelabros de madera dorada, robados sin duda de alguna iglesia, que colocó sobre el ropero, y un biombo de papel japonés con el cual escondió el lavatorio y el bidet. Así el cuarto tomó un aspecto muy característico, el mismo que se fue acentuando después, entre casa de gran señor y escaparate de tienda.

Desde un comienzo Cristián había frecuentado muy pocos compatriotas. “Por algo me vine –decía–. Me vine para no verlos más. Me *enferma* esa gente”.

Sin embargo, de vez en cuando iba a la embajada, porque era necesario mantenerse grato con el personal en caso de cualquier eventualidad y porque encontraba a su tío Jenaro, un primo en segundo grado de su padre, que podía serle de gran utilidad. Hacía años que el tío Jenaro vivía en París. Era uno de esos señores sudamericanos que, cuando jóvenes, habían podido darse el lujo de vivir de sus rentas en París. Con el tiempo, los intereses iban disminuyendo; pero ellos persistían en quedarse. Ya estaban acostumbrados a esta manera de ver las cosas, la de los europeos, y preferían soportar privaciones antes que regresar a su país. Todos habían hecho un viaje, según decían, para probar cómo estaban las cosas por allá y todos, sin excepción, volvían espantados. El tío Jenaro sintetizaba así esa experiencia: “Yo no creo en Dios, hijito. Pero puedo decirte que hace cinco años cuando se me ocurrió ir a visitar a mis parientes, todas las mañanas, al despertarme, rezaba, sí, tú no me creerás, rezaba. Me arrodillaba junto a la cama y decía: ‘Dios, dame fuerzas para soportar este nuevo día hasta el final’. ¡Y eso que no creo en Dios, hijito!”.

No estaba verdaderamente integrado a la carrera diplomática. Dependía del partido político que en ese momento rigiera los destinos de su país. Si se trataba de uno de derecha, era casi seguro que el tío Jenaro conseguía un puesto, no muy bien rentado, en la Embajada. Eso le daba un pretexto para ocupar sus mañanas. Las tardes se las reservaba para sí. Se rumoreaba que tenía una amiga que visitaba de tres a seis y luego iniciaba su vida social. Había logrado relacionarse con personas cuyos nombres eran conocidos a través de París y esto interesaba a Cristián.

Por lo demás fue en una de las fiestas que ofreció el tío Jenaro, y donde logró que lo invitaran a él y a Maira, que se verificó su estreno en aquel mundo al cual tanto deseaba pertenecer. Comprendiendo las consecuencias que podía acarrear esta fiesta, no titubeó en invertir en ropa lo que quedaba del cheque de su madre. Se compró un terno muy discreto, una

corbata del mismo color y arrastró a Maira a la peluquería más cara para que la “despeinaran en forma interesante”, según dijo.

A las siete de la tarde ambos estaban listos en el cuarto de la calle Bonaparte. Cristián se miró en el espejo del ropero y pensó en el efecto que producirían al entrar en el salón del tío Jenaro. “No está mal –reflexionó–. Los dos estamos vestidos de oscuro. Yo soy rubio, Maira morena. Y con estos meses de convivencia se nos ha ido acentuando un parecido; la presentaré como prima”.

–Vas a tener que sacarte un poco la pintura de los párpados. Eso está bien para el Flore; pero no para el salón de mi tío Jenaro –ordenó Cristián, y mientras la muchacha obedecía con prontitud, desapareciendo tras el biombo, él siguió hablando–: Lo mejor será que no converses. Mantente quieta, misteriosa, contesta lo indispensable y sobre todo no gesticules. Maira reapareció en ese instante y se mantuvo inmóvil frente a la tela pintada del biombo. Contra aquel fondo de flamencos multicolores, su figura vestida de negro se destacaba en forma misteriosa. Tenía los párpados menos teñidos, el rostro muy pálido, los pómulos salientes y los labios con característico gesto de cansancio.

–¡Espera! –gritó Cristián–, y detuvo el movimiento que iba a hacer. El muchacho la miró atentamente, esbozó un gesto en el aire como si estuviera creando una imagen y concluyó–: Sí, no está mal.

Cuando entraron al salón, sucedió exactamente lo que Cristián deseaba. Hubo un silencio súbito, sorpresivo y verdadero que luego se fue deshaciendo en murmullos.

La pieza estaba llena de personas que discutían en pequeños grupos. Desde la puerta se escuchaba el ruido de resaca de las conversaciones. A ratos un grito parecía cortarlo y una señora coronada de plumas cruzaba como un tiburón hacia otra que la recibía condescendentemente. O bien una risa demasiado gruesa producía malestar y quien la había lanzado se sentía como un pulpo en un acuario. Pero en general todos aquellos peces se avenían. Nadaban de grupo en grupo, saludándose, sin detenerse mucho rato, alcanzando apenas a formularse una invitación o a aceptar alguna que les habían hecho. Dos mozos circulaban entre los invitados, llevando bandejas con vasos. Las manos evolucionaban sobre las copas, tomándolas, dejándolas, sin mirar lo que hacían, sin mirar si el mozo tenía cabeza o no. Vistas así, desde lo alto y desprendidas de los brazos, semejaban esas flores de pétalos transparentes que crecen en el fondo del mar y que las corrientes agitan. Las luces bajas, el humo de los cigarrillos, las sombras inciertas que se proyectaban en los muros, todo se confabulaba para crear aquel ambiente submarino en medio del cual flotaba el tío Jenaro como una ballena magnánima.

A los pocos segundos, Cristián se desenvolvía entre esas cuatro paredes con la mayor soltura. Maira en cambio se había refugiado junto a una ventana y miraba hacia afuera. La noche estaba oscura y no se distinguía la otra orilla del río; pero una barcaza cruzaba en ese momento frente al edificio. Maira alcanzó a ver a una mujer en el puente recogiendo ropa tendida en una cuerda.

—Usted debe ser sudamericana como yo.

Maira se dio vuelta. Quien le había hablado era un hombre relativamente joven, gordo y vestido de azul marino. Se secaba el sudor que cubría su frente con un pañuelo.

—Sí —contestó Maira.

—¿Y también vive frente al Sena?

—No.

—¡Qué lástima! Las buenas mozas debieran siempre vivir frente a un río. Su frase no tenía absolutamente ningún sentido, pero la acompañó con un guiño y cierta insinuación en la voz. Maira se mantuvo imperturbable.

—¿Y qué hace una muchacha buena moza como usted sola en París? ¿O no está sola? —y rió en forma estentórea. El acuario en torno reaccionó. Dos señoras levantaron la cabeza y lo miraron con ojos redondos, pero él no se dio por aludido.

—¿Y dónde vive?

—En la calle Bonaparte.

—Pero eso queda muy cerca de mi departamento. Me acabo de mudar al Quai Voltaire, a la vuelta de la esquina, como decimos nosotros. —Y volvió a reír, más suave esta vez, y la miró tratando de adivinar qué tal era el cuerpo bajo el vestido negro—. Tenemos que salir juntos, ¿qué le parece? Yo me llamo Eduardo, ¿y usted?

—Maira.

—Pero ese es apellido.

Maira no respondió. No lejos de ella, Cristián conversaba animadamente con una mujer muy vieja, y, al otro extremo de la pieza había un hombre que la miraba con insistencia.

—¿Cuándo salimos? ¿Mañana?

—No. No puedo.

—¿Pasado entonces?

—Desgraciadamente tampoco puedo.

—Y el jueves no puedo yo. Me llega una delegación de parlamentarios y tengo que atenderlos. Trabajo en la Embajada. Soy secretario.

—Ah.

No había conversación que resistiera a esos monosílabos. Eduardo mostró signos de impaciencia. El mozo cruzaba cerca de ellos, y Eduardo aprovechó para cambiar su copa vacía por otra llena.

—¿Quiere?

—No, gracias.

No podía dejar de pensar en ese hombre que la miraba a través del cuarto. En dos o tres ocasiones dio vuelta la cabeza y lo descubrió ahí, muy quieto, muy silencioso, mirándola. Se turbó toda, aún más cuando lo vio atravesar el salón y acercarse a ellos. Se presentó inclinando la cabeza y murmurando un nombre que la muchacha no comprendió. Eduardo aprovechó para irse:

—Ya sabe, cualquier cosa que se le ofrezca en la Embajada...

Se alejó rápidamente.

—¿Quién es? —le preguntó a Jenaro, que en ese momento flotaba cerca.

—Una amiga de mi sobrino Cristián. ¿Por qué? ¿Te gusta?

—Qué me va a gustar, viejito. Es tan aburrida como esas primas que a uno le hacían llevar a las fiestas y flaca como un palo de escoba. Preséntame a esa rubia que acaba de llegar.

Maira permaneció junto a la ventana. La barcaza había desaparecido y solo veía las aguas oscuras del río sobre las que la luz de los faroles trazaba figuras súbitas. No se atrevía a levantar la vista hacia aquel hombre que estaba junto a ella. Tenía miedo o vergüenza, no sabía bien qué. Y esperó que él hablara.

—¿Amiga de Jenaro? —preguntó en francés.

—No.

—Usted no parece francesa.

—No soy francesa.

—Yo tampoco. Soy ruso.

Cristián se acercó en ese momento. Arrastraba tras sí a la señora con quien había estado conversando.

—Esta es mi prima —exclamó, presentando a Maira. Y la muchacha se vio examinada por unos ojos inquisidores tras un par de impertinentes. Retrocedió en forma instintiva, golpeándose contra el hombre que estaba a su derecha. Durante un segundo los cuerpos se tocaron y Maira se inmovilizó. Levantó el rostro para excusarse y ahí las miradas se cruzaron durante un segundo también. Todo fue un entrechocar de electricidades en medio del agua opalescente del acuario.

—*Charmante!* —gruñó la señora de los impertinentes.

—*N'est-ce pas?* —confirmó Cristián.

Se enhebró una pequeña conversación durante la cual Cristián y la señora intercambiaron palabras que nada significaban. Maira no volvió a mirar al hombre, pero lo sentía junto a ella.

Al poco rato se despidieron. Cristián pretextó que estaban invitados a cenar. “Vamos a partir temprano —le había dicho a Maira—. Así estaremos

un minuto, una aparición corta pero sensacional, y todos querrán saber quiénes somos". Atravesaron hacia el vestíbulo donde estaba Jenaro despidiendo a sus invitados. Maira supo que el hombre seguía mirándola, pero no quiso darse vuelta.

Apenas desaparecieron, el ruso también atravesó el salón y se acercó a Jenaro.

—¿Quién es esa muchacha que acaba de irse? —preguntó.

—Una amiga de mi sobrino. ¿Por qué? ¿Te gustó?

—Es interesante. Tiene algo especial.

—Sí, no parece sudamericana —comentó Jenaro, vadeando hacia otro grupo que también partía.

En el ascensor, una especie de jaula insegura, Cristián le preguntó a Maira:

—¿Quién era ese con quien estabas conversando?

—No sé como se llama.

—Pero algo sabrás de él.

—Me dijo que era ruso.

—¡Ruso! —gritó de pronto como si fuera un insulto; pero luego sopesó la palabra y dijo: Ruso...

El cielo estaba despejado y, aun cuando hacía frío, decidieron caminar hacia el hotel. Cristián parecía muy contento. Hablaba sin cesar, diciendo que la noche había sido un éxito, que dos condesas se interesaron por conocerle y una, la de los impertinentes, lo había invitado a una recepción íntima dos días más tarde.

—Esta es la gente que luego te sirve de pedestal, que comenta, que llama por teléfono, que circula... —Esta era una de las frases preferidas de Cristián: gente que circula. Gente conocida, en una palabra—. En todos los países, Maira, hay gente conocida, claro que en unos vale más la pena ser conocido que en otros. ¿Cómo explicarte? Ser conocido acá tiene importancia, no solo para este país, sino para todo el mundo. En cambio allá donde vivíamos, Maira, a mí me conocían mis tías, mis parientes, los cuatro pelagatos que forman la sociedad, y a ti, nadie. Era lo mismo que cohabitar con las tribus germanas durante el siglo de Pericles. En cambio, esto es Atenas. Si logro, si logramos penetrar en el núcleo de los conocidos, seremos conocidos aquí y en la China, apareceremos en las revistas, se hablará del vestido que tú te pones y de la fiesta que yo organicé, y seremos famosos.

Se detuvo a la entrada de uno de los puentes, bajo un racimo de luces y, extendiendo los brazos en un gesto teatral, recitó:

—¡Conquistar París es conquistar el mundo, Maira!

Siguió hablando hasta que llegaron al hotel. No le parecía que Maira había sacado todo el partido posible de la situación.

—Claro que ya irás aprendiendo. No se puede pretender que, de la noche a la mañana, te transformes en una persona distinguida y además atractiva. Hay que tener paciencia. Lo comprendo. Pero piensa en el capital que tienes. La condesa te halló *charmante* y escuché una conversación en la cual te comparaban ¡de nuevo! con un ídolo azteca. ¿Te das cuenta la suerte, la suerte de que hayan mandado esa exposición pocos meses antes de nuestra llegada, y la suerte que tienes al haber nacido sin pechos y con el cuello largo? Allí nadie te miraba, acá tienes la mezcla exacta de exotismo cocinado y distinción para gustar. ¡Aprovéchalo! ¡Qué partido podrías sacarle a todo eso! Pero tengamos paciencia. No estuvo mal, no. Me gustó que te quedaras junto a la ventana. Es misterioso, atractivo. Y poco a poco irás aprendiendo. Cuando uno piensa que hace un año ni siquiera sabías partir un melón...

En la puerta del hotel se detuvo nuevamente:

—Con tal que ese ruso sea alguien. Y no como ese musiquito que descubriste hace un tiempo.

Maira sintió una súbita nostalgia por volver a ver a Alain. ¿Dónde estaría? “Qué ganas —pensó—, qué ganas de irme ahora por el centro de la calle silbando como él”. Pero siguió a Cristián, subiendo lentamente la escalera, mientras él desde arriba le gritaba:

—¡Apúrate! ¡Apúrate!

A la mañana siguiente, Cristián llamó por teléfono a su tío Jenaro. Maira estaba preparando el café en el anafe a alcohol cuando escuchó las exclamaciones de su compañero de pieza.

—No... ¡No le puedo creer, tío! No le puedo creer...

Al cortar, de un salto se irguió, ejecutó un arabesco sobre la cama y, en pleno aire, exclamó:

—¿Sabes quién era ese hombre de ayer? ¿Quién? El príncipe Tsilicoy. ¿Te das cuenta? Una de las personas que circulan más. Y parece que tú le gustaste. Le preguntó a mi tío que quién eras. Y a lo mejor hasta te llama. Sensacional, Maira. Y yo que pensé que no habías sido un éxito. ¿Quién puede saberlo? ¿Quién puede predecir lo que va a suceder? Imagínate que te casaras con el príncipe. ¿Te das cuenta las caras que pondrían allá?

Maira casada con un príncipe. Sería debutar con un triunfo. ¿Te das cuenta, Maira? ¿Te das cuenta lo que pasaría si yo te casara con un príncipe?

Y así fue como Maira supo que había conocido a un príncipe.

Demoró algunos días en llamarla. Cristián habló dos o tres veces con su tío Jenaro para preguntarle si había noticias.

—Nada, hijito, nada. No he vuelto a ver a Tsilicoy.

—¿Y usted cree que la llamará, tío?

—Es posible. No te preocupes. Si sé algo, te aviso. Ven a conversar un rato a la Embajada mañana.

Y Cristián se paseaba por el cuarto del hotel, urdiendo planes. O iba a la Embajada y le pedía al tío Jenaro que le contara detalles acerca del príncipe Tsilicoy. Así supo que había sido casado con una millonaria norte-americana, que se había separado y que ahora recibía una fuerte renta mensual. También averiguó que vivía con su madre, una princesa vieja, artrítica y con pasado, que conservaba algunas de sus joyas. Y por último confirmó lo que ya sabía: el príncipe era uno de los más conocidos entre los conocidos, una persona que se movía en los mejores círculos, rozando a veces los de la verdadera nobleza. Con este caudal de conocimientos, regresaba al hotel de la calle Bonaparte y se encerraba en la pieza para trazar sus movimientos estratégicos.

Maira en cambio volvió a teñirse los párpados y a frecuentar los cafés. Era ahí, entre esa gente que Cristián despreciaba, donde a ratos percibía una identificación. Ya sabía enhebrar algunas frases en francés e intervenía en las conversaciones. Al hacerlo, los demás callaban durante unos segundos. Ella aceptaba aquel pequeño silencio como una deferencia, casi un tributo. Se hablaba mucho en torno a esas mesas. Se hablaba de arte sobre todo, tanto como en su casa se había discutido de dinero. Tal vez por ello experimentaba agrado, por la semejanza que todo esto tenía con el ambiente de su hogar. A primera vista parecería absurdo comparar estas disquisiciones en torno al arte con los eternos cambios de palabras que se suscitaban alrededor de la mesa familiar, almuerzo y comida, a propósito del dinero. Pero lo cierto es que la forma de ambas era semejante: estaban envueltas en la rutina de las cosas que se repiten día a día. Y así, por una situación inconsciente sin duda, Maira se sentía junto a la mesa del café tan protegida como en su casa.

Pero lo que más le gustaba era que la consideraran como una persona. Estaba tan acostumbrada a la forma en que la trataba Cristián, que se sorprendía cuando alguien le preguntaba su opinión respecto a algo. Entonces muchas preguntas la asaltaban: ¿Porqué vivo con él? ¿Por qué me quedo en ese hotel? ¿Por qué me vine? Y era muy difícil contestarlas una a una, pero sabía una respuesta, y esa anulaba todas las otras, sabía que ella también quería triunfar, “triunfar en grande” como decía Cristián, y pensaba que la única manera de lograrlo era junto a su compañero. Ella nada sabía de aquel mundo al cual deseaba integrarse. Nadie le había enseñado a vestirse, a comer, a conversar. Colocada así, sola en el centro de un salón, se habría puesto a llorar. En cambio, Cristián conocía los secretos y misterios de ese universo; se desplazaba con fluidez, tal cual lo había visto la otra noche, como un pez dentro de un acuario. Y el saberlo tan seguro frente a algo que ella ambicionaba, la hacía sentirse protegida. Tal vez más que en su casa o en el café.

Cuatro días después de la fiesta, en la tarde, más o menos a las cinco, Maira estaba sentada en el Deux Magots cuando vio a Cristián que le hacía señas desesperadas a través de un ventanal. Pocos segundos después, el muchacho entró al café, la tomó por la manga y la arrastró hacia afuera sin permitir que se despidiera de sus amigos.

—Me acaba de llamar el tío Jenaro —exclamó Cristián, acezando al mismo tiempo que la empujaba por la calle Bonaparte hacia el hotel—; Tsilicoy quería saber tu nombre y adónde vivías... Es muy posible que telefonee ahora... Hay que estar preparados... Hay que estar en el hotel.

Más de una hora esperaron en el cuarto. Cristián se paseaba sin descanso, mirando el teléfono en forma autoritaria, como si quisiera convencerlo de que sonara. El silencio se fue haciendo cada vez más profundo, interrumpido a ratos es verdad por una gotera, y cuando por fin tintineó la campanilla fue como si hubiera explotado un trueno dentro de la pieza. Cristián se inmovilizó. Instintivamente fue a descolgar el fono, pero luego deshizo su gesto:

—No. Contesta tú. No es bueno que sepa que vivimos juntos.

Mientras Maira hablaba con el príncipe por teléfono, Cristián, ubicado en el rincón opuesto del cuarto, y mucho más nervioso que la muchacha, le aconsejaba:

—Tranquilidad..., indiferencia..., no aceptes de inmediato..., indiferencia sobre todo..., lejanía... eso es, más indiferencia...

El príncipe la invitó a salir al día siguiente. La pasaría a buscar a las nueve e irían a cenar a un restaurante húngaro que acababa de inaugurarse.

—¡Perfecto! —exclamó Cristián—. Quiere decir que estará el *tout París* y te verán. ¡Perfecto! Ahora tenemos que cuidar los detalles.

Las próximas veinticuatro horas fueron frenéticas.

Cristián corrió de un lado a otro buscando un vestido apropiado, arrastró a Maira a una peluquería, la obligó a dormir diez horas, a tomar un desayuno succulento y a no probar bocado a la hora de almuerzo. Y cuando estuvo pronta, de pie frente a él, vestida, peinada, con el abrigo al brazo, Cristián se sentó en una de las camas y dijo:

—Te ruego que escuches con mucha atención lo que voy a decirte. Es la primera vez que sales con Tsilicoy, y es muy importante que la impresión que le causes sea óptima. La distinción, Maira, es algo que se lleva adentro y no se improvisa. Pero si uno pone atención y buena voluntad es posible adquirir su forma. ¿Me comprendes?

Ahora estás bien vestida, con los detalles adecuados y te he dicho qué hablar y cómo comportarte. Tú eres responsable de lo que pase de ahora en adelante. Se trata de que Tsilicoy no piense que eres una aventura fácil, no debes olvidar que lo que perseguimos es un matrimonio. Un matrimo-

nio, ¿comprendes, Maira? Y por lo tanto en ningún momento debes dar la sensación de que eres una mujer con la cual se puede tener una aventura. Yo no sé si eres virgen o no, ni me importa; pero para Tsilicoy no solo tienes que serlo, sino que serlo en forma superlativa. No le permitas nada, ni que te tome la mano, ni que coloque su pierna junto a la tuya bajo la mesa, ni que acerque su mejilla cuando bailen. Acuérdate, Maira, tienes que ser virgen, virgen, virgen...—y repitió varias veces la palabra como si estuviera tratando de marcarla con ella—. Tienes que comprender que si aflojas un poco, un milímetro, estamos perdidos. Para que un hombre como Tsilicoy se case contigo, tiene que tener muchas ganas de acostarse. Y no hay que satisfacerle esas ganas hasta después del matrimonio, hay que mantenérselas vivas. Ya encontraremos maneras para lograrlo. Por ahora, y compréndeme, Maira, lo único que te pido es que estés sobre guardia todo el tiempo.

Sonó el teléfono. Con voz ahogada por la impresión, la dueña anunció que el príncipe Tsilicoy había llegado. Maira se despidió de Cristián y bajó. “Qué curioso —pensó—, me siento distinta, como si me hubieran disfrazado de alguien que no soy yo”. Pero no tuvo tiempo de seguir reflexionando en todo esto, porque al pie de la escalera la aguardaba el príncipe Tsilicoy. Era la primera vez en realidad que tenía la ocasión de mirarlo y le sorprendió lo alto y delgado que era.

—Buenas noches —dijo.

—Buenas noches —y mientras él mantenía la hoja de la puerta abierta, salió a la calle. Sintió el frío sobre el rostro y ello le hizo bien. Se dio vuelta para preguntarle hacia dónde se dirigían y vio al príncipe despidiéndose de la dueña del hotel, alborozada, incrédula todavía y enredada en los hilos de los teléfonos.

Desde su ventana, Cristián contemplo a la pareja que subía al automóvil oscuro y, tal como su tío, sin creer verdaderamente en Dios, rezó: “Dios, haz que resulte. Hazlo, Dios mío”.

Comieron en una mesa que el príncipe había reservado en un rincón. Las luces eran suaves, los mozos se deslizaban sobre las alfombras sin provocar el menor ruido, la gente conversaba en voz baja. Todo esto hacía prever algún acontecimiento, como el silencio que precede a los terremotos. Y así era: la orquesta que hasta entonces había ejecutado melodías tenues irrumpió de pronto en unas czardas. Los músicos bajaron hacia las mesas y se distribuyeron entre ellas. Maira se vio de pronto presa entre un contrabajo y un violín que sonaba en su oído. Al mismo tiempo vio aparecer a los mozos trayendo espadas llameantes en las manos. Cruzaron la pista entre los gritos de los músicos y se acercaron al lugar donde ella y el príncipe comían.

—¿Qué es eso?

—Shaslick —contestó el hombre. Nada de esto parecía sorprenderlo. Conservaba el mismo desgano de antes. Había dejado la cigarrera de oro y el encendedor, también de oro, sobre la mesa y fumaba de vez en cuando. Comía muy poco. Parecía estar cumpliendo alguna obligación, o algún rito, sentado ahí con Maira entre los mozos con espadas flamígeras, los músicos falsamente excitados y todas esas personas que ocupaban las otras mesas y que él saludaba con una inclinación de la cabeza, muy cortés, muy desinteresado, como si estuviese aburrido de ver siempre las mismas caras. Y Maira pensaba en lo atrayente que era. Moreno, con la piel recién tostada por el sol y los cabellos ligeramente canosos a nivel de las sienes. Tenía las muñecas delgadas, las manos recorridas por venas fuertes como tendones y los dedos largos. Y Maira veía desplazarse esas manos sobre el mantel, tocando el encendedor, la copa de champaña y, a veces, su propia mano. Experimentaba entonces un golpe eléctrico que la recorría, tal cual lo había sentido ese día en la fiesta. Pero recordando las recomendaciones de Cristián, retiraba con prontitud su mano.

Después de la comida fueron a bailar a una boite de moda. En la pista, apretada entre otras parejas, sintió que Serge —le había dicho que se llamaba Serge— trataba de juntar su mejilla a la de ella. De inmediato echó la cabeza hacia atrás, aun cuando hubiera deseado no hacerlo.

Al despedirse de él en la puerta del hotel, no pudo darse cuenta si lo había pasado bien o no. Toda esa noche le había dejado una impresión extraña que no lograba comprender y que menos pudo traducir en palabras cuando Cristián, sentado como un yoga en su cama, le gritó:

—Cuenta. Cuenta todo.

Estaba desazonada. Por primera vez desde que llegara a París se sabía extranjera. Todo lo que la rodeó esa noche era distinto a lo que había conocido hasta entonces y distinto a ella. Trató de relatarle a Cristián los hechos en forma objetiva, y, al hacerlo, le pareció contar algo que le había sucedido a otra persona, no a ella. Demoró mucho en conciliar el sueño. Los ruidos de la calle no alcanzaban a escucharse en forma nítida, pero adivinó cuando el camión que echaba agua y barriá los pavimentos cruzó bajo su ventana. Se sintió más tranquila. Miró a Cristián y lo vio en la semiclaridad del amanecer durmiendo con los brazos bajo la almohada.

Como su hermano, pensó, como un niño. Y uno a uno fue reconociendo los objetos con que su compañero había decorado el cuarto. Sí, eran los mismos. El biombo, el cuadro, los candelabros y, sobre la única silla que había, el vestido y el abrigo que se había puesto esa noche. Mirándolos se debe haber quedado dormida. A la mañana siguiente, al despertar, pensó de inmediato en Serge y se dio cuenta de que había estado soñando con él.

Volvió a llamarla esa tarde y quedaron de salir juntos. Cenaron en otro

restaurante, muy parecido al de la noche anterior, y luego fueron a bailar al mismo sitio.

—Es la única boite donde se puede ir —explicó Serge—. Las otras están siempre llenas de turistas.

Esta era pequeña, en un segundo piso, con los muros decorados por espejos oscuros, y una orquesta sudamericana en un rincón. Todos los que la frecuentaban parecían pertenecer a un mismo mundo. Maira llegó a conocer cada detalle de memoria, porque siempre, ya fueran a cenar, al teatro o simplemente a dar una vuelta en automóvil, concluían la noche subiendo las escaleras del Freddy's, que era el nombre del lugar, y bailando hasta el amanecer. Aun cuando Serge saludaba a los que ocupaban las mesas vecinas, jamás les presentaba a Maira. Y a las dos o tres de la mañana, cuando la muchacha regresaba a la pieza del hotel y encontraba a Cristián, de pijamas, comiendo chocolates o leyendo revistas, que le pedía un relato detallado de los lugares que había recorrido, de las personas que había conocido, solo podía contestar:

—A nadie, Cristián. Estuvimos con Serge, solos, toda la noche.

—Mejor. Quiere decir que le interesas. Pero acuérdate de lo que te recomendé, Maira. No aflojes ahora. No vayas a alojar. Lo perderíamos todo.

Dos o tres veces Serge le tomó la mano y, en una ocasión al despedirse frente al hotel, trató de besarla, pero la corte que el hombre le hacía no era apasionada. Daba la impresión de que tenía tiempo y paciencia para esperar. Daba la impresión de que tenía el convencimiento de que tarde o temprano Maira se entregaría. Cuando ella retiraba su mano, por ejemplo, él no hacía ningún comentario. Con toda naturalidad, abría la cigarrera y encendía un cigarrillo, protegiendo la llama del encendedor con la mano izquierda y ladeando ligeramente la cabeza. Maira se sentía confundida a ratos. No sabía a qué atribuir esa indiferencia.

—Tácticas, tácticas —comentaba Cristián—, tácticas para hacerte caer. No le hagas caso y sigamos adelante. A menos que... —se detuvo y la miró fijamente—, a menos que se te vaya a ocurrir enamorarte.

—¿Yo? —y la idea le pareció absurda.

—Cuidado, Maira. Este asunto en que estamos empeñados es serio. Tenemos que triunfar y no puedes darte el lujo de enamorarte.

Ya habían desertado de los cafés de Saint-Germain. Como seguían vi-
viendo en la calle Bonaparte, Maira solía encontrar a algunos de los anti-
guos amigos. Los saludaba, conversaba dos o tres minutos y prometían
encontrarse en el Flore o en la Terasse al día siguiente. Pero ya no tenía
tiempo para ello. Con Cristián habían emigrado hacia otros círculos. Cuan-
do no estaba con Serge, acompañaba a Cristián a visitar condesas viejas y
bastante pobres o industriales que habían hecho fortunas súbitas y que,

como ellos, aspiraban a relacionarse. A Serge no le gustaba que lo hiciera y, al explicarle Maira que tenía la obligación de acompañar a su primo, el príncipe decía:

—¿Quién es este primo? ¿Cuándo vas a presentármelo?

Cristián decidió que no era una mala idea el conocerlo.

—Así se dará cuenta de que no estás sola, que tienes un apoyo. Y no se atreverá a hacer cosas irreparables sin que haya un matrimonio de por medio. ¿Te das cuenta, Maira, si llegaras a casarte con el príncipe Tsilicoy, serías princesa de golpe? De bailarina española—ocultista a princesa. ¿Y te imaginas lo que dirían allá? La envidia, los comentarios... Me parece estarlos viendo.

Cristián tenía de vez en cuando estas explosiones. Parecían vigorizarlo. Súbitamente se le encendían las mejillas, perdía su aspecto de niño viejo y se le sabía decidido a todo. Y en esos momentos Maira se sentía presa en el mismo vértigo y no podía sino seguirlo.

—Vamos a invitarlo a tomar una taza de té el próximo domingo.

—¿Adónde?

—Aquí.

—¿En esta pieza?

—¿Y por qué no? No vamos a engañarlo sobre tu situación económica. Y por lo demás puedes decirle que tu primo, es decir yo, es artista y le gusta la vida, ¿cómo podríamos llamarla?, bohemia.

—¿Y si llega a descubrir que no somos parientes, Cristián?

—El único que podría decírselo es mi tío Jenaro y ya lo tengo instruido. Esa misma noche Maira invitó a Serge y él aceptó.

—Vamos a invitar a mi tío Jenaro —pensó Cristián en voz alta—; así será aún más respetable. Un primo y un tío. ¿Te das cuenta, Maira? ¿Te das cuenta de los sacrificios que hago por ti? Hasta te estoy creando una familia.

Sin perder tiempo, esa mañana, acudió a la embajada.

—Desgraciadamente no puedo el domingo, hijito.

—¿Por qué?

—Tú sabes que siempre tengo ocupados los domingos.

—Pero esta es una circunstancia especial, tío.

—Lo siento. Mis domingos son sagrados.

Se rumoreaba que los domingos iba a visitar a su amiga. Diariamente de tres a seis y los domingos el día íntegro. Se rumoreaba que la amiga era una bailarina, como se estilaba antes, muy joven decían algunos; pero lo cierto es que nadie nunca la había visto.

—Entonces no me va a ayudar.

Jenaro se sentó tras el escritorio, se dejó caer más bien como una bolsa repleta de aserrín. Miró a su sobrino con su expresión bonachona, y le dijo:

—Mira, hijito, ya sé que uno no debe inmiscuirse en los asuntos de los demás, pero yo creo que tú andas jugando con fuego.

—¿Por qué?

—Tsilicoy no es para tu... ¿cómo se llama esa muchacha...?

—Maira.

—Eso es. Tsilicoy es un vividor, un hombre de éxito. Puede acostarse con la mujer que desee en París.

—Pero no con Maira, tío. Y esa es mi carta de triunfo. Mientras no se acuesten, Maira está segura. Y no se acostará, tío, porque yo estoy detrás.

—¿Es tu amiga?

—No, claro que no. Pero hace todo lo que yo le digo.

—¿Por qué?

—Supongo que será porque desea obtener las mismas cosas que yo y no sabe cómo alcanzarlas.

—¿Qué cosas?

—Bueno —y Cristián titubeó unos segundos. Parecía que iba a enumerar una lista, pero luego se decidió a simplificar y dijo—: Triunfar.

Jenaro avanzó su mano regordeta hacia el tintero de bronce. Levantó una de las tapas, la dejó caer nuevamente. El sonido seco sonó como un disparo en la oficina.

—Sí. Quizás eso sea lo que uno busca a tu edad. Después... —y levantó la mirada hacia él, sonrió como si quisiera con ello borrar las palabras que acababa de pronunciar. Volvió rápidamente a ser el Jenaro gordo que en las mañanas conversaba banalidades con los compatriotas que venían a recoger su correspondencia y que, en las tardes, deambulaba de pieza en pieza con una copa en la mano hablando necedades. Pero en el cuarto quedó flotando algo distinto, una especie de revelación, entrevista y perdida al instante, una verdad que Cristián desconocía y que su tío tal vez nunca había querido mirar.

—¿Después qué, tío?

—Después suceden cosas, hijito —y con esa frase pareció querer cerrar la conversación. A través de los ventanales se divisaba la cúpula de los Inválidos, redonda, inmensa, llenando el cielo. En la pieza hacía calor y Jenaro fue a abrir la puerta.

—¿Quiere que me vaya, tío?

—¡Cómo se te ocurre! Hace mucho calor, ¿no te parece? Quédate y conversemos. Ya sabes que me gusta mucho conversar.

—Tengo que ir a disponerlo todo para el té del domingo.

—Pero si estamos a viernes...

—No quiero olvidar ningún detalle. Odio la improvisación.

—En eso saliste a tu madre. Siempre pienso en la Rebe como el arquetipo

de la dueña de casa. Pero dime, Cristián... —y no habían logrado aún liberarse de esa atmósfera que ellos mismos crearon—, ¿por qué lo haces?

—¿Qué tío?

—Yo comprendo que quieres triunfar. Todos en algún momento hemos deseado conquistar París y ver nuestro nombre escrito con luces neón en la torre de Eiffel. Pero lo que no comprendo es por qué deseas hacer triunfar a esa muchacha... ¿cómo se llama?

—Maira.

—¿Por qué no trabajas para ti mismo?

—Porque con una mujer es tanto más entretenido, tío. Y tanto más peligroso. Y tanto más difícil —esbozó un gesto en el aire, como si tratara de asir con la mano la palabra que andaba buscando y la atrapó— ...y tanto más lucido.

—Comprendo.

—Y entonces, tío, ¿viene?

—No, hijito, no puedo. Pero llámame el lunes para contarme cómo te fue.

“No lo voy a llamar”, pensó Cristián al descender en el ascensor. La conversación le había dejado un recuerdo desagradable. No podía precisarlo, un desencanto quizás, algún peligro que rondaba cerca, una advertencia. Y todas esas eran las cosas que él siempre había ignorado, las cosas que destruía al pasar, ordenando o creando, como él decía.

El té fue planeado en sus más mínimos detalles. Con el tiempo, la pieza que ocupaban Maira y Cristián se había ido llenando de objetos heterogéneos comprados más bien por el efecto que producían que por el valor. En los muros colgaban colecciones de mariposas tropicales, ángeles dorados al fuego y una mano esculpida en bronce. La lámpara había desaparecido tras una máscara y ahora la luz brotaba a través de los ojos de una medusa. Y otros reflectores colocados en puntos estratégicos sembraban la pieza de iluminaciones inesperadas. En medio de este decorado, Maira a ratos se sentía como un maniquí en un escaparate, y eso, exactamente eso, era lo que Cristián buscaba. Él la quería así, sin sangre, detenida en posiciones estilizadas, tan irreal como una fotografía en una revista de modas. La quería maquillada de manera que no se pareciese a nadie y muda, la vista perdida más allá de las paredes del cuarto, llena de misterio. Lo que Cristián buscaba en el fondo era la materialización de una imagen que él llevaba adentro.

Dispuso dónde se sentaría él y dónde el príncipe y en cuál rincón de la pieza Maira se mantendría de pie, con una taza de té en la mano izquierda. Dispuso también los temas de conversación; encargó una torta a una pastelería de la calle Saint-Honoré (“tiene que ver que somos refinados aun cuando vivamos como bohemios”) y adquirió en un anticuario un servicio de porcelana. Hizo listas, le pidió a la dueña que limpiara los vidrios de la

ventana y siguió resentido con Jenaro. "No voy a volver a verlo -pensó-; es un egoísta. Por lo demás ya conozco a todas las personas que él me puede presentar y ahora, una vez que hayamos conquistado a Tsilicoy, voy a tratar de ascender a otros círculos". El sábado en la noche obligó a Maira a rechazar la invitación del príncipe y a acostarse temprano. A las diez estaban en cama, y, revisando mentalmente uno a uno todos los detalles, Cristián se quedó profundamente dormido.

A la mañana siguiente lo aguardaba una tragedia. Un quejido de la muchacha lo despertó antes de lo presupuestado.

-¿Qué te pasa? -preguntó somnoliento.

-Me duele mucho.

-¿Qué?

-Creo que es una muela.

-¿Tendrás la cara hinchada? -y esta idea lo despertó del todo. Saltó fuera del lecho, descorrió las cortinas y miró a la muchacha. Maira estaba apoyada sobre el almohadón, cubriendo con su mano derecha la mejilla.

-Sácate esa mano para ver.

La muchacha obedeció y Cristián retrocedió espantado: tenía la cara horriblemente hinchada, la mejilla bulbosa, el ojo pequeño y lagrimoso. Cristián se desplomó sobre su lecho.

-Esto es el colmo -y volvió a repetir, como un eco-: El colmo. ¿Quién iba a pensar que nos iba a suceder esto? ¿Cómo no fuiste al dentista si te dolía?

-Nunca he ido al dentista -contestó Maira sollozando.

-¿Nunca? Por eso tu madre no tiene un solo diente. ¿Qué es lo que crees? ¿Que los dientes son invulnerables? Hay que cuidarlos, Maira, hay que cuidarlo todo en la vida. ¡Dios mío que te faltan cosas por aprender! ¿Crees que Tsilicoy se va casar con una mujer con dientes postizos?

Maira comenzó a sollozar más fuerte. Se sentía sola y triste, enferma en un país extranjero y sin amigos. Se dio vuelta hacia la pared, hundió el rostro en la almohada y repitió:

-Quiero morirme, quiero morirme.

Mientras tanto Cristián continuaba su monólogo:

-Bueno, nada sacamos con desesperarnos. Hay que tomar determinaciones. ¿Podríamos llamar a Tsilicoy y decirle que tú estás enferma? Pero todo está planeado y ya se han hecho los gastos. ¿Podríamos ir a ver a un dentista? Pero ¿dónde? ¿Y cómo? ¿En un día domingo? Y no creo que se te pasaría la hinchazón.

Súbitamente se irguió. Había tomado una resolución definitiva.

-Seguiremos adelante con todo -y parecía un general a quien le acaban de comunicar que las fuerzas enemigas son más numerosas y que sin embargo decide atacar-, con todo. Tal cual lo teníamos planeado.

Cambió de posición las camas, de modo que la de Maira quedara junto al muro. Le dijo a la muchacha que ella permanecería acostada y recibiría al príncipe de perfil. Es decir, sentarían a Tsilicoy mirando el lado izquierdo del rostro de Maira, mientras el derecho quedaría vuelto hacia la pared. Tendría mucho cuidado en no volcar la cara y conversar en forma casi inmóvil, como lo haría un friso. A medida que disponía esta nueva secuencia, Cristián se iba entusiasmando.

—No está mal —exclamaba—, no está mal. ¿Cómo decirte? Subraya lo de ídolo azteca y hasta cierto punto te agrega misterio.

Hablaba sin cesar, haciendo caso omiso de los sollozos de Maira y preocupado tan solo de maquillarla para que se le notara lo menos posible la hinchazón. Se había sentado frente a ella en el lecho, provisto de pinceles, cremas y lápices, y procedía a transformarle el rostro en una máscara, casi como la que usan los actores japoneses. Cuando hubo terminado, dijo:

—Y ahora mira hacia el frente. Y no vuelvas a mover la cabeza.

—Me duele —se quejó Maira.

—Eso también se arregla.

Abrió una caja de cartón que su madre le había regalado antes de partir y buscó entre los tubos. Eran medicamentos. Cada uno llevaba una etiqueta escrita con su caligrafía cuneiforme donde se especificaba para qué servían las píldoras. En una leyó: “Para los nervios”. Y sin titubear, llenó un vaso con agua y le hizo tragar a la muchacha tres pastillas.

—Y ahora quédate tranquila, porque voy a bajar a comprar las flores.

Cuando volvió con un ramo de crisantemos entre los brazos, Maira estaba profundamente dormida. Los rasgos se habían distendido, y vista así, con esa máscara de maquillaje, caída sobre la almohada, casi separada del cuerpo, parecía la cara de una muñeca japonesa que se acaba de romper. Cristián estuvo tentado de arrojar las flores sobre el lecho. “El efecto sería bonito —pensó—, pero un poco mortuario”. Decidió colocarlas en un florero.

El perfume de las flores inundó lentamente el cuarto. La calefacción estaba encendida y el calor hacía germinar el olor agrio de los crisantemos. Cuando llegó el príncipe, la atmósfera era casi irrespirable. Para colmo, él también traía flores, un ramo de rosas rojas que depositó a los pies de Maira.

Hechas las presentaciones e intercambiadas algunas frases, Cristián decidió servir el té. Mientras evolucionaba a través del cuarto, Serge se sentó en el sitio que se le había asignado y conversó o más bien dicho contempló el perfil izquierdo de Maira. No le pareció extraño encontrarla en cama ni preguntó cuál era la enfermedad que la aquejaba, aun cuando Cristián trató de explicárselo. Serge aceptó lo que sucedía con gran naturalidad, como lo hacía siempre, con esa especie de desgano que para la muchacha había llegado a ser muy atrayente.

Cristián se tranquilizó de súbito. Se notaba que quería producir una sensación de estabilidad. En todo momento se le veía frenar un gesto, una frase demasiado exaltada o un movimiento que pudiera haber roto aquella armonía en la cual había decidido desenvolverse esa tarde. Habló en forma moderada, sin mencionar nombres, citando algunos lugares y refiriéndose de manera vaga acerca de una familia que tenían allá en Sudamérica y que en cualquier momento llegaría a París.

“Tenemos que crear una base familiar estable –le había dicho a Maira antes de que el príncipe llegara–. Hay que convencerlo de que tú tienes raíces, que vienes de alguna parte. Nada más fácil, te voy a integrar a mi familia, en la rama de mi madre”.

Serge Tsilicoy apenas respondió. Escuchaba atentamente todo lo que Cristián decía, pero con dos o tres monosílabos concluía en forma definitiva cualquier conversación. Parecía haber venido armado de una gran paciencia para soportar esta tarde familiar, y habiendo colocado, en una mesa cercana al lugar donde estaba, su cigarrera y el encendedor, aguardaba que fuese la hora de partir. Fumaba mientras tanto y el humo iba llenando el cuarto, mezclándose el perfume de las flores y haciendo más y más pesada la atmósfera. Maira se sintió enferma y le pidió a Cristián que abriera un poco la ventana.

–¿No crees que puede hacerte mal el aire?

–Abre, por favor.

–Deje, yo lo haré –dijo Serge, levantándose. Maira lo miró mientras se dirigía hacia la ventana. Tenía las espaldas anchas y el terno colgaba de sus hombros como podría haberlo hecho de una percha. Y Maira pensó que nunca había conocido alguien que tuviera tal, ¿cuál era la palabra precisa?, distinción tal vez, en todo caso aquello de lo cual Cristián hablaba siempre.

Un vientecillo helado penetró en el cuarto. Y los ruidos de la ciudad: un automóvil, un grupo de estudiantes que cruzó la calle hablando en voz alta, una puerta que se cierra.

–Voy a bajar a comprar cigarrillos –exclamó Cristián.

–¿No quiere fumar de los míos?

–No, gracias. Prefiero los franceses –y rió como si hubiera sido una broma.

Cuando quedaron solos, Serge se acercó a Maira y la besó en los labios. La muchacha sintió que el dolor en la muela se agudizaba, pero también experimentó placer, el de haber sido sorprendida, arrebatada por algo mucho más fuerte que ella. Serge se sentó entonces en el lecho junto a la muchacha y le acarició los cabellos, suavemente, sin pronunciar una sola palabra, como si estuviera cumpliendo algún rito. Al escuchar los pasos de Cristián en el corredor, volvió a ocupar el sitio de antes.

La velada se prolongó todavía durante una media hora. Al término de ella, Serge se levantó, se despidió y le dijo a Maira que la llamaría al día siguiente para ver si estaba mejor. Cristián lo acompañó hasta la puerta y volvió rápidamente al cuarto. En la escalera parecía haber recobrado su antigua personalidad, porque irrumpió en la pieza, exclamando:

—¡Perfecto! ¿No te pareció perfecto? Creo que logramos convencerlo de que tienes una familia, de que eres alguien, de que habrá una mamá a quien pedirle tu mano y un primo que te lleve hasta el altar. Te veo casada, Maira, y princesa. Te estoy viendo...

Y Maira casi instintivamente se mordió los labios.

Al día siguiente, Cristián la mandó sola al dentista y, esa tarde, cuando la llamó Serge, se sentía mejor y aceptó salir con él.

Serge fue a buscarla más temprano que de costumbre.

—¿Adónde vamos? —preguntó Maira.

—Al Bois.

Ya los árboles habían perdido sus hojas, y la muchacha recordó ese día, uno o dos meses antes, cuando estuvo ahí con Alain. Entonces algunos todavía conservaban sus follajes, eran como llamaradas en medio de los otros y recordó la forma en que se los mostraba Alain, extendiendo el brazo. Serge en cambio permaneció mudo a su lado. Conducía el automóvil con gran indiferencia, dejando que el manubrio se deslizara entre sus manos enguantadas, doblando por avenidas, sin jamás volver al mismo sitio, como si la geografía de este bosque le fuera absolutamente conocida. Maira tuvo ganas de preguntarle por qué la había besado la tarde anterior, pero se retuvo. Había algo en ese hombre que la inducía a sopesar cualquier acción antes de efectuarla. Y la mayor parte de las veces no la llevaba a cabo.

Pasaron junto a la laguna y siguieron de largo. Maira se dio vuelta para descubrir el sitio donde se había sentado con Alain. No alcanzó a verlo. El automóvil ya doblaba por una avenida, la misma que ellos habían seguido entonces, y se internó en el bosque. “¿Qué será de Alain? —pensó Maira—. ¿Habrá vuelto?”. Y escuchó la canción que él silbaba, la misma que oyeron esa tarde frente al restaurante mágico. “Qué curioso —se dijo—, qué presente está todo”. No se había dado cuenta de que la canción en realidad venía del restaurante. Serge había detenido el automóvil frente al pabellón y la invitaba a bajarse. Maira obedeció. Ejecutó los movimientos sin saber lo que hacía, caminando en una especie de sueño, volviendo hacia atrás en el tiempo y teniendo la impresión de que todo lo que le había sucedido desde entonces era una mentira, algo que Cristián había fabricado. Se dio vuelta y se sorprendió al ver a Serge avanzando tras ella. “Entonces es verdad. No he imaginado a Serge, estoy aquí con él, he vuelto y ayer me besó. Entonces es verdad lo que dice Cristián. Puedo llegar a casarme con él”. La música

sica parecía envolverla y, cuando un mozo entreabrió las puertas de cristales para que entraran, la recibió con fuerza, como una ola de otro tiempo que la azotara.

Se sentaron en una mesa distante de la orquesta. Estaban solos en el restaurante y Maira recorrió con la mirada todas esas cosas que antes había visto desde afuera: las alfombras, las macetas con hortensias, los candelabros y la mesa con el samovar. "Estoy adentro. Estoy sentada entre estas cuatro paredes, con el bosque alrededor, y yo protegida. Estoy donde deseaba. He llegado, he llegado", se repetía, tratando de convencerse de que esto era lo que ambicionaba. Y, sin embargo, no experimentaba ningún placer.

Serge le tomó la mano. Ella no tuvo fuerzas para retirarla como otras veces y, por lo demás, le gustaba sentirlo. Serge dejó su mano perfectamente inmóvil sobre la de la muchacha. Y ahora sí Maira se supo protegida. Algo como un nudo que tenía adentro se fue deshaciendo lentamente y volvió a sentir que la sangre corría bajo la piel, que estaba ahí sentada junto a un hombre, que vivía.

-¿Qué quieres comer? -preguntó Serge.

-Uvas con vino blanco -y la frase brotó con la espontaneidad de las cosas que emergen de muy adentro. Él no demostró ninguna sorpresa y, dándose vuelta hacia el mozo, le ordenó que trajera lo que había pedido.

Colocaron frente a ellos una fuente de plata con racimos de uva. El vino produjo un ruido claro al vaciarse en las copas. Y permanecieron inmóviles, ella y él, sin saber qué hacer.

-Ahora vas a tener que enseñarme a comer esto -dijo Serge-. Debe ser muy bueno, pero hay que saber comerlo.

-No sé -exclamó Maira-. No sé nada.

Salió corriendo del restaurante. Tenía los ojos llenos de lágrimas, un nudo en la garganta y tenía ganas de llorar, de correr por las avenidas, tenía ganas de que Serge la abrazara y, sobre todo, se dijo: "Tengo ganas de morirme". Se apoyó sobre la puerta del automóvil esperando que Serge llegara. El hombre se había levantado y le pagaba al mozo. La orquesta seguía interpretando la misma canción y a través de los cristales Maira contempló al príncipe y al mozo efectuando una especie de ballet mudo. Todo volvió a ser mágico nuevamente, tal como había sido cuando lo miraron con Alain escondidos tras esos árboles. Desde afuera, se dijo: "Desde donde ahora estoy, es mágico".

Serge subió al automóvil, le abrió la puerta e hizo partir el motor sin hacer ningún comentario. Atravesaron el bosque mudos y llegaron al hotel sin haberse dirigido la palabra. Ella se bajó.

Al subir hacia su pieza, experimentó la misma sensación que en el restaurante. Se sintió viva de repente. "¿Qué es lo que me pasa? ¿Por qué

estoy así?”. Y se apoyó contra una de las murallas para que todo se aquietara. En ese momento se escuchó un ruido cortante y la luz se apagó automáticamente. Quedó a oscuras, con el pulso golpeándole las sienes, con los ojos abiertos, mirando la oscuridad. “¿Qué es lo que me pasa?”, volvió a preguntarse.

A tientas siguió hasta el próximo piso y, palpando los muros, descubrió el interruptor de la luz. “No me pasa nada, absolutamente nada”. Pero al entrar en su cuarto, se asomó por la ventana y vio el automóvil de Serge detenido frente al hotel. El hombre se había bajado. Estaba de pie junto a la vitrina de un anticuario, encendiendo un cigarrillo. Protegía la llama con la mano izquierda y tenía la cabeza inclinada. El rostro estaba apenas iluminado y Maira cerró los ojos para conservar esa imagen.

—¿Qué te pasa? —preguntó la voz somnolienta de Cristián.

—Nada. Nada, nada.

Desde esa noche Maira se sintió invadida por una gran tristeza. Trataba de reaccionar, pero era inútil. Pareciera que algo se había roto dentro de ella, una aguja del mecanismo que la mantenía alerta y tensa, misteriosa y lejana, tal cual Cristián la deseaba. Ahora experimentaba debilidad, desgan, cansancio. Pasaba las horas del día acostada sobre su lecho, con la mirada fija en un punto. En las tardes, cuando Serge venía a buscarla, echaba mano de un gran coraje para vestirse y salir con él. Sin embargo vivía para eso, para esas pocas horas que compartía con el príncipe, sin hablar, comiendo en un restaurante o bailando en el Freddy's. En forma lenta y casi involuntaria, su existencia evolucionó hacia ese centro: los momentos en que lo sentía cerca.

Cristián en cambio no cejaba. La vitalidad en él parecía multiplicarse y, como decía, ahora se trataba tan solo de aguardar.

—Una, dos, tres semanas, Maira. Y cae.

Una mañana que había ido a caminar por Saint-Germain, Maira divisó a Alain en una esquina. Hacía mucho frío y el muchacho estaba envuelto en un abrigo de color azul y tenía el rostro semiescondido por una bufanda. La primera reacción de Maira fue doblar por una calle, no verlo, pero luego lo llamó. Al escuchar su nombre, él se dio vuelta,

—¡Maira! —Y ella comprendió que le producía gran placer el volver a encontrarla—. Justamente iba a ir a tu hotel esta tarde.

—¿Cuándo llegaste?

—Hace algunos días.

—¿Y cómo te fue?

—Muy bien. ¿Y a ti?

—Bien.

Se quedaron callados, como dos personas que tienen mucho que decirse

y no saben por dónde empezar. Maira lo miró. “Lo he echado mucho de menos. Mucho, más de lo que pensaba”.

—¿Por qué no vamos a tomar un café?

—Prefiero caminar —dijo ella.

—Acompáñame a mi hotel entonces. Tengo que ir a buscar mi guitarra. Parece que en Suecia me hice muy famoso y ahora una empresa de discos se interesa por grabar algunas de mis canciones. Tengo que ir esta tarde a una audición.

Fue él quien habló casi todo el tiempo. Maira caminaba a su lado, escuchándolo y pensando al mismo tiempo que todo esto, todo lo que él le decía, esta calle y esta gente, eran cosas que a ella ya no la tocaban. Llegaron al hotel y subieron a su cuarto. Estaba en un piso muy alto y por la ventana incrustada en la mansarda solo se veía el cielo, un pedazo bastante chico de cielo. En las paredes había dibujos de animales y sobre la mesa dos libros, uno con fotografías de jirafas y otro que se llamaba: “Historia de las bestias llamadas salvajes”. Maira se sentó sobre la cama y miró uno de los dibujos.

—¿Te gusta? —le preguntó él—. Los hizo un amigo mío.

—¿Pablo?

—Sí. Vivía aquí al lado. En esa pieza.

—¿Se fue?

—Sí.

—¿Adónde?

—No sé dónde estará ahora. La última vez que supe de él, andaba recorriendo la Costa Brava. Tal vez Luis tenga noticias de él. ¿Conoces a Luis?

—No.

—Escribe.

—No, no lo conozco.

“Qué fácil me resulta conversar con Alain”, pensaba Maira. Y de inmediato recordó sus largos silencios junto a Serge. A veces no intercambiaban más de dos o tres frases durante toda una noche. Y sin embargo en esos silencios ella descubría una intensa razón de ser. Así, mientras Alain hablaba, y a pesar del gusto que experimentó por haber vuelto a ver al muchacho, solo podía pensar: “Ojalá pasen luego estas horas, ojalá llegue pronto ese momento en que suena el teléfono en la pieza y me dicen que Serge me está esperando abajo”.

—¿Y tú qué has hecho? —preguntó Alain, sentándose a su lado.

—Nada.

—Tienes algo distinto.

—¿Qué?

—No sé, algo distinto en la mirada. Te recordaba diferente.

—¿Te acordabas de mí? —y de inmediato se reprochó tener esa coquetería tan gratuita.

—Sí —contestó él con gran sinceridad.

—¿Qué es de Pamela? —continuó ella por romper el clima que se formaba. Alain se inmovilizó durante algunos segundos. Maira vio que el muchacho recordaba algo, algo penoso, porque los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Murió. Se me murió. No pudo soportar el frío. Se murió —volvió a repetir como para convencerse él mismo de que eso era algo que había sucedido.

—Lo siento.

Un pequeño silencio se instaló dentro del cuarto.

Maira alargó su mano hacia la de Alain y repitió a su vez:

—Lo siento.

—Supongo que tendrán que suceder estas cosas. Supongo que suceden, ¿no es cierto?

Decidió irse. Él le pidió que volvieran a verse.

—No sé —respondió ella—; me resulta complicado.

—¿Tu amigo?

—Sí —mintió ella—, mi amigo. Yo vendré a verte muy pronto.

—Así lo espero.

Y era verdad. Aun cuando lo creía bastante imposible, lo esperaba. “Alain espera, cree y espera —se dijo Maira mientras cerraba la puerta de la pieza—, ¿y yo?”. Bajó lentamente la escalera, peldaño a peldaño, pensando en ella, en Alain, en lo que significaba tener esperanza. Y tal como esa vez que lo vio desaparecer por la calle, a medida que se alejaba del cuarto del muchacho, sentía que iba perdiendo algo. “¿Qué, Dios mío? ¿Qué es lo que uno pierde en la vida? ¿Qué es lo que se va haciendo cada vez más tenue, más distante, menos nítido? ¿Qué es eso que a una la hace sentirse fuerte y que poco a poco se va deshaciendo? ¿Qué es eso que la deja cada vez más desnuda? ¿Vulnerable? ¿Comprometida? ¿Qué es lo que pasa en la vida, Dios mío? ¿Qué?”. Pero al salir a la calle la asaltó el recuerdo de Serge, como una bofetada, y tuvo que detenerse un instante, esperar que la sensación se durmiera en ella. “¿Será esto lo que sucede? Uno encuentra algo de repente y pierde todo lo demás. Uno desea algo y casi al unísono caen las defensas, se destruye la fortaleza y ya no se sabe, no se quiere, no se puede sino desear. Esto es lo único importante entonces. Esto es real. Estoy enamorada de Serge. Esto es lo que sucede entonces. Este es el secreto que no podía dilucidar mientras bajaba la escalera, que no había podido dilucidar antes: una se enamora y es ese amor quien la desnuda, quien la compromete, quien la hace vulnerable. ¿Quién ha dicho que el amor fortalece? Mentiras. Nunca he sido más débil que ahora, detenida en esta vereda, sin fuer-

zas para moverme, herida por el más mínimo ruido, por los colores, por el olor que brota de ese tarro repleto de basuras que tengo al frente. Y no puedo moverme, porque sufro demasiado y porque sé que lo único que deseo es seguir sufriendo”.

Pensó que no iba a volver a encontrarse con Alain. “No voy a regresar a verlo –se dijo-. ¿Para qué? Lo haría desgraciado”. Y mientras se alejaba por la calle, jamás imaginó que la vida ordenaría las circunstancias de modo muy diferente a lo que ella imaginaba.

Esa misma noche Maira y Serge habían ido a cenar a un restaurante, como de costumbre. Y después, como de costumbre, fueron al Freddy's. Mientras bailaban, sintió que el brazo de Serge la estrechaba con decisión. No hizo el menor esfuerzo para separarse. Desde la tarde, desde aquel momento en que se detuvo en la vereda, sabía que esto tenía que suceder. Lo demás era dar vueltas en torno a la verdad, dejarse rozar por ella sin que la tocara verdaderamente. Y de pronto comprendió que tenía que hacerse sorda a las recomendaciones de Cristián, sorda a todo aquello que le gritaba que iba a sufrir y avanzar hacia aquello que durante meses estaba pronto a recibirla.

Cuando salieron de la boite y subieron al automóvil, Maira supo que él no la iba a llevar al hotel, sino a su departamento. Así fue. Subieron los tres pisos del edificio sin hablar, él adelante, accionando el interruptor de la luz en cada piso para que no fueran a quedar en la oscuridad, y ella siguiéndolo en forma inevitable. De aquel ascenso, solo recordaba la balaustrada de la escalera, un dibujo de fierros oscuros y esferas de bronce, la balaustrada que parecía irse desenvolviendo a su lado en forma cansada. Y pensó que todo esto había sucedido antes, a ella o a otra, no sabía muy bien, pero que era una vida ya vivida que era necesario revivir hasta sus últimas consecuencias.

Serge abrió la puerta y la dejó pasar. Entraron a una pieza oscura, con dos ventanas abiertas sobre una calle sin árboles. Desde el cuarto contiguo, escuchó la voz de Serge que la llamaba:

–Maira...

Entró a una pieza redonda. “Como una caja, como el estuche de alguna joya”, pensó ella. Y a través de las cuatro ventanas que seguían la concavidad del muro, vio otras ventanas de otras piezas, tal vez circulares también, como esta. Se supo en un laberinto con corredores como circunferencias, que empezaban y terminaban en el mismo punto, y de los cuales era imposible emerger.

Ya era demasiado tarde. “Es demasiado tarde”, se repitió y avanzó para asirse a lo único que tenía sustancia en medio de todo aquel mundo liso.

Serge la tomó entre sus brazos, la besó tal cual lo había hecho esa tarde en su pieza. La muchacha se sintió atravesada por idéntico dolor, solo que

ahora brotaba de un centro mucho más profundo. "No sé si esto sea una respuesta –alcanzó a pensar–, no sé si esta sea la respuesta, pero por lo menos es, por lo menos es algo que siento".

Él empezó a desvestirla sin ninguna precipitación. Las manos parecían adivinar los sitios donde el vestido se anudaba, como si lo hubieran hecho muchas veces, como si todos los vestidos se pareciesen. Y en cierta extraña forma, Maira se sintió reconfortada por ello. Pero cuando estuvo desnuda en medio del cuarto, nuevamente volvió a asaltarla ese temor del laberinto circular y tratando de encontrar algo a qué aferrarse, cayó de espaldas sobre el lecho. Ahí permaneció inmóvil, mirándose y sintiendo a la vez. Mirándose desde lo alto, más allá de los límites del laberinto, mirando ese cuerpo perdido en una pesadilla de circunferencias. Y sintiendo que el hombre se acostaba a su lado, la tomaba entre sus brazos y volvía a besarla. Entonces cerró los ojos, a pesar de que estaba oscuro, a pesar de que no lo habría visto, cerró los ojos para sentirse herida hasta lo más profundo y comprender de una vez por todas la razón de lo que iba a hacer.

A la mañana siguiente, cuando abrió la puerta del cuarto, Cristián la aguardaba sentado sobre el lecho. Estaba vestido, peinado, listo para salir. La miró con ira mal contenida y Maira no logró sostener esa mirada. Bajó los ojos y dijo:

–No pude... No pude...

El muchacho se levantó y, sin hablarle, pasó junto a ella hacia el corredor, cerrando con estrépito la puerta a su espalda. La dejó sola.

Así fue como a las pocas horas volvió a ver a Alain. Corrió al hotel donde vivía el muchacho, subió precipitadamente las escaleras y, sin golpear, penetró en su pieza y se arrojó entre sus brazos, llorando.

Alain no le preguntó cosa alguna. La dejó sollozar ahí, sobre el lecho, junto al libro que él había estado leyendo. Cuando se calmó un poco, preparó café en el anafe y le dio una taza. Ella lo bebió de un sorbo, como si hubiera sido un filtro que le permitiese olvidar todo lo que había sucedido. ¿Olvidar? ¿Por qué olvidar? ¿No era acaso lo que ella deseaba? Estaba enamorada de Serge y nada salvo eso tenía que importarle ahora. Y sin embargo no podía dejar de llorar a ratos. Los sollozos aparecían de pronto, sin razón aparente, como un estallido de algo que hubiese contenido desde hacía mucho tiempo. Hundía el rostro entre las sábanas y lloraba mientras Alain, muy cerca de ella, tan cerca que estuvo a punto de acariciarle los cabellos, hablaba de cosas sin importancia para distraerla.

Volvió a su hotel inmediatamente después del almuerzo. Habían comido en un restaurante griego y Alain la acompañó a la calle Bonaparte apenas se levantaron de la mesa. Se lavó el rostro, trató de descansar para que

Serge no descubriera que había llorado cuando viniese a buscarla más tarde. Y más o menos a las seis empezó a vestirse.

Pero Serge no apareció ese día. No la llamó, no dio el menor signo de vida. Ella esperó hasta las diez y entonces decidió acostarse. Pensó llamarlo por teléfono, pero en última instancia decidió no hacerlo. Una hora más tarde apareció Cristián. Al verla en su lecho, esbozó una sonrisa irónica y, sin hacer ningún comentario, se desvistió, se metió dentro de su cama y apagó la luz.

La noche fue larga, Maira nunca se había sentido tan sola. Y apenas vio aclarar a través de las cortinas, se levantó y se vistió sin hacer ruido. Una vez en la calle, se encaminó hacia el hotel de Alain. El muchacho no había llegado aún. Decidió esperarlo. En un comienzo, trató de leer un libro que encontró en la mesa, ese intitulado: "Historia de las bestias llamadas salvajes", pero no logró concentrarse. Por la ventana divisó un pedazo de cielo y, clavando en él su mirada, dejó pasar el tiempo.

Alain llegó a las nueve. La acogió con toda cordialidad y dijo:

-Acompáñame a tomar una taza de café abajo.

-Pero estarás cansado -dijo ella-. Tendrás ganas de dormir.

-Después -exclamó el muchacho, dejando la guitarra sobre la cama.

Al bajar la escalera, Maira dijo:

-Siento molestarte con todos estos problemas.

-¡No faltaba más! ¿Y para qué estamos si no?

-Gracias -y sintió que iba a llorar nuevamente.

Hizo un gran esfuerzo por dominarse y siguió bajando. Pero en el café no pudo contener el llanto y, mientras le contaba su historia, lloró sin cesar. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas en forma lenta y parecía que se estaba vaciando o más bien aliviando de una gran pena.

-¿Qué voy a hacer, Alain? -preguntó por fin.

-Vas a llamarlo por teléfono y le vas a decir que deseas verlo.

-¿Tú crees?

-Claro que sí.

Sin aguardar un solo instante, ella se encaminó al teléfono y llamó a Serge. Le contestó él mismo.

-¿Por qué no viniste a buscarme ayer?

-No quedamos en salir juntos.

-Pero yo pensé...

-¿Qué hora es? -interrumpió.

-No sé, Serge. Tengo que verte.

-Muy bien. Cenemos juntos esta noche.

Al salir de la cabina telefónica, sonreía.

-¿Ves?-dijo Alain-. ¿Ves como todo era fácil?

Cristián la esperaba en el cuarto. Maira nunca lo había visto en ese estado. No podía quedarse quieto. Caminaba a través del reducido espacio de la pieza, enredándose en las colchas de las camas, golpeando los muebles, abriendo y cerrando los cajones al pasar, preso de una rabia incontrolable. Apenas la vio, prorrumpió en un largo monólogo:

—Esto es lo que pasa por mezclarse con personas sin clase. Todo, todo destruido en un minuto. ¿Te das cuenta de lo que has hecho, Maira? ¿Te das cuenta de que yo te estaba tratando de presentar como una persona decente y tú te has portado como una putilla cualquiera? Bien decía mi abuelito que ustedes no tenían arreglo. El trabajo de meses, perdido, absolutamente perdido. Y lo peor es que yo sabía todo lo que iba a suceder. Lo veía con claridad meridiana y sin embargo... ¿Cómo pudiste, Maira? ¿Por qué no te acostaste con cualquiera, menos con él, si tenías ganas? ¿Por qué? ¿Por qué?

Y de pronto Maira le gritó:

—¡Cállate!

El grito brotó de muy adentro. Y Cristián se inmovilizó como si lo hubiera herido.

—Cállate. Déjame tranquila. Voy a salir con Serge esta noche y tengo que arreglarme.

—¿Vas a salir? —Y no quería creerlo.

—Sí.

—¿Entonces te volvió a llamar?

Ella no respondió. No quería mentirle. Lo dejó hablar, un poco más tranquilo ahora, sacando conclusiones, tratando de prever lo que iba a suceder y por último recomendándole cómo tenía que comportarse y qué es lo que debía decir. Maira lo dejó hablar sin contestarle. De pronto, y por primera vez desde que lo conocía, lo miró sin miedo. “Ahora sé mucho más que él —se dijo—, ahora sé cuál es la realidad de lo que andamos buscando. En el fondo no somos más que seres solos, incapaces de amar, incapaces de entregarnos, y todo esto que perseguimos no son más que subterfugios, disfraces para esconder la soledad en que vivimos. Nuestra única verdad — y tuvo ganas de expresarlo en voz alta para que Cristián lo escuchase—, nuestra única verdad radica en el amor que uno puede dar, y en el amor que uno recibe. Todo lo demás, Cristián, es engaño”. Pero nada dijo de todo esto. Permaneció muda frente a él, guardando su secreto, súbitamente fortalecida por esta verdad que escondía. Y en ese momento sonó el teléfono y la dueña le avisó que el príncipe Tsilicoy la esperaba abajo.

—Hasta luego.

—Supongo que será inútil que te espere para preguntarte cómo te ha ido —dijo Cristián, y en su voz se notaba el deseo de hierla.

—Tal vez —respondió ella—, tal vez sea inútil.

Aquella última entrevista con el príncipe, porque después de esa vez no volvieron á verse, se llevó a cabo en el mismo restaurante donde habían cenado la primera noche.

La orquesta volvió a irrumpir entre los comensales y, como ellos ocupaban la misma mesa, Maira se vio flanqueada por el mismo violín y el mismo contrabajo. A la hora de los postres, Serge sacó de su bolsillo un estuche de terciopelo y se lo pasó.

—¿Qué es? —preguntó ella.

—Ábrelo.

Eran dos aretes. Una esmeralda, no muy grande, rodeada por brillantes.

—¿Qué es esto?

—Un regalo —dijo él.

—¿Un regalo de despedida?

Él le explicó que tenía que partir por un tiempo. Debía llevar a su madre a unas termas, porque la artritis se había agudizado súbitamente. Volvería, eso sí, volvería y, apenas lo hiciera, la llamaría por teléfono.

Ella pensó que ese era el momento para decirle que lo quería, que lo único que deseaba era vivir con él para siempre. Tal vez si le confieso todo esto, cambiará sus planes y me llevará con él. Sin embargo no pronunció una sola palabra. No supo cómo expresarlo y ante lo que él decía, permaneció muda, sabiendo que de golpe lo perdía todo y que al no hablar perdía, incluso, la oportunidad de darle a conocer su verdad.

Tal vez hay ciertas historias cuyo final se intuye desde las primeras líneas. No es ni siquiera necesario leer el último párrafo. Así le había sucedido a Maira con la suya propia. Sabía que este momento iba a llegar. Y por eso lo aceptó con gran fatalismo. Cuando Serge le preguntó si quería ir a bailar al Freddy's, ella accedió. Fue en la pista, entre las otras parejas, cuando tuvo su único momento de debilidad. De pronto se acercó a él y lo besó en el oído, muy levemente, como si hubiera querido decirle algo y se hubiese arrepentido. Pero fuera de aquel segundo, se comportó con la mayor serenidad. Él la dejó frente a su hotel, la ayudó a descender del automóvil, la abrió la puerta para que entrara y se despidieron como si fueran a encontrarse al día siguiente. Ella subió con cierta lentitud, sin encender las luces, pensando hasta dónde había mentido esa noche. Y fue sólo al entrar en su pieza cuando se dio cuenta de que todavía guardaba en su mano el estuche de terciopelo con los aretes de brillantes y esmeraldas.

Cristián no tuvo la misma tranquilidad para escuchar la historia. A medida que ella hablaba, las manos se le crispaban sobre el estuche de la joya y sentía que la iba a golpear. Se retuvo sin embargo. En su casa le habían enseñado que jamás se le pega a una mujer. Se retuvo, pero con voz ahogada, exclamó:

—Hemos terminado, Maira. Tienes que irte. Irte de esta pieza. Irte a donde quieras. Llévate tus cosas. Te regalo todo lo que te he comprado, pero no quiero verte más. No debimos vernos juntos. Ahora comprendo lo equivocado que estaba. Toma.

Y le devolvió los aretes. Hasta entonces había guardado la compostura, pero en el último instante no pudo dominarse y agregó:

—Espero que de ahora en adelante te paguen mejor. ¡Eso es una porquería!

Maira ya no lloró. No podría haberlo hecho, ni aun cuando se hubiera esforzado. Súbitamente se había endurecido. Algo dentro de ella se había petrificado. “He perdido algo —se dijo—. ¿Qué? Mi ternura tal vez. Algo que me hacía ser un poco feliz. Algo que tiene Alain”.

Pensó en el muchacho y no titubeó en ir a buscarlo. Juntó algunas cosas en una maleta y partió al hotel. Antes de salir, sin embargo, miró el cuarto donde había vivido durante esos meses. Miró los candelabros, la máscara y el biombo, no para recodarlos, sino para despedirse de ellos. Porque esto, definitivamente, se había terminado.

Trató de despedirse de Cristián, pero él no la miró. Estaba hablando por teléfono con una de las condesas. Lo vio de rodillas sobre la cama, dándole la espalda, como si estuviera orando, pensó. Y ésa fue la última imagen que conservó de él.

Alain le consiguió una pieza en su propio hotel, junto a la suya, la que había sido de Pablo.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó.

—Voy a volver —dijo ella.

—¿A dónde?

—A mi país.

Ese día había sol y por la ventana de Alain, una ventana tan pequeña, entraba un rayo que inundaba la pieza entera.

—Creo que es lo más sabio —continuó ella después de un rato—. No es una solución definitiva, pero por lo menos estaré haciendo algo, ¿no te parece? Por lo menos sentiré que estoy haciendo algo, tratando de... —y buscó una palabra con la cual traducir esa ansia de acción—... de salir, de encontrar una salida.

—Comprendo.

—Voy a vender estos aretes y, con el dinero, compraré un pasaje. No tengo un franco, Alain.

—Yo puedo prestarte. Me acaban de pagar por adelantado el disco que voy a grabar.

—No. No, gracias. Con esto tendré de más. No sé si quiero guardarlos, Alain, no sé si quiero volver a pensar en todo esto.

Él la acompañó a una tienda de antigüedades y el dueño, un viejito

pálido, se colocó un anteojito sobre el ojo izquierdo y examinó la joya. Ofreció luego una suma discreta y Maira aceptó sin titubeos. De inmediato fueron a la compañía de navegación y reservaron una cama en el próximo barco que zarpaba.

Maira permaneció en su pieza de hotel durante esos últimos días. Tenía los cabellos largos, ya no se maquillaba los ojos y había perdido del todo su aspecto de ídolo azteca. Ese gran cansancio que antes la ennoblecía, flotaba ahora en torno a ella como una barrera que la protegiese. Y ya no sugería el misterio incierto de un adolescente, sino aquel otro, más quieto, más definitivo, el de una mujer que espera con cierta confianza. Tal vez había perdido la ilusión, pero la cercanía de Alain le hacía comprender que su ternura no estaba muerta, herida tan solo y, quizás con el tiempo, volvería a reanimarse.

En la mansarda había una ventanita, como la de Alain, y su trozo de cielo era casi igual al del muchacho en los días nublados. Cuando no estaba trabajando, Alain venía a visitarla y conversaban, preparaban café, o él le leía ese libro, el de las bestias que llaman salvajes. Lo escuchaba a ratos, a ratos pensaba en Serge y se entristecía. El amor se le había convertido en un dolor sordo con el cual tendría que acostumbrarse a vivir.

—¿Qué no ibas a conquistar París? —le preguntó Alain una tarde.

—Sí. Así era.

—¿Y?

—No lo conquisté.

El muchacho rió, no muy fuerte, y siguió leyendo en voz alta. Maira se sorprendió jugando con el estuche de los aretes. “Qué tonta —se dijo—, podría habérselo dado al anticuario; era un viejito tan simpático”.

—La verdad —Maira interrumpió la lectura de Alain—, la verdad es que no tenía condiciones para conquistarlo. Cristián tenía razón. Y sin embargo a ratos me pregunto: ¿qué es lo que hay por conquistar? ¿Tú crees que hay algo?

—¿Algo? Sí. Pero no creo que esté aquí. Ni en ninguna parte geográfica. A mí Pamela se me murió en Suecia, mientras trataba de conquistar Suecia. Todos queremos conquistar sitios diferentes. Pero yo creo que hay uno solo que vale la pena conquistar.

—¿Uno mismo?

—A lo mejor. Uno mismo, o la verdad de uno mismo, o uno mismo en la verdad. Hay que decidirse, Maira, hay que decidirse a mirar claro y a descubrir cuál es esa verdad. Si no, las Pamelas de este mundo se mueren. Se mueren, Maira, y uno se queda tan solo.

Seguía leyendo casi sin hacer una pausa, como si lo que acabara de decir no fuese sino un párrafo de ese libro. Maira pensó que le habría gustado acariciarle los cabellos, o esa mano que daba vuelta las hojas del volumen.

Pero comprendió que estaba demasiado herida y que tal vez su caricia podía dañarlo.

La noche anterior a su partida, Alain golpeó en su puerta.

—Maira, te invito a ese restaurante que vimos un día en el Bois, ¿te acuerdas? Te invito a comer uvas con vino blanco. Todavía tengo dinero y esa será nuestra despedida.

—¿Te importaría que nos quedáramos aquí? —dijo ella—. Baja y compra una botella de vino y uvas. Las comeremos en esta pieza, o en la tuya. No tengo ganas de salir. Aquí me siento muy bien.

Era verdad. En esta pieza había conocido los únicos días verdaderamente felices de su estada en París.

Desde las ocho de la mañana, Zuleika esperaba en la puerta de la casa con el caja de castón, la silla de paja y el cetro de bronce. A unos metros por la calle, hacia la derecha y luego hacia la izquierda, pero por ningún lado se divisaba la carrozuela que había prometido venir a buscarla. Como eran ya cerca de las once, la mujer había decidido sentarse en la piedra de piedra para esperar. Ahí estaba, pequeña, fea, con los brazos cruzados, como solía hacerlo cuando jugaba con los niños, pero a los señores de la calle de bronce sobre los que el sol ascendía, miraba.

—Ay, Señor, las cosas que le pasan a una. Pasé toda mi vida esperando estar aquí a las ocho y ya son las diez, desfogando los zapatos del cielo de la iglesia. Deben ver como las cosas, porque así se pasan las cosas cuando la señora me mandaba esperar al almorzador de los señores. Ay, Señor, Señor, ¿qué voy a hacer ahora?

La familia había partido esa mañana al campo, de vacaciones, en el coche cargado y no tan alegres como otros años, porque esta vez habían ido a tomar el sol en el campo, pero no a jugar y jugar. La familia se había ido a vivir al fondo de un río de la señora, el de don Nuñez, y se paró que de allí no iban a volver. Lo cierto es que de la noche a la mañana habían perdido toda la fortuna. Unos negocios o algo por el estilo. Y todo se precipitó: varios hombres llegaron con unos libros grandes y anotados en ellos cada mueble, cada plato del servicio, hasta los objetos de oro, plata, etc. del tercer piso donde ya no los niños, los nietos, etc. Después llegaron una bandera blanca con letras negras en la puerta y la casa se llenó de gente oscura. Los señores de la casa se sentaron en los sillones del salón con los brazos cruzados y los señores se levantaban de inmediato observaban más el techo de los sillones que el techo que era tan más bonito y daban a los señores. Como y los señores como si no supieran que en esta casa los señores se habían ido los señores y con ellos.

Pocos días antes, la señora se había llamado y le había dicho:

—Mira, mira, lo que tengo que decirte es muy serio y muy grave.

El hombre de la carretela amarilla

- 1963 -

Él, queriendo justificarse, preguntó a Jesús: "¿Y quién es mi prójimo?".

Lucas, 10:29.

Desde las ocho de la mañana, Zunilda esperaba en la puerta de la casa con su caja de cartón, la silla de paja y el catre de bronce. A ratos miraba por la calle, hacia la derecha y luego hacia la izquierda, pero por ningún lado se divisaba la carretela que había prometido venir a buscarla. Como eran ya cerca de las once, la mujer había decidido sentarse en las gradas de piedra para esperar. Ahí estaba, pequeña, frágil, casi inexistente, encucillada como solía hacerlo cuando jugaba con los niños, junto a los barrotes de su catre de bronce sobre los que el sol encendía imágenes.

-Ay, Señor, las cosas que le pasan a una. Ese hombre me había prometido estar aquí a las ocho y ya son..., a ver, déjenme ver las agujas del reloj de la iglesia. Deben ser como las once, porque así se ponían las agujas cuando la señora me mandaba esperar el almuerzo de los niños. Ay, Señor, Señor, ¿qué voy a hacer ahora?

La familia había partido esa mañana al campo, de vacaciones, con el coche cargado y no tan alegres como otros años, porque estas vacaciones no terminarían en marzo, sino que seguirían y seguirían. La familia se había ido a vivir al fundo de un tío de la señora, el de don Nicanor, y ya parece que de allá no iban a volver. Lo cierto es que de la noche a la mañana habían perdido toda la fortuna. Unos negocios o algo por el estilo. Y todo se precipitó: varios hombres llegaron con unos libros grandes y anotaron en ellos cada mueble, cada plato del servicio, hasta los objetos de esa piececita del tercer piso donde ya ni los niños, los nietos, subían. Después colgaron una bandera blanca con letras negras en la puerta y la casa se llenó de gente extraña. Lo miraban todo, lo tocaban; se sentaban en los sillones del salón con fuerza, como si quisieran romper, y se levantaban de inmediato; observaban más el revés de las alfombras que el derecho, que era tanto más bonito, y daban vuelta los platos y las tazas como si no supieran que en esta casa las cosas se lavaban todos los días y con jaboncillo.

Pocos días antes, la señora la había llamado y le había dicho:

-Mira, hija, lo que tengo que decirte es muy serio y muy grave.

La señora era muy alta, huesuda y decidida. Zunilda siempre le había tenido un poco de miedo y por eso ahora retrocedió hacia la puerta, abrazándose a la camisa que había estado remendando.

—Los negocios de don Eduardo no andan muy bien y vamos a tener que achicarnos.

Zunilda comprendió que le dolía tener que pronunciar esa palabra.

Aun cuando lo dijo con todas sus letras y con voz entera, la mujer supo que algo sucedía dentro de su patrona y recordó una noche en que se había escondido detrás de una puerta para verla partir a la ópera, en esos años cuando todavía se iba a la ópera, con las perlas que había heredado de la señora Beatriz, la mirada distante y el andar decidido.

Así la recordó ahora.

—Como siempre, nos vamos a ir a pasar el verano donde Nicanor.

Los años pasan, las fortunas caen, las familias desaparecen y Nicanor sigue firme como roca y más rico que Creso.

La señora tenía la costumbre de enhebrar monólogos frente a la sirvienta. Desde muchacha, desde que había empezado a servirla, Zunilda recordaba haber tenido que escuchar reflexiones que no entendía y que, con el correr del tiempo, ya ni oía.

—Pero ahora nos quedaremos hasta que don Eduardo enderece su situación. Pero eso no es lo más grave... —y al mismo tiempo que pronunció estas palabras, la señora siguió tejiendo como si deseara destruir la importancia de lo que iba a expresar.

Zunilda miró el juego de palillos y cómo esa lana gruesa, esa lana para los pobres, se iba transformando en un objeto casi informe, que muy bien podría haber sido una bufanda o un calcetín.

—Lo más grave es que vamos a vender la casa y los muebles.

Si algún día volvemos a vivir acá, supongo que arrendaremos un departamento, aunque yo creo que prefiero quedarme en el campo hasta que me muera. También, y esto sí que es duro, Zunilda, vamos a tener que despedirlos a todos ustedes. No creas que no me importa —agregó rápidamente—. Me importa, y mucho. Sobre todo tú, que has estado conmigo desde que me casé, que viste crecer a los niños y que ahora ayudas, en lo que puedes y como puedes, con los nietos. Pero la vida tiene sus vueltas y hay que acatar la voluntad de Dios.

Zunilda no entendió lo que la señora trataba de decirle. Dio un paso tímido hacia adelante y preguntó:

—¿Que ya no me necesita?

La señora no contestó. Pero sus dedos se turbaron entre las mallas del tejido y una hebra se enredó. Lanzando una exclamación corta y seca, sacó uno de los palillos y deshizo algunas corridas.

—Cuando nos vayamos al campo, tú tendrás que buscar algún lugar donde quedarte. Le pregunté a Nicanor si podía llevarte con nosotros, pero me contestó que tiene servidumbre de más y la casa llena. Yo nada más pude decirle. Cuando una no es dueña sino invitada...

Y dejó la frase en suspenso. Miró el tejido, ese tejido para pobres, como si lo estuviera confeccionando para sí misma. Zunilda murmuró lo de siempre, un “muy bien, señora”, y salió de la pieza sin haber logrado comprender lo que su patrona le había dicho. En la cocina, sin embargo, las otras sirvientas le abrieron los ojos en forma despiadada.

—¡Nos echan!... ¡Así es como pagan los sacrificios que una hace!

—¿Nos echan? —preguntó Zunilda, y todo le pareció muy poco real.

Pero los hechos se precipitaron. Un día la casa volvió a llenarse de gente; un caballero se paró encima de una tarima al fondo del salón y con un martillo en la mano empezó a cantar números y a decir bromas. Al día siguiente llegaron cargadores y se llevaron los muebles, las alfombras, los espejos, todo, todo, hasta la cortina de la sala de baño. Desde un rincón Zunilda los dejó tocar esas mesas y sillas que ella había sacudido con tanto esmero. Cuando cayó la tarde y el salón se llenó de sombras largas y tristes que no tenían dónde esconderse, porque se habían llevado todos los muebles, aparecieron los últimos hombres, y uno de ellos le dijo que venían a buscar el piano que estaba en el segundo piso.

Ella los condujo a través de la escalera en la cual los pasos resonaban ahora, porque también se habían llevado la alfombra hasta el cuarto donde estaba el piano. En él, hacía muchos años, estudiaba Eduardito. Zunilda recordaba las manos del niño brincando como conejos chicos sobre el teclado. Eduardito era tan distinto a los otros; él iba a ser artista, a pesar de que don Eduardo decía que esas no eran cosas para sus hijos. Todavía le pareció escuchar un trozo de melodía al entreabrir la puerta y recordó esa tarde, fue justo antes que muriera, cuando el muchacho se arrojó entre sus brazos sollozando como un desesperado y le dijo que todo era tan difícil, demasiado difícil.

Así se sentía ella ahora, con un nudo apretado en el estómago, llena de deseos de contarle a alguien lo que le sucedía. Quiso hacerlo con el mayor de los cuatro cargadores, uno que tenía un pañuelo verde en torno al cuello, e incluso inició una frase:

—Si usted supiera...

Pero ya los hombres levantaban el piano y lo bajaban por la escalera. Zunilda lo miró desde arriba y vio su propio rostro reflejado sobre la cubierta negra del instrumento. Le pareció estar en el fondo de un lago, desesperada por salir al aire, por respirar. Y bajó corriendo a revisar los muros para ver si no habían rasguñado la pintura, tal como lo hacía antes, cuando la casa le pertenecía a la señora.

A través de la puerta abierta vio la vereda y cómo tres de los hombres cargaban el piano en una carretela inmensa. El cuarto, el más joven de todos, permanecía en la mampara.

—Y usted, señora, ¿se queda o la echamos dentro de la carretela también?

Como cuando yo era joven, pensó Zunilda, igualito cuando venían los repartidores del almacén y me decían cosas como esas. Miró al muchacho y lo halló simpático. Tenía los ojos claros y la mirada detenida como una mariposa en ellos. Tenía un bigote oscuro y los dientes muy blancos. De inmediato supo que a él podría contarle lo que le había sucedido.

—Si usted supiera...

—¿Qué cosa, señora?

—Todo lo que me ha pasado.

—Cuénteme.

La palabra era como una llave que abriera esa compuerta que había en ella. De pronto sintió que iba a poder dar voz a todas esas cosas que había estado guardando desde que la señora le había hablado, cosas inexpresadas, informes, que se parecían a una pena grande. Pero ya los otros hombres llamaban al muchacho.

—Voy a tener que irme.

—Entonces... —y nuevamente sintió que la compuerta se cerraba.

—Pero si quiere vuelvo a buscarle sus cosas, porque usted no se va a quedar aquí, ¿no es cierto?

—Tengo que irme pasado mañana.

—No me diga más. Yo vengo a buscarla. Tengo una carretela para cargar sus cosas y por el camino nos vamos conversando.

—Voy a irme donde una parienta, por algunos días, mientras encuentro otra casa.

—Nos vamos conversando donde su parienta.

Sí, eso sí le gustaría. Irse con sus cosas, conversando en lo alto de una carretela, contando todas sus penas.

—Tengo una carretela amarilla —continuaba el muchacho, mientras los demás habían transformado sus gritos en insultos—. La va a reconocer porque tiene un letrero que dice “Se fleta”. ¿A qué hora quiere que la venga a buscar?

—Temprano, porque es lejos donde vive mi parienta.

—Temprano me vengo, entonces. Como a las ocho.

Y, en cierta formal la partida no le pareció tan horrible ahora. Ya iba a cerrar la puerta, cuando el muchacho introdujo su pie entre los dos batientes y, asomándose, le dijo:

—¿No podría adelantar algo? Tengo que hacer engrasar las ruedas y cambiar una cuestión del eje.

Ella estuvo tentada de pasarle su monedero con todo el sueldo. Pero luego recordó que su patrona siempre le había aconsejado la desconfianza y se retuvo. —¿Cuánto quiere?

—Lo que pueda.

Ella sacó un billete y se lo pasó.

—Poco me parece. Yo creo que el arreglo me va a salir más caro.

Y, además, no podemos irnos conversando si las ruedas chirrían.

Zunilda rió, como cuando era chiquilla, cuando la señora la mandaba a comprar la leche al establo y los albañiles le lanzaban piropos.

Y al mismo tiempo que reía, le fue pasando uno a uno los billetes, hasta quedar con el monedero vacío entre las manos.

—Bueno, como a las ocho vengo a buscarla.

Y Zunilda tuvo la coquetería de no cerrar del todo la puerta esta vez. Dejó una rendija por donde vio alejarse la carretela con los cuatro hombres y el piano. El más joven, su amigo, iba con las manos en los bolsillos y silbaba. En ese instante se encendieron los faroles de la calle y al mismo tiempo que la luz crecía, a ella le pareció estar emergiendo del fondo de la laguna, lenta, suavemente, hasta llegar a la superficie, donde bebió una bocanada de aire puro.

Los niños vinieron a despedirse a la tarde siguiente. Valentina, que era tan desgraciada con su marido, trajo a sus hijos. Mientras las dos conversaban en el pasillo, porque no había dónde sentarse, los niños patinaban en el salón vacío y se gritaban de un extremo a otro, haciendo resonar las voces en ecos sucesivos. Valentina, Tinita, como ella la decía, le pidió que la fuera a ver de vez en cuando. Le contó que vivía en una casa no muy grande, que su marido también se había visto envuelto en la quiebra de su padre y que, como el resto de la familia, tendría que *achicarse*. Al revés de su madre, Valentina pronunció la palabra como si se tratara de una broma, una broma triste, es verdad, pero algo ante lo cual era preferible pretexto una cierta indiferencia. Zunilda recordó cuando la había vestido para que fuera a su primer baile y cómo, desde lo alto de la escalera, escondida con las otras empleadas entre las cortinas del ventanal, la vieron bajar toda de blanco, como una novia, casi tan alta como la señora y con el mismo andar orgulloso. De repente, Valentina le dio la espalda, sacó un pañuelo de la cartera y llamó a los niños para que se aprontaran a partir. La casa quedó un poco más sola, y al juntar la puerta, Zunilda tuvo ganas de llorar; pero se retuvo y pensó que a la mañana siguiente vendría su amigo a buscarla y a él podría contarle todas sus penas. Una pena vaciada así, sola, no reconfortaba.

Don Jorgito también tocó el timbre esa tarde.

—Vieja —le dijo—, he pasado a despedirme, porque parto al campo por unas semanas, no más. Hasta que se arreglen las cosas. Ya sabes que soy

alérgico a las monturas. No sé acostarme temprano ni levantarme para aprovechar la mañana. La única forma en que yo la aprovecho es en cama.

Así era: don Jorgito nunca se levantaba antes del almuerzo. Ella le llevaba el desayuno todos los días como a eso de las once, y cuando trataba de abrir los postigos, recibía gruñidos, insultos y hasta zapatillas. Ahora el hombre se miró en los cristales de una de las ventanas, porque se habían llevado todos los espejos; arregló el nudo de su corbata, le palmoteo la mejilla, le tiró el moño y le deshizo el nudo del delantal, y partió tal cual había llegado, como una corriente de aire.

Zunilda pensó que ya no recibiría más visitas ese día, y cerró la puerta con llave. La señorita, Carmen, la mayor, no podía venir, porque hacía años que vivía en ese convento donde ni siquiera la señora podía verla, salvo a través de una reja. A Zunilda le parecía que la señorita Carmen siempre había vivido detrás de rejas. Distante y silenciosa, aun de chica. Entonces le ponía picaporte a la puerta de la sala de baño para que nadie entrara cuando ella estaba dentro.

La casa quedó sola ahora, y desde todos los rincones, del patio y de los pasadizos acudieron imágenes y recuerdos. Para Zunilda ese era su mundo, su planeta, lo que había girado en torno a ella. Y nuevamente se preguntó lo que haría cuando los perdiera. Pero la figura del muchacho de la carretela amarilla se agrandó en medio de la oscuridad que llenaba las piezas.

—Mañana nos vamos a ir conversando —pensó en voz alta—. Mañana le voy a contar todo lo que me pasa.

La señora vino a despedirse a la mañana siguiente, muy temprano. En la puerta, quedó el coche cargado con las maletas, con los paquetes y con don Eduardo, que leía imperturbable las noticias bursátiles.

—Vengo a ver, Zunilda, si todo está en orden.

Y recorrió las piezas con paso firme, abriendo y cerrando las puertas, inspeccionándolo todo con una mirada.

Luego atravesó el patio con la cabeza erguida, sin mirar hacia atrás, y salió a la calle. La casa se vació de súbito. Un algo indefinible que todavía flotaba en las piezas la siguió hacia el coche, y con ello las paredes perdieron consistencia. En medio de la cuadra, la casa pareció un castillo de naipes que el más leve soplo lograría derrumbar.

—¿Cómo te vas a ir, Zunilda?

—Va a venir una carretela, señora.

—¿No quieres que te vayamos a dejar?

—No, ya tengo hablado al hombre.

—Cómo quieras. Pero hay que dejar la casa cerrada, porque tenemos que llevarle la llave al agente. Lo mejor será que saques tus cosas y esperes en la escalinata. ¿A qué hora te dijo que iba a venir el hombre de la carretela?

—A las ocho, señora.

—Ya son las ocho y media.

—No tarda, entonces.

—¿Es de confianza?

—De toda confianza, señora.

Le dio orden al hombre que conducía el automóvil de ayudarla a sacar sus bultos. Así, sobre la escalinata de piedra, se arrumbaron la caja de cartón, la silla y el catre de bronce. Cuando todo estuvo pronto, la señora se acercó a Zunilda y le dio algunos golpecitos en el hombro, lo que equivalía a un abrazo.

—Cuando vuelva, tienes que venir a verme.

Y sin agregar otra palabra, subió al coche. No volvió a mirarla y, mientras don Eduardo le hacía una seña amistosa con la mano y el ruido del motor llenaba la calle, Zunilda quiso preguntar: “¿Que ya no me necesita?”.

Pero el auto desapareció.

Zunilda empezó a perder poco a poco las esperanzas. El hombre ya no vendría. La había engañado. Le había prometido venir a buscarla en una carretela amarilla y ahora la dejaba esperando en la vereda, bajo el sol, mientras las agujas del reloj de la iglesia se perseguían entre esos números negros. Le había robado también el sueldo íntegro; pero más que eso le importaba el hecho de no tener a nadie con quien hablar. Ese hombre le había dicho que se irían conversando a través de las calles y el pensamiento la mantenía viva hasta ahora, la había hecho salir de la casa con el corazón menos pesado y dejar que la señora cerrara con llave la puerta, esa puerta, la suya. Todo lo soportó con entereza porque tenía la promesa del hombre.

Pero ahora las esperanzas se iban perdiendo. Y a medida que ellas desaparecían, volvía a formarse en su garganta un nudo más apretado que el anterior, y sentía detrás de los ojos una especie de fuego, como si fuera a llorar.

Supo que era mediodía, porque en lo alto del cerro dispararon un cañonazo. Zunilda retrocedió como si la hubieran herido en pleno corazón. Ay, Señor, las cosas que le pasan a una. Y dejó que las horas se fueran deslizando sin saber qué hacer, a quién dirigirse ni a dónde ir.

Más o menos a las tres pasó un niño por la vereda del frente.

Traía un trozo de tiza y, al avanzar, iba rayando los muros.

—Oye...

Pero el niño no se detuvo. La miró apenas y con toda dedicación siguió su camino, dejando tras de sí esa línea blanca.

Zunilda miró las casas de los vecinos: las puertas estaban herméticamente cerradas y los postigos bajos. Sin duda los dueños también habían partido de vacaciones. Hacía algunos años en la casa de la izquierda hubo una niña, empleada como ella, con la cual se hizo amiga.

Bienvenida se llamaba. Tenía el pelo oscuro y recién llegaba del campo. Todas las semanas salían juntas, porque ella le pidió a la señora que le cambiara su día libre para que coincidiera con el de Bienvenida.

Iban al parque o al cine a veces. Trepaban por unas escaleras, se sentaban en unas gradas de madera y miraban historias de hombres con sombreros de ala ancha y pistola al cinto. A veces cantaban y entonces las historias eran mucho más bonitas. Pero un día Bienvenida apareció con el cabello rizado y le dijo que iba a irse de la casa, porque quería ser enfermera. La perdió de vista entonces y ya no tuvo más amigas. Poco a poco empezó a suprimir los días de salida. Prefería quedarse en la cocina, escuchando la conversación de Antonia, que era tan ingeniosa, o con los cuencos de ánimas de la Herminia. A veces iba donde su parienta, allá tan lejos; pero se volvía pronto, porque la Carmelita tenía el genio agriado por el marido que le había tocado y no sabía sino relatar desgracias.

Tantas cosas que tenía que contar y nadie a quien decírselas.

A eso de la media tarde escuchó a lo lejos el pregón de un vendedor. El grito pareció despertarla de pronto y se irguió mirando hacia la izquierda, hacia la derecha, para ver de dónde provenía. Por un instante pensó todavía que se trataba del hombre de la carretela amarilla. Tal vez se le descompuso algo al vehículo, acaba de arreglarlo y ahora viene a buscarme. Pero en la esquina vio aparecer a un hombre de delantal blanco que empujaba un carro en forma de buque.

—Maní... Maní calentito...

Al acercarse, vio que se trataba de un hombre no muy viejo, con la barba crecida y un sombrero de color de tierra sobre la cabeza.

—Caballero...

—¿Cuánto quiere?

—No, si no quiero comprar maní.

Al hombre no pareció sorprenderle esta declaración. Nada parecía sorprenderlo, por lo demás. A ratos semejaba que el sombrero se le hubiese desteñido sobre el rostro y que ese color terroso goteaba sobre sus rasgos, sobre sus hombros, sobre él.

—Quiero hablar con alguien. Por favor, caballero, tengo tantos problemas.

—Todos los tenemos —contestó el hombre, y siguió empujando su barquito por cuya chimenea no salía humo. Zunilda trató de seguirlo, pero él no se detuvo. Una o dos veces lo llamó, le dijo que eran importantes las cosas que debía decirle.

Cuando estuvo a cierta distancia, el manisero volvió a ofrecer su mercadería:

—Maní... Maní calentito...

Y el grito la hizo sentirse más sola que antes.

Recordó todos los otros gritos, el del verdulero y el del vendedor de duraznos priscos, el del yerbatero y la música suave del organillo en las tardes. Apenas la escuchaban, irrumpían los niños en la pieza donde ella estaba cosiendo botones y la arrastraban hacia la calle para ver el lorito que traía el organillero, ese que a cambio de un peso hundía su pico como un garfio en la caja llena de papeles doblados y le tendía a uno la suerte. Ella no sabía leer, así es que eran los niños los que le descifraban esos mensajes. Cuando era Jorgito quien le arrebatava el papel, ella estaba segura de que exclamaría:

—¡Aquí dice que tienes un novio escondido! ¡Que te vas a casar en el verano!

Nunca tuvo novio, ni en el verano ni en el invierno. Pero al oír las palabras de Jorgito sonreía en forma misteriosa y trataba de arrebatarle al niño ese papel donde estaba escrita la mentira que la hacía feliz. La Tinita, Jorgito y Eduardito empezaban a bailar en torno a ella entonces, la perseguían por la calle y le pedían al organillero que siguiera tocando una y otra melodía. El músico los complacía y sólo dejaba de dar vueltas la manivela de su instrumento cuando la señora aparecía en el balcón del segundo piso y, al mismo tiempo que le lanzaba tres pesos, de los grandes, decía:

—Éntrense, niños. Vengan a hacer las tareas, no es hora para estar en la calle.

Y Zunilda estaba segura de que esa noche la señora vendría a la cocina a retarla frente a las demás, que era lo que más la humillaba.

¡Tantas cosas que tenía que contar! Ahora que había perdido todo eso, sentía la urgencia de encerrarlo en palabras y entregar esas palabras a alguien, como un regalo.

Poco a poco habían ido transcurriendo las horas del calor. Ya el sol no quemaba e, incluso, desde el alero de la casa vecina, cayó a su lado en la vereda una sombra plana. Zunilda tomó su caja de cartón y se fue a sentar bajo ella. La sombra no le hizo bien. Algo pareció romperse dentro de ella, algo que el calor había mantenido sujeto, y de pronto se supo inundada por una pena lenta y tuvo más deseos de llorar, así, sin parar, como hubiese hablado si encontrara a quién hablarle.

Ay, Señor, Señor, las cosas que le pasan a una. Me siento como si me hubieran herido y estuviera sola en un camino donde no pasa nadie.

Un automóvil cruzó la calle. Adentro alcanzó a divisar a un caballero y a un niño. Este llevaba un velero sobre la falda. Pero el automóvil no se detuvo y Zunilda que estaba a punto, de llamar, se quedó con el grito prendido a los labios y el gesto detenido, como el de un pájaro alcanzado por una bala.

A lo lejos, vio brillar un objeto. Al comienzo creyó que estarían encendiendo los faroles; pero muy pronto se dio cuenta de que ese punto luminoso se acercaba, se acercaba y ya lo percibía muy próximo a ella.

Y entonces, como una ciega, se lanzó en medio de la calle, dispuesta a ser atropellada, a todo, con tal de encontrar a alguien con quien compartir su confusión.

Escuchó el ruido de unos frenos, algunas interjecciones, y cuando volvió a abrir los ojos, descubrió a pocos pasos de ella una bicicleta y un muchacho que la miraba con una mezcla de ira y desconcierto. A primera vista le pareció que el muchacho tenía una joroba. Pero al fijarse bien se dio cuenta de que eran unas cajas de metal cilíndricas y muy brillantes las que llevaba amarradas a la espalda.

—Tenga cuidado, señora, mire que casi la atropello.

Y sin agregar otra palabra, volvió a subirse a su bicicleta y se aprontó a seguir pedaleando. Ella se interpuso en su camino y ahora sí el muchacho no supo cómo reaccionar.

—¿Qué es lo que pasa?

—¿No ha visto por ahí a un hombre con una carretela amarilla?

—¿Una carretela?

—Amarilla. Con un letrero que dice: “Se fleta”.

—No. No la he visto.

—Había quedado de venir a buscarme a las ocho...

—Todavía no son las ocho.

—Las ocho de la mañana.

—Pero esas pasaron hace rato.

—Sí. Y no sé qué hacer. Porque fijese...

Y ya estaba pronta a relatarle su historia, desde el comienzo, sin omitir detalle, desde que había llegado a esa casa hasta ahora, todo, todo lo que había sucedido en la vida, cuando el muchacho la interrumpió:

—Va a tener que disculparme, señora. No tengo tiempo para quedarme aquí.

—Pero es que tiene que escucharme.

—No ve que llevo las películas y en el teatro me están esperando. Son estos rollos —continuó señalando las cajas que traía amarrada su espalda—. Si no llego, la función se interrumpe.

—Tiene que escucharme.

—Estoy muy apurado.

Y puso el pie sobre el pedal, torció el manubrio para no volver a chocar con la anciana y siguió su camino. Zunilda empezó a gritar tras él:

—Pero alguien tiene que escucharme. Alguien...

Nuevamente estaba sola y ahora sí empezó a llorar desconsoladamente. Volvió a sentarse junto a su catre de bronce y dejó escapar todos esos sollozos que se habían acumulado ahí; en su garganta, en su corazón, en esa especie de pena grande que había en ella. Lloró sin consuelo, como nunca lo había hecho antes, mucho más que cuando murió Eduardito y entró a

verlo en la pieza donde lo habían colocado, de perfil, para que no se le viera la herida en la sien; lloró como una niña, como cuando era chica y le gritaron que no tenía padre, que era una *guacha*; lloró hasta que no tuvo más lágrimas y aun entonces siguió sollozando, mirando la luna que se asomaba detrás del campanario de la iglesia y sollozando muy sola.

De pronto sintió el peso de una mano sobre su hombro y, sin miedo, miró hacia arriba. Era un viejo de cabellos blancos y de rostro borroso. Casi tan anciano como ella, o más tal vez. Estaba vestido de oscuro, con una gran rasgadura en la pierna del pantalón y una gorra con visera sobre la cabeza. A través de la rotura, Zunilda percibió el color de la piel, un blanco nacarado, muy parecido al color de la luna.

—¿Qué es lo que le pasa?

Y al escuchar la frase, Zunilda creyó que iba a volver a llorar.

—A ver, ¿por qué no me cuenta?

En su niñez, también había conocido a un anciano como este. Lo recordó de pronto sentado en un rincón de la casa, junto al fuego, invierno y verano, masticando algo y hablando apenas. Alguien le había dicho que era su abuelo y que hablaba tan poco porque estaba muy cerca de la muerte.

—Cuénteme.

La voz urgía y, al mismo tiempo, era tranquila. Zunilda se sintió reconfortada. Alzó hacia él su rostro y entreabrió los labios para empezar a contarle su historia; pero no pudo articular palabra alguna.

—Venga, acompáñeme —le dijo el viejo, y la mujer lo siguió sin titubear.

Caminaron por la calle hacia la esquina. Zunilda ni siquiera recordó que había dejado en las gradas su caja de cartón, la silla de paja y el catre que la luna ahora teñía de plata. Lo había olvidado todo y su único deseo era seguir a ese hombre que le había dirigido la palabra.

Doblaron hacia la izquierda y llegaron a una calle, paralela a la anterior, que no había recorrido durante años. Cuando los niños eran chicos, la señora no le permitía traerlos del colegio a través de ella, y la costumbre quedó. Ahora, después de tanto tiempo, volvió a esa calle prohibida y solo vio una hilera de automóviles estacionados a lo largo de la vereda, frente a una mampara débilmente iluminada.

—Venga —le dijo el hombre—. Sentémonos en uno de los autos. Yo soy quien los cuida.

Al ver que la mujer lo miraba interrogante, precisó:

—No. No va a venir nadie. Se quedan hasta muy tarde todos.

Al mismo tiempo abrió la portezuela de uno de los automóviles y la hizo subir y sentarse en el asiento trasero. Él se acomodó junto a ella.

Los cojines eran mullidos y a Zunilda se le antojaron tan suaves como la voz de su acompañante. Se sintió desarmada. Impotente y muy conten-

ta. Hubiera querido decírselo, pero no encontró las palabras para expresarlo.

Una pareja emergió de la casa silenciosamente y subió a uno de los automóviles. El motor partió suavemente y el vehículo se alejó sin ruido. Nuevamente volvió a crearse la quietud en torno de ellos, y a medida que la calma volvía, Zunilda empezó a relatar todo lo que había guardado dentro de sí durante una vida.

Habló atropelladamente en un comienzo, en forma más ordenada luego y, poco a poco, todos los hechos, todos los personajes de su existencia empezaron a vivir frente a los ojos del viejo. Ahora sí sintió que el nudo se iba desatando lentamente y que esa compuerta que hasta entonces había contenido su pena se abría y dejaba salir esa tristeza que al convertirse en palabras desaparecía.

A ratos se detenía, mirando a su compañero que se había sacado la gorra, y preguntaba:

—¿Sigo? ¿Quiere que siga?

—Cuénteme —contestaba él—. Cuénteme. Para eso estamos, para escucharnos.

En realidad ese parecía ser su oficio, el de oír. Y lo cumplía en silencio, atento, dedicado, con una extraordinaria ternura. De él se desprendía una gran seguridad que fue envolviendo a Zunilda hasta llegar a adormecerla sobre los cojines del automóvil. Entonces él tomó suavemente su mano y todavía volvió a insistir:

—Cuénteme.

Pero la mujer no pudo oírlo. Estaba demasiado cansada y, si por momentos el sonido de la palabra llegaba hasta ella, se confundía con las voces de su sueño. Porque habiendo dicho todo lo que tenía que decir, el sopor la invadió de golpe y un extraño sueño vino a llenar ese espacio que la pena, al irse, había dejado dentro de ella.

Soñó que estaba en una calle con una caja de cartón, la silla de paja y el catre de bronce, y que por esa calle avanzaba una carretela amarilla. Era una carretela alta, como una jaula de oro, erizada de banderas y llena de viento. Ella le hacía señas al conductor y este, con un solo gesto, detenía los caballos y la ayudaba a subir. Zunilda sentía que dos manos fuertes la agarraban por los hombros y la alzaban en el aire, por encima de la tierra, por encima del mundo, y la colocaban en lo alto de la carretela, entre las banderas. Solo entonces miraba el rostro de su acompañante y se sorprendía al descubrir que no era el joven con quien había hablado, sino otro, más viejo, de cabellos blancos y gorra con visera. Pero no tenía tiempo para pensar, porque los caballos trotaban nuevamente y el hombre a su lado blandía la huasca en el aire, la hacía estallar como un petardo sin siquiera rozar los

lomos de los animales, y con voz clara la urgía: "Cuénteme..., cuénteme...". Y ella empezaba a hablar, a cantar más bien, allá arriba, en medio del aire, tan dichosa como un pájaro. Ni siquiera notaba como el conductor torcía la dirección de la carretela, la llevaba a través de otras ciudades, de otros mundos, hasta volver a su propia casa, allí donde siempre había vivido; los caballos frenaban en forma brusca y desde lo alto Zunilda veía abrirse la puerta. Divisaba a los niños jugando en el patio. Tinita, Jorgito y Eduardito persiguiéndose entre los naranjos florecidos. Pero era la señora quien salía a recibirla, la señora, su patrona, alta, majestuosa, con el collar de perlas y la mirada justiciera, la señora quien abría los batientes de la puerta y decía:

—Pasa, pasa, Zunilda. Te estábamos esperando. Te necesitamos.

El comienzo

- 1966 -

1

Esa mañana, cuando despertó, había sol.

-Es el veranito de San Juan -explicó Gumercinda descorriendo las cortinas-. No podía fallar. -Y él recordó que era el mes de junio, que muy pronto sería la fiesta de San Juan y que, como todos los años para esa fecha, había una semana de sol enclavada en pleno invierno.

-¿Cuándo es San Juan? -preguntó mientras se incorporaba en el lecho.

-Mañana -contestó la empleada, y cerró la puerta al salir.

Pero, entonces, hoy es la noche de San Juan, se dijo, y empezó a llamar a Gumercinda. Pocos segundos después apareció la mujer, inquirendo lo que sucedía.

-Es esta noche, ¿no es cierto? Es esta noche cuando ustedes hacen todas esas cosas.

-¿Qué cosas? -preguntó la mujer al mismo tiempo que se daba importancia al realizar actos nimios e innecesarios, como doblar la ropa, abrir bien las cortinas o cerrar por centésima vez la puerta del ropero, cuya chapa estaba descompuesta.

-Las pruebas, Gumercinda, esas que ustedes hacen.

-Ah. Esas... -y él tuvo deseos de sacudirla por los hombros-. Sí, esta noche. Pero a las doce, y a esa hora ustedes están durmiendo.

Esta vez salió cerrando la puerta en forma definitiva. Pero él ya había decidido quedarse toda la noche en vela si era necesario. El año anterior les habían prohibido asistir, pretextando que su madre y su tía Constanza podían enojarse. Durante semanas tuvo que presenciar, mudo, las conversaciones que mantenían las empleadas recordando lo que había sido esa noche de San Juan. Por eso ahora decidió no dejar pasar esta ocasión. Se levantó, se vistió y fue a buscar a su prima.

¡La tiene los cabellos rubios

¡La tiene una mirada como un rayo detenido en los ojos.

Es voluntariosa y apasionada.

Avanza envuelta por una luz especial, algo que emana de ella misma.

Se enoja a veces y el rostro se le enciende.

Nadie sabe ser tan tierna como ella sin embargo.

Ya estaba en la sala de baño. Por la puerta entreabierta, él la divisó en-

vuelta en una sábana, con los cabellos sueltos, pronta a sumergirse en el agua. De pie junto al batiente, le expuso sus proyectos y, apenas hubo salido del baño, trazaron los planes.

Estaban arrodillados junto a la cama. En la pieza flotaba aún la semioscuridad de la mañana —porque no habían descornado las cortinas—, mezclada al vapor del agua caliente. Fue entonces cuando experimentó aquella sensación absolutamente desconocida, la misma que iba a resentir varias veces durante el día.

Ía se detiene junto a un chincol que yace con las alas abiertas como si, al caer, hubiese tratado de volar por primera vez. La veo inmovilizarse sobre él, fascinada, y permanecer durante algunos segundos sin hablarme, absolutamente quieta, con la respiración prendida como un pájaro ella también en su garganta. Toma entonces el chincol entre sus manos y lo alza hasta hacerlo reposar contra su mejilla y, una vez que lo tiene ahí, me mira.

Y yo me doy cuenta de que la quiero y que, hasta el final, mi existencia no tendrá más significado que ese: el quererla.

Quiso acercarse a su prima, tal vez besarla, o por lo menos sentir el contacto de su piel. Él mismo se asustó. Era algo que entonces no lograba comprender del todo. Una especie de impulso súbito, irrazonado. Se detuvo sin embargo. Dejó que las cosas se aquietaran y la miró como se mira algo por primera vez.

¿Cuándo empecé a quererla? Es difícil decirlo. Nacimos casi al mismo tiempo. Mi tía Constanza y mi madre nos esperaron a través de nueve meses idénticos. Como un recuerdo borroso, un recuerdo que naturalmente es imposible, me parece verlas en la cancha de tenis de mi abuelo sentadas en un banco de madera pintada roja, bajo un arco de jazmines, cosiendo, conversando, aguardando nuestro nacimiento. Tejen quizás, y a veces las hebras de las lanas se enredan y la una urde con la de la otra: así de confundidas estuvieron nuestras existencias.

Ella permanecía absolutamente ajena a todo esto. Estaba muy excitada con la posibilidad de participar en las pruebas y explicaba, trazando sobre la sábana un recorrido imaginario, lo que debían hacer para despistar la vigilancia de las madres.

Bajaron a la cocina para hablar con Herminia. Era ella, decana entre las empleadas, quien debía autorizarlos para asistir a los actos de la noche. La mujer estaba amasando, de pie junto a la mesa, mientras su ayudante espolvoreaba harina sobre las tablas. El movimiento parsimonioso, envolvente de sus manos y nuestras voces tímidas y un tanto asustadas. Les costó gran trabajo convencerla; pero por fin la cocinera asintió y les dijo que impartiría las órdenes necesarias a Gumercinda.

Muy contentos salieron al jardín. El sol había hecho germinar algunas

plantas y los senderos estaban salpicados de malezas que Amador se afanaba por arrancar. Corrieron a través de la cancha de tenis, saltando entre los charcos de agua (Fernando, el mozo, todavía regaba en un rincón), y sin mayores razones contornearon la casa, cantando como locos. Cuando se acercaron a Fernando, este los persiguió con el chorro de la manguera y, simulando que no podían correr más rápido, dejaron que el agua los alcanzara, que los hiriera casi, tan dichosos estaban.

Ía decidió no contarle los planes a su hermana Cristina.

Cristina es floja. Cuesta hacerla salir de la cama y, cuando lo hace, conserva durante horas su aspecto de animalito con sueño. Queda pegado a su piel un cierto sopor, una cierta suavidad que la aleja de nosotros y la hace ser, durante las mañanas, un personaje absolutamente extranjero.

Supongo que ello, el sueño, es lo que le permite tener una existencia equilibrada. Separa así el día en dos etapas precisas: las horas en que duerme y las otras. Durante estas últimas realiza todos sus actos con una gran tranquilidad. Juega con nosotros; pero le cuesta seguirnos a través de los vuelos que efectuamos con la imaginación. Así, cuando desde lo alto de la glorieta, ahí donde Ía ha colocado en la mata de jazmines una sábana que semeja una vela, le gritamos: "Ven, sube al barco", Cristina invariablemente contesta: "¿Cuál barco?". Y nosotros, Ía y yo, estamos a punto de zozobrar en ese velero en el cual hemos navegado toda una mañana.

Aquel secreto, el hecho de no habérselo contado a Cristina, los unió aún más durante ese día. A la hora de almuerzo, se miraron como dos conspiradores y, utilizando un lenguaje de monosílabos, lograron crear un ambiente de misterio.

—¿Qué les pasa? —preguntó Cristina, dándose al fin por aludida.

—Nada, nada —dijo Ía.

—Nada, nada —repitió él, como un eco.

El jardín de mi abuelo es un jardín a la antigua. Quiero decir que en él las cosas crecen en forma establecida, dispuestas y concebidas con cierto orden. Los caminos están siempre limpios de malezas y a cada lado Amador, el jardinero, ha colocado una hilera de plantas que semejan alcachofas, con la diferencia de que las hojas son mucho más gruesas y que, cuando uno las toca, hieren la mano como un trozo de hielo. Los rosales están sostenidos por palos blancos con el extremo pintado de rojo, y en torno a los árboles existen las que Amador llama tazas, un surco trazado y limitado por una rejilla metálica, para que el riego se haga en forma apropiada. No hay en ese jardín rincones, y sin embargo está lleno de magia. Pienso ahora que la sensación se desprende de aquel orden irreductible, de una especie de brusca inmovilidad que lo envuelve, como si algún espíritu lo hubiese paralizado para siempre.

Desde la cocina les llegaban las risas de las empleadas. Preparaban sin duda los detalles para lo que sucedería esa noche. Ellos estaban solos en el jardín. A esa hora el sol casi quemaba. Ía empezó a canturrear con los labios cerrados, y yo experimento una dicha, quizás la mayor que he logrado en toda mi existencia, por el solo hecho de sabernos ahí, de saberla ahí junto a mí, sin apuros ni proyectos.

No estamos lejos de la higuera y no sé por qué levanto la vista hacia sus ramas. Contra el cielo de un azul desteñido, parecen cruces, un campo de cruces desordenadas, y tengo, casi en el mismo segundo en que toco el epicentro de mi amor, una premonición de la muerte.

—¿Sabes lo que me contó Gumerinda? —exclamó Ía—. Me dijo que en la noche de San Juan le crece una flor a la higuera.

—No es posible —contestó él—. Las higueras no tienen flores.

—Tienen. Duran una sola noche, la de San Juan.

Volvió a mirar las ramas y comprobó que estaban absolutamente desnudas, tal cual las había visto hacía algunos segundos. Hubo un instante de silencio, y luego Ía continuó:

—Es por el veranito de San Juan. Como sienten este sol, se equivocan y florecen.

El amor nace casi con nosotros mismos. Pero solo tengo conciencia de él ese día que salimos a buscar los pájaros que se han caído de los nidos, cuando la veo acariciar con su mejilla, el plumaje del chincol. En ese momento comprendo que mi amor es angustioso, inmenso, casi insoportable. Y de golpe maduro como un fruto expuesto al sol.

Cerca de medianoche, Gumerinda fue a buscarlo. Se levantó y, con grandes precauciones, atravesaron el *hall* para golpear en la puerta del cuarto donde dormían las primas. Ía apareció casi de inmediato y los tres bajaron a la cocina. La pieza estaba en penumbra. La única iluminación provenía de unas velas colocadas en hilera frente a la ventana.

—Son para atraer los espíritus —explicó Gumerinda—. Para que sepan que acá hay gente amiga.

Herminia presidía. Frente a ella se alineaban toda suerte de objetos. Había un lavatorio con agua, unas hojas de papel, una docena de papas (unas sin cuero, otras con y otras a medio pelar), una sábana y algunas velas. Los otros empleados se disponían en torno a la mesa. Permanecían callados.

Les hicieron tomar colocación entre los demás y Gumerinda les recomendó que no abrieran la boca.

A medianoche se iniciaron las ceremonias. Herminia encendió las velas que luego distribuyó entre los presentes. Colocó un lavatorio con agua en el centro de la mesa y les dijo que arrojaran dentro un poco de esperma. Al

tocar el líquido, la cera chirriaba y se solidificaba en figuras. Con gran parsimonia, Herminia las examinaba y daba su veredicto:

—Este es un corazón. Quiere decir que te vas a enamorar de nuevo.

—Este es un saco. Quiere decir que vas a recibir un regalo.

—Esta es una moneda...

Cuando le llegó el turno a Ía, agarró la vela con decisión y la inclinó sobre el lavatorio para que la esperma cayese. Herminia hundió su mano derecha en el agua, sacó la figura y la hizo girar frente a nuestros ojos.

—Yo diría que es un ángel —dijo alguien, y la cocinera lo miró para imponer silencio. Pero la voz continuó:— Un ángel al revés, un ángel que se estuviese cayendo.

—Dámelo —dijo Ía—. Quiero guardarlo.

—No se puede —concluyó la cocinera arrojándolo en un recipiente donde se amontonaban las figuras de los otros.

La del muchacho resultó ser un cuchillo. No hubo dudas. Se percibían claramente la lámina y la empuñadura.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Muchas cosas —respondió Herminia—. Cosas que no son para niños.

Y casi de inmediato vació el líquido de la vasija, agregando:

—Ahora vamos a ver lo que dice el agua.

Colocaron la sábana como un telón sobre la muralla. Bajo ella dispusieron el lavatorio (lo habían llenado con agua fresca) y los empleados se sentaron en hileras, como lo habrían hecho en un teatro.

Herminia se ubicó entre ellos y la sábana. Sujetaba dos velas, y su luz se reflejaba en el agua, y los reflejos se proyectaban en la sábana.

Eran diseños vagos, grisáceos, muy parecidos a las imágenes que surgen cuando se cierran los párpados.

Por turno, iba nombrándolos y lo que en ese instante aparecía en la sábana era interpretado de inmediato. Vieron cruzar réplicas de una bandera, de un árbol, de un perro y de una campana. Por fin, cuando Herminia pronunció el nombre Ía, apareció la figura de una carroza.

Primero unos caballos fantasmales y luego dos ruedas inmensas.

Poco a poco empezó a surgir el carruaje fúnebre, dibujado hasta en sus más mínimos detalles. Atravesó la sábana con una lentitud exasperante.

Un murmullo corrió entre los empleados. Luego sobrevino un gran silencio. Ía fue la única que se sustrajo a él.

—¿Qué es? —preguntó—. ¿Una carroza? Yo veo una carroza; ¿y ustedes?

Después de algunos segundos, Herminia dijo:

—Mejor es que vayan a acostarse. Lléalos, Gumercinda.

Al abrir la caja, las cintas se van amontonando en torno, las flores artificiales, los trozos de velos, los pájaros embalsamados y, por último, encon-

tramos un paquete envuelto en papeles de seda que Ía extrae como un talismán. “¿Qué será?”, pregunto, y a Cristina se le dilatan las pupilas. Casi con alevosía Ía desata los cordeles, demora en desdoblar los papeles y, por fin, nos deja ver un abanico de plumas blancas con varillas de nácar. Un murmullo recorre el cuarto y Cristina, sin poder retenerse por más tiempo, salta de su silla y se acerca al sitio donde está el abanico. “¡No lo toques! –grita Ía–. Es mío”. Pero cuando va a tomarlo, se deshace entre sus manos y, con una mezcla de miedo e impotencia, la vemos sujetando un puñado de varillas, algo parecido al esqueleto de un insecto. Un gran desaliento nos invade. Por la ventana entra la luz moribunda de la tarde y nosotros sentimos que nos penetra, que nos hace perder las fuerzas, que nos invalida. Tenemos ganas de llorar.

“Deben de haber sido las polillas –nos dice más tarde Gumercinda–. En esta casa andan muchas”. Y Cristina pregunta: “¿Las polillas también son espíritus?”.

Fue inútil que protestaran. La cocinera se mantuvo inflexible y, arrastrados por Gumercinda, subieron a sus cuartos.

Mientras el muchacho volvía a acostarse, vio cómo se dibujaba en las paredes de su pieza la carroza que observara momentos antes. Los perfiles de los objetos temblaban, tal como lo hacen en las antiguas películas, y los carruajes se sucedían unos a otros, un desfile interminable de carruajes.

Poco rato después escuchó unos golpes suaves en la puerta y vio entrar a Ía. Tenía los cabellos sueltos y estaba envuelta en una larga camisa de dormir blanca. Había algo irreal en torno a ella y de inmediato su imagen se mezcló a la de los carruajes, tal cual si hubiese descendido de uno de ellos. En un principio pensó que era una aparición más; pero luego escuchó su voz:

–¿Estás durmiendo? –avanzó hacia el lecho, se inclinó sobre él y volvió a preguntar–: ¿Estás durmiendo?

El muchacho había cerrado los ojos, y en medio de la oscuridad que lo rodeaba, el sonido de sus palabras llegó como un rumor que naciera dentro de él mismo, como si yo..., no sé si logre explicarme, como si me estuviese proyectando o reflejando quizás en un espejo que hace audible mi pensamiento. “¿Estás durmiendo?”. Y la frase sube desde muy adentro, como una burbuja que recién se forma en lo hondo de un cráter, como un deseo.

Abrió los párpados y su rostro estaba sobre el suyo, muy junto, tanto que los cabellos rozaban sus mejillas, tanto que se sintió de pronto atrapado por esa imagen de sí mismo. Casi sin pensarlo, la besó en los labios.

Pero Ía se irguió exclamando:

–No seas tonto...

Las carrozas habían desaparecido. La casa seguía quieta; pero le pareció oír a lo lejos, abajo sin duda, el ruido afelpado de una conversación. Y más

cerca, el rodar de un cuerpo que cambia de posición durante el sueño. Miró hacia la ventana, pero las cortinas permanecían oscuras: no, todavía no era el amanecer.

La muchacha empezó a hablar. Al ir a acostarse, dijo, había entreabierto las cortinas de su ventana para mirar hacia el jardín. La luz que provenía de la cocina donde estaban las empleadas envolvía la higuera y estaba segura de haber visto una flor en una de las ramas.

—La vi, te lo aseguro, una flor inmensa, una especie de magnolia. Tenemos que ir a arrancarla.

Hablaba con fervor, como lo habría hecho alguien poseído por una fe. El rayo en sus ojos se encendía y quemaba casi la pupila.

Sacamos las ropas del baúl. Desdoblamos los mantos reales, las casacas militares, el atuendo de diablo: Cristina mira este último con gran indiferencia. “No —dice—. No me da miedo. El diablo no es así”. Pero cuando tratamos de hacérselo poner, se resiste.

“Póntelo si no te da miedo —dice Ía—. ¡Póntelo!”. Y Cristina se alza frente a su hermana y le dice: “No. No me lo voy a poner. El diablo no es mujer”.

Ía ríe entre preocupada y alegre, murmura algo como: “¿Que no?”. Vuelve a repetir: “¡Mírame!”. Y los dos, Cristina y yo, la miramos.

Una luz mortecina penetra por la ventana y se dispone en torno a ella como un círculo de azufre. Hay algo en el aire, una especie de bruma que diluye los contornos de los muebles, como si estuviésemos en el fondo de un lago muy gris y muy inmóvil. Es algo parecido a la muerte, un gran silencio, un vacío tal vez. Nadie sino mis primas y yo habitamos en él, y aun más, Cristina se pierde casi en la semisombra. Quedamos, por lo tanto, Ana María y yo. Ella vestida de diablo y yo en cierta forma desnudo e indefenso.

Pero en ese instante escucho una voz, la de mi prima menor, y me doy cuenta de que está pronunciando las primeras palabras del Ave María. Algo se triza de inmediato. Ía reacciona en forma violenta, como si la hubiesen herido, y lanza lejos los cuernos. “¿Qué estás haciendo Cristina? ¿Por qué te pones a rezar ahora? Deja eso para la noche”, dice y empieza a ordenar los vestidos.

Yo durante algunos segundos todavía me siento atado a ella. No puedo olvidar la manera como me ha mirado, con ese rayo detenido en el centro de la pupila, como si hubiese querido hipnotizarme.

El rayo en sus ojos se encendía y quemaba casi la pupila.

—Tenemos que ir a arrancarla —repetía ahora, y él supo que nadie iba a poder interponerse en su camino.

Lo sacó de la cama, lo arrastró escalera abajo, con grandes precauciones, es cierto, para que nadie fuera a despertarse. Mientras la seguía, bus-

cando con la punta del pie donde comenzaba el escalón siguiente, miró hacia abajo, hacia el hall donde se abrían los dos salones y el comedor. Todavía flotaba entre sus cuatro paredes el humo de los cigarrillos que su padre y su tío habían fumado después de comida. Las cintas circulaban en torno a la lámpara de bronce, anudándose y desatándose. Bajo ellas, la oscuridad hacía compacta y, lentamente, tomados de la mano, se sumergieron en esa sombra.

Decidieron no salir al jardín por el piso bajo, es decir, aquel donde se encontraba la cocina, sino a través de la puerta que comunicaba el comedor con la terraza.

—Nadie debe vernos —exclamó Ía—. Ven, allá está la higuera.

Se detuvieron bajo el árbol. Ella alzó el brazo y señaló entre las ramas la flor que me había descrito. En realidad, muy arriba, cerca de la copa, se divisaba una forma vaga, como un trozo de niebla prendido a una de las ramas.

—Sube y me la traes —ordenó Ía.

Estamos en el entretecho. Ahí emerge, como un trozo de globo terráqueo, una claraboya de vidrios coloreados que corona el *hall* del segundo piso. Acostumbramos sacarnos los zapatos y caminar sobre la estructura. Nos gusta saltar de un color a otro, es decir, de los cristales teñidos de un rojo intenso a los verdes o a los amarillos. Todos estos colores se reparten en zonas diferentes, y sin duda forman algún diseño; pero nunca hemos logrado determinar cuál, porque en el hall hay muy poca luz y en el entretecho lo vemos al revés. De todos modos, para nosotros, esa claraboya es un mundo. Nos parece viajar a través de continentes y de mares, nadando entre islas cuyo nombre ignoramos, deteniéndonos de pronto para respirar un aire que se nos antoja muy distinto sobre los cristales pardos que sobre los azules.

Ía me grita de pronto: "Dame la mano para que salte a esa isla donde tú estás". Y con gran timidez extendiendo mi mano, cierro los ojos y espero que la suya toque la mía. Sí, tal cual lo había imaginado, un temblor me recorre entero. Es como penetrar en esas zonas que el sueño a veces entreabre, algo zozobante e incierto, una atmósfera en la cual uno apenas se reconoce. Pero la voz de Ía me trae de vuelta a la realidad de nuestro mundo de vidrios multicolores: "¡No te quedes ahí como un tonto. Ayúdame a saltar!"

Pero yo no puedo, o no me atrevo a hacerlo.

—¿No quieres subir? ¿Tienes miedo?"

¿Tengo miedo? No, no es eso. No es miedo, sino algo más intenso (no, intenso no es la palabra), más profundo tal vez, más definitivo. Es una sensación que no puedo determinar de dónde proviene. Una especie de temor ancestral, eso es, algo parecido a lo que vibraba en la cocina mientras eje-

cutaron los ritos de San Juan, algo que viene desde muy atrás, algo que ya ha sido expresado en cierta forma, algo que todos conocemos y a lo cual volvemos una y otra vez. Me parece que cientos de niños, miles de hombres se han detenido al pie de este mismo árbol, como yo, y han dudado, como yo.

—Entonces voy a ir sola —dijo Ía, y junto con escuchar sus palabras, la vio desaparecer entre las ramas. La siguió, naturalmente, llamándola en la oscuridad, guiándose por la huella de su camisa blanca.

Y así comprendo, y así comprendo que no puedo separarme de algo que amo en esa forma, con tal desesperación, y que el temor de perderla es mucho mayor que el otro, el que experimenté al pie de la higuera.

De pronto todo, salvo ese árbol, desaparece. No vemos casa ni el jardín ni el mundo que nos rodea. Estamos absolutamente solos entre las ramas, saltando como pájaros en una jaula, tratando de alcanzar esa flor que divisamos en lo alto. No tenemos mayor apuro. Una vez que Ía sabe que la sigo, se detiene, se apoya en una rama más gruesa, empieza a llamarme con un tono burlón, como si estuviera tratando de decir: “¿Ves? Yo sabía que me seguirías. Lo sabía”.

En un momento dado sí pude haber detenido el curso de lo que va a suceder. Pero no lo hago. Ía está en una rama más alta, con un brazo estirado hacia la flor, con todo el cuerpo erguido como una cuerda, hermosa, hermosa, mucho más hermosa de lo que nunca antes le he visto. Y yo permanezco a sus pies, tratando de alcanzar la rama donde ella se ha posado. Sé (y esto es verdad) que no resistirá. Es una rama delgada, flexible, apenas amarrada al tronco. Sé que no es capaz de soportar el peso de nuestros dos cuerpos. Sin embargo, tal es mi deseo de estar junto a ella, de tocarla, de hacerle sentir ese amor que desde hace años, desde que nacimos, le entrego día a día, hora a hora, que con un solo impulso me coloco a su lado. Casi en el mismo instante se escucha un ruido desgarrado, una especie de lamento, y la rama se desprende.

Todo sucede en forma muy rápida. Yo logro asirme a otra rama; pero Ía cae. Veo ante mis ojos una de sus manos que trata de agarrar el aire, y luego, la camisa blanca que cae, cae, cae...

Como una flor, pienso. Como el ángel de esperma en la vasija con agua. Y miro hacia arriba: nada, nada sino las ramas desnudas de la higuera. Nada, ni siquiera ese trozo de niebla que habíamos divisado desde abajo.

La recogieron como esos pájaros que salían a buscar en las mañanas de viento. El nada supo, porque lo mantuvieron en cama durante muchos días, en un cuarto tranquilo, con las cortinas corridas, donde solo entraban la madre y un médico.

Sollozaba sin cesar. Y en todo momento pedía morir. “Quiero morir-

me, quiero morirme yo también”, repetía, y la madre trataba de tranquilizarlo, le acariciaba la frente, le humedecía los labios. “Quiero morirme, quiero morirme...”. Y entonces él la veía salir del cuarto, los ojos llenos de lágrimas, cubriéndose la boca con su mano para que no se escuchara su llanto. Y en esa soledad en que entonces quedaba, de espaldas en esa cama, empezaba a rezar, sí, verdaderamente a rezar. Y su oración se reducía a unas pocas palabras. Pedía: “Quiero morirme, quiero morirme... Dios mío, haz que yo también muera”.

Pero siguió viviendo.

2

A veces, cuando en el rigor del invierno sobreviene esta semana de sol, el veranito de San Juan, recuerdo estas cosas. Me pregunto entonces cuántas plantas, cuántos seres humanos se equivocarán creyendo que ha llegado el verdadero verano.

Al salir de mi cama, me apronto para encontrar un jardín vilmente engañado, florecido, quiero decir. Pienso: todo habrá brotado y cuando venga el verano, el verdadero, las plantas nada podrán entregar.

Sin embargo, me equivoco. Porque si bien es cierto que una o dos exhiben con orgullo sus flores, la mayoría hace perdurar el sueño.

Estas son las más sabias sin duda, y me regocija pensar que también son las más numerosas.

Pero no puedo dejar de mirar con ternura y una cierta tristeza aquellas que han caído en la trampa. El próximo verano no las verá florecer. Ni ese ni los otros. Según dicen, lo que prende en el verano de San Juan lo hace una sola vez, como un incendio que nace y se apaga. Eso no significa que la planta se seque. Muy por el contrario, sigue, se prolonga a través de los años y va a perecer con las otras, habiendo muerto, eso sí, hace ya mucho tiempo.

El tony chico

-1966 -

Esa mañana, mientras tomaba el desayuno en cama, Francisco entró a la pieza.

-Mi hijita, no se olvide de hablar con la visitadora social para organizar la fiesta de Pascua.

Siempre que Francisco entraba así, antes de partir a su oficina, la impresionaba ese aire de seriedad que lo envolvía. La impresionaba al verlo tan peinado, vestido de oscuro, oloroso a jabón y listo para emprender un nuevo día de trabajo. Ella en cambio flojeaba en la cama hasta las once o doce, sin tener mucho que hacer, pensando a ratos.

-No, Pancho, no se me olvidará. Por lo demás, lo tenemos todo arreglado con la señorita Elsa. Este año no haremos Nacimiento, sino que vamos a contratar un tony.

-¿Un tony?

-Sí, un tony que es mago y prestidigitador al mismo tiempo.

-¿No tengo pañuelo blanco?

-No sé si trajeron el lavado. Ayer le tocaba venir a la mujercita; pero yo no la vi.

-¿Por qué no se preocupa de mis cosas, Josefina? Es los menos que le puedo pedir.

-Sí, Pancho, lo menos.

-Tendré que llevar este. Por favor, haga un esfuerzo y preocúpese de la fiesta. Ya sabe que todos los operarios de la fábrica esperan con ansia la repartición de juguetes y el espectáculo.

-Pero si ya lo tengo organizado, Pancho. Te acabo de decir que contraté un tony.

-Ah, sí, un tony, claro. Bueno, no voy a venir a almorzar; pero esta tarde llegaré temprano. Acuérdesse que tenemos que ir a comer donde el gerente de la Dilem, y tratemos de ser puntuales.

La besó en la frente, sin pensar lo que hacía, y salió de la pieza. Ella se quedó mirando la puerta, como si esperara que él entrase de nuevo. Pero nada de eso sucedió. A los pocos segundos, escuchó el motor del auto, el ruido que se alejaba, un silencio y luego la voz de un hombre que pasaba por la calle:

—Botellas vacías... boteeeeellas...

Sobre el cubrecama, el diario estaba abierto en la página de la vida social. Un aviso atrajo su atención: "Viaje a Río de Janeiro en época de Carnaval. Haga sus reservas con anticipación". Y había un dibujo de un avión volando entre una lluvia de notas musicales. ¡Qué tontería!, pensó, y se puso a leer la lista de las personas que ya se habían ido a veranear. Pero de pronto se sorprendió distraída, recorriendo esos nombres sin pensar en ellos, la mente ocupada por las palabras "Río de Janeiro"... Hacía mucho tiempo, cuando se casaron, habían planeado viajar a Brasil. Pero no lograron juntar el dinero suficiente. Entonces Francisco trabajaba como periodista; pero quería ser escritor. No ganaba mucho ni escribía muy bien tampoco. Por eso, cuando nació Panchito, decidió cambiar de actividad y probar suerte en la industria. Esa parece que era su cuerda, porque a los pocos años tenía ya una situación privilegiada. Compraron una casa, dos autos, y pudieron mandar a Panchito a un buen colegio particular. Pero ¿y el viaje?

—Tendrá que ser otro año, mi hijita. No me puedo ausentar ahora. Tengo demasiado trabajo.

—¿Cuándo, Francisco, cuándo?

—El próximo año. Te lo prometo.

—¿Y ahora? Supongo que tendré que irme con Panchito a pasar las vacaciones a la costa.

—Claro, yo los iré a ver los fines de semana.

No era lo que ella había soñado. Pero lo aceptaba. Comprendía a Panchito. Después de todo, lo hacía por ellos, por ella y por el niño. Tal vez él había tenido que renunciar a muchas cosas. A muchas cosas... sin embargo, no era lo que había soñado. ¿Compensaciones? Sí, varias, varias compensaciones. Esta casa, por ejemplo, una casa con jardín, con tres salas de baño, mucho mejor que la casa donde vivía cuando soltera, la casa de sus padres. Y su situación, y las amistades, y el nunca tener zozobras por asuntos de dinero. ¡Ah! Qué terribles eran esos apuros de recién casados. Las cuentas que se amontonaban, los veraneos en la ciudad, el mal genio de Francisco y los cumpleaños sin regalos. ¡Ah! Qué divertido era... ¿Divertido? Ella misma se inmovilizó, sorprendida por la palabra. Divertido no, terrible sí, eso sí. Ni por todo el oro del mundo volvería a vivir esos años. Y sin embargo... recordaba días: un sábado por la noche; Francisco hizo grandes esfuerzos y compró dos entradas para ir a ver una compañía extranjera. Pero al llegar al teatro se dio cuenta de que las había perdido. Y entonces..., entonces fueron a caminar por el parque. Esa noche recordaba y también la tarde cuando ella le contó que esperaba un niño y él corrió como un loco al almacén y volvió con dos botellas de cerveza para festejar.

Sonó el teléfono.

—¿Aló? Ah, sí, buenos días, señorita Elsa. Justamente iba a llamarla.

—Buenos días, señora Chepita. ¿Cómo ha estado? ¿Y el niño? ¿La salud buena? Mire, conseguí la dirección del tony.

—¿Ah, sí? ¡Qué bueno! Démela, porque a lo mejor alcanzo ahora...

Cuando cortó todavía se escuchaba la voz del hombre en la calle:

—¡Botellas vacías! Boteeellas...

Decidió levantarse. Ahora mismo iría a hablar con ese hombre. Vivía al otro lado de la ciudad; pero con el auto a lo más se demoraría media hora. Aprovecharía para llevar a Panchito que estaba de vacaciones y si tenían tiempo, a la vuelta pasarían a visitar a su suegra. Hacía semanas que no la divisaba. De vez en cuando llamaba por teléfono y decía:

—¿Y cómo están, Chepita? Tan ingrata... ¿Cómo está el niño? Apostaría que ni lo voy a conocer cuando lo vea, si es que lo veo, porque hace siglos...

Siglos. Sí, era verdad, el tiempo no transcurría en días y semanas y mese, sino en siglos. Todo parecía tan lejano. Lo que uno acababa de vivir ya era un recuerdo distante. Las cosas se emparejaban. No había contraste ni diversidad. Cada día imitaba al anterior y, al hacerlo, lo destruía. Siglos. Y sin embargo antes... Recordaba momentos cuando se decía: "Por Dios, no tantas cosas a la vez". La casa, el niño que viene, las camisas de Francisco, los artículos y el cuento casi publicado, esas tardes en que Francisco llegaba temprano y la obligaba a salir, a recorrer calles o ir a ver llegar los trenes a la estación, o pasarse tres, cuatro, cinco horas tomados de la mano en un rotativo, porque presentaban un programa triple de películas del Oeste. ¿Qué había pasado entonces?

Pero ya estaba pronta. Fue a buscar a su hijo y lo encontró en la pieza de jugar, haciendo sus tareas de vacaciones.

—Ven, Panchito, vamos a salir.

—¿Adónde?

—A buscar a un tony para la fiesta que da el papá.

—¿El papá da una fiesta con tony?

—En la fábrica, mi amor.

No hacía mucho calor. Habían abierto las ventanillas del automóvil y la brisa soplaba fuerte. Bajaron por la avenida que bordeaba el río y, al pasar cerca de un puente, Panchito dijo:

—Aquí fue donde la Aurora vio al ahogado.

—Sí, mi hijito, ya me lo contaste.

—Dice que estaba azul.

—Los ahogados siempre se ponen de ese color.

—¿Por qué?

¿Por qué? No lo sabía. ¿Por qué se ponen azules los ahogados? Porque les falta aire, sin duda. Pero ¿por qué se ponen azules y no negros? Los

ahogados son azules entonces. Hombres azules. ¿Qué era eso? ¡Ah! Claro, era el título de la novela que estaba escribiendo Francisco cuando se casaron. Por eso aquellas palabras le parecían conocidas. Una vez ella le había preguntado la razón de ese título. Estaban en la terraza de un paseo, en esa época vivían en los parques y en las plazas, y él le había contestado: "Porque los ahogados son azules. Y el héroe de mi novela ya se ha ahogado". "¿Quieres decir que está muerto?", le pregunté. "No, no está muerto del todo. Está por la vida que llevan él y sus amigos; son hombres casi azules". Y de pronto se había entusiasmado. "Creo que le voy a cambiar el título. Le pondré Hombres casi azules. ¿Te gusta?". Cómo no me iba a gustar cuando era por intervención mía que había descubierto ese nuevo título. Claro que me gustaba, más que eso, me entusiasmaba. Me sentía tan orgullosa de estar de novia con Francisco. Recordaba todas las crónicas que aparecían en el diario, esas que él firmaba con el pseudónimo de Virgola, y las pegaba en un álbum.

—Porque yo me casé con un artista y nos íbamos a ir a vivir a Río de Janeiro.

—¿Adónde, mamá?

—A ninguna parte, mi hijito —sin darse cuenta, la última frase la había pronunciado en voz alta.

Atravesó el parque, llegó a la estación y siguió a lo largo de la línea férrea hasta que dobló por una calle. Cruzaban una parte de la ciudad que siempre le había gustado. En ese barrio se conservaba un cierto estilo, todo muy venido a menos, es verdad, pero ahí todavía quedaban casas con personalidad, de fachadas grises, con balcones de hierro forjado y volutas de yeso. Las calles eran estrechas y, al atardecer, los niños salían a jugar a las veredas y las mujeres aparecían en las mamparas.

—Aquí vivíamos con tu papá cuando recién nos casamos.

—¿Adónde?

—Ahí, arrendábamos una pieza.

Tenía el techo muy alto y las tablas del suelo crujían. Estaba en un segundo piso y en el primero no había nada, nada salvo una escalera recorrida de arriba abajo por un cordel con el cual se abría la puerta. Un día que se pelearon, esa noche que Francisco no volvió, ella tuvo tanto miedo de quedarse sola en esa casa llena de ruidos, que corrió el ropero frente a la puerta y solo entonces pudo acostarse. A la mañana siguiente, cuando Francisco quiso entrar, no logró abrir la puerta. Creyó que me habría sucedido una desgracia y empezó a llamarme a gritos. Yo le contestaba, pero él no me oía. Traté entonces de empujar esa especie de catafalco con espejos y, tras grandes esfuerzos, logré moverlo. Nos lanzamos el uno en brazos del otro, llorando, prometiéndonos que no nos separaríamos nunca más. Esa

misma mañana la dueña de la casa nos pidió la pieza. ¿Qué pasa, Dios mío? ¿Qué pasa en la vida? ¿Por qué todo se va perdiendo? ¿Por qué todo se va ordenando, apaciguándose? Pero quién me manda pensar en estas cosas.

—Panchito, siéntese bien. O si no, no lo saco más a pasear.

* * *

Le costó mucho encontrar la población. Y todavía más ubicar la casa donde vivía el tony, que se llamaba Juan Zúñiga. Pero por fin detuvo el automóvil en una calle y guiados por una niñita vestida de floreado recorrieron un pasaje al fondo del cual se divisaba una puerta. Golpeó y a los pocos minutos apareció una mujer de pelo teñido envuelta en una bata de casa.

—¿Esta es la casa del señor Juan Zúñiga?

—Sí, pero está en cama.

—Vengo de muy lejos y tengo que hablar con él. ¿Sería posible?

—Nunca se levanta en las mañanas. Y cuando no está trabajando, también se queda en cama en las tardes.

—¿Y cómo podría hablar con él?

—¿De qué se trata?

—Resulta que la visitadora social..., bueno, estamos organizando una fiesta en la fábrica para Pascua, y quisiéramos contratar, es decir, nos dieron la dirección del señor Zúñiga, y nos dijeron que él podría ir a entretener a los niños.

—Un trabajo, entonces.

—Sí.

—Espere, señora.

Cerró la puerta y Josefina se encontró sola con su hijo.

Había varias otras puertas, iguales a aquella de la casa del tony. Pero el corredor estaba vacío, salvo las basuras y un gato husmeando. Los niños jugaban más allá, al sol, junto a un grifo.

—Pase, señora.

Josefina entró. Como la pieza estaba oscura, al comienzo no logró distinguir los muebles; pero después de algunos segundos vio dos camas, una mesa y algunas sillas.

—Pase no más, señora —escuchó una voz desde una de las camas —Disculpe que la reciba así; pero nosotros los artistas nunca nos levantamos antes del mediodía.

Nosotros los artistas, pensó Josefina. Y repitió la frase mentalmente.

—A ver, Betty, abre un poco el postigo.

Betty obedeció. El sol entró de golpe.

—No tanto, no tanto, que después se caldea la pieza. Acércale una silla a la señora.

Josefina se sentó e, instintivamente, rodeó con su brazo a Panchito. En la cama más grande estaba Juan Zúñiga, es decir, el tony Coliflor, como le habían dicho que se llamaba. Era un hombre delgado, con la mirada súbita, los cabellos ralos y la boca grande, todo lo cual le daba un aspecto divertido. Junto a él, en la otra cama, había un niño no mayor que Panchito, que parecía dormir.

—Es mi hijo, le decimos el tony chico. Anoche le tocó trabajar hasta tarde, así es que debe estar durmiendo todavía.

—¿Trabaja con usted?

—Sí, toda la familia trabaja en el número. La señora también.

—Ah, la señora... ¿Cómo le va?

—El gusto es mío, señora —con una de sus manos trató de alisar los cabellos oxigenados.

—¿Y en qué la puedo servir, señora?

Josefina le explicó. Él la escuchó sin interrumpirla y luego empezó a hablar:

—Sí, claro, ya hemos hecho ese tipo de trabajo. Muéstrale las fotos, Betty, esas de la presentación en la fábrica. Deben estar en la maleta.

Betty abrió una maleta que había sobre la mesa. Panchito, que hasta entonces no había chistado, dejó escapar una exclamación. En verdad, parecía el cofre de un pirata. Había allí vestidos de seda, de terciopelo gastados con pedrerías y alhajas, una corona dorada y un manto con piel blanca.

—Esas son del mono —explicó el tony—, porque también tenemos un monito. Se llama “Olvidatodo” y ya ha aprendido dos o tres gracias. El otro que teníamos, el “Persinho”, se nos murió de los pulmones. Claro, no soportó los fríos. Los habíamos traído del Brasil...

—¡Del Brasil! ¿Usted ha estado en Brasil?

—Claro que sí, señora. Nosotros viajamos mucho. Yo he estado en toda la América, las dos, la del Norte y la del Sur. Claro que con la familia solo he recorrido la del Sur. Justamente ahora venimos llegando de una gira por Colombia, Ecuador y Perú.

—¿Y ha estado en Río de Janeiro?

—He estado en todas partes. Los artistas somos así. Nacimos para viajar. Nunca estamos quietos.

—Los artistas somos así —repitió Josefina.

—¿Encontraste las fotos, Betty?

La mujer se las entregó. En ese momento, el niño despertaba. Josefina lo vio erguirse en el lecho y restregarse los ojos con los puños.

—Hola, Alicate. Saluda a la señora y a su hijo. Es su hijo, ¿no es cierto?

Alicate los miró durante algunos segundos como si fueran imágenes del sueño que había estado soñando. Tenía los ojos negros, como dos trocitos de cartón lustroso, y las cejas caídas. En cierta forma se parecía a su padre: ambos daban la impresión de estar preguntando algo.

—Buenos días —dijo Josefina.

El niño respondió con un murmullo y luego miró a Panchito. Y Josefina los miró. Se enfrentaron como dos animalitos que se encuentran de pronto encerrados en la misma jaula. Con una rápida ojeada, se sopesaron y luego trataron de establecer contacto. Alicate fue el que sonrió primero.

—Hola.

—Hola —y al pronunciar la palabra, Panchito se separó de su madre como si se sintiera más seguro.

Es el hijo de un artista, pensó Josefina. Mi hijo también lo es. Ambos se reconocieron. ¿Pero se acordará Panchito? ¿Lo sabrá? Él, que sólo ve a Francisco un rato durante el día, cuando llega tarde de la oficina y pasa a darle un beso a su pieza. O los domingos cuando lo lleva a pasear y vuelve a la media hora sin saber qué hacer o qué decir o cómo entretenerlo. En cambio este niño trabaja con su padre, lo ve de la mañana a la noche, hace reír con él, se preocupa de la salud del mono y conoce todas esas ciudades que yo nunca... ¡Qué tontería! No es posible que me ponga a pensar en estas cosas. Después de todo, cada vida es distinta.

—A ver, Alicate, anda a comprarte algo para el desayuno.

El tony buscó en los bolsillos de su pantalón, que estaba cuidadosamente doblado sobre la cama, y le pasó un billete al niño. Alicate se levantó para recibirlo. De pie, era mucho más pequeño de lo que uno habría imaginado, más menudo también.

—Anda a comprarte algo y toma —le pasó otro billete—, convida al hijo de la señora.

—No, no se moleste. Por lo demás, ya luego vamos a tener que irnos a almorzar y Panchito no acostumbra comer nada antes del almuerzo. Que lo acompañe, si quiere.

Josefina los vio irse con cierto temor. ¿Por qué? Era como si lo perdiera de pronto. Y no pudo impedirle de preguntarle al padre:

—Ustedes son muy felices, ¿no es cierto?

—¿Cómo?

—Perdóneme..., no sé por qué le pregunté eso; pero..., por un momento, me pareció que usted, su señora y el niño eran muy felices, aquí los tres juntos.

—Sí, no lo pasamos mal.

—¿Por qué? ¿Cómo?

—No sé, supongo que será porque nos gusta lo que hacemos.

Y ella permaneció muda durante unos segundos. ¡Por Dios, qué iba a pensar ese hombre! Las cosas que preguntaba...

Cuando ya habían organizado el programa, todos los detalles, y lo que costaría, volvieron los niños. Panchito parecía muy contento.

—Vamos a tener que irnos.

—¿Ya?

—Claro —Josefina rió—. No hay que molestar al señor Zúñiga. Y tú tienes que ir a almorzar. Acuérdate de que viene la profesora de inglés a las dos y media.

Josefina se despidió, tomó a su hijo por la mano y, sin darse vuelta, salió de la casa. Mientras avanzaban hacia el auto, Panchito hablaba:

—¡Qué simpático es el Alicate, mamá! Lo pasé tan bien... y ¿sabe lo que toma de desayuno? Un chupete helado. Eso fue lo que compró. Dice que su papá le deja comprar lo que él quiera. A veces se come un chupete helado y otros dulces o chocolates. Nunca toma café con leche. No le gusta. Y dice que nunca se acuesta antes de las doce y que le está enseñando a saludar a “Olvidatodo”, y me dijo que cuando yo quisiera me puedo venir a vivir con ellos, porque necesitan...

—No hables tanto, Panchito.

Subieron al auto. Ella puso el motor en marcha. Alicate estaba en la puerta de su casa, y saludaba con la mano. Panchito le contestó. Pero Josefina no se dio vuelta.

Volvieron a atravesar la ciudad y, casi al llegar a la casa, Panchito formuló la pregunta que a ella le quemaba la boca:

—Mamá, ¿por qué el papá no fue tony?

Andrés y él mismo

- 1966 -

El azar sin duda lo hizo cortar por esa calle. Generalmente, cuando volvía de su trabajo, tomaba el tranvía o, si había sol, lo que casi nunca sucedía en esa ciudad, caminaba a través del parque. Pero ese día se sintió impulsado de pronto a doblar por esa bocacalle e internarse en el barrio céntrico. Se dio algunas excusas. Andrés era un hombre que justificaba sus acciones. Tengo que comprar jabón para afeitarme, se dijo, y más vale que lo adquiera aquí, donde estoy seguro de encontrar la marca que busco, y no cerca de mi casa, donde puede haberse agotado. Esto no era verdad. El boticario, que era su amigo, siempre guardaba en un cajón especial algunos tubos de reserva. "Para usted, don Andrés, para usted", le decía extrayéndolos en forma casi misteriosa y pasándoselos a escondidas. Por lo demás, la marca que usaba era una de las más comunes y se le encontraba aún en las farmacias de pueblo.

Fue así como, por obra del azar, se encontró de pronto recorriendo esa callejuela un tanto estrecha que bajaba hacia el corazón mismo de la ciudad.

Como ya era tarde, algunos negocios habían cerrado sus puertas. Otros, en cambio, permanecían abiertos e iluminados atendiendo a los últimos clientes. Al cruzar estos, al sentirse así azotado por el ruido de las conversaciones, experimentó una curiosa sensación. Me parece que voy a encontrar algo, se dijo. Un billete, una moneda, una carta, tal vez. E instintivamente se detuvo y buscó en la vereda, en la calle, cerca de la cloaca, donde suelen descubrirse cosas. Pero nada vio. Siguió caminando entonces, y no bien hubo avanzado algunos pasos, volvió a detenerse. "Qué curioso", exclamó en voz alta esta vez, nunca antes había sentido algo semejante. Me parece que estoy a punto de entrever un hecho, un rostro o una circunstancia. Y ahora, en lugar de dirigir su mirada hacia el pavimento, la alzó.

Frente a él, tan cercana que al extender su brazo podría haberla tocado, había una vitrina. No era muy grande: quizás un metro y medio de alto por uno de ancho. Estaba enmarcada en forma sobria, y el cristal que la protegía no presentaba la más mínima huella, es decir, ni un insecto se había posado sobre él. Era un cristal absolutamente limpio, a través del cual se podía mirar. Fue lo que Andrés hizo; y comprobó que se trataba de un negocio de peluquería, sin duda, porque había una lista de precios que

especificaba cuánto costaba cortarse los cabellos, cuánto lavárselos y cuánto hacerse un masaje capilar. No lejos de esta lista, vislumbró la tapa dorada de una botella de agua de colonia y un tubo de pasta de afeitar que él usaba.

Buena idea, se dijo, voy a comprarla aquí. Se acercó a la puerta y su mano esbozó el gesto característico, el de asir la manilla y llevarla hacia abajo; pero solo agarró un puñado de aire. Sin embargo, no tuvo tiempo de asombrarse, de mirar y comprobar que habían retirado la manilla exterior, que el negocio estaba cerrado, porque al mismo tiempo que ejecutaba ese movimiento, descubrió en un rincón de la vitrina una cabeza que se parecía mucho a la suya.

En un comienzo pensó que se trataría de su propia imagen reflejada sobre aquel cristal tan limpio; pero al contemplarla con mayor detención, se dio cuenta de que era una cabeza modelada en cera. Ya la noche se acercaba y no pudo determinar de qué color eran los cabellos ni los ojos que lo miraban con la fijeza del vacío que escondían tras ellos. Pero se parecían a los suyos.

El descubrimiento no lo asombró verdaderamente. Fue como si esa expectación que había experimentado al avanzar por la calle hubiese hallado de pronto una respuesta. Esto es, se dijo, lo que tenía que encontrar.

Miró la cabeza durante algunos segundos y luego se distrajo, cogido así, de pronto, por las voces de un grupo de personas que avanzaba por la calle. Mañana tendré que volver a verla, pensó, comprobar si en realidad se parece a mí. Y se unió a los que descendían hacia la plaza. Prefería caminar entre los demás, aun cuando no los conociera, aun cuando permaneciese mudo en medio de las conversaciones. Siempre se había sentido menos solo en esa forma.

Ya en la plaza se subió a un tranvía y fue solo al llegar a su casa cuando se dio cuenta de que no había comprado la pasta para afeitarse. Decidió ir rápidamente a la farmacia del barrio y alcanzó a llegar en los momentos en que su amigo cerraba las rejas metálicas.

—¡Don Carlos! Vengo a comprarle un tubo de pasta de afeitar.

—Cómo no, don Andrés. Llega muy al justo. Estaba a punto de cerrar —respondió el boticario, y abrió el cajón donde escondía los tubos y, al mismo tiempo que le deslizaba uno entre las manos, murmuró—: Para usted, don Andrés, para usted.

Mejor, se dijo Andrés al volver a su casa, así no tendré que emplear el jabón con que me lavo las manos para afeitarme mañana. Siempre se me echa a perder el cutis cuando lo hago. Y al ir a cerrar la puerta, recordó de pronto la cabeza en la vitrina. Sonrió para sí; pero nada le dijo a su esposa, que lo esperaba de mal genio en la cocina.

—¿Andrés?

—Sí, soy yo.

—Ya va a estar lista la comida.

Y por la forma como lo dijo, Andrés comprendió que le reprochaba una vez más el que no ganara lo suficiente para que pudiesen pagar una sirvienta. Como de costumbre, se sentó a esperar en la salita, sin sacarse el abrigo, porque hacía frío, y empezó a leer los resultados de las carreras de caballos en el periódico.

Estaba lavándose los dientes en la sala de baño cuando se miró de pronto en el espejo y vio su rostro reflejado, el rostro y el cuello, como si la cabeza hubiese estado separada del resto del cuerpo.

—¿Sabes? —le gritó a su esposa.

—¿Qué?

—Esta tarde...

Pero dejó la frase en suspenso. Volvió a mirarse y se preguntó si en verdad la cabeza de la peluquería se parecería a la suya.

—¿Qué te pasa? —Marina gritó desde el cuarto.

—Nada.

Y no volvieron a hablarse esa noche. Pero no por eso dejó de pensar en su descubrimiento. Para empezar, le costó gran trabajo quedarse dormido. Escuchó el reloj de la plaza dar las diez, las once después, y tal vez medianoche. Ya se habían acostumbrado a escuchar las campanadas y por eso no las oían; pero esa noche las contó una a una aguardando que el sueño llegara. A su lado Marina dormía. Como de costumbre, mascullaba frases ininteligibles, reía de repente con una risita súbita que a él siempre que lo despertaba le producía un cierto malestar, miedo quizás. Ahora la escuchó reír en dos ocasiones y se dio vuelta para ver si le sucedía algo. Solo alcanzó a percibir la forma del cuerpo cubierto por la sábana y algo que nunca había notado: Marina tenía una red de venitas rojas sobre las mejillas. Quince años que vivo a su lado, que duermo así, tan junto a ella, se dijo Andrés, y la verdad es que nunca antes me había fijado que tenía una red de venitas rojas en las mejillas. Lo cierto es que no me fijo en muchas cosas. Ni siquiera en mí mismo... Y entonces debe de haberlo atrapado el sueño, porque los recuerdos se hicieron confusos.

En la madrugada, sin embargo —tiene que haber sido cerca del alba, porque divisó bajo las cortinas una línea de luz—, despertó de pronto y se dio cuenta de que había estado soñando con algo importante. ¿Qué era?, se dijo. ¿Qué sería? Y como una de esas imágenes súbitas a través de las cuales se puede reconstruir todo un sueño, entrevió su gesto: el de agarrar la manilla y bajarla, una manilla que no existía, y entonces comprendió que en realidad había estado soñando con su propia cabeza, reproducida en cera, que lo miraba desde el fondo de la vitrina.

Salió de la oficina más temprano que lo habitual. Pretextó un compromiso familiar, pidió permiso a su jefe y media hora antes de lo acostumbrado se encontró en la calle de la peluquería. Pero una vez allí tuvo temor de seguir avanzando. No logró explicarse muy bien de dónde provenía la sensación. Desde el día anterior, lo había notado, tenía una tendencia absolutamente nueva de analizarlo todo. Se detenía frente a los sentimientos que experimentaba, frente a sus gestos y a sus palabras, como antes, cuando había tratado de estudiar medicina, se inclinaba sobre las láminas anatómicas. Con la misma intensidad con que entonces trataba de perseguir a través de los músculos el trayecto de un nervio, buscaba ahora de dónde provenían todas aquellas sensaciones que lo hacían reaccionar. Quizás, se decía, siempre las he tenido y nunca, nunca antes, me había detenido a pensar en ellas. Lo cierto es que ahora, durante la noche y durante todo aquel día, se había preocupado tan solo de averiguar los por qué y los cómo. El resultado no era brillante: no logró descubrir las fuentes, y el jefe, en dos ocasiones, le llamó la atención por errores que descubrió en sus cálculos.

—¿Qué le pasa, Andrés?

—Nada, don Julio. ¿Por qué?

—Amaneció distraído hoy día. Usted que nunca se equivoca...

—Así es, don Julio.

—Y tiene otra cara también.

—¿Otra cara?

—Sí. Como si se la hubieran cambiado durante la noche.

Y don Julio celebró su propia salida con grandes risotadas. Don Julio era su mejor propagandista. Era muy enfermo también y las risas pronto degeneraban en crisis de asma que lo hacían desaparecer durante horas en la sala de baño.

Y cuando fue a pedir autorización para retirarse más temprano, el jefe comentó:

—¿No ve? ¿No le decía yo? Algo raro tiene usted hoy día. No vaya a ser cosa... No se le olvide, Andrés, que usted es un hombre casado, serio, con responsabilidades. ¡Un queltehue en jaula!

Y buscó aprobación a su alrededor, riendo él por anticipado. El eco de aquella risa volvió ahora casi como el estribillo de una canción. Lo escuchó ahí, en la calle, mientras se decidía a avanzar hacia la peluquería. ¿Será don Julio que me anda siguiendo?, pensó Andrés, y se dio vuelta con bastante temor. Pero solo vio avanzar por la vereda a un niño que traía un tarro de leche entre las manos. Al pasar junto a él, y como Andrés lo mirara, le sacó la lengua y siguió caminando tranquilamente.

Más complicado se sintió. Le parecía que todas esas eran advertencias, signos emitidos de quizás dónde por quizás quién. Sin embargo, no pudo

impedir que su pie derecho diera un paso hacia adelante y que el izquierdo lo siguiera.

Al detenerse frente a la vitrina, no quiso en un comienzo mirar hacia el rincón donde el día anterior había visto la cabeza. Se engañó a sí mismo contemplando la botella, los jabones y el tubo de pasta de afeitar. Ahora ni siquiera necesito comprarlo, se dijo, ahora no tengo una excusa. Y mientras se hablaba a sí mismo, casi involuntariamente, y de reojo, buscó la cabeza. Ahí estaba, donde mismo.

Desde chico Andrés había rehuido los espejos y todo lo que le devolviera su imagen. Entonces, colocado frente a sí mismo, lanzaba grandes gritos y comenzaba a sollozar. Luego, con el transcurso de los años, logró dominar aquello. Pero algo subsistía. Por ejemplo, cuando alguien hablaba de él, Andrés cambiaba rápidamente el rumbo de la conversación. Y jamás nadie, ni siquiera Marina, lo escuchó referirse a sí mismo. Por eso tal vez no había progresado en su trabajo: a los cuarenta años, y habiendo ya cumplido más de veinte en la oficina, ocupaba un puesto muy semejante en responsabilidades y salario al que tenía cuando entró a trabajar.

Así, al ver la cabeza, experimentó (y nuevamente anotó en su conciencia esta reacción) un sentimiento de rechazo. Pero decidió vencerlo y mirarse o, más bien dicho, mirar la cabeza.

En realidad, se parecía mucho a él. Más aún, casi diría que alguien la había esculpido teniéndolo a él, Andrés, como modelo. La nariz era la misma, los ojos idénticos, en forma y color, y el cabello estaba peinado hacia atrás, tal como el suyo. Lo sorprendió el parecido de algunos detalles: las comisuras de los labios, por ejemplo, un poco caídas, lo que le daba a ratos una expresión de alguien vencido; o bien la forma como los molares se diseñaban apenas bajo la piel (palpó los suyos para comprobar la similitud), y las pestañas muy cortas, lo que a ratos lo hacía parecer miope. Es verdad que él no tenía en su mente una imagen muy precisa de su rostro. Su rechazo de los espejos lo hacía olvidar a ratos cómo era. Sin embargo, se reconocía ahí. No había la menor duda: esa cabeza era la suya.

Quiso, naturalmente, entrar en el negocio para averiguar; pero tal como la tarde anterior, la puerta no tenía manilla y, cuando la empujó para ver si aún no habían cerrado, sintió una fuerte resistencia ejercida contra su cuerpo, como si alguien lo empujara a él. Volveré mañana, se dijo, mañana averiguaré.

Nuevamente cruzó al niño que regresaba con el tarro lleno de leche. Este lo miró, le sacó la lengua y siguió su camino. Andrés experimentó el deseo súbito de correr tras él y golpearlo; pero se retuvo y bajando hacia la plaza, tomó un tranvía en dirección a su casa.

Marina, o más bien la voz de Marina, lo recibió:

-Tan temprano que llegaste.

-¿No te gusta?

-La comida no está lista.

-Te pregunto si no te gusta.

-¿Qué?

-Que haya llegado más temprano.

No respondió. Y Andrés se sentó en el sofá, desdobló el periódico y, en lugar de leer los resultados de las carreras, por primera vez en quince años se preguntó por qué su esposa no le respondía.

* * *

El día siguiente era sábado. Lo había olvidado por completo, y cuando se dio cuenta de ello, pensó que si no iba a la peluquería en la mañana, corría el riesgo de encontrarla cerrada.

Esta vez no se atrevió a pedirle permiso a don Julio. Simplemente desapareció de pronto, bajó corriendo las escaleras y se perdió entre la muchedumbre que a esa hora, y por ser sábado, llenaba las calles.

Le costó más que otras veces llegar donde deseaba: en todo momento se le cruzaban por delante hombres que sostenían entre los brazos paquetes de frutas tan grandes como niños o mujeres que arrastraban niños que apenas podían caminar con los zapatos recién comprados.

Sin embargo, tras algunos esfuerzos, logró abrirse paso y se encontró frente a la vitrina, frente a la cabeza, frente a la puerta que, al igual que otras veces, estaba cerrada y sin manilla.

Todo el impulso que lo había llevado hasta allí chocó contra él mismo, lo hizo sentirse mal. Durante algunos segundos pensó que iba a tener que pedir ayuda. La sangre se le agolpó a nivel del rostro, y después experimentó un frío intenso en las manos y en los pies. Pero pronto se sobrepuso y decidió hacer algunas averiguaciones.

Cruzó la calle y entró en el negocio que había frente a la peluquería.

-¿Señor?

La vendedora estaba atendiendo a un niño y le hablaba a él al mismo tiempo. Había entreabierto la cubierta de cristales y su mano reptaba entre las cajas llenas de lápices, de gomas, de sacapuntas.

-¿Señor? -volvió a preguntar.

-Quisiera -y la voz se le atragantó-. Atienda al niño. Yo puedo esperar.

A su espalda, se alineaban algunos libros y había cuadernos dispuestos en rumas. Frente a él, descubrió un mapa de Norteamérica con los diferentes Estados delimitados por colores violentos. El niño permanecía inclinado sobre la caja llena de sacapuntas y Andrés no alcanzaba a verle el rostro.

—Ese, ese... —exclamaba indicando con su dedo, y la mano de la vendedora iba levantando anteojos de larga vista, radios, barcos y automóviles, todos diminutos, en busca de lo que aquel cliente deseaba.

El hombre miraba la nuca del niño, los hombros, la espalda. Y empezó a descubrir cosas que nunca antes había visto. La forma como los cabellos terminaban en una especie de cola, por ejemplo, suave, muy suave. Y la manera como el músculo que corría a lo largo del cuello (todavía recordaba su nombre: esternocleidomastoideo) parecía abrazarlo e irse a insertar adelante, en un lugar que él, donde permanecía, no alcanzaba a ver. Hizo deslizar su mirada a lo largo del cuerpo del muchachito y descubrió que se erguía en la punta de los pies, las piernas y la espalda tendidas como la cuerda de un arco, para alcanzar a distinguir y determinar el sacapuntas que buscaba.

—¡Eje!—gritó de pronto, y la vendedora extrajo un espejo al cual se añadía en su parte posterior un sacapuntas. Se lo pasó al niño y la mano de este se cerró sobre el objeto como si agarrara una joya.

Sin embargo, antes que lo hiciera, Andrés alcanzó a ver reflejado en él su ojo, el derecho, un ojo redondo e inmenso, ya que el espejo aumentaba las imágenes, que lo miraba.

Era la primera vez que esto sucedía. La primera vez que veía uno de sus ojos así, hasta en sus mínimos detalles. Y aun cuando la reflexión fue de una rapidez extrema, permaneció en él. Así es mi ojo, se dijo, así es como yo miro.

El niño pagó y salió.

—¿Señor?

Y la voz de la mujer se mezcló al ruido metálico de la caja registradora. Ello pareció deshacer el clima que se había producido y Andrés no supo cómo explicar lo que deseaba. Decidió adquirir algo entonces. Mientras me lo empaqueta podré averiguar lo que deseo, se dijo.

—Ese mapa...

—¿El de los Estados Unidos?

—Sí.

La vendedora lo descolgó y, colocándolo frente a él, dijo:

—Es nuevo.

Andrés no supo muy bien a qué se refería. Por lo demás, temeroso de preguntar lo que en realidad quería saber, había fijado toda su atención en el mapa, en especial en uno de los Estados teñido de un color verde, sobre el que leyó la palabra Arkansas. La repitió en voz alta:

—Arkansas.

—¿Cómo?

—Nada. Aquí dice Arkansas.

La mujer se inclinó para leer y Andrés miró su nuca. Era muy distinta a la del niño. Por primera vez se daba cuenta de ello. Las mujeres, se dijo, tienen la nuca muy diferente a la de los hombres. Y pensó en la de Marina, mientras se peinaba frente al espejo, y una de aquellas imágenes que había visto cien, quizás mil veces, lo llenó de pronto. La nuca de Marina era más ancha y los cabellos no terminaban en una cola, sino que se disparaban hacia los lados, rebeldes, aun cuando las horquillas tratasen de mantenerlos en su lugar.

—Así es —concluyó la vendedora—. Dice Arkansas.

—Lo voy a llevar entonces.

Ella no hizo el menor comentario. Empezó a enrollar el mapa y luego sacó de uno de los cajones una hoja de papel y, con ella, lo enrolló. Fue entonces cuando Andrés aprovechó para preguntarle acerca de la peluquería.

—No; No sé —respondió la mujer—. Tiene un horario muy elástico.

—¿Elástico?

—Quiero decir, a veces está abierta y a veces está cerrada.

—Ah.

Salió nuevamente a la calle con su compra bajo el brazo. Permaneció en la vereda sin saber a dónde dirigirse, contemplando esa cabeza; que lo miraba desde la vitrina, enfrente.

De pronto sintió vergüenza. Como si me estuvieran desnudando en la vía pública, pensó, y se asió como un náufrago a ese mapa que había adquirido. Nunca antes había experimentado esta sensación de saber cómo era su cuerpo, su cuerpo de pie sobre la vereda, y su cabeza colocada allá sobre un pedestal. Supo exactamente qué sucedía con sus pensamientos, cómo recorrían caminos después que habían sido enunciados y emergían a través de las manos, de los ojos, de todos sus gestos. Hasta ese minuto había existido como una máquina, algo que otro ponía en movimiento, y ahora se daba cuenta de que ese otro era él mismo, él quien apretaba el botón, él quien desencadenaba toda la serie de impulsos que lo hacían ir y venir. En otras palabras vivió y se contempló vivir al mismo tiempo. Eso era lo que lo hacía sentirse desnudo.

Decidió volver a su casa. Marina debe de estar esperándome. Le gusta almorzar a la hora los sábados. Le gusta lavar después la loza guardarla en el mueble, suspirar mientras lo hace, y por último venir a desplomarse frente a mí agotada, sin decir una sola palabra, pero de mostrándomelo hasta la saciedad.

Se abrió paso entre la muchedumbre que se agolpaba frente a la vitrinas. Había una cierta atmósfera de festividad. Todos compraban, todos caminaban rápido, todos iban y venían con una cierta determinación, como si poseyeran una meta. Tuvo que esperar mucho rato en el paradero del tran-

vía, y de pronto pensó que no podría llegar a su casa con aquel mapa bajo el brazo. ¡Qué diría Marina! ¡Cómo le echaría en cara aquellos gastos inútiles! Lo primero que se le ocurrió fue botarlo y buscó dónde hacerlo. Al darse vuelta, percibió al niño que había visto en la tienda, de pie, no lejos del lugar en que se encontraba.

Sostenía en su mano derecha el espejo. La luz del sol (ese día por casualidad había sol) caía recto sobre él y la superficie pulida lo transformaba en un rayo sumamente poderoso que el niño se entretenía en hacer danzar sobre la gente.

—Toma —le dijo Andrés acercándose—. ¿Te gustaría esto?

El niño aceptó el mapa sin decir una sola palabra, lo desdobló, lo examinó y luego, con toda naturalidad, se lo devolvió.

—¿No lo quieres?

El niño dijo que no con la cabeza.

—¿Por qué?

Pero en ese instante divisó su tranvía y corrió hacia él. Al pasar junto al canasto de los desperdicios, arrojó el mapa dentro. Fue entonces, al ir a subirse al tranvía, cuando sintió un dolor a nivel del cuello, algo así como la picadura de un insecto. Miró hacia atrás, y descubrió al niño. Dirigía hacia él ese espejo incendiado.

* * *

El domingo, mientras estaban en el cine, Marina trató de tomarle la mano. Siempre lo hacía. Una especie de costumbre casi. Durante quince años que habían estado casados, durante los setecientos ochenta domingos que habían ido al cine, Marina, apenas se apagaban las luces, rozaba su mano y la envolvía en la suya. Casi siempre Andrés ignoraba aquel gesto. No lo sentía verdaderamente. Dejaba su mano en la de su esposa, sin moverla, como algo que no le perteneciera. A lo más, cuando salían del teatro, se la limpiaba con el pañuelo, porque las manos transpiraban.

Pero ahora experimentó un rechazo casi físico. Quiso sustraerse, quiso cambiarse de asiento, quiso estar lo más lejos posible de ese ser que sentía respirar a su izquierda y mordisquear de vez en cuando los caramelos que le había obligado a comprar en el intermedio. Pero la mano de Marina no parecía darse cuenta de estas reacciones. Agarró lo que consideraba suyo y se enfrascó en las imágenes que se sucedían frente a ellos.

No voy a poder soportarlo, pensó Andrés. Algo debo hacer.

Marina tenía un sistema para desenvolver los caramelos empleando una sola mano. Mordía el extremo del celofán y, con la mano libre, despegaba el papel. La acción iba acompañada por un ruido bastante fuerte, que a

veces despertaba críticas entre los vecinos. Marina los ignoraba. Ahora, cuando Andrés se dio vuelta hacia ella para hablarle, la vio con un caramelo entre los dientes y de pronto se le ocurrió estar mirando una culebra con la lengua pronta a clavarse en su presa. Retiró la mano con violencia y Marina, sin despegar los ojos de la pantalla, exclamó:

—¿Qué te pasa?

—Voy a salir un rato.

—¿Te sientes mal?

—Necesito respirar un poco de aire.

Sin más, se levantó. Cruzó el pasillo como un sonámbulo, se enredó en las cortinas de felpa y, por último, emergió en el vestíbulo, donde la vendedora de caramelos contaba los billetes al pie de una pareja fotografiada en un momento comprometedor.

Encendió un cigarrillo. Dio algunos pasos. Contempló, sin verdaderamente verlas, las fotografías de propaganda. De súbito, recordó la cabeza en la vitrina. ¿Si fuera a verla?, se dijo. Esa calle no queda muy lejos del cine. Podría ir y volver mientras termina la película. Y antes de que pudiera seguir razonando, se encontró en la calle rumbo a la peluquería.

El centro de la ciudad en esa tarde de domingo presentaba un aspecto desolado. No había mucha gente y la fuerza con que brillaban los letreros de luz neón parecía acrecentar la sensación de soledad. Algunos solitarios se erguían junto a los escaparates. Otros estaban detenidos en la esquina de las calles, fumando, esperando, mirando. Un hombre, cuando él cruzó, le clavó los ojos, unos ojos negros sobre los cuales la mirada resbalaba.

Por fin llegó a la peluquería y se detuvo. Al descubrir que la cabeza todavía estaba ahí, experimentó un gran alivio, algo parecido a la primera vez que la había visto, cuando sintió que iba a encontrar un objeto de importancia. En una forma bastante especial, se supo más completo.

Sin embargo, de inmediato algo lo sorprendió. En un comienzo no supo qué era; pero al volver á contemplar la cabeza, vio que los cabellos estaban peinados de manera diferente. Antes lo habían estado hacia atrás, como los suyos, en cambio ahora percibió una partidura al lado izquierdo. Aquello le otorgaba a la cabeza un aspecto muy distinto, tanto que si hoy la hubiese descubierto no le habría llamado la atención quizás el parecido.

Debió de pasar mucho rato mirándola, porque cuando volvió al teatro la función ya había terminado. Marina estaba en la acera, rodeada por algunos ociosos, gesticulando y gritando. Había llamado a la policía. Y Andrés no tuvo tiempo para inventar alguna explicación, de modo que permaneció frente a ella, mudo, como vulnerable ante todas las preguntas e invectivas que le lanzaba. Prefirió seguirla hasta la casa, subir con ella las

escaleras, desvestirse y, aun en la oscuridad, seguir escuchando ese monólogo en el cual ella vaciaba su miedo, su cólera y su insatisfacción.

Andrés no se durmió. De espaldas en el lecho, los ojos clavados en el techo, aguardó que la línea de luz apareciese bajo las cortinas y entonces despertó a Marina.

-¿Qué pasa? -preguntó esta irguiéndose.

-Marina, me voy a ir.

-¿Qué?

-Me voy a ir.

-¿A esta hora? ¿A dónde?

-Quiero que me dejes ir. Quiero separarme.

-No seas tonto -respondió Marina-. Si estás molesto en cama, levántate; pero déjame dormir.

Y se dio vuelta hacia su rincón. A los pocos segundos dormía. Y en su sueño, hablaba como de costumbre. Y reía. Andrés le escuchó decir: "¿Irte? ¿Adónde? No seas tonto. No te irás a ninguna parte. Nunca".

A la mañana siguiente su venganza fue otra: el silencio. No contestó a su saludo, no le avisó que el desayuno estaba listo, ni siquiera se quejó. Andrés también permaneció mudo. Y en las piezas empezó a flotar una atmósfera de tempestad. El hombre la percibió desde la sala de baño. La sintió crecer casi como una presencia, y cuando la angustia verdaderamente empezó a ganarlo, miró el espejo buscando tal vez apoyo. Fue entonces cuando se dio cuenta de que, en forma absolutamente inconsciente, había peinado sus cabellos hacia el lado, con una partidura a la izquierda.

Marina estuvo a punto de decir algo cuando entró en la salita; pero se retuvo. Bebieron el café en silencio y Andrés partió a su trabajo.

En la oficina lo recibieron con grandes muestras de regocijo.

-¿Qué te pasó, hombre? ¿Quieres esconder la calvicie?

-¿Estás tratando de verte más joven? ¡Ten cuidado de no aparecer con pantalones cortos mañana!

-Se ve mucho más joven -interpuso la señorita Elvira, hablando en su favor.

-Más joven, sí -comentó don Julio-, pero más deshojado también.

Y crujió de risa y asma con su salida que nadie, ni siquiera él mismo, comprendía.

A mediodía, antes de volver a almorzar, fue a comprobar si el parecido subsistía con este nuevo peinado. Se mantuvo frente a la vitrina, comparándose. Sí, se dijo, me parezco. Por primera vez he sido fiel a la imagen de mí mismo. Ahora me reconozco. Y se sintió muy contento, tanto que ni siquiera se le ocurrió ver si la puerta estaba abierta o no.

A través de los visillos, contemplaba a un niño que jugaba en el patio.

Había amarrado un tarro a la cola de un gato y perseguía al animal, obligándolo a brincar. El ruido, como de campanadas, llegaba hasta su ventana.

—Marina, la otra noche...

—¿Qué pasa? —contestó la mujer, que iba y venía por el cuarto, ordenándolo todo, abriendo y cerrando puertas, como si lo hiciera de adrede.

—La otra noche te pedí que me dejaras ir, partir. En fin, que me dejes libre.

—¿La otra noche? No me acuerdo. ¿Cuándo?

—¿No te acuerdas que nos despertamos y yo te lo pedí?

—No. No me acuerdo.

El gato se había refugiado en un rincón (Andrés lo veía a través de los visillos, porque no miraba a su esposa al hablarle, le daba la espalda) y el niño estaba arrodillado sobre las baldosas y, armado de un palo, trataba de hacerlo abandonar su refugio.

—Ahora te lo pido de nuevo, Marina. Deja que me vaya.

—¿Pero adónde te quieres ir? ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero que nos separemos.

—¿Quiénes?

—Tú y yo.

—¿Que nos separemos? Estás loco, Andrés. ¿Que nos separemos por qué?

—Quiero empezar de nuevo. Todo. Quiero empezar desde un comienzo.

Como soy.

—¿De qué estás hablando?

—Ya dejé mi trabajo en la oficina. Dije que me retiraba.

—Supongo que serán bromas —replicó Marina, y salió de la pieza.

El niño había logrado que el gato emergiera de su escondite. Andrés lo vio correr a través del patio, perseguido por el tarro amarrado a su cola. Lo vio arrancarse, sin comprender de dónde provenía aquel ruido, sin escucharlo tal vez, preocupado tan solo de escapar. El niño iba tras él, blandiendo el palo, gritando. Y hasta él, a través de la ventana, a través de los visillos, llegaban los ruidos de la escena. De pronto, el gato se detuvo frente a una puerta de vidrio. Se asustó al encontrarse frente a su propia imagen reflejada ahí. Se inmovilizó un instante. Se miró.

—No sé de dónde sacas esas ideas —interpuso Marina, entrando con un nuevo cargamento de loza—. Alguien te las ha estado metiendo en la cabeza.

—Marina, tengo que irme. Tienes que dejarme.

—Quédate callado y guarda estos platos en el armario.

El gato se había dado vuelta y enfrentaba al niño. Cuando este volvió a amenazarlo, el animal saltó sobre él, lo rasguñó. El muchacho retrocedió. Quiso por última vez utilizar su arma; pero el animal se mantuvo firme, mirándolo, con las garras prontas, como si fuese un tigre.

—Todavía no has guardado los platos. ¡Andrés! ¿Qué es lo que te pasa?

Cualquiera diría que tenemos una empleada para que haga el aseo, cualquiera...

Pero la frase quedó inconclusa. Andrés se había dado vuelta, la miraba.

—Marina, tienes que dejarme...

—Yo creo que estás enfermo. ¿No será mejor que te acuestes?

—Marina, por favor.

—Andrés —contestó con toda calma. Se había recuperado ya y nuevamente lo desarmaba con su voz—, ¿no te das cuenta de que estamos casados y que nunca, nunca te irás a ninguna parte?

Se dio vuelta hacia la ventana. El niño había desaparecido y, en el centro del patio, el gato roía con sus dientes el cordel que rodeaba el tarro.

Cuando por fin entró en la peluquería, la puerta tampoco tenía manilla. Pero con solo tocarla, cedió.

—¿Hay alguien? —preguntó Andrés.

No parecía. El negocio estaba a oscuras y solo distinguió los níqueles de los asientos, de las tijeras sobre la consola, de una caja llena de polvos que había cerca del espejo.

—¿Hay alguien? —volvió a preguntar, y como esta vez tampoco hubo respuesta, decidió entrar.

Avanzó por el piso que estaba recubierto de ladrillos. Sus pies se deslizaban casi sobre ellos. Los deben barrer a menudo, pensó Andrés.

Deben barrer los cabellos que caen al suelo, los cabellos rubios, los oscuros, los blancos, todos amontonados en un rincón, reunidos por la lengua silenciosa de una escoba envuelta en un trapo. Y experimentó una gran tranquilidad al saber que ahí adentro existía un cierto orden, una cierta limpieza. Todo estaba donde debía estar. Miró a su alrededor y vio el mechero de gas, apagado ahora, donde sin duda desinfectaban los instrumentos; las peinetas alineadas y la navaja junto a la tabla, paralela a la tabla, a esa tabla recubierta por un trozo de cuero, donde afilaban la hoja; las toallas limpias dispuestas en ruma, lo mismo que los paños de hilo y el algodón encerrado en un recipiente de metal que brillaba, que relumbraba más bien, al igual que los otros níqueles, en la oscuridad.

Andrés se dirigió a la vitrina y la abrió. Ahí estaba la cabeza que le mostraba su nuca ahora. Se preguntó si también se parecería a la suya, y, con gran lentitud, extendió sus manos hacia los cabellos y los rozó apenas. Luego agarró la cabeza y la dio vuelta hacia él. La mantuvo así un instante todavía muy cerca de él, como quien junta un espejo al rostro, y la miró en los ojos.

No vio el vacío. No, esta vez aquellos ojos le devolvieron una imagen absolutamente clara y precisa, la suya. Y de inmediato comprendió la incongruencia que existía entre ella y lo que había vivido hasta ahora. Todo lo que había vivido hasta ahora: desde su trabajo en la oficina hasta Mari-

na, desde su interés por las carreras hasta Marina, desde sus idas al cine hasta Marina.

Al salir, tomó las tijeras que estaban sobre la mesita y las guardó en su bolsillo.

Todo se llevó a cabo sin grandes preparativos. Subió las escaleras hasta llegar a su casa, abrió la puerta, escuchó en la oscuridad la voz de su esposa que preguntaba si era él. Le contestó que sí. Sacó las tijeras de su bolsillo entonces y, sin encender la luz, entró en el dormitorio. Marina estaba acostada, vuelta hacia el muro, arropada en su silencio como en una sábana. Se acercó a ella y le enterró las tijeras en la espalda, una, dos, tres veces.

Después salió a la calle. Como era tarde, ya habían encendido los faros. En la vereda opuesta, vio a un niño que avanzaba trazando sobre el muro una raya con un pedazo de tiza. Se sintió súbitamente libre. Tuvo deseos de atravesar, de hablarle, de pedirle tiza y hacer lo mismo. Pero se mantuvo en su propia acera, sin saber qué hacer con esa sensación de libertad que experimentaba.

La azalea

- 1966 -

Está ahí, de pie bajo el sol, con un paquete en la mano derecha, rodeando con su brazo izquierdo la maceta de la azalea. La abraza casi y en su gesto se descubre toda la ternura con que uno envuelve lo que realmente ama.

Está ahí, bajo el sol, casi desde las once de la mañana. Ahora son las tres y el calor se hace insoportable. Ha tratado de refugiarse en el edificio de tablas que llaman estación; pero lo cierto es que adentro la atmósfera es aún más pesada y el aire hierve.

Le han dicho que tal vez habrá un tren en la tarde, al anochecer le han dicho. Nadie lo sabe con certeza. El jefe, un hombre de gorra azul y chaqueta cruzada, interrumpió apenas el diálogo que mantenía con otros ociosos para contestarle que no estaba seguro, pero que era posible que un tren se detuviera ahí esa tarde. Ya le avisarían.

Amador, que así se llama el hombre del paquete y la azalea, va a ver a su hijo al puerto. Le lleva la planta de regalo. Durante años la ha cuidado con verdadero amor, viendo convertirse la semilla en este pequeño árbol florecido que tiembla ahora bajo su brazo.

Nadie puede imaginar los cuidados que precisa una azalea, sobre todo en estos climas donde el sol arde y quema lo verde.

Bien lo sabe Amador. Una planta necesita crecer entre otras plantas, así como un hombre no madura solo, y por eso en un comienzo cobijó esta azalea en el centro del jardín. Pero apenas comprobó que las raíces estaban firmes, descuidó las otras plantas, las dejó morir bajo el calor y se preocupó exclusivamente de su azalea.

Día tras día, o más bien mañana a mañana, porque se levantaba con el sol y corría a ver la planta, esta le trajo compensaciones: una sospecha verde apegada al tallo principal que se transformaba luego en hoja y de hoja en rama; o la forma como la planta entera se erguía a medida que las raíces iban penetrando en esa tierra siempre blanda, siempre húmeda, que él mantenía así, lo suficiente para que la semilla floreciera ella también como un árbol invertido; o la expectación, una mezcla de alegría y miedo, al ver aparecer ese botón grisáceo que podía ser una peste y que finalmente se rompió dejando ver en su centro una pincelada distinta, la primera flor.

Todo esto le compensó desvelos, cuidados, temores y la enajenación que trae el entregarse a un trabajo o a una persona o a una planta.

¿Cuántos años? Era difícil precisarlo. Fue cuando su hijo partió al puer-to y él quedó solo, viudo, cuidando el jardín de ese convento, el único jardín en ese desierto, el que hasta entonces había trabajado con su hijo, que también se llamaba Amador. Entonces fue cuando decidió plantar una azalea y hacerla crecer. Una de las religiosas le dijo que era imposible, que en esa zona no crecían azaleas, que sus esfuerzos serían vanos. Pero él insistió. Encargó la semilla, preparó la tierra y la plantó. No era ajeno al esfuerzo y en el fondo de sí mismo creía en lo desesperado. ¿No le habían dicho acaso al nacer su hijo que no viviría? La madre murió al darlo a luz, y eso marca a un niño, le habían dicho. Llevará la muerte en el flanco como esos signos trazados con fuego sobre el anca de los vacunos. Pero él no quiso creerlo.

Le dio su nombre, lo bautizó Amador como él y se preocupó de que creciera. Así lo hizo. Nada en él hacía pensar en la muerte, salvo quizás esas ansias de partir que tuvo desde pequeño. Quería dejar ese desierto donde todo tenía el mismo color y viajar, ir hacia el mar que era como una puerta. Tal vez eso, se decía Amador el padre, tenga algo que ver con lo que predijeron, tal vez la tentación de partir, y partir siempre, no sea más que andar a la búsqueda de la muerte.

Un día, tal como lo había querido, se fue. En el último instante se dio vuelta hacia su padre y le prometió volver. Pero Amador, mirándole los ojos, supo que no cumpliría esa promesa. De ahora en adelante, se dijo, tendré que vivir solo. Y fue entonces cuando decidió cultivar una azalea.

¿Cuánto tiempo hacía? Muchos años, sin duda. Tantas cosas habían sucedido entre tanto. Las cartas de Amador, una al mes en un comienzo y luego cada vez más distanciadas. Esas cartas que le leía una religiosa, la misma que le había enseñado a escribir a su hijo y que nunca pudo enseñarle a él, porque ya estaba demasiado viejo. Y luego las cartas desaparecieron del todo, y ya nada le quedó salvo la azalea.

¿Cuándo pasó todo eso? En la misma época, o quizás algún tiempo después, la congregación partió. El convento fue transformado en escuela pública y ya no quisieron tener un jardín. Amador hubo de irse a vivir al otro lado del pueblo en una choza. ¿Cuántos años que sucedió todo eso? Para alguien que recorre la vida como el curso de un río, el tiempo no tiene mayor significado. Hay hechos, sí; pero las fechas se confunden. Por eso, si trata de ordenar lo que ha acontecido, no lo consigue. Todo es poco claro hasta el momento ese, y ese sí lo recuerda, cuando le dijeron que había llegado una carta para él. Hace apenas una semana. La escena está perfectamente grabada: él se yergue junto a la azalea, su mano derecha, más bien el índice y el pulgar de su mano derecha, van a arrancar una maleza que se

ha atrevido a crecer junto a la planta, y escucha la voz de Rosaura, la hija de Pedro, que desde lejos le grita que ha llegado una carta. Entonces, como una burbuja, algo surge en él desde muy adentro, desde una zona que creía olvidada, y se deshace muy suavemente en un nombre: Amador.

Es una carta de su hijo. Tiene que leérsela la señorita Elvira, la profesora, y lo hace con esa pronunciación silbante que a él le cuesta tanto comprender. En ella el hijo le dice que ha vuelto de un largo viaje, que ha recorrido el mundo (¡el mundo!, piensa Amador) y que quiere verlo. Está en el puerto, se quedará ahí un tiempo, y le manda dinero para el pasaje.

La señorita Elvira dobla cuidadosamente la carta y se la devuelve. Lo mira con cierto desdén y luego se da vuelta hacia el espejo, como si quisiera insinuar que la entrevista ha terminado. Y en ese segundo Amador lo decide: la azalea será para su hijo. Ahora lo comprende.

Esa es la razón por la cual la ha cuidado tanto. Quería regalársela a su hijo.

Y así hoy día está de pie al sol, con un paquete y la planta, esperando un tren que tal vez no llegue y sintiendo que los oídos le zumban por el calor.

El sol ya debiera ir caminando hacia el oeste; pero no, permanece en el centro del cielo como una mancha gris. Y la temperatura aumenta por segundos. Amador no sabe qué hacer, dónde esperar. Vuelve a mirar la azalea y ahora sí su corazón pierde un golpe, se detiene en el pecho y queda ahí muerto como una piedra: una de las hojas está absolutamente quemada; más aún, todo un lado de la planta, aquel que recibe el sol, parece chamuscado, tal cual si acabara de rozarlo una llama.

¿Es posible, Dios mío? Amador pierde la calma. Corre de un lado a otro. Va al edificio. Busca un lugar a la sombra. Pero el sol lo ha invadido todo.

Hay que actuar rápido, se dice. Hay que buscar agua y humedecer la tierra que está gredosa y del color del pelaje de un león. Se acerca al jefe, que sigue conversando con sus amigos, al sol, como si no hiciera calor, y pide:

—Sería tan amable...

—Acaban de avisar que hoy no pasará el tren.

—Sería tan amable...

—¿Que no me oye? No hay tren.

—No se trata de eso.

La conversación se interrumpe durante algunos segundos. Todos lo miran. Uno mordisquea un palo de fósforo, otro se rasca el cráneo y un tercero se limpia las uñas con un cortaplumas bastante grande. El jefe se echa la gorra hacia atrás y pregunta:

—¿Qué quiere entonces?

—¿Sería posible —comienza Amador— encontrar un poco de agua?

—Agua —el que se limpia las uñas levanta la mirada—. Es lo más difícil de encontrar en este lugar, mi amigo.

—Agua —repite como un eco, uno casi tan viejo como él, y mucho más chico, que hasta entonces no había visto. Los cinco hombres lo miran y, sin saber por qué, Amador se siente avergonzado de su paquete amarrado con cordeles.

—El agua está muy escasa, pero si quiere un trago de vino...

—Y ese que habla con el fósforo entre los dientes le alarga una botella oscura.

—No, muchas gracias. Quiero agua. ¿No saben dónde podría encontrar?

—Vaya a ver si le dan en el pueblo.

—Lo dudo —interrumpe el jefe—; pero pruebe, si quiere.

—Muchas gracias. —dice Amador, y se despide del único que no le ha hablado, ese que se rasca sin apuro, como si cumpliera una tarea.

Allá, no muy lejos, pero sí distanciado por esa neblina que lo esfuma, se divisa el caserío. No hay un verdadero camino que una el pueblo a la estación, sino una huella trazada en la arena por los pies de todos aquellos que han caminado hacia la línea férrea o han vuelto a sus casas. Amador la sigue y no mira a dónde pisa, porque toda su atención está concentrada en la azalea. Los pétalos de las flores han perdido su rigidez, ese algo vivo que antes hacía pensar, al verlas apenas sujetas a las ramas, que iban a alzar el vuelo en cualquier instante.

Y Amador experimenta un gran sufrimiento, porque esa es su planta y él la lleva de regalo a su hijo.

Tropieza y está a punto de caer. Se le ve zozobrar entre el cielo color arena y la arena color cielo, como un espantapájaros que de pronto hubiese cobrado vida. Y no quiere caer. Suelta el paquete y se aferra a la maceta, la abraza como si fuera un niño, y por último se desploma de rodillas, sujetándola sobre su cabeza. La ha salvado.

Se levanta. Está muy cansado y decide dejar el paquete ahí. Después, mañana, cuando vuelva a la estación, lo recogerá. ¿Y si se lo roban mientras tanto? No importa: está agotado. Sigue caminando entonces y cada paso le cuesta. Le duelen las piernas, sobre todo la izquierda. Ve que un hilillo de sangre ha ido trazando una huella roja sobre su zapato. Se levanta el pantalón y descubre a nivel de la rodilla una herida no muy grande, pero de donde la sangre mana en forma ininterrumpida. Recuerda que en su bolsillo guarda un trapo y con él se hace un vendaje. Durante algunos segundos la sangre se detiene; pero luego ve aparecer sobre la tela una mancha que crece como un animal que se expandiera dentro del agua. No importa. No tiene tiempo. En verdad está cansado y debe llegar al pueblo. Vuelve a tomar la azalea y sigue su camino.

Al detenerse frente a la primera casa, golpea y aguarda. No hay respuesta. Vuelve a golpear y, después de algunos segundos, empuja la puerta.

Esta cede sin dificultad y Amador se encuentra frente al desierto. Es una casa abandonada, con una sola pared, con una sola puerta que se abre hacia el mismo desierto que lo rodea.

Sigue entonces y lentamente se va internando en la única calle del pueblo. Pero ahora no se atreve a golpear. Temе encontrarse cara a cara con el desierto. Tal vez todas las casas han sido devoradas por él, y ahora no quedan sino las fachadas, las ventanas cerradas, las puertas que se abren sobre un paisaje de arena.

Y cuando por fin desemboca en una plazoleta, solo encuentra un banco bajo el sol y tres troncos que deben de haber sido árboles y que ahora no arrojan sombras. Amador se detiene junto a uno de ellos, mira su planta y comprueba que otra de las ramas ha sido sollamada.

Dios, Dios mío. Levanta su mirada hacia el cielo y el sol lo ciega. Algo debe hacer. Dios mío, no puedo dejar que se me muera así, aquí, entre los brazos.

De pronto ve aparecer un par de ojos en el intersticio de un postigo. Brillan entre las tablas, lo espían. Amador atraviesa la calle corriendo. Se detiene frente a la mirada y exclama:

—Por favor...

Pero de inmediato los ojos desaparecen.

Ya la azalea se inclina sobre sí misma. Da la impresión de que hubiese sido decapitada. Las hojas cuelgan lacias y envuelven las ramas como un verdadero sudario. No puede ser, piensa Amador. Todo esto es tanto, tanto, tanto tiempo, tantas cosas, yo entero. Y algo surge dentro de él, una rebeldía que desconoce, y comienza a gritar en plena calle:

—¡Por favor! ¡Por favor! ¡Por favor!

Varias ventanas se abren, algunas puertas también. Ve aparecer a las mujeres que lo han estado espionando, erguidas en los umbrales como fantasmas creados por el calor.

—Por favor...

—¿Qué le pasa? —una de las mujeres avanza hacia él.

—Señora, ¿me podría dar un poco de agua? Esta planta se me muere y la llevo de regalo a mi hijo. Es todo lo que le llevo.

—Ni siquiera tenemos agua para tomar.

—Pero mírela...

—Cómo se le ocurre que le vamos a dar agua para regar una planta.

Alguien ríe, no muy fuerte, y la risa corre a través de la calle y se pierde en el desierto, por donde él entró. La mujer se aleja, vuelve a entrar a su casa y a encerrarse. Las demás la imitan. Y después de algunos momentos queda solo. Ahora sí lo invade el desaliento. Comprende que la azalea ha muerto y que entre sus brazos sostiene el cadáver de algo que ama, ¿que

amó?, mucho. No sabe a dónde ir. Da un paso a la derecha, otro a la izquierda, camina como un ciego que pudiera encontrar un muro para orientarse. Y de pronto se halla frente al banco y se desploma sobre él, abrazado a lo que queda de su planta, enfermo, mucho más viejo que en la mañana, y siente que él también comienza a ser rozado por esa llama, la del sol.

Dos o tres horas más tarde, el sol apenas se ha movido. Hay alguien junto a él. Abre los ojos y en un comienzo solo ve un gran resplandor que lo inunda todo. Pero luego descubre en medio de esa ceguera la silueta de una persona que poco a poco se transforma en la de una niña, no muy alta, morena, de trenzas ralas.

—Señor... señor... —llama.

—¿Sí?

—No se quede aquí. Le puede hacer mal. Venga.

—¿Adónde?

—Yo conozco un lugar. Un lugar a la sombra. Ahí estará mejor.

Parece ser una capilla, o lo que queda de una capilla, un trozo de muro con un trozo de campanario de donde pende un cordel; pero no hay campana. En reemplazo se divisa ahora el cielo. Sin embargo, en la base de la muralla hay un espacio de sombra, lo justo para cobijarse en cuclillas, doblado sobre sí mismo, como le han dicho que uno se mantiene antes de nacer. Pero ya no sabe si alcanzará a llegar.

—Venga, apúrese. Que no nos vean.

Y la niña lo toma por la mano. Ese contacto le infunde valor. El hombre la mira. Ella tiene los ojos grandes y suaves de los que, como él, como él antes, no conocen angustia. Se siente reconfortado y piensa que tal vez esa cosa muerta que arrastra entre los brazos podría renacer.

—Siéntese. Aquí estará mejor.

—Gracias.

Amador quisiera decirle algo más.

—Gracias —repite.

—Ahora voy a tratar de conseguir lo que quiere.

—¿Qué?

—Un poco de agua para la planta. Quédese aquí, espéreme, yo ya vuelvo.

Abre la boca para contestar, pero un gran sollozo surge desde lo más profundo y le impide hablar. Como si hubiesen deshecho algún nudo que tuviera adentro. Se siente inundado por algo tibio, algo que no puede ser sino la ternura, y ese algo se desparrama por sus venas, lo recorre como una marea y de pronto comprende que está a la sombra, en un lugar a la sombra, y que es esa niña, esa que ahora se aleja, y que ni siquiera sabe cómo se llama, quien lo ha traído hasta acá.

Comienza a llorar. Sin desesperación, sin sollozos. Lentamente las lágrimas van resbalando por sus mejillas y caen dentro de la maceta.

Llora mucho, como una fuente que de pronto hubiera encontrado su salida. Y todas esas lágrimas que vienen desde algo que ha guardado durante mucho tiempo humedecen la tierra de la azalea. Esta se hace porosa, vuelve a adquirir su color oscuro, el color de la tierra fértil.

Se diría que una a una esas lágrimas van llegando hasta las raíces mismas de la planta. Nunca antes Amador se ha sentido tan comunicado con algo, ni siquiera cuando procreó, y por eso siente afluir a él memorias, rostros que tuvieron importancia, hechos, el convento, su esposa y, por último, un nombre que es el suyo, pero que para él representa a su hijo. Y con ese nombre en los labios, como si se llamara a sí mismo, cierra los ojos, deja que su vida se deslice como un río y sabe que ha llegado al mar.

Cuando vuelve la niña, ve al viejo abrazado a una planta distinta.

Un árbol todo florecido que tiembla entre sus brazos y que ella nunca ha visto antes.

Y como le parece que el hombre duerme, no se atreve a despertarlo.

El recién llegado

- 1966 -

La estación sin duda había sido construida en los alrededores del 1900. Tenía un techo de fierro y vidrios empavonados, a través del cual la luz se colaba con alguna dificultad. Además el humo de las locomotoras ascendía y estampaba los perfiles, de modo que visto así, desde abajo, el techo semejava una estructura casi mágica.

Al descender del tren, José Landa lo miró. De pie ahí en el andén, sujetando la pequeña maleta que era su único equipaje, alzó la cabeza y abarcó con una sola mirada esa especie de inmensa telaraña que se abría sobre él. Experimentó la sensación de haber caído en una nueva trampa. Y durante algunos segundos permaneció con la respiración detenida, el cuerpo tenso, igual que algunas noches antes cuando en esa calle estrecha y oscura había escuchado el silbato de la policía y tuvo la certeza de que lo iban a atrapar. Ahora un pito estridente volvió, como entonces, a romper el aire. Recordó con una claridad casi hiriente la otra escena: la humedad del asfalto, los haces de las linternas, y la presencia inminente, anónima aún, de esos dos policías que minutos más tarde lo agarraron por los brazos y lo condujeron a la comisaría. Pero ahora el sonido se acompañó de otros, y junto al pitazo hubo un rechinar de frenos, un gran jadeo, el que lanza lo que ha estado en movimiento y se ve, de pronto, obligado a detenerse. Fueron estos ruidos los que borraron en cierta forma la sensación anterior, y José Landa volvió a sentirse rodeado por personas desconocidas en la estación de esa ciudad nueva donde había escogido vivir.

Se unió a ellas. El grupo avanzaba hacia la salida. Algunos conversaban, pero los más caminaban en silencio, sujetando sus maletas, sus abrigo, sus paquetes. De pronto, al subir los escalones que lo llevaban a la calle, experimentó la sensación que precisaba. Se supo de pronto libre, más que libre, desconocido en un lugar donde nadie antes había visto su rostro ni escuchado su voz. Me siento bien, dijo José Landa. Aquí puedo empezar de nuevo.

La ciudad estaba ordenada en torno a un río que la dividía en dos zonas absolutamente determinadas. En la ribera izquierda, o sea en la que él se encontraba, las calles se distribuían en forma ordenada, trazadas casi por los mismos tomacorrientes de los tranvías, flanqueadas por casas altas, de fachadas grises, con balcones y volutas, un tanto heridas por el tiempo. Más

hacia el centro (y esto lo fue descubriendo a través de la ventanilla del tranvía en que subió) había edificios modernos, cuadrados todos, con trozos de materiales fluorescentes incrustados, no se sabía mucho por qué, en las paredes. Había letreros luminosos también. A esa hora, algunos ya estaban encendidos. Uno le llamó la atención. Primero aparecía una botella y luego, una a una, empezaban a diseñarse las letras bajo ella. Una L y una A y luego una N... José sintió un brusco sobresalto. ¿No será mi nombre?, se dijo.

¿No será mi nombre el que de pronto va a aparecer bajo esa botella en letras luminosas? Pero casi como una respuesta a su temor se diseñó una C y lentamente la palabra LANCASTER fue completándose.

José dejó escapar un suspiro, se relajó en su asiento y, con el pie, comprobó si aún estaba la maleta junto a él. ¡Qué tonto!, siguió pensando.

¿Por qué me asusto en esa forma? Nadie me conoce acá, nadie sabe que me he venido.

En la ribera derecha, la que estaba separada de él por las aguas del río, los edificios eran absolutamente distintos. Allá se alzaban torres y chime-neas, todo un conglomerado de fábricas sin duda, que, miradas así, desde este lado, semejaban castillos o fuertes.

El tranvía dobló por una calle más estrecha y de pronto desembocó en una plaza. Al fondo había una iglesia semidestruida. Pero ya habían comenzado los trabajos para reconstruirla y en torno a las paredes de ladrillos se alzaban andamios y una estructura que reproducía, en su esqueleto, lo que iba a ser el templo definitivo. El campanario se erguía como un perfil en medio del cielo y José, al mirarlo, experimentó una sensación de bienestar.

Decidió bajarse en el próximo paradero y buscar en los alrededores algún lugar donde alojarse.

Sin duda esta debía ser la parte más antigua de la ciudad. Las calles eran estrechas y caían sorprendentemente las unas en las otras a través de pequeñas escalinatas o de plazoletas insospechadas. No había árboles en las aceras ni plantas ni flores en las ventanas de las casas. Más aún, estas estaban protegidas por cortinas muy espesas. En una esquina divisó un hotel, el Hotel Mundial.

La sala de recibo era estrecha y muy calefaccionada. Un extenso mesón corría a lo largo y, tras él, se alzaba un hombre que después de consultar en un libro le dijo que había un cuarto libre. José Landa recibió la llave y ya se aprontaba a subir, cuando escuchó que le decían:

—Tiene que llenar la ficha, señor.

El hombre le extendía un trozo de papel color amarillo y, en su mano izquierda, sujetaba una lapicera; se la ofrecía. José Landa retrocedió casi instintivamente.

—¿Es necesario?

—Es la costumbre, señor.

—Quiero decir... ¿es necesario hacerlo ahora?

—Es preferible, señor.

José Landa se sintió nuevamente atrapado. Tal como en la estación, algo volvió a cerrarse en torno a él y la escena que había vivido algunos días antes en el cuartel de la policía se reactualizó.

—¡Nombre —preguntaba el teniente, sentado tras el escritorio—, edad, sexo, profesión!

Durante algunos segundos titubeó. A su espalda estaba la puerta de calle. Le habría sido fácil agarrar la maleta y correr hacia afuera, perderse nuevamente en esa calle de casas mudas. Pero comprendió que si lo hacía, no solo tendría que arrancarse de ese hotel, de ese barrio, sino también de la ciudad, y prefirió dominarse, dejar la maleta nuevamente sobre la alfombra y acercarse al mesón para cumplir con las formalidades.

Al llenar el acápite "nombre", escribió Ignacio Marten.

* * *

A la mañana siguiente, al abrir las ventanas de su cuarto, vio que sobre la ciudad resbalaba un sol tibio. A través del río se divisaban las torres de las fábricas y por las chimeneas se arrancaba un humo lento que muy luego se disolvía en el espacio. José Landa sintió una inmensa sensación de bienestar. No voy a comenzar a buscar trabajo todavía, se dijo. Tengo algún dinero ahorrado y prefiero dejar que se escurran algunos días para así conocer la ciudad y poder familiarizarme con las calles y los diferentes barrios. Se lavó, por lo tanto, se vistió y salió a recorrer.

A esa hora la gente ya estaba trabajando. Uno que otro transeúnte circulaba por las calles; pero eran escasos. José Landa echó a caminar con gran energía, la cabeza alta y la mirada recta. Recordó que en los últimos tiempos en su ciudad natal siempre iba deslizándose apegado a las murallas, sin levantar la vista, tratando de evitar a los conocidos. Eso casi había logrado crearle una segunda naturaleza. Pero ahora se sintió nuevamente dueño de sí, de sus movimientos, de sus gestos, de lo que iba y no iba a hacer. Súbitamente el mundo, o por lo menos esa ciudad, se le antojó un lugar donde todavía era posible escoger.

Cruzó la parte céntrica de la ciudad y, a través de los cristales de las vitrinas, iba mirando a los dependientes. En una perfumería, por ejemplo, se detuvo a mirar a dos muchachas rubias que conversaban animadamente entre los frascos de perfume. Tenían los ojos maquillados y los cabellos de un rubio muy intenso se disponían sobre sus cabezas en estructuras casi increíbles. José Landa pensó que se parecían mucho a las dependientes de

perfumerías que había conocido en la anterior ciudad; pero estas algo tenían de diferente: eran desconocidas. De pronto las muchachas se sintieron observadas y miraron hacia la ventana. José Landa se turbó, bajó la vista y siguió su camino.

Poco a poco fue abandonando las calles donde se encontraban las grandes tiendas e internándose en un barrio que sin duda era más residencial. Ya debía ser cerca de mediodía, porque, de pronto, al cruzar una bocacalle, se abrieron las puertas de un edificio que ocupaba la esquina y un grupo de niños emergió gritando, sujetando bolsones, amenazando en cierto momento con botarlo. Dos de ellos jugaban con una pelota, y de pronto esta vino a dar a sus pies, y José Landa tuvo el súbito impulso de patearla, de devolvérsela en cierta forma. Pero casi al mismo instante se detuvo: no quiero crear ningún lazo, se dijo, ni siquiera este. Necesito, por lo menos durante un tiempo, vivir solo.

En la esquina opuesta había una lechería. Dentro todo era muy blanco, el piso, las paredes, los mesones. En las estanterías de cristal, protegidas a su vez por cristales, se alineaban botellas de leche. Y junto al mármol del mesón se erguía una mujer no muy joven, envuelta en un delantal inmaculado. Tenía el rostro aguzado y los cabellos se disponían en dos grandes rizos sobre las orejas, prolongándolas. Los ojos brillaban con un curioso resplandor rojizo.

¿Dónde he visto antes ese rostro?, se preguntó José. Estoy seguro de que se parece a alguien que conozco. Pero antes de que pudiese seguir pensando, vio que la mujer se daba vuelta hacia él y lo miraba.

Él no reaccionó, se mantuvo ahí, paralizado, mientras esa figura toda blanca inclinaba la cabeza, como si lo estuviese saludando.

Se alejó con rapidez y, a la mitad de la cuadra, comenzó a correr sin dirección, sin meta tampoco. Recorrió la calle y desembocó en un puente. Ahí, apoyado en la baranda, esperó que se aquietaran sus nervios, las pulsaciones que retumbaban a nivel de sus sienes. El agua corría con un ritmo tranquilizador. A esta trató de aunar su pensamiento. Hizo un esfuerzo para vaciar su pensamiento; pero el recuerdo de lo que acababa de sucederle lo asaltaba una y otra vez.

Un taxi pasaba en ese momento, le hizo una seña, se subió y le indicó la dirección de su hotel. Ya en su cuarto, cerró las cortinas, se tendió sobre el lecho y esperó que el tiempo pasara. Pero, de vez en cuando, como emergiendo de esa sombra que llenaba la pieza, le parecía distinguir el rostro de la mujer, con el delantal blanco, los cabellos blancos y aquel movimiento extraño del labio, aquel que desnudó de pronto sus dientes largos al saludarlo.

Durante dos días se hizo subir la comida a su cuarto. No salió. Había logrado, en cierta forma, borrar el recuerdo de lo que aconteció esa mañana, y la tercera noche se sintió nuevamente fuerte para ir a dar una vuelta por la calle. No voy a dejar dominarme por ideas tan absurdas, se dijo. Lo que sucede es que tengo los nervios en muy mal estado. Acabo de atravesar circunstancias desgraciadas y todavía no me restablezco. A lo mejor, concluyó, esa mujer ni siquiera me saludó, tan solo esbozó un gesto que nada tenía que ver conmigo.

—Buenas noches, señor Marten —exclamó el hombre que había tras el mesón. Pero José en un comienzo no se dio por aludido. Incluso había llegado a olvidar el nombre que inscribiera en la ficha de registro. Pero cuando ya estaba cerca de la mampara, reaccionó y, dándose vuelta con cierta violencia, contestó:

—Buenas noches.

—Creíamos que estaba enfermo.

—No, un poco indispuerto, eso es todo.

—Abríguese, entonces. Está comenzando a llover.

Caía una llovizna muy tenue, que sobre todo era notoria en torno a la luz de los faroles, donde de pronto se coagulaba en pequeños planetas. Las calles estaban húmedas y el aire tibio. Se subió el cuello del impermeable.

Caminó primero en dirección al río; pero antes de llegar dobló a mano derecha, internándose en una calle muy estrecha, muy oscura, en la cual creyó escuchar el ruido de una música. Tenía deseos de ir a un bar, o, por lo menos, algún lugar donde pudiese estar sentado durante un rato, escuchando música y tomando un trago. En efecto, en la mitad de la primera cuadra había un lugar débilmente iluminado y era de ahí de donde se escapaban los compases de una canción que José había escuchado muchas veces antes. No recordaba con exactitud las palabras (y ahora estaban cantadas en un idioma que le era incomprensible), pero asoció la melodía con un momento feliz de su pasado y por eso decidió entrar.

Para hacerlo, tuvo que descender algunas gradas, ya que el local se encontraba ubicado en lo que parecía ser un subterráneo. Empujó la puerta y de inmediato se encontró en una atmósfera llena de humo de cigarrillos. Era un bar muy estrecho, es verdad, donde solo cabían el mesón y algunos pisos sobre los cuales había tres hombres sentados.

Dos de ellos y el que estaba tras el mesón, el que atendía, se dieron vuelta cuando él entró, y lo miraron. Fue una mirada rápida, sin verdadero interés, como algo que se hace en forma instintiva.

José avanzó hacia el mesón y se sentó junto al hombre que no se había dado vuelta y pidió una cerveza. En un comienzo, el aire era casi irrespirable. Por las paredes del subterráneo se divisaban filtraciones y, sin duda a causa

de ellas, el grado de humedad era intenso. Todos fumaban además, en silencio, escuchando la música al parecer, esperando que la noche transcurriera.

En un comienzo, José Landa no miró al hombre que estaba sentado junto a él. Sabía que era alto y no muy joven, lo sabía casi por presentimiento, y lo único que había percibido era una de sus manos, grande, hermosa, de dedos muy largos, que jugaba con el trozo de cartón redondo que habían colocado bajo su vaso de cerveza. Él también bebía cerveza. Todos en el lugar bebían cerveza.

De pronto, la música se interrumpió y en la pieza cayó un silencio profundo. Durante algunos instantes José se sintió preso dentro de él, sin atrever a moverse, como si todos debieran permanecer ahí durante un tiempo largo. Pero un muchacho, el único personaje más joven que estaba sentado al otro extremo del bar, se levantó y fue a colocar otra moneda en el tocadiscos. José, por el espejo que tenía frente a él, lo vio cruzar a su espalda. Llevaba una chaqueta de cuero oscuro, unos pantalones ajustados y su moneda en la mano. Muy pronto el subterráneo volvió a llenarse de música, un ritmo sincopado ahora, y su vecino pidió otra cerveza.

—¿Usted no quiere otra? —le preguntó así súbitamente.

—Todavía no he terminado esta —respondió José.

—Ah. Va a tener que perdonarme. No me doy cuenta de esas cosas. Soy ciego.

Solo entonces José Landa se atrevió a mirarlo. Era un hombre de unos sesenta años, recio, corpulento, de espaldas anchas y de cabellos canos. Tenía un rostro impresionante, surcado de arrugas, poderoso él también, con los ojos muertos bajo las cejas profundas.

—¿Recién llegado? —preguntó el ciego.

—No —mintió José—, hace muchos años que vivo en esta ciudad.

—Pero es la primera vez que viene a este bar, ¿no? Estoy seguro de que es la primera vez. Si no, yo lo conocería. Vengo todas las noches.

—Vivo lejos —volvió a mentir José—. Nunca vengo por estos lados.

Los otros no parecían preocuparse de la conversación que se enhebró entre José y su vecino. El muchacho seguía el ritmo de la melodía martilleándola sobre la cubierta del mesón; el segundo parroquiano hundía su mirada en la profundidad de su copa de cerveza, como si fuera a descubrir algún misterio en la forma como las burbujas ascendían a la superficie, con la misma intensidad. Y el camarero limpiaba una y otra vez las copas con un trapo blanco: una costumbre casi obsesiva.

—Yo vengo todas las noches. ¿Qué se puede hacer si no? Las noches a veces son tan largas.

Y de pronto, sin saber por qué, sin razonar tampoco, José empezó a hablar con el hombre y a contarle lo que le había sucedido. Fue como si

algo en la presencia de ese individuo, en su aspecto corpulento y definitivo, o en su voz tal vez, o quizás en su ceguera, le inspirara de pronto una gran confianza, y, más que eso, un ansia de hacerlo partícipe de sus confidencias. Empezó, por lo tanto, a relatarle todos los acontecimientos: su vida en la anterior ciudad, el incidente con los policías, su decisión de cambiar de sitio, su ansia de anonimato, todo, hasta su encuentro con esa mujer dos días antes, en la lechería, y el miedo súbito que había sentido. Habló largamente, desmenuzando los detalles, repitiendo algunos, volviendo sobre ciertos hechos que le parecieron precisar una explicación más extensa simplemente porque contarlos le producía un gran relajamiento, como si los estuviera destruyendo al mismo tiempo que los expresaba. Cada cierto tiempo el muchacho de la chaqueta de cuero se levantaba (José lo veía atravesar por el espejo) e iba a colocar una nueva moneda en el tocadiscos. Su vecino, en cambio, permanecía imperturbable e inmóvil. Ni una sola vez interrumpió su monólogo, ni el más leve gesto se diseñó en su rostro, ni de asentimiento ni de asombro o negación, nada. A José le pareció estar hablando frente a una roca, en todo caso, a algo mudo y ciego a la vez, pero algo que era receptivo a lo que decía. Por eso continuó.

Frente a él se alinearon tres vasos de cerveza y, cuando pidió el cuarto, de pronto se dio cuenta de que estaba un poco mareado y que no podría seguir hablando.

—¿Qué le parece? —preguntó entonces al ciego—. ¿Qué le parece todo lo que le he contado?

Durante algunos segundos tuvo la sensación de que el hombre no iba a contestar. No se movió, salvo su dedo anular, que seguía jugando con el trozo de cartón, tocaba su borde una y otra vez, seguía la curva, la diseñaba casi. Pero luego exclamó:

—Difícil. Me parece difícil.

—¿Qué cosa?

—Lo que se ha propuesto. Esconderse es siempre muy difícil. Y creo que casi imposible.

—No lo comprendo.

—Vea usted —me dijo—, las vidas se inician de cierta manera, y una vez que se inician hay que proseguirlas.

—No. Usted no me ha comprendido —exclamó José—. No pretendo cambiar mi vida. Simplemente quiero que me dejen vivirla tranquilo. Quiero ser libre, quiero estar desprendido de las cosas. ¿Cómo explicarle? Quiero en definitiva que nadie me conozca.

—Justamente. Eso es lo difícil.

En ese instante las puertas del bar se abrieron con estrépito y entró una mujer hablando fuerte. Algo de inmediato se trizó en el ambiente. Los clien-

tes esta vez no se dieron vuelta, como si supieran que esa mujer iba a aparecer y no tuvieran curiosidad por mirarla. Era una prostituta vieja, con el pelo teñido de un color cobrizo, gorda y mal vestida. Arrastraba tras sí a un perro lanudo y sucio, y en todo momento hablaba, dirigiéndose a uno y a otro, riendo y palmeteoando la mano del camarero que apenas si la saludó. Muy pronto encauzó su monólogo en dirección a José. Pidió una cerveza y cuando se la trajeron realizó un movimiento torpe y la mitad del vaso se vació sobre el mesón, manchándole la falda.

—¡Ay! —gritó al mismo tiempo que reía—. Las cosas que me pasan. A mí no más me pasan estas cosas. Présteme algo para secarme.

Nadie pareció darse por aludido y José sacó su pañuelo del bolsillo y se lo pasó. La mujer agradeció lanzando un beso al aire.

—Voy a tener que irme —dijo José, poniéndose de pie.

—¿Va a volver mañana? —preguntó el ciego—. ¿Va a volver?

—No sé. No sé si pueda.

El hombre entonces por primera vez dio vuelta su cabeza hacia él.

José se sintió desnudado por esas pupilas absolutamente muertas, desnudado y herido a la vez.

—Me llamo Morningweid —dijo al mismo tiempo que extendía su mano—. ¿Y usted?

José titubeó:

—Mi nombre es... Carlos Saati.

—¡Qué mentira! —chilló la prostituta al mismo tiempo que le devolvía el pañuelo—. No puede llamarse Carlos, no puede.

—No le haga caso —exclamó el ciego al estrecharle la mano.

—No puede llamarse Ignacio —repetía la mujer—. El pañuelo tiene una inicial: una jota. Nadie que se llame Carlos tiene una jota en el pañuelo.

Sin responder, José Landa se escabulló fuera del bar. Afuera seguía lloviznando y trató de volver por el mismo camino por el que había venido. A poco andar, sintió que alguien lo seguía y apresuró el paso. Pero supo que su seguidor no lo abandonaba. No quiso darse vuelta para ver quién era, sino que apresuró el paso y torció por una y otra callejuela. Al cabo de algunos segundos se dio cuenta de que se había perdido. Entonces sintió que alguien se acercaba. Rápidamente se dio vuelta y descubrió a la vieja prostituta. Avanzaba hacia él, precedida por su perro, que iba husmeando el asfalto, como si siguiera una pista. La mujer le sonrió desde lejos.

—Hola, Jorge —exclamó—. O Joaquín, o José, o...

José no le contestó. Dio media vuelta y siguió calle abajo. Pero ella lo seguía siempre, gritando los nombres, riendo a ratos, cantando.

El perro ladraba y en más de una ocasión José lo sintió junto a sus tobillos, sintió la respiración corta y rápida del animal y tuvo miedo de que

fuese a morderlo. Después de algunas cuadras, no pudo resistir más esta persecución y se puso a caminar más rápido. Tras él escuchó que los pasos también se hacían más apresurados, más seguidos los ladridos del animal, más cercanos los gritos de la mujer que lo llamaba sin cesar:

—¡Jorge! ¡Jorge! Joaquín, José, espérame. . . ¿No quieres estar conmigo? ¿No quieres pasar la noche conmigo? No cobro mucho...

¡Espérame!

Y ahora sí lo agarró una inmensa desesperación. Quiso liberarse de esa presencia y corrió más fuerte, doblando por una y otra calle, tratando de despistarla, y volviendo siempre al mismo punto, como si estuviera perdido en medio de un laberinto.

Por último levantó la vista hacia arriba y divisó a lo lejos el campanario de la iglesia en reconstrucción. Hacia él corrió entonces, acordándose de que no estaba lejos de su hotel. Había sacos de cemento en torno a la construcción, montones de ladrillos y maderas.

Entre ellos José se abrió paso, tropezando, levantándose, queriendo a toda costa encontrar algún sitio donde esconderse. Adentro estaba muy oscuro y a través del techo abierto la llovizna seguía cayendo. Buscó algún lugar donde protegerse y, mientras lo hacía, escuchó los pasos de la mujer rondando en torno al templo, escuchó los ladridos del perro y la voz de la prostituta que seguía llamando. Se cobijó en uno de los atrios. Miró hacia arriba y divisó sobre su cabeza el esqueleto del campanario, como una flecha hueca que apuntara hacia el cielo.

Supo, sin embargo, que ahí estaba protegido en cierta forma, y aun cuando durante mucho rato siguió escuchando los llamados de la prostituta, tuvo plena seguridad de que no lo encontraría ahí. Después de una media hora los gritos se acallaron. Sin duda la mujer había partido. Pero José Landa no se atrevió a salir. Esperó. Esperó que el cielo lentamente se tornara de un color gris más claro, que la llovizna fuese desapareciendo lentamente, que empezaran a escucharse en derredor los ruidos de la ciudad. Solo entonces se decidió a abandonar esa iglesia inconclusa.

Esa mañana, al salir a buscar trabajo, notó que varios transeúntes lo miraban con curiosidad. En el tranvía, mientras con una mano se sujetaba de la barra de fierro, con la otra agarraba el periódico donde había anotado los avisos que podrían serle útiles, sintió que alguien lo observaba. Era una muchacha, muy joven, con la cabeza amarrada con un pañuelo y que llevaba una bolsa sobre su falda.

Al mirarla, la muchacha no se turbó; al contrario, le sonrió con malicia. Él apenas contestó el gesto y, avanzando entre los otros pasajeros que llenaban el pasillo, fue a colocarse muy lejos de donde estaba la muchacha.

Algún tiempo después, cuando ella bajó, volvió a sonreírle, desde la acera ahora, como invitándolo a que la siguiera.

José se parapetó tras el periódico y dejó que el tranvía recorriera varias cuadras antes de levantar la vista. Fue entonces cuando lo saludó un señor que iba sentado cerca de la puerta. José estaba seguro de no haberlo visto nunca antes, por lo menos, no recordaba esa figura obesa, con un puro apagado entre los labios, con esas manos regordetas que apretaban el canto de un portadocumentos de cuero negro. No, estaba seguro. Nunca antes lo había visto. Y sin embargo el hombre lo saludaba ahora, con cierta complicidad, con cierta discreción, como se saluda a alguien que se ha conocido en un sitio prohibido. De pronto lo asaltó la pregunta: ¿No lo habría conocido esa noche que pasó en la prisión? Todo aquello le resultaba muy borroso y era posible que durante esas horas de verdadera pesadilla ese hombre hubiese estado sentado a su lado e incluso le hubiera hablado. Trató de recordar la escena: vio la sala oscura, apenas iluminada por una ampolleta que pendía del techo, los bancos arrimados a las paredes y en el rectángulo de la puerta la silueta de ese policía que los iba llamando uno a uno. Pero ¿quién había a su lado? ¿Qué figura humana? Vagamente intuía que algo le había dicho, le había confiado algún secreto quizás. Por momentos le parecía escuchar el sonido de las palabras; pero no recordaba su significado. ¿No sería aquel hombre el que estaba sentado a su diestra entonces? José solo atinó a bajarse en el próximo paradero y esperó que el tranvía volviera a partir. Por un momento tuvo miedo de que aquel hombre también descendiese, que se acercara, que le hablara, que le recordara dónde y cómo se habían conocido, que le reactualizara en una palabra aquella noche en la prisión que con tanta fuerza ansiaba olvidar. Pero felizmente nada de esto sucedió. Después de algunos segundos escuchó el latigazo del timbre y el ruido del tranvía que se ponía en marcha. Miró entonces hacia la ventana donde había estado el hombre. Descubrió el rostro rechoncho dado vuelta hacia él, con el cuello torcido y la cabeza asomando por sobre la hombrera de su sobretodo oscuro, con los ojos brillantes y los labios entreabiertos.

Varias veces durante el día volvió a encontrar en la calle, en un ascensor, al salir de una oficina, personas que lo miraban, que inclinaban su cabeza frente a él, que parecían saludarlo. José Landa no recordaba haberlos visto antes. Y cada uno de estos reconocimientos lo iba arrojando en una desesperación mayor. Entonces era cierto lo que le había dicho el ciego la noche anterior. Todo lo que él había pretendido era muy difícil, por no decir imposible. Sin embargo estaba seguro de haber tomado todas las precauciones, de no haber dejado ninguna huella tras sí en la otra ciudad; de haber llevado a cabo todos sus actos con perfecta premeditación, no olvidando ningún detalle, nada que pudiese revelarlo. Hasta ese momento es-

taba seguro de haber protegido su anonimato en forma casi perfecta. Entonces, ¿por qué sucedía esto? ¿Dónde estaba la falla?

En la tarde, sin haber podido encontrar un trabajo que le satisficiera, cuando volvía a su hotel, sintió de repente que lo ganaba el desaliento. Ya no era la desesperación ni la angustia que había resentido otras veces, sino un tremendo desaliento. Se sintió sin fuerzas, sin ímpetu de ninguna especie. De pronto la ciudad parecía haberse cerrado en torno a él como una trampa y no parecía haber escapatoria.

Al pasar frente a la iglesia, esa que estaban reconstruyendo, se le ocurrió entrar. Algunos obreros estaban guardando sus útiles de trabajo, preparándose para partir. José Landa cruzó junto a ellos sin dirigirles la palabra; pero uno, el más joven de todos, le gritó:

—Eh, señor, está prohibida la entrada.

—¿Cómo?

—Está prohibido entrar todavía.

Era un muchacho alto, rubio, que lo miraba en forma muy directa a los ojos. Los otros obreros seguían atareados. Uno se peinaba frente a un espejo diminuto que había colocado contra una madera.

El otro se amarraba los cordones de los zapatos y un tercero se ajustaba el cinturón.

—¿No ve que la iglesia no está terminada aún?

—Sí, lo veo.

—Tenemos órdenes expresas del capataz de no dejar entrar a nadie hasta que no esté terminada.

—¿Por qué?

—Hubo un accidente hace algunas semanas. ¿Ve usted esa torre?

Pues bien, uno de los soportes cedió y hay peligro de que se derrumbe.

—¿Ahora hay peligro?

—No. Ya la estamos arreglando. Por el momento hemos puesto un soporte provisorio. Pero es mejor no aventurarse.

—Comprendo.

—Han tenido que hacer varios cambios. En los cálculos. Parece que hoy día ya no siguieran las mismas leyes de antes. Han tenido que revisarlos. La iglesia parecerá la misma, pero en su construcción todo ha tenido que variar.

Los demás habían partido. Ahí, de pie junto a los ladrillos, bajo ese campanario trazado casi sobre el cielo que perdía su color, José Landa y el muchacho rubio habían quedado solos. De pronto su voz, en medio de la oscuridad que caía, se hizo muy profunda:

—Tienen que manifestarse de otra manera —dijo.

—¿Quiénes?

—Los arquitectos.

Se acercó a un tarro lleno de agua y se lavó las manos. Hasta entonces habían estado espolvoreadas de yeso y ahora José las vio emerger de otro color, más largas también, más estilizadas.

—No pueden copiar lo de antes. Tienen que hacer iglesias qué obedezcan a lo que somos hoy día.

Había terminado de lavarse las manos y ahora sacó un pañuelo muy blanco y se las secó.

—Voy a tener que irme. Buenas noches.

—Buenas noches —respondió José como un eco.

Cuando regresó a su hotel, el hombre que siempre estaba tras el mesón lo llamó:

—Señor Marten... Hay una carta para usted.

—¿Una carta?

—Sí, llegó esta tarde.

Y le alargó un sobre. José lo recibió en forma casi automática y, mientras subía la escalera, rasgó el papel y leyó la carta. Se trataba de una propaganda. La dirección de una tienda de artículos eléctricos lo saludaba atentamente y le daba la bienvenida. El director, personalmente, le expresaba la íntima satisfacción que sentía al saber que había escogido esa ciudad para instalarse y se permitía ofrecerle sus servicios para la reparación de cualquier artículo eléctrico. Súbitamente José se detuvo. Miró el sobre que sostenía en su mano izquierda y leyó: "Señor José Landa. Hotel Mundial. Presente".

* * *

Esa estación se parecía mucho a la anterior. La misma estructura de fierro y vidrio, las mismas escaleras que llevaban hacia la puerta de salida y el mismo reloj colocado como un ojo sobre el muro del fondo. José Landa bajó del tren, agarró su maleta y caminó en compañía de los demás hacia la calle.

La noche anterior, cuando recibió la carta, había decidido abandonar de inmediato la ciudad. Mandó pedir su cuenta y un mapa. Extendió este último sobre la cama y buscó a través de los caminos la ciudad que le pareciera más lejana, más inaccesible, más recóndita. Se decidió por una cuyo nombre estaba escrito en caracteres de mediana dimensión (eran las ciudades de más o menos quinientos mil habitantes) y esa misma noche partió.

Tal como hacía algunos días, al salir de la estación, al enfrentarse con la nueva ciudad, sintió una sensación de bienestar. Menos intensa esta vez, es cierto, menos urgente. Pero al contemplar esas calles que se distribuían ante sí, aquella parte más alta del terreno, allá, hacia el este, donde se aglomeraban edificios con chimeneas que sin duda eran las fábricas; al contem-

plar ese río que cortaba en dos la ciudad, experimentó un cierto sosiego y su paso se hizo más firme. Tal vez aquí, se dijo, en este lugar tan lejano, pueda rehacer mi vida y comenzar a olvidar, poco a poco, todo lo que había sucedido antes, todo aquello que había culminado en esa horrible noche pasada en la prisión. Aquí, por lo menos, estoy seguro de que nadie me conoce. Estoy demasiado lejos de todo lo que pueda tener alguna relación conmigo.

En una esquina vio un paradero de autobuses y tomó colocación en la fila de los que esperaban. A los pocos segundos llegó un vehículo que tenía escrito sobre el vidrio delantero la palabra "Centro". Subió, pagó y fue a sentarse. Muy pronto estuvo recorriendo las nuevas calles, con casas parecidas, es verdad, a las de la ciudad anterior, con algunas plazas y un parque que el autobús bordeó durante mucho rato. Al mirarlo a través de la ventanilla, por primera vez se fijó en su compañero de asiento. Era un hombre de su edad, con un bolsón sobre sus rodillas y que en esos momentos escribía afanosamente en una libreta.

José no pudo verle el rostro, porque lo tenía inclinado y a mitad escondido por el cuello de su sobretodo. Pero sí pudo distinguir sus manos, la izquierda, que sujetaba la libreta de apuntes, y la derecha, una lapicera pequeña. Durante algunos instantes siguió los movimientos de esa mano derecha, cómo trazaba caracteres sobre el papel, cómo al parecer iba dibujando lo que en un comienzo José creyó serían números. Se inclinó un poco a la derecha, por curiosidad. Su compañero, instintivamente, sin mirarlo, se alejó hacia la ventanilla. Pero en ese instante el autobús se detuvo para dejar subir a una mujer que había hecho señas y entonces José pudo mirar con toda tranquilidad lo que el hombre escribía. En lo alto de la hoja había dos palabras: "Recién Llegados", y un poco más abajo, un nombre, el suyo, José Landa.

Índice

Prólogo, <i>por Norma Alcamán Riffó</i>	9
Esta edición	20
Agradecimientos	21

CUENTOS COMPLETOS DE LUIS ALBERTO HEIREMANS

La muerte	25
El retorno	27
Estefanía	31
El libro de la vida	35
El cuadro negro	43
El cuento	53
El eslabón de luz	59
Fechas a recordar	67
El patio vacío	73
Los grandes destinos	79
La red	95
Sangre azul	123
Un poema sin palabras	131
Las sombras	151
La mueca	163
La pampa florecida	171
La visita del sobrino	185
La primera mentira	213
El secreto de Pedro Idel	217
El gran silencio	229
La estancia sorprendida	243

La señorita Estefanía	249
La muerte	265
Una carta para Juanita	269
Los grandes destinos	277
La muerte del viejo adolescente	293
La novena luna	303
El cuerpo restante	311
Historia clínica	317
Nereida	331
La otra cabeza	341
Miguelito	347
SERES DE UN DÍA	361
Teresa	363
Eduardo	405
Pablo	429
Maira	449
El hombre de la carretela amarilla	489
El comienzo	503
El tony chico	513
Andrés y él mismo	521
La azalea	535
El recién llegado	543